



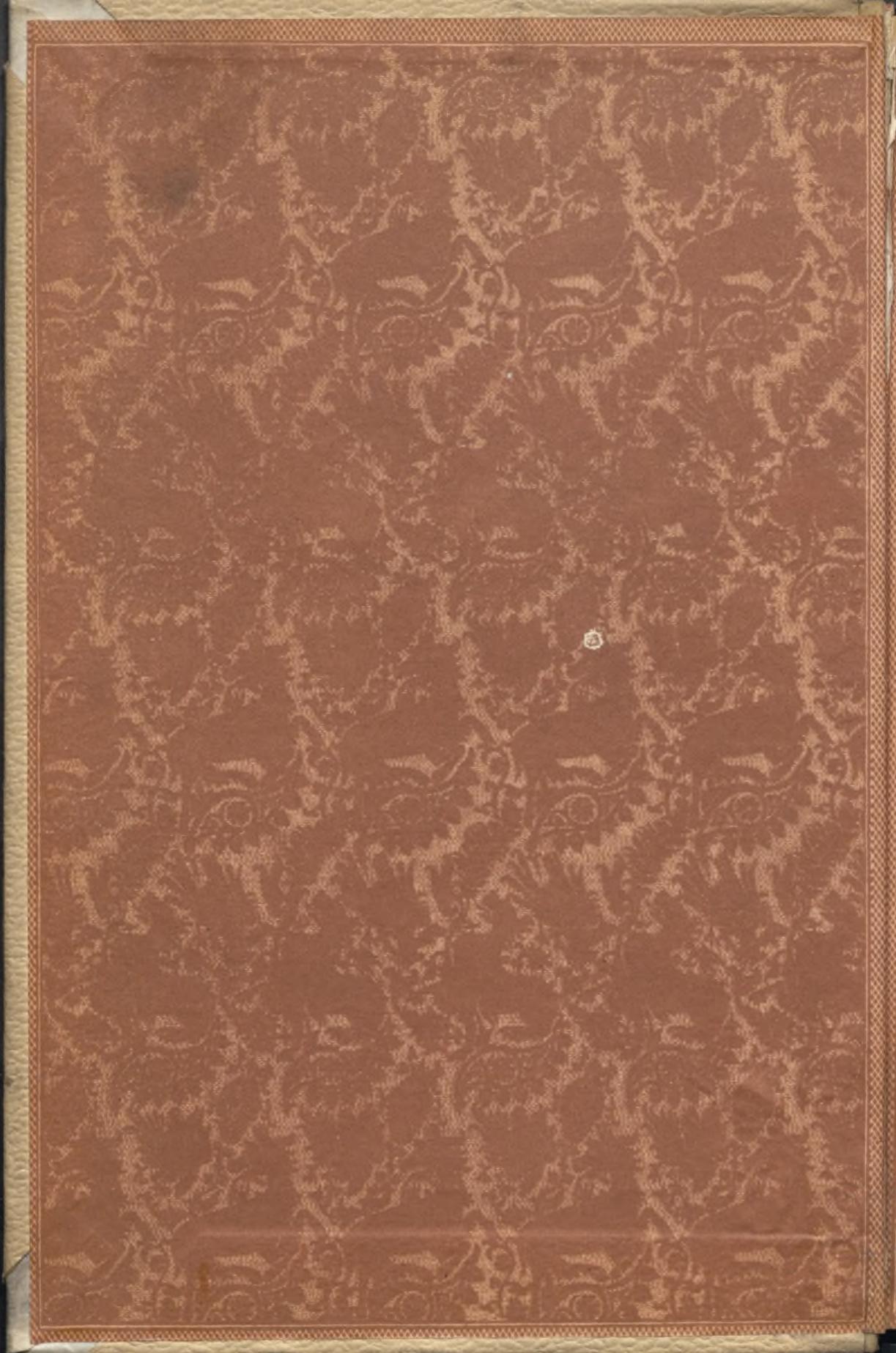


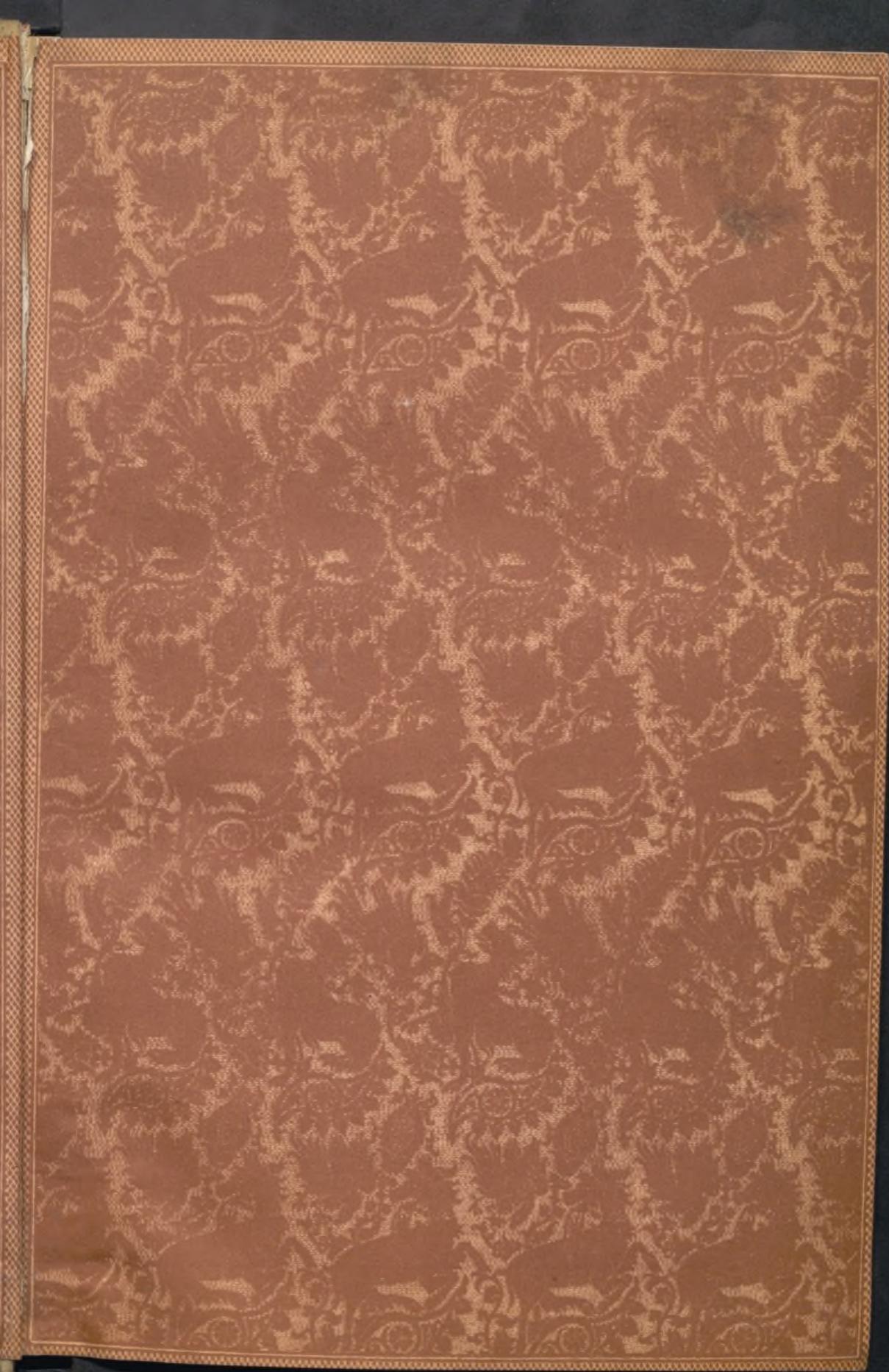
HISTORIA  
DE LOS  
GRIEGOS

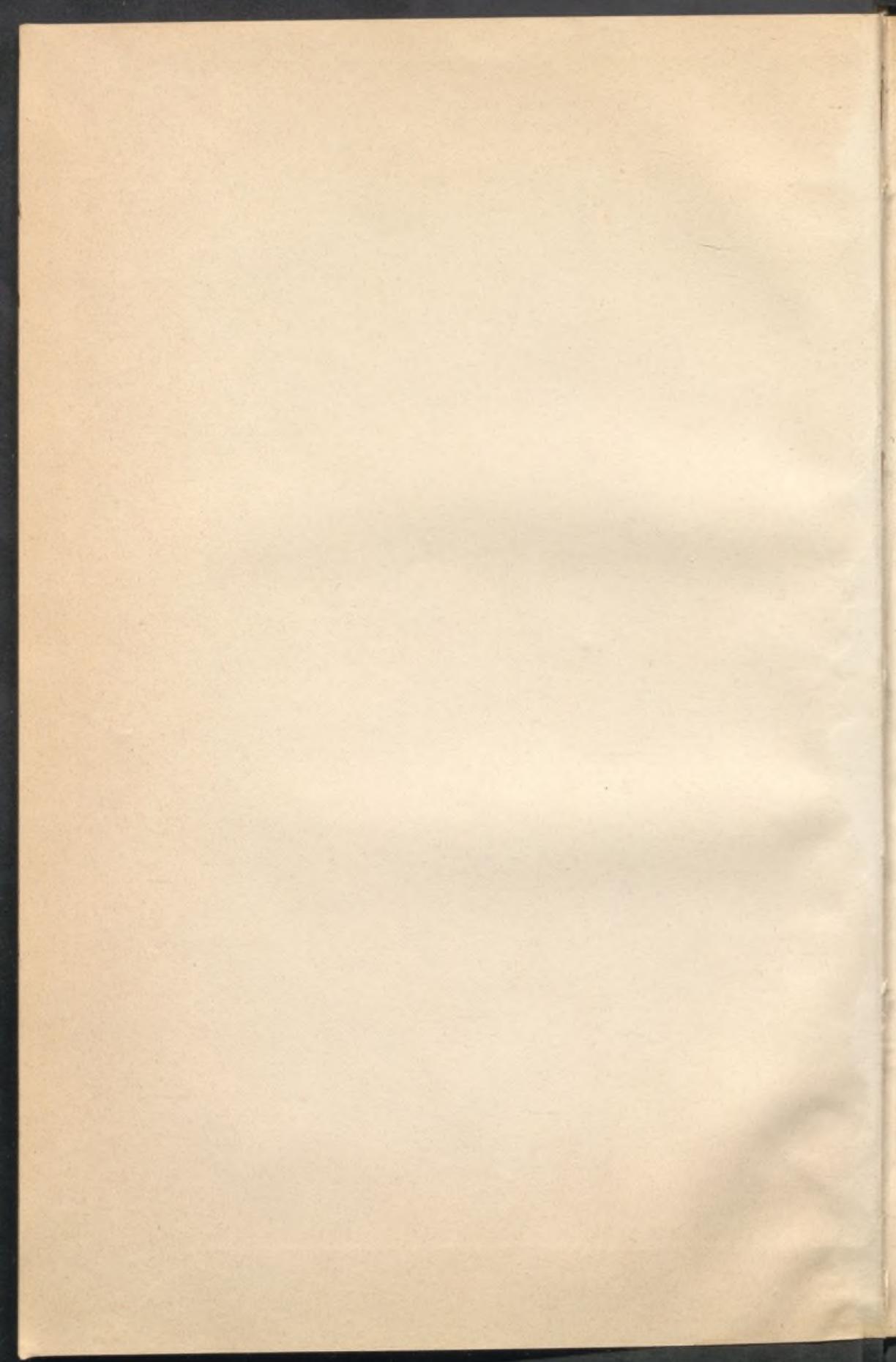


TOMO III.



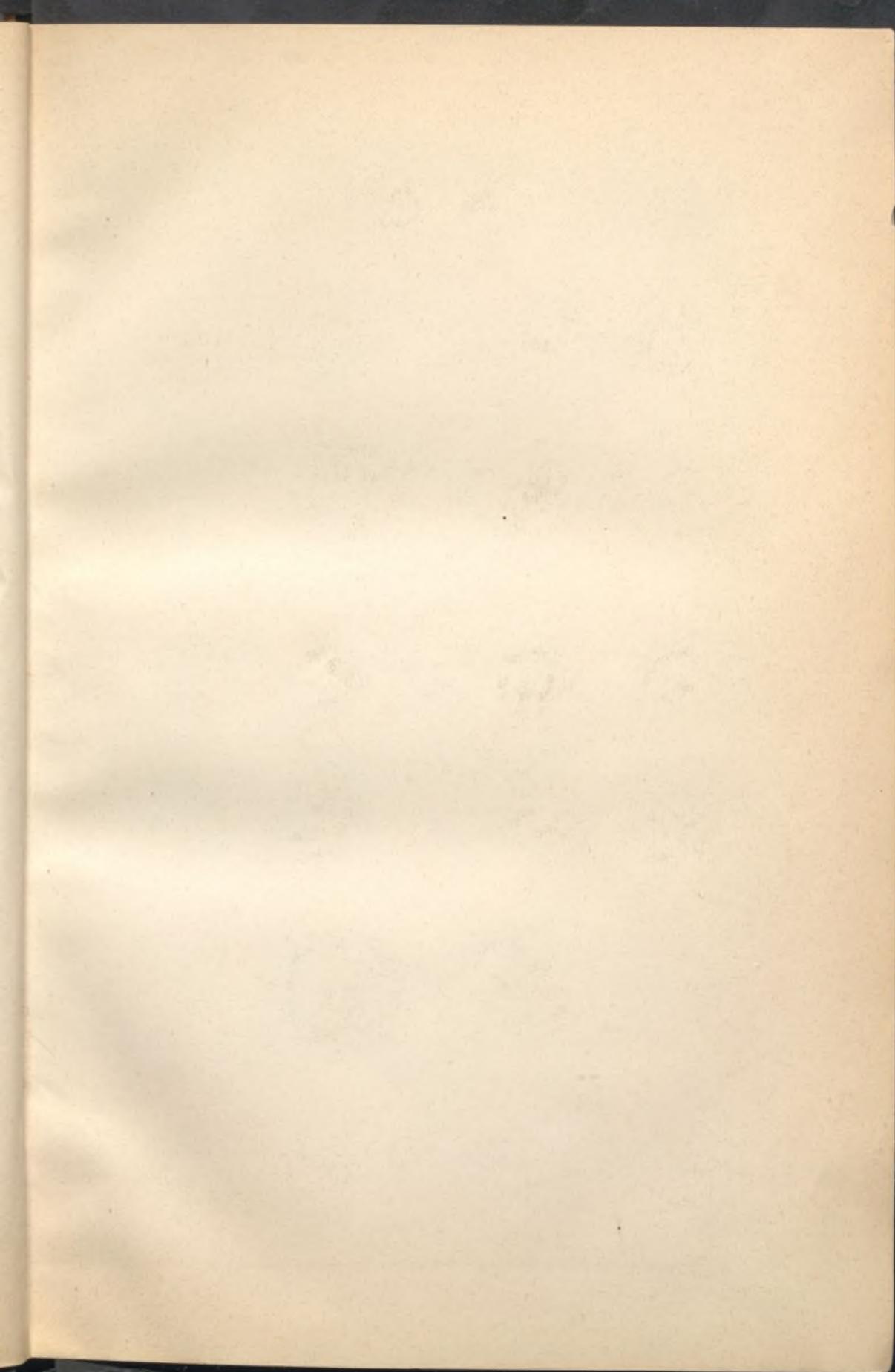






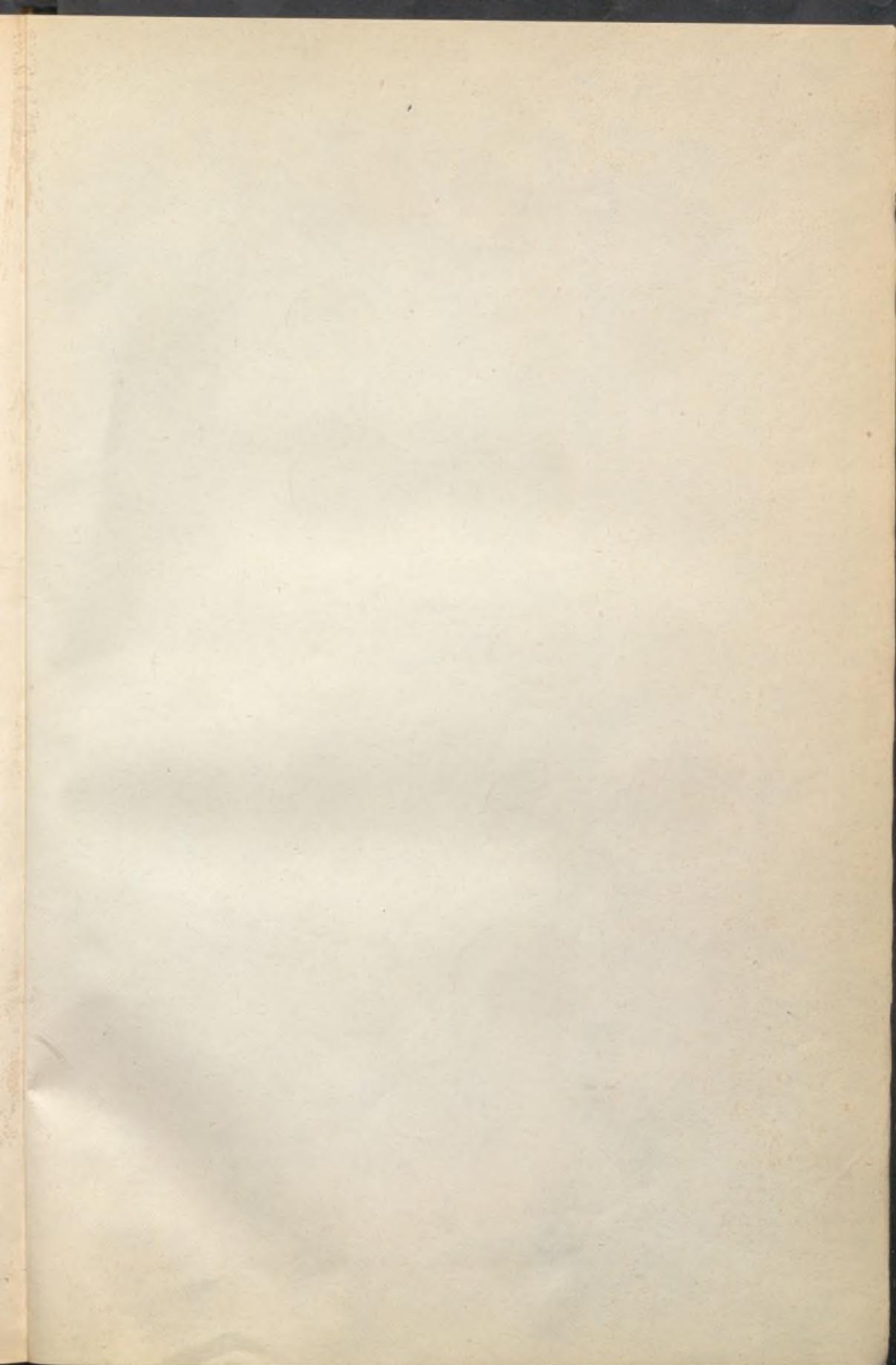
HISTORIA  
DE LOS GRIEGOS

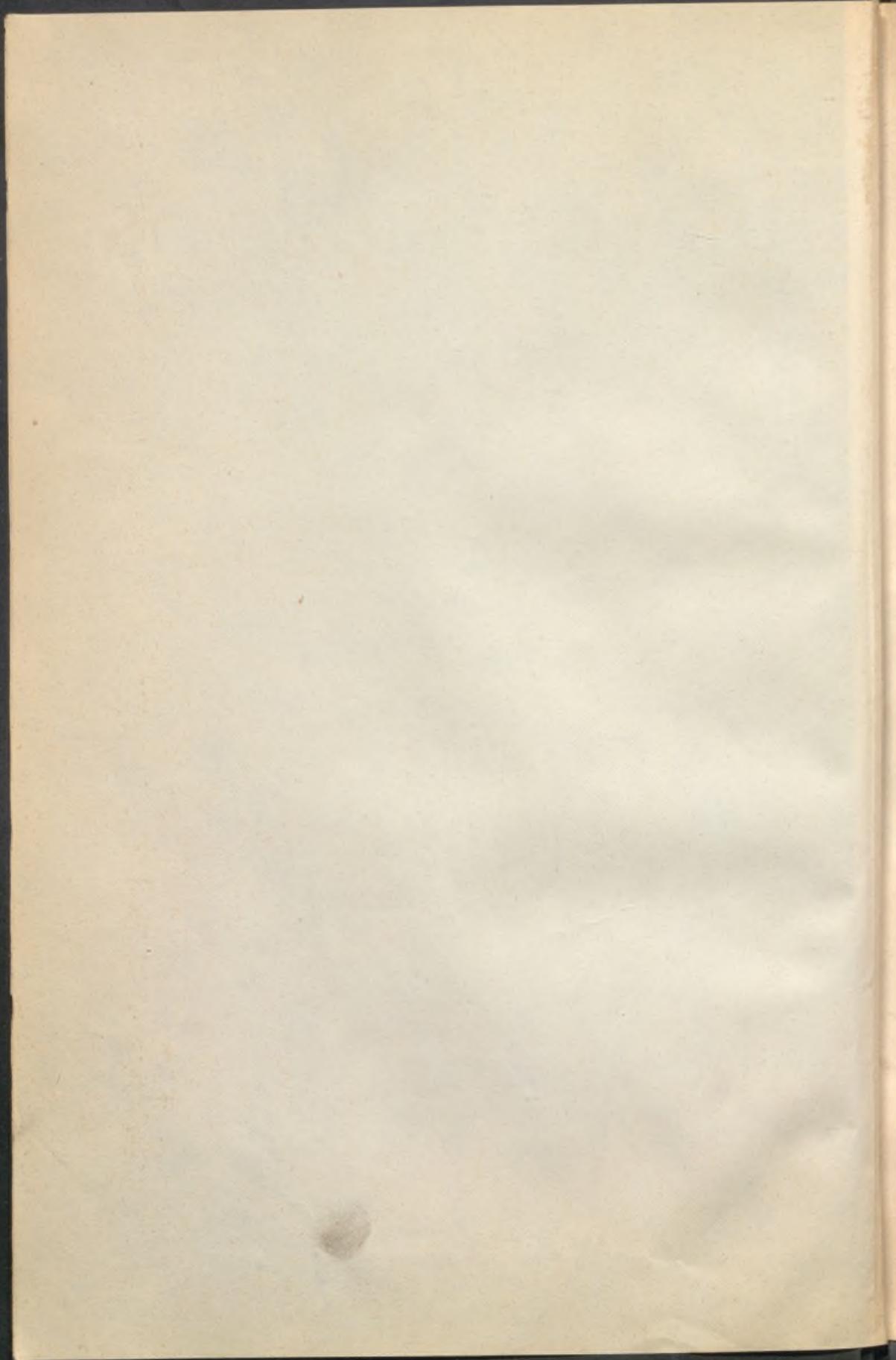






MONEDAS GRIEGAS DE ORO





HISTORIA  
DE LOS GRIEGOS

DESDE LOS TIEMPOS MÁS REMOTOS HASTA LA REDUCCIÓN DE GRECIA A PROVINCIA ROMANA

POR

VÍCTOR DURUY

Individuo del Instituto, ex Ministro de Instrucción pública de Francia

---

OBRA PREMIADA POR LA ACADEMIA FRANCESA

*Traducida de la última edición, revisada y aumentada por el autor*

POR ENRIQUE LEOPOLDO DE VERNEUIL

---

TOMO TERCERO



BARCELONA

—  
MONTANER Y SIMON, EDITORES

CALLE DE ARAGON, NUMS. 309 Y 311

1891

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES

62649



## QUINTO PERÍODO

LUCHA DE ESPARTA Y DE ATENAS (431-404)

(CONTINUACIÓN)

### CAPITULO XXVII

LOS TREINTA, LOS SOFISTAS Y SÓCRATES (404-399)

#### I. — LOS TREINTA (404-403)

En aquel día que los aliados llamaban de libertad, y que para Atenas lo fué de tristeza y de duelo eterno, habíase visto á algunos atenienses, coronados de flores, tomando parte en la fiesta y á otros saliendo al encuentro de los victoriosos para manifestarles la alegría que les causaba la humillación de su patria. Eran los desterrados que volvían en pos de Lisandro, y á los que éste confería el poder; entre ellos iba Teramenes, que había permanecido tres meses en el campamento lacedemonio, tiempo bien largo para estipular algunos artículos de una capitulación; era en fin toda la facción oligárquica, que tan á menudo había perturbado la ciudad, desde la expedición á Sicilia, con sus intrigas y á veces sus traiciones (1). El negociador, que con tanta lentitud procedió en punto al tratado que debía salvar á un pueblo, apresuróse á poner mano en la antigua constitución que había labrado la gloria de Atenas y propuso confiar plenos poderes para revisar las leyes á un comité compuesto de treinta individuos, como el consejo de los ancianos de Esparta. Lisandro estaba allí; el ejército peloponesio no había salido de Atenas aún, y de consiguiente la indicación fué obedecida. Teramenes dió diez nombres,

(1) Jenofonte, tan poco favorable á la democracia, dijo que el principal apoyo de los Treinta hasta la última hora de su abominable tiranía fueron los caballeros, es decir, los más ricos ciudadanos de Atenas, los que se llamaban entre sí *καλοκάγαθοί*, «los honrados y los buenos.»

los magistrados otros tantos, y la asamblea los demás. Lisandro se reservó sin duda el derecho de elegir los diez oficiales que dejó en el Pireo (junio, 404).

La vida de Atenas estaba en su asamblea pública y en sus tribunales de justicia: la primera gobernaba; los segundos juzgaban; aquélla había adoptado muchos acuerdos funestos y éstos habían cometido numerosas iniquidades, cuando convertida en demagogia la gloriosa democracia de Aristides y de Pericles, no hubo ya nadie capaz de hacer prevalecer en las deliberaciones la sabiduría y en los juicios la equidad. Reconocíanse, sin embargo, los defectos de esta organización, y ya hemos demostrado que muchas veces se había tratado de corregirlos. Aquellos á quienes Esparta confería el poder, valiéronse de otro medio: suprimieron la asamblea general y la justicia popular de los heliastas; y si conservaron el arcontado, cargo inofensivo, el Areópago y el Consejo, no fué sin desposeer á los areopagitas de su jurisdicción criminal, y no sin obligar á los Cuatrocientos á votar á la vista de los Treinta. Y aun aparentaron dar satisfacción á la moral pública expulsando á los sicofantes, casta venenosa que con harta frecuencia había servido los envidiosos instintos de la multitud. Pero una industria que podía ser tan lucrativa no desaparecerá de una ciudad donde las revoluciones se sucedían con tanta rapidez; así es que muy pronto surgieron nuevos delatores en provecho de los nuevos amos.

Los Treinta se ocuparon poco en legislar, pero mucho en consolidar su tiranía. Como del mar no venían con el comercio sino malas ideas de libertad, se quiso alejar de él al pueblo, y á este objeto la tribuna de las arengas, la *bema*, fué trasladada á otra parte, para que los oradores no tuviesen desde ella aquella peligrosa vista del Pireo que tantas veces les inspirara patrióticamente.

El arsenal, cuya construcción había costado mil talentos, fué por orden suya demolido, adjudicándose por tres talentos los materiales del mismo. También querían derribar los fuertes levantados en la frontera, á fin de que Atica quedase abierta por tierra, como ya lo estaba por mar; y por último, cuando sus primeros crímenes fueron causa de que aumentase el descontento, obtuvieron de Esparta una guarnición de 700 hombres que fueron alojados en la ciudadela y cuyas pagas se satisficieron despojando los templos y convirtiendo las condenas en dinero. Las costumbres violentas contraídas durante la guerra llegaron al frenesí en la ciudad. Un hermano y un hijo de Nicias perecieron; y todos aquellos que se habían mostrado adictos á la antigua constitución, mereciendo por sus servicios la confianza del pueblo, ó aquellos, como los metecos ricos, cuyos despojos eran buena presa, fueron víctimas de la tiranía. Cada uno de los Treinta tenía sus odios y venganzas que satisfacer. Cierta día, el harmoste espartano quiere golpear con un bastón á un joven ateniense, Autolicos, que había sido vencedor en varios juegos gímnicos: éste adivina su acción y hace rodar á su adversario por tierra, por lo cual se le condena á muerte. Toda formalidad procesal quedaba suprimida.

Actos menos sangrientos demuestran la invencible tendencia del despotismo á humillar el espíritu del modo mismo que encadena los cuerpos. Se hizo una ley que prohibía enseñar la retórica, ley dirigida contra Sócrates, para impedir que continuase su predicación bajo pena de muerte. «¿Piensan acaso, contestó el sabio, que yo me creo inmortal?» El pueblo, cuando reinaba, había sufrido con paciencia los sarcasmos sin disfraz que Aristófanes le propinaba; los tiranos, temiendo que algún poeta, amante de la libertad, los pusiera en escena con sus crímenes y convirtiera así el teatro en tribuna vengadora, prohibieron aludir á personajes vivos. Todo ciudadano atacado por un autor cómico tenía derecho para citarle ante la justicia; y también se dió orden de suprimir la *parabase*, especie de arenga polí-

tica sobre hombres y sucesos del día que el coro dirigía á los espectadores, cuando quedaba solo en la escena en un intermedio. Con esto se mató la comedia, tal como Aristófanes la había concebido. «La licencia, dice Horacio, merecía ser suprimida; lo fué por una ley, y el coro se calló vergonzosamente cuando dejó de tener la facultad de molestar.» Horacio tiene demasiada confianza en esas leyes de censura: la experiencia nos ha enseñado que si difícil es hacerlas, más lo es aplicarlas, y Aristófanes sabía muy bien cómo el espíritu pasa á través de las mallas de la red con que se le envuelve. La *Asamblea de las mujeres* y el *Plutus*, posteriores al decreto de los Treinta, son vivas sátiras que no perdonan á los individuos.

Teramenes, uno de aquellos hombres prudentes que saben salir á tiempo de una casa que se hunde, ó de un partido que se pierde, comenzó á pensar que los suyos iban demasiado lejos (1), y dijo á sus colegas que el terror generalizado podía convertirse en venganza. La advertencia pareció buena, y entonces los tiranos formaron una lista de tres mil individuos con los que se constituyeron una guardia, y desarmaron á todos los demás. A estos Tres Mil se les otorgó el privilegio de que ninguno de ellos podría ser condenado á muerte sin juicio del Consejo; el resto del pueblo quedaba á merced de los tiranos. Seguros entonces de la impunidad, continuaron desterrando y matando. La clase de los metecos les era contraria: cierto día resolvieron apoderarse cada cual de uno de ellos, entre los más ricos, darle muerte y apropiarse después sus bienes. Teramenes rehusó tomar parte en este nuevo crimen: era, pues, preciso desembarazarse cuanto antes de aquel importuno, que por lo menos, quería un pretexto político para teñir sus manos en sangre inocente, y Critias se encargó de ello. En pleno Consejo acusa á Teramenes de versatilidad y de ser traidor á los hombres honrados, por lo cual pide su muerte. Teramenes se defiende, invocando primero la justicia, después el derecho, sus servicios, y lo que valía más aún con aquella gente, el peligro que atraían sobre sus cabezas comenzando por diezmarse á sí propios. Si dejaban á Critias dueño de su vida, ninguno de ellos podría ya estar seguro de la suya. Sin embargo, Critias da orden de que se acerquen á la sala varios satélites que tenía apostados y provistos de puñales. «Senadores, dice, un magistrado atento que vé á sus amigos víctimas de un engaño, debe evitar toda sorpresa, y por lo tanto voy á cumplir mi deber. Los ciudadanos que aquí veis declaran que no tolerarán que se deje escapar á un hombre que mina abiertamente los fundamentos de la oligarquía; las nuevas leyes no quieren que se deje morir sin vuestro consentimiento á uno de los Tres Mil, á la vez que dejan en manos de los Treinta la muerte de aquellos que no son de este número: yo borro el nombre de Teramenes de la lista y en virtud de mi autoridad y de la de mis colegas le condeno á muerte.» Teramenes fué sacado de allí y condenado á beber la cicuta. Cuando la hubo tomado, arrojó al aire la que aún quedaba en la copa y exclamó: «¡A la salud del bello Critias! (2)»

Después de la muerte de Teramenes, los Treinta declararon que solamente los Tres Mil podrían habitar en Atenas: Argos, Tebas y Megara se llenaron muy pronto de desterrados atenienses, y Esparta no se avergonzó de prohibir, bajo graves penas, que se les diera asilo, autorizando á los Treinta á cogerlos en cual-

(1) Habíase dado á Teramenes el sobrenombre de el Coturno, porque éste era un calzado que se podía poner indistintamente en el pie izquierdo ó en el derecho.

(2) Jenofonte, *Helleniq.*, II, 3.

quier lugar de Grecia en que se les hallara. Este decreto era un insulto á la Grecia entera, é irritada Tebas de las pretensiones soberanas de Lacedemonia, contestó ordenando que se recibiera á los proscriptos en toda la Beocia, que se les socorriese, y que no se pusiera entorpecimiento á cualquiera expedición que intentaran contra Atenas. Tebas creía haber prestado suficientes servicios á la causa común para que se tuviese con ella alguna deferencia; y sus reclamaciones sobre los tesoros arrebatados por Lisandro no habían sido escuchadas siquiera. En Argos se contestó á los lacedemonios, cuando fueron á reclamar la ejecución de su decreto, que se les trataría como enemigos si no se retiraban antes de ponerse el sol.

En el número de aquellos á quienes los tiranos habían desterrado contábanse Alcibiades y Trasíbulo: el primero, no creyéndose ya seguro en sus fortalezas de Tracia, marchó al Asia á reunirse con Farnabazo. Había penetrado los designios del joven Ciro y proponíase revelarlos al rey; pero una noche se prendió fuego en su casa, y al precipitarse para escapar de las llamas, cayó bajo las flechas de una tropa de bárbaros que rodeaban su morada. ¿Fué esto una venganza de los Treinta, de Lacedemonia ó de Ciro? De los tres probablemente. Trasíbulo se había refugiado en Tebas; reanimado por su reciente decreto, marchó con setenta hombres, y apoderóse, en el Parnés, de la fortaleza de Filé, á 19 ó 20 kilómetros de Atenas. Muy pronto tuvo á sus órdenes mucha gente; los Treinta, que habían resuelto atacarle, fueron rechazados; y los lacedemonios de la ciudadela, á quienes envió contra el ateniense, no alcanzaron mejor resultado (enero 403).

Hubiera podido creerse que estos descabros aconsejarían alguna moderación á los déspotas; pero lejos de ello, marcharon con sus fuerzas á Eleusis y á Salamina, apoderándose de trescientos habitantes y los condujeron á Atenas, en donde les dieron muerte. Esto no era ya tiranía, sino demencia (1); semejantes actos aumentaban las fuerzas de Trasíbulo, y cuando llegó á tener á sus órdenes mil hombres, dirigióse hacia el Pireo y se apoderó de la fuerte posición de Muniquia, contra la cual marcharon al punto los Treinta, con los Tres Mil y la caballería (2). Un adivino que acompañaba á Trasíbulo aconsejóle no atacar hasta que uno de los suyos hubiese caído, y para que se cumpliese por él mismo la profecía, adelantóse el primero y se dejó matar, como en otro tiempo hiciera el legendario Codro. El ejército de los tiranos fué derrotado fácilmente, y los vencedores perdonaron á los fugitivos, no permitiéndoles su reducido número completar la victoria. «¿Por qué expulsarnos de nuestras moradas? gritaba á los soldados enemigos un heraldo de Trasíbulo. ¿Por qué armaros contra nosotros para satisfacer el furor de esos hombres, que en el transcurso de ocho meses han derramado más sangre ateniense que los peloponesios durante diez años de guerra?»

La muerte de Critias, jefe de los Treinta, que pereció en el combate, facilitó un arreglo: los Treinta fueron depuestos y se marcharon á Eleusis, retiro que se habían preparado oportunamente, como ya hemos visto. Los Tres Mil, no obstante, pensaban conservar sus privilegios, y eligieron un consejo de diez ciudadanos, que trataron de sostenerse á la vez contra los proscriptos, posesionados del Pireo, y contra los Treinta, dueños de Eleusis. Acosados por Trasíbulo, que había recibido nuevos auxilios de Tebas y de Megara (3), pidieron socorros á Esparta para salvar

(1) En su *Discurso contra Agoratos*, § 44 y siguientes, Lisias trazó el cuadro de esta tiranía de los Treinta.

(2) ... καὶ σὺν τοῖς ἑπταεῦσι. (Jenofonte, *Helen.*, II, 4, 2.)

(3) Un ateniense refugiado en esta ciudad, Gelarcos, envió 5 talentos á Trasíbulo. (Demóstenes, *Contra Leptino*, 146.)

á Atenas, según decían, de manos de los beocios. Lisandro acababa de volver á Lacedemonia: denunciado á los éforos por el sátrapa Fanabazo, á causa de sus actos de bandolerismo en Asia, se le retiró el mando y estuvo á punto de sufrir la suerte de su amigo Torax, condenado á la última pena por haber guardado dinero en su casa, contrariamente á las leyes; pero escapó de esta sentencia pretextando que debía cumplir un voto en el templo de Júpiter Ammón. Hallándose en Esparta en el momento de recibirse la petición de los Diez, tuvo bastante influencia para lograr que se le concediesen cien talentos y se le enviara á Atenas en calidad de harmoste. Con este dinero alistó un cuerpo de mil hombres y fué á cercar el Pireo por tierra, mientras su hermano lo bloqueaba por mar con cuarenta naves; pero los reyes y los éforos, envidiosos hacía largo tiempo del vencedor de Egos-Potamos, ó atemorizados más bien de la audacia de un hombre que tanto se encumbraba, manifestaron en una asamblea, reunida después de su marcha, que el Peloponeso no tenía en aquel asunto más interés que la paz pública; que Lisandro obraba con miras particulares, y que no era conveniente que un ciudadano tuviera tanto poder. Sabíase que se proponía operar en provecho propio un cambio en la sucesión real, y á consecuencia de esto el rey Pausanias, de la rama de los Agidas, casi siempre favorable á Atenas, ó más bien á la paz y á las antiguas instituciones de Lacedemonia, consiguió que se le enviara al Atica con un ejército para contrarrestar los proyectos del agitador ambicioso. En vano los Diez ofrecieron poner la ciudad de Atenas á la completa disposición de Esparta á condición de que fuesen sacrificados los desterrados; Pausanias impuso la paz, y se proclamó una amnistía, exceptuándose solamente de ella á los Treinta y á algunos de sus partidarios más comprometidos, á los cuales se permitió sin embargo retirarse á Eleusis.

Terminada la negociación, Pausanias licenció sus tropas, y Trasíbulo y los suyos subieron armados á la ciudadela, donde ofrecieron sacrificios á Minerva, en acción de gracias por aquella paz inesperada. Su valor y arrojo habían proporcionado aquel beneficio á su patria. «Después de los dioses, dirá Demóstenes más tarde, á Trasíbulo es á quien la república debió su salvación (1).»

De la dominación de la oligarquía sólo quedó un sangriento recuerdo (septiembre 403). Los quince meses que habían durado aquellos funestos disturbios se designaron con los nombres de «el año de la anarquía» y «el reinado de los Treinta tiranos.»

«Poco tiempo después, dice Jenofonte, circuló la noticia de que los de Eleusis reclutaban tropas extranjeras. Entonces, todos se levantaron en masa, y se dirigieron contra ellos; sus generales fueron muertos en una entrevista; los otros se avinieron á un arreglo, por mediación de sus parientes y amigos; y después juróse que se olvidarian todas las injurias, y así se cumplió religiosamente. Aún hoy todos viven juntos bajo el imperio de las mismas leyes.» En aquella espantosa crisis, el pueblo ateniense dió uno de los más raros ejemplos de moderación conocidos en la historia. La amnistía fué fielmente observada; no se persiguió á nadie, y en el juramento que se impuso á los heliastas introdujose esta cláusula: «Juro no recordar el pasado ni permitir que otro lo recuerde.» Y hasta cuando Esparta reclamó

(1) Demóstenes, *Contra Timócrates*, 135. En recuerdo de la ayuda que Tebas le había prestado, Trasíbulo consagró en el Heracleón de la ciudad beocia un grupo de Atenas y de Hércules, las divinidades de ambas ciudades; y para honrar á sus cien primeros compañeros de armas, dióseles mil dracmas, á fin de que pudieran manifestar [su agradecimiento á los dioses por medio de sacrificios. Cada individuo obtuvo, además, á título de libertador de la patria, una corona de olivo. Roma dará también una corona de roble á los que salvarán á ciudadanos: *ob cives servatos*.

los cien talentos prestados á los Treinta, y que no pensaba regalar á la democracia, el pueblo, en vez de dejar la deuda á cuenta de los que recibieron el dinero, declaró que toda la ciudad la pagaría. Solamente el Pecilo, donde los tiranos habían mandado dar muerte á mil cuatrocientos habitantes, siguió siendo un lugar maldito durante más de un siglo, hasta que Zenón hizo olvidar la infamia eligiendo aquel pórtico para enseñar su austera doctrina (403).

Una inscripción consagró la memoria del servicio prestado por los libertadores: «Los atenienses, antiguos hijos de la tierra, han honrado con estas coronas á los primeros que, con peligro de su vida, sacudieron el yugo de los tiranos que mandaban en nombre de injustas leyes (1).»

Atenas se salvaba; pero su comercio se había perdido; la población estaba diezmada, su territorio inculto; su marina había decaído más que en tiempo de Solón, y el tesoro se hallaba tan exhausto, que no bastaba á satisfacer los gastos de los sacrificios, ni á pagar á los tebanos, acreedores impacientes también, los 200 talentos adelantados á Trasíbulo. Las fortificaciones del Pireo no existían ya, ni el arsenal tampoco; habíanse derribado las Murallas Largas, y hasta las de la ciudad estaban abiertas, sin que se pudieran tocar aquellas ruinas, porque un ojo vigilante tenía la vista fija en ellas. El pueblo se ocupó, pues, de lo más urgente, de la constitución.

El gobierno oligárquico había sido juzgado por sus actos, que fueron la traición y el crimen; y de común acuerdo, todos quisieron tener de nuevo aquella democracia moderada que Solón fundó. Bajo el arcontado de Euclides (403) un comité legislativo, el de los *Nomotetes* (2), tuvo por misión estudiar y proponer las modificaciones que era necesario introducir en las leyes existentes para que tuvieran el espíritu de la constitución antigua. Cuando la asamblea hubo aprobado aquel trabajo, las leyes, grabadas en mármol (3), fueron expuestas bajo el pórtico real donde se reunía el Areópago, el cual, restablecido en sus antiguos derechos, debía velar por su ejecución, prohibiéndose á los magistrados hacer uso alguno de una disposición no escrita.

Puesta así la ley por encima de la autoridad del Consejo y de la asamblea, decretóse además que en ciertos casos se necesitaría, para la validez de un acuerdo, una mayoría de seis mil votos secretos (4). Por último, á fin de evitar la vuelta de los tiranos, consignóse en una inscripción grabada en una columna que se levantó en la sala del Consejo, que á cualquiera le estaba permitido dar muerte á quien conspirase contra la democracia ó hiciera traición al Estado (5). Todos los ciudadanos juraron obedecer esta peligrosa ley, que autorizaba crímenes desde el momento en que delegaba á los particulares un derecho soberano, cuya práctica

(1) Esquines, *Contra Ctesifón*, 190; Plougoulm, *Obras políticas de Demóstenes*, p. 82.

(2) Véase tomo I, pág. 227. Demóstenes (*Contra Timócrates*, 27) habla de la institución de mil y un nomotetes para el examen de una proposición de ley. Andócido (*Des Mystér.*, § 84) cita quinientos.

(3) Y por primera vez con el nuevo alfabeto, que comprendía veinticuatro letras, en vez del antiguo, que sólo tenía dieciseis ó dieciocho.

(4) Para estimular el celo de los ciudadanos respecto á su asistencia á las asambleas, se restableció hacia el año 398 la indemnización de presencia, y á fin de conservar la pureza de la sangre ateniense, púsose en vigor la ley que excluía del derecho de ciudadanía á los que no hubieran nacido de padre y madre atenienses, respetándose, no obstante, los derechos adquiridos antes del año 403.

(5) Algunos autores suponen que este decreto se publicó después de la caída de los Cuatrocientos.

debe tener por garantía un juicio público. Bruto se acordará de haber leído este decreto en Atenas cuando asesinará á César.

Así, pues, la primera diligencia de los atenienses, dueños otra vez de sí mismos, fué obtener de nuevo su antigua constitución democrática: con ella alcanzaron su gloria en el pasado; ella debía proporcionarles aún algunos días de prosperidad.

## II.—LUCHA ENTRE LA RELIGIÓN Y EL ESPÍRITU FILOSÓFICO

Deberíamos decir ahora qué uso de su poder hizo Esparta, victoriosa al fin; pero la historia de Grecia es doble; presenta hechos que excitan nuestra curiosidad y nos ayudan á formar nuestra experiencia política, é ideas que inspiran todavía á nuestros poetas, filósofos y artistas. Por las ideas se transforman las sociedades y se desarrolla la civilización. La verdadera historia, de consiguiente, es la del pensamiento humano. Ahora bien, en aquella época fermentaban en Atenas muchas ideas, y un grande hombre comenzaba una revolución moral que iba á imprimir una vigorosa sacudida en el espíritu griego; de este hombre vamos á ocuparnos.

Por la guerra del Peloponeso, Atenas perdió su imperio y algo más; sus antiguas costumbres y creencias habían sufrido conmoción tremenda; dueños de una mitad del mundo helénico, los atenienses vieron afluir á su ciudad los hombres y las riquezas; la industria y el comercio alcanzaron inmenso desarrollo, y en medio de aquel movimiento general, el espíritu no pudo quedar aprisionado por la antigua ortodoxia religiosa. Nuevos horizontes se habían abierto ante la imaginación del pensador, como nuevos mares ante la nave del mercader. Esquilo, Sófocles, Herodoto, Tucídides y Aristófanes habían encontrado en las vías en que se lanzaron las más hermosas concepciones del genio; Fidias había visto á Júpiter, y Anaxágoras casi encontrado á Dios (2). El anciano Homero y todos los poetas que le precedieron, ó á quienes inspiró, habían, pues, aparecido después que la raza griega se hubo diseminado por las costas de Asia, como aluvión fecundo, y mezcládose por el comercio y por las armas con el mundo oriental.

El sentimiento religioso se había depurado, al menos para algunos; la concepción de la divinidad era más elevada, y la gran cuestión de la otra vida, aunque siguiera siendo muy oscura, tendía hacia una solución más razonable que la de



Júpiter olímpico (1)

(1) Cabeza de Júpiter olímpico laureada, y detrás la palabra ΗΛΕΙΩΝ. (Reverso aumentado de una moneda de bronce con la efigie de Adriano.)

(2) Véase tomo II, pág. 275.

Homero y Hesiodo. La recompensa de los buenos (*χρηστοί*) se asemejaba más á la que hoy se les promete. «Las almas de los hombres piadosos, dicen Epicarmo, Píndaro y Esquilo, habitan en el cielo y entonan himnos en alabanza de la gran divinidad (1).» El alma de los bienaventurados (*μακάρες*), colocada en medio de los astros, participaba de la beatitud divina, disfrutando de la vista perpetua de la luz pura, como los elegidos del Dante (2).

Pero bajo las nobles preocupaciones de esos grandes talentos, ¡cuántas agitaciones estériles! ¡Cuántos que no pudiendo crear destruían, que negaban el pasado sin afirmar nada para el futuro, y que ridiculizaban las leyes, las costumbres y las creencias de los antiguos tiempos sin dejar nada en su lugar! Los devotos oían con espanto á los hombres reirse de todo lo que aún constituía su vida moral y religiosa, dudar de sus dioses y parodiar los misterios; y hasta muchos, observando que las oraciones y los sacrificios no habían salvado á Atenas de las más espantosas calamidades, llegaron á pensar que las creencias transmitidas por sus abuelos podrían muy bien no ser más que mentiras. Ya se robaba á los dioses, no el dinero depositado en sus santuarios, como los focidios lo harán en Delfos, sino los ornamentos de oro que revestían sus estatuas (3), lo cual era un doble sacrilegio.



La triada Eleusiniiana (4)

El helenismo había llegado á esa encrucijada tenebrosa á donde van á parar las religiones cuando comienzan á despertar dudas, y en donde la multitud se detiene, porque si la creencia no sirve ya de guía en la vida, rige aún las costumbres. De allí parten vías en las cuales se aventuran los hombres de espíritu elevado y resuelto que dejan al pasado morir tras ellos lentamente y procuran salir al encuentro del porvenir que se aproxima.

Largo tiempo dispersos en la circunferencia del mundo griego, en Asia, en Tracia y en Sicilia, los filósofos todos, jonios, eleatos, pitagóricos y atomistas, habían acudido al centro. Desde el siglo de Pericles, Atenas era su campo cerrado; allí entablaron la lucha los sistemas; allí comenzaba la revolución que debía hacer entrar al paganismo en un período de decadencia para el pueblo y de transformación moral para los hombres superiores. La antigua religión veía que su espíritu la abandonaba por dos vías distintas. Los misterios, sobre todo los de Eleusis, habían

(1) Píndaro, *Olimp.*, II, 56; Esquilo, *Euménidas*, 269-274.

(2) Plutarco, *De la vida según los preceptos de Epicuro*, 27, edición Didot, tomo IV, pág. 1351-*παίζοντες καὶ χορευόντες ἐν τοῖς αὐγῆν καὶ πνεῦμα καθαρὸν καὶ φθόγγον ἔχουσι.* Véase Maury, *Religiones de Grecia*, t. I, págs. 583 y 584; y E. Zeller: *La filosofía de los Griegos*, t. I, págs. 62 y 427; t. II, p. 169, y siguientes t. III, pág. 33. El emperador Juliano creará aún firmemente, en el siglo IV de nuestra era, que el alma de los justos va á habitar en el sol ó en las estrellas. Véase *Hist. de los Romanos*.

(3) Según el testimonio de Isócrates (*Contra Calímaco*), fueron robados en el Partenón el *gorgoneyon* y varios bajos relieves del casco, del escudo y del calzado de Minerva. Demóstenes (*Contra Timócrates*, 121) recuerda el robo de las alas de oro de la Victoria; y Pausanias (I, 25, 7 y 29, 16) habla del gran robo de Lachares, que en tiempo de Demetrio, hijo de Antígona, sustrajo los escudos de oro del arquitrabe y todo el metal precioso que aún podía tomarse de la estatua de Minerva. Sabido es lo que se cuenta, con razón ó sin ella, de Dionisio el Viejo, quien saqueó, según dicen, el templo de Proserpina, robando á Esculapio su barba de oro y á Júpiter un manto del mismo metal, «demasiado caliente para el verano y sobrado frío para el invierno.»

(4) Anillo de oro macizo, adornado, no con piedra preciosa, sino con tres bustos cincelados que representan á Demeter con la cabeza cubierta del *modius*, á Kora con diadema y al joven Jacos con el *pschent* egipcio. (Gabinete de Francia, *Catálogo*, núm. 2632.)

poco á poco desprendido, reunido y desarrollado los elementos espiritualistas que los antiguos cultos encerraban, y sin quebrantar el politeísmo, tendían á que prevaleciese la idea de un dios único. Más audaces, más libres, los filósofos se remontaban por la sola razón á la causa primera; pero estos hombres al suscitar para eterno honor de la inteligencia humana, los grandes problemas que la religión popular pretendía haber resuelto, cometían contra ella naturalmente un acto de insubordinación y de rebeldía. Reducíanla á no ser más que una forma vacía, un sudario de muerto que envolvía al Estado, y que solamente por prudencia, por respeto forzoso á las debilidades populares, absteníanse de rasgar.

El panteísmo de los jonios había permitido á Tales decir: «El mundo está lleno de dioses;» mas Hipócrates subordinaba la acción de éstos á leyes constantes y á las condiciones de la materia. «No existen enfermedades divinas, decía; todas re-



El arco de Apolo y la peste (1)

conocen causas naturales (2).» Esto era romper el arco de Apolo, y también sus flechas, que llevaban la peste y la muerte á las ciudades. Anaxágoras, aunque proclamando una causa única, de la que Platón hará el *λόγος*, y San Pablo el *Verbum Dei*, suprimía los auxiliares que la fe le había dado. Atreviase á enseñar que los aerolitos provenían del cielo, cosa que no creen todavía los *popolani* de Nápoles, y al reconocer este origen de las piedras meteóricas, despojaba á los astros de su divinidad: Marte, Venus y Helios no eran más que moles pedregosas incandescentes. Al decir: «Nada nace y nada muere; no hay por doquiera más que composición y descomposición; cada cosa vuelve al punto de donde salió, y el fondo de la naturaleza no cambia (3),» destruía lo sobrenatural, y con ello la religión que vio tantas maravillas. Xenofano, más explícito, había rechazado toda la teología vulgar, censurando á los poetas porque divinizaron las fuerzas perjudiciales ó favorables que obran en el hombre. Hesiodo, y hasta Homero, no pudieron obtener gracia ante él, que les motejaba por haber degradado la idea de la divinidad, prestando á sus dioses acciones y sentimientos indignos del Ser absoluto. Sin embargo, Xenofano no había llegado á conciliar, aunque distinguiéndolos, á Dios y el mundo, la causa y el efecto; y para salir de aquella mezcla indecisa de teísmo y de

(1) Fragmento de la *Tabula Iliaca* (véase t. II, pág. 6), según O. Jahn, *Griechische Bilderchroniken*, tab. I, A.—La escena se representa en las inmediaciones del templo de Apolo Esminteo (ΙΕΡΟΝ ΑΠΟΛΛΩΝΟΣ ΣΜΙΝΘΕΩΣ); delante del edificio elevase un altar donde Crises (ΧΡΥΣΗΣ) se dispone á ofrecer un sacrificio. El sacrificador va con un acólito que conduce á la víctima; el primero lleva un hacha, y como Crises, ostenta el gorro frigio. Al otro lado del templo está Apolo, que atraviesa á los griegos con sus flechas. Es la peste (ΑΙΟΙΜΟΣ), que ataca á hombres y á animales. Calcas (ΚΑΛΧΑΣ) huye espantado.

(2) *De los aires y de las aguas*, 22.

(3) Diógenes Laercio, III, 10.

panteísmo, su discípulo, el temible Parménides, como Platón le llama, no halló más medio que negar el mundo, considerándole como una vana apariencia y calificando á los sentidos que nos le muestran, de instrumentos de errores. Demócrito, por el contrario, reducía el problema del universo á una cuestión de mecánica; según él, no existe más sustancia que la de los cuerpos, ni más fuerza motriz que la gravedad; y refase de aquellos que de los fenómenos de la naturaleza habían hecho dioses. Uno de sus discípulos, Diágoras de Melos, negaba terminantemente su existencia: para burlarse de los doce trabajos de Hércules, arrojaba al fuego una estatua de madera del hijo de Júpiter, y pedíale que llevase á cabo una hazaña más, triunfando de aquel nuevo enemigo. En Samotracia, los sacerdotes le enseñaban, para probar la fuerza de sus dioses, las ofrendas de los navegantes que habían escapado del naufragio, y él les dijo: «¡Cuántas tendríais si todos los que han perecido os hubieran enviado las suyas!»

Mientras los filósofos minaban la religión nacional por la razón, los poetas satíricos la mataban por el ridículo, y la influencia de unos y otros se propagaba rápidamente en un pueblo en que todo el mundo leía, hasta cuando viajaba (1). ¿Cuál debía ser el efecto producido en la multitud reunida en el teatro de Atenas cuando se representaban el *Plutus*, las *Aves* y las *Ranas*, de Aristófanes, que trataban á los dioses tan irreverentemente? Como en la corte de los tiranos de Sicilia no se aceptaba la sátira política, el Olimpo pagó por la Agora; los poderosos del día fueron respetados, pero los poetas vilipendiaron á las antiguas potencias de la tierra y del cielo. En sus comedias siracusanas, Epicarmo representaba á Júpiter como un glotón obeso, á Minerva como artista callejera, á Cástor y Pólux como bailarines obscenos, y á Hércules como animal voraz (2). Sabido es que Plauto copió á menudo á ese atrevido poeta, como por ejemplo en su *Anfitrión*; y no obstante, Epicarmo era un personaje grave, al que se ha presentado como filósofo. Siracusa le erigió una estatua con esta inscripción: «Lo que el sol aventaja á los demás astros por su brillo, y el mar á los ríos por su extensión, es lo que Epicarmo aventaja á los demás hombres por su sabiduría (3)»

De este modo, la antigua poesía, que había vivido de imágenes, y la nueva filosofía, que se alimentaba de abstracciones, no podían entenderse: la una hizo á los olímpicos á semejanza del hombre; la otra los despojaba de la forma brillante que habían revestido para reducirlos á no ser más que entidades metafísicas. El dios filosófico, nuevo Saturno, iba á devorar á los dioses de los poetas.

El arte contribuyó también á esta obra destructora: las parodias de los dioses se habían reproducido en vasos pintados, cuyos ejemplares, circulando en diversos puntos, hacían las veces de nuestros periódicos de caricaturas y popularizaban las

(1) En las *Ranas*, 52, Aristófanes hace decir á Dionisio que leía, á bordo de su nave, una *Andrómeda*, asunto tratado ya por varios poetas trágicos, cuyas producciones se han perdido. Cuando Protágoras, contemporáneo de Pericles, fué desterrado de Atenas como ateo, obligóse á todos aquellos que habían comprado sus obras á entregarlas, y con ellas se hizo un auto de fe. (Diógenes Laercio, IX, 52; Cicerón, *De natura Deor.* I, 23.) Un error de Böeckh, el gran erudito, sobre el precio de los libros en Atenas, al hablar de la obra de Anaxágoras, que se hubiera podido obtener, según dice, por una dracma, ha engañado á muchos, incluso á Curcio. Los libros, por el contrario, eran muy caros. Platón pagó 100 minas por tres tratados de Filolaos, y Aristóteles tres talentos por algunas obras de Speusipo. Diógenes Laercio, III, 9; y IV, 5.

(2) Véase tomo II, pág. 219.

(3) Diógenes Laercio, VIII, 78. Las primeras comedias de Epicarmo, representadas en Siracusa, tal vez antes de las guerras Médicas, fueron muy anteriores á las de Aristófanes; de modo que la guerra contra la religión oficial había comenzado muy pronto.

escenas irreverentes del Olimpo que los poetas satíricos hacían representar en el teatro. En nuestras colecciones se conservan algunos: uno de ellos, que se halla en el Vaticano, presenta á Júpiter á la puerta de Anfitríon: el dios, oculto el rostro bajo una careta con barba, lleva la escala que le permitirá llegar, como un aventurero galante, á la ventana en que Alcmenes le espera; y junto á él, Mercurio, disfrazado de esclavo obeso, facilitará el amoroso escalamiento alumbrando al amo con su antorcha. Otro vaso, existente en el museo Británico, representa á Baco, que ha embriagado á Vulcano á fin de poder conducirle, á pesar suyo, al Olimpo, donde ha sufrido muchas molestias. En otra parte, Neptuno, Hércules y Mercurio pescan con caña, para ofrecer á los dioses algún delicado manjar.

La introducción de las nuevas ideas se asocia á menudo con alguna conmoción moral que precede á su llegada y dura hasta su triunfo. Las Furias, personificación del remordimiento que persigue sin tregua al culpable (1), habían tenido gran importancia entre los antiguos griegos; pero con ellas desapareció la sanción moral que la religión había establecido para esta vida y para la otra. Como entonces las antiguas leyes eran despreciadas y las nuevas no se habían establecido aún, los hombres se hallaban suspendidos en el vacío, sin más regla que su conciencia vacilante y las pasiones que les arrastraban. Con ello la moral humana se debilitó, á la vez que el sentimiento del deber disminuía y los vínculos de la familia se relajaban. Así sucedió entonces en Atenas. «Tenemos, decíase ante un tribunal, cortesanas para nuestros placeres, concubinas para compartir nuestro lecho, esposas para darnos hijos legítimos y velar por la casa.» ¿Es Alcibíades quien habla así? No; tal vez es el más grande orador de Atenas (2).

### III. — LOS RETÓRICOS Y LOS SOFISTAS

Esta lucha entre la religión y la filosofía no hubiera ejercido funesta influencia en la ciudad si al mismo tiempo no se hubiesen abierto escuelas donde se despertó la duda, donde se enseñaba una moral fácil, y donde el arte de hacer carrera sustituyó á la antigua y viril enseñanza de las virtudes cívicas.

El sistema de educación no cambió para el niño; los antiguos estudios de gramática y de música, y los ejercicios militares y gimnásticos, continuaron del mismo modo que antes; mas para el adolescente predominaba otro espíritu. Con frecuencia he hablado del gusto de Atenas por las artes; mas no he hablado del arte democrático por excelencia, de la retórica (3). De esta última nacieron dos clases de hombres, los retóricos y los sofistas, quienes consideraron que el talento de discutir era en sí mismo su medio y su fin; y por eso no se cuidaban sino de hacer de sus discípulos terribles hablistas, mientras que los antiguos maestros trataban sola-

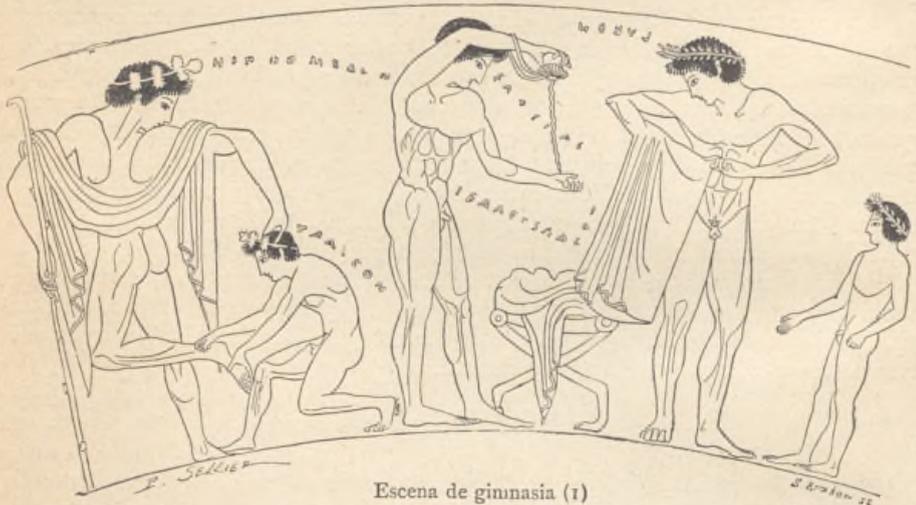
(1) Véase Esquilo, *Euménides*, 499, *Colóforos*, 406; Píndaro, *Olimpia*, II, 45; Cicerón, *De nat., Deor.*, III, 18.

(2) En el discurso *Contra Neera*, 122, largo tiempo atribuido á Demóstenes, pero que es de Apolodoro. Véase R. Dareste, *Las defensas civiles de Demóstenes*, t. II, p. 310. Las costumbres de otro gran orador, Hipérides, eran aún menos severas que aquellas que se justificaban por las palabras de Demóstenes ó de Apolodoro. Véase J. Girard, *Hipérides*, p. 102 y siguientes.

(3) Una de las primeras medidas de los Treinta fué prohibir que se enseñara retórica; λόγων τέχνην μὴ διδάσκειν (Jenofonte, *Memor.*, I, 2). Píndaro se había quejado ya de que se produjera en su tiempo «una odiosa elocuencia, llena de lisonjeras palabras, pero también de astucias, con la cual se violentaba la verdad y adquirían una gloria corrompida nombres oscuros.» (*Nemeana*, VIII.) Estos retóricos, efectivamente, son de todos los tiempos, pero ninguna época fué tan favorable para su multiplicación como aquella en que Cleón sucedió á Pericles.

mente de formar ciudadanos y soldados. En otro tiempo se enseñaba á obrar; pero ahora se enseña á hablar.

Era consecuencia inevitable del desarrollo de las costumbres y de las instituciones democráticas, y el mismo Pericles no había desdeñado las conferencias con Protágoras. En las ciudades pequeñas, donde todo se hace por la palabra, la elocuencia es á la vez una espada y un escudo; sirve para defenderse y atacar, y con ella se gana un empleo ó un proceso, el favor del pueblo ó la indulgencia de los jueces. En Atenas, el ciudadano estaba diariamente expuesto á ser acusado ó acusador, y era preciso defenderse ó acusar por sí mismo. Una acusación bien dirigida



Escena de gimnasia (1)

da bastaba para darse á conocer; un descalabro tenía el doble inconveniente de una derrota y de una pérdida sensible, pues el acusador que no probaba lo que decía, ó no podía obtener por lo menos la quinta parte de los sufragios, pagaba una multa de mil dracmas. En su consecuencia, era una necesidad saber hablar, la Agora era el camino más seguro para lograr la celebridad pública y el poder: como medio para encumbrarse, los discursos eran antes que las hazañas militares.

Ese arte de bien decir, aun sin pensar bien, de revestir una opinión falsa con las apariencias de la verdad, de deslumbrar al vulgo con palabras pomposas; ese talento del abogado, que en caso necesario defiende con una convicción momentánea la causa que reconoce como mala, eran cosas muy solicitadas por los jóvenes atenienses, menos cuidadosos ahora de comprender y cantar los himnos de los antiguos poetas que de adquirir lo que el Gorgias de Platón llama el mayor de

(1) Pintura en un vaso del museo de Berlín (A. Furtwangler, *Beschreibung...* núm. 2186): según la *Archäologische Zeitung*, 1879, tab. 4. El primer grupo comprende dos personajes: Hipomedón (*Ἱππομέδων*) se apoya con una mano en su bastón, y con la otra en la cabeza de un muchacho (*Τραχύνιον*), que le extrae una espina del pie. El grupo de la derecha comprende tres personajes: Hegesias (*Ἡγησίας*), completamente desnudo, se ocupa en verter aceite en su mano izquierda, y tiene el aríbalo en la derecha. La pequeña vasija pende de una correa ceñida en el brazo. Delante de Hegesias, Likos (*ΛΥΚΟΣ*) se despoja del traje para dárselo á un muchacho; efebos y jóvenes llevan corona de pámpano ó de mirto (?). En el campo la inscripción *Λεάγρος καλός*.

los bienes, ó sea hallarse en estado de persuadir por la palabra á los jueces en los tribunales, á los senadores en el consejo y al pueblo en las asambleas. Por eso acudían en tropel en busca de los que proporcionaban argumentos y sutilezas, y pagábanles á peso de oro (1). Hipias de Elis se vanagloriaba de haber ganado en Sicilia con sus lecciones, en el breve espacio de quince días, más de ciento cincuenta minas, á pesar de la competencia de Protágoras, á la sazón en el apogeo de la celebridad. Los sabios habían prodigado en otro tiempo sus palabras; pero no las vendían; Sócrates y Platón se indignaban de esas ventas, que nuestras sociedades modernas, asentadas, es cierto, sobre otras bases, ven sin el menor enojo.

Los retóricos que analizaban los procedimientos del lenguaje y los sofistas que hacían el análisis de las ideas morales y políticas, todos eran unos. Los últimos no formaban una escuela encerrada en un sistema particular, sino que representaban cierto estado de los espíritus, y uno de los lados de la filosofía griega, el escepticismo. No creían en nada, como no fuera en el arte de bien decir, y preparaban cada cual á su modo, oradores para las asambleas, ó discursos para los que pleiteaban, del mismo modo que nuestros abogados venden su palabra ó su ciencia, y los maestros de todo género la dan á cambio de un salario legítimo. Créese que llegaron de Sicilia cierto día que se cita, y cuya fecha se señala, al menos por lo que hace á Gorgias. Sin embargo, los sofistas y los retóricos no son producto artificial, pues salen de las entrañas mismas de las sociedades de aquel tiempo (2). «El más gran sofista, dijo Platón, es el pueblo;» con lo cual sin duda quería decir la democracia, que ama demasiado á los buenos hablistas, y que rara vez tiene la prudencia de Ulises cuando pasó junto á las sirenas.

Las cuatro escuelas que desde Thales habían buscado la verdad fuera de la enseñanza religiosa, por los únicos esfuerzos del espíritu, no habían producido más que hipótesis fundadas en razonamientos *á priori*. La sofística fué la reacción que inevitablemente debía verificarse contra un dogmatismo imperioso, del mismo modo que el escepticismo filosófico sucederá á las afirmaciones doctrinarias de Platón y de Aristóteles. Estas oscilaciones del espíritu son de orden natural. Los jonios habían tratado de explicar la creación por la materia, los eleatos por el pensamiento, los pitagóricos por los números, y Leucipo y Demócrito por los átomos. A pesar de las poderosas concepciones, no se había resuelto ningún problema, y

(1) Este pueblo, que adoraba al dios del fraude, Hermes, y que en la primera fila de sus héroes hacía figurar al astuto rey de Itaca, aquel á quien Minerva celebraba por su habilidad para engañar, debía ser complaciente hasta la debilidad con los sofistas, que Platón llama en su *Fedra* artistas en discursos, *λογοδαίδαλοι*, y dejar que sus abogados adoptaran singulares costumbres. «Los abogados atenienses, dice un sabio legista, apelaban sin escrúpulo á los falsos testimonios, creando pruebas para apoyar los hechos, después de imaginar estos últimos para justificar la causa que defendían. Demóstenes y todos sus cofrades mentían con admirable facilidad; así se explican las enormes contradicciones de los dos discursos sobre la *Corona* con los pronunciados á favor de *Formión* contra *Apolodoro*, y á favor de *Apolodoro* contra *Formión*; de la acusación contra *Conón*, en la que se representa á éste como el más bajo de los hombres, y de la que se hizo contra *Leptine*, en la que se ensalzó á *Conón*.» (Arturo Desjardins, del Instituto, *El Jurado y los abogados*.)

(2) Su nombre no se tomó al principio en mal sentido. Herodoto se lo dió á Solón (I, 29) y á Pitágoras (IV, 95), y Esquino á Sócrates (*Contra Timarcos*, 34). Observemos que los sofistas de más nombradía eran extranjeros en Atica: Protágoras era de Abdera, Gorgias de Sicilia, Prodicos de Ceos y Diágoras de Melos; pero todos acudieron á la ciudad que representaba la más completa expresión de la democracia. M. Egger (*¿Ha habido entre los atenienses verdaderos abogados?*) contó que de los ciento diez discursos forenses que poseemos en las obras de los oradores áticos, no llegan á diez los pronunciados por sus autores.

los sistemas chocaron unos con otros sin que se hiciese la luz. En la senda recorrida por los filósofos no se encontraban, pues, más que ruinas, que existirán siempre, porque entre las cuestiones que aquéllos agitan hay algunas á que nuestra inteligencia no alcanza, así como hay esfuerzos superiores á nuestra fuerza muscular. Es honroso para el espíritu humano querer penetrar hasta los principios de las cosas; pero es desgracia innata en su condición no conseguirlo jamás; y cuando se reconoce vencido en esa lucha que tiene por objeto conquistar la verdad, inclínase á veces á negaciones tan temerarias como lo habían sido las osadías metafísicas. Así sucedió en Grecia en los tiempos que estudiamos.

La sofística que Aristóteles definió como «sabiduría aparente pero no real (1),» es el advenimiento del espíritu crítico. Como toda nueva potencia, no supo medir ni economizar sus fuerzas: con un método, la dialéctica, á la vez fecundo y peligroso, según aquel que lo emplea, y que tomó de los eleatos, pretendía analizarlo todo, y todo lo hizo pedazos sin reconstituir nada (2); ni tampoco podía hacerlo, porque fué y continuó siendo la negación arma de guerra buena para destruir, pero que no siempre sirve para edificar. Cuando Protágoras, que nos ha dejado, no obstante, hermosas palabras sobre la justicia y la virtud, decía que «el hombre es la medida de las cosas,» *Ἀνθρώπος πάντων χρημάτων μέτρον*, quería decir que todo pensamiento es verdadero para aquel que le medita, pero sólo en el instante en que se produce en su espíritu; de modo que, en un mismo asunto y en momentos distintos, la afirmación y la negación tienen un valor idéntico, de lo que resulta que nadie está autorizado para establecer una ley general. Admitía, sin embargo, que hay opiniones, si no más verdaderas, por lo menos mejores que otras, y que es oficio del sabio sustituirlas á las más malas. Trasímaco de Calcedonia iba más allá: opinaba que lo justo se determina por lo útil; que el derecho es siempre del más fuerte; y por último, que las leyes se han establecido por los pueblos y por los reyes sólo para sus ventajas particulares. En el *Gorgias* de Platón, Polos de Agrigento sostenía la tesis de que el interés personal es la medida de todo bien, y ensalzaba la felicidad de los reyes de Persia y de Macedonia, que se habían elevado al trono por el asesinato y la traición. Los que desterraban á los habitantes de Melos no habían tenido, por lo tanto, que esforzar mucho la imaginación para demostrar á los infelices que hacían mal en quejarse, porque Atenas les obligara á doblar el cuello bajo la cuchilla.

Verdad es que el pueblo no filosofaba; pero tenía otro maestro, la guerra, que le enseñaba la moral de las fieras. Las abominables medidas varias veces adoptadas en aquel tiempo reconocían por causa, según Tucídides, la encarnizada lucha que entre sí sostenían Esparta y Atenas, es decir, la aristocracia y la democracia. Entre ellas dos no había más principio que la fuerza; y medio siglo después, Demóstenes repetirá entre gemidos la siniestra fórmula: «La fuerza es hoy la medida del derecho (3).»

De dondequiera que procediesen esas doctrinas, ya se comprenderá que, desastrosas para el Estado, éranlo también para el Cielo, y que ponían á los dioses en grave peligro. Protágoras decía de ellos en una de sus obras: «En cuanto á los dioses, no puedo saber si los hay ó no, pues muchas cosas se oponen á ello, particularmente lo oscuro de la cuestión y la brevedad de la vida.» Gorgias sostuvo primero que no existe nada; y después, que si existía, sería imposible conocerlo y

(1) *Φαινομένη σοφία οὐσα δὲ μή*, (*Las refutaciones de los sofistas*, I, 6.)

(2) Sobre la falsa dialéctica de los sofistas, véase el *Eutidemo* de Platón.

(3) *Sobre la libertad de los Rodios*.

enseñárselo á otros. Esto era llegar, por un camino opuesto, al mismo punto que Protágoras, es decir, á la negación de toda certidumbre.

Así, pues, nada es verdad, pero todo es verosímil, y por lo menos, á fuerza de arte se puede comunicar á todo las apariencias de verdad; de modo que no había tesis que no se pudiera defender. Aunque tales doctrinas, trastorno de la razón humana, aniquilaban la virtud, el patriotismo y la religión, no por eso dejaban de



La salida del sol (1)

ser muy seductoras en boca de los hombres hábiles que las exponían, pues complacían á los amantes de las sutilezas ingeniosas y eran útiles al defensor de toda mala causa. Por eso llegaron á tener en aquel pueblo, tan aficionado á la polémica, numerosos adeptos, que hallaron en este oficio un nuevo recurso para brillar y enriquecerse. Entre aquellos prestidigitadores, el afán de cada cual era sobrepujar al otro por la singularidad de sus tesis, por la sutileza de sus argumentos, por la facilidad y elocuencia en el decir, y por su talento para defender en el acto y suce-

(1) Pintura sobre la tapa de una *kyxis* de la colección Sabouloff (según A. Furtwangler, *Colección Sabouloff*, lám. 63). - Eos, la diosa de la Aurora, aparece en su cuádriga, que se lanza hacia la derecha. Sigue Selene, ó la luna, á caballo; la diosa se vuelve hacia Helios, el dios del Sol, cuyo carro sube hacia la luz del día. Sobre la cabeza de Helios aparece el disco radiante del sol. Véase la salida del astro en un vaso de la antigua colección Blacas, t. II, p. 155. (Véase tomo I, págs. 13 y 335, y tomo II, pág. 26.)

sivamente el sí ó el no, el pro ó el contra. En las escuelas, en las fiestas, en los juegos públicos de Olimpia, dondequiera que se reuniesen muchos hombres, veíase al punto aparecer un sofista, que después de pedir un asunto cualquiera, tratábale, por frívolo ó paradójico que fuese, con gran aplauso de los oyentes, sin darse nunca por vencido. «Inútil es derribar á esos hombres, dirá más tarde Platón, porque siempre se levantan: la hidra de Lerna era un sofista (1).»

Pero no se debe hacer de la sofística un atributo particular de la democracia. Critias, que fué uno de los Treinta tiranos, y uno de los más abominables, no veía en las instituciones religiosas y en la creencia en los dioses, más que el efecto de una hábil astucia. «Hubo un tiempo, decía, en que la vida humana, careciendo de ley, asemejábase á la de los animales y era esclava de la violencia. No había entonces honor para los buenos, y los suplicios no infundían aún espanto á los perversos. Después los hombres fundaron leyes para que la justicia reinara y se humillara la injuria, y entonces el castigo siguió al crimen; pero como los hombres cometían en secreto las violencias que la ley reprimía cuando se practicaban públicamente, hubo, según creo, un hombre, recto y sabio, que para inspirar temor á los mortales malévolos cuando se atreviesen á ejecutar, á decir y aun á pensar alguna cosa mala, imaginó la divinidad. Hay un Dios, dijo, que goza de vida inmortal, que sabe, que oye, que ve con el pensamiento todas las cosas, y cuya atención está siempre fija en la naturaleza mortal. Oye todo cuanto se dice entre los hombres, ve todo lo que se hace, y si maquináis alguna perversidad en silencio, no escapará á las miradas de los dioses. A fuerza de repetir semejantes discursos, aquel sabio introdujo la más feliz de las enseñanzas, ocultando la verdad bajo la mentira. Y para impresionar más, para conducir mejor los ánimos, refirió que los dioses habitaban en lugares de donde proceden para los hombres los más grandes terrores y los más poderosos auxilios de su desgraciada vida; en los lugares de donde parten el relámpago y las terribles sacudidas del rayo; en donde, por otra parte, brilla la estrellada bóveda del cielo, obra admirable del tiempo, ese sabio obrero, y de donde parte la luz brillante de los astros, así como la lluvia que baja al seno de la tierra. De este modo, á mi ver, algún sabio consiguió persuadir á los hombres de la existencia de los dioses (2).»

Atenas tuvo el honor y el triste privilegio de convertirse en foco del espíritu sofístico, cuyas huellas se hallan en las costumbres públicas de algunos de sus ciudadanos, y hasta en su literatura. Las tragedias de Eurípides nos han dado ya una prueba de ello (3), y la vida de Alcibiades otra. Este personaje, en efecto, fué un sofista político, brillante retórico en acción, como los otros lo eran en palabras; siempre dispuesto al sí y al no, hoy con Atenas, mañana con Esparta, Argos ó Tisafernes, é indiferente, en una palabra, á esas cuestiones de patria y de virtud que apasionaban tan poderosamente á los contemporáneos de Milciades.

Contra esas doctrinas que separaban á los ciudadanos de la patria, comunicando un reflejo enojoso á las obras de tan sublime genio como Eurípides, eleváronse protestas, y hubo dos famosas, una en nombre del pasado y la otra en nombre del porvenir: me refiero á Aristófanes y á Sócrates.

En sus comedias, Aristófanes combatió á Eurípides, á Cleón, á los sofistas, á Sócrates, y en una palabra, al nuevo espíritu, bueno ó malo, sin distinción. Ya he-

(1) En el *Eutidemo* ó el *Quimerista*.

(2) J. Denis, *Historia de las teorías y de las ideas morales en la antigüedad*, t. I, págs. 42-43. Véase E. Zeller, *La Filosofía de los Griegos*, t. II, p. 526, traducción Boutroux.

(3) Véase t. II, pág. 202 y siguientes.

mos visto que la Atenas de Pericles y su belicosa democracia no inspiraban simpatías al poeta satírico. En las *Ranas*, cuyo objeto se reduce á demostrar hasta qué punto Eurípides es inferior á Esquilo en cuanto á la nobleza de los personajes y á la propiedad del estilo, que es el mismo para todos, reyes ó esclavos, pone estas palabras en boca de Eurípides: «¡Por Apolo! haciéndoles hablar así, yo les daba un carácter más democrático.»

Pero á los sofistas fué á quienes atacó más violentamente en la persona de Sócrates, no distinguiendo en él al hombre sensato, que se ocultaba tal vez bajo un exceso de habilidad de lenguaje. La pieza titulada las *Nubes* es un libelo chispeante, ingenioso y mordaz que hiere de lleno á la sofística; pero se debería sustituir el nombre de uno de esos saltimbanquis de palabras, de quienes ya hemos hablado, con el de Sócrates, á quien el poeta representa suspendido sobre la tierra é invocando á las diosas tutelares de los sofistas, las *Nubes*, cuya voz cree oír en medio de las brumas (1). El anciano Strepsiades, arruinado por los desórdenes de su hijo, quisiera hallar el medio de no pagar las deudas contraídas por el pródigo, y para esto envíale á la escuela de los sofistas. — ¿Qué aprenderé allí? — pregunta el hijo.

STREPSÍADES. — Allí se enseñan, según dicen, dos razonamientos, lo justo y lo injusto; y por medio del segundo se pueden ganar las peores causas. Si aprendes ese razonamiento injusto, yo no pagaré un óbolo de todas las deudas contraídas por ti. — Como el hijo se negase, el anciano se dirige á casa de Sócrates, y muy pronto aprende á no creer en los dioses. Después encuentra á su hijo y óyete jurar por Júpiter Olímpico. — ¡Bah, bah, exclama, ¡por Júpiter Olímpico! ¡Qué locura! ¿A tu edad crees en Júpiter?

FIDIPIDO. — ¿Es ese asunto de risa?

— Es una niñería admitir tales antiguallas. Vamos, acércate y te instruiré. Quiero decirte una cosa, y luego serás hombre; pero no se lo repitas á nadie.

— ¡Bien! ¿Qué es ello?

— ¿Acabas de jurar por Júpiter?

— Sí.

— Pues vé aquí cómo es bueno estudiar. Sábete que no hay Júpiter, querido hijo.

— ¿Pues quién reina?

— El Torbellino, que ha expulsado á Júpiter (2).

Ni más ni menos, como se ve, que el *hemos cambiado todo eso*, de Moliere; y el cándido Strepsiades nos recuerda nuestro Menestral-caballero. No se ha de olvidar que ha perdido su manto y sus zapatos, insinuación de robo calumniosa seguramente contra Sócrates, y que lo era también contra los sofistas.

Después de esta parodia de las nuevas doctrinas, que sustituían el reinado divino de Júpiter con el dominio de las leyes físicas, el poeta pone en escena al Justo y al Injusto, que combaten con argumentos. El Justo traza el cuadro de la vida antigua, que se pasaba en medio de los ejercicios de la palestra y en la práctica

(1) Las *Nubes* se representaron en 424-3, y de consiguiente no influyeron en la condena de Sócrates en 399; pero aunque Platón haga sentar al poeta en su *Banquete* junto al filósofo, Aristófanes conservó su rencor, como lo prueban los versos 1491-1499 de la pieza las *Ranas*, representada en 405. Sócrates era siempre para él un hombre que solamente decía necias sutilezas, y al hablar así debió expresar la opinión de cierto número de sus oyentes, que reaparecerán entre los jueces del año 399. En cuanto al violento ataque de Aristófanes contra los sofistas, era á la vez legítimo é injusto. Ya se verá que el proceso de la sofística fué revisado en parte, y que merecía serlo.

(2) Véase en las *Aves*, 467 y siguientes, la parodia de la teogonía órfica.

de la virtud, con el pudor, la moderación y el respeto á los ancianos. El Injusto pone de manifiesto todas sus seducciones, y á él es á quien Aristófanes deja dueño del campo de batalla, como si desesperase de conseguir que los atenienses volvieran en lo futuro á tener justicia.

EL INJUSTO. — Y dime tú. ¿Qué especie de gente son los oradores,

EL JUSTO. — Unos infames.

— Lo creo. ¿Y nuestros poetas trágicos?

— Infames.

— Bien. ¿Y los demagogos?

— Infames.

— ¿Y qué son los espectadores? Advierte que es la mayoría.

— Espera, ya miro.

— Y bien, ¿qué ves?

— Los infames constituyen la mayoría. He ahí uno que reconozco por tal, y después ese otro, y aquel de más allá, el del cabello largo. ¿Qué tienes que decir ahora?

— Me doy por vencido. ¡Oh infames, os ruego que recibáis mi manto; quiero ser de los vuestros!

Fidipido resuelve al fin ir á la escuela de Sócrates; pero el buen Strepsíades no tarda en arrepentirse de su consejo. Se le ve correr en el escenario, perseguido por su hijo, que le pega sin descanso, mientras él grita: — ¡A mí, vecinos, parientes, ciudadanos; socorredme, que me matan! ¡Ay mi cabeza!, ¡ay mi mandíbula! ¡Bribón! ¿te atreves á pegar á tu padre?

FIDIPIDO. — Así es, padre mío.

— Ya lo oís; confiesa que me pega.

— Ciertamente.

— ¡Tunante, ladrón, parricida!

— Repite las injurias cuanto quieras, pues á mí me divierte oírte.

— ¡Infame!

— Me haces favor.

— ¡Pegar á tu padre!

— Y te probaré que tengo razón de hacerlo.

— ¡Impío! ¿Podrá tener nunca razón el que maltrata á su padre?

— Te lo demostraré y quedarás convencido.

— ¿Yo convencido?

— Nada más fácil. Dime solamente cuál de los dos razonamientos quieres que use.

En otro lugar, Fidipido, al hablar de la ley que permite á los padres pegar á sus hijos, y defendiendo la reciprocidad, dice: «¿No era hombre como nosotros el que hizo esta ley y consiguió que la adoptaran los de su tiempo? ¿Por qué no he de hacer yo otra nueva que permita á los hijos pegar á su vez á los padres? Os perdonamos todos los golpes recibidos desde que rigió esa ley, consintiendo en que se nos haya pegado gratuitamente; pero ved cómo los gallos y los demás animales se defienden contra sus padres, y sin embargo, no se diferencian de nosotros sino en que no redactan decretos.» Tales eran los razonamientos favoritos de los sofistas, aunque á decir verdad, en otros asuntos. Por último, el anciano reflexiona, y reconociendo que los sofistas son unos bribones, corre á la escuela de Sócrates seguido de un esclavo, con una antorcha en una mano y una hacha en la otra, para asaltar la casa, que quiere demoler y quemar con todos los que la habitan.

La cuestión de Melos ha demostrado cuánto habían progresado estas doctri-

nas, que dieron allí uno de sus frutos naturales, la teoría del derecho de la fuerza; y el historiador se pregunta cuál podía ser el patriotismo de aquellos intrusos, que no viendo en el pasado sino inútiles chocheos, sustituían con su razón individual, armada de argumentos especiales, la razón colectiva de la ciudad, formada con el recuerdo de las alegrías y tristezas que se experimentaron en común. Hemos oído á uno de ellos decir que la ley era un tirano, porque es una traba: oposición contra la ley civil que ponía en peligro la ley moral (1).

Ni Licurgo ni Solón hablaban así, y ya se recordará que Píndaro llamaba á la ley «reina y emperatriz del mundo.»

Grecia había vivido diez siglos bajo un régimen municipal que acabó por proporcionarle poderío, gloria y libertad, con un patriotismo limitado, pero enérgico, ante el cual habían retrocedido los medas. Y he aquí ahora que algunos hombres minaban el respeto á la ley, á las divinidades y á las creencias de los antepasados. Esos nómadas, errantes de ciudad en ciudad en busca de un salario, no tenían ya patria, y mataban el amor á ella en el corazón de aquellos que aún no lo habían perdido. Los tristes efectos de esta revolución moral, que ensancha las ideas, pero que debilita los caracteres, haciéndolos ceder á toda pasión, no tardarán en sentirse: antes de que transcurran dos tercios de siglo, los habitantes de aquellas ciudades tan llenas de vida en otro tiempo, no serán ya más que los tristes súbditos del imperio macedonio. ¡Cuando la religión se pierde, que al menos quede la patria!

Hemos acusado de tantos males á la sofística, que fuera injusto no reconocer también los servicios que ha prestado, imprimiendo una nueva dirección á las meditaciones filosóficas. Los físicos de las escuelas anteriores no se ocupaban más que del *Cosmos*; los sofistas se consagraron también al estudio del hombre, de sus facultades y de su lenguaje. Aguzando el ingenio á fuerza de sutilezas, preparáronle para trabajos más útiles, y comenzaron la oposición fecunda entre el derecho tradicional, que consagraba á menudo iniquidades, y el derecho natural, que no se encontraba sino en el fondo de la conciencia. Estos servicios se deben sobre todo á los primeros sofistas, á quienes no se ha de confundir con los vendedores de palabras, sus discípulos degenerados, porque fueron filósofos y hábiles dialécticos que Sócrates y Platón respetaban. En algunos se hallarían pensamientos que los antiguos sabios no habrían reprobado. «Todos los animales, decía Protágoras, tienen sus medios defensivos; la naturaleza ha dado al hombre el sentido de lo justo y el horror á la injusticia, y éstas son las armas que le protegen, porque tales disposiciones naturales le ayudan á establecer buenas instituciones.» De Pródico es la hermosa alegoría de Hércules, solicitado, en el momento de entrar en la vida activa, por la Virtud y la Voluptuosidad, y decidiéndose á seguir la primera. Licofrón declara que la nobleza es una ventaja imaginaria; y Alcidas, que la naturaleza no hace hombres libres y esclavos, tesis que los últimos estoicos volverán á utilizar. A través de esa sofística, purificada por Sócrates, se entreve un mundo nuevo que se eleva; lo que el ciudadano ha de perder, el hombre lo ganará, y la lucha entre el *jus civitatis* y el *jus gentium* que las escuelas socráticas empeñarán, será la historia misma de los progresos de la humanidad.

Aristófanes había atacado la sofística con singular vigor, sin proponer más remedio que cerrar las escuelas de los filósofos y retroceder tres generaciones; pero

(1) Jenofonte, *Mem.*, IV, 4, 14. Este sofista era Hippias, quien tomó por criterio de la verdad moral lo que todos los pueblos admiten, ó lo que Lamennais llamará, veintidós siglos más tarde, la razón universal del género humano.

¿no adolece él mismo de todos los vicios de su época, de inmoralidad y de irreligión? El verdadero remedio no era la ignorancia de los antiguos días: podía encontrarse en la ciencia viril que un hombre acababa de inaugurar, y este hombre era aquel á quien el poeta había atacado más cruelmente.

#### IV. — SÓCRATES

Sócrates, nacido en 469, fué hijo de una comadrona que tenía por nombre Fenaretes y de un escultor llamado Sofronisco; era muy feo, y esto le ayudó á comprender pronto que únicamente la fealdad moral es repugnante. Dícese que ejerció al principio la profesión de su padre; y Pausanias vió en la ciudadela de Atenas un grupo de las tres Gracias veladas, que se decía esculpido por él. Aunque pobre, renunció al poco tiempo á su arte, que tal vez no practicó nunca, y comenzó á estudiar las obras y los sistemas de los filósofos, sus contemporáneos ó sus predecesores. Estos estudios especulativos no le impidieron cumplir con los deberes del ciudadano, que la ley imponía como una obligación: combatió valerosamente en Potidea, en Amfípolis y en Delión; en el primero de dichos puntos salvó á Alcibíades herido, y en Delión fué uno de los que se resistieron hasta lo último, faltando poco para que le cogieran. Los generales decían que si todos hubieran cumplido su deber como él, no se habría perdido la batalla (1). Indiferente á lo que los hombres consideran como bienes necesarios, esforzábese para no contraer necesidades, á fin de estar más libre; vivía con poco; en invierno y verano iba descalzo, sin otro abrigo que un mísero manto; y así la cólera de los poderosos como el odio ó los aplausos de la multitud no producían más efecto en su alma que el calor ó el frío en su cuerpo. Cuando se halló entre los jueces de los generales vencedores en las Arginusas, rehusó conformarse, en su juicio, con las pasiones de la multitud; y cuando todo se doblegaba bajo los Treinta, nególes su obediencia para no cometer un acto injusto. Vivió pobre y se negó á ser rico; Alcibíades le ofrecía tierras; Carmides, esclavos, y el rey de Macedonia, Arquelaios, su favor; pero nada quiso.

¿Qué hizo, pues, aquel hombre de bien, aquel ciudadano valeroso, para atraer sobre sí tanta malevolencia de parte de sus contemporáneos y tanta admiración de la posteridad?

Helo aquí. Sócrates se había impuesto la misión de aislar el sentido moral, á cuyo alrededor los sofistas habían acumulado espesas nubes. Al soplo enervante y destructor de las doctrinas de éstos, todo parecía vacilar; el espíritu se adoraba á sí propio en sus más peligrosas sutilezas, y sofocaba así bajo un torrente de palabras la voz del juez interior que la naturaleza ha puesto en nosotros. En el hombre, los sofistas no veían sino lo que es del individuo (2); Sócrates buscó en él lo que es de la naturaleza humana. Había leído en el frontis del templo de Delfos la máxima: «Conócete á tí mismo,» y esto fué para él la verdadera ciencia. Demóstenes dirá también: «Los altares más sagrados están en el alma (3);» y así el político como el filósofo tenían razón, porque esta ciencia de nosotros mismos nos revela los dones que la humanidad ha recibido, con la obligación de utilizarlos: la inteli-

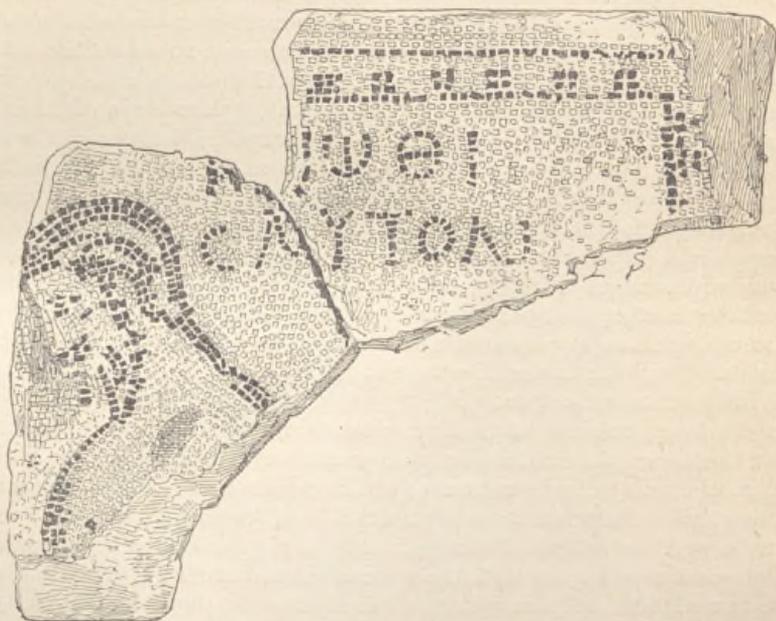
(1) Se ha dicho que salvó á Jenofonte en Delión (424); pero esto es un error, pues Jenofonte no debía tener entonces más de siete años.

(2) Véase en la página 18 la palabra de Protágoras.

(3) *Contra Aristogitón*, I, 35. Sobre la autenticidad de este discurso, véase H. Weil, *Revista de filología*, 1882, págs. 1-21.

gencia, para comprender el bien y lo verdadero; la libertad, para elegir la senda que á esto conduce.

Seducido por la grandiosidad de semejante misión, Sócrates se desvió de las doctrinas puramente especulativas, de la investigación de las causas primeras, del origen y de las leyes del mundo, de la naturaleza de los elementos, etc., para meditar sobre nuestros deberes. Sostuvo que la naturaleza había puesto á nuestro alcance los conocimientos de primera necesidad, y que bastaba examinar nuestra alma para leer, en caracteres indelebles, las leyes inmutables de lo bueno, de lo



Fragmento de mosaico con la inscripción: Γνωθι σεαυτόν («Conócete á ti mismo») (1)

verdadero y hasta de lo bello, esas leyes que él llamaba, como Sófocles (2), leyes no escritas, νόμοι ἄγραπτοι, las cuales llevan consigo una sanción inevitable para los males que su violación ocasiona. Haciendo así del hombre, al contrario de sus predecesores, el centro de todas las meditaciones, creaba la verdadera filosofía, la que debía sacar á luz los tesoros que la conciencia humana encierra; hallaba, en fin, y anteponía á los errores, preocupaciones é injusticias de tiempo y de lugar, la ley natural, única antorcha humana que puede iluminar la senda por donde las sociedades caminan. Montaigne dice muy bien, después de Cicerón: «Sócrates había traído la sabiduría humana del cielo, donde no hacía nada, para devolvérsela al hombre, en el que está su más justa y laboriosa tarea (3).»

(1) Fragmento de mosaico descubierto en Roma y conservado en Verona (según Visconti, *Iconografía griega*, tab. XI, 3). — La máxima Γνωθι σεαυτόν que se lee á la derecha, se atribuye á Chilón, uno de los siete sabios, y este nombre es el que Visconti propone para el personaje cuya cabeza se ve á la izquierda.

(2) Véase tomo II, pág. 202.

(3) Rabelais había dicho también, V, 22: «Sócrates fué el primero que de los cielos trajo la filosofía á la tierra, haciéndola útil y provechosa después de sacarla de su ociosidad.»

Al revelar una justicia superior á las leyes especiales de cada Estado, Sócrates demostraba que hay para las sociedades un ideal á que deben acercarse; pero manteníase respetuoso al orden establecido; proclamaba la santidad de la familia, y hallaba para la madre y para la esposa palabras que recuerdan la mujer fuerte de la Escritura (1). Sus más ilustres discípulos condenaron el trabajo manual; pero él tendrá el valor suficiente para decir á los dueños de esclavos: «Porque uno sea libre, ¿no ha de hacer otra cosa sino comer y dormir?»

Se ha representado á Sócrates como un profundo metafísico; pero el creador de la filosofía del buen sentido no podía aprisionarla en un sistema. También se le ha llamado gran patriota; supónese que se propuso cambiar las costumbres de Atenas: Platón se inclina á creerlo así. Nosotros opinamos que no tuvo miras políticas tan particulares, y que su ambición era más elevada. Indiferente á todo lo externo como no lo había sido nunca ningún griego, hasta el punto de no haber salido voluntariamente de Atenas sino una vez ó dos, se ocupó del interior del hombre, y pasó sus días examinándose á sí mismo y á los demás. Su vida se empleó en ganar algunas almas para la virtud y la verdad: provisto de dos medios poderosos, una clara inteligencia que le permitía descubrir el error, y una dialéctica á la vez sutil y vigorosa, que sujetaba al adversario con lazos indisolubles, se impuso la misión de perseguir por todas partes lo falso; y la desempeñó durante cuarenta años con la fe de un apóstol y el placer de un artista que se complace en las victorias alcanzadas sobre la presunción ó la ignorancia. ¿No llegó un día á hacer comprender á Theodote, la hermosa hetera, que habría para ella medios de que su profesión fuese más lucrativa (2)?

Esta enseñanza de todos los instantes y con toda clase de personas no era teórica ni se hacía con preparación; era una enseñanza al día, en cualquier sitio y según fuese el error que se le mostraba. Asiduo concurrente á la plaza pública, aunque no para entender en los asuntos del Estado, en los cuales no intervenía sino cuando la ley le obligaba á ello (3), acechaba al paso toda falsa doctrina para detenerla y demostrar que en su fondo no se encontraba más que el vacío. Por las calles de la ciudad veíase pasear á aquel hombre, con quien la naturaleza había sido tan ingrata, bien conocido por su nariz roma, sus labios gruesos, su cuello robusto y corto, su vientre abultado como el de un Sileno, y sus ojos saltones, á flor de la cabeza, pero iluminados por el genio (4). Iba de una parte á otra, algunas veces distraído y absorto en profundas reflexiones, hasta el punto de haberse quedado alguna vez, según dicen, veinticuatro horas en el mismo sitio (5), por lo regular interpellando á uno ú otro de los que pasaban, ó introduciéndose en las tiendas de los artesanos para hablar con cada uno de ellos de los asuntos que más podían interesarle. Siempre dialogaba. De cualquiera verdad sencilla admitida desde luego por sus interlocutores, hacía que éstos dedujesen consecuencias im-

(1) Estos sentimientos se hallan en *el Económico*, en el capítulo 7; pero ese tratado en que el autor hace hablar á Sócrates no parece ser de Jenofonte, al decir de algunos sabios.

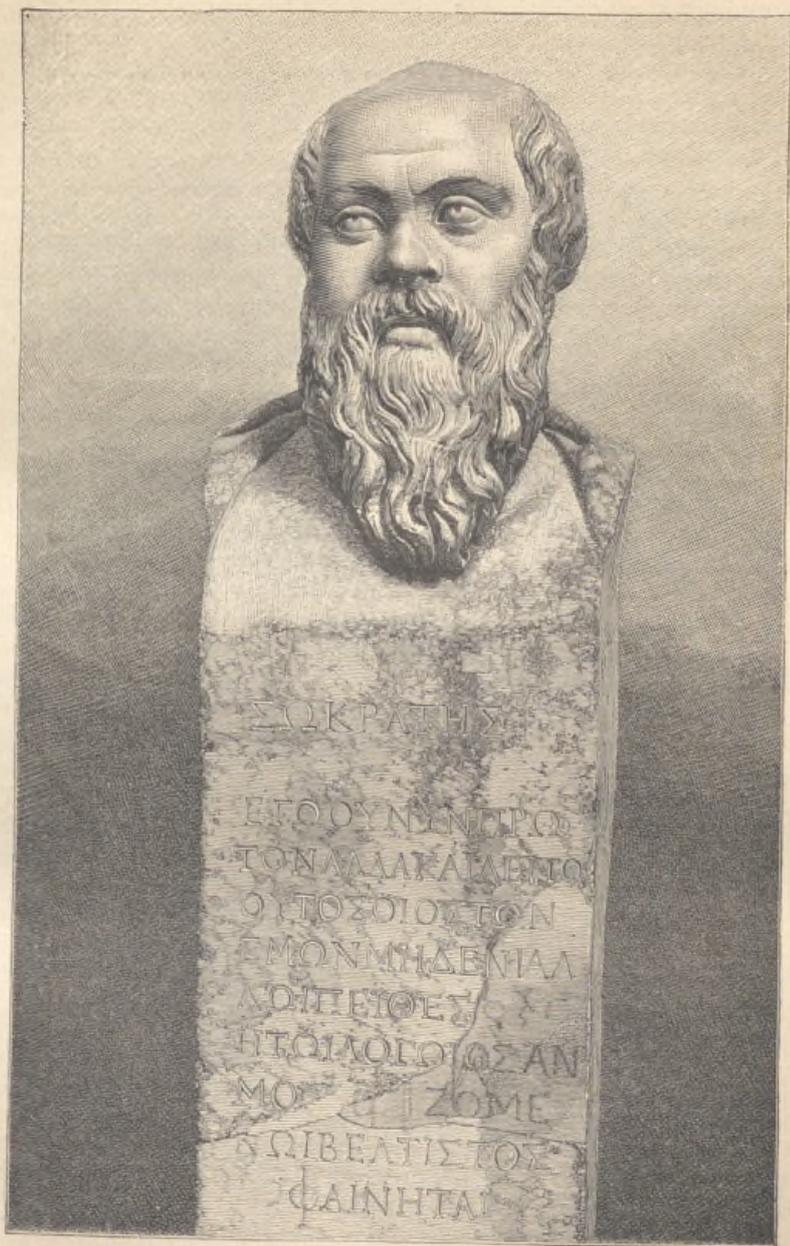
(2) Jenofonte, *Mem.*, III, 11. Sócrates habla á menudo de la amistad y de Eros, pero «el verdadero amor, dice, es aquel en que se busca desinteresadamente el mayor bien de la persona amada, y no aquel en que un egoísmo sin escrúpulos persigue fines y emplea medios que inspiran á los dos amigos el mutuo desprecio.» (E. Zeller, *Filosofía de los Griegos*, II, p. 153.)

(3) Sobre la tendencia á no tomar parte en las funciones públicas, véase tomo II, pág. 212. Anaxágoras había renunciado ya á todo deber social.

(4) Véase en el *Banquete* de Platón el discurso de Alcibiades.

(5) Exageración legendaria, que sirve para indicar que á menudo quedaba sumido en sus reflexiones hasta el punto de olvidar el mundo exterior. Platón en el *Banquete*, *ad fin.*

previstas, y conducíalos invenciblemente, sin dejar sentir, al parecer, su interven-



Sócrates (1)

ción, á nociones que no prevenían. Su método llegó á ser célebre en la antigüedad bajo el nombre de *ironía socrática*, que enseñaba á pensar y á asegurarse de

(1) Hermes en mármol, conservado en el museo de Nápoles (según una fotografía). — Las

que era exacto lo que se pensaba. Por eso se titulaba él mismo, en recuerdo de la profesión de su madre, *comadrón de los espíritus* (1), porque conducía al artesano á concebir, como por sí mismo, ideas más elevadas y racionales sobre su arte, la política, los asuntos del Estado, la sofística y las cuestiones que trataba: alguna frase irónica sazónaba siempre estas conversaciones. Sócrates no gastaba su tiempo sino con el hombre que fuese en busca de la verdad, con el investigador, como él decía; aparentaba al principio tener gran confianza en el saber de su interlocutor, manifestando deseos de instruirse; mas poco á poco los papeles se trocaban, y por lo regular obligaba á su contrario á incurrir en el absurdo ó á callar. ¡Cosa extraña! sus acusadores, el pueblo y varios ilustres atenienses confundieronle con los sofistas. Ciertamente que se asemejaba á ellos por determinados procedimientos de discusión; pero la verdad es que no tuvieron nunca aquéllos mayor enemigo: Sócrates se complacía en confundirlos ante numerosos oyentes, pues nunca iba solo. Apenas se presentaba, formábase un grupo para oírle refutar en la controversia á los infelices cuyas pretensiones y sistemas reducía á la nada. Siempre le seguía una multitud, compuesta en su mayor parte de jóvenes, á quienes seducían el elevado criterio y la palabra fácil y mordaz del sabio: estos jóvenes formaban su escuela. En otra cosa se diferenciaba de los sofistas, y era en que pedía á sus discípulos amistad y rehusaba tomar su dinero.

Sócrates tuvo por historiadores á dos de sus discípulos, Platón y Jenofonte, el uno filósofo de genio, que escribió mucho, precisando é interpretando al maestro, y el otro, dotado de un talento no extraordinario, que nos permite penetrar en la intimidad del filósofo, pero que no se da cuenta de la importancia de su misión, y que movido por el deseo de salir á la defensa de su memoria contra la acusación de ateísmo, nos ha representado un Sócrates más religioso de lo que en realidad era (2). Sus *Memorias* son una especie de evangelio socrático; en ellas vemos al sabio en su existencia diaria, en esa vida de apóstol del buen sentido, que se ocupa en ilustrar á todos sobre lo bello, lo bueno, lo justo y lo útil; que trata de alejar de los asuntos públicos á los jóvenes ignorantes poseídos de loca ambición; y que procura, por el contrario, hacer intervenir en ellos á los hombres capaces que lo rehusaban por no tener confianza en su mérito, mientras él no quería para sí empleos ni dignidades. Trabajaba en todas partes para restablecer la concordia; reconciliaba á los amigos y á los hermanos separados por alguna diferencia, é inspiraba á su hijo los sentimientos del deber respecto á aquella Xantipa que no le sirvió sino para poner á prueba continuamente su paciencia (3). Esta parte activa y militante de la vida de Sócrates no parece menos interesante y admirable que la especulativa.

---

palabras de Sócrates grabadas en el pedestal del hermes están tomadas del *Critón* de Platón (tomo I, 46, edición Didot): *ὡς ἐγὼ οὐ μόνον νῦν, ἀλλὰ καὶ ἀεὶ τοιοῦτος, οἷος τῶν ἐμῶν μηδενὶ ἄλλῳ παθεῖσθαι ἢ τῷ λόγῳ, ὅς ἂν μοι λογιζομένῳ βέλτιστος σαίνηται.* «Ya hace tiempo, dice Sócrates a Critón, quien le aconsejaba huir, que tengo por principio no escuchar más voz que la de la razón.» Para la inscripción del hermes, véase *Corp. Inscr. Græc.*, núm. 6115.

(1) En el *Theetete*.

(2) Véase, por ejemplo, el siguiente pensamiento que se le atribuye (*Mem.*, I, 3): «Toda la prudencia humana le parecía despreciable, comparada con la inspiración divina.» Esto es propio de un místico, y no podía ser del dialéctico que pasó su vida educando el espíritu por el buen sentido. En la *Apología*, Platón no hace decir nunca á Sócrates que cree en la religión establecida.

(3) Es posible que Xantipa haya sido calumniada. Sócrates no se casó por amor, sino para cumplir con el deber social impuesto á todo ciudadano de Atenas, el de tener hijos legítimos. (Véase t. I, p. 218.) Su mujer, encargada de los quehaceres domésticos, deseaba, como todas las madres de familia, obtener la comodidad en su casa, al menos para sus hijos, y Sócrates quiso set

Para conocer esta última hay que recurrir á Platón, pues Jenofonte no presenta más que la parte práctica de la doctrina del maestro. Antes de Sócrates hubo muchos destellos de buen sentido, y el espíritu de justicia que existe en el fondo de nuestra naturaleza pudo entreverse más de una vez á través de la espesa capa de egoísmo que lo rodea. Sócrates fué el primero en hacer de la moral una ciencia para dar al hombre reglas de conducta que no dependiesen de la tradición ni de la costumbre, cosas variables según el tiempo y los lugares. Buscó la base en que era preciso asentarla, y habiéndola encontrado en la conciencia, en el sentimiento de la dignidad humana, dedujo por un método severo nuestras obligaciones morales. El justo fué para él aquel que comprendía lo que nos impone la sociedad de nuestros semejantes; el sabio, aquel que sabía evitar el mal y practicar el bien; de modo que todas las virtudes dependían de un perfecto conocimiento de las cosas, siendo la sabiduría ciencia aplicada, y de consiguiente una virtud que no podía menos de llegar á ser dominio de la aristocracia intelectual (2). Veinte siglos antes de Descartes, emitía el principio cartesiano de que no hay ignorancia más vergonzosa que admitir por verdadero lo que se ignora, y que no hay bien comparable con el placer de verse libre de un error. Estas palabras son siempre verdaderas, y así lo ha comprendido la democracia pura al hacer de la instrucción pública una de las condiciones esenciales de su existencia.



Platón (1)

siempre pobre. Aquella miseria voluntaria, aquella vida al parecer ociosa, no debían dulcificar un carácter naturalmente adusto. Sócrates ha sido uno de los hombres que más honraron la humanidad; pero seguramente no fué un buen esposo, en el sentido que damos á esta palabra, ni siquiera en lo que toca á algunos conceptos tales como se comprendían en Atenas, donde la ley y la costumbre imponían á todo ciudadano la obligación de trabajar (véase tomo II, págs. 148 y 159.) El mismo Sócrates reconocía la justicia de esta ley, puesto que recomienda el trabajo manual (Jenofonte, *Banquete*, II, 7), pero no la obedeció. Otras censuras podrían dirigirsele que demostrarían hasta qué punto era un extranjero en Atenas y un intruso en el mundo griego, mas prefiero que se encargue de esto E. Zeller, *op. cit.*, t. III, p. 75-76.

(1) Busto en mármol conservado en el museo del Vaticano (según el *Jahrbuch des kaiserl. d. arch. Instituts*, I (1886), tab. 6, núm. 2).—El museo de Berlín adquirió últimamente un busto con la inscripción ΠΛΑΤΩΝ, que se puede considerar como un retrato del célebre filósofo. Presenta tales semejanzas con el que publicamos aquí, que U. W. Helbig ha podido afirmar que la inscripción ΖΗΝΩΝ era falsa, y que el busto del Vaticano era igualmente un retrato de Platón. M. S. Reinach acaba de llevar al Louvre, procedente de Esmirna, un busto inédito de Platón de mejores condiciones artísticas.

(2) La doctrina socrática conducía á esta proposición: la virtud es la ciencia, doctrina muy aristocrática en el fondo, puesto que la ciencia es solamente dominio de un reducido número, hallándose de consiguiente en formal oposición con los principios de la constitución ateniense. Si Só-

Bien fuese una concesión á las debilidades del tiempo y un medio de ganar más adeptos, ó impotencia para elevarse hacia un ideal superior, el caso es que Sócrates á menudo indicó como objetivo de la ciencia lo útil. Por más que haya dicho: «No se deben cometer nunca injusticias, ni aun con aquellos que nos las hacen, ni devolver mal por mal.» y tantas otras nobles frases, su moral se acerca al interés bien entendido, el cual, por otra parte, no excluye las ideas de abnegación y de sacrificio. Al elevar á gran altura el sentimiento de la dignidad del alma (1), no admitiendo que el hombre honrado pueda tolerar una mancha en su conciencia, Sócrates echaba los cimientos del templo donde los estoicos debían establecer su religión laica, que tantos ilustres adeptos ha tenido.

¿Cómo ese justo pudo ser condenado al suplicio de los traidores y asesinos? Tres puntos de acusación motivaron aquella sentencia: Sócrates no reconocía los dioses de la república, introducía nuevas divinidades y corrompía á la juventud.

Las religiones, que tienen la pretensión de ser inmutables, cambian como todas las creaciones de los hombres y sólo con esta condición viven. Esos cambios se verifican, de una parte, por la lenta infiltración de ideas extrañas, y de otra, por la rebeldía de ciertos espíritus que no tienen ya suficiente confianza en lo sobrenatural y tratan de sustituir la creencia en los antiguos dioses con otra nueva. Entonces se producen á la vez los movimientos más contrarios en la misma sociedad; la incredulidad reina en las altas regiones (2); abajo, una fe ciega; y en los políticos, una adhesión puramente externa al culto oficial, conservado como *instrumentum regni*. Al mismo tiempo se va á los últimos límites del escepticismo ó de la superstición, y sobre todo á la indiferencia religiosa. Así, en Roma, frente á Lucrecio, que escribe para la nobleza su audaz poema, los cultos corruptores de Asia y Egipto invaden cada vez más todos los ámbitos de la ciudad. En Francia, los convulsionarios son contemporáneos de La Mettrie; y en Atenas, mientras Alcibiades ó sus amigos escarnecen los misterios, y Aristófanes despoja á los dioses del gobierno del mundo, muchas personas, cansadas de sus antiguos protectores, que ya no les protegen, aceptan las divinidades sensuales que les llevan los innumerables extranjeros llegados desde las costas de Asia al Pireo. Estas divinidades eran: una diosa de la Tracia, Cotitto; un dios frigio, Sabazio; el sirio Adonis y Cibele, «la Abuela,» cuyos desvergonzados sacerdotes mendigaban por las calles ó penetraban en las casas, llevando á su diosa sobre una plancha, explicando los sueños, vendiendo amuletos, y disputando á los adivinos la curiosidad de aquellos que, no sabiendo ya á quién dirigirse para creer, daban oídos á los charlatanes religiosos,

crates no violó jamás la ley, ni aconsejó que se violase, por lo menos atacó sin cesar el espíritu de la misma. Hasta se ha creído poder decir que le irritaba la igualdad entre los ciudadanos, la dulzura de relaciones entre el padre y el hijo, entre el marido y la mujer, entre atenienses y extranjeros, entre amos y esclavos, cosas todas que nos han hecho simpática la legislación de Solón, y que han dado á Atenas el carácter particular de su historia. Véase J. Denis, *Historia de las teorías y de las ideas morales en la antigüedad*, t. I, p. 89.

(1) La eleva tanto, que le reconoce algo de divino: ἀλλὰ μὴν καὶ ἀνθρώπου γε ψυχῆ ἢ εἶπερ τι καὶ ἄλλο τῶν ἀνθρωπίνων τοῦ θεοῦ μετέχει. Jenofonte, *Mem.*, IV, 3, 14.

(2) Este movimiento había comenzado hacia dos ó tres generaciones. Hecatea de Mileto hallaba (hacia el año 500) muchas fábulas ridículas en la leyenda, é interpretaba otras desde un punto de vista racionalista. El Cerbero se convertía en una serpiente que habitaba una caverna del cabo Tenaro, y Gerión era un rey de Epiro rico en ganados. Tucídides no cree que la raza de los héroes sea distinta de la de los hombres, como aún lo admitía Herodoto, y esfuérase para convertir los hechos de la edad mítica en realidad histórica despojándolos de todo lo maravilloso. Véase tomo II, págs. 230 y 274.

que les embriagaban con lo sobrenatural (1). Los antiguos ritos eran abandonados; unos se alejaban de ellos para seguir algunas ideas elevadas que podían descubrir en los nuevos cultos; y los más por la licencia de las religiones orgiásticas del Oriente, los sortilegios de los piosos juglares y las pretendidas revelaciones



Afrodita llorando á Adonis (2)

de los oráculos órficos (3). El derecho de asociarse había existido en todo tiempo en Atenas (4). A cada divinidad correspondía una cofradía, que practicaba todas las devociones requeridas por su culto: solamente á los ciudadanos les era permitido formar parte de ella, pero la costumbre existía. Los extranjeros tomaron pie

(1) Véase en Aristófanes, *Aviápas*, 1019, los adivinos ventrílocuos, y en Demóstenes, *De la falsa embajada*, 200, lo que se dice de Esquino, de su madre y de Sabazio, «el ruidoso flautista,» cuyo culto nocturno facilitaba la licencia de las costumbres.

(2) Pintura de vaso según Millingen, *Pinturas de vasos*, lam. 41. — Heydemann, *Vasensammlung des Museo Nazionale zu Neapel*, núm. 2900. — Afrodita, sentada en el centro, ocupa un trono ricamente adornado; la diosa de la persuasión, Peitho, á la derecha, y Eros, á la izquierda, esfuerzanse para consolarla. Si el nombre que se da al personaje sentado es incierto, más desconocida todavía nos es la causa de su dolor. Otros motivos tenía Afrodita para llorar, sin la muerte de Adonis; véase también *Hist. de los Romanos*.

(3) Sobre los ὄρφοτελεσται, véase t. II, pág. 38. El misticismo es en sí la primera rebelión del sentimiento religioso, que conducirá á la multitud á reconocer nuevos dioses, y á los filósofos á admitir nuevos sistemas, pues sin imaginarlo es precursor del racionalismo. Sobre la introducción en Grecia de los cultos extranjeros y sobre el Orfismo, véase Maury, t. III, págs. 191-337; J. Girard, el *Sentimiento religioso en Grecia*, págs. 207-247; y sobre la organización de las sociedades llamadas ἔρανοι y θιάσοι, la Memoria de Mr. Foucart relativa á las *Asociaciones religiosas entre los griegos*, en la que hace las mismas deducciones respecto á la influencia fatal de estos piosos escándalos. Esta invasión de supersticiones á menudo vergonzosas fué un mal endémico en Grecia y en el imperio romano. Mr. Foucart dice sobre este punto: «Los caracteres débiles, los supersticiosos, las personas animadas de malas pasiones, hallaban mucho más atractivo en las ceremonias desordenadas que en el culto regular del Estado (*Ibid.*, pág. 186). Solamente para la isla de Rodas y sus colonias, Mr. Wescher (*Investigaciones epigraf.*, págs. 12 y 13) pudo formar una lista de diez y nueve congregaciones religiosas que tenían santuarios particulares para sus ceremonias; de modo que en Grecia había cuatro cultos diferentes: en el hogar doméstico, en los templos públicos, en los misterios y en las capillas de las cofradías. Véase también la curiosa inscripción de Laurión en la *Epigrafía griega* de S. Reinach.

(4) Caillemer, *El derecho de asociación en Atenas*, página 11. Lo mismo fué para toda la Grecia.

de ésta para constituir asociaciones religiosas, *tiasas*, *éranes* y *orgeones*, donde fueron admitidas mujeres, libertos y hasta esclavos (1).

En medio de esta promiscuidad fermentaban muchas industrias malsanas y relajaciones del cuerpo y del espíritu, lo cual era un disolvente activo para la ciudad. Cierta que existía una ley por la cual se castigaba con la pena de muerte á los que introdujeran divinidades extranjeras (2); pero éstas se mostraban tan modestas al llegar y vivían tanto tiempo en la sombra, que el mundo oficial las desdeñaba ó no las conocía.

Además de esto, para la ejecución de la ley era indispensable que un ciudadano se erigiese en acusador, lo cual no dejaba de ser peligroso á veces. Sin embargo, por efecto de las desgracias públicas, la intolerancia se despertó al fin; por piedad hereditaria, y para no perder el crédito que debían á sus funciones religiosas, las familias sacerdotales se entendieron, para vengar á sus dioses, con el partido conservador, al que aquellas novedades atemorizaban. Desgraciadamente, la legislación de Atenas autorizaba la acción pública de *impiedad*, *ἀσεβεία*, imponiendo al condenado la pena de muerte con la confiscación de sus bienes y la prohibición de sepelio, lo cual era una segunda muerte (3).

Antes de la guerra, Anaxágoras y Diógenes habían sido las únicas víctimas de esta ley; pero después de la peste, las condenas se multiplicaron. En Samotracia, Diágoras de Melos había escapado de la cólera de los Cabires; en Atenas fué proscrito por haber divulgado los secretos de las Grandes Diosas, y el Estado prometió un talento á quien le matara y dos á quien le entregase á la justicia. Un amigo de Pericles, Protágoras, condenado por ateísmo, pudo fugarse; mas pereció en un naufragio, y sus libros fueron quemados en la plaza pública. Su discípulo, Prodico de Ceos, con su preciosa alegoría *Hércules en la encrucijada*, cifraba la felicidad en la virtud y no en los placeres; pero los dioses eran para él una creación del hombre, que había divinizado los objetos de su terror y de su agradecimiento: Atenas le condenó á beber la cicuta (4). Ya se recordará el asunto de los hermes, la ansiedad profunda que produjo en la ciudad y el gran proceso á que dió origen. Sócrates combatía de frente esta intolerancia.

Para él había dos especies de conocimientos; unos que el hombre puede adquirir, y otros que los dioses se han reservado (5), división que existe siempre, pues ningún espíritu libre ha penetrado aún en la región de lo desconocido; pero también siempre se hicieron salir de ese dominio reservado á los dioses revelaciones que éstos envían por sus oráculos, profetas ó representantes en la tierra. Só-

(1) Este principio de igualdad, sin distinción de origen ni de condición social, progresará en los ánimos cuando, bajo la protección de la ley de Atenas, convertida en ley de Roma, los *collegia* se difundirán en todas las provincias del imperio. Las comunidades cristianas deberán también á este antiguo derecho su primera existencia legal. Véase *Hist. de los Romanos*.

(2) Demóstenes, ó el autor del discurso *Contra Aristogitón*, 79, habla de una mujer de Lemnos que sufrió la pena de muerte con toda su casta por crimen de magia. Aristófanes (*Nubes*, 740) conoce ya las hechiceras de Tesalia, que sabían encantar la luna, y que tan famosas fueron entre los romanos. Véase el *Asno de oro* de Apuleyo.

(3) Véase t. II, pág. 183, nota segunda, decreto de Diopités.

(4) Antes de ellos, Esquilo había sido acusado de impiedad (Aristóteles, *Ética á Nicoma-wo*, III, 3).—Al mismo Aristóteles se le recriminaba por esta causa. La pasión religiosa es tan implacable, que en el pueblo más benigno de Grecia algunos ciudadanos fueron condenados á muerte por haber arrancado un arbolillo en un bosque sagrado, ó muerto un ave consagrada á Esculapio. Un niño que había recogido una hoja de oro que se había caído de la corona de Diana, sufrió también la pena de muerte, si hemos de creer lo que dice Eliano (*Hist. var.*, V, 14, 17).

(5) Jenofonte, *Apología*, init., y *Memor.*, I, 1.

crates, aunque despreciando, como el Héctor de Homero (1), los augurios que se tomaban del vuelo de las aves, pensaba que se podía apelar á los oráculos, á condición de no consultarles sino cosas inaccesibles á la inteligencia, tales como el porvenir, que es el secreto de los dioses (2); y esta reserva salvaba los derechos de la razón, dejando á la sabiduría humana dueña de interpretar las obscuras respuestas de los sacerdotes á preguntas que eran de su incumbencia. También creía en las secretas advertencias que la divinidad suscita en el alma de aquellos á quienes favorece. Pensaba obtener mucho de estas comunicaciones sobrenaturales, y aquellos secretos impulsos de su espíritu parecíanle obra de un demonio que siempre le detenía cuando estaba á punto de obrar como no debía (3). En este demonio, al que Sócrates escuchaba con tanta docilidad, no veremos otra cosa que las revelaciones inconscientes de un sentido moral desarrollado por la más constante aplicación, que se operaban en él sin sentir el trabajo instantáneo por el cual se habían producido (4).

Todas las grandes religiones han prometido protectores sobrenaturales. *Ferozers* de Persia, buenos genios de Grecia, ó ángeles guardianes de las naciones cristianas, todos han nacido de un mismo sentimiento de piedad y de poesía. Ya hemos oído la voz demoniaca en la *Ilíada* de Homero y en la *Teogonía* de Hesiodo, y la hemos hallado de nuevo en la antigua creencia que daba como protectores á los vivos los muertos purificados por los ritos fúnebres (5). Los filósofos la aceptaron cuando, para disfrazar ó justificar doctrinas que hubieran podido considerarse como atentado á la religión nacional, revestían á los demonios de las funciones de que privaban á los dioses (6). Los *Versos Dorados*, circulando por todas partes, poblaban el aire de esos genios del cielo y de la tierra; Pitágoras había enseñado que el hombre virtuoso les era deudor de su sabiduría, y Platón, en el *Banquete* y en el *Fedón*, afirma lo que Menandro repetirá, es decir, que cada cual tiene su demonio familiar. «Esos genios, escribe, llenan el intervalo que separa el cielo de la tierra, y constituyen el lazo del gran Todo. Como la divinidad no se pone nunca en comunicación directa con el hombre, los dioses hablan con él, cuando está despierto ó duerme, por conducto de los demonios.» Otros pasajes diseminados en sus libros explican lo que con un poco de misticismo y de mucha prudencia encubría con velos teológicos. «Es preciso, decía, escuchar la recta razón, esa voz de Dios que nos habla interiormente (7).»

La multitud materializaba más la creencia en los demonios, que siempre ha formado parte, con más ó menos intensidad, de la vida moral de los helenos, y por eso no había nada que pudiese extrañar á los atenienses en la pretensión que Só-

(1) Véase t. I, pág. 150.

(2) Jenofonte, *Apología*, init.

(3) ... ἀεὶ ἀποτρέπει με τοῦτο ὃ ἂν μὴ πρᾶτται, προτρέπει δὲ οὐποτε. Platón, *Apología* 31, Sócrates decía, ó Platón se lo hace decir en *Fedra*, 20: μαντικόν γέ τι καὶ ἡ ψυχὴ, hay en el alma una virtud profética.

(4) ¿Hasta dónde llegaba el pensamiento de Sócrates respecto al demonio? Algunos consideraron al sabio como loco, y otros como alucinado ó sonámbulo. Yo persisto en creer que la verdad está en lo que se ha leído en el texto, y que estaba escrito en éste hace cuarenta años. Por lo demás, esto no es sino lo que dicen uno de los interlocutores del tratado de Plutarco sobre el *Genio de Sócrates*, y Marco Aurelio, en sus *Pensamientos*, V, 27. «Zeo ha dado á cada uno de nosotros como guía, un demonio, partícula de su divinidad, que no es otra cosa que la inteligencia y la razón.»

(5) Véase t. I, pág. 137.

(6) Así Empedocles, para explicar la existencia del mal en la tierra, había reemplazado la Envidia divina, la antigua y temible Nemesiis, por la acción de los demonios malos.

(7) Barthelemy Saint-Hilaire, *Moral de Aristóteles*, t. I, pág. 51.

crates confesaba en alta voz, diciendo que estaba en comunicación con un demonio. La acusación de que se atribuía un genio familiar será el pretexto lanzado á los devotos y á la multitud popular; pero combinándose con otra, la de no reconocer los dioses de la ciudad, llegará á ser muy peligrosa. Atenas, como toda ciudad griega, tenía una *religión de Estado*, de modo que el crimen de impiedad era un crimen político, y ya hemos visto con qué penas se castigaba.

En su conducta ordinaria, Sócrates se guardaba muy bien de ofender el culto nacional; sacrificaba en los altares públicos y en su casa; consultaba mucho á los oráculos sobre las reglas de la vida, y hasta creía un poco en los presagios, sin pensar que el instinto de animales privados de razón fuese más segura garantía de la verdad que los discursos inspirados por la musa filosófica (1). A los que le interrogaban sobre la manera de honrar á los dioses, contestábales: «Observad las costumbres de vuestro país (2);» y él, que provocaba la discusión sobre todas las cosas, la rehuía en estas cuestiones. Preguntáronle un día qué pensaba de la leyenda de Boreo y de Oritia: «No tengo tiempo, dijo, para poner de acuerdo é interpretar todas esas historias, pues mi principal objeto se reduce á estudiarme á mí mismo. No me sería difícil sostener, utilizando un poco, que el viento del Norte arrojó á Oritia á las rocas inmediatas mientras jugaba con Farmaceo, ó que cayó desde lo alto del Areópago. Estas explicaciones son muy ingeniosas, mas para hacerlas se necesita un hombre hábil, que se fatigue mucho, sin adelantar con ello gran cosa. ¿No sería indispensable después explicar los Hipocentaurios y la Quimera, y en seguida los Pegasos, las Gorgonas, y una infinidad de monstruos extravagantes ó espantosos? No tengo tiempo para tanto; no he alcanzado á conocerme á mí mismo, según lo aconseja Apolo, y dada esta ignorancia me parece ridículo tratar de conocer lo que es extraño. Renuncio, pues, al estudio de todas esas historias, y limitome á observarme, para averiguar si soy un monstruo más complicado que Tifón, ó un ser más benigno ó más simple, cuya naturaleza tiene algo de divino (3).» Esto era romper con la antigua *Iliada*, cuya imaginación se había mecido durante siglos en poéticas leyendas; y era á la vez el advenimiento de un nuevo espíritu. El griego había observado hasta entonces el universo; en adelante observará el hombre, comenzándose así una de las grandes evoluciones de la humanidad.

Esta abstención de polémica religiosa no impedía, sin embargo, á Sócrates, seguir á Anaxágoras y aun dejarle atrás. El Oriente y Grecia no habían adorado más que la naturaleza bajo mil formas; el filósofo de Clazomenes había alcanzado la gloria de distinguir la inteligencia del mundo físico, pero su cosmos no era aún más que materia sutilizada; Sócrates puso la filosofía en el sendero donde debía encontrar al dios moral, que ha sido el del Occidente y de la civilización, al Ser supremo, ordenador y conservador del universo, que no entendía ya en los asuntos humanos, como el hijo de Saturno, según el capricho de pasiones completamente

(1) Platón en el *Filebo*.

(2) Jenofonte, *Banquete*, IV, 3. — Platón repite también con frecuencia en la *República* y en las *Leyes* que es preciso dejar á los dioses el cuidado de regular por sus oráculos todo cuanto concierne al culto. En el *Epínomis*, este gran revolucionario escribe aún que el legislador no debe cambiar los sacrificios impuestos por la tradición, atendido que él no sabe nada de estas cosas, puesto que ningún mortal es capaz de conocerlas. «Apolo, dice en otra parte, es quien ha establecido el culto que se rinde á los dioses, á los demonios y á los héroes. Sentado en el *Onfalos*, en el centro de la tierra, es para los hombres el intérprete en todas esas cuestiones.» Esto no le impedía escribir en el libro IV de las *Leyes*: «Las ceremonias religiosas sólo tienen virtud cuando el que en ellas toma parte tiene la conciencia pura.»

(3) Platón, *Fedra*, init.

mundanas. «Mientras vuestro espíritu está unido al cuerpo, le gobierna á su voluntad, y por lo tanto se ha de creer también que la sabiduría, que vive en todo cuanto existe, gobierna á ese gran Todo como le place. ¡Cómo no podrá la vista de Dios abarcarlo todo, cuando la vuestra es susceptible de alcanzar una extensión de varios estadios! Vuestro espíritu puede ocuparse á la vez de los acontecimientos de Atenas, de Egipto y de Sicilia, ¡y no le ha de ser dado al espíritu de Dios pensar en todo al mismo tiempo!... Reconoced que tal es la grandeza de la divinidad, que todo lo ve con una sola mirada, que todo lo oye, que está en todas partes, que lleva sus cuidados á la vez á todos los puntos del universo.»

A pesar de la elevación de ideas que este pasaje revela, no hay que creer que Sócrates se hubiera formado una idea exacta del Dios único y personal, ni siquiera del espiritualismo y de la inmortalidad del alma. El gran dialéctico no llegaba á un dogmatismo tan preciso: la *Apología* y el *Fedón*, que revelan sus esperanzas, demuestran también su incertidumbre. Ese gran sabio no sabe más que nosotros sobre la muerte (1). En el *Fedón*, por ejemplo, en medio de afirmaciones que parecían muy decisivas, se leen frases como éstas (2), que Sócrates pronunció el día de su muerte: «Tengo la esperanza de reunirme muy pronto con hombres virtuosos, aunque sin poder afirmarlo enteramente; mas puedo asegurar que encontraré dioses amigos del hombre, *si es que hay alguna cosa de este género de la cual se puede estar seguro.*» — «Libres de la locura del cuerpo, *espero* que conversaremos con hombres libres como nosotros, conociendo por nosotros mismos la esencia de las cosas: la verdad no es mas que eso *tal vez.*» — «¿Es cierto que el alma sea inmortal? *Me parece* que se puede asegurar convenientemente, y que la cosa vale la pena de *aventurarse á creerla*, porque es hermoso arriesgarse á ello; *es una esperanza con que uno mismo debe encantarse.*» Estas incertidumbres de Sócrates respecto á la vida futura estaban en contradicción formal con la creencia popular, y sus imprudentes palabras se hallaban de acuerdo con su filosofía del interés. Esperaba sin hacer la demostración de sus esperanzas, y así distinguía sabiamente entre la fe y la razón; mas ante todas esas dudas, compréndese que el poderoso adversario de los sofistas preparaba, como ellos, la vía del escepticismo.

Cuando hablaba del poder soberano, de poco servía que invocase tan pronto á Dios como á los dioses ó á la Divinidad, y hasta que admitiera sinceramente dioses inferiores ó genios, pues el instinto popular no se engañaba con ello: en semejante sistema no quedaba lugar para la teología del vulgo, para esas debilidades, esas luchas y esos vicios de los soberanos del Olimpo que legitimaban las debilidades y los vicios de sus adoradores.

¿Qué pensarían los contemporáneos de Sócrates de las siguientes palabras? «Lo que se entiende generalmente por la santidad no es más que un tráfico entre el hombre y Dios, y sólo Dios no gana en ello nada. Dime, Eutifrón, ¿qué utilidad reportan á los dioses nuestras ofrendas y oraciones? Los beneficios que de ellos obtenemos son evidentes, y nuestros bienes todos se deben á su liberalidad; pero ¿de qué puede servirles lo que les ofrecemos? (3).» Y en otro lugar: «¿Cómo los dioses apreciarían en más nuestras ofrendas que nuestra alma? Si así fuese, los

(1) Véase más adelante las últimas palabras que dirigió á sus jueces.

(2) Sigo la traducción de Cousin, págs. 198, 206, 314.

(3) ... Εμπορικῆ... τέχνη ἢ ὁσιότης θεοῖς καὶ ἀνθρώποις παρ' ἀλλήλων. Estas palabras están en el *Eutifrón* (capítulo 18,) de Platón. Si Sócrates no las ha pronunciado textualmente, estaban por lo menos de acuerdo con el fondo de su doctrina y existían en el pensamiento de su escuela. La otra cita está tomada del *Segundo Alcibiades*.

más culpables podrían hacérselos propicios; pero no, sólo son verdaderamente justos aquellos que por sus actos y palabras cumplen con sus deberes para con los dioses y con los hombres.» Esto era la negación del culto nacional (1), y por lo tanto había motivo para acusarle de que atacaba al politeísmo (2); pero ¿era esto un crimen? Para nosotros, seguramente no; para sus contemporáneos, sí, porque no profesar la fe de todo el mundo equivale siempre para los creyentes á no tener ninguna.

Otro punto de acusación fué el que más influyó en el ánimo de los jueces: Sócrates, como todos los filósofos de aquel tiempo, no era amante de la democracia; imputábanse á sus lecciones la inmoralidad y los crímenes de algunos de sus discípulos: de aquel Critias (3); el más cruel de los Treinta tiranos, según el cual la religión era un invento de los legisladores para el buen orden de las ciudades; de Carnides, uno de sus colegas en el siniestro comité; de Terámenes, otro de los Treinta, y de Alcibiades, que fué dos veces traidor á su patria. Acusábase además á Sócrates de haber dicho á menudo «que era locura que una haba decidiese de la elección de los jefes de la república; mientras que no se nombraba por suerte un piloto ni un arquitecto.» — «Los reyes y los jefes, decía además, no son los que llevan el cetro, los que fueron favorecidos por la suerte ó por la elección de la multitud, ó por la violencia ó el fraude, sino los que son hábiles en las cosas del gobierno (4).» Repetía, ó se le atribuye otra frase, hermosa también en el sentido filosófico, pero ofensiva en una ciudad donde el patriotismo se sobrecitaba por una lucha atroz. «Yo no soy de Atenas, soy del mundo (5);» y enseñaba á sus discípulos que lo esencial para cada uno era el perfeccionamiento moral del individuo, y no la preocupación de los intereses públicos. «Los puertos, los arsenales, las fortificaciones y los tributos, le hace decir Platón en el *Gorgias*, son todas cosas frívolas *φλυαριῶν*.» Este aflojamiento de la actividad social era el abandono de las ideas que durante siglos habían dado vida á la ciudad, y vuelven á encontrarse en las viriles palabras de aquel que fué el último ateniense. Para Demóstenes, «abandonar el puesto señalado por los abuelos es un crimen que merece la nota de infamia (6).»

Aunque Sócrates desobedeció á los Treinta en dos ocasiones, probablemente se le comprendió en el número de los Tres Mil, lo cual era otro cargo á los ojos de aquellos que derribaron la tiranía. Recordábase el asunto de los hermes, en que los sacrilegios respecto á los dioses habían parecido ser también conspiraciones contra la democracia; y entre los modernos, sus más celosos defensores reconocen que en sus palabras había muy poco comedimiento y respeto á las leyes del Estado.

El curtidor Anitos, hombre influyente por su fortuna, celoso partidario de la democracia y perseguido en otro tiempo por los Treinta, fué el acusador principal. Sócrates le había resentido al aconsejar á su hijo que abandonara la industria

(1) Algo más tarde, Bión, el Boristenita, no comprendiendo ya la gran ley moral de la solidaridad de las generaciones, que era la fe de los antiguos, dirá que los dioses, al castigar á los hijos de los culpables, son más ridículos que el médico cuidando á un hijo ó á un nieto por la enfermedad del padre ó del abuelo. (Stobeo, *fr. de Bión*.)

(2) El Acta de acusación decía: *ἀδικεῖ Σωκράτης οὐς ἡ πόλις νομιζει θεοῦς οὐ νομιζων*. (Jenofonte, *Mem.*, I, 1.)

(3) Véase pág. 20.

(4) Jenofonte, *Mem.*, III, 9, 10 *ἀλλά τοῦ ἐπισταμέου ἀρχειν*.

(5) Cicerón, *Tusculanas*, V, 37

(6) *Disc. sobre la libertad de los Rodios*, ad fin.

del padre; un mal poeta, Meletos, y el retórico Licón ayudaron á Anitos á sostener la acusación que se vió ante el tribunal de los heliastas, con asistencia de quinientos cincuenta y nueve individuos. Lisias, el más grande orador de aquel tiempo, se ofreció como defensor de Sócrates; pero éste no admitió la oferta é hizo su propia defensa con la altivez de un hombre que no deseaba regatear su vida ni disputar á los acusadores y á los achaques sus setenta años. A la acusación de que no creía en los dioses que la república reverenciaba y de que introducía divinidades nuevas, el sabio contestó que jamás había dejado de respetar á los dioses de la patria, ofreciéndoles sacrificios en su casa y en los altares públicos, y que se le había oído muchas veces aconsejar á sus amigos que fuesen á consultar á los oráculos ó á interrogar á los augures. Pero cuando habló de su *genio*, produjéronse en la asamblea murmullos tumultuosos; admitiase la vaga intervención de los genios en las cuestiones de este mundo, porque esto era tradicional; mas todos se rebelaban contra la idea de que un hombre tuviese á su servicio un demonio particular que le guiara en los actos de la vida. Esta pretensión de comunicarse continuamente con los dioses fué considerada como una impiedad sacrilega; y para una democracia que acababa de escapar de la oligarquía, la reclamación de un privilegio tan contrario á la igualdad no podía ménos de proceder, aparentemente, de un amigo de aquellos grandes á quienes se acababa de precipitar. Cincuenta y cuatro años después de la muerte de Sócrates, Esquino atribuyó su condena á sus opiniones políticas (1).

Después de haber confesado con cierta fruición cuál era la divinidad que tomaba por guía, Sócrates añadió: «Voy á incurrir mucho más en vuestro desagrado recordándoos que la Pitia me proclamó el más justo y el más sabio de los hombres» Y como para complacerse en aumentar la irritación, elogiando á un espartano, añadió que Apolo había elevado á Licurgo á mucha más altura aún. En cuanto al segundo cargo, sus costumbres respondían de antemano, é intimó á los padres de aquellos á quienes había corrompido, según se decía, á ir á declarar contra él. Pasó ligeramente sobre todo cuanto se refería á la política, y terminó jurando desobedecer, si se le absolvía á condición de renunciar á la misión que se le había confiado en gran beneficio de Atenas, la de buscar la sabiduría para sí y para los demás. «Es preciso, dijo, obedecer á Dios antes que á los hombres (2)», palabras



Plano de Esparta

de aquellos grandes á quienes se acababa de precipitar. Cincuenta y cuatro años después de la muerte de Sócrates, Esquino atribuyó su condena á sus opiniones políticas (1).

Después de haber confesado con cierta fruición cuál era la divinidad que tomaba por guía, Sócrates añadió: «Voy á incurrir mucho más en vuestro desagrado recordándoos que la Pitia me proclamó el más justo y el más sabio de los hombres» Y como para complacerse en aumentar la irritación, elogiando á un espartano, añadió que Apolo había elevado á Licurgo á mucha más altura aún. En cuanto al segundo cargo, sus costumbres respondían de antemano, é intimó á los padres de aquellos á quienes había corrompido, según se decía, á ir á declarar contra él. Pasó ligeramente sobre todo cuanto se refería á la política, y terminó jurando desobedecer, si se le absolvía á condición de renunciar á la misión que se le había confiado en gran beneficio de Atenas, la de buscar la sabiduría para sí y para los demás. «Es preciso, dijo, obedecer á Dios antes que á los hombres (2)», palabras

(1) *Contra Tim.* 173.(2) Platón, *Apol.*

muy graves que autorizan todas las revueltas y rompen el vínculo social, que es la obediencia á las leyes de la comunidad. Efectivamente, después de este gran ejemplo, ¿quién no se inclinaría á sobreponerse á todo derecho en virtud de revelaciones interiores? No cabe duda que Sócrates juzgaba, como lo dice Jenofonte, que acabando de este modo moría oportunamente. Doscientos ochenta y un votos contra doscientos setenta y ocho le declararon culpable; hubiera bastado retirar dos para que se el absolviera; pero al que á tal punto elevara la dignidad moral del hombre no le había parecido bien humillarse por los medios que los acusados ordinarios empleaban para conquistarse la gracia de sus jueces. Quería que su muerte fuera la sanción de su vida; y en su defensa se había dirigido menos á los que le juzgaban que á la posteridad.



Ex-voto á Zeo Dodoneo (1)

Faltaba resolver la pena que debía aplicársele; y habiendo Meletos propuesto la muerte, Sócrates dijo: «Atenienses, por haberme consagrado en cuerpo y alma al servicio de mi patria, trabajando sin descanso para que mis conciudadanos fueran virtuosos, y por haber descuidado con este fin los asuntos domésticos, los empleos y dignidades, me condeno á ser mantenido en el Pritáneo durante el resto de mis días á expensas de la república (2).»

Ochenta jueces, resentidos por tanta altivez, reuniéronse con los doscientos ochenta y uno y votaron la muerte.

Las últimas palabras al tribunal, según la *Apología* de Platón, demuestran una serenidad que Catón de Utica buscará para sí en el *Fedón* antes de arrancarse la vida. «Una de dos; ó la muerte es el aniquilamiento completo, ó es el paso del alma á otro lugar; si todo se destruye, la muerte será una noche sin sueños y sin conocimiento de nosotros mismos, noche eterna y feliz; si es un cambio de morada, ¡qué felicidad encontrar allí á los que hemos conocido y poder hablar con los

(1) Bronce de la colección Carapanos (Según Carapanos *Dodona y sus ruinas*, lám. XIV numero 1).—Menada vestida con el chitón y con una piel de animal que dejan descubierto el seno izquierdo: sus miradas se dirigen á la tierra como si buscase algo que hubiese desaparecido.

(2) En todos los procesos en que la ley no determinaba la pena aplicable, el acusador proponía una, y el condenado tenía derecho para indicar otra. Sócrates solicitó primero que se le mantuviera en el Pritáneo, y después, mostrándose menos altivo, que se le impusiese la multa de una mina, que á pesar de su pobreza podría pagar, ó de treinta minas, que sus amigos se ofrecían á satisfacer por él. (Platón, *Apología*, 26 y 28).

sabios! Pero ya es tiempo de separarnos, yo para morir, vosotros para vivir (1). ¿Para quién está reservada la mejor suerte? Este es un secreto para todos; sólo Dios lo sabe.»

Sócrates permaneció treinta días en su prisión, vigilado por la guardia de los Once (2), esperando el regreso de la *teoría* enviada á Delos, pues durante esta peregrinación, las leyes prohibían que se diera muerte á nadie. Sócrates se ocupó entretanto en poner en verso algunas fábulas de Esopo, y entretúvose particular-



Vasos de Egina (3)

mente en discutir con sus amigos sobre los más elevados pensamientos filosóficos, sobre la inmortalidad del alma y la vida futura, mejor que la presente. La víspera del día en que la sagrada nave regresó á Atenas, Critón, uno de los discípulos del sabio, ofrecióle los medios de huir á Tesalia; pero Sócrates rehusó, invocando las leyes de la patria y la obligación moral, impuesta á todo ciudadano legalmente condenado, de someterse al castigo decretado por los jueces. Por fin llegó el último día, y Sócrates se consagró por entero á la conferencia que Platón nos ha conservado en el *Fedón*. Al ponerse el sol llevóle la cicuta (4); bebióla tranquilo y sereno, en medio de sus amigos, entregados á la más profunda aflicción; y hasta el mismo carcelero no pudo contener las lágrimas. Cuando el frío de la muerte hubo alcanzado á las piernas y comenzó á invadir las partes superiores del cuerpo, Sócrates dijo con esa ligera sonrisa que revelaba el escepticismo, sin manifestar el desdén (5): «Critón, debemos un gallo á Asklepios; no te olvides de pagar esta deuda.» Que-

(1) Ἀλλὰ γὰρ ἤδη ὄρα ἀπίναί ἐμοὶ μὲν ἀποθανομένῳ ὑμῖν δὲ βιωσομένοις. (Platón *Apol.*, ad fin). - Según costumbre el proceso no duró más que un día.

(2) Diez magistrados, uno por tribu, designados por suerte, y el escribano, formaban el colegio de los Once, encargado de la custodia de los prisioneros.

(3) Según las *Mittheilungen d. d. archäol. Instit. in Aten*, IV (1879) tab. 10. — Vasos de porcelana llamada de Egipto y en forma de esfinge y de cabeza humana con orejas de animal.

(4) Era costumbre no ejecutar á los condenados mientras luciese el sol, costumbre que respondía á un sentimiento muy griego, expresado por Lamartine en los hermosos versos que dicen: «Pero a ley prohibí la que se les diera muerte mientras el sol iluminaba la Jonia, por temor de que sus rayos, destinados para los vivos, fuesen profanados por ojos sin miradas.»

Ya hemos dicho varias veces que los dioses no podían ver un muerto.

(5) Victor Cousin, vol. I de la trad. de Platón, pág. 179. Sócrates es un mártir voluntario de la libertad del pensamiento y de la moral universal. Muy pronto se produjo en Atenas una reacción, y habiendo justificado el sofista Policrates la condena de Sócrates, el escrito en que tal sostenía produjo gran escándalo. Véase Drog. Laerte, II, 78; Spidas 1, v, *Ἡολυκράτης*.

ría decir que aquella muerte le libraba de los males de la vida, y que era preciso dar gracias al dios que los curaba. Pocos instantes después, un ligero movimiento del cuerpo anunció que el alma acababa de abandonarle (mayo ó junio 399).

Los discípulos de Sócrates, atemorizados por el golpe con que la intolerancia religiosa acababa de herir á su maestro, huyeron á Megara y á otras ciudades, llevando allí sus doctrinas, que se propagaron por todos los países donde habitaba la raza griega, produciendo honda impresión, según el testimonio de uno de ellos, hasta en la roma inteligencia de los beocios. Variadas como el hombre mismo, cuyo estudio es su punto común de partida, esas doctrinas dieron origen á numerosos sistemas. Todas las escuelas, todo el movimiento filosófico del mundo proceden de Sócrates; el condenado por el curtidor Anitos fué quien fundó el segundo imperio de Atenas, el imperio del pensamiento.

---



## SEXTO PERÍODO

SUPREMACIA DE ESPARTA Y DESPUÉS DE TEBAS (404-359)

DECADENCIA DE GRECIA

### CAPITULO XXVIII

DESDE LA TOMA DE ATENAS HASTA EL TRATADO

DE ANTALCIDAS (404-387)

I. — LOS DIEZ MIL (402-400)

Cuando se hallan al fin las doctrinas, sus resultados políticos y sociales no se producen al momento; las ideas necesitan siglos para su progreso y para desarraigar las creencias que combaten. La filosofía debía matar un día ú otro al paganismo y modificar las bases de la sociedad, infiltrándose en las leyes; pero en los tiempos que nos ocupan no era más que una curiosidad para las inteligencias privilegiadas. En la historia política de Grecia, la tragedia que acabamos de referir siguió siendo un hecho aislado; los pueblos no se desviaron de su camino, y Jenofonte, que traza su historia, ni siquiera se cree en el deber de mezclar el nombre de Sócrates con los acontecimientos de que da cuenta.

Pero todos podían observar que los demagogos y los partidos habían hecho perder á los atenienses el magnífico imperio que Pericles y la sabiduría política les diera; que Atenas no había caído sola, y que toda la Grecia se había humillado. El bárbaro era ahora el amigo, y el patriotismo, la primera de las virtudes sociales, porque contiene todas las demás, había sido reemplazado por mezquinas ambiciones, que impulsaron á los griegos á buscar oro en lejanas aventuras.

Cuando una prolongada guerra termina súbitamente, numerosas fuerzas militares quedan sin ocupación; y una infinidad de hombres que se desarrollaron en los campos de batalla y que no conocen más existencia que el manejo de las armas, se creen incapaces de comenzar una nueva vida, de trocar las costumbres del soldado por las del ciudadano, y se hallan dispuestos á lanzarse á la primera empresa que se presente por aventurada que sea.

Cuando después de Egos-Pótamos la paz hizo que armas y galeras volviesen á los arsenales, los mercenarios de Esparta y de Atenas, juntamente con los prospectos, siempre numerosos en Grecia, no tuvieron ya que hacer, patentizándose entonces que uno de los resultados más deplorables de aquella lucha había sido crear una fuerza flotante, un ejército sin patria que pedía la guerra, porque la necesitaba para vivir. Este ejército se entregó al que más ofrecía, al joven Ciro.

Los persas después que hubieron conseguido producir en Grecia una conflagración, manteníanse como meros espectadores de los acontecimientos, tomando parte en ellos sólo cuando su intervención hacíase necesaria para alimentar el incendio. Incapaces de renovar la gigantesca lucha empeñada á principios del siglo, no les quedaba más recurso que debilitar la Grecia, atizando en ella la discordia. Los desastres de Maratón, de Salamina, de Platea, de Micala y del Eurimedón, acumulados en el espacio de algunos años, y el vergonzoso tratado que les siguió, habían sido un golpe fatal para el prestigio divino que en otro tiempo rodeaba al monarca de Asia. A los grandes príncipes, por otra parte, habían sucedido otros incapaces, porque el Oriente es terrible por sus revoluciones palaciegas y la pronta decadencia de sus dinastías. Artabán, capitán de los guardias, había asesinado á Jerjes (465); Artajerjes *Mano larga*, se apoderó del trono en perjuicio de su hermano mayor, á quien asesinó, abandonándose después á la influencia de su madre y de su esposa; Jerjes II pereció, á los dos meses de reinar (425), asesinado por su hermano Sogdiano, el cual cayó á su vez á los siete meses bajo los golpes de otro hermano; y por último, Darío II el *Bastardo* estuvo toda la vida bajo la tutela de su mujer Parysatis y de tres eunucos. Sus dos hijos, Artajerjes Mnemón y Ciro el Joven, iban á continuar la tradición homicida de la corte de Susa.

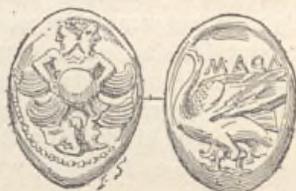
Estimuladas por estos desórdenes, las provincias se agitaban. Egipto estuvo en rebelión continua durante aquel siglo; algunos pueblos, nunca del todo sometidos, sacudían completamente el yugo; y en otros países, los sátrapas se proponían conquistar la independencia.

Tisafernes, que administraba el Sudoeste del Asia Menor, había prestado buenos servicios al monarca con su habilidad para mantener el equilibrio entre Esparta y Atenas. En 407, Ciro le había reemplazado en una parte de sus provincias, introduciendo en ellas otra política, porque meditaba nuevos planes. A la muerte de Darío II, ocurrida poco después de la batalla de Egos-Pótamos (404), Parysatis hubiera querido que Ciro ocupase el trono, por la sencilla razón de que, habiendo nacido después del advenimiento de su padre, era hijo de rey; mientras que Artajerjes, nacido antes, no era más que hijo de príncipe. En aquel momento, Ciro estuvo expuesto á perder la vida; salvado por la intercesión de su madre, fué enviado de nuevo á su gobierno, á donde llegó acariciando proyectos de venganza. Durante tres años ocupóse en acumular tesoros y reunir un ejército para derribar á su hermano, y apenas vió que la lucha había terminado en Grecia, llamó á sí á todos los aventureros, á quienes se hicieron en su nombre muchas promesas: al soldado de infantería se le daría un caballo, al jinete un tronco, al propietario de un campo, pueblos, y al jefe de éstos, ciudades; en cuanto á la paga, se mediría con célemines. El rey dió diez mil dáricos á un desterrado de Esparta, Clearco, para que

le comprara soldados en Tracia; el tesalio Aristipo, el beocio Proxenes, Sofenetes de Stímfalo, Sócrates de Acaya y otros varios, recibieron semejante comisión. Hasta la misma Esparta le envió setecientos hoplitas y puso á su disposición una flota de veinticinco galeras que se encontraba en aguas del mar Egeo, aparentando creer que Ciro no se utilizaría de las tropas ni de las naves sino contra las tribus merodeadoras del litoral cilicio, doblez poco heroica, imaginada por torpes inteligencias, que creían poder servir al usurpador sin ofender al que estaba amenazado



Moneda de un sátrapa de Malos (1)



Moneda de un sátrapa incierto (2)



Moneda de un sátrapa de Malos (3)



Moneda de un sátrapa incierto (4)

por la usurpación. Ciro reunió así trece mil griegos, de los cuales cerca de la mitad eran argivos y aqueos; contando además con cien mil bárbaros.

En un principio no reveló á nadie sus designios, ni aun á sus generales; pretextó una guerra contra Tisafernes, que retenía una parte de su gobierno, y después una expedición contra los pisidios, que infestaban sus fronteras. Salió de Sardes en la primavera del año 401 y se dirigió hacia el Sudeste á través de Frigia, Licaonia y Cilicia, donde el sátrapa hereditario, Siennesis, se declaró en su favor, mientras, al propio tiempo, enviaba á uno de sus hijos para que viese al rey y le diera seguridades sobre su fidelidad. Hasta entonces, solamente se recelaba cuál

(1) Cabeza con diadema y cara barbuda de Heracles mirando á la derecha; en el reverso MAA [ $\lambda\omega\tau\omega\nu$ ]. Demeter, de cara á la derecha va en busca de su hija Kora, llevando en la mano derecha una antorcha encendida, y en la izquierda espigas. Plata.

(2) Genio de doble cabeza barbuda, como Jano, provisto de cuatro alas retorcidas como los genios asirios; con ambas manos sostiene sobre el pecho el globo lunar, ó tal vez la esmeralda colosal del templo de Astarté en Tiro; debajo se ve el busto de un toro con cabeza humana agachado y mirando á la derecha. En el reverso MAPA [ $\omega\tau\omega\nu$ ] y un cisne mirando á la izquierda. (Moneda de plata acuñada por un sátrapa incierto, en Malos, Cilicia.)

(3) Genio con alas, arrodillado en parte y vuelto hacia la derecha. Con las dos manos sostiene el globo lunar ó la esmeralda del templo de Astarté en Tiro. En el reverso: MAP [ $\lambda\omega\tau\omega\nu$ ], cisne mirando á la derecha; delante, un altar con la cruz, símbolo frecuente en las monedas de Chipre y de Cilicia. Plata.

(4) Cabeza desnuda de Heracles mirando á la derecha y anudada en los hombros una piel de León. En el reverso, cabeza y cara barbuda de un sátrapa, que lleva la tiara oriental. En la inscripción: MAA [ $\lambda\omega\tau\omega\nu$ ] Moneda de plata acuñada en Malos. Publicamos varias de estas monedas semigriegas y semipersas para dar á conocer la mezcla de las dos civilizaciones que se consumaba en los límites del mundo griego.

fuese el objeto de Ciro; pero las sospechas comenzaron á tomar cierto carácter de certidumbre cuando Ciro salió de Tarso, donde había hecho descansar á su ejército veinte días. Estos rumores produjeron un motín entre los mercenarios, á quienes atemorizaba la idea, no de combatir al rey de Persia, sino de penetrar en las profundidades del Asia. Clearco, acometido á pedradas, vióse en peligro de muerte, acusándosele de engañar á los griegos; pero Ciro aumentó su paga hasta un dárico y medio mensual, y anunció esta vez que iba á combatir contra el gobernador de Siria. Llegado á Thapsaca, declaró al fin que marchaba sobre Babilonia, y esto produjo nuevas murmuraciones, que el príncipe calmó con nuevas larguezas.

El autor del *Anabasis* se complace en señalar así cada etapa por una sorpresa. Tal vez la multitud se dejase engañar; pero en Sardes había demasiados griegos avisados para creer que el príncipe hubiese reunido tan formidable ejército con el único designio de hacer entrar en razón á unos pocos montañeses. Nuestro autor debía ser uno de esos griegos, y más adelante veremos que tenía motivos para hablar como lo hace.

Ciro no había encontrado resistencia en ninguna parte, ni en los pasos del Taurus ni en las Puertas Sirias; el Eufrates podía ser una barrera, sobre todo si un ejército acampaba en su orilla oriental; pero no se encontró allí ni un solo soldado, y las aguas estaban tan bajas, que las tropas pudieron vadear fácilmente el gran río. Desde Thapsaca, el ejército avanzó por la derecha hasta el Sur, costeano la orilla izquierda, sin más obstáculos que los del desierto. En aquella estación, sin embargo (septiembre), las tropas debieron sufrir mucho; mas como al término del viaje generales y soldados veían en perspectiva una presa considerable, esta esperanza les hizo arrostrar con resignación los ardores de un sol tropical. Los expedicionarios vieron por vez primera al enemigo cuando se encontraban ya en la llanura de Cunaxa, distante quince ó diez y seis leguas de Babilonia (1).

Ya se disponía Ciro á acampar, cuando de pronto vió llegar, en un caballo á todo escape é inundado de sudor, á uno de sus confidentes, que en lengua bárbara y griega gritaba á todos cuantos hallaba al paso que el rey estaba cerca con un ejército innumerable (2). Ciro salta al punto de su carro, se pone la coraza, monta á caballo y ordena que todos se armen y ocupen sus filas.

Los griegos se forman apresuradamente; Clearco, en el ala derecha, se sitúa cerca del Eufrates, apoyado por mil jinetes paflagonios; Proxenes y los demás generales se encargan del centro; y Menón forma el ala izquierda con Arieo y el ejército bárbaro. Ciro se coloca en medio de su línea, seguido de seiscientos jinetes revestidos de grandes corazas y cascos y montados en caballos cubiertos de hierro: el príncipe quiso combatir con la cabeza descubierta.

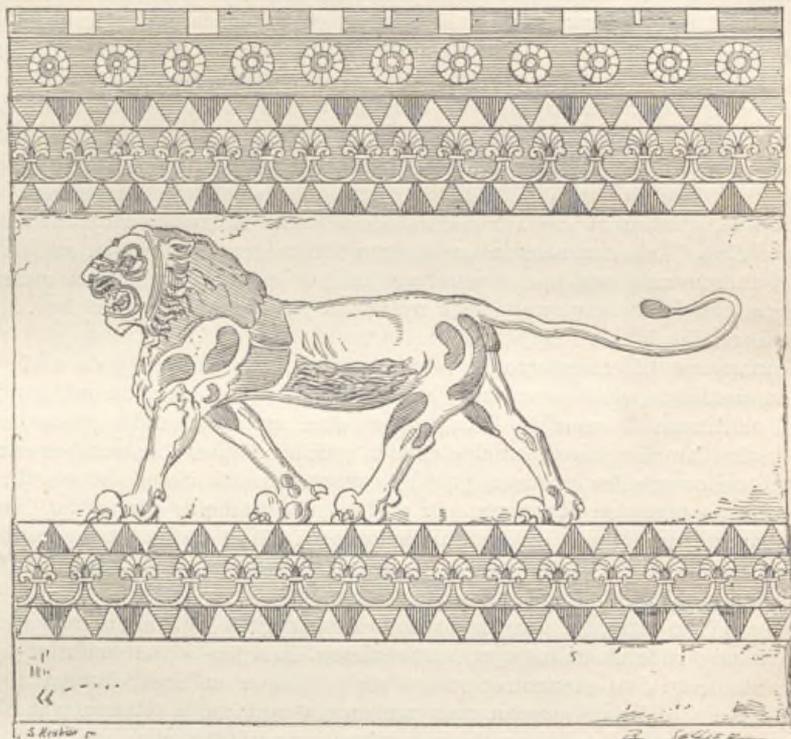
Era mediodía, y el enemigo no se presentaba aún; pero cuando el sol comenzó á declinar, observóse una polvareda semejante á una nube blanca, que tomando un color más sombrío, invadió la llanura; después, cuando estuvo más cerca, se vió brillar el bronce, y distinguéronse las filas de los soldados, erizadas de picas. Delante, á cierta distancia, avanzaban carros armados de hoces, algunas de las cuales, fijas en el eje de la rueda, extendíanse oblicuamente á derecha é izquierda; mientras que otras, sujetas bajo el asiento del conductor, inclinábanse hacia el suelo, de modo que pudiesen cortar todo cuanto hallaran al paso. El plan consis-

(1) Desde Sardes á Cunaxa el coronel Chesney cuenta 1,464 millas inglesas, ó sean 2,350 kilómetros. (*El Eufrates y el Tigris*, pág. 208.)

(2) Jenofonte dice que el número de soldados del ejército real ascendía á 900,000; Ctesias y Plutarco lo suponen de 400,000. No necesito decir que la mayor parte de lo que sigue está tomado de Jenofonte.

tía en precipitarse sobre los batallones griegos y romper sus líneas con aquellos carros. Uno de los cuatro generales del ejército real era Tisafernes, quien con sus informes tenía á Artajerjes al corriente de los proyectos de su competidor y hablábale dado tiempo de hacer inmensos preparativos para la defensa.

«No mediaban más que tres ó cuatro estadios (1) entre los dos ejércitos, cuan-



Friso del palacio de los reyes de Persia en Susa (2)

do los griegos entonando el pean é invocando á gritos á Arés Enyalios se lanzaron á la carrera, golpeando en sus escudos con las picas á fin de espantar á los caballos del enemigo, y precipitándose sobre éste con la impetuosidad de las olas de un mar embravecido. Antes de que se hallaran al alcance de los dardos, la caballería bárbara volvió grupas, y los griegos la persiguieron, pero avisándose por gritos unos á otros que no rompieran las filas. En cuanto á los carros, abandonados muy pronto por sus conductores, fueron arrastrados unos á través de las tropas enemigas y dirigidos otros hacia la línea de los griegos, que se abrió para dejarlos pasar. Sólo un soldado, poseído de asombro como cualquier espectador en un hipódromo, no se desvió con bastante ligereza y rodó por tierra, pero sin sufrir más daño. Únicamente un griego quedó herido de un flechazo.

»Ciro rebosaba de alegría ante aquel triunfo de los griegos, y ya los que le ro-

(1) El estadio equivale á 185 metros.

(2) Friso en bloques esmaltados, descubierto en Susa por M. Dieulafoy y existente ahora en el museo del Louvre. - León avanzando hacia la izquierda entre dos fajas de florones.

deaban adorábanle como á su rey. Sin embargo, solamente se había dispersado un ala, y el ejército real era tan numeroso, que su centro contaba aún con más fuerzas que el ala izquierda de Ciro. Por esta razón el príncipe conservó su posición, manteniendo á su alrededor sus seiscientos caballos, mientras vigilaba todos los movimientos del rey. Artajerjes, que se había situado en el centro con seis mil jinetes, hizo un movimiento para cercar á los griegos; pero Ciro, temeroso de que los sorprendiera por la espalda y los destrozara, corrió hacia él con su caballería, obligando á todos los que estaban delante del monarca á replegarse y matando, según dicen, al general por su propia mano. No obstante, como sus jinetes se dispersaron para perseguir á los fugitivos, quedaba ya muy poca gente á su alrededor cuando reconoció al rey. «Ya veo al hombre,» exclamó, y precipitándose contra él, hirióle en el pecho, traspasando la coraza; mas en el mismo instante, sintióse herido debajo del ojo por un dardo lanzado con fuerza por un soldado desconocido. Ciro cayó sin vida, y sobre su cadáver sucumbieron ocho de sus principales amigos. Así acabó Ciro. Todos cuantos le conocieron íntimamente convienen en que después del antiguo monarca de este nombre, ha sido el persa que se ha mostrado más digno del imperio, y que poseía todas las virtudes de un gran rey.... (septiembre 401.)»

Su muerte cambió el aspecto de la batalla; las tropas, sin jefe y sin razón para seguir combatiendo, se dispersaron, y el rey penetró en su campamento, donde se apoderó del harem del vencido. Hallábanse entre sus mujeres dos griegas, cuyos padres las habían ofrecido al príncipe cuando residía en Sardes, costumbre establecida en aquellos pueblos asiáticos, que traficaban con todo, hasta con la belleza de sus hijas, á las cuales se daba con este motivo una brillante educación. Una de ellas, originaria de Mileto, se escapó; la hermosa Milto de Focea, menos ó más feliz, llegó á ser una de las mujeres del gran rey, y como la Monima de Mitridates, pero sin tener su trágico fin, dominó á su señor.

Mientras Ciro espiraba, los griegos victoriosos seguían avanzando; mas al saber que el enemigo robaba sus bagajes, retrocedieron. Los persas marcharon al principio atrevidamente á su encuentro; pero al verlos formar en línea, entonar el pean y precipitarse con furia, huyeron más presurosos aún que la primera vez. Al ponerse el sol, los griegos volvieron á sus tiendas, sorprendidos de no recibir noticias de Ciro y sin imaginar que hubiese muerto. A la mañana siguiente lo supieron, y supieron también que Arieo había huído con los auxiliares bárbaros, retrocediendo hasta un punto situado á una jornada de marcha; de modo que aquel reducido contingente de griegos, que apenas había perdido uno ó dos soldados, quedaba dueño del campo de batalla entre dos ejércitos, uno aliado y otro enemigo, que huían en sentidos contrarios. Entonces comenzó aquella famosa retirada á través de países en su mayor parte desconocidos para los mismos persas, y á pesar de los desiertos, las montañas, los ríos, las nieves, el hambre y las tribus salvajes. A esto se llamó la retirada de los Diez Mil, porque tal era poco más ó menos el número de soldados.

Los griegos comenzaron á acercarse á Arieo y los dos ejércitos juráronse una alianza inviolable. El rey dispuso que se les intimara á deponer las armas; mas como contestasen altivamente que no era á los vencedores á quienes se desarmaba, cambió de tono, y quiso atraerlos á su servicio prometiéndoles las subsistencias de que carecían. Aceptaron esto último, pero prosiguieron su marcha. Entonces llegó Tisafernes, quien se dirigía, según dijo, á su gobierno. Los griegos habían propuesto á Arieo que ocupara el lugar de Ciro; pero aquel jefe, prefiriendo negociar su sumisión al gran rey, reunió sus tropas con las del sátrapa de Jonia. Al

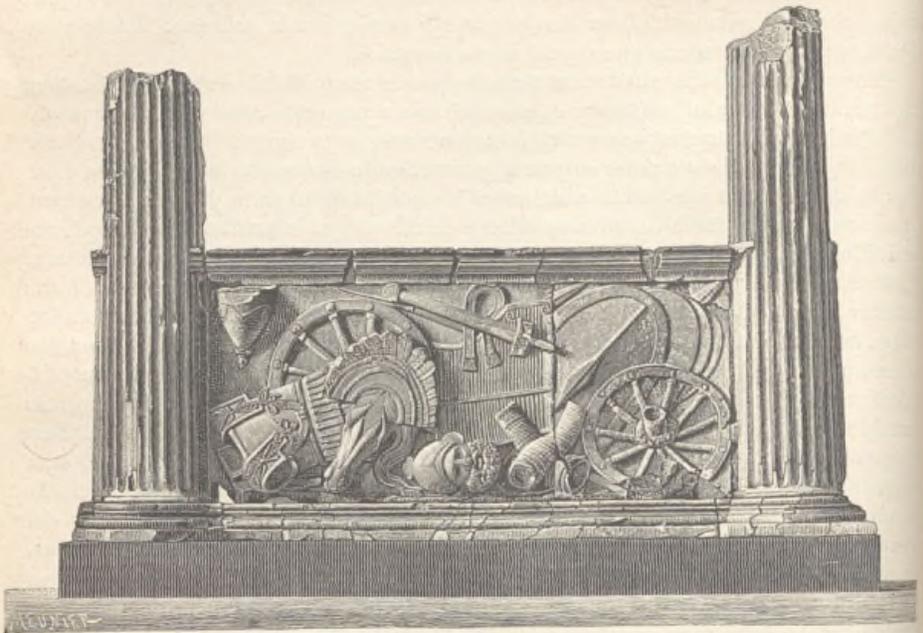
ver á los asiáticos reconciliarse y entenderse, los griegos desconfiaron, y para tranquilizarles Clearco fué á ver á Tisafernes con otros cuatro caudillos. A pesar de la fe prometida, el sátrapa dió orden de cogerlos en su tienda y entrególos al rey, que mandó ejecutarlos.

El ejército, privado de sus jefes, experimentó al principio profundo abatimiento; hallábase á diez mil estadios de Grecia, rodeado de pueblos hostiles, sin víveres y sin caballería para completar una victoria ó proteger una retirada. Nadie pudo dormir en la triste noche que siguió á esta desgracia.

En aquel momento, nuestro autor entra en escena. Había en el ejército, dice, un ateniense llamado Jenofonte, que no le había seguido como jefe, ni como oficial ó soldado; Proxenes, con quien le unían hacía largo tiempo lazos de hospitalidad, había inducido á dejar su patria, prometiendo conquistarle el favor de Ciro. El oro de este príncipe había asegurado la victoria de Esparta y la ruina de Atenas, y aunque no había querido acordarse de ello nunca, consultó sobre aquel viaje á Sócrates, quien en sus altas especulaciones se olvidaba también de Atenas. El filósofo le envió al dios de Delfos, y un oráculo ambiguo permitió á Jenofonte realizar lo que quería. La verdad es que el discípulo del «ciudadano del mundo» había aceptado, como los demás, la paga ofrecida por Ciro, sabiendo muy bien que si este príncipe derribaba á su hermano, el nuevo rey de Persia, atendidas las cualidades que él mismo le atribuía, iba á ser para Atenas un enemigo mucho más temible que el débil Artajerjes. Ese papel que se atribuye, y la cándida sorpresa que en su libro afecta sobre el objeto al fin descubierto de la expedición, no eran para él sino una respuesta al decreto ateniense que le retiró el derecho de ciudadanía, como servidor de Ciro. Según su relato, había evitado el desaliento del ejército: iluminado, según dice, por un sueño, reunió el consejo de oficiales, hizo expulsar á un traidor que hablaba de rendirse y aconsejó que se eligieran nuevos jefes, á lo cual se procedió en el acto, nombrándosele á él en lugar de Proxenes. Merced á su iniciativa organizáronse un cuerpo de cincuenta jinetes y otro de doscientos honderos ó arqueros; y gracias á esto se pudo mantener á distancia á las tropas de Tisafernes.

No seguiremos á los Diez Mil en su gloriosa retirada; á la historia general sólo le importa el hecho de que pudieran atravesar impunemente aquel gran imperio. Llegado á las Carducas, Tisafernes dejó de seguir sus pasos, tomando entonces el camino de Jonia; mas no escaparon de sus emboscadas sino para caer en las de los montañeses del país, que les hicieron mucho daño con sus largas flechas, á las cuales no resistía ningún escudo. El sátrapa de Armenia, Tiribazo los acogió bien, concluyendo con ellos un tratado por el cual prometía no atacarles si se contentaban con tomar víveres sin quemar los pueblos. Sin embargo, una tempestad les sorprendió en medio de aquellas montañas, y tal fué el descenso de temperatura, que varios soldados murieron de frío, mientras otros perdieron la vista por el brillo de las nieves, pereciendo también la mayor parte de las bestias de carga. Después fué preciso franquear el Fase y el Harpedos, y rechazar á la belicosa tribu de los calibes; mas al fin, llegados á la montaña de Thechés, divisaron en el horizonte la vasta extensión del Ponto-Euxino. «Los primeros que llegaron á la cima y vieron el mar lanzaron ruidosos gritos; al oírlos Jenofonte, creyó que el enemigo atacaba la vanguardia del ejército, y como aquéllos aumentarán á medida que otros soldados se agregaban á los primeros, Jenofonte, cada vez más inquieto, montó á caballo, llamó á todos los jinetes y costó el flanco de la columna para prestar auxilio; pero muy pronto oyó á los soldados que gritaban: ¡el mar, el mar! y se felicitaban mutuamente. Entonces, retaguardia, bagajes, caballería, todo corre hacia

la cima de la montaña, y una vez allí, abrázanse unos á otros, vertiendo lágrimas de alegría, haciendo iguales demostraciones con los jefes y oficiales. Un momento después, sin que jamás se supiera quién había dado la orden, los soldados van á buscar piedras y elevan sobre la cumbre una pirámide que cubren con las armas tomadas al enemigo.» Con ello elevaban un trofeo, el más glorioso que la mano del



Trofeo de armas (1)

hombre pudiera erigir, porque los griegos habían vencido al imperio persa y á la naturaleza misma.

Después de empeñar varios combates contra las peligrosas tribus de la costa, llegaron á la ciudad griega de Trapezonte, colonia de Sinope, donde celebraron su salvación con juegos solemnes y sacrificios (marzo 400). Su contingente constaba aún de 8,600 hoplitas y 1,400 arqueros ú honderos (2). No tenían más que un deseo, y era encontrar barcos que los trasladasen á su patria.

«Estoy cansado, dijo uno de ellos en la asamblea, de recoger mi bagaje, de

(1) Las columnas del segundo piso del pórtico de Atena Polias, en Pérgamo, estaban enlazadas por una balaustrada, en cuya cara exterior se esculpieron trofeos de armas. Reproducimos aquí uno de esos relieves, tomándolo de *Die Alterthümer von Pergamon*, tab. 43. (Véase en la página 95 del texto, el comentario de H. Droysen.) — En el centro está la caja de un carro que parece compuesto de planchas de madera; los dos agujeros que hay en el borde superior servirían tal vez para pasar las riendas. Encima hay una espada con una correa de franja que se fijaba en la vaina, y una lanza; debajo una careta con casco, y delante dos polainas cruzadas una sobre otra. A la izquierda, delante de una rueda, se ven esculpidas una coraza y parte de los arreos de un caballo, la que cubría la cabeza del animal, y en la parte superior un casco. A la derecha de la caja del carro hay una rueda y cuatro escudos apoyados uno sobre otro; encima y á cada lado de éstos hay una punta de lanza.

(2) Sin contar los enfermos ni los soldados de más de cuarenta años de edad, ni las mujeres y niños, que se embarcaron en Trapezonte.

andar, de correr, de llevar mis armas, de estar en fila y de batirme; y puesto que el mar está ahí, quiero embarcarme y llegar á Grecia como Ulises, tumbado sobre la cubierta y durmiendo.» El almirante espartano estaba en Bizancio, y á él fué enviado Crisofas para pedir naves; pero Esparta no quiso tener ya nada que ver con hombres que habían fracasado en su empresa, y se negó á dar las naves. Los Diez Mil se vieron obligados, pues, á seguir la costa por tierra, y unas veces combatiendo, otras en paz, llegaron penosamente á dos colonias de Sinope, Cerasonte y Cotiora. Esta última ciudad les proporcionó los medios de trasladarse á Sinope por mar, y después á Heraclea y Calpé. En su marcha al través de la Bitinia fueron



Tetradracma de Sinope (1)



Moneda de Seuthes I (2)

acometidos sin tregua por la caballería de Farnabazo, pero rechazáronla y llegaron á Crisópolis, frente á Bizancio (octubre ó noviembre del año 400). Farnabazo, á quien urgía verse libre de semejante vecindad, pagó el pasaje de los griegos á Anaxibios, almirante lacedemonio, que los transportó al otro lado del Helesponto, donde se pusieron al servicio de un príncipe de Odryses, Seuthes, quien merced á su auxilio pudo entrar en posesión de su herencia.

Con esto terminó la retirada de los Diez Mil. En quince meses y en doscientas quince etapas habían recorrido, tanto á la ida como á la vuelta, 34,650 estadios, ó sean 6,400 kilómetros. Salieron como aventureros y volvieron como héroes; mas aquel glorioso ejército acabó mal, disolviéndose en Tracia. Unos volvieron á sus casas; otros se dispersaron acá y allá; muchos perecieron en oscuros é inútiles combates, y un general espartano mandó vender como esclavos cuatrocientos que habían quedado enfermos en Bizancio (3). No habían partido de Grecia para hacer triunfar una idea ni para satisfacer un sentimiento nacional, sino para buscar oro, y sin embargo, alcanzaron una gloria inmortal, porque ennoblecieron su empresa demostrando una constancia que no se sospechaba en aquellos hombres de cabeza ligera y cualidades de guerreros que realzaron más aún la fama militar de Grecia. Aquella infructuosa expedición tuvo las más graves consecuencias; la marcha victoriosa de los Diez Mil á través de todo el imperio demostraba la incurable debilidad de los persas, y de esta peligrosa revelación no dejaron de aprovecharse Agesilao y Alejandro.

(1) Cabeza de Sinope, hija de Asopus, mirando á la derecha; en el reverso ΣΙΝΩΠΙΕΩΝ. Apolo desnudo sentado de cara á la derecha sobre el omfalos, y con una lira; en el campo marcas de taller, ó de magistrado monetario.

(2) Jinete al trote, blandiendo una lanza y con su *peplos* flotando sobre los hombros. En el reverso ΣΕΥΘΑ ΑΡΓΥΡΙΟΝ en tres líneas. (Plata; véase t. II, pág. 101, otra moneda de este rey de Odryses.)

(3) Los demás entraron al servicio de Esparta, á las órdenes de Timbrón, para combatir á Tisafernes. (Véase más adelante.)

## II. — DUREZA DE LA HEGEMONIA ESPARTANA

La guerra del Peloponeso había tenido desastrosas consecuencias para las costumbres públicas; su larga duración, sus sangrientas peripecias, habían en todas partes infundido la desconfianza, exaltado las pasiones, deificado la fuerza, y alterado tan profundamente el carácter griego que éste ya no pudo volver á ser lo que antes había sido (1). Los hombres eran feroces en los campos de batalla, y también en las luchas de los partidos. «He aquí, dice Aristóteles, el juramento que la oligarquía hace prestar hoy en varias ciudades: «Seré enemigo del pueblo y le haré todo el daño que pueda (2).» Ciertamente á este juramento homicida podemos oponer el de los heliastas de Atenas después de la tiranía: «Olvidaré todos los agravios pasados, sin permitir que nadie los recuerde y los cite;» pero Atenas, aún en decadencia, era siempre liberal y generosa, como esas estatuas mutiladas que en medio de su ruina conservan todavía su belleza.

El sistema de guerra había cambiado. Ya hemos hablado de una revolución en el arte militar, por virtud de la cual el ejército democrático de los siglos V y VI substituyó al aristocrático del tiempo de los héroes; ahora ha llegado la época de los mercenarios, en la que todas las ciudades griegas mezclan tropas asalariadas con los soldados de la patria. Para pagarlas se necesita oro, que sólo Persia posee; los griegos se lo piden, y de aquí su actitud de mendigos ante el gran rey y la continua interven-



Moneda de un sátrapa en Mallos (3)

ción de los sucesores de Jerjes en los asuntos helénicos. Esta dureza de costumbres, esa dependencia respecto al extranjero las hemos observado en los últimos años de la guerra, y volvemos á encontrarlas en el primer año de la paz, el año de la anarquía, como los griegos llamaron á los comienzos de la dominación espartana (4). Para tener cómplices de su odio, Esparta había censurado durante treinta años el despotismo de su rival, prometiendo romper los hierros con que ésta encadenaba á Grecia; vieja táctica observada por Roma y renovada á menudo, siempre con buen éxito. Una vez caída Atenas, toda la Grecia se halló á los pies de Lacedemonia. ¿Qué pensaba ésta hacer? ¿Organizar al fin aquel mundo helénico, que necesitaba estar unido para ser fuerte, que así lo comprendía en aquel momento, y que habría consentido tal vez en ello sin sentirlo mucho? Ni siquiera pensó en tal cosa, ni se ocupó más que de venganzas reaccionarias y de ambiciosos manejos. En todas partes corrió la sangre, porque en todas restableció los gobiernos oligárquicos (5): diez hombres en cada ciudad, presididos por un *harmoste*, ó gobernador militar, que tenía á sus órdenes una guarnición lacedemonia, tuvieron plenos po-

(1) Tucídides, III, 82, 83.

(2) *Política*, V, 7, 19.

(3) La Victoria, vistiendo un largo *chiton* con mangas, corre hacia la izquierda, volviendo la cabeza; las alas son acaracoladas; lleva un cetro en la mano derecha y una corona en la izquierda. En el reverso un cuadrado hueco, y dentro de él una piedra cónica, probablemente un betilo, provisto de dos asas en su parte superior; á cada lado dos palomas de tal modo cinceladas que se las podría tomar por racimos de uvas. (Tetradracma acuñada en Mallos por un sátrapa desconocido.)

(4) *Anabasis*, VI, 6, 12.

(5) Plutarco, *Lisandro*, 13.

deres, y su primer cuidado, como lo había sido de los Treinta, fué vengarse cruelmente del partido contrario; en Thasos hubo una matanza; en Mileto, ochocientos ciudadanos del partido popular, engañados por los juramentos de Lisandro, salieron de sus retiros y fueron asesinados; quinientos sucumbieron de igual modo en Heraclea; y análogas escenas se produjeron en Bizancio, entre los eleanos y en la mayor parte de las ciudades del Asia Menor. No se podrían contar, dice Plutarco, los que perecieron.» En Samos se desterró á todos los habitantes, sin permitirles llevarse más ropa que la que tenían puesta (1). Chíos había asegurado, por su defección y su marina, el triunfo de Esparta; á pesar de ello, se le arrebataron sus trirremes y sus más notables ciudadanos fueron desterrados (2). En la Tesalia, un hombre de Ferres, Lycofron, hízose dueño absoluto de la provincia después de san-



Moneda de Heraclea (Bitinia) (3)

grientos combates. «Entonces, dice Jenofonte, cuando un lacedemonio hablaba los pueblos obedecían, y hasta un simple particular lo regulaba todo á su capricho.» El mismo participaba del terror de los otros; por esto al fin de la retirada de los Diez Mil rehusó el título de generalísimo, que sus compañeros le ofrecieron, temeroso de que Esparta viese con malos ojos el mando en manos de un ateniense (4). Los insulares, sobre todo los que habían vendido la causa de Atenas, podían esperar que los impuestos decretados por Arístides y Pericles para la protección de su comercio serían suprimidos, puesto que Lacedemonia era aliada del gran rey; pero no hicieron más que cambiar de amo, porque Esparta siguió cobrando los antiguos tributos, que ascendían anualmente á más de mil talentos (5).

Una flota que vigilaba todo el mar Egeo, desde Chipre hasta Bizancio; una hacienda cuya economía no alteraba Esparta, como Atenas, por gloriosas inutilidades; un ejército, siempre fácil de encontrar en aquellas pobres y ávidas poblaciones, que habían vendido á Ciro la mayor parte de sus mercenarios; y por último, una activa vigilancia, ejercida en la misma Esparta por los éforos y en todas las ciudades por los harmostes: en esto y en la inmensa reputación de Lacedemonia consistían los sostenes de su imperio.

(1) Cornelio Nepos, *Lys.*, 2; Polyán, I, 45, 4; Plutarco, *Lys.*, 19.

(2) Isócrates *De Pace*, 38.

(3) TON KTICTAN. Busto de Heracles mirando á la izquierda; lleva diadema en la cabeza y la piel de león sobre los hombros; en el reverso ΗΡΑΚΛΗΑΣ ΜΑΤΡΟΣ ΑΠΟΙΚΩΝ ΗΘΑΙΩΝ. Heracles desnudo, sentado en una roca, alarga la mano á un Eros que trata de levantar una maza; en el campo un árbol y la estatua de un Eros. (Bronce.)

(4) *Hellen.*, III, 5, 15; *Anab.*, VI, 6, 12; 7, 2; y aun suprimo mucho. (Véase en Isócrates, *Panegy.*, 113 y 114: ἔτι δὲ παίδων ὄβρισι καὶ γυναικῶν αἰσχυνάσιν...; en Plutarco, *Pelop.*, 20, en la edic. Didot, t. III, pág. 945.)

(5) Diodoro, XIV, 10.

Atenas había formado hábilmente el suyo en otra época sin violencias ni expoliaciones ó crueldades, y por eso pudo conservarle largo tiempo, sin sufrir, ni aun en sus desgracias, defecciones demasiado numerosas. Esparta no entendía tanto en la organización de los Estados; no conocía más que la fuerza y de ella abusaba; su imperio no conocía otro vínculo, que era también el que su rival empleaba, aunque ésta aliándola hábilmente con la justicia. Habíase erigido en centro político, militar y judicial de su imperio, más aún, en metrópoli de las artes y de las letras de la Hélade entera. De la dominación espartana no saldrá nada grande ó glorioso, nada fecundo ó útil; apenas elevada al poder, amenaza ruina. Mil causas de disolución preparaban aquella rápida decadencia; unas estaban en la misma Esparta y en Grecia; otras, fuera de Lacedemonia y de la Hélade.

Las consecuencias de las instituciones de Licurgo seguían desarrollándose; la población espartana disminuía diariamente, como gastada por el uso de sus férreas instituciones; el reducido cuadro

en que se encerraba, y que jamás se abría, estrechábase siempre, é iba á concluir por no contener más que un corto número de espartanos. Muchos habían perecido en las guerras, y otros se hallaban relegados á la clase inferior por su pobreza, que no les permitía ir á sentarse á las mesas públicas. Aristóteles lo dice: «Aquel que carecía de medios para atender á los gastos de esas mesas, quedaba privado de sus derechos políticos.» Los espartanos comprendían bien que estaban expuestos á perecer por falta de hombres; y ya se recordará el grito de dolor que se elevó cuando los cuatrocientos veinte soldados de Esfacteria fueron encerrados en la isla. «El territorio de Esparta, dice también Aristóteles, podría mantener mil quinientos jinetes y treinta mil hoplitas, y apenas alimenta hoy mil guerreros.» En asambleas de cuatro mil personas, casi no llegaba á cuarenta el número de espartanos (2), y además, á medida que éstos disminuían, la desigualdad aumentaba (3). Hacía largo tiempo que habían cesado la proscripción del oro y de la plata y las alabanzas al desinterés de los lacedemonios: los ejemplos de su venalidad se multiplicaban; Euríbiades había sido comprado por Temístocles; Pleistoanax y Cleándridas por Pericles; Leotíquidas por los Aleuades, y el almirante y los capitanes de la flota por Tisafernes. Los reyes, los senadores y los éforos se habían dejado sobornar muchas veces, y Glipos, el salvador de Siracusa, encargado de llevar á Esparta el botín de Atenas, sustrajo de éste treinta talentos. Por eso un interlocutor del Alcibiades decía: «Hay más oro y plata en Lacedemonia que en el resto de Grecia, porque allí afluye el dinero de todas partes, y allí se queda; es como el antro del león, donde se ven las huellas de lo que entra, pero no de lo que sale (4).» Los que volvían de Asia después de ejercer el



Moneda de Bizancio (1)

(1) Cabeza de Demeter mirando á la derecha, con velo y coronada de espigas. En el reverso ΒΥΖΑΝ [ΒΥΖΑΝΤΙΟΥ]. Poseidón sentado en una roca ceñidas las sienas por una diadema; en la mano izquierda lleva su tridente, y en la derecha el *acrostolión*, adorno que se adaptaba á la proa de las naves. Detrás, un nombre de magistrado ΚΑΛΧΑ [ΚΑΛΧΑΙΟΥ?], y en el campo un monograma. (Bronce.)

(2) Aristóteles, *Política*, II, 7; Jenofonte. *Helénicos*, III, cap. 3.

(3) Aristóteles, *Política*, II, 6, 16-18, II, 7, 3. Sobre esta corrupción de Esparta, véase Isócrates, el discurso sobre *la Paz*, 118-127; Jenofonte, *Repub. de Laced.*, 14, y Tucídides *passim*.

(4) *Alcib.*, I, 18.

mando, los harmostes y los generales, traían de allí considerables sumas, y otras muchas cosas, como el lujo, la molicie y la corrupción; todos se afanaban por la riqueza, y se entregaban á los vicios á que da origen una repentina fortuna. Después de la guerra del Peloponeso, el éforo Epitadeos obtuvo la aprobación de una ley que autorizaba á los ciudadanos á disponer de sus bienes y de su lote de tierra, *κληρος*, y las consecuencias de esta *rhetra* fueron tan rápidas, que Aristóteles pudo escribir: «La tierra ha ido á parar á manos de muy pocos.» En tiempo de Agis IV, todo el territorio pertenecerá á cien espartanos (1), y de esta suerte el gobierno habrá llegado á ser cada vez más oligárquico. Todo se hacía entre los éforos y el senado; rara vez se consultaba á la asamblea general, y de aquí resultó que los gobernantes, siendo pocos en número, mostrábase más celosos de sus privilegios y menos dispuestos á dejar que se los invadieran. Abrir sus filas para que entraran de nuevo aquellos á quienes la pobreza había obligado á salir de ellas, hubiera sido exponerse, dejándoles la mayoría, á una reforma territorial, á una nueva repartición de inmensos dominios, concentrados ahora en un reducido número de personas. Si el interés público hablaba en este sentido, los intereses privados eran en un todo opuestos á ello y resultaban triunfantes.

De aquí un odio violento entre los privilegiados y la clase inferior, compuesta de espartanos que habían perdido su posición, de ilotas manumitidos, de laconios á quienes se concedieran ciertos derechos, y de hijos nacidos de espartanos de la primera clase y de mujeres extranjeras. Estas categorías estaban cuidadosamente separadas por denominaciones y sin duda también por condiciones distintas; debajo de los Iguales, *ἴσοι*, que formaban una estrecha oligarquía, hallábase los Inferiores, *υπορίθονες*; ó espartanos excluidos de las mesas públicas; los Neodamodes, ó ilotas manumitidos por servicios que prestaron á la patria; y por último los Periecos. Estos hombres, aunque no tenían participación en el gobierno no dejaban de comprender lo que valían sus personas y sus servicios. De esta clase habían salido hombres notables, nacidos de padres espartanos y de mujeres ilotas, hombres como Lisandro, Gilipos y Calicrátidas. Los tebanos decían en Atenas, en un rencoroso discurso contra Lacedemonia, que los espartanos elegían sus harmostes entre los ilotas (3), y entiéndase por esto hombres que tenían sangre ílota en sus



Moneda atribuida á Cleomenes III (2)

(1) Plutarco, *Agis*, V; Aristóteles, *Polít.*, II, 6: ἀπόλετο διὰ τὴν ὀλιγαρχίαν, la escasez de hombres la perdió. M. Fustel de Coulanges (*La propiedad en Esparta*, 1881) piensa con razón que estos cambios se habían preparado antes de Epitadeos por medios embozados, y que las tierras se habían acumulado bajo la forma de créditos en pocas personas, lo cual redujo el número de ciudadanos *activos* á la cifra que nos dan Aristóteles y Plutarco. Es preciso tener en cuenta también el *Creticus amor*, la exposición de los niños etc. De 9000 que eran en tiempo de Licurgo, la cifra bajó, después de Leutres I, á 2000; Aristóteles cuenta 1000, y en tiempo de Agis no había más que 700, de los cuales 600 pedían limosna.

(2) Cabeza con diadema de un rey mirando á la izquierda. En el reverso ΛΑ, iniciales del nombre de Lacedemonia. Estatua arcaica de Apolo de Amiclea de cara á la derecha con un arco y una jabalina, y á su lado una cabra; la parte inferior de la estatua tiene por adorno un aplustre (acrostolión) y un gallo. En el campo una corona. (Tetradracma). La cabeza real que figura en esta pieza se atribuyó sucesivamente á Cleomenes III, á Antigono Dozón y á Aon, hijo de Neptuno y héroe beocio.

(3) Jenofonte, *Helénicos*, III, 5, 12.

venas. Por otra parte, muchos de éstos habían reunido un peculio que despertaba en ellos la ambición de salir del estado en que la costumbre les retenía. Cuando Cleomenes III prometa la libertad á los ilotas que puedan entregar cinco minas (470 pesetas) al tesoro, 6,000 individuos se presentarán á solicitar tal beneficio (1).

Lacedemonia, sin embargo, conservaba sus dos familias reales, cuyo principal objeto debió ser la conservación de la disciplina en el Estado; pero la creciente autoridad de los éforos y la nueva fortuna de Esparta habían mermado el poder de los reyes. Reducidos éstos hacía largo tiempo á la categoría de generales hereditarios, no emprendían ya ninguna expedición sin que les acompañaran diez vigilantes, encubiertos bajo el título de consejeros, los cuales dirigían en realidad las operaciones militares (2). En los últimos años de la guerra del Peloponeso, las grandes operaciones se efectuaban por mar, y los intrusos que mandaban las flotas como jefes vendían los cautivos, exigían rescate á las ciudades y recibían las subvenciones del gran rey. Por eso Aristóteles dice en su *Política* que el cargo de almirante era «otra realeza» (3).

Lisandro, pues, no se entregaba á una loca ambición cuando, reconocido como primer ciudadano de Esparta, propúsose cambiar el estado político de la ciudad en provecho de sus propias miras. «No pudo ver sin pesar, dice Plutarco, que una ciudad cuya gloria había él aumentado de tal modo, estuviese gobernada por reyes que no valían más que él, y pensó despojar de su dignidad á las dos casas reinantes para hacerla común á todos los Heráclidas (4). Otros dicen que trataba de extender este derecho, no solamente á los Heráclidas, sino también á todos los espartanos, á fin de que se pudiese otorgar á todo aquel que se hiciera digno del mismo por su virtud. Como ese héroe había obtenido por su propio mérito el primer lugar en el aprecio público de Grecia, esperaba que el día en que el trono fuera la recompensa del talento, ningún espartano podría ser preferido á él. Había encargado ya á Cleón de Halicarnaso que compusiera para él un artificioso discurso, con el cual pensaba seducir á los espartanos; y al mismo tiempo trató de comprar en Delfos, en Dodona y en el templo de Júpiter Ammón, á varios oráculos para que se pusieran de su parte (5).» El auxilio de los dioses, aun obtenido por la corrupción de sus sacerdotes, era algo; pero el de los hombres se hacía más necesario. Ahora bien, hacía largo tiempo que Lisandro se había atraído un partido numeroso, restableciendo en todas partes la oligarquía, partido que con el servilismo sacrílego, tan común más tarde en Grecia y en el imperio romano, erigióle altares, tributándole en vida el culto de los héroes. Se hacía llamar él mismo, por sus poetas, el nuevo Agamenón, «el estratega de la Hélade;» y en la costa de Asia, en las islas, dábale la importancia de un rey. Sus ofrendas en Delfos, después de Egos-Potamos, presentábanle coronado por Neptuno en medio de un grupo de divinidades que parecían servirle de cortejo, y asociábasele á los sacrificios preparados por Júpiter Libertador. En Esparta producían irritación tanto fausto é insolencia tanta; sin penetrar sus secretos designios, envidiábase su poder y su gloria, y se decía que para ser un simple ciudadano tenía demasiado del uno y de la otra, y

(1) Plutarco, *Cleom.*, 23.

(2) ... δέκα γὰρ ἄνδρας προσεβλήοντο αὐτῷ (el rey) ξυμβούλους, Tucídides, V, 63, para el año 417.

(3) Σχεδόν ἑτέρα βασιλεία, pero este elevado cargo, que inspiraba desconfianzas, no se podía conferir dos veces á la misma persona, según lo prevenido en una ley terminante. (Jenofonte, *Hellen.*, II, 1, 7.)

(4) Era hijo del Heráclida Aristócritos.

(5) Plutarco, *Lisandro*, 25.

sin duda también oro de sobra, cosas suficientes para atemorizar á los que en otro tiempo desterraron á Gilipos, el libertador de Siracusa.

A la cabeza de esta oposición hallábase el rey Pausanias, á quien ya hemos visto destruyendo la obra de Lisandro en Atenas, en 403. Cuatro años más tarde, Dercillidas hizo ó dejó hacer otro tanto en las colonias; éstas rechazaron las oligarquías impuestas por el vencedor de Egos-Pótamos y volvieron á sus antiguas leyes. Sin embargo, cuando Agis murió, en el mismo año 399, Lisandro tuvo bastante influencia para hacer proclamar rey á Agesilao, uno de los hermanos de Agis, en detrimento del hijo de este príncipe, Leotíquidas, á quien acusó de ser simplemente el hijo de Alcibíades.

Agesilao era hombre pequeño y cojeaba de un pie, por lo cual dijeron sus adversarios que en un pueblo de soldados vigorosos no podía tener las cualidades que en un rey se requerían y hasta se hizo circular un oráculo de Delfos que amenazaba á Lacedemonia con grandes desgracias el día que llegase á tener un rey cojo.

Lisandro no era hombre que se dejara supeditar por una intervención sacerdotal; aceptó el oráculo como verídico, y después demostró que el dios, á fin de conservar la pureza de sangre de los Heráclidas, había condenado al pretendiente bastardo, y no á aquel á quien no se podía imputar sino un defecto natural. Aquellos hombres de pesada inteligencia quedaron encantados ante una distinción tan sutil, y Agesilao fué elegido rey. Lisandro pensaba reinar en su nombre; pero no tardó en reconocer que el protegido era una inteligencia superior, pues en la primera ocasión rechazó aquella tutela, viéndose Lisandro obligado á volver á sus intrigas.

Mientras se efectuaban estos sordos manejos, un tal Cinadón que no pertenecía á la clase de los Iguales, fraguó una trama que revestía los más graves caracteres. El que le denunció dijo á los éforos que Cinadón le había conducido cierto día al extremo de la plaza, donde le invitó á contar cuántos espartanos había allí. «Después de contar hasta cuarenta, incluso el rey, los éforos y los senadores, preguntéle á qué venía aquel cálculo. — Esos hombres, me contestó, debes considerarlos como tus enemigos; los otros, en número de más de cuatro mil, son nuestros.» Cinadón, añadió el delator, había señalado aquí uno, allá dos de estos enemigos á quienes encontraba por las calles, y consideraba á los otros como amigos. «En cuanto á los dominios rurales, si en cada uno de ellos tenemos un enemigo, que es el amo, también contamos con muchos partidarios.»

Los éforos le preguntaron cuál era el número de los cómplices. «No es considerable, según me ha dicho Cinadón; pero los jefes parecen estar seguros de ellos, así como de los ilotas, de los neodamodes, de los inferiores y de los periecos. Apenas se habla de un espartano á los hombres de esas diferentes clases, no disimulan el placer que les causaría comérsele vivo.» Preguntóse también al delator dónde pensaban los conspiradores tomar las armas, á lo cual contestó que Cinadón le había dicho que todos las tenían ya, y aun le había conducido al barrio de los herreros, y mostrándole un gran número de puñales, espadas, hachas y hoces, de las cuales se apoderaría la multitud (1).

Cinadón fué detenido con algunos de sus cómplices, y cuando se le preguntó qué era lo que le impulsaba á semejantes proyectos, limitóse á contestar «que no quería tener amo en Lacedemonia.» En castigo, impusieronle un suplicio cruel (399). Esta conspiración acababa de revelar un abismo de odios socavado

(1) Jenofonte, *Helénicos*, III, 3, 7.

debajo la sociedad espartana, y al mismo tiempo un espantoso acuerdo de todas las clases inferiores, libres y esclavas. De aquí podía provenir una guerra social; pero Esparta sabía aún burlar las conspiraciones con esa vigilancia que un continuo recelo presta á todas las oligarquías.

A pesar de estas hostilidades entre las clases, á pesar de la tirantez de relaciones, de la lucha de los reyes contra el senado y los éforos, que los habían reducido á la condición de súbditos (1), de la rivalidad de los reyes entre sí, etc., el gobierno de Esparta no era menos poderoso para la acción exterior, gracias á la concentración del poder en un reducido número de hombres. En el interior los éforos y en el exterior los harmostes, esos supuestos *conciliadores*, ejercían una dictadura permanente, que tenía guarniciones en Megara, Egina, Tanagra, Farsala y Heraclea de Traquinia, delante de las Termópilas, contando además con la alianza de Dionisio de Siracusa. Sin embargo, este poder tan extenso apenas era algo más que una fuerza de opinión, puesto que Esparta tenía pocos recursos, no contando como no contaba más que con un reducido número de ciudadanos, y ya esta fuerza se debilitaba de día en día.

Sus pretensiones resentían á los que aún amaban la libertad, sin tener, para consolarse de haberla perdido, lo que Atenas había dado á sus súbditos, la compensación de un comercio inmenso, el esplendor de las fiestas, de las artes y de la poesía. Esparta, no menos interesada y más opresora, apoderábase de todo. Todos los años recogía un tributo de más de mil talentos, que desaparecían en las cajas de Lacedemonia para no volver á salir ya de ellas (2); y los que le habían dado tropas, como los aqueos y la Arcadia, naves, como Corinto, y auxiliares, como Tebas, no recibían en cambio nada de ella.

Pronto se comprendió hasta qué punto era opresor aquel pesado genio dórico, y muchos echaban de menos la supremacía ateniense, amable hasta en sus insolencias. Nada tenía de extraño que los griegos de las costas de Tracia ó de Asia, aquellos pueblos que jamás habían sabido decir *no*, temblasen ante un bastón ó un manto espartano, pues tenían costumbre de obedecer; sin embargo, aun para estos era sobradamente pesado estar sometidos á dos servidumbres, la de los oligarcas, amigos de Lisandro, y la de los harmostes de Lacedemonia. Pero en la madre patria, Esparta no debía contar con tanta docilidad; no había temido hablar como soberana en la cuestión de los desterrados de Atenas y dictar decretos para la Grecia entera, á los cuales ya sabemos cómo contestó Tebas (3).

Potencia continental, Tebas pretendía hacía largo tiempo representar en la Grecia central el papel que Esparta desempeñaba en el Peloponeso. Entre ella y Atenas podían mediar envidias, mas no existía necesariamente oposición de intereses como con Lacedemonia.

En la embriaguez de la victoria, Esparta se creyó relevada de todo miramiento; habíase indignado porque los tebanos se atribuyeron en Decelia el diezmo de Apolo, y rechazó con desdén sus reclamaciones con motivo del botín de guerra y de los tesoros traídos por Lisandro (1,470 talentos), resto de los anticipos hechos por Ciro (4). Corinto, que no había sido mejor atendido, estaba de acuerdo con los tebanos, lo cual resintió también á Esparta. En un debate sobre la demarcación de las fronteras, los argivos sostenían que aducían mejores razones que sus contrarios.

(1) Agesilao se ponía de pie cuando pasaban delante de él. (Plutarco, *Agis*, 4.)

(2) Diodoro, XIV, 10.

(3) Véase pág. 8.

(4) Jenofonte, *Hell.*, III, 5, 5; Plutarco, *Lisandro*, 27.

«El que es más fuerte con estos argumentos, dijo Lisandro mostrando su espada, razona mejor que todos los demás sobre los límites de los territorios.» A un megarense que en una conferencia quiso levantar la voz, díjole el mismo personaje: «Amigo mío, vuestras palabras necesitarían una ciudad.»

Esparta tuvo aún menos consideraciones con los eleanos, que durante la guerra del Peloponeso habíanle inferido sensibles ultrajes; la vencedora se acordó de ellos después de la caída de Atenas, y en 402 les reclamó los gastos de guerra por las campañas que rehusaron emprender contra el pueblo á quien se llamaba enemigo común, y les intimó á devolver la independencia á sus súbditos. Habiendo contestado á esta orden con una negativa, Agis avanzó sobre la ciudad con un ejército, y si bien entonces se detuvo á causa de un terremoto, volvió al cabo de un año seguido de los contingentes de todos los aliados, incluso de Atenas y á excepción de Corinto y de Tebas, que rehusaron prestar apoyo á semejante violencia. De la Acaya y de Arcadia habían acudido ante la perspectiva del botín, asegurando Jenofonte que el saqueo de esta rica provincia, respetada por la guerra hacía siglos, llevó la abundancia al resto del Peloponeso. Eleida hubo de reconocer la independencia de las ciudades de Trifilia y de la Pisátida, entregar sus naves y su puerto, y derribar las murallas de su capital, hecho lo cual los espartanos tuvieron á bien admitirla en el número de sus aliados, es decir, de sus súbditos (400). Esta ejecución permitióles extender su influencia en el mar Jónico, donde saciaron una antigua sed de venganza, expulsando de allí á los últimos restos del pueblo mesenio, que Atenas había establecido en Cefalonia y en Naupacta.

A las imperiosas exigencias del gobierno lacedemonio agregábanse las violencias individuales de los ciudadanos, con frecuencia mucho más odiosas que aquéllas, porque hasta la víctima más oscura excita más compasión que un pueblo sometido por la derrota, y porque es menos peligroso atentar por la fuerza á la libertad pública, patrimonio de todos, que al honor ó á la vida de uno solo por el desprecio.

Un hombre de Leuctres, bueno y hospitalario, llamado Skedasos, recibió cierto día en su casa á dos jóvenes lacedemonios. Tenía dos hijas, cuya belleza llamó la atención de los dos visitantes; y al volver éstos de un viaje á Delfos, donde habían ido á consultar el oráculo, las encontraron solas, violáronlas, y después de darles muerte, arrojaron sus cadáveres al pozo de la casa. Al día siguiente, cuando Skedasos vuelve á su casa, asómbrase de que sus hijas no le salgan al encuentro; su perro deja escapar lastimeros aullidos y corre sin cesar desde el pozo á su amo. Poseído de la mayor inquietud, Skedasos mira donde el fiel animal le indica, reconoce el crimen, y averigua por los vecinos quiénes son los culpables. Acto continuo emprende la marcha hacia Lacedemonia, y en Argólida, en una posada del camino, encuentra un hombre tan desgraciado como él, un pobre padre á cuyo hijo habían matado porque se resistía á las brutalidades ultrajantes de un espartano: el infeliz, que creía en la justicia de Lacedemonia, no había obtenido nada. Esto no obstante, Skedasos prosigue su viaje, y apenas llegado, refiere su desgracia á los éforos, á los reyes, y á cuantos ciudadanos encuentra, sin que nadie le preste atención. Entonces, ansioso de atraer sobre Esparta la cólera divina, invoca á los dioses del cielo y de la tierra, sobre todo á las Furias vengadoras, y se mata. En Leuctres se erigió una tumba á sus hijas; allí se estrellará algún día la fortuna de Esparta (1).

Si conocemos algunos hechos aislados, ¡cuántos más se escapan á nuestro conocimiento! Dígalo sino el odio que Esparta excitaba aún en el Peloponeso.

Los argivos y los aqueos sólo por temor la servían, pues era, según decían, una

(1) Plutarco, *Pelópidas*, 21, y *Ἐρωτικὰ διηγήσεις*, 3, pág. 945 (Didot).

ciudadela emplazada en sus flancos que tenía toda la península bajo su vigilancia. En Lacedemonia no se hacían ilusiones sobre los sentimientos de aquellos pueblos: al volver de cierta expedición en que un cuerpo de espartanos fué destrozado con motivo de la guerra de Corinto, de la cual hablaremos muy pronto, Agesilao no entraba sino de noche en las ciudades y salía de ellas al rayar la aurora, para que sus soldados no vieran la secreta alegría que aquel desastre causaba á los habitantes.

Por último, los persas habían dejado de ser aliados de Lacedemonia desde que ésta, dueña de Grecia, se había encargado de la cuestión nacional. Antes y después de Egos-Pótamos, había dado buena cuenta de la independencia de los griegos asiáticos, no dejándoles más alternativa que obedecer á Ciro ó á Tisafernes. Todos se habían pronunciado en favor del primero, á excepción de Mileto, á la que el joven príncipe tenía puesto cerco cuando comenzó su expedición. Tisafernes, de regreso de su persecución de los Diez Mil, intentó someter á los milesianos, mas éstos pidieron auxilio á Esparta, que les envió á Timbrón con mil neodamodes, cuatro mil soldados del Peloponeso, trescientos caballos y tres mil jonios; á estas fuerzas se agregaron los restos de los Diez Mil, mandados por Jenofonte, quien se hallaba reducido á la condición de jefe de partida sin más patrimonio que su espada (400). Timbrón se apoderó de Pérgamo y de algunas otras ciudades; pero habiendo la indisciplina y los saqueos de sus tropas suscitado las quejas de los aliados, fué destituido y condenado al pago de una multa que no pudo satisfacer, por lo cual se vió obligado á expatriarse. Su sucesor, Dercillidas, que por su talento, demasiado fértil en recursos y astucias, mereció el sobrenombre de Sisifo, aprovechó de la rivalidad de Farnabazo y de Tisafernes, y pactó una tregua con el uno para empeñar la guerra contra el otro. Bajo su mando, la disciplina fué excelente, y los éxitos se sucedieron con gran rapidez: un rico cantón de los alrededores del monte Ida, llamado la Eólida de Farnabazo, y una parte de la Bitinia, fueron conquistados ó saqueados. A favor de otra tregua con Farnabazo, Dercillidas pasó al Quersoneso de Tracia, que las tribus vecinas devastaban, y puso este fértil país, con las once ciudades que comprendía, al abrigo de semejantes incursiones, disponiendo que su ejército levantase de nuevo el antiguo muro de Milcíades y de Pericles, que atravesaba el istmo en una longitud de treinta y siete estadios. A su regreso llevó la guerra á Caria, donde Tisafernes tenía sus bienes personales. Hallábase á punto de empeñar una batalla; mas el persa tenía á sus órdenes griegos mercenarios, que entonces se encontraban por todas partes, y tan considerable número de bárbaros, que los griegos asiáticos de Dercillidas se sintieron atemorizados, llevando con su miedo la vacilación al ánimo del jefe espartano. Con este motivo celebróse una entrevista. Dercillidas exigió que los persas dejaran á las ciudades helénicas gobernarse por sus propias leyes, y Farnabazo y Tisafernes por su parte pedían que las tropas de Lacedemonia salieran del territorio del gran rey, y los harmostes lacedemonios de las ciudades donde se hallaban establecidos. No pudiendo llegar á un acuerdo, las dos partes convinieron en consultar con sus respectivos gobiernos (399).

III. — EXPEDICIÓN DE AGESILAO. — GUERRA DE CORINTO.  
TRATADO DE ANTÁLCIDAS (387)

En el año 396, Lisandro consiguió que se confiara á Agesilao el mando del ejército de Asia; y como para evocar los recuerdos de la guerra de Troya, el rey fué á embarcarse en el puerto de Agamenón, en Aulis, con dos mil neodamodes y seis mil aliados. Esta vez también, Corinto y Tebas se negaron á dar su contingente, esta última sin explicación ninguna, y Corinto fundándose en un presagio funesto: la inundación de su templo de Zeo. Atenas se había excusado con su debilidad, y aun suscitóse una disputa entre Agesilao y los beocios, quienes arrancaron del altar y arrojaron las carnes de una víctima inmolada por él, fundándose en que había empleado para el sacrificio, contrariamente á la costumbre, un adivino extraño al país en que sacrificaba. Agesilao marchó sin tomar venganza de este insulto y dirigióse á Efeso, acompañado de Lisandro y de un consejo de treinta espartanos (1).

En las ciudades griegas de Asia reinaba entonces el mayor trastorno, y ningún partido dominaba en ellas, ni el democrático, protegido en otro tiempo por Atenas, ni el aristocrático, establecido por Lisandro. Este último, que había ido para devolver á sus partidarios la influencia, esperaba gobernar á su antojo al rey, cuyas altas cualidades no conocía; y sin cuidarse ni siquiera de disimular, formó para sí una corte numerosa de todos aquellos que iban á solicitar su protección, haciendo gala de un fausto verdaderamente regio. «Hubiérase dicho que el príncipe era un simple particular y Lisandro el rey.» Agesilao se resintió por ello y le manifestó su desagrado y mala voluntad, hasta que al fin, para no dar á conocer su impotencia á los que en otro tiempo le vieran dueño de todo, Lisandro acabó por solicitar una comisión que de allí le alejase.

A favor de la tregua, Tisafernes había reunido un numeroso ejército que ocupaba la Caria. El espartano le dejó cansarse en la expectativa, y volviendo rápidamente sobre la Frigia, que se hallaba sin defensa, apoderóse de un inmenso botín (396). Como la falta de caballería le obligara á retroceder, resolvió organizar un cuerpo de esta arma entre los griegos de Asia, y estableció su cuartel general en Efeso, que convirtió en un verdadero arsenal. Allí presidía los trabajos y los ejercicios, mientras procuraba excitar el ardimiento y la confianza en sus tropas. «Con objeto de acrecentar su desprecio á los bárbaros, mandó vender desnudos en la plaza pública algunos prisioneros persas. Los soldados, al ver su cuerpo tan blanco, pues aquellos asiáticos no se despojaban nunca de sus ropas, tan delicado y endeble, á causa de no andar nunca con su propio pie, persuadiéronse de que solo tendrían que combatir contra mujeres.» Cuando el jefe lacedemonio estuvo bien preparado, engañó de nuevo á Tisafernes, que persistía en esperarle por la parte de Caria, y avanzó sobre el país de Sardes. Durante tres días no encontró enemigo alguno, pero al cuarto dejóse ver la caballería persa, separada de su infantería. Agesilao le atacó enérgicamente, derrotóle del todo, y apoderóse de un botín de más de setenta talentos. Este revés perdió á Tisafernes en el concepto de Artajerjes, y Tithrauste recibió orden de apoderarse de su gobierno y de su cabeza (395).

(1) Jenofonte, *Hellen.*, III, 4. Nótese el número escaso de espartanos que acompañan á Agesilao y que por otra parte sólo le han sido concedidos para que constituyeran su consejo y lo vigilaran. En la *Vida de Agesilao*, Jenofonte (?) habla de 3,000 neodamodes.

Consumada esta ejecución, el nuevo sátrapa fingió creer que no había ya motivo de guerra entre Esparta y el gran rey; hasta ofreció reconocer la independencia de los griegos asiáticos, á condición de que pagaran el antiguo tributo; y en fin, dió treinta talentos á Agesilao para que saliera de su gobierno para esperar la contestación de Esparta á sus proposiciones. Agesilao tomó el dinero y marchó contra la otra satrapía, la de Farnabazo. Ya lo esperaba así Tithrauste, mas poco le importaba que hubiese guerra en otro punto del imperio, con tal que se alejase de sus provincias. Estos sátrapas, envidiosos unos de otros, con gran satisfacción de la corte de Susa, que hubiera temido su buena inteligencia, reducían su administración á imponer los tributos y toda su política á conservar la paz en sus provincias: el gran rey no les pedía más. Tithrauste, sin embargo, ocupóse en alejar de Asia al rey Agesilao; el más seguro medio de conseguirlo era encender de nuevo la guerra en Grecia, y al efecto encargó esta comisión á un fiel agente llamado Timócrates, entregándole cincuenta talentos.

Sin embargo, Agesilao seguía avanzando por Asia; hizo alianza con Otys, príncipe paflagonio, y penetró hasta las inmediaciones de Dascylión, residencia de Farnabazo, quien solicitó de él una entrevista. «Agesilao y los Treinta esperaban al sátrapa echados sobre el césped; Farnabazo llegó, vestido á la ligera, y sus esclavos colocaron almohadones en tierra para que tuviera un asiento delicado; mas al ver la sencillez de Agesilao, el persa se avergonzó de su molición, y como él sentóse en tierra, sin reparar en su rico traje.» Agesilao le invitó á proclamarse independiente del gran rey, y aunque se negó á ello, el espartano pudo deducir de sus palabras que le sería fácil separar el Asia Menor del imperio y poner una infinidad de Estados secundarios entre el gran rey y la Grecia. Así se desarrollaban cada día más los proyectos de Agesilao, aumentando al mismo tiempo sus fuerzas. Los lacedemonios, contrariamente á la ley, acababan de poner la flota á sus órdenes, y en poco tiempo llegó á tener hasta ciento veinte galeras.

En medio de estos preparativos y esperanzas, recibió orden de volver á Grecia, donde acababa de estallar una guerra que hacía indispensable su presencia. Esta noticia le afligió vivamente, porque veía escapársele una gran gloria; pero convocó á los aliados y mostróles las órdenes de la república, diciéndoles que era preciso volar en auxilio de la patria. «Si los asuntos se arreglan, les dijo, sabed, amigos míos, que no os olvidaré y que volveré á reunirme con vosotros, en cumplimiento de vuestros deseos.» Al oír estas palabras, todos comenzaron á llorar, resolviendo acompañarle para prestar auxilio á Lacedemonia. Agesilao nombró un harmoste de Asia, á quien dejó cuatro mil hombres, y después se trasladó al Quersoneso, tomando el camino que Jerjes había seguido (394).

«Treinta mil arqueros del rey son los que me expulsan del Asia,» decía Agesilao, aludiendo á la figura grabada en las treinta mil piezas de oro recibidas por los oradores de Tebas, de Corinto y de Argos, que acababan de encender la guerra (1). Tithrauste había calculado con mucho acierto; su agente encontró á los tebanos poseídos de la mayor animosidad contra Lacedemonia; y poco después suscitóse una contienda entre los focidios y los locrios, á quienes Tebas apoyaba, bastando esto para encender la guerra. Lisandro solicitó que se le enviara en auxilio de los primeros; Pausanias debía reunirse con él bajo las murallas de Haliarte,

(1) Jenofonte, por supuesto, no reconoce más causa de la guerra que aquellas treinta mil monedas de oro, no queriendo ver las verdaderas causas de las hostilidades. Los tebanos no se vendieron á Tithrauste: tomaron su oro como un auxilio que el gran rey les ofrecía, como lo había dado en otro tiempo á Esparta y Atenas.

pero llegado el día convenido, no se presentó en el punto señalado. Aunque se hallaba solo, no era Lisandro hombre para retroceder ni esperar, y en su consecuencia, atacó la plaza; pero fué rechazado y perdió la vida. Pausanias, que tal vez no tenía mucha confianza en la fidelidad de sus aliados, no osó arriesgar la batalla, y pidió una tregua para recoger los muertos, cosa que le fué concedida por los tebanos. «Pero orgullosos de su victoria, si veían á un soldado de Pausanias desviarse un poco para ganar una alquería ó granja, hacíanle volver al camino golpeándole. De regreso á Esparta, el rey fué condenado á muerte, y refugiado en Tegea, murió de enfermedad.» Aquella sentencia era una satisfacción dada á la vanidad nacional. La oligarquía de Esparta no podía censurar por nada á la democracia de Atenas en cuestión de injusticias políticas (395) (1).

En 404, los tebanos manifestaron un odio violento contra Atenas; pero habían bastado dos ó tres años de hegemonía á Lacedemonia para que se volvieron contra Esparta sus antiguos aliados. En política, los vecinos son



Peltaste griego (copia de un jarrón)

con frecuencia adversarios, y por eso habían existido en ambos lados del Parnás largas enemistades; pero desde el momento en que el peligro venía del Peloponoso, Tebas y Atenas debían darse la mano, puesto que en el fondo no tenían intereses contrarios, siendo la una potencia continental y agrícola, y la otra marítima y comercial. Por su unión impedían á Esparta salir de su península.

Antes de la batalla de Haliarte, una embajada tebana se había presentado en Atica para pedir auxilio. Atenas, mutilada aún, no tenía naves ni murallas, y la deliberación fué corta. Por toda contestación al orador tebano, Trasíbulo leyó el decreto de alianza. «Acuerdo tan sabio como heroico, decía más tarde Demóstenes, invocando aquel recuerdo, pues el hombre de corazón debe siempre, sea cual fuere el peligro, prestar mano en las grandes empresas que el honor impone (2).»

El ejército ateniense no llegó hasta el día siguiente del combate de Haliarte; pero estaba en línea con los tebanos cuando se presentó Pausanias; ante aquella intervención de Atenas, los eubeos, los acarnanos, los ambraciotas, la Lócrida, Corinto y Argos resolvieron entrar en nueva alianza. Se acordó formar un tesoro común y un consejo general, que se reuniría en Corinto. En la primera sesión el corintio Timoleos pronunció un violento discurso contra Esparta, terminando con estas palabras: «Los lacedemonios son como los ríos: insignificantes en su fuente, van creciendo á medida que se alejan de ella; ó como los enjambres, que se cogen sin dificultad en su colmena, y pican cruelmente cuando se les ataca fuera. Marchemos, pues, contra Lacedemonia y ataquemos al enemigo en su ciudad misma, ó lo más cerca que sea posible.» El consejo era bueno, pero se siguió mal: toda confe-

(1) M. Grote (t. IX, pág. 416) va más lejos y dice: «Entre los muchos casos en que se ha lanzado esta censura (condenas injustas en Atenas), cuéntanse muy pocos en que se haya hecho buena..... Apenas hay un solo ejemplo de las condenas de los atenienses en que se pueda demostrar que era inmerecida, como en el caso del rey de Esparta.»

(2) Jenofonte, *Hellen.*, lib. III, 3; Demóstenes, *De la Corona*.

deración está condenada á fatales lentitudes. Cuando el ejército estuvo dispuesto, los espartanos se hallaban ya en Sicionia, y fué preciso aceptar la batalla en la llanura de Nemea, cerca de Corinto. Los aliados contaban con 24,000 hoplitas y 1,550 caballos, mientras que los espartanos tenían sólo 13,500 hombres (1). Las vacilaciones de los tebanos y la falta de acuerdo en el mando ocasionó la derrota de los confederados, que tuvieron 2,800 bajas, resultando 1,100 del ejército vencedor, entre las cuales contáronse solamente ocho espartanos (julio 394). Como en tiempo de Pericles, Atenas honraba sus muertos, caídos frente al enemigo: en 1862 se encontró el monumento funerario de Dexileos, muerto en el combate de Nemea (2).

Este triunfo, sin embargo, no fué para Lacedemonia una victoria decisiva, pues los aliados volvieron tranquilamente á su campamento; y en el norte de Grecia, Esparta había sufrido graves descalabros. Los tesalios habíanse apoderado de Farsalia y de Heraclea, y dado muerte á cuantos espartanos hicieron prisioneros, mientras que los focidios, á pesar de sus generales lacedemonios, habían sido derrotados en Naricos. No obstante, Agesilao llegaba adonde estaban los confederados después de atravesar la Tracia y la Macedonia, abriéndose paso á punta de lanza. Los tesalios quisieron detenerle, pero los dispersó, penetrando después sin obstáculo hasta Coronea, en donde hubo un choque terrible, en el que los tebanos demostraron cualidades militares que eran de mal agüero para Esparta. Agesilao, acribillado de heridas, quedó dueño del campo de batalla; mas esta victoria era tan poco decisiva como la de Nemea, y los aliados habían resistido ya dos veces á aquellos mismos á quienes no se habrían atrevido á mirar de frente pocos días antes (14 agosto 394) (3).

Agesilao, no obstante, se llevó un trofeo de la Beocia. Cerca de Haliarte conservábase una supuesta tumba de Alcmenes, la amada de Júpiter; dicho jefe mandó abrirla y llevó á Lacedemonia los restos de la madre de Hércules, que debían ser para los Heráclidas una prenda de victoria y de dominación soberana. Los espartanos no eran gente para dudar de la autenticidad de semejante reliquia, y Agesilao creía útil, dada la situación en que estaban, reanimar sus esperanzas.

En Queronea, Jenofonte, que había regresado de Asia con el ejército lacedemonio, combatió bajo las órdenes de Agesilao contra los tebanos, lo cual era guerrear contra Atenas, aliada de Tebas. Esparta le manifestó su agradecimiento regalándole un vasto dominio situado en un valle encantador del Alfeo cerca de Escilonte, en la Elida. Allí llevó su botín de guerra y vivió largo tiempo, ocupado en cuidar sus tierras, practicar sus devociones en el templo de Artemis, edificado por cuenta suya, y rendir culto á las bellas letras (4).

La víspera del combate de Queronea, Agesilao había recibido noticia de un gran desastre, que ocultó á sus tropas. El ateniense Conón, refugiado en Chipre

(1) 6,000 de Atenas, 7,000 de Argos, 5,000 de Beocia, 3,000 de Corinto, 3,000 de Euboea y 1,550 caballos. Esparta había armado 6,000 hoplitas, la Elida con la Trifilia 3,000; Sicionia 1,500, Epidauro, Trecena, Hermione y Halieos 3,000. Jenofonte no da la cifra de los tegeatas, mantineos y aqueos que combatieron en favor de Esparta.

(2) La inscripción dice que murió á los veinte años. Era uno de los cinco jinetes á que alude la inscripción grabada en su tumba y á quien se tributaron honras particulares en recompensa de algunos actos de abnegación que llevó á cabo en aquella funesta jornada.

(3) Esta fecha se marca por cierto eclipse de que Jenofonte hace mención, *Hellen.*, IV, 3, 10.

(4) Jenofonte, que al parecer nació en 431 (véase t. II, pág. 13, nota 1), murió en 355 ó 354 reconciliado con Atenas, cuando esta ciudad volvió á ser aliada de Esparta. *De Jenofon. vita*, 1884, página 31.

con ocho galeras después de la batalla de Egos-Pótamos, había obtenido la mejor acogida del rey de este país, Evagoras, y desde Salamina había observado atentamente los acontecimientos. Ignórase cuáles fueron sus patrióticas negociaciones, aunque se habla de un viaje que hizo á la corte del gran rey; pero el caso es que de improviso comienza á despertarse la actividad en los puertos de Fenicia, de los cuales sale una numerosa escuadra, á la que se reúne Farnabazo y cuyo mando toma Conón. Había éste promovido ya en Rodas una revolución que derribó en ella al gobierno oligárquico, y apoderándose de un considerable cargamento de trigo que el egipcio Neferites enviaba á los espartanos. Reunido con la escuadra de Farnabazo, destruyó la flota lacedemonia á la altura de Cnido, apresando cincuenta trirremes de los ochenta y cinco de que aquélla se componía. El almirante Pisandros, cuñado de Agesilao, no había querido abandonar su galera, impelida hasta la ribera, y allí se dejó matar (394).

Los lacedemonios, pues, acababan de perder la superioridad en el mar, excepto en el Helesponto, cuyas llaves tenía Dercillidas en Sestos y Abydos; pero conserváronla mucho tiempo en tierra. La lucha, que se había empeñado antes en Beocia, concentróse en los seis años siguientes alrededor de Corinto, que los aliados defendían con todas sus fuerzas, obstruyendo los dos pasos del istmo para encerrar á los espartanos en el Peloponeso. Pero Corinto renovó casi las escenas atroces de Corcira; una parte de sus tropas sorprendió cierto día de fiesta á sus adversarios, que fueron inmolados hasta en los templos y al pie de las estatuas de los dioses (392); pero estas violencias dieron mal resultado: los proscriptos llamaron á los lacedemonios, y después de cortar las Murallas Largas, apoderáronse de Lequea, desde donde tuvieron á Corinto como sitiado (391). Uno de los caminos del istmo quedó abierto otra vez; Atenas y Tebas se intimidaron, y trataron de negociar la paz. Esparta consintió en que la primera de dichas ciudades volviese á levantar sus muros y á reorganizar su marina, reconociéndole hasta la posesión de Lemnos, de Imbros y de Sciros; pero rehusó cederle el Quersoneso. El pueblo no ratificó los compromisos de sus diputados; Tebas cambió también de parecer, y la guerra continuó.

Entre los jefes figuraba el ateniense Ificrates, que tenía á sus órdenes un cuerpo de mercenarios. Ya los hemos visto en los ejércitos de Asia y en todas las flotas, y ahora los encontramos organizados con regularidad en Grecia. En otro tiempo, los ciudadanos, á quienes se acostumbraba desde la niñez á los ejercicios de la guerra, en los gimnasios de la patria, servían para formar la infantería de línea, alrededor de la cual agrupábanse los soldados de armamento ligero, que los aliados y esclavos proporcionaban. Los deberes del guerrero constituían entonces parte de los del ciudadano: la profesión de las armas no era independiente; lo que la cabeza había concebido ó aceptaba en el senado ó en la asamblea, el brazo debía ejecutarlo en el campo de batalla, y esto con un vigor admirable. Todo cambia en la época á que llegamos; esos hombres asalariados, esos guerreros que sirven al que más ofrece, no sienten ya en la guerra el ardimiento y la pasión patriótica que antes animaba á los ciudadanos. Una guerra sabia, en la que todo se reduce á maniobras y táctica, substituyó á la antigua manera de combatir, más ignorante, pero más heroica, así como en los tiempos modernos la estrategia ha nacido entre los *condottieri* italianos. Ificrates tomó parte muy activa en esta revolución; cambió también el armamento de una parte del ejército ateniense, dando mucha importancia á los peltastes, que armados de pequeños escudos y de ligeras corazas, de lanzas sólidas y espadas largas, reunieron las ventajas de la infantería de línea y de las tropas ligeras, permitiendo á los soldados moverse con

mayor rapidez la supresión de las armaduras pesadas. Ificrates había adivinado casi la táctica que más tarde valió á los romanos, al otro lado del mar de Jonia, tan numerosos triunfos: ocupaba sin descanso á sus tropas; no acampaba nunca, ni aun en país amigo, sin atrincherarse, y estableció para las patrullas la costumbre de adoptar un santo y seña doble, el primero para el oficial y el segundo para el centinela.

Un combate en que los peltastes de Ificrates hicieron frente á los terribles espartanos, matándoles doscientos cincuenta hombres, debía consagrar la reputación de aquellos guerreros y de su jefe (390); y desde entonces, pudieron ir á merodear hasta el fondo de la Arcadia sin que los aliados de Lacedemonia osasen salirles al encuentro. ¿Sería que les faltaba valor? Al ver á Agesilao cruzar furtivamente durante la noche con sus tropas por las ciudades, para no ver las sonrisas burlonas de sus habitantes, podría creerse que aquel pueblo no se condolía de la humillación espartana.

En el año siguiente, 389, Esparta hizo un gran esfuerzo; los aqueos trataban de extenderse por la orilla septentrional de su golfo, y á invitación suya, Agesilao invadió los países de los acarnanios, que asoló como si se hallase en tierra de salvajes, cortando los árboles frutales y apoderándose de los ganados, única riqueza de aquel pueblo pastor, aunque sin tomar ninguna ciudad de las que estaban rodeadas por las murallas ciclópeas. Los acarnanios se resignaron á entrar en la liga peloponesia. El otro rey, Agesípólís, trató de obtener igual resultado en la Argólida. Argos y Esparta, aunque dóricas ambas, eran enemigas cuatro ó cinco veces seculares, y habían librado entre sí numerosos combates sin poder herirse nunca en el corazón. Ultimamente, Argos había llegado á ser el alma de la liga del Norte, á lo cual contestaron los espartanos con amenazas de invasión, que los argivos contuvieron más de una vez enviando al enemigo heraldos para anunciar la inauguración de las solemnidades que suspendían la guerra. Cuando Agesípólís se acercó, quisieron hacer lo mismo, pretextando la próxima celebración de los juegos ístmicos y la tregua sagrada; pero el rey se había puesto en regla con los dioses. Antes de emprender la expedición, juzgó oportuno consultar á los sacerdotes de Júpiter Olímpico, los cuales no dejaron de contestar según sus deseos; y después preguntó á la Pitia de Delfos «si Apolo era del parecer de su padre.» Apolo dió pruebas de ser buen hijo, y el espartano despidió á los diputados de Argos comunicándoles la respuesta de los dioses. La Argia fué asolada.

Durante estas operaciones, que ocasionaban tantas ruinas y pérdidas de hombres, sin producir nada en cambio de estos males, había ocurrido en Atenas un acontecimiento de gran importancia. Los persas, estimulados por la victoria de Cnide, habían tomado audazmente la ofensiva. Conón y Farnabazo expulsaron á los harmostes de las islas y de las ciudades griegas de Asia, permitiendo sabiamente á éstas elegir su gobierno, y después condujeron la flota hasta el golfo de Mesenia, donde asolaron el rico valle de Pamisos; Citera fué tomada también, y Conón dejó allí una guarnición ateniense. Desde este punto, Farnabazo marchó al istmo para conferenciar con el consejo de la liga, y exhortóle á proseguir activamente la guerra, apoyando sus consejos con un subsidio. Cuando se disponía á volver al Asia, Conón se ofreció, si le dejaba la flota, á mantenerla sin pedir nada al tesoro persa, y á levantar de nuevo las Murallas Largas de Atenas, lo cual sería el golpe más sensible para Lacedemonia. Las murallas sólidas eran entonces cosa muy importante; aquellos griegos tan bravos y batalladores no sabían tomar una ciudad sino por astucia ó por hambre; sus padres, según decían, habían estado diez años delante de Troya, y otro tanto ante Cirrha; y ellos no sa-

bían más en este punto: hasta más tarde no debía nacer la poliorcética (1).

Levantar de nuevo las Murallas Largas era, por lo tanto, asegurar la independencia de Atenas é inspirarle con la seguridad el deseo de recobrar su independencia. Farnabazo no vió en el proyecto de Conón más que un medio de crear entorpecimientos á la orgullosa ciudad que en pocos años había humillado dos veces al gran rey; por eso recomendó al ateniense que llevase cuanto antes á cabo su designio, y para acelerar la obra, dió el dinero que le quedaba. Conón marchó al Pireo con ochenta galeras; sus tripulaciones, los operarios que asalarió, y los que Tebas y otras ciudades pusieron á su disposición, ayudaron al pueblo á rehacer la obra de Temístocles, de Cimón y de Pericles; mas por desgracia, esta vez era el gran rey quien pagaba á los trabajadores (393). Un santuario erigido en el Pireo á Afrodita por Kefisodotos, padre del gran Praxiteles, conservó el recuerdo de la victoria de Conón y del auxilio real (2). Del mismo artista fué el grupo de la Paz y de la Riqueza (3), alegoría muy apropiada para la ciudad donde estas dos palabras encerraban para muchos toda la política, la que Aristófanes había reclamado y la que aconsejará Isócrates.

Tan pronto como Atenas hubo reconstruído sus murallas, ocupóse también con afán en reconstituir el imperio que con ellas cayera. Sus rápidos progresos alarmaron á los lacedemonios, que al punto resolvieron tratar con Persia, sacrificándole á los griegos asiáticos. Al efecto se envió al sátrapa de las provincias occidentales un espartano de la escuela de Lisandro, hábil orador, sin escrúpulos de ninguna especie, encargándole que demostrara á los persas cuán imprudente era restablecer el poderío de Atenas, que había sido para ellos infatigable enemiga. Al principio pareció que las negociaciones no producían efecto, pero cuando los atenienses y sus aliados enviaron una diputación á Sardes á fin de combatir al agente lacedemonio, Tiribazo había tomado ya su



Torso de niño encontrado en el Pireo.

Véase la tercera nota al pie.

(1) Pericles se había servido ya de las máquinas de guerra en Samos (véase t. II, pág. 134); pero la defensa ó el ataque de las plazas por medio de esos aparatos no data verdaderamente más que del siglo cuarto.

(2) Esta Venus se llamó *Ευπλοια*, es decir, la que proporciona las navegaciones felices. Pausanias, I, 1, 3.

(3) Este grupo, existente en el museo de Berlín y que se conserva bien en su conjunto, se conoció largo tiempo con el nombre de Ino-Leukothea y Dionisos, y por eso se ponía un vaso en manos del niño que la diosa lleva en sus brazos, siendo así como se restauró el original en Munich; pero la comparación del mármol con una moneda de Atenas y muy recientemente el descubrimiento de un torso de niño análogo (*Mittheil. d. d. arch. Instit. in Athen.*, VI, (1881), lám. 13 y página 363) no dejan la menor duda acerca del nombre que se ha de dar al grupo y de los atributos de ambos personajes. Plutos, el dios de la Riqueza, tiene en la mano izquierda el cuerno de la abundancia, y Eirené, la Paz, apóyase con la mano derecha en un largo cetro. En su consecuencia, lo que el museo de Munich posee es una copia del grupo de Kefisodotos (véase Pausanias, I, 8, 2 y IX, 16, 2.) Este grupo era tal vez de bronce, y fué dedicado al parecer en el año 375-4, después de la victoria de Timoteo en Leucadia y de la conclusión de la paz entre Atenas y Esparta. El torso hallado en el Pireo lo reproducimos en esta página.

partido. Conón, jefe de la embajada, fué reducido á prisión bajo el pretexto de que, nombrado por Artajerjes almirante de su flota, había hecho traición á sus intereses (1) (389). Atenas, en efecto, reanimada por la alianza de Persia, había comenzado á desafiar á este imperio. Con generosa imprudencia, socorría al rey de Chipre, Evagoras, rebelado contra aquél; confiaba á Trasíbulo, restaurador de la libertad, el mando de cuarenta galeras, y con su auxilio hacía ingresar en la alianza á dos príncipes de Tracia, á Bizancio, Calcedonia y á una parte de Lesbos. Trasíbulo, además, restableció en provecho de Atenas los derechos de peaje en el Euxino (2), imponiendo contribuciones á todas las ciudades de la costa asiática hasta Panfilia. Desgraciadamente pereció en Aspendos en una contienda entre paisanos y soldados (389); pero entonces llegó al Helesponto Ificrates con sus peltastas y prosiguió la obra de Trasíbulo.

Aquella fuerza, recobrada tan pronto por un pueblo poco antes abatido y desarmado, atemorizó al gran rey tanto como á Lacedemonia. Antálcidas, enviado por segunda vez al Asia, fué muy bien recibido en Susa, y Esparta y Persia contrataron las bases de la paz que se impondría á los griegos. Las continuas incursiones de los eginetas, que una noche sorprendieron el Pireo, y el triunfo de los espartanos en Helesponto, donde su flota de cuarenta navas interceptó el comercio de Atenas, obligaron á esta ciudad á aceptar el tratado que lleva el nombre de Antálcidas. Tiribazo convocó á los diputados de todas las ciudades beligerantes y leyóles las órdenes de su señor (3). «El rey, decía, cree justo que las ciudades de Asia con las islas de Chipre y de Clazomenes, estén bajo su dependencia, y que las demás ciudades griegas, grandes ó pequeñas, sean libres, excepto Lemnos, Imbros y Sciros, que pertenecerán á los atenienses como en otro tiempo. A los que rehusaren esta paz, los combatiré de concierto con aquellos que la aceptaren, haciéndoles la guerra por tierra y mar con mis navas y mis tesoros (octubre 387).»

Tales eran las vergonzosas é impías condiciones (4) que aceptaban los hijos de los vencedores de Salamina y de Platea, los que acababan de atravesar dos veces impunemente aquel imperio, tan altivo ahora. He aquí lo que se debió grabar en piedra y bronce para exponerlo en los templos de los dioses (5). Sobre Esparta recae particularmente este baldón. «Por la batalla de Leuctres, dice Plutarco (6), había perdido la preponderancia; mas por la paz de Antálcidas perdió el honor.» Después de provocar esta intervención altiva de los bárbaros, ella fué la que debió

(1) Lisias (*Disc.*, XIX, 39) supone que Conón murió en Chipre, probablemente en 389; de modo que debió escaparse ó hubo de ser puesto en libertad. Atenas, agradecida á sus servicios, erigióle, cerca de la imagen de Júpiter Libertador, una estatua de bronce, la primera que se habla otorgado á un ciudadano desde los tiempos de Harmodios y Aristogitón (Demóstenes, *Leptino*, § 70; Isócrates, *Evagoras*, 56-57). No me detengo á dar cuenta del incidente provocado en 394 por Andácides, es decir, el tratado de paz que negoció en Esparta, porque la autenticidad de su discurso ha sido puesta en duda. Por otra parte, no basta que un hecho se haya producido para que la historia general deba recogerle. Estos incidentes aislados y estériles entorpecen el relato y perjudican á la mejor inteligencia del conjunto. Además de esto, nos urge hablar de hombres más célebres y de cosas más grandes.

(2) ...τὴν δεκάτην τῶν ἐκ τοῦ Πόντου πλεόντων. (Jenofonte, *Helen.*, IV, 8, 27.)

(3) Jenofonte (*Helen.*, V, 1, 28) no da más que un resumen de la carta de Artajerjes, cuyo texto se perdió. Tal vez el decreto que declara á Fanacritos de Parion «proxeno y bienhechor,» que le invita á la «comida de hospitalidad,» se refiere á uno de los últimos incidentes de esta guerra. Véase Foucart, *Rev. arch.*, diciembre 1877.

(4) Δίσχρον καὶ ἀνόσιον ἔργον. (Platón, *Menéxenes*, 17.)

(5) Isócrates, *Panegir.*, 180.

(6) *Artajerjes*, 22, 2.

ejecutar la sentencia. Los griegos asiáticos quedaron abandonados al gran rey, y toda liga, toda unión de ciudades acabó en Grecia. Los tebanos rehusaban aceptar esta cláusula, que separaba de ellos las ciudades de Beocia, sometidas hacía largo tiempo á su dependencia. Agesilao reunió un ejército para obligarles á admitirla y se sometieron. El partido oligárquico, fiel á Esparta, volvió á entrar en Corinto, mientras los jefes del partido contrario se expatriaban á su vez y Argos retiraba la guarnición que en esa ciudad mantenía. Mas Esparta se guardó muy bien de aplicarse el tratado á sí propia, devolviendo la Mesenia á los mesenios. Había querido debilitar y dividirlo todo á su alrededor, quedando ella sola unida y fuerte. Decíase á Agesilao que Esparta se *persificaba*, y aquél contestaba: «No, Persia es la que se *laconisa*.» Por desgracia, ambas cosas eran igualmente verdad.

Un orador ateniense, recordando la turbulencia de sus compatriotas, reconocía que Lacedemonia tenía con justicia la hegemonía en Grecia, é indicaba varias causas para explicar la persistencia de su fortuna, como por ejemplo el valor de los espartanos y su disciplina militar, que habían preservado el país de la invasión, á pesar de no tener fortalezas para defenderle, y su obediencia á las leyes y á las costumbres de los antepasados, que evitaron las discordias intestinas (1). Esta imagen siempre viva de un pasado lejano inspiraba respeto, y aquella inmovilidad en medio de los continuos cambios de los demás Estados, era una fuerza; pero semejante quietismo es contrario á la naturaleza de las instituciones humanas, y esta fuerza se utilizará en provecho de la iniquidad. Sin embargo, las generaciones venideras conservarán el recuerdo de aquella ciudad que tanto tiempo despreció la molición, sustituyendo las murallas de piedra con los pechos de hombres intrépidos.

## CAPITULO XXIX

### DECADENCIA DE ESPARTA. — GRANDEZA EFIMERA DE TEBAS

(387-361)

#### I. — VIOLENCIAS DE ESPARTA. — SORPRESA DE LA CADMEA

«La paz de Antálcidas, dice Jenofonte, dió á los espartanos mucha gloria;» la historia no ha ratificado este juicio del parcial amigo de Lacedemonia. Bajo la supremacía de Atenas, Grecia llegó al apogeo de su poderío; bajo la dominación de Esparta se había humillado en menos de diez y siete años á los pies de Persia, no de la Persia gloriosa y potente de Darío y de Jerjes, sino de un imperio vacilante, perturbado por los deseos de independencia de los sátrapas y debilitado por la rebelión de Chipre y del Egipto. Esparta no supo aprovechar su victoria sino para ejercer la opresión, sin la grandeza del despotismo, y no es así cómo las dominaciones se legitiman y subsisten: por eso su caída será pronta.

La vergonzosa paz de Antálcidas fué un punto de reposo en la decadencia de Lacedemonia; pero esta decadencia había comenzado, y nada la contendrá. Cierta que si los griegos se manifestaban hostiles contra Esparta, estaban divididos,

(1) Lisias, *Disc.*, XXXIII, § 87.

y por lo tanto eran impotentes. Si al menos hubiese obrado con buen juicio, como en tiempo de Pausanias, habría continuado siendo por mucho tiempo la primera en aquella Grecia humillada.

Proclamada la paz, cada cual volvía á sus tareas; el labrador á su campo, el mercader á su nave, el artista al templo abandonado por él hacía muchos años; pero un pueblo tenía que pensar en algo más que en estas preocupaciones pacíficas. Los espartanos trataban de entresacar del tratado de Antálcidas lo que se hallaba en el fondo de este convenio, la hegemonía de los aliados del gran rey en Grecia. Por la extenuación de Atenas, por las guarniciones lacedemonias establecidas en Orcomenes y en Tespies, Esparta dominaba en la Grecia central; mientras que Corinto y Argos, sometidas á la oligarquía, no contrarrestaban su autoridad en el Peloponeso. Sin embargo, no lejos de las fronteras de Laconia, la ciudad de Mantinea osaba conservar una constitución democrática y durante la guerra había proporcionado algún trigo á los argivos, mostrando en cambio bastante tibieza para dar á los espartanos su contingente de tropas y no lamentando, como Esparta hubiera querido, los reveses de Lacedemonia. Una diputación fué á intimar muy pronto á los de Mantinea el derribo de sus murallas, y como se negasen á ello, Agesilao asoló su territorio y apoderóse de la ciudad, lo cual consiguió desviando el curso de un arroyo para hacerle pasar junto á los muros, que compuestos de ladrillos cocidos al sol; fueron minados por las aguas y se derrumbaron (1). Agesilao distribuyó los habitantes en las cuatro ciudades que Esparta afectaba tratar como otros tantos Estados distintos, y púsoles bajo la dirección de los «amigos de la paz» (2), traídos nuevamente por él á la vida pública. «Allí vivieron, dice Jenofonte, más felices que antes.» Para terminar el relato sobre tales violencias, al discípulo de Sócrates no se le ocurre más que esta reflexión: «Así terminó el sitio de Mantinea, el cual demuestra que no se debe hacer pasar río alguno á través de una ciudad (385).»

Fliote había expulsado también á su partido oligárquico, y los proscritos fueron á decir á Esparta que mientras ellos habían sido dueños de la ciudad, ésta se mostró siempre dócil y sumisa. Los éforos exigieron la vuelta de los proscritos y la restitución de sus bienes, lo cual se concedió por miedo (383).

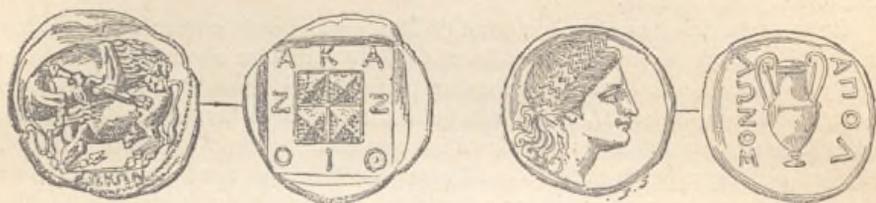
Esparta, que había destruído Mantinea, realzó á Platea, autorizando á los habitantes que aún quedaban para reconstruir sus murallas. Era la misma política bajo dos formas diferentes: aniquilar toda ciudad grande, toda fuerza colectiva en el Peloponeso, á fin de no tener nada que temer, y crearlas, por el contrario, en el territorio de sus rivales para debilitarlos. Como en las demás ciudades beocias, un harmoste y una guarnición espartana encargáronse de defender á los plateos contra Tebas, es decir, de conservarlos bajo la influencia de Lacedemonia.

La ambición de Esparta traspasó muy pronto los límites de la Grecia central; varios acontecimientos, que ella no había provocado, llamaron su atención y sus fuerzas á la otra extremidad del mundo helénico. En 383, algunos embajadores de Acanto y de Apolonia fueron á pedirles socorro contra Olinto, que amenazaba su independencia. Las ciudades de la Calcídica, unidas por la comunidad de origen y de intereses, habían formado, para defenderse á la vez contra Atenas y los macedonios, una confederación cuyo principio era muy liberal: cada ciudad conservaba

(1) Plutarco y Pausanias hacen mención de dos hechos de que Jenofonte no habla: el envío de un socorro de Tebas á los espartanos, y una batalla en la cual Epaminondas salvó la vida á Pelópidas, que tenía siete heridas.

(2) O las gentes honradas, βέλτιστοι, como Jenofonte los llama en los *Helen.* V. 2, 6.

su constitución; pero todos los aliados disfrutarían de los derechos civiles, aun hallándose los unos en el país de los otros, con la facultad de adquirir propiedades y contraer matrimonio. Olinto, á quien el rey de Macedonia, Amintas, había otorgado á instancias de los ilirios la costa del golfo Termaico, era la capital de esta confederación, de la que formaban parte la importante ciudad de Pella y la de Potidea, que dominaba la entrada del istmo de Palena. Defendida por ocho mil hoplitas, numerosos peltastas y mil caballos, aquella liga estaba en buena inteligencia con los tracios, manteniendo relaciones amistosas con Tebas y Atenas. Con útiles alianzas, un rico tesoro, población numerosa, maderas de construcción, y en las cercanías las minas de oro del monte Pangeo, Olinto tenía muchos recursos que podían elevarla al grado de potencia de primer orden; pero dos ciudades vecinas,



Moneda de Acanto (1)

Moneda de Apolonia (Calcídica) (2)

Acanto y Apolonia, considerándose demasiado importantes para ir á perderse en una confederación, rechazaron las ofertas de Olinto, y amenazadas por ésta, trataron de obtener el apoyo de los espartanos.

«Queremos, dijeron sus diputados, conservar las costumbres de nuestros padres y seguir siendo dueños de nosotros mismos (3).» No fué difícil inducir á Lacedemonia á proceder en la Calcídica como lo había hecho en el Peloponeso y la Beocia, es decir, á dividirlo todo para debilitarlo y reinar sola. En su consecuencia prometió un ejército de diez mil hombres, que en su mayor parte, debían proporcionar los aliados; pero antes de que se organizara, Eudámidas marchó con los hoplitas que se hallaron disponibles, y tuvo tiempo de proteger las dos ciudades contra el ataque de los olintios, y hasta de conseguir la defección de Potidea. Fébidas, su hermano, le siguió á la cabeza de un segundo cuerpo de ejército, y llegado cerca de Tebas, detúvose para entenderse con el polemarcha Leontiades, jefe del partido aristocrático de aquella ciudad, y dar la última mano á una abominable intriga. El día de la fiesta de Ceres, cuando todas las mujeres se hallaban en la Cadmea para ofrecer los sacrificios, lo cual impedía al consejo reunirse allí, y en el momento en que á causa del calor (era verano y la hora del mediodía) las calles se hallaban desiertas, Leontiades introdujo á Fébidas en la ciudadela, presentóse al consejo, en el que se hallaba Ismenias, jefe del partido contrario, y acusándole de fomentar una nueva guerra, mandó prenderle y conducirlo á la Cadmea (383).

Este suceso produjo una indignación á la que parecieron asociarse, aunque

(1) León devorando un toro; en el exergo ΣΩΚΩΝ, nombre de un magistrado. En el reverso ΑΚΑΝΘΙΟΝ. En el centro, un cuadrado dividido en cuatro compartimientos en relieve, y el todo en un cuadrado hueco. (Plata)

(2) Cabeza de Apolo mirando á la derecha, con una ancha diadema. En el reverso ΑΠΟΛΛΩΝΟΣ. Anfora. (Bronce).

(3) Ἰπμεῖς δὲ βουλόμεθα μὲν τοῖς πατρίοις νόμοις χρῆσθαι καὶ κῆτοπολίτεσι εἶναι. (Jenofonte, *Helénicos*, V, 2, 14.) Estas palabras son la expresión verídica del más íntimo sentimiento de una ciudad griega.

conservando la ciudadela, los espartanos, quienes condenaron á Fébidas á pagar una multa (1) y retiráronle el mando, sin duda con discretas consideraciones, que autorizaron muy pronto á Sfidrias á imitarle. Agesilao había defendido al delincuente, dejando á un lado la cuestión de justicia y sentando el principio de que no se podía condenar á un ciudadano por un acto que redundase en beneficio de su patria. Aristides y los atenienses se habían inspirado mejor respecto á Temístocles, proponiendo una cosa útil é injusta. Una comisión elegida por los lacedemonios y sus aliados, enviada á Tebas, condenó á muerte á Ismenias, bajo pretexto de que había recibido el oro persa; era un hombre valeroso y buen ciudadano, pero Esparta se vengaba cobardemente en él de los temores que la última guerra le inspirara. Unos cuatrocientos de sus partidarios habían abandonado la ciudad, buscando refugio en Atenas.

La sorpresa de Cadmea y la muerte de Ismenias eran un crimen más en la historia de Esparta; pero con él facilitábase la guerra contra los olintios, que duró tres años y costó á Lacedemonia dos generales y uno de sus reyes: Eudámidas sucumbió combatiendo; Teleutias, su sucesor, fué muerto al pie de las murallas de Olinto, después de algunos brillantes triunfos á los que contribuyeron los macedonios; el rey Agesípolis, que había acudido con fuerzas considerables, apenas tuvo tiempo de cometer algunos destrozos, y si bien se apoderó de Toroné, fué víctima de una fiebre que lo mató en siete días, y su cadáver llevado á Esparta embalsamado en miel. El harmoste Polibíades consiguió al fin someter á los olintios, quienes cercados por mar y tierra, pidieron la paz, que les fué concedida á condición de que tuvieran por amigos y enemigos á los que lo fuesen de Lacedemonia, y de que, fieles aliados, sirvieran bajo las banderas de esta república (379). Esta ruina de la confederación olintia entregaba á la Macedonia, en un porvenir más ó menos próximo pero seguro, la Calcídica y la Tracia, del modo mismo que la ruina del imperio ateniense había entregado á los persas el Asia Menor.

Al mismo tiempo, los proscriptos que volvieron á Flionte quejáronse de que se les maltrataba; Agesilao puso sitio á la ciudad, y después de una resistencia de veinte meses, tomóla y dejó en ella una guarnición (379). Esta era otra carga que Esparta se imponía; mientras que, poniendo el pié en todas partes parecía acrecentar su poder, debilitábase y se hacía odiosa. Además de esto, el odio aumentaba contra aquella ciudad que lo tomaba todo sin dar la menor cosa, contra aquella aliada de los dos grandes enemigos de los helenos, el rey de Persia, que gracias á ella hizo tributarios á los griegos asiáticos, y Dionisio de Siracusa, que imponía la servidumbre á los de Sicilia é Italia (2).

Diodoro de Sicilia cree deber comenzar su libro XV citando ante el tribunal de la historia á los lacedemonios, «culpables de haber perdido por sus faltas el imperio que ejercían en Grecia hacía quinientos años.» Jenofonte ve en ese acontecimiento la mano de los dioses. «Se podrían citar, dice, numerosos hechos de aquella época que probarían que los dioses no pierden de vista á los impíos y perversos. Por eso los lacedemonios, que habían jurado dejar á las ciudades autónomas y sin embargo conservaban la fortaleza de Tebas, aunque invencibles hasta

(1) Según Plutarco, *Pelópidas*, 6; pero Jenofonte, *Helen.*, V, 2, 32, no habla de ello.

(2) Lisias, *Olimp. fr.*, opone á los generosos actos de los antepasados esta hegemonía de los espartanos que *καιομένην τὴν Ἑλλάδα περιορῶσιν* (7). Para no interrumpir la unidad del relato, dejo para el capítulo XXXIX la historia abreviada de Sicilia después de la expedición ateniense; es episódica en el conjunto de la historia griega, y carece de importancia formal para los destinos de la Hélade.

entonces, fueron castigados por aquellos mismos á quienes oprimían (1).» Los dioses no se ocupaban de los intereses de Lacedemonia ni de los asuntos de Grecia; pero Esparta había levantado contra sí dos fuerzas todavía poderosas: por sus iniquidades acababa de sublevar la conciencia moral y por sus influencias en favor de la oligarquía irritaba á los amantes de las instituciones libres. y estas dos fuerzas iban á unirse para su castigo.

Hacia tres años que los lacedemonios eran dueños de la Cadmea, y confiados en su apoyo, los jefes de la aristocracia tebana, Leontiades y Arquias, se entregaban á toda suerte de abusos: las prisiones se llenaban y multiplicábanse las ejecuciones como en tiempo de los Treinta en Atenas. No obstante, en medio de sus excesos y de sus placeres, los tiranos sospecharon que los cuatrocientos refugiados en Atenas soportaban mal su destierro y conspiraban tal vez para volver á su patria. En su consecuencia resolvieron librarse de aquella inquietud valiéndose del asesinato. Leontiades envió con este designio algunos emisarios á Atenas, mas no consiguieron su objeto, pues solamente sucumbió el jefe de los proscriptos, Androkleidas, y con esto los demás quedaron advertidos. Sin embargo, como su vida no estaba ya segura, ni aun en el destierro, lo mejor era intentar una revolución que precipitara á sus adversarios. Bien vemos que la dominación de los lacedemonios producía en Tebas los mismos efectos que en Atenas: verdaderamente tenían enemigos muy peligrosos.

Entre los desterrados tebanos hallábase Pelópidas, hombre de valor heroico, noble y rico, enemigo de los tiranos y relacionado con Epaminondas por una amistad probada ya en los campos de batalla. El ejemplo de Trasíbulo, que salió de Tebas para librar á Atenas, inspiróle el proyecto de abandonar esta ciudad para libertar á la otra. Los atenienses, agradecidos á la hospitalidad que hallaran en Beocia en tiempo de los Treinta, habían rehusado obedecer á Esparta cuando ésta reclamó la expulsión de los proscriptos. Pelópidas conspiró en Atenas, mientras Epaminondas, á quien su pobreza y humildad habían preservado del destierro, exhortaba á la juventud tebana á luchar en los gimnasios con los espartanos para acostumbrarse á vencerlos. Los conspiradores tenían inteligencias hasta en la casa de los polemarcas, uno de los cuales, Filidas, se había hecho nombrar escribano. Habíase fijado ya el día; y para salvar á un ciudadano distinguido, á quien se trataba de ejecutar, marcharon los conjurados antes, adelantándose á los demás doce individuos. Estos vestían simples mantos, y llevaban varios perros en trailla, y largas estacas de tender redes, á fin de que se creyera que eran cazadores. Una vez en la ciudad, donde entraron aisladamente por diversas puertas, reuniéronse en casa de uno de los más ricos tebanos, llamado Carón, á donde llegaron muy pronto algunos de sus partidarios. Filidas había invitado á un banquete á dos polemarcas, prometiéndoles la asistencia al festín de las más hermosas mujeres. Ya estaban embriagados, cuando llegó hasta ellos el rumor de que algunos proscriptos se ocultaban en la ciudad, en vista de lo cual interrogaron á Carón, á quien se acusaba de complicidad con los conjurados; pero éste mostró tanta calma, que se desvanecieron las sospechas de aquéllos. Muy pronto llegó otro aviso: un amigo de Atenas escribía á Arquias advirtiéndole que desconfiase, y daba todos los detalles. El polemarca no se dignó siquiera abrir la misiva y arrojóla debajo de un cojín diciendo: «Dejemos los negocios para mañana.» Pocos instantes después llegaron los conjurados; llevaban vestidos de mujer para ocultar sus corazas, y grandes coronas de pino y de álamo que les cubrían el rostro. Apenas hubieron reconocido á Arquias

(1) *Hélicios*, V, 4, 1.

y Filipo, desenvainaron sus espadas y, precipitándose á través de las mesas, mataron sin dificultad á aquellos hombres completamente embriagados. Filidas corrió al punto á la prisión para abrir las puertas, mientras Pelópidas y los demás sorprendían y mataban á Leontiades y á Hipates.

Al primer rumor, Epaminondas, armándose apresuradamente, corrió con algunos jóvenes en busca de Pelópidas; y para aumentar aquella reducida tropa, los conjurados enviaron en todas direcciones heraldos que tocaban la trompeta anunciando al pueblo su libertad. Sin embargo, en la ciudad reinaban la perturbación y el terror; encendíanse antorchas en las casas, y las calles se llenaban de gente que corría de un lado á otro, sin saber nada de cierto, y esperando á que la luz del día revelase lo que la noche aún ocultaba. Mil quinientos hombres que ocupaban la ciudadela hubieran podido dar cuenta muy pronto de los conspiradores si les hubiesen atacado en el acto; pero los gritos del pueblo, los fuegos que iluminaban las casas, y las carreras de la multitud, les intimidaron, induciéndoles á permanecer inmóviles, y satisfechos de conservar la Cadmea. Al día siguiente, al rayar la aurora, llegaron otros proscritos con muchos atenienses que quisieron acompañarlos, y el pueblo se reunió en asamblea. Epaminondas presentó á ésta á Pelópidas con su gente, rodeado de sacerdotes que llevaban en las manos las cintas sagradas y llamaban á los ciudadanos en auxilio de la patria y de los dioses. A su vista todo el pueblo prorrumpió en gritos de agradecimiento, saludando á los desterrados, á quienes consideraba como libertadores de la ciudad (1) (diciembre 379).

Pelópidas, Carón y Melon, tres de los jefes más activos de la trama, fueron nombrados beotarcas, título que indicaba que Tebas deseaba recobrar, con su libertad, su antigua categoría entre las ciudades beocias. La Cadmea fué asaltada al punto; un socorro enviado apresuradamente por Platea, en donde tenía Esparta algunas fuerzas, hubo de retroceder ante el ataque de la caballería tebana; entonces la guarnición, falta de víveres y compuesta en su mayor parte de aliados, rehusó defenderse, y la fortaleza fué evacuada. Algunos tebanos, partidarios de los espartanos, les siguieron; pero algunos fueron inmolados junto con sus hijos, y todos habrían sufrido la misma suerte si los auxiliares atenienses no los hubieran tomado bajo su salvaguardia. Esparta condenó á muerte á dos harmostes é impuso al otro, ausente cuando comenzó el ataque, una multa tan enorme, que no pudo pagarla, lo cual le obligó á expatriarse (379).

La liberación de Tebas inició una serie de acontecimientos que rompieron, al decir de Plutarco, las cadenas con que Esparta sujetaba á toda la Grecia. Pero ¿qué causas pudieron mediar para elevar de pronto á una ciudad, de la cual no se conocía aún más que la traición en las guerras médicas, al grado de poder en que vamos á verla? Lo que caracterizaba á los beocios era cierta pesadez de espíritu que se había hecho proverbial, algo de torpeza que tendía al sensualismo. Tebas había visto nacer en los tiempos mitológicos á Anfion, y más recientemente á Pindaro; pero esta gloria era de una época pasada. Si hemos de creer á Eliano, había impuesto por decreto público á todos sus artistas la ley de hacer lo bello, condenando á una multa á los que afearan su modelo, á pesar de lo cual las artes no habían alcanzado mayor prosperidad. En un principio había tenido la costumbre de organizar banquetes en común y fiestas públicas, á que tan dados eran todos los grie-

(1) Plutarco, *Vida de Pelópidas*. El relato de Jenofonte difiere un poco del de Plutarco, pues atribuye la ejecución del complot á siete conjurados y no á doce. Ni siquiera nombra á Pelópidas, contra el que se manifiesta evidentemente hostil, así como contra su amigo Epaminondas. En todo el curso de los *Helénicos* solamente se cita una vez al primero.

gos; pero mientras estas reuniones se depuraban en otras partes, siendo la música, el baile, la poesía, y hasta la filosofía, sus acompañamientos ordinarios, merced á una agradable asociación de los recreos más elevados del espíritu con los ejercicios del cuerpo, los banquetes de los tebanos no eran más que ocasiones para ostentar todos los recursos de una sensualidad grosera y de un lujo de mal gusto. Se bebía y comía vorazmente, como lo hicieron aquellos polemarcas que hemos visto antes dejándose sorprender por los amigos de Pelópidas. Una tierra fértil (1), de fácil cultivo, poca industria y ningún comercio, porque el suelo daba todo lo necesario, sin el estímulo de la miseria como en Atica, ni del peligro como en Lacedemonia;



he aquí por qué Tebas, alejada por otra parte de aquel mar que excita á los hombres, se había mantenido en la sombra. Como se vivía bien y sin trabajo, ¿para qué se habían de hacer esfuerzos? A estas causas se debe agregar la impotencia política producida por sus divisiones, el desprecio que merecieron los tebanos después de las guerras médicas, y por último el atractivo que Atenas tuvo para todos los hombres de mérito y que redundó necesariamente en perjuicio de las otras ciudades, sobre todo de las más próximas. Cuando Atenas sucumbió, y cuando Esparta se hizo odiosa, Tebas, que no había gastado sus fuerzas en la lucha, se aprovechó de la ruina de la una y de las insolencias de la otra; y es seguro que la

(1) El trigo de Beocia era, después del africano, el más pesado, es decir, el más nutritivo que se conoció en Roma. (Plinio, *Historia natural*, lib. XVIII, 7.) Este país tocaba en tres mares, τριθάλαττος (Estrabón, IX, pág. 400), pero no tenía ni una sola ciudad importante en el litoral.

(2) Cabeza de Dionisio coronada de hiedra, vuelta á la derecha. En el reverso ΘE[βαίων]. Heracles niño luchando contra las serpientes. (*Revista numismática*, 1863, lám. XI, 3.)

(3) Escudo beocio. En el reverso ΘEB. Cántara dionisiaca, y encima una maza.

(4) Tres medios escudos dispuestos en estrella; en el centro la letra Θ. El reverso es semejante al anverso.

(5) Escudo beocio. En el reverso, ΘEBH. Cántara dionisiaca, encima una maza.

(6) Medio escudo beocio. En el reverso ΘE. Cántara dionisiaca y á la izquierda una maza.

(7) Escudo beocio. En el reverso ΘE. Cántara dionisiaca en una corona de hiedra y de pámpano.

(8) Escudo beocio. En el reverso [Θ]EBAIO[N]. Heracles niño luchando contra las serpientes. (*Revista numismática*, 1863, lám. XI, 2.)

emigración de los atenienses expulsados por los Treinta, y la de varios griegos itálicas, que según testimonio de Plutarco llevaron á Beocia las doctrinas de Pitágoras, contribuyeron á despertar la inteligencia de los tebanos, tanto más cuanto que algunos discípulos de Sócrates fueron á Tebas á enseñar sus doctrinas. Estas influencias y las circunstancias políticas produjeron algún movimiento en aquellas naturalezas beocias, cuyo fondo sólido hubiera dado ópimos frutos si aquella tierra tan vigorosa se hubiese podido cultivar convenientemente, haciendo penetrar la reja del arado á bastante profundidad. Se encuentra en Beocia obediencia, justicia, poder y formalidad; mas no se halla la exquisita finura, ni el agudo ingenio, ni la petulancia encantadora y graciosa del espíritu ático.

## II. — EPAMINONDAS Y PELÓPIDAS. — TRATADOS DE 374 Y DE 371

Un hombre resume en sí todas las buenas cualidades de ese pueblo: Epaminondas. Hijo de una familia distinguida, de esa raza de *espartanos*, nacidos, según decían, de los dientes de un dragón, pobre nació y pobre fué toda su vida. En el momento de conducir un ejército al Peloponeso, y careciendo de dinero para completar su equipo, vióse precisado á pedir cuarenta y cinco dracmas en calidad de préstamo; y en otra ocasión, con motivo de acercarse una fiesta, encerróse varios días en su casa á fin de que le lavaran su único manto; mas lejos de servirle esto de disgusto, felicitábase de verse así libre de muchos cuidados. Su frugalidad era la de un pitagórico (1); jamás probaba vino, y con frecuencia limitábase á tomar un poco de miel para su alimento. Su instrucción sobrepujaba á la de sus compatriotas. Hasta los griegos más graves unían al cultivo del espíritu el del cuerpo; á las letras, la gimnasia, y á la filosofía, las artes. Sócrates había sido escultor, y Polibio atribuye admirables efectos políticos á la enseñanza general de la música. Epaminondas no omitió ninguno de esos estudios que completan la educación del hombre: aprendió á tocar la lira y la flauta, á cantar acompañándose, y hasta á bailar (2), entregándose con afán á los ejercicios del gimnasio y al manejo de las armas, aunque menos deseoso de adquirir fuerza que agilidad, pues aquélla le parecía propia del atleta y ésta del soldado. A ese cuerpo flexible y vigoroso por el ejercicio, la naturaleza le concedió una cabeza privilegiada, con facultades intelectuales que se desarrollaron por la meditación. Su maestro de filosofía fué el pitagórico Lisis de Tarento; Epaminondas, casi niño todavía, acompañaba siempre á aquel anciano triste y severo, hasta el punto de preferir su sociedad á la de todos los jóvenes; no quiso separarse de él hasta después de haber aprendido bien cuáles eran los deberes del ciudadano y cuáles los del hombre. Prudente, hábil para aprovecharse de las circunstancias, de alma noble y corazón indomable, sabía mandar y obedecer, lo cual es á juicio de Aristóteles (3) y de la historia, el rasgo distintivo de los buenos ciudadanos: hoy vencedor de Esparta en Leuctres, mañana, simple hoplita ó edil encargado de cuidar las calles, y siempre sufriendo, sin quejarse, así las injusticias del pueblo como las de sus amigos. Su respeto á la verdad era tan

(1) Cuando el instituto pitagórico fué perseguido en la Italia meridional, uno de sus más renombrados maestros, Filolaos, se refugió en Tebas, donde fundó una escuela que tuvo discípulos en medio de aquella población tan famosa por su sensualidad. Otro pitagórico, Lisis, llegó de Crotona durante la guerra del Peloponeso, y Epaminondas fué su discípulo. Sobre la doctrina pitagórica véase tomo I, págs. 325 y siguientes.

(2) La *pirrica* era una danza militar, con espada y lanza; véase t. II, pág. 264.

(3) Aristóteles, *Polit.*, III, 2, 10.

profundo, que nunca mentía, ni aun en broma. Sabía guardar un secreto, hablaba poco y escuchaba mucho, y eso que, hábil y poderoso orador, más de una vez había servido á Tebas con la palabra tanto como con su brazo.

Tal era la educación de los hombres distinguidos de Grecia, y tales las cualidades del héroe tebano; como carácter moral, Grecia no ha tenido nada más puro y elevado (1).

Cuando Pelópidas conspiró, no quiso tomar parte en la conspiración, no por cobardía seguramente, sino porque no le agradaban los manejos tenebrosos y prefería el combate en campo abierto. Mientras los proscriptos urdían sus intrigas, él preparaba á los jóvenes tebanos á ser hombres el día de la acción; y estas virtudes no impedían que ambicionase mucho para su patria. Epaminondas fué quien primero quiso aniquilar la supremacía de Esparta en provecho de Tebas, y el que después de haberlo conseguido trató de suprimir la de Atenas. En cierta ocasión, hasta se le vió aprobar en Tegea como general una cosa que como simple particular habría censurado severamente. Digamos, no obstante, que disminuyó tanto como pudo los males de la guerra (2).

Pelópidas era, ante todo, hombre de acción; el gimnasio y la caza tenían para él más encanto que los libros y los filósofos.

Nacido de una familia noble y rica, hizo partícipes de sus riquezas á sus amigos pobres y vivió con la mayor sencillez. Alma noble y generosa, ávido de gloria, y ambicioso, tanto para sí como para su país, llegó á ser brillante capitán, rápido para concebir y ejecutar; pero en cuanto á genio, fué al parecer muy inferior á Epaminondas.

La grandeza de Tebas duró tanto como estos dos hombres.

Su primera diligencia fué poner á su patria en condiciones de poder sostener la terrible lucha que preveían. Esparta acababa de resolver el envío de un ejército contra Tebas, y Agesilao había rehusado encargarse del mando á causa de su edad, por lo cual le reemplazó su colega Cleombroto, quien hizo en Beocia una rápida incursión (enero 378). En Atenas infundió temor ver á los espartanos tan cerca, y los ricos se aprovecharon del abatimiento público para hacer condenar á muerte á los dos generales que con tanta generosidad habían sostenido á los conjurados sin orden de la asamblea, exponiendo á Atenas á comprometerse en una guerra con Lacedemonia: el uno fué ejecutado y al otro se le desterró. Esto era una concesión al miedo y un acto de sumisión á Lacedemonia, que había enviado antes tres diputados á Atenas para hacer vivas reclamaciones contra el secreto apoyo prestado á los fugitivos de Tebas.

Una perfidia permitió á los atenienses levantar de nuevo la cabeza. Cleombroto había dejado en Tespías á Sfodrias con algunas fuerzas; el ejemplo de Fébidas le tentó, y quiso intentar un golpe de mano contra el Pireo, para que Lacedemonia pudiera resarcirse de la pérdida de Tebas. Cierta noche marchó con tropas considerables para poner en obra su proyecto; pero como le sorprendiera el día cerca de Eleusis, el plan fracasó. En Esparta se le acusó de haber atacado deslealmente una ciudad aliada; pero Agesilao, defensor otra vez de una mala causa, consiguió que se le absolviese, por la razón de que su conducta anterior había sido siempre intachable. Indignada Atenas, rompió con Esparta é hizo sus

(1) *Epaminondas, princeps, meo iudicio Græciæ.* (Cicerón, *Tuscul.*, 1, 2, y *De orat.*, III, 34.)

(2) Un decreto de los tebanos ordenaba castigar con pena de muerte á todos los desterrados beocios que fuesen hechos prisioneros. Habiendo encontrado cierto día á muchos de ellos en una pequeña población, aparentó creer que pertenecían á otras ciudades y dejólos marchar sin exigirles rescate. (Pausanias, IX, 15, 2.)

preparativos de guerra, obteniendo recursos para concluir el Pireo y reorganizar la marina, á cuyo efecto dióse principio á la construcción de cien galeras en el astillero (378) (1).

Esparta no castigaba á Sfidrias, á quien habría por el contrario recompensado si hubiese tenido buen éxito en su empresa, pues inquietábala que renaciese el poderío de Atenas. Conón y Trasíbulo habían devuelto á su pueblo una parte de las ciudades que en otro tiempo fueron sus tributarias, y la paz de Antálcidas se las arrebató de nuevo; pero como nadie ejercía ya vigilancia en los mares, los piratas pulularon muy pronto (2), y los insulares que necesitaban el mercado de Atenas y los trigos que ésta iba á buscar á la Táurida, acercáronse á la única ciudad que podía proporcionar á su comercio los productos y la seguridad que necesitaban.

Atenas acababa de recobrar la intendencia del templo de Delos, el santuario de las Cícladas y de la raza jónica, que había perdido después de Egos-Pótamos. Convertir este lazo religioso en político no era difícil, por poco que las circunstancias se ofreciesen propicias; y al fin, impulsadas hacia Atenas por sus intereses, por la altivez y las violencias de los harmostes lacedemonios, Chíos, Bizancio, Rodas, Mitilene, casi toda la Eubea y setenta ciudades más, insulares ó marítimas, fueron á solicitar de Atenas, por su propia voluntad, que renovase aquella confederación que durante más de sesenta años les había proporcionado la paz, la seguridad y la riqueza (3). Por lo demás, Atenas tuvo el buen juicio de adoptar de nuevo el plan de Aristides: todos los individuos de la liga, quedando independientes por su constitución interior, enviaron representantes á un congreso federal que se celebraba en Atenas, y en el que el más reducido Estado tenía un voto, sin que los más grandes, ni aun Atenas, pudieran tener más. Aquella asamblea se encargó de votar la contribución general, determinando el contingente de cada ciudad. Las *cleruquias* habían dejado mal recuerdo, y Atenas lo borró por un acto de moderación, renunciando á reclamar las tierras repartidas en otro tiempo, en el continente ó en las islas, entre colonos atenienses, á quienes se desposeyó al fin de la guerra del Peloponeso. Hasta se hizo una ley que prohibió, aun á los mismos ciu-

(1) Procedióse á formar un censo, del cual resultó que el valor de las propiedades en Atica ascendía á 6,000 talentos. Siendo conocidas todas las fortunas, se agrupó á los contribuyentes en veinte clases ó *simorias*, cada una de las cuales representaba un mismo capital imponible, comprendiendo ricos y pobres, y de consiguiente cuotas muy distintas, que se sometieron á un impuesto progresivo. En su consecuencia, pedíase más á los primeros que á los segundos, el 8 por 100 á los unos y el 5 por 100 á los otros. Era el sistema observado en todas las ciudades democráticas de Grecia, sumamente útil al tesoro público, y que partía de un sentimiento muy honroso, cual era la solidaridad de los ciudadanos. Los mil doscientos individuos más ricos de las diez tribus se encargaron del reparto y recaudación del impuesto en sus tribus respectivas, y quince de los ciudadanos más ricos, elegidos en cada una de las veinte clases, tuvieron la obligación de facilitar los fondos de su propio peculio en caso de morosidad de los contribuyentes, como anticipo al Estado *προεσφορά*. Ahora bien; como algunos de los encargados del reparto sobrecargaron á ciertos contribuyentes para disminuir lo que ellos debían pagar, surgieron de aquí multitud de abusos que exigieron nuevas reformas. Ya he dicho, y bueno es repetirlo, que las onerosas obligaciones impuestas á la clase acomodada tenían el grave inconveniente de constituir en el seno de la república un partido de descontentos y de pacíficos, que trataban de eximirse de una carga, á veces en extremo gravosa por efecto de malversaciones financieras é intrigas políticas, ó una oposición á toda guerra, hasta la más legítima.

El *εἰσφορά* se debía pagar por los metecos lo mismo que por los ciudadanos; pero no se decretaba sino en caso de necesidad.

(2) Isócrates, *Panegir.*, 115..... *καταποντισται μὲν τὴν θάλατταν κατέχουσι.*

(3) Diodoro, XV, 28 y 30.

dadanos de Atenas, adquirir dominios y tomar hipotecas fuera de Atica (1). La admisión de Tebas cambió el carácter de la confederación, que exclusivamente marítima hasta entonces, vióse obligada á poner en pié de guerra un ejército terrestre considerable. En el primer entusiasmo de aquel nuevo celo, creyóse que se podrían armar veinte mil hoplitas, quinientos caballos y una flota de doscientas velas.

Ante esta liga, Esparta comprendió la necesidad de tratar con más dulzura á



Grupo que decoraba el templo de Apolo en Delos (2)

sus aliados y ser más equitativa respecto á las contribuciones que les imponía. La nueva confederación se dividió en diez secciones: 1.<sup>a</sup> los lacedemonios; 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup> los arcadios; 4.<sup>a</sup> los eleanos; 5.<sup>a</sup> los aqueos; 6.<sup>a</sup> los corintios y los megarenses; 7.<sup>a</sup> los sicionios, los iliasios y los habitantes de Actea; 8.<sup>a</sup> los acarnianos; 9.<sup>a</sup> los focidios y los locrios; 10.<sup>a</sup> los olintios y los aliados de Esparta en Tracia. Se fijó lo que correspondería á cada sección, y para evitar la arbitrariedad en la leva de contingentes, estipulóse que un hoplita equivaldría á dos soldados armados á la ligera, y un jinete á cuatro hoplitas; por cada uno de éstos que faltase se pagarían tres óbolos de Egina (67 céntimos de peseta), y el cuádruplo por cada jinete. La ciudad

(1) Sobre la inscripción descubierta en Atica, que nos permite leer ese monumento de sabiduría, véase *Corp. inscr. Attic.*, II, 17, 25-30, 34-41, y el apéndice de Böeckh á la segunda edición de su *Staatshaushaltung der Athener*, pág. 20.

(2) Según el *Boletín de la correspondencia helénica*, III (1879), lám. XI, y la *Archaeologische Zeitung*, XL (1882), pág. 339 y siguientes. (A. Furtwangler.)—Damos aquí, señalando las partes conservadas, la restauración propuesta por M. Furtwangler: según él, este grupo decoró el cúspide del frontón oriental del templo de Apolo y representaba el rapto de Orithia por Boreo.

que no diera ningún hombre ni dinero, debería pagar una multa de cuatro dracmas multiplicados por la cifra de individuos que estaba obligada á entregar, y por el número de días que la campaña durase. Esparta se encargó de la cobranza (1); de modo que adoptaba de nuevo en provecho suyo el sistema de la antigua confederación ateniense, exagerándolo, siendo así que para suprimirlo había emprendido la guerra del Peloponeso.

En el verano de 378 Agesilao emprendió una segunda incursión en Beocia, y después de ocasionar allí algunos destrozos, fué á presentar batalla al ejército confederado. La actitud marcial de los atenienses de Cabrias, que esperaron el choque sin moverse, apoyado el escudo contra la rodilla y empuñando la lanza con ambas manos, le intimidó, aunque sus fuerzas eran superiores en número, y hubo de retroceder. Los atenienses erigieron á su general una estatua que le representó en aquella actitud de combate: era la primera de las lisonjas que iban á prodigarle muy pronto. En los días heroicos, solamente se concedía á los jefes triunfantes una tumba separada. Bien es verdad que entonces había más grandeza por parte del pueblo que del general.

Antes de volver á tomar el camino de Lacedemonia, Agesilao dejó guarnición en Tespies, nombrando jefe de ella á Tebidas, el hombre más interesado en vigilar y contener á los tebanos. Estos últimos, muy orgullosos de haber visto al rey retroceder ante ellos, corrieron á Tespies después de su partida, derrotaron á los peloponesios que guardaban la ciudad y dieron muerte á Febidas, aunque sin conseguir asegurarse completamente de aquélla, porque el odio de los partidos contrarios estalló con violencia. Los ricos desterraron á los jefes de los demócratas, y para acabar con este partido, resolvieron emprender una matanza general de sus adversarios. Agesilao, que volvió á presentarse en Beocia (377), contuvo tales resentimientos, procurando inducir á los partidarios de Lacedemonia á intentar un gran esfuerzo contra Tebas. Por más que dirigiese aquella guerra con su habilidad ordinaria, no consiguió otro resultado que destruir granjas, cortar los árboles frutales y quemar cosechas, guerra salvaje que exasperaba á las poblaciones, sin que la abonara siquiera la excusa de un fin elevado. Los tebanos, que no tenían el mar, como los atenienses de Pericles, para indemnizarse de sus pérdidas, comenzaron á carecer de viveres, mas en cambio ejercitáronse en la guerra. No se quedaron detrás de sus murallas, donde el enemigo les habría sitiado por hambre muy pronto, sino que salían de la ciudad, seguían á los peloponesios desde lejos y por las alturas, como Fabio seguirá más tarde á Aníbal, y acostumbrábanse en repetidas escaramuzas á mirar de frente á los espartanos. Cierta día Agesilao quedó herido en el encuentro: «He ahí, díjole un compatriota, el fruto de las lecciones que les distes.» Licurgo había recomendado sabiamente que no se hiciese la guerra largo tiempo á los mismos enemigos.

En la primavera del año 376, Cleombroto fué el encargado de conducir á los lacedemonios á Beocia. No tuvo, como Agesilao, la prudencia de asegurarse antes de los pasos del Citerón y sufrió un descalabro al querer forzarlos. Los atenienses contribuían mucho á dificultar esta guerra para Lacedemonia, y á ellos encontraban siempre los peloponesios en la defensa de los desfiladeros. Esparta resolvió combatir una vez más cuerpo á cuerpo con su eterna rival, y envió sesenta galeras para que cruzaran en medio de las Cícladas, á fin de interceptar los convoyes de trigo que se dirigieran al Pireo. Atenas armó ochenta, á las órdenes de Cabrias, que acababa de distinguirse en Chipre, al servicio de Evagoras, y en Egipto al de

(1) Jenofonte, *Helen.*, V, 2, 21; Diodoro, XV, 31.

Acoris, el rey indígena rebelado contra los persas. En un combate librado cerca de Naxos, los lacedemonios perdieron cuarenta y nueve naves, y su derrota habría sido mucho más desastrosa si Cabrias, acordándose de las Arginusas, no se hubiera detenido á recoger sus muertos y las tripulaciones de diez y ocho de sus galeras destrozadas en vez de perseguir al enemigo (septiembre 376). Cabrias condujo á Atenas tres mil prisioneros, y el botín ascendió á 110 talentos.

Desde la guerra del Peloponeso, era la primera victoria naval obtenida por los atenienses; este triunfo los realzó en la opinión de los aliados, y lo que es más aún en la suya propia. Numerosas ciudades solicitaron al punto ser admitidas en su alianza; y al año siguiente, mientras los lacedemonios se preparaban á repetir su invasión periódica en Beocia, Atenas quiso poner por obra el atrevido plan propuesto en otro tiempo y ejecutado por Pericles. Timoteo, hijo de Conón, cercó con cincuenta galeras el Peloponeso, hizo entrar en la alianza de Atenas á Corcira, á Cefalonia, á los acarnanios y á Alcetas, rey de los molosos, y batió al almirante lacedemonio á la vista de Leucada. Esos triunfos halagaban el orgullo de Atenas; pero los gastos de la flota agotaban sus recursos. Timoteo había recibido del tesoro público trece talentos, que se gastaron muy pronto; y un anticipo de siete minas de cada uno de los sesenta trierarcaras, no podía sostenerle largo tiempo. Atenas, instada para que enviase nuevos subsidios, se dirigió á sus aliados, cuyos comunes intereses ganaban mucho con aquella diversión naval; pero bien fuese por verdadera impotencia, ó más bien por mala voluntad, Tebas no quiso dar nada. Esta negativa decidió á los atenienses, dueños otra vez del mar Egeo, y por lo tanto del comercio, á pesar de algunas piraterías de los eginetas, á negociar con Lacedemonia. También Esparta, inquieta al ver las costas del Peloponeso expuestas á desastrosas incursiones, deseaba ya la paz: las dos ciudades concluyeron un tratado, por el cual se reconocía á los unos el dominio sobre el Peloponeso y á los otros la dirección de la confederación marítima (374). A los atenienses les agradaba aún poner á contribución las fiestas religiosas y los certámenes artísticos para solemnizar los grandes actos de su vida política. Por eso instituyeron un sacrificio anual y una fiesta para recordar el fin de los días de lucha, y un escultor entonces célebre, Kefisodotos, que había sustituido ya al gran estilo de Fidias y á la severa belleza de sus dioses una gracia más humana y animada, hizo para uno de sus templos una diosa de la Paz llevando en sus brazos á Plutos, dios de la riqueza, con el cuerno de la abundancia.

La tranquilidad, que por largo tiempo parecía asegurada con este convenio, apenas duró algunos días. ¡Triste condición la de esa raza belicosa, que gastará sus fuerzas en eternos combates hasta que llegue un día en que caerá exsangüe á los pies del extranjero! Antes de abandonar el mar de Jonia, Timoteo provocó una revolución en Zacinto, y Esparta intentó otra en Corcira, que reclamó el auxilio de Atenas; mientras que Tebas atacó á las ciudades beocias, que servían de apoyo al extranjero desde la paz de Antálcidas, Tespies, Platea y Orcomenes. Pelópidas, á quien todos los años se elegía para el cargo de beotarca, marchó con el batallón sagrado sobre esta última ciudad, de donde acababa de salir la guarnición lacedemonia para ir á Lócrida; pero otras fuerzas habían ocupado su lugar, y el golpe se frustró. A su regreso, Pelópidas encontró de improvisó á los lacedemonios cerca de Tegira. «Hemos caído en medio de los enemigos, díjole uno de los suyos. — ¿Y por qué no han de ser ellos, contestó, los que han caído entre nosotros?» No disponía más que de trescientos hombres y alguna caballería; pero los espartanos, aunque mucho más numerosos, fueron batidos completamente. El batallón sagrado conquistó en aquella jornada su legítima nombradía; componíase de hombres

escogidos y unidos entre sí por lazos de amistad, y se había organizado hacia largo tiempo; pero los que le formaban eran de ordinario distribuidos en las primeras filas del ejército. Pelópidas los hizo combatir en cuerpo aislado, á fin de que unidos en su valor y disciplina, llegaran aquellos soldados á ser irresistibles. «Aquel combate, dice Plutarco, demostró por primera vez á los griegos que no es solamente en las orillas del Eurotas donde nacen los hombres intrépidos, sino que donde quiera que los jóvenes se sonrojen de lo que pueda deshonrar y ambicionen con ardimiento lo que es glorioso, donde quiera que se tema el baldón más que el peligro, allí están los hombres á quienes se debe temer.»

Corcira, vivamente acosada por los lacedemonios, hacía desesperados llamamientos á Atenas, á fin de recoger el dinero que no se tenía y se necesitaba para organizar una flota.

Timoteo recibió orden de visitar con algunas galeras las ciudades aliadas; pero como la dulzura de su carácter le impidió tomar por fuerza lo que de buen grado no se le ofrecía, perdió mucho tiempo en aquella misión (373). Sin embargo, Corcira iba á sucumbir, y ante esta perspectiva, Atenas, empleando sus últimos recursos, sin respetar las galeras sagradas, reunió una flota; pero castigó á su general, por su lentitud, que no se avenía con la impaciencia de los atenienses, retirándole su cargo y sometiéndole á juicio. Dos poderosos intercesores, Alcetas, rey de Epiro, y el tirano de Feres, Jasón, le salvaron; ambos fueron á Atenas y alojáronse en la modesta morada de Timoteo, quien se vió en la precisión de pedir dinero prestado y la vajilla necesaria para servirlos. Era uno de esos hombres puros y honrados de la familia de Aristides, de los que Atenas había tenido varios; sus enemigos negaban su mérito, no hablando más que de su buena suerte, y habíanle representado dormido en una tienda de campaña mientras que la Fortuna reunía para él ciudades apresadas en redes. «¿Pues qué haría yo si estuviese despierto?» dijo. Timoteo probó que había comprometido sus bienes para el mantenimiento de la flota, y fué absuelto; pero se retiró al país de los persas, sometiéndose á un destierro voluntario que duró algunos años. La democracia de Atenas perdía con esto otro buen servidor. Ificrates y Callistrato, sus rivales, le reemplazaron: poco sabemos del segundo, que pasaba por ser, sin embargo, el primer orador de su tiempo; pero conocidas son las notables cualidades militares del primero, que las aplicó á la marina. Habíanle dado solamente marineros novicios, y ejercitólos durante la travesía; llegado cerca de Corcira, expió el paso de diez naves que Dionisio de Siracusa enviaba á los espartanos, y apoderóse de nueve. Los de Corcira se habían salvado ya á sí propios por una victoria (372).

Desde que la guerra se había hecho marítima, Atenas cargaba con todo el peso de ella, mientras que Tebas obtenía todas las utilidades. Habíase ésta apoderado de Platea, cuyos habitantes recogía aún Atenas, y después de arrasarla hasta los cimientos, procedió del mismo modo con Tespies. La Fócida estaba amenazada, y descontentos los atenienses por las violencias ejercidas contra los plateos, así como envidiosos al ver que una nueva ciudad aspiraba á la categoría de gran Estado, hicieron proposiciones de paz á Esparta. Callistrato, su orador favorito, deseaba ver terminada una guerra que daba influencia á los generales; también lo deseaban Ificrates y Cabrias, pero era para utilizar las brillantes ventajas con que les brindaba el rey de Persia si entraban á su servicio. Según Diodoro, el mismo Artajerjes se ocupó de restablecer la paz entre los griegos, á fin de utilizarse de las tropas licenciadas, tomándolas á sueldo, para someter á las provincias rebeldes. Decíase también que Antálcidas estaba con el monarca persa, y que Atenas debía apresurarse á tratar, por temor á una nueva alianza entre Lacedemonia y el imperio orien-

tal. Calias fué enviado como embajador á Esparta con seis colegas, acompañádole Callistrato, quien debía apoyar las negociaciones con su elocuencia.

Los discursos que entonces se pronunciaron, y cuyo espíritu nos ha conservado Jenofonte, porque pudo oírlos, tienen más de un párrafo interesante. El de Calias es ridículo; en él se demuestra el abuso que los oradores tenían costumbre de hacer de los recuerdos mitológicos; en su concepto, la razón que debe decidir á Esparta y Atenas á formar una estrecha alianza es que el ateniense Triptolemo «ofreció al Peloponeso los primeros donativos de Ceres, siendo contrario á toda justicia que Lacedemonia asole las cosechas del pueblo á que debe las suyas.» Autocles se detiene menos en la leyenda y va derecho á la historia: «Lacedemonios, dijo, repetís sin cesar que las repúblicas deben ser libres, y obligáis á vuestros aliados á seguiros dondequiera que os plazca conducirlos. Sin consultarlos, declararéis la guerra, ordenáis levas, y muy á menudo, pueblos á quienes se llama libres se ven obligados á combatir contra sus mejores amigos. ¿Y no descargaréis el último golpe contra la independencia de las ciudades al dejar en una diez hombres, y en otra treinta, menos encargados de gobernarlas con justicia que de sojuzgarlas por la fuerza? Cuando el rey de Persia declaró que todas las ciudades de Grecia serían libres, dijisteis que los tebanos infringirían el tratado si no dejaban á las ciudades beocias gobernarse por sí mismas; y sin embargo, os apoderásteis de la Cadmea, robando á Tebas después su libertad.» Estas palabras, duras á los oídos lacedemonios, no eran las más á propósito para facilitar las negociaciones. El tercer enviado ateniense, Callistrato, más hábil que los otros, recordó que si Atenas y Esparta habían cometido una y otra muchos errores, la sabiduría se forma por la experiencia y ésta es el conocimiento de las faltas que se han cometido. «Si hemos de creer á ciertos enemigos de la paz, añadió, lo que nos trae á Lacedemonia es el temor de que Antáclidas, vuestro enviado cerca del gran rey, vuelva cargado de oro; pero ese monarca quiere la independencia de las ciudades griegas y como nuestro deseo es el mismo, nada debemos temer de él.» Por esto se ve qué figura hacían entonces á los ojos de los herederos de la gloria de Salamina aquel rey de adorno y aquel imperio, que no tenía de grande más que la lista de sus provincias rebeldes. Callistrato estuvo más en lo cierto al decir: «Todas las ciudades se reparten entre vosotros y nosotros; en cada una, los unos son partidarios de Lacedemonia y los otros de Atenas; pero si llegamos á ser amigos, ¿qué adversario podríamos temer razonablemente? Fuertes con vuestra amistad, ¿quién osaría atacarnos por tierra? Fuertes vosotros con la nuestra, ¿quién os inquietaría por mar?» Esta era la segunda vez que Esparta y Atenas parecían consentir en compartirse el imperio de la Hélade. La paz se concertó á condición de que los lacedemonios retirarían de las ciudades sus harmostes; que por ambas partes se licenciaría el ejército y la armada; que cada ciudad sería independiente, y que si uno de los contratantes infringía de cualquier modo el tratado, los demás podrían reunirse contra él: esta cláusula se dirigía contra Tebas. Lacedemonia juró la paz por sí y por sus confederados; los atenienses y sus aliados prestaron el mismo juramento por cada ciudad. Los tebanos que habían sido incluídos entre los aliados de Atenas, al día siguiente exigieron la sustitución de la palabra *tebanos* por la de *beocios*. Agesilao se opuso á esta sustitución, que habría justificado las pretensiones de Tebas sobre la dominación de la Beocia, y preguntó á Epaminondas, que acababa de hablar en favor de Tebas, si no creía justo que todas las ciudades beocias fueran libres. «No, contestó Epaminondas, á menos de que no os parezca justo también que las de Laconia sean independientes.» Agesilao borró del tratado el nombre de los tebanos (junio 371). Era una declaración de guerra hecha en el

momento en que los cándidos hubieran podido creer que se firmaba una paz general.

III. — LEUCTRES (371): MANTINEA, MEGALÓPOLIS Y MESENIA; EPAMINONDAS EN LACONIA (370-369)

Cleombroto, que antes de la apertura del congreso lacedemonio había conducido un ejército á la Fócida para proteger esta provincia contra los tebanos que la amenazaban, recibió orden de penetrar en Beocia, y apenas transcurridos veinte días desde que se firmara el tratado, llegó á la llanura de Leuctres, frente al ejército tebano, con los 10,000 hoplitas y los 1,000 caballos que Diodoro le supone, tal vez exagerando la cifra. En medio de dicha llanura hallábase la tumba de dos doncellas que se habían dado muerte para no sobrevivir á un ultraje inferido por los lacedemonios. Aquel monumento de un crimen de sus enemigos fué considerado como un presagio feliz por los tebanos quienes adornaron con guirnaldas «la tumba de las vírgenes,» no dudando el ejército que las Furias las vengarían. En Tebas, los sacerdotes anunciaban que las puertas de los templos se habían abierto por sí solas, que la armadura de Hércules había desaparecido de su santuario, y que estos prodigios revelaban seguramente que los dioses se habían marchado para combatir á los invasores, del mismo modo que se había visto á Teseo en la jornada de Maratón y á los Eácidas en la de Salamina.

Los tebanos no tenían más que 6,000 infantes, pero su caballería era superior á la de los espartanos, y Pelópidas conducía el batallón sagrado. En el consejo no estaban todos decididos á combatir: Epaminondas, uno de los siete beotarcas, quería empeñar la acción, mientras que sus colegas vacilaban; pero habiéndose unido tres votos al suyo, prevaleció su parecer. Los lacedemonios no habían cambiado nada en su táctica habitual; su orden de batalla era siempre una línea de hoplitas que, dispuestos en doce filas, presentaban un frente amenazador é impenetrable de picas y de escudos; mas por medio de una violenta arremetida contra un punto de aquella muralla, se podía hacerla vacilar, romperla y abrirse paso al través de ella. Epaminondas dispuso el ejército según esta idea; formóle en sentido oblicuo, acometiendo vivamente con su izquierda, compuesta de hombres elegidos á cincuenta de fondo, á la vez que no quería comprometer su derecha. Y como de esta suerte reservaba lo más rudo de la acción para sus mejores soldados, con lo cual se aseguraba la superioridad del número en el punto de ataque, rompió fácilmente la línea de los espartanos, quebrantada ya por la caballería tebana. Cleombroto trató en vano de envolver aquella cuña terrible que se hundía en su frente de batalla; Pelópidas le atacó impetuosamente con el batallón sagrado, y el rey cayó herido de muerte; sus amigos pudieron llevárselo, todavía con vida, hasta su campamento, donde el ejército se refugió detrás del foso que le protegía. Mil lacedemonios y cuatrocientos espartanos, de los setecientos que eran, quedaron tendidos en el campo de batalla, y fué preciso pedir á los vencedores una tregua para dar sepultura á los muertos, con lo cual se confesaba de ordinario la derrota. Los tebanos accedieron á ello y ocupáronse al punto en levantar su trofeo. Cuando se felicitó á Epaminondas, limitóse á contestar: «La mayor felicidad para mí es que mi padre vive aún y podrá participar de esta gloria.» (6 julio 371) (1).

(1) En 1877 se encontró cerca de Tebas una inscripción que data de aquella jornada, y en la cual se leía: «Cuando reinaba la lanza del espartano, Jenócrates recibió por suerte la orden de llevar á Júpiter el trofeo, sin temer al ejército llegado del Eurotas ni al escudo laconio. Los tebanos

Celebrábase entonces en Esparta la fiesta de las Gimnopodias, y la ciudad estaba llena de extranjeros; coros de mancebos cantaban en el teatro cuando varios correos llegados de Leuctres anunciaron la funesta noticia. Los éforos comprendieron que acababan de perder el imperio de Grecia; pero no se permitió á los cantantes salir del teatro ni á la ciudad despojarse de sus adornos de fiesta. Al día siguiente, cuando se tuvo la verdadera lista de los muertos y de los que se habían salvado, los padres de los primeros presentáronse en público engalanados y alegres; mientras que los parientes de los que escaparon con vida, encerráronse en sus casas como en días de duelo, y si les era preciso salir, iban tristes y con la cabeza baja (1). ¡Qué falsa ostentación de grandeza de alma! ¿Había realmente sinceridad en la alegría de los unos y en el dolor de los otros? ¿No era más bien un fingimiento forzado que Esparta se imponía (2)? Bajo aquella máscara engañosa, el padre, el hijo y el hermano endurecidos por la ley, no lloraban; concédo que así fuese; pero el ciudadano debía comprender que en aquella jornada había caído un muerto más no apuntado en las listas, y sobre el cual todos podían llorar: era la misma Lacedemonia.

Los espartanos habían huído; la ley los condenaba á la ignominia y declarábalos incapaces de ocupar cargo alguno. Agesilao propuso que se prescindiera por un día de la ley para que Esparta no se viese obligada á despreciar un número demasiado considerable de sus ciudadanos.

Algunos días después, Tebas hizo mal uso de su victoria. Bajo el pretexto de una conspiración aristocrática, mandó dar muerte á todos los varones de Orcomenes, de Beocia, vendió las mujeres y los niños y arrasó aquella ciudad (3). Este acto atroz se cometió en ausencia de Epaminondas, que ya en otra ocasión lo había impedido. Tebas tenía ya sobre su conciencia el crimen de Platea, atacada en tiempo de completa paz y después destruída; la matanza de Orcomenes recuerda la condena de los cautivos mitilenios y de los defensores de Platea por los espartanos en Atenas: en determinados momentos, todos aquellos griegos eran feroces.

Cuando algún gran acontecimiento llegaba á perturbar en Grecia el equilibrio de las potencias, producíanse siempre convulsiones que repercutían desde los grandes Estados á los pequeños. Así lo hemos visto después de la caída de Atenas, así se vió en mayor escala después de la batalla de Leuctres, porque la potencia que entonces vacilaba era la más antigua y la menos discutida.

La dominación espartana en el Peloponeso vaciló hasta en sus cimientos, y tal vez no hubo en toda la península ni un solo pueblo que no se perturbara, pues en todas partes los dos partidos, aristocrático y democrático, estaban frente á frente, y apenas uno de los dos veía su bandera triunfante en un campo de batalla, aprovechábase de ello para dominar en su localidad.

Jamás los espartanos habían sufrido tan completa derrota en tierra; Esfacteria no era nada en comparación de Leuctres. Atenas creyó llegado el momento de recoger una parte de su herencia, y la insultante acogida que hizo al mensajero te-

vencedores en la guerra: he aquí lo que proclama en Leuctres el trofeo de las lanzas victoriosas. » (*Bol. de la Corresp. helén.*, t. II, pág. 24.)

(1) Plutarco, *Agesilao*. Jenofonte no hace ni siquiera mención de Epaminondas en el relato de aquella batalla.

(2) El mismo Jenofonte nos da una prueba de ello, pues presenta (*Helén.*, VI, 5, 21) á Agesilao haciendo una breve excursión á la Arcadia para reanimar el espíritu de sus conciudadanos: ἐν γὰρ τῆς πρόσθεν ἀθυρίας ἐδόκει τι ἀνεληφέναι τὴν πόλιν.

(3) Diodoro, XV, 79. Parece que Coronea fué tratada del mismo modo; en Tespies y en Platea la población tuvo por lo menos tiempo para huir.

bano cuando se presentó para anunciarle la victoria, se debió á una explosión de envidia y de pesar por no haber descargado ella misma aquel golpe á su antigua rival, no á un sentimiento de compasión hacia ésta. Su primer cuidado fué suplantarla en el Peloponeso, haciéndose á su vez ejecutora del tratado de Antálcidas. Con este fin convocó una asamblea, en la que los diputados de varias ciudades, particularmente los de Corinto, juraron cumplir el convenio «enviado por el gran rey,» y combatir á quien quiera que atacase á alguna de las ciudades que tal juramento prestaban. Esto no dejaba de ser una nueva liga, no ya solamente de las ciudades marítimas sino del mismo continente, y Atenas se colocaba á la cabeza de ella á la vez contra Esparta y contra Tebas.

Los mantineos se adhirieron sin duda á la alianza, pues abandonaron al punto las cuatro ciudades en que Esparta les había dispersado y comenzaron á reconstruir su ciudad. Agesilao les intimó la suspensión de los trabajos, dándoles á entender que Esparta, demasiado debilitada para apelar á la fuerza, les ayudaría más adelante á levantar sus murallas si consentían en no provocar á Lacedemonia impunemente ante toda la Grecia. Los mantineos no hicieron caso de tal intimación y nadie se atrevió á imponerles obediencia: varias ciudades les enviaron trabajadores y los eleanos les dieron tres talentos (370).

En Figalia, los desterrados del partido oligárquico intentaron un sangriento golpe de mano, pero sin resultado. Los proscritos demócratas de Corinto proyectaron una empresa análoga contra su ciudad; mas habiendo fracasado en su intento, matáronse unos á otros para evitar la venganza de sus enemigos, que establecieron contra sus partidarios una severa inquisición. Análogas escenas se presenciaron en Sicione y Megara. En Fliote, los jefes del partido democrático quisieron volver á entrar en la ciudad auxiliados por mercenarios, logrando dar muerte á trescientos hombres de los aristócratas pero á su vez perdieron seiscientos y refugiáronse en Argos.

Esta ciudad, más desgraciada aún, había recogido á todos los peloponesios desterrados por la causa popular, y hallábase convertida en un foco de incoherente democracia, que los demagogos sin cesar agitaban. Habiéndose descubierto una conjuración del partido aristocrático, verdadera ó supuesta, se tomó esto como pretexto para ejercer las más crueles venganzas. Por lo pronto, algunos de los acusados se dieron muerte por su propia mano; unos treinta que esperaban salvar la vida denunciando á sus cómplices, no consiguieron ni siquiera vivir algunas horas más; otros mil doscientos, al decir de Diodoro, fueron también detenidos, y como las formas judiciales parecían demasiado lentas, el pueblo se armó de garrotes y los inmoló: esta horrible matanza se designó con el nombre de *escitalismo*, derivado de la palabra griega, *σκιτάλη*, que significa *palo*. Pero los demagogos, víctimas de las mismas pasiones que habían excitado, perecieron á su vez, y sólo después de haberse inundado de sangre pudo Argos obtener al fin la paz. Jamás Atenas había presenciado semejantes tragedias, «lo cual revela bien, dice Niebuhr, la superioridad de aquel pueblo privilegiado.» Otra prueba de esta superioridad la encuentro en el efecto que produjo la noticia de tales abominaciones. Solamente por haber oído el relato de esos hechos en una de las asambleas, los atenienses, creyéronse contaminados y apelaron á las ceremonias expiatorias (370) (1).

En vista de todo ello, ocurre preguntar cómo se podía vivir con tantos asesinatos en las ciudades y tantas devastaciones en los campos, y casi llega uno á per-

(1) Plutarco, *Preceptos políticos*, 18. No es posible señalar á todos estos acontecimientos una fecha positiva.

si adirse de que aquellos sangrientos y estériles crímenes justifican que Esparta y Atenas hubiesen tratado de arrogarse una dominación que siquiera aseguraba la paz á Grecia, cuando no se armaban los dos Estados uno contra otro.

La única revolución que entonces tuvo gran alcance fué la que cambió la situación política de la Arcadia. A pesar de su territorio, más extenso que el de ninguna otra región del Peloponeso, y de su raza robusta y belicosa, la Arcadia no había ejercido jamás influencia en los asuntos de Grecia. Aquel país era simplemente un paso para los ejércitos de Lacedemonia, y el pueblo dejaba que sus hijos vendieran dondequiera su bravura como mercenarios. Así perdía lo mejor de su sangre sin utilidad para su engrandecimiento; y mientras los arcadios ayudaban á los reyes extranjeros á obtener la victoria y el poder, Arcadia permanecía sometida á la discreción de Esparta. Muchos patriotas hubieran querido cambiar aquella situación: la batalla de Leuctres bastó para que tomaran cuerpo algunas ideas muy inciertas hasta entonces. Un mantineo llamado Licomedes, hombre rico y noble, propuso unir el pueblo arcadio en un solo cuerpo, como los espartanos y los atenienses. «Los lacedemonios, dijo, no hicieron jamás sin nosotros una incursión en el Atica. ¿Se habrían apoderado de Atenas sin nuestro auxilio?» Licomedes quiso fundar una metrópoli, establecer un consejo nacional, revestido de la autoridad suprema sobre los asuntos exteriores, particularmente en lo relativo á la paz y la guerra, y organizar, en fin, fuerzas militares para la seguridad del Estado.



Moneda de Sicione (1)

Esparta se atemorizó ante aquella empresa, que iba á levantar en su frontera septentrional una potencia temible y enemiga; pero Tebas la acogió con alegría, y si Epaminondas no fué, como se ha dicho, autor del plan, por lo menos le apoyó con todos sus esfuerzos: apenas echados los cimientos de la nueva ciudad, envió mil soldados escogidos para proteger á los trabajadores. A los pocos meses de haberse librado la batalla de Leuctres, reunióse una asamblea de arcadios, y muy poco después comenzó á elevarse Megalópolis (*la gran ciudad*) en una vasta llanura del Sudoeste de la Arcadia, á orillas de un afluente del Alfeo, cerca de las fronteras de Mesenia y de uno de los pasos que conducían al valle del Eurotas. Megalópolis, edificada con sujeción á un plano grandioso, tuvo el teatro más vasto de Grecia, y cuarenta ciudades, según Pausanias, ó mas bien cuarenta aldeas contribuyeron á poblarla. Solamente cuatro cantones rehusaron su concurso; á tres de ellos se les obligó por fuerza á contribuir al proyecto; el cuarto, aquel donde se elevaba Licosura, que se jactaba de ser la más antigua ciudad «de cuantas alumbraba el sol,» conservó por esta razón su autonomía. Orcomenes y Herea mantuvieron también separadas (370).

La nueva constitución de Arcadia parece un bosquejo de la que más tarde adoptaron los aqueos; pero faltan los documentos para conocerla bien. Cierta inscripción cita un consejo βουλῆ, compuesto de *demiurgos* ó diputados enviados por los pueblos que formaban parte de la liga arcadia, y á menudo se hace mención de

(1) En el anverso, la Quimera avanzando hacia la izquierda; en el campo, sobre aquélla, una corona y debajo las letras ΣΕ[χωριῶν.] En el reverso, paloma volando, y el todo en una corona de laurel. (Plata; Friedlaender y Sallet, núm. 129 y 131, pág. 71.)

un cuerpo llamado de los Diez Mil, que se reunía primero en Megalópolis, más tarde en las demás ciudades sucesivamente, en épocas determinadas, y cuantas veces lo exigía el interés público. ¿Quiénes eran aquellos Diez Mil? Sin duda una asamblea que se designaba con esta alta cifra para indicar solamente que era numerosa (1). Sus individuos debían ser los que llamaríamos ciudadanos activos, que pudiendo por su edad y su fortuna servir como hoplitas, constituían en tiempo de crisis el ejército del Estado y durante la paz su cuerpo legislativo. El consejo tenía probablemente, como los senados de las otras ciudades griegas, más que un derecho de consejo previo, *προβούλευμα*; la asamblea era la que resolvía sobre todos los asuntos importantes, como la paz, la guerra, las alianzas, el contingente de los cantones, las causas de alta traición, etc.; y los acuerdos que sobre estos asuntos tomaba eran obligatorios para todas las ciudades. Tampoco se sabe bien lo que fué el poder ejecutivo; solamente encontramos un estratega ó general que mandaba el ejército y presidía el gran consejo, unos arcontes encargados de la administración y un cuerpo de tropas asalariadas, como las que había entonces en todas partes; los *eparites*, que debían hacer ejecutar en cada ciudad las órdenes de la asamblea y de los magistrados. Las ciudades de Orcomenes y de Tegea fueron las únicas de la Arcadia que opusieron enérgica resistencia al nuevo estado de cosas, La primera admitió una guarnición lacedemonia; la segunda fué teatro de luchas sangrientas entre los dos partidos. Los demócratas, derrotados primero, tomaron la revancha, inmolando más tarde á ochocientos partidarios de la oligarquía. Esparta no podía, sin embargo, abandonar á sus amigos y sufrir tales injurias en silencio: Agesilao asoló durante tres días el territorio de Mantinea; pero como se aproximaba un ejército tebano, retrocedió para poner en estado de defensa á Lacedemonia (369).

Después de la victoria de Leuctres, Tebas se apoderó de Tespies y de Orcomenes de Beocia para someter á todo este país á sus leyes; y sus enviados obtuvieron la alianza de Eubea, de las dos Lócridas, de los malianos y hasta de la Fócida. Jasón de Feres, de quien hablaremos más adelante, le había ofrecido la de Tesalia, y su muerte, ocurrida poco después, le libró de un aliado demasiado poderoso. Por último, la Pitia, hasta entonces tan dócil á Lacedemonia, se declaraba en favor de Beocia: denunciados al consejo anfictiónico como infractores de la paz por la sorpresa de Cadmea, los espartanos habían sido condenados á pagar una multa de 500 talentos y á ser excluidos de las fiestas religiosas. El eje político de Grecia había cambiado; para fijarle en Tebas, Epaminondas propuso é hizo aprobar un proyecto de invasión en el Peloponeso, y al efecto reunióse un ejército considerable. Excepto Atica, casi todos los pueblos situados al Norte del golfo de Corinto habían contribuido á formarle, y cuando hubo franqueado el istmo, los eleanos, los argivos y los arcadios llevaron á él sus contingentes. Algunos escritores que no se muestran parcos en las cifras, como Diodoro y Plutarco, suponen que constaba, según el primero, de 50,000 hombres, y según el segundo de 70,000, de los cuales 40,000 eran hoplitas. Semejantes aglomeraciones de hombres habrían aplastado bajo sus pies, sin más que andar, «la ciudad sin murallas;» pero ahora se verá que Esparta necesitó muy pocos guerreros para inutilizar aquella formida-

(1) Se ha considerado á esos Diez Mil como representantes y delegados de los electores; pero no debía haber en la Arcadia confederada mucho más de diez mil hombres en edad, en disposición y con deseo de asistir á esas asambleas. Dos ciudades importantes, Orcomenes y Herea, no pertenecían á la liga, y una parte de la población de Tegea se había refugiado entre los lacedemonios. La asamblea pública en Atenas no contó jamás diez mil asistentes.

ble invasión. Cuanto más grave fuera el peligro, más debía acrecentarse á los ojos de la posteridad el honor del pueblo que supo evitarle, con lo que afirmábase más y más la tesis de los méritos contraídos por Lacedemonia.

Epaminondas se había propuesto hacer partícipes de la vida política á dos pueblos del Peloponeso, los arcadios, que acababan de mostrar una inesperada actividad, y los mesenios, á quienes Lacedemonia había aniquilado casi, pero de los cuales subsistían vástagos vigorosos en diversos puntos de su destierro. No había comprendido en su plan de campaña una invasión en Laconia porque la entrada de este valle, donde no se podía penetrar sino por los desfiladeros del Taigeto, era de fácil defensa, sin contar con que en caso de una derrota todos quedarían cogidos como en una ratonera. Sin embargo, decidióse á ello cuando supo que los desfiladeros no estaban guardados, y después de recibir de Laconia secretas invitaciones para ejecutar su plan. El ejército, formado en cuatro divisiones, penetró por otros tantos puntos diferentes y reunióse en Selasia, desde donde bajó, siguiendo la orilla izquierda del Eurotas, hasta cerca de Esparta, que desde que se hallaba en manos de la raza dórica no había visto encender los fuegos enemigos á su alrededor. El espanto era indecible; la mayor parte de la población, libre y esclava, rehusaba obedecer; mas por fortuna, Esparta tenía entonces un veterano acostumbrado á conservar su sangre fría en medio del peligro, y por su consejo prometiése la libertad á los ilotas que quisieran armarse. Se presentaron seis mil, y por mar llegó un contingente casi igual de aliados procedentes de Corinto, Sicione, Pellena, Epidauro, Trezena, Hermione y Halieos.

Después de haberlo saqueado todo al Este de Lacedemonia, el enemigo vadeó el Eurotas por frente de Amiclés, y durante tres ó cuatro días, Epaminondas esperó atraer á su adversario á una batalla, asolando la llanura á su vista; pero el rey no se movió. Tampoco produjo resultado un ataque de la caballería, y eso que los tebanos penetraron en la ciudad, adelantándose de este modo tal vez para sostener á los traidores, es decir, á doscientos espartanos que se habían posesionado de una altura en el barrio de Issorión. La caballería se retiró en desórden por haber caído en una emboscada, y en cuanto á los traidores, los que más cerca estaban de Agesilao decían que era preciso atacarlos.

Aquella guerra civil frente al enemigo hubiera dado lugar á otras traiciones, perdiéndose así la ciudad; en su consecuencia Agesilao fingió ignorar las malas intenciones de aquellos hombres, y sin arma alguna, seguido tan sólo de un ayudante, acércase á los rebeldes, les grita que han comprendido mal sus órdenes y que no es allí donde deben situarse, y al mismo tiempo les indica con la mano los diferentes puntos adonde deben acudir. Los traidores, convencidos de que no se



Cabeza del frontón del templo de Tegea (1)

(1) Cabeza de joven, en mármol, procedente del frontón del templo de Tegea, que había sido esculpido por Scopas; según las *Mittheilungen d. d. archaol. Instit. in Athen*, VI (1881), tab. 14. La cabeza se conserva hoy en el museo Central de Atenas.

ha descubierto nada, bajan y obedecen; Agesilao manda ocupar al punto el Issorión; á la noche siguiente, quince de los culpables perecieron, y otros conspiradores sorprendidos en falta, fueron cogidos por sorpresa y ejecutados. De modo que Agesilao se veía obligado á vigilar tanto á los suyos como á los enemigos.

Sin embargo, los medios de tomar una plaza eran tan defectuosos, que los tebanos no osaron intentar un ataque á viva fuerza contra aquellas colinas, á través de las calles y á lo largo de construcciones donde se podían ocultar emboscadas. Por otra parte, aquel antro del león inspiraba terror á los que durante tanto tiempo habían temblado con sólo oír el nombre de espartanos. Epaminondas bajó al valle, saqueando ciudades y pueblos, y después atacó el Gytheión, puerto de Esparta (1); pero después de tantos destrozos, el país, del todo exhausto, no podía proporcionar víveres. Los aliados, cargados de botín, querían ponerlo en seguridad, y poco á poco desertaban, por lo cual fué necesario emprender la retirada; pero Epaminondas dejó por lo menos en Esparta una huella terrible de su paso, la construcción de Mesenia en la vertiente occidental del monte Ithome. Los mejores arquitectos trazaron el plano de esa ciudad y los más hábiles trabajadores levantaron las murallas, cuyas ruinas son todavía objeto de admiración. Pausanias agrega, según lo acostumbra, á este gran hecho político, circunstancias maravillosas. Un sueño reveló al mesenio Epitelés el lugar donde Aristómenes había sepultado los reglamentos de los antiguos ritos; descubrióse un rollo de estaño en el cual éstos estaban grabados, y el día en que se echaron los cimientos de la nueva ciudad, practicáronse los sacrificios solemnes tales como se practicaran nueve siglos antes. Las grandes diosas Demeter y Persefoné volvían á tomar posesión de su culto, al mismo tiempo que el pueblo recobraba la tierra de sus antepasados (2). En recuerdo de su antigua alianza con los compañeros de Aristómenes, los arcadios consideraron como un honor ofrecer las primeras víctimas, y las oraciones á Júpiter Itomato confundiéronse en el altar con las elevadas á Júpiter Licaeos, del mismo modo que iban á mezclarse los destinos de ambos pueblos.

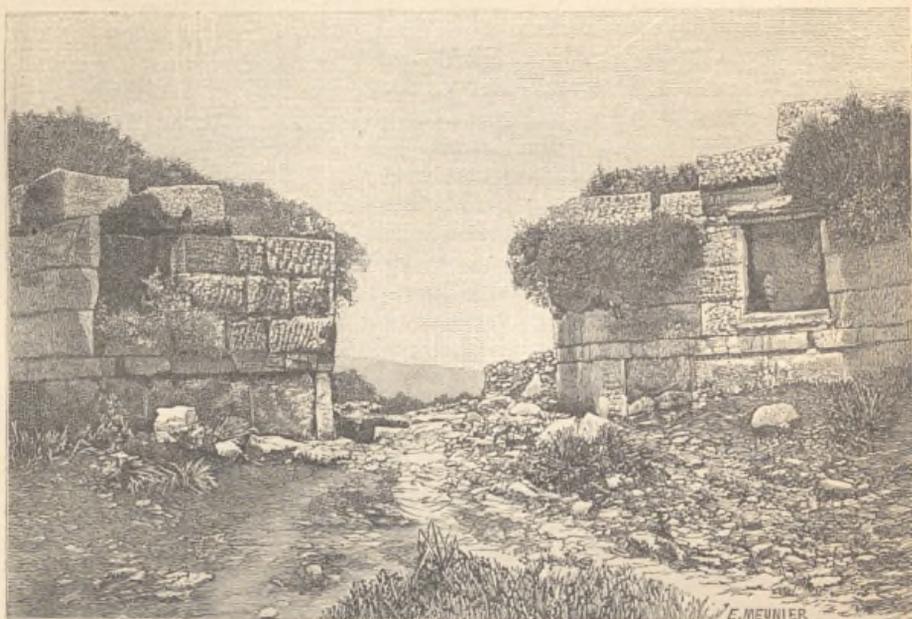
Epaminondas había recordado que aún sobrevivían algunos mesenios, á los cuales agregó, con los mismos derechos de ciudadanía, los extranjeros que se presentaron. Los ilotas de la Mesenia, descendientes de los antiguos dueños del país favorecieron sin duda esta empresa con una sublevación, formando la parte más considerable del nuevo pueblo. De esta suerte el rico valle de Pamisos quedó separado de la Laconia, ejemplo contagioso que promovió otras defecciones. Los escritas, al Norte, declaráronse independientes, y lo mismo hizo Selasia, en el valle del Eurotas; pero no supo conservar su libertad más allá de cuatro ó cinco años.

Después de haber hundido en el costado de Esparta aquel puñal, después de cercarla por Mesenia al Oeste, como ya lo estaba al Norte por Megalópolis y Tegea, donde dejó una guarnición, Epaminondas pudo salir contento de la península, cuyo aspecto había cambiado ya para siempre. El hábil general había dado pruebas de ser gran político; pero en el istmo encontró un enemigo inesperado. Esparta, reducida al último extremo, había invocado, como en la época de Tirteo, el apoyo de Atenas; y después de algunas borrascosas deliberaciones en la Agora, y mucho menos por amor á Esparta que por despecho contra Tebas, la asamblea

(1) Según la comisión de la expedición científica de Morea, la distancia entre Esparta y Gytheión no es más que de 43 kilómetros. Curcio supone que Epaminondas tomó el Gytheión guiéndose sin duda por lo que dice Polyano, II, 9; pero Jenofonte asegura (*Helen.*, VI, 5, 32) que lo atacó durante tres días, sin añadir que se hubiese tomado esa ciudad.

(2) Pausanias, IV, 8 y 26.

acordó enviar á aquella algunos socorros. La envidia es un mal sentimiento, que de ordinario no aconseja bien; pero no sucedió así en aquella ocasión, pues Atenas procedió sabiamente. Tebas comenzaba á mostrarse amenazadora: reinaba en la Grecia central, tenía aliados en Tesalia, casi súbditos en el Peloponeso, y muy pronto querría tener una flota en el mar de Egea. Si aquella potencia se consolidaba, los atenienses se hallarían en peligro, porque Tebas parecía aspirar también á la dominación que Esparta y Atenas ejercieron sucesivamente. Estos legítimos temores explican que Atenas contestara al llamamiento de Lacedemonia alistando



La puerta de Megalópolis en Mesenia (vista del patio interior) (1).

doce mil hombres para ocupar los pasos del istmo; pero Ificrates, que los mandaba, no osó arriesgar una batalla, y Epaminondas volvió á Beocia.

Plutarco, amante de lo trágico, dice que al regresar este jefe, Tebas, en vez de festejarle con entusiasmo, acogióle lanzando contra él una acusación capital, bajo pretexto de haber conservado el poder cuatro meses más de lo prevenido por la ley. Pelópidas, acusado como él, trató de conmover á sus jueces, y más tarde vengóse del retórico que había provocado la acusación. En cuanto á Epaminondas, no se defendió; declaróse dispuesto á morir, y pidió solamente que se escribieran sobre su tumba los nombres de Leuctres, de Esparta y Mesenia. Los dos fueron absueltos (369). Pausanias no sabe tanto (2); según él dice, el juicio fué una simple formalidad, cuyo cumplimiento exigió sin duda Epaminondas en su propio interés y los jueces no quisieron ni siquiera apelar á la votación.

La primera diligencia de Esparta, una vez libre, fué enviar á Atenas una embajada para cimentar la alianza entre los dos Estados, conviniéndose en que manda-

(1) De una fotografía. La vista está tomada desde la puerta del patio, viéndose en el horizonte las montañas de la Arcadia.

(2) IX, 14, 7.

rían sucesivamente por turno durante cinco días en mar y tierra. Megara, Corinto, Epidauro y Dionisio de Siracusa les prometieron auxiliares; pero los arcadios llamaron por segunda vez á los tebanos al Peloponeso. Un ejército de Esparta y de Atenas que quiso cerrarles el paso del istmo no pudo conseguirlo, y Epaminondas obligó á Sicione á entrar en la alianza beocia. Una tentativa sobre Corinto, que Cabrias hizo fracasar, y la llegada del socorro prometido por Dionisio de Siracusa, indujeron á Epaminondas á retirarse (verano de 369). Con la justicia propia de las democracias, acusósele á su vuelta porque en aquella campaña no había realizado las ambiciosas esperanzas de sus conciudadanos y se le retiró el mando.

Durante aquellas operaciones al Norte de la península, los arcadios, enardecidos por las vivas instancias de Licomedes, quisieron manejar por sí mismos sus propios asuntos. «Si sois juicioso, decíales aquél, guardaos de ir siempre, según vuestra costumbre, en pos de los demás, porque los tebanos llegarán á ser nuevos espartanos para vosotros (1).» Sus palabras fueron atendidas y los arcadios invadieron solos la Laconia, asolando algunos cantones. Al año siguiente quisieron repetir la operación, pero Arquidamos, hijo de Agesilao, lo impidió. No obstante, al saber que había franqueado su frontera, corrieron á su encuentro, hiciéronle retroceder hasta Laconia, y le atacaron cerca de Midea. La *victoria sin lágrimas* no costó según dicen, un solo hombre á los espartanos. Jenofonte elogia, en el relato de esta batalla, el valor de los mercenarios galos, que Dionisio había enviado en auxilio de Lacedemonia (2); es la primera vez que se hace mención de nuestros padres en el mundo griego (368).

#### IV. — INTERVENCIÓN DE TEBAS EN TESALIA. — BATALLA DE MANTINEA

Los asuntos de Tesalia, en los que Tebas se mezcló, permitieron algún reposo á Lacedemonia. Este país, largo tiempo desgarrado por las disensiones intestinas, tenía tres ciudades principales, Larisa, Farsalia y Feres, que se disputaban la supremacía. Probablemente en una lucha contra la aristocracia, el poder fué usurpado en Feres por Licofrón, que en el año mismo de la toma de Atenas alcanzó una importante victoria sobre los tesalios, conjurados para derribarle. Larisa, sin embargo, se resistió bien: allí dominaba Medios, jefe de los Aleuades, que auxiliado por un cuerpo de beocios y argivos, se apoderó de Farsalia. Al regresar Agesilao de Asia, devolvió la libertad á esta ciudad, que el rico Polydamas, «hospituario y fastuoso á la manera de los tesalios» (3), «gobernó algún tiempo con sabiduría y honradez, y con el consentimiento de sus habitantes. De modo que duraban todavía la rivalidad de las ciudades y la extenuación de Tesalia dividida; pero Jasón, sucesor, y tal vez hijo de Licofrón, quiso que ésta tuviese más importancia. «Cuando Tesalia esté unida bajo el gobierno de un *Tagos*, decía, puede obligar á todos sus vecinos á obedecerla, porque le es fácil poner en campaña 6,000 hombres de caballería y 10,000 hoplitas (4).» Y no eran vanas sus palabras, pues tomando á su sueldo 6,000 mercenarios, ejercitólos con el mayor cuidado, y aseguróse de su fidelidad con algunas larguezas. Después obligó á varias ciudades á entrar en su alianza, es decir, á reconocer su supremacía; concluyó con Alcetas, rey de Epiro, un tratado por el que aquel monarca se convertía en vasallo del

(1) Jenofonte, *Helen.*, VII, 1, 23.

(2) Jenofonte, *Helen.*, VII, 1, 20 y 31.

(3) Jenofonte, *Helen.*, VI, 1, 2.

(4) Jenofonte, *Helen.*, VI, 1, 3.

príncipe tesalio; y como Farsalia se apoyaba en Esparta, entró en relaciones con Tebas, pero rehusando la amistad de Atenas, á fin de que esta alianza no entorpeciera sus proyectos marítimos. Había fijado ya por esta parte sus miras, favorecidas por la proximidad de Pagaso, el puerto de donde salieron los Argonautas (1); pero Farsalia era para él un grave obstáculo. En su consecuencia, tuvo con Polidamas una entrevista, mostróle sus fuerzas, explicándole sus planes, y obtuvo de él la promesa de que si Esparta no le prestaba auxilio, abriría sus puertas. Esparta rehusó todo socorro; Polidamas y Jasón cumplieron su palabra, el uno entregando la ciudad, y el otro tratándola como aliada (374).

Dueño entonces de toda la Tesalia, Jasón se hizo nombrar *tagos*, es decir, jefe supremo y legal del país, y aumentó sus fuerzas hasta 20,000 hoplitas y 8,000 caballos, sin contar muchas tropas ligeras. También quería tener una marina poderosa, y sus secretas esperanzas iban más allá de lo que sus fuerzas alcanzaban. Después de Leuctres, invitado por los tebanos á prestarles auxilio para completar la ruina de Esparta, había acudido con numerosas fuerzas y negociado artificiosamente una tregua que salvó los restos del ejército de Cleombroto. Convenía á sus designios que una de las dos ciudades no aniquilara á la otra, á fin de que su rivalidad le abriese más fácil camino para la dominación de Grecia. Al volver de aquella expedición, en la que figuró como mediador entre dos poderosas ciudades, apoderóse de Heraclea, que era la llave de las Termópilas, y de Hyampolis, en los confines de la Fócida y de la Beocia; con ello asegurábase el paso franco por los caminos en diversas direcciones. Cierta día anunció su intención de ir á ofrecer en Delfos un sacrificio y presidir los juegos pitios, con cual objeto había exigido á sus súbditos una contribución de 1,000 bueyes y de 10,000 cabezas de ganado menor, prodigiosa ofrenda que debía asombrar é intimidar á Grecia, haciéndole ver la extensión de los recursos de Tesalia; pero como antes de marchar concediese audiencia pública, siete jóvenes se acercaron á él bajo pretexto de hacerle juez en una contienda, y le dieron muerte. Poco tiempo antes algunos delfianos, inquietos por aquella futura visita y temiendo por los tesoros del templo, habían preguntado al oráculo cómo rechazarían á Jasón. «El dios sabrá defenderse,» contestaron los sacerdotes; y en efecto, el dios se había defendido. Los asesinos de Jasón que escaparon de manos de sus guardias, fueron recibidos con honores en las ciudades griegas, que se creían amenazadas por el ambicioso tesalio: sus grandes proyectos perecieron con él (370).

También se acusó de este asesinato á uno de los hermanos de Jasón, Polidoros, que le sucedió; Polifrón, el otro hermano, le dió muerte, y fué asesinado á su vez por su sobrino. Este, que se había hecho ya célebre entre los tiranos crueles bajo el nombre de Alejandro de Feres, consagró á los dioses la lanza con que había herido á Polifrón, mató al sabio Polidamas é hizo asesinar á todos los habitantes de dos ciudades que le habían ofendido. Los Aleuades de Larisa llamaron en su auxilio al rey de Macedonia Alejandro II, y como este príncipe estaba muy ocupado con sus propios asuntos, dirigieronse á Tebas, la cual les envió á Pelópidas, cuyo enérgico lenguaje intimidó al tirano lo bastante para hacerle huir precipitadamente con sus guardias (369). Desde allí pasó Pelópidas á Macedonia, adonde había ido ya después de la muerte de Amintas (370); y adonde volvía ahora para

(1) Pagaso, algunas de cuyas ruínas se ven aún cerca de la moderna Volo, hallábase en el fondo del golfo Pagasético, vasta superficie de agua que una larga y poderosa curvatura de la península de los magnetas protegía contra el oleaje. Todavía subsisten algunos restos del acueducto construido por los romanos para conducir á Pagaso el agua de las montañas.

combatir la influencia de Atenas, entonces dominante en Pella, y obligando á Ptolomeo, que acababa de matar á Alejandro II para usurpar el poder como tutor de Perdicas III, á entablar relaciones amistosas con Tebas. A fin de asegurarse de él en esta alianza, llevóse consigo en calidad de rehenes á Filipo, hermano del rey, con otros treinta jóvenes de las más ilustres casas de Macedonia. «Grecia pudo comprender entonces, dice Plutarco, á qué punto de grandeza habían llegado los tebanos, qué opinión se tenía de su poderío y qué confianza inspiraba su justicia.» El último punto era dudoso, pero no los otros dos (368).

Sin embargo, como en tiempo de la paz de Antálcidas, los extranjeros se ocupaban en reconciliar á los griegos: Ariobarzanes, sátrapa del Helesponto, que tenía interés particular en sacar á Esparta de sus apuros, propuso que se celebrara en Delfos una reunión de representantes de los diversos Estados, enviando á este efecto á un hombre de Abydos llamado Filiseos con mucho dinero para arreglar



Moneda persa (1)

el asunto. Pero como Tebas rehusaba abandonar la Mesenia, no se pudo llegar á un acuerdo y Filiseos comenzó á buscar tropas para el servicio de los lacedemonios. Era preciso romper aquella alianza. Pelópidas fué á ver al gran rey; y á poco se presentaron allí otros diputados de Esparta, Atenas, Arcadia, Elida y Argos; y la corte de Susa pudo contemplar una vez más el espectáculo vergonzoso que ofrecía la Grecia humillada á los pies de aquellos á quienes había vencido (368). Artajerjes no tuvo atenciones más que para el hombre que había hecho temblar á Lacedemonia, y hallóle, virtud rara en Grecia, tan incorruptible como intrépido; pues mientras uno de los diputados de Atenas aceptaba el oro persa, Pelópidas rechazaba todos los presentes del rey, obteniendo, en cambio, para su patria el reconocimiento de la independencia de Mesenia, la orden de que Atenas desarmara su flota, y la amenaza de atacar á toda ciudad que rehusara entrar en la alianza de Tebas y de Persia.

Fácil le era al rey enviar órdenes; más dificultades ofrecía el hacerlas ejecutar. Atenas condenó á muerte al diputado que había vendido sus intereses, y cuando se convocó á los aliados en Tebas para jurar ante el representante persa que se observarían las condiciones impuestas, todos se negaron á prestar tal juramento y hasta se dió el caso de que los arcadios salieran al punto de la ciudad. Uno de ellos, había dicho desdeñosamente, al volver la embajada: «He visto muchos pasteleros, cocineros, escanciadores y escribanos, pero no he visto un solo hombre. La magnificencia del rey no es más que una ostentación; su decantado plátano de oro no podría prestar sombra á una cigarra.» Estas palabras eran de mal agüero para Persia; hacía ya largo tiempo que sus ejércitos no intimidaban á los griegos; y he aquí ahora que todas las pompas de la corte de Susa no servían más que para provocar los sarcasmos de aquellos hombres burlones. El tratado, pues, no era aceptado. «De este modo, dice Jenofonte, se desvaneció el pretendido imperio de Tebas.»

Aquel mismo año sufrió un descalabro en el Norte. Para obligar á Alejandro

(1) Galera de vela surcando las olas. En el reverso, cuadrado hueco con un rey de Persia que lleva en la cabeza el *cidaris* y va acompañado de un auriga; ambos están de pie en un carro tirado por dos caballos; encima, parte anterior de un macho cabrío; grabado en hueco (plata).

de Feres á que aceptase el tratado impuesto por Persia, envióle á Pelópidas; mas el tirano, viéndole mal acompañado, apoderóse de él y le encerró en una prisión. Al principio, dice Plutarco, permitía á los habitantes de Feres que fueran á verle, pero Pelópidas los exaltaba con sus discursos, y enviábale á decir que era una insensatez dar muerte á tantas personas que nada le habían hecho y perdonarle á él, que una vez libre de sus manos, no dejaría de castigarle. Como el tirano le preguntara por qué le urgía tanto morir, contestó: «A fin de que, llegando á ser tú más enemigo de los dioses y de los hombres, perezcas antes.» Desde entonces, nadie se pudo acercar á Pelópidas; la mujer de Alejandro, Thebé, no obstante, fué á ver en secreto al héroe, el cual le hizo comprender cuán vergonzoso era permitir que viviera semejante monstruo, y desde entonces la esposa del tirano concibió el proyecto que más tarde puso por obra (1).

Por aquella época fué cuando Atenas, segun se supone, cometió dos malas acciones: su temor á la elevación tebana indújola á entrar en la alianza con el tirano, en cuyo honor levantó una estatua, y á quien envió treinta galeras y mil soldados, y juzgando que se debía atender antes á lo útil que á lo honroso, trató de sorprender á Corinto, ciudad que era entonces su aliada, para asegurar sus comunicaciones con la Arcadia (2). Por este lado no consiguió su objeto, pero por otro el éxito coronó sus planes: un ejército que Tebas envió para librar á Pelópidas fué batido, y á no ser por Epaminondas, que servía como simple hoplita, el enemigo le habría aniquilado. Habiendo el pueblo reintegrado en el mando á su antiguo caudillo, éste marchó á Tesalia, donde pudo intimidar lo suficiente al tirano para que le entregara su prisionero á cambio de una tregua de treinta días (368).

Al año siguiente, Tebas encomendó á Epaminondas una tercera expedición en el Peloponeso para reprimir la alegría de Esparta por su reciente triunfo, la *victoria sin lágrimas*, y también para contener á los arcadios, tomando contra ellos un punto de apoyo en la Acaya y la Elida. Los aqueos, á quienes hizo aceptar la alianza de Tebas, entregaron á sus nuevos amigos Naupacta, situada en la costa septentrional del golfo de Corinto, que iba á convertirse de esta suerte en un mar beocio, y admitieron en sus ciudades á algunos harmostes tebanos. Sin embargo, aquella alianza se había hecho en perjuicio de las familias aristocráticas de Acaya, las cuales, expulsadas de sus casas y despojadas de sus bienes, formaron partidas de proscriptos, como las que merodeaban alrededor de la mayor parte de las ciudades griegas, asolaron la campiña y mantuvieron en perpetua alarma á los habitantes de aquéllas. Los arcadios, vecinos de la Acaya, sufrieron mucho á consecuencia de tales saqueos, y el poco agradecimiento que habían conservado á Tebas se debilitó más aún. De este modo, por la rivalidad de los partidos en el interior de



Moneda de la Elida, *in genere* (3)

(1) No garantizo estas anécdotas, que Plutarco embelleció sin duda para realzar al héroe tebano.

(2) A estas dos malas acciones agregó una tercera pocos años más tarde: habiendo Pythón y Heráclides dado muerte á Cotys (359), los asesinos fueron celebrados en Atenas como héroes. Sobre los asesinatos de reyes y tiranos, véase la larga enumeración de Aristóteles, *Política*, V, 10. Ya he dicho que los griegos no tenían las mismas opiniones que nosotros respecto á esta cuestión.

(3) Cabeza de Hera Olimpia mirando á la derecha y adornada de una ancha diadema en que se lee  $\Phi\Lambda\epsilon\iota\omega\text{N}$ ; en el campo las letras  $\Phi\Lambda$ , iniciales de la misma palabra. En el reverso, águila de pie sobre una roca, con las alas extendidas y alrededor una corona de olivo. (Didracma).

las ciudades, y por las de éstas entre sí, nada grande podía hacerse, y nada duradero era posible establecer en aquel desgraciado país, donde mezquinas pasiones sofocaban todo sentimiento general.

La influencia de Tebas, que disminuía en el Peloponeso, se había perdido ya en Tesalia, y de consiguiente en Macedonia; mientras que Atenas, por el contrario, rehacía á la callada su imperio. Al cabo de diez meses de sitio, Timoteo acababa de someter á Samos, dependencia incierta del gran rey (365); al año siguiente el sátrapa insurrecto de Frigia le cedió una parte del Quersoneso, y al mismo tiempo atrajo á su alianza á las ciudades de la Calcídica. Atemorizada Corinto al observar aquella grandeza renaciente, y las intenciones que Atenas manifestara hacía poco hacia aquella ciudad, quiso retirarse del conflicto, y envió á preguntar á los espartanos si pensaban que su concurso podría asegurar la paz, y para el caso de que así no fuera, solicitaba permiso para entablar negociaciones. Esparta autorizó lo que no podía impedir: Epidauro, Flionte y algunas otras ciudades imitaron á Corinto.

Tebas no se conformaba con esto, y luchaba contra las dificultades para conservar y aun aumentar la importancia que había adquirido. Epaminondas, cuya ambición patriótica se acrecentaba con sus triunfos, mostróle el imperio marítimo de que podía apoderarse y los despojos de Atenas que se podrían transportar á la Cadmea. Este consejo no era el de un sabio ni de un ciudadano previsor: si Atenas tenía arsenales que se llenaban rápidamente y una flota que se reconstituía muy pronto, debíalo á los recursos facilitados por su gran comercio; mientras que Tebas, por el contrario, situada en medio de las tierras, sin la menor industria, sin más objetos de cambio que los productos de su suelo, y no habiendo tenido jamás un barco, no podía asegurarse en el mar una dominación duradera. Por eso era antipolítico lanzarla por una senda que no fuera la suya propia. Epaminondas la indujo á construir cien trirremes, cosa fácil de hacer y de rápida ejecución; con esta flota recorrió el mar Egeo, sin grandes victorias pero también sin reveses, y obteniendo para su patria la alianza para ella estéril de Rodas, Chios y Bizancio. Durante su ausencia fué cuando los tebanos dieron muerte á todos los habitantes varones de Orcomenes (1).

Otra expedición, organizada algunos meses después, importaba más al honor y á la fortuna de Tebas: había ésta enviado de nuevo á Tesalia y al frente de un ejército á Pelópidas, quien habiendo encontrado á Alejandro cerca de Farsalia, en una llanura sembrada de altos picos, llamada Cabezas de perros (Cinocéfalos), atacóle con furia y le venció; pero halló á su vez la muerte en aquella jornada por haber intentado dar alcance á su enemigo, que se ocultaba en medio de sus guardias (364). Las ciudades de Tesalia, que le habían llamado, hicieronle funerales que á ningún otro mortal se concedieron, si se acepta que el más hermoso adorno no es el oro ni el marfil sino las lágrimas sinceras y el sentimiento profundo y verdadero de todo un pueblo. Un ejército de 7,000 hombres, dirigido contra Alejandro, obligóle á devolver la libertad á las ciudades de que se apoderara y á jurar que obedecería fielmente las órdenes de los tebanos.

Cuando tuvo nuevamente sometida á Tesalia, Tebas pensó en reducir otra vez á su influjo el Peloponeso.

El desorden que en éste reinaba era extremado; los eleanos y los arcadios luchaban entre sí, y las cosas iban de mal en peor para los primeros, aunque los espartanos intentaron en favor suyo una diversión que no tuvo éxito. Los arcadios

(1) Véase pág. 83.

se apoderaron de Olimpia, donde los de Pisa, sus aliados, celebraron los juegos. Esto reanimó el espíritu de los eleanos, los cuales, presentándose con las armas en la mano en medio de la fiesta, atacaron á los arcadios, á quienes apoyaban 1,000 hoplitas de Argos y 400 caballos de Atenas (1). La acción fué muy empeñada y gloriosa para los eleanos, á quienes hasta entonces se consideraba como los peores soldados de Grecia; pero Olimpia y los tesoros de su templo quedaron en poder de los arcadios (364). Desde que la guerra era continua y se hacía con mercenarios resultaba muy dispendiosa; de modo que los gobiernos que no eran bastante juiciosos para evitarla, veíanse reducidos á peligrosos expedientes. Atenas había hecho uso del dinero de sus aliados, perdiendo con ello la afección de éstos; Esparta había exigido á los suyos el pago de pesados impuestos, y provocado rebeliones. Los arcontes de Arcadia se apoderaron sin escrúpulo del oro sagrado de Olimpia para pagar á sus *eparites*, originándose de aquí la ruina de la confederación arcadia. Los devotos reclamaron contra aquella impiedad, y la ciudad de Mantinea, que veía á Tegea admitir una guarnición beocia, y á Megalópolis apoyar en todas las circunstancias la ambiciosa política de los tebanos, se puso á la cabeza de aquella oposición á la vez religiosa y patriótica; pero al mismo tiempo se ofreció á pagar su parte del dinero necesario para el mantenimiento de los *eparites*. Citados ante los Diez Mil y acusados de querer quebrantar la confederación, los mantineos rehusaron presentarse, y amenazados de un ataque, cerraron las puertas de su ciudad. Los mismos Diez Mil opusieron á que el dinero sagrado se aplicara á usos profanos. Los mercenarios se dispersaron seguidamente, y los arcontes, temiendo alguna acusación de sacrilegio acompañada de una orden de restitución, llamaron á los tebanos.

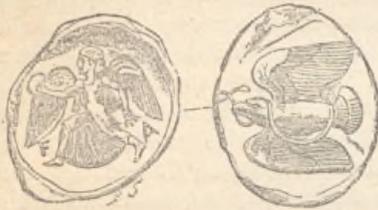
Sin embargo, los patriotas arcadios consiguieron que se firmase la paz con la Elida á condición de que se restituyese el oro tomado de Olimpia; y ya celebraban esta paz en Tegea, cuando en medio de la fiesta el harmoste beocio, que mandaba en la ciudad un destacamento de trescientos hombres y que veía en aquella paz la pérdida de la influencia tebana, apoderóse de toda la asamblea y púsole prisionera, aparentando creer en una conspiración para entregar la plaza á los lacedemonios. La indignación pública le obligó á devolver la libertad á los cautivos y á huir á Tebas, donde varios diputados fueron á reclamar castigo contra él. Epaminondas le justificó, acusando á los arcadios de haber violado la alianza al firmar la paz con la Elida sin el asentimiento de los tebanos. El hombre honrado desaparecía, sustituyéndole el ciudadano, que se juzgaba en el deber de sacrificarlo todo al engrandecimiento de su patria, aunque éste fuese hijo de una injusticia.

Cuando se supo la contestación de Tebas, una parte de los arcadios se armaron y pidieron después socorro á Esparta y á Atenas, que acababa de firmar un tratado con ellos (2). Para reprimir aquella defección del Peloponeso, Tebas envió allí

(1) Se ha encontrado en Argos una inscripción que contiene una lista de multas impuestas por los argivos á cierto número de ciudades, particularmente á las arcadias de Alea y de Stymfala y á toda la comunidad de los arcadios, τὸ κοινὸν τῶν Ἀρκαδίων. Lebas ha deducido de ella que se trata de la antigua anfictionía de Argos, que por la humillación de Esparta después de Leuctres había recobrado todo su vigor, y que comprendía, además de la Argólida, la Arcadia oriental; pero no ha podido señalar á este documento una fecha mas precisa que la de 371 á 147.

(2) Aún conservamos un fragmento de la estela en que se había escrito el tratado de 362, y sobre la cual existía un bajo relieve representando dos mujeres de pie ante Zeo, sentado y sirviendo de testigo. Una de las dos mujeres es Atena y la otra el Peloponeso, ó más bien la personificación de los cuatro pueblos, arcadios, eleanos, aqueos y filiasios, con los que Atenas acaba de contraer alianza.

en 362 á Epaminondas, que poco después acampaba en Tegea para ocultar sus movimientos; pero habiendo sabido que Agesilao, llamado por los mantineos, acababa de salir de Esparta con todas sus fuerzas, emprendió la marcha de noche y llegó á Laconia. Si un desertor cretense no hubiera corrido para advertir del hecho á Agesilao, Esparta, completamente indefensa, «habría sido tomada como el nido de un pájaro.» El anciano rey volvió á tiempo y atendió á todo, resultando de aquí que Epaminondas, esta vez como la primera, debió detenerse ante aquella ciudad abierta. Había creído sorprenderla, y no esperó á apoderarse de ella por medio de un sitio, que se prolongaría de casa en casa y para el cual carecía de víveres. Por otra parte, no debía dejarse encerrar en aquel estrecho valle, entre la ciudad y el ejército espartano que se acercaba. Volvió, pues, á la Arcadia á marchas forzadas,



Moneda de Elida, *in genere* (1)



Moneda de Elida, *in genere* (2)

precedido de su caballería, que intentó otro golpe de mano sobre Mantinea; pero los de los atenienses, que acababa de llegar á la plaza, salió intrépidamente al encuentro de aquel enemigo, al que estaba acostumbrado á temer, y rechazólo. En aquella acción pereció Grilos, hijo de Jenofonte. Cuando éste recibió la noticia, ocupábase en ofrecer un sacrificio en el templo de Artemis; en señal de duelo, retiró la corona con que el oficiante iba á ceñir su cabeza; pero cuando supo que Grilos había muerto como héroe, volvió á ponérsela sin verter una lágrima, diciendo: «Ya sabía que mi hijo era mortal.» Si el relato es verídico, la frase era demasiado espartana (3).

Acercábase el término fijado para el fin de la expedición; pero Epaminondas no quiso marchar dejando oscurecida tras sí la gloria de las armas de Tebas, y fué á buscar al enemigo cerca de Mantinea, en una llanura donde se cruzan los caminos de la Arcadia con los que proceden del istmo de la Argólida y de la Laconia, y donde tantas veces se ha disputado la suerte del Peloponeso. De las cinco batallas empeñadas en aquel lugar (4), ésta fué la más célebre, «pues jamás habían puesto en línea griegos contra griegos tan considerable número de hombres.» Eran 22,000 por parte de los espartanos y 33,000 por la de Epaminondas, si aceptamos las cifras de Diodoro.

(1) Victoria caminando con precipitado paso hacia la izquierda: lleva en la mano derecha una corona. En el campo FA[ΛΕΙΩΝ]. En el reverso un águila volando hacia la izquierda y llevando en su pico una serpiente enroscada que trata de envolverla en los anillos de su cola. (Plata.)

(2) Busto de Hera Olimpia mirando á la derecha: lleva los cabellos levantados por medio de una cinta. En el campo FA (por FAAEION). En el reverso águila de pie y en reposo, rodeada de una corona de olivo. (Tetradracma.)

(3) Desde que Atenas había vuelto á contraer alianza con Esparta, el decreto de destierro contra el compañero y amigo de Agesilao fué, sin duda, anulado; mas no parece que Jenofonte volviera á Atenas, y conjetúrase que, expulsado por los eleanos de Scilonte, retiróse á Corinto y allí murió.

(4) En 418, victoria de Agis; en 362, de Epaminondas; en 296, de Demetrio; en 243 de los aqueos, y en 206, de Filopemen sobre Macanidas.

Observando la misma táctica que en Leuctres, Epaminondas sorprendió á sus adversarios, que no esperaban una acción, no empleando más que sus mejores tropas, mientras concentraba en un solo punto una masa poderosa que arrolló cuanto á su paso se oponía. El jefe estaba en primera fila, pues en aquellas repúblicas envidiosas unas de otras, los generales debían hacer las veces de soldados tanto como de capitanes, y ser los más intrépidos, al par que los más hábiles. Epaminondas se adelantó demasiado á los suyos, y rodeado de enemigos, combatió largo tiempo á pesar de sus heridas, hasta que al fin recibió en el pecho una lanzada tan violenta que el asta del arma se rompió, quedando el hierro en la herida. Los tebanos arrancaron con dificultad su cuerpo al enemigo y llevaronle aún con vida al campamento; y como los médicos declarasen que moriría apenas se retirase de la herida el hierro del arma, Epaminondas llamó á su escudero para saber si se había salvado su escudo. El fiel servidor se lo mostró; el héroe preguntó después á favor de quién quedaba la victoria, y se le contestó que los beocios triunfaban. «Pues bien, repuso, ya puedo morir;» y ordenó que le arrancasen el hierro. En aquel instante, los amigos que le rodeaban profirieron gemidos de dolor, y uno de ellos exclamó: «¡Cómo! Epaminondas, ¿habrás de morir de este modo sin dejar hijos? — ¡No, replicó; no, por el gran Júpiter!, pues dejó dos hijas, las victorias de Leuctres y de Mantinea.» (Año 362.)

Antes de expirar, Epaminondas quiso ver á Jolaidas y á Diofantos, dos de sus oficiales, á quienes juzgaba dignos de sucederle. «Han muerto ya, le contestaron. — Pues entonces, firmad la paz.» Tebas, en efecto, había perdido todos sus jefes, sin alcanzar en Mantinea una victoria decisiva. La caballería ateniense había conseguido alguna ventaja sobre la infantería ligera de los tebanos, y de una y otra parte, el ala izquierda quedó dueña del terreno; de modo que ambos ejércitos reclamaron los muertos, levantándose dos trofeos en el campo de batalla.

«Aquel combate, dice Jenofonte, dejó en Grecia la misma confusión de antes.» Era el último golpe descargado contra el imperio de Esparta, pero no se consolidaba con esto el de los tebanos. Al año siguiente, todos convinieron en firmar una paz por la cual se reconocía la independencia de Mesenia y se aseguraba la de los demás Estados del Peloponeso. Esparta protestó, pero como estaba sola, nada podía hacer.

La obra de Jenofonte termina en la batalla de Mantinea. Hemos perdido á Herodoto después de Platea, y á Tucídides en 411, y ahora Jenofonte desaparece con Epaminondas. Los grandes hombres y los grandes historiadores han muerto; la Grecia se va (1).

(1) Debemos decir, no obstante, que los *Helénicos* es una obra de poco mérito, que carece del encanto de las *Musas*, de Herodoto, y de la profundidad de los libros históricos de Tucídides, amén de que contiene numerosas inexactitudes, una parcialidad que subleva y una infinidad de hechos triviales, sin el menor interés é importancia, que obscurecen las grandes líneas de la historia de aquel tiempo y que, por la misma razón, he procurado no recoger.

## CAPITULO XXX

## ESTADO DE GRECIA ANTES DE LA DOMINACION MACEDÓNICA

## I. — ESPLENDOR PERSISTENTE DE LAS ARTES

A falta de grandes hombres y de grandes cosas, ¿obtendría Grecia por lo menos la tranquilidad después de la paz firmada en 361? Así podía esperarse razonablemente.

Desde hacía cerca de un siglo, desgarrábase con sus propias manos. Los unos se armaban para lograr la omnipotencia, los otros para aniquilar la usurpación; Esparta, Atenas, Esparta otra vez y después Tebas, habíanse extenuado para sostener un poderío demasiado grande; cada cual, sucesivamente, había visto á sus aliados volverse contra ella al día siguiente de la victoria. El espíritu de independencia municipal había vencido al espíritu de unión. La experiencia demostraba plenamente que Grecia, obedeciendo á instintos invencibles, no quería ser imperio.

De todas aquellas dominaciones quebrantadas, solamente se debía sentir la pérdida de una, la de la Atenas de Pericles. Mientras duró, hubo menos crueldades é injusticias, y un esplendor y prosperidad que jamás se habían conocido en Grecia. Esparta ejerció sobre todos un yugo brutal; la conducta de Tebas respecto á Tespíes, Platea, Orcomenes y hasta Tegea, y la costumbre que tomó de enviar ella también harmostes á las ciudades de sus aliados, no anunciaban una autoridad más benigna. Por otra parte, no tenía ningún plan ni miras elevadas; como Esparta, ambicionaba el poder por el poder mismo; y esta dominación, así como la de Lacedemonia, no tenía en sí su razón de ser, porque Grecia no habría ganado nada obedeciéndola. Habían pasado ya aquellos tiempos en que la coalición era necesaria. Al día siguiente de la invasión persa, había podido temerse otro ataque del gran rey, del mismo modo que tras los ejércitos de Darío vinieron los de Jerjes, y este justo temor había legitimado el imperio de Atenas. Hay otra razón que explica por qué este imperio subsistió tanto tiempo siendo de todos respetado, y por qué á pesar de tantos desastres, quedaron de él restos importantes, y esta razón es la de haber surgido naturalmente por la fuerza misma de los hechos. Pero en el momento á que hemos llegado, ¿qué peligros podía vislumbrar la vista más penetrante? En el Oriente, Persia luchaba en aquella larga agonía de los Estados orientales, que tan poca vida tenían, y que, sin embargo, tanto tardaban en morir. En el Occidente, los romanos se ocupaban aún en reedificar su ciudad, incendiada en otro tiempo por los galos; y en el Norte nada se debía temer, porque Jasón había muerto, desapareciendo con él sus grandes proyectos. En cuanto á la Macedonia, tan trastornada, y tan impotente hacía siglos, cualquiera se habría burlado del profeta que hubiese predicho su próximo engrandecimiento (1).

(1) Véase en Arrien: *Expedición de Alejandro*, VII, 9, 2; en Q. Curcio, X, 10, y más adelante, la pintura que Alejandro hará á sus tropas del misero estado de Macedonia al advenimiento de Filipo.

Un amigo de Grecia, pues, hubiera visto entonces sin espanto el término de la sangrienta experiencia que hacía tres ó cuatro generaciones se venía realizando. No pudiendo los griegos unirse, parecían haber llegado, por lo menos, á condiciones generales de existencia más equitativas y mejores. No había ya pueblo que dominase á otro, y de consiguiente, no existían soberanos y súbditos, pero había menos fraccionamiento. Muchos Estados pequeños habían formado alianzas que comprendían las ciudades de provincias enteras, medio mas seguro y menos contrario á las tendencias imperiosas del espíritu griego para obtener tal vez algún día, por la unión de las ligas provinciales, una confederación de todo el cuerpo helénico. Estas alianzas, además, están basadas en condiciones más justas: todos los aliados de Atenas, desde los más humildes á los más poderosos, tienen voto en el congreso general, y todos los individuos de la confederación de Arcadia, como los de la liga aquea, poseen derechos iguales. En la nueva alianza entre Lacedemonia y varios pueblos del Peloponeso, se conviene en que cada Estado gobernará en su territorio.

Una de las grandes iniquidades de Lacedemonia, el ilotismo de los mesenios, había sido ya reparada: Mesenia era independiente, y Esparta se mantenía encerrada en su valle del Eurotas. La Arcadia, renunciando á sus antiguas divisiones, había reunido casi todos sus pueblos en la gran ciudad, *Megalópolis*, constituyendo un Estado capaz de refrenar la ambición espartana y de proteger contra ella el resto del Peloponeso. Corinto, cansada de aquellas guerras que la arruinaban, no aspiraba más que á la paz, al comercio y á los placeres. Argis, en otro tiempo cubierta de sangre, veía al menos que los partidos se apaciguaban, concediéndole algún reposo. Los aqueos reanudaban su antigua confederación con ideas de igualdad y justicia que les valdrán el honor de ser los últimos sobrevivientes de la Grecia. La liga beocia obedecía á Tebas, pero con menos violencia que antes, y Atenas, en fin, había realzado su comercio con su marina militar, atrayendo á los antiguos aliados por su juiciosa conducta.

¿Qué impedía ahora á los Estados que habían vuelto á encerrarse dentro de sus límites vivir en paz, después de convencerse mutuamente de su impotencia cuando emprendían la lucha? ¿Por qué no volverían á ser, como lo fueron cien años antes, un foco de luz cada cual de ellos? A pesar de tantas batallas, su población no había disminuído en grandes proporciones, y su actividad física é intelectual en nada había menguado. Sus soldados eran siempre los mejores del mundo, pues la legión romana no había salido aún á campaña, como tampoco la falange macedónica. Sus sabios y sus artistas eran numerosos; para el arte, para la filosofía y para la elocuencia continuaba aún lo que se llamó el siglo de Pericles.

Fidias, Policletes, Zeuxis y Parrhasios habían muerto, y en manos de sus sucesores, el arte se transforma. En el friso del templo de Apolo Epikurios, cerca de Figalia (1), Ictinos había comunicado ya á sus figuras más viveza que la de los bajos-relieves del Partenón. Una generación después, la pasión anima el mármol, como en otro tiempo agitó las tragedias de Eurípides. Dionisio siente la embriaguez que inspira, Afrodita la voluptuosidad que promete; el estilo, menos severo, es más humano, y el movimiento de la vida sustituye á la calma serena de los dioses de Fidias.

La escultura entra por la senda que conducirá á los artistas á componer estatuas icónicas, á subordinar demasiado á menudo el arte á la verdad vulgar; por la

(1) Este templo, después del de Teseo en Atenas, es el mejor conservado de todos los de Grecia. El friso de la *cella* se halla en el museo Británico.

investigación del detalle, el exceso de lo acabado y una exactitud demasiado servil, se perderá el sentimiento de la belleza ideal. Luciano expresa esta tendencia al decir de un artista de aquel tiempo, Demetrios, que ya no era un hacedor de dioses, sino de hombres, οὐ θεοποιός τις, ἀλλ' ἀνθρωποποιός ὢν (1). También se mostrará inclinación á lo trágico y á lo gigantesco, construyéndose colosos de bronce que serán prodigios de industria. Charés de Lindos fabricará hacia el año 280 el coloso de Rodas, y Lisipo un Júpiter de cuarenta codos de altura (18m,15). Pocos años después, Demócrates ofrecerá á Alejandro tallar el Atos en estatua, de modo que una de las manos sostenga una ciudad y la otra deje escapar un torrente que cae-



El Dionisio de Praxiteles (2)



Afreidita de Cnido (3)

rá en forma de poderosas cascadas (4). El héroe tuvo más gusto que el artista, pues rechazó esta proposición. A cada cual su obra; que el hombre deje á Dios sus montañas (5).

Pero antes de que los artistas se preocuparan de hacer lo trágico, que no es propio de la estatuaria, hubo para el arte griego un período encantador, lleno de gracia, que se complació en dar á los dioses la juventud afeminada en vez de la majestad olímpica. Dos atenienses, Scopas y Praxiteles, que fueron los jefes de esta escuela, crearon el tipo de las Venus púdicas y tímidas, representación de la mujer más bien que de la diosa (6). Los grandes artistas del siglo quinto no presentaban nunca la desnudez femenina, por lo menos en las obras de la alta escultura (7). Algunos críticos, tal vez demasiado ingeniosos, han llegado hasta creer que

(1) *Filopseudes*, 18-20.

(2) ΗΑΕΙΩΝ. Dionisio en pie, vistiendo un ancho *peplos*, tiene el tirso en la mano izquierda y un *riton* en la mano derecha levantada; á sus pies se ve una pantera y el timpanón. (Reverso de una moneda de bronce de la Elida, con la efígie de Adriano.) Este tipo es una imitación de la estatua de Praxiteles, descrita por Pausanias, VI, 26, 1. (*Zeitschrift für Numismatik*, t. XIII, 1886, página 384.)

(3) ΚΝΙΔΙΩΝ, Afrodita en pie retira de un vaso un paño mojado. El tipo monetario es una imitación de la estatua de Praxiteles. (Reverso de una moneda de bronce con la efígie de Plautillo.)

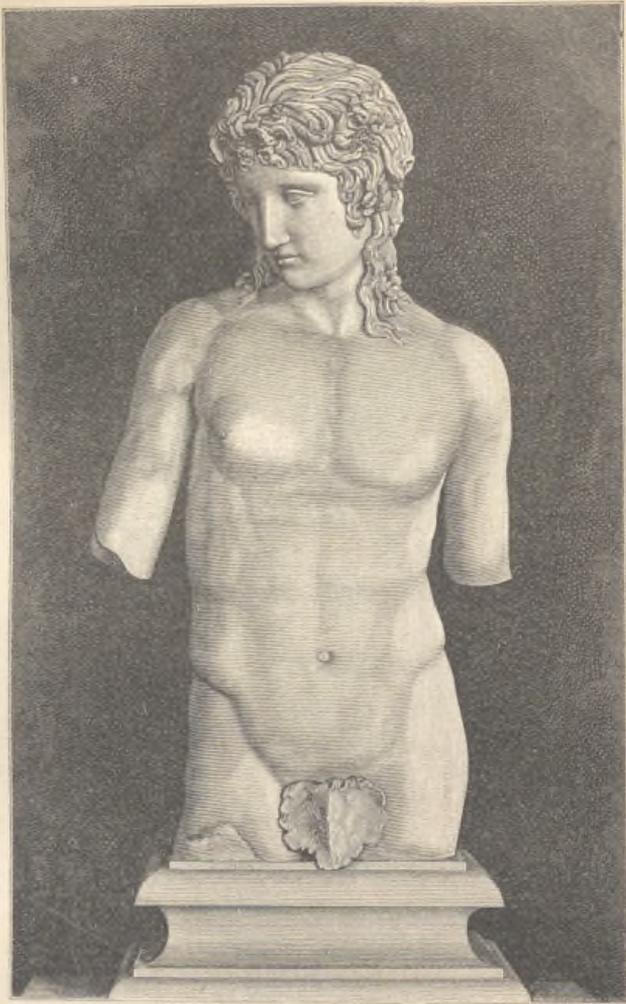
(4) Plutarco, *Alex.*, 72, y Luciano, *Para los retratos*, § 9.

(5) Para que un objeto sea bello, Aristóteles exige tres cualidades, y una de ellas es la *limitación*, ó la medida, que el artista no debe traspasar, τοῦ δὲ καλοῦ μέγιστα εἶδη τάξις καὶ συμμετρία καὶ τὸ ὀρισμένον (Met., III, 3). Véase en nuestro tomo II, págs. 248 y siguientes, la discusión sobre las estatuas colosales.

(6) Scopas era natural de Paros; pero esta isla pertenecía entonces á los atenienses. (Estrabón, XIII, pág. 604.)

(7) Sobre el pedestal del Júpiter Olímpico de Fidias, en Olimpia, se esculpió una Venus saliendo de las ondas y por lo tanto desnuda. En el siglo cuarto fué principalmente cuando la escultura gustó de las ropas ligeras, «espejo del cuerpo;» pero Sófocles había hecho ya alusión á ellas en las *Traquinianas*. Véase Reinach, *Gaceta arqueológica*, 1887, págs. 250 y siguientes.

si Praxiteles (1) despojó de todo velo á su Afrodita de Cnido, «de mirada húmeda,» τὸ ἕγρονν cuando la esculpió, por lo menos puso á su lado una vasija, que, recordando la idea del baño, justificaba, motivándola, la desnudez de la diosa. El



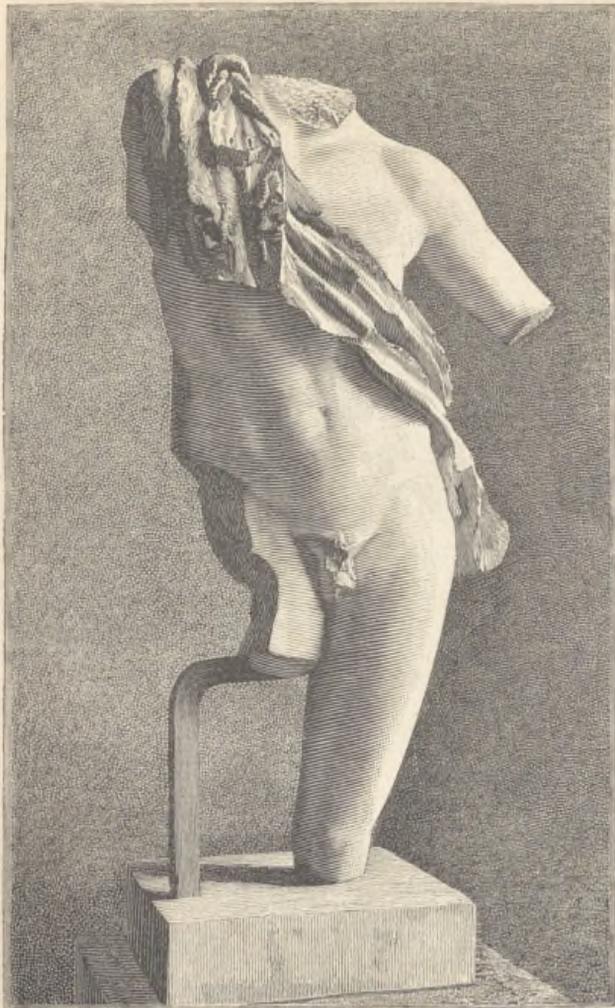
Eros (2)

atractivo de su belleza fué siempre muy poderoso, y lo es aún hasta en las imitaciones que de esa obra poseemos. «El Olimpo, dice un epigrama de la *Antología*, no posee ya la diosa de Pafos, pues ésta ha descendido á Cnido.» Y cuéntase que

(1) Nacido hacia el año 390.

(2) Estatua de mármol, conocida con el nombre de Eros de Centocelle, que es el del sitio donde se descubrió, en los alrededores de Roma, cerca de la vía Labicana; actualmente se conserva en el Vaticano. (De una fotografía.) Durante largo tiempo pasó equivocadamente por una copia de uno de los Eros de Praxiteles, de los cuales se admiraban dos, uno en Tespies y otro en Parión.

Nicomedes de Bitinia había ofrecido inútilmente á los cnidios pagar todas sus deudas á cambio de su Venus. En el templo de Megara, Scopas rodeó á Afrodita de tres estatuas, el Amor, el Deseo y la Persuasión. Aquellos eran los tiempos en



Torso de Sátiro (1)

que, según dicen, una cortesana famosa por su belleza, Friné de Tespies, desempeñaba un papel importante en las fiestas de Eleusis, saliendo de las olas como Venus Anadiomenes, y en que Grecia, no temiendo ya al medo, ni todavía al

(1) Torso en mármol de Paros, descubierto en las excavaciones practicadas en Roma, en el monte Palatino, por el emperador Napoleón III y conservado actualmente en el museo del Louvre. (De una fotografía.) Este torso, atribuido por H. Brunn (*Deutsche Rundschau*, VIII, 1882, p. 200) á Praxiteles, y por él considerado como superior al Hermes, obra al parecer de su juventud, es más bien una simple copia, aunque muy notable, de un original célebre del que existen multitud de restauraciones en los museos de Europa, especialmente en el del Capitolio. Véase Federico Wolter: *Die Gypsabgüsse antiker Bildwerke in historischer Folge erklärt*, núm. 1216, pág. 418, y

macedonio, pedía al arte y á la vida todas las gracias y las voluptuosidades.

De Praxiteles tenemos copias del Apolo Sauroctonos y de la Venus de Cnido, para la cual Friné sirvió de modelo al artista (1); mas al parecer no tenemos otra



Niobe y su hija (2)

cosa que imitaciones imperfectas de sus Eros, representando al efebo olímpico, «que vive entre las flores,» y de su Sátiro, á menos de que el torso hallado en el

Baumeister, *Antike Denkmaler*, artículo *Praxiteles*, en donde aparecen una al lado de otra las fotografías del Sátiro del Capitolio y del torso de Paris.

(1) Existen muchas imitaciones, hasta entre las figuritas de Myrina. (S. Reinach, *Gaceta de Bellas Artes*, 1.º febrero 1888, *La Venus de Cnido*.) He publicado la del Louvre en mi *Historia de los Romanos*. También se ha representado á Venus en monedas de Cnido acuñadas en honor de Caracalla y Plautillo y en piedras grabadas.

(2) Grupo de mármol conservado en el palacio de los Uffizi, en Florencia. (De una fotografía.) Sobre estos mármoles, véase tomo I, pág. 126, nota 3.

Palatino sea un fragmento de esta escultura. Cuéntase que había prometido á Friné una de sus obras, y que aquélla, deseosa de saber cuál prefería el maestro, hízole creer un día, por conducto de un mensajero, que su taller se quemaba. «¡Salvad el Eros y el Sátiro!» exclamó. Friné tomó el primero, que por todos conceptos le convenía, y consagrólo en un templo de Tespies. Dos de los más felices descubrimientos que últimamente se han hecho, dieron por resultado encontrar en Mantinea algunos bajos relieves, obra inspirada sin duda por Praxiteles, y su Hermes, hallado en Olimpia en 1877 en el mismo lugar en que Pausanias le había visto (1).

Praxiteles no traspasó nunca el límite de la gracia para expresar demasiado vivamente la pasión, y en esto consiste su mayor encanto; sus personajes conservaron la reserva y la medida que eran el carácter del genio griego en su mejor época.



Nereida (2)

De Scopas no nos queda nada, ó bien poca cosa, á menos que el grupo de los Nióbidas, y sobre todo la Venus de Milo, no sean obra suya, en cual caso deberíamos considerarle como uno de los primeros escultores de Grecia, equiparándolo con Fidias. Parece que el Apolo del museo Pío Clementino es una copia de su Apolo Citharede, al que Augusto erigió un templo en su morada del Palatino. No era el dios magnífico que mata á la serpiente Pitón, y á quien se podía honrar en Roma delante del soberano como destructor de los monstruos de la guerra civil, sino el dios de las artes y de la armonía, aquél que conducía el carro de las Musas, y que Augusto convirtió en símbolo de esa Paz Romana que trataba de asegurar para el mundo.

Hacia el año 350, Scopas se encargó de esculpir la cara oriental del friso de la tumba de Mausolo. Arquitecto á la vez que estatuario, reconstruyó en Tegea el templo de Atena-Alea, cuyo recinto exterior estaba flanqueado de columnas jónicas, mientras que el interior tenía por adorno dos órdenes sobrepuestos, el dórico y el corintio (3).

También trabajó tal vez en el templo de Efeso, que Eróstrato incendió en el año 356.

Plinio consideraba como la obra maestra de Scopas el grupo en que representó á Aquiles conducido á la isla de Leucé por las nereidas. ¿Será un resto ó una copia parcial de este famoso grupo (4) la Nereida de Florencia, conducida por un hipocampo?

Pánfilo, que florecía en aquel entonces, y Eufanor y Nicias, que surgieron algo después, eran pintores; pero naturalmente, no conocemos de ellos más que la lista de sus cuadros, legada por Plinio. Eufanor era también escultor. El Vaticano

(1) Se cree que es también de Praxiteles una hermosa cabeza de Euboleo, el Plutón eleusino, descubierta en 1885 en Eleusis. (S. Reinach, *Gaceta de Bellas Artes*, 1888, t. I, pág. 69.)

(2) Nereida sentada en dos hipocampos que la conducen sobre las olas; su ligero velo flota sobre la cabeza y un Eros nada bajo los pies de los caballos marinos. (Camafeo en sardónica de dos capas.) Colec. de Luynes en el Gabinete de Francia; 18 milim. de altura por 22 de ancho.

(3) En Tegea se han encontrado algunos restos de frontones esculpidos por Scopas.

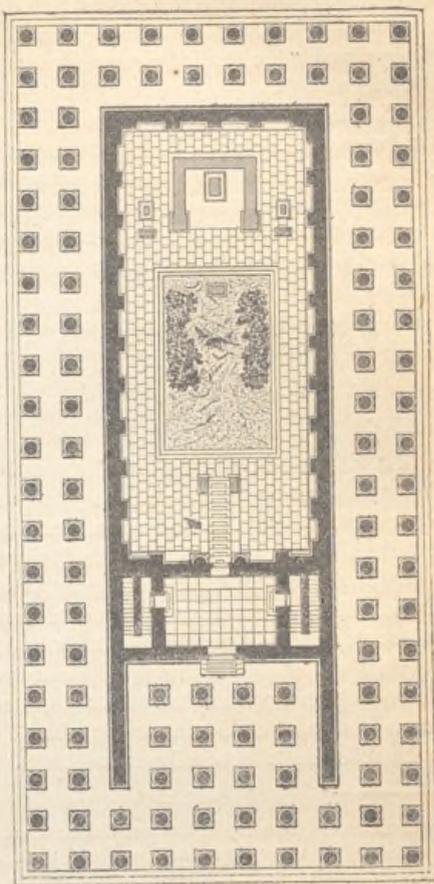
(4) Al decir de Plinio el Viejo, los críticos del arte vacilaban entre los dos grandes nombres de Scopas y de Praxiteles para designar como autor del grupo de los Nióbidas al uno ó al otro. La reconstrucción más célebre, aunque incompleta, se halla en la Galería de Florencia. Una estatua que existe ahora en Munich perteneció tal vez á ese grupo. El museo del Louvre posee una excelente restauración parcial del Pedagogo y de un joven Nióbida.

(Museo Pio Clementino) posee una copia de su Paris y la galería de Florencia un bajo relieve que representa tal vez su grupo de Latona, Apolo y Diana. Su Apolo Patroos, ó protector de la raza jónica, era uno de los numerosos adornos del Cerámico de Atenas (1) y créese que existe aún la imitación de esta estatua en cierta figura esculpida en un altar.

Apeles iba á elevar la pintura al más alto grado de perfeccionamiento que la antigüedad conoció, y Lisipo debía merecer que Alejandro no permitiera á nadie más que á él reproducir en bronce su regia imagen (2). No nos queda ninguna obra auténtica de aquel gran escultor; pero se cree poseer restauraciones de dos de sus estatuas, el Apoxiomenos del Vaticano y el Hércules Farnesio (3). Este artista fué la continuación de Scopas, aunque comunicando á sus figuras más vida y energía, con una fidelidad material llevada al último extremo. Propercio expresa bien el carácter de su talento en este verso:

*Gloria Lysiphost animosa effingere signa* (4).

Por otra parte, Plinio dice que sus figuras eran más esbeltas, y sus cabezas más pequeñas que las que de ordinario se hacían. Lo propio puede reconocerse también en Miguel Angel. Para obtener más elegancia, uno y otro daban al cuerpo diez longitudes de cabeza, con lo cual no se conseguía el efecto buscado, como lo prueba el *Penseroso*, de Florencia, cuyo cuello es demasiado largo y la cabeza excesivamente pequeña. Por otros conceptos, puede asimismo Lisipo



Escala  
0 10 20 30 40 Metros  
Plano restaurado del templo de Apolo Didimeo (5)

(1) El Cerámico estaba dividido en dos partes por el muro de cerca y en la ciudad cruzábale una ancha calle, flanqueada de columnas, que se prolongaba desde la puerta Dipilón hasta la Agora, entre las colinas del Areópago y del Acrópolis, por una parte, y el Pnyx y la colina de las Ninfas por la otra. Extramuros, conducía á la *Academia*, y en él se veían los monumentos erigidos á los ciudadanos muertos por la patria. Según Tucídides (II, 34), era el más hermoso de los arrabales de Atenas; ἐπὶ τοῦ καλλίστου προαστείου τῆς πόλεως. Para completar esta descripción véase lo que más adelante diremos sobre la *Academia*.

(2) Horacio (*Epist.*, II, 1, 239) y Plinio (VII, 38) recuerdan un decreto de Alejandro autorizando solamente á Apeles á pintar su imagen, á Lisipo á esculpirla en bronce y á Pírgoteles á grabarla en piedra dura.

(3) He publicado el Hércules Farnesio en la *Historia de los Romanos*.

(4) III, 7, 9.

(5) Según O. Rayet y Alberto Thomas: *Mileto y el golfo Látmico*, lám. 35. El templo de Apolo Didimeo ha sido explorado por MM. Rayet y Thomas, que llevaron al museo del Louvre

ser comparado con Miguel Angel, y aquí notaremos de paso que si el gran Buonarroti era contemporáneo de Rafael, Lisipo casi lo fué también de Praxiteles, y que en ambas épocas existían una junto á otra la escuela de la gracia y la del vigor. En el arte griego, esta última tendrá su más elevada expresión en los bajos relieves de Pérgamo (1).

Desde Fidias á Lisipo hemos seguido una marcha descendente para la estatuaría: primero, la majestad serena de los dioses, después la belleza sensual, y por último el vigor, representado por ese Hércules Farnesio, de cabeza tan pequeña, de hombros tan anchos y de poderosos músculos. Para la arquitectura, este siglo es el del más brillante desarrollo del arte jónico: los templos de Priene y el de Apolo Didimeo, de los que se conservan magníficos restos, son los de aquella época.

El arte acusa, pues, ciertos cambios de carácter, y no se observan aún los síntomas de la decadencia.

## II. — PLATÓN

La elocuencia y la filosofía llegan al punto más elevado que pueden alcanzar. Lisias, Isócrates é Iseo escriben para los oradores, que perteneciendo á un género secundario, revelan la elegancia del dialecto ático (2); y en la tribuna de Atenas resuenan los acentos apasionados y viriles de Licurgo, Demóstenes, Hipérides (3) y Hegesipos; Esquino se distingue por la agudeza de su ingenio, y Foción por su virtud. En el curso de nuestro relato reproduciremos fragmentos de sus discursos, que son actos políticos, y de consiguiente corresponden á la historia.

Pero saliendo del Pnyx, descendamos á los jardines de Academos (4): ved á esos hombres llegados de todos los países, y que parecen suspendidos de los labios de un discípulo de Sócrates; escuchadle, es el Homero de la filosofía y uno de los reveladores de la humanidad: es Platón.

---

importantes fragmentos del mismo. Era residencia de un célebre oráculo; había sido construído al rededor de una *χάσμα* ó hendidura de una roca, y su disposición interior es altamente interesante. El *pronaos* desemboca por una puerta única en el *οἶκος*, especie de cámara, donde permanecían, esperando turno, los que iban á consultar al oráculo. Desde el *οἶκος* pasábase, franqueando una puerta más pequeña, al *naos*, al que se llegaba por una escalera y en cuyo centro estaba el *χάσμα*, sin embaldosar, que era el *aditon* propiamente dicho, ó lugar donde no penetran los fieles. En el fondo del *naos* elevábase la estatua del dios. Como ya hemos dicho, quedan magníficos restos de este templo.

En la *Historia de los Romanos* he podido publicar un bajo relieve, fragmentos de entablamento y magníficas basas de columna, que están en el museo del Louvre.

(1) Véase Ravaissou, *Gaceta arqueol.*, 1885, p. 29-50 y 65-76.

(2) Lisias, nacido en 459, vivió 80 años: era hijo de un rico siracusano á quien Pericles había invitado á establecerse en Atenas. Dionisio de Halicarnaso le antepone á Isócrates por lo castizo del lenguaje y la melodía de su estilo. Sobre este orador, véase el *Lysias* de Julio Girard.

(3) Cicerón admiraba á Hipérides casi tanto como á Demóstenes. Aún subsistian en el siglo ix cincuenta y dos de sus discursos, que después se perdieron; pero en 1848 y 1856 fueron hallados algunos fragmentos del más célebre, la oración fúnebre de Leóstenes, en papiros descubiertos en las excavaciones de Tebas, en Egipto.

(4) Estos jardines del héroe Academo se hallaban á seis estadios de la puerta Dipilón, junto á una finca de Platón; sombrías alamedas, refrescadas por aguas corrientes y magníficos plátanos, convertían aquellos jardines en un lugar encantador como paseo, sobre todo durante el verano, cuando el sol había agostado los campos vecinos. En la entrada veíase el altar del Amor, con la estatua del dios, y en el interior hallábanse los altares de otras varias divinidades. Platón iba allí todos los días para exponer sus doctrinas, lo cual valió á su escuela el nombre de *Academia*.

Los griegos, amantes de las leyendas, velo gracioso con que se complacían en ocultar la historia, aseguraban que su verdadero padre era Apolo; que hallándose en la cuna, las abejas del Himeto habían depositado la miel sobre sus labios, y que el día en que fué conducido á presencia de Sócrates, el filósofo vió un cisne joven que elevándose del altar del Amor fué á posarse en su pecho y remontó después el vuelo hacia la bóveda azul, produciendo un canto melodioso que deleitaba á las divinidades y á los hombres. Bien sabido era hasta qué punto tenían valor aquellos bonitos relatos, pero los griegos gustaban repetirlos en testimonio de admiración.

Platón pertenecía por su linaje á lo más noble de Atenas; su padre pretendía descender de Codro, y su madre de Solón. Primeramente quiso escribir un poema épico; pero después renunció á los versos para dedicarse á la filosofía, si bien creo que siguió siendo más poeta de lo que él pensaba.

Después de la muerte de Sócrates, sus discípulos dispersos fundaron varias escuelas.

Euclides, la de Megara, tan justamente célebre, «la polemista,» que volvió á la metafísica, desdeñada por el maestro, y que por su confianza en la lógica, así como por su desprecio á las percepciones de los sentidos, preparó el terreno á los pirrónicos.

Aristipo, precursor de Epicuro, creó la escuela de Cirene, que propuso por objeto al hombre la felicidad, conduciéndole á ella por el placer, en vez de hacerlo, como Sócrates, por la virtud (1).

Antístenes, en fin, fundó la escuela cínica, que por una mala exageración de la sencillez socrática, desconoció la razón para volver á lo que llamaban la naturaleza, y sacrificó la sociedad y todas sus leyes, estimando que las conveniencias sociales eran preocupaciones, que no había nada feo más que el vicio, ni nada bello más que la virtud sin pudor. Esto hubiera sido despojar á Grecia de sus más preciosas cualidades, la poesía, el arte y la elocuencia, dándole, en vez de ciudadanos activos, monjes harapientos, y revistiéndolos de un frívolo orgullo que parecía penetrar en ellos al través de los agujeros de sus mantos.

De esos filósofos, Platón fué el más notable por su talento literario, que excede al de todos los demás, y también por su doctrina, de la cual salieron tantos sistemas (3). Después de la catástrofe que dispersó á los discípulos de Sócrates, viajó por la Gran Grecia, Sicilia, la Cirenaica y Egipto, estudiando todas las escuelas, interrogando á todos los sabios, ó á los que creían serlo, y hasta á los sacerdotes egipcios, los cuales le refirieron el gran naufragio del continente atlántico (4), diciéndole, con el orgullo de su civilización cincuenta veces secular: «Vosotros los griegos no sois más que unos niños.» De regreso á Atenas, abrió la famosa escuela de la Academia hacia el año 388, donde enseñó por espacio de cuarenta años.



Aristipo de Cirene (2)

(1) Sabido es que Epicuro, nacido cerca de Atenas en 341 y muerto en 270, era mejor de lo que por su reputación parece y que su mayor placer consistía en dominarse á sí propio, venciendo por lo tanto sus pasiones. Semejante doctrina, sin embargo, era detestable en un tiempo en que se había sustituido la idea de patria, y en caso necesario la de sacrificio, por un egoísmo sensual.

(2) Pasta de vidrio, publicado por la *Gaceta arqueológica*, 1878, p. 48.

(3) Platón, nacido en 430, 429 ó 428, murió en 348.

(4) Véase el *Critias*.

Había seguido un camino más ancho y más elevado que el de su maestro, pero también más peligroso. Si estudió, como Sócrates, el alma humana, este conocimiento no fué para él sino el punto de partida de un sistema que, saliendo del terreno firme de la conciencia, pretendió elevarse por la dialéctica y la imaginación hasta el conocimiento de todos los seres y de la divinidad, su principio común.

No hemos de hablar aquí ni de la trinidad platónica (Dios, que no crea al mundo, sino que le organiza; la materia, que de Él recibe el germen de todo bien y de toda vida, y el mundo, hijo (*τὸνός*) de los otros dos principios), ni de las tres almas que atribuye al hombre, una de las cuales, la que razona, sobrevive al cuerpo con el recuerdo del pasado, sea para el castigo ó para la recompensa, ó es transmitida sin memoria de la vida anterior á otro cuerpo para sufrir una segunda prueba; ni de las dos especies de amor, uno sensual y grosero, la Venus vulgar, y otro la Venus celeste, principio de los instintos superiores de la humanidad, que á través de la belleza exterior ve la belleza moral, y constituye la divina armonía del mundo, «dando la paz á los hombres, la calma al mar, el silencio al viento y el sueño al dolor (1).» De la doctrina platónica nació la encantadora alegoría de Psiquis, ó del alma humana, que purificada por el amor y el dolor acabó por gozar de todas las beatitudes (2).

Menos aún hablaremos de su famosa teoría de las ideas ó de los tipos eternos de los seres que residen en Dios, su sustancia común, y que aun cuando no pueden ser vistos por los ojos del hombre, revélanse á la inteligencia de éste. Cuando Fidias representó á Júpiter y á Minerva, no copió un modelo viviente, sino que tenía en su espíritu una imagen de incomparable belleza; del mismo modo concebimos la imagen de la perfecta elocuencia, de la que nuestros oídos no perciben más que un eco lejano y debilitado. Estas formas de las cosas son las ideas, *ἰδέαι*. Concebidas por la razón, pertenecen á todos los tiempos, mientras que lo demás nace, cambia, se disipa y desaparece.

Cada objeto tiene, pues, sobre la naturaleza fenomenal donde todo se halla en un flujo perpetuo, su forma suprema, á la cual es preciso acercarse sin cesar. En nuestra prisión de la tierra, en este antro tenebroso donde las preocupaciones nos sujetan con tantos lazos, vemos sombras que pasan: es el mundo que tomamos por una realidad. Siguiendo esos cambios perpetuos, el alma se perturba y vacila como si estuviese embriagada, *ὡςπερ μεθυσουσα*; pero si las cadenas del cautivo caen al fin, si sale del lóbrego antro, entonces, librándose de la corrupción del cuerpo, elévase hacia lo que es puro y eterno; separa la verdad de la ilusión; tiene la sabiduría, y acércase á la luz deslumbradora, donde el alma contemplará lo que la existencia real posee, *τὰ ὄντως ὄντα*, las ideas, tipos eternos de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno (3).

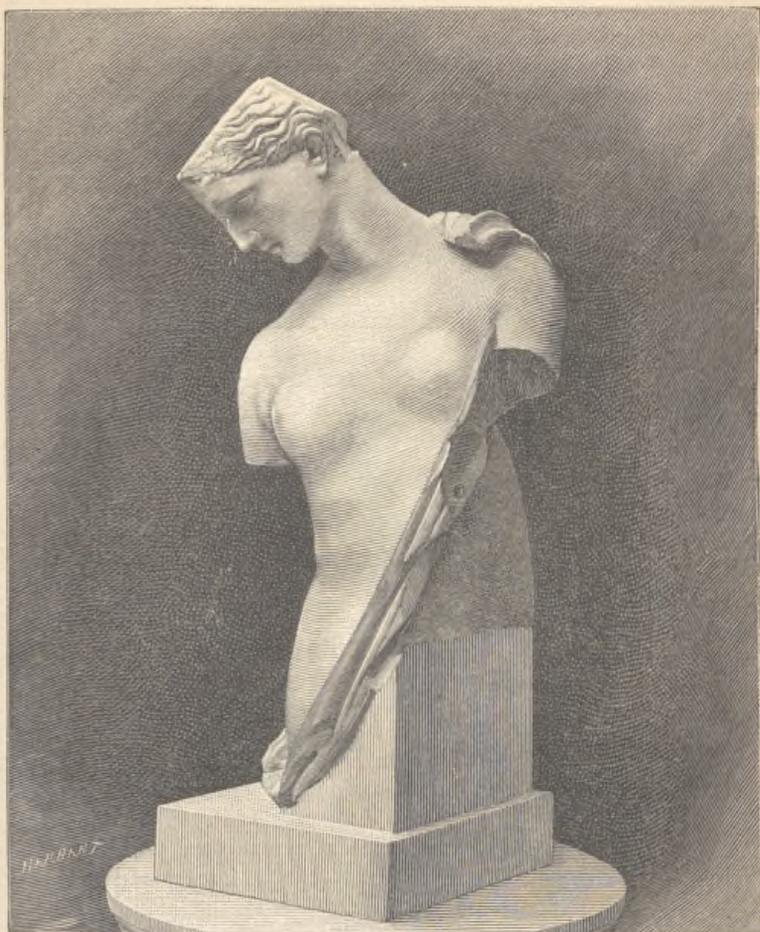
No he de investigar lo que vale filosóficamente esa teoría de las ideas, de la cual se ha tomado la magnífica y fecunda fórmula: «Lo bello es el esplendor de lo bueno y de lo verdadero.» Pero erigir el deber en principio de la moral, proclamar dogmáticamente la Providencia divina y la inmortalidad del alma, que los misterios no habían enseñado sino poéticamente, y atribuir á Dios, por último, todas las

(1) Véase, en el *Banquete*, el discurso de Agathón.

(2) Véanse en las *Metamorfosis* de Apuleyo, libros IV y V, las aventuras de Psiquis. Sobre las representaciones figuradas de este mito, véase el *Mito de Psiquis*, por Collignon, y la *Necrópolis de Mirina*, por Pottier y S. Reinach, p. 364, 456 y 539.

(3) En el libro VII de la *República*. Para Platón, la belleza, la proporción y la verdad son las tres fases del bien, y este bien es Dios mismo: todas las bellezas terrestres no son más que el reflejo del pensamiento divino.

perfecciones, dando por objeto á nuestra actividad moral la semejanza con el Ser Supremo, de modo que la virtud no fuese más que la obediencia á los preceptos divinos (1), era proponer al hombre la investigación constante de una perfección



Psiquis (2)

ideal. He aquí por qué mientras existan espíritus elevados habrá discípulos para el maestro de quien recibió el alma sus alas.

En el *Fedón*, Platón llama al hombre animal religioso, y su filosofía está hecha para responder á esta definición. Sin cesar insiste en la necesidad de mirar hacia

(1) En el libro IV de las *Leyes*. En este mismo libro dice que Dios es la justa medida de todas las cosas, contrariamente á Protágoras, que había puesto esta medida en el hombre. Véase la pág. 18 de este tomo.

(2) Torso de mármol, descubierto en el anfiteatro de Capua y conservado en el museo de Nápoles. (De una fotografía.) La cabeza y los brazos son tales como eran en la antigüedad, de modo que algunas partes de ellos se han perdido. El nombre de Psiquis, puesto en duda, no se justifica, en efecto, suficientemente por los dos agujeros observados en el hombro derecho, y en los cuales estaban sin duda clavadas las alas. Sobre el mito de Psiquis véase pág. 108, nota 2.

arriba, y expresa este pensamiento con una variedad infinita de imágenes. «Del modo mismo que el dios Glaucos, cuya divinidad no se reconoce cuando sale de las ondas con la cabeza desfigurada por las hierbas marinas que la cubren, el alma humana se mancha con las inmundicias del cuerpo. Líbrese, pues, de esa cárcel por la virtud y la inteligencia del bien absoluto. — De este modo, dice al fin de su *República*, estaremos en paz con nosotros mismos y con los dioses, y después de alcanzar en la tierra el premio destinado á la virtud, seremos coronados allá arriba,

semejantes á los atletas victoriosos á quienes se conduce en triunfo.»

Con esta esperanza, menosprecia las miserias de la vida, llegando hasta desear que termine cuanto antes. El griego amaba «la dulce luz del día» y todos los goces de la existencia; Platón levanta ya el sudario con que la religión de la muerte envolverá la humanidad. Según él los sabios deben despreciar las cosas de la tierra, aspirando á la separación del alma y del cuerpo como se aspira á la libertad (1). Sin embargo, si quiere que por este desdén hacia los bienes perecederos se haga uno digno de contemplar algún día á Dios y la verdad, no por eso aconseja el aniquilamiento en el amor divino. La vida, por el contrario, debe ser activa, laboriosa, y para que la muerte no cause ningún espanto, es preciso engalanar el alma con el adorno que le es propio: el pensamiento y la ciencia. Estas dos palabras son también las de la civilización moderna; pero en otro sentido que aquel en que Platón las tomaba al hacer de la virtud consecuencia de la ciencia, sin mostrar, y por ello le censura Aristóteles, el lazo que debe unir el bien



Platón (2)

reconocido con la voluntad de cumplirle.

Para Platón, los conocimientos que provienen de los sentidos nos enseñan solamente lo que *pasa*, y no son más que asunto de opinión; la ciencia verdadera es la que enseña lo que *debe existir*, y revela el Ser en sí, el Ser necesario. ¿Cómo llegar á esa ciencia suprema? Por la dialéctica y la exaltación de todas las facultades del alma, ó sea el entusiasmo. Son dos fuerzas poderosas que pueden conducirnos también por diversos caminos, y con ayuda de muchas sutilezas, á arriesgadas pendientes. Platón había vuelto, pues, á las especulaciones metafísicas, á esos «discursos desnudos,» como los llamaba uno de los interlocutores del *Theetete*, y que no agradaban á Sócrates. Devolvía á la imaginación los derechos que su maestro le ha-

(1) Διό καὶ περιᾶσθαι χρὴ ἐνθύνει ἕκαστος φεύγειν ὅτι τάχιστα. (*Theetete*, XXV, edición Didot, t. I, pág. 135.) Sin embargo, en el *Fedón* y en el *Gorgias* considera el suicidio como un sacrilegio, como una ofensa á la divinidad.

(2) Busto en mármol conservado en el museo de Berlín (según el *Jahrbuch des kaiserl. deutschen Instituts*, I, 1886, tab. 6, núm. 1.) Véase el busto sin inscripción del museo del Louvre que publicamos más adelante.

bía negado, imprudencia á la vez temeraria y feliz que expió empleando sucesivamente el oro puro y el plomo vil en el edificio que levantara.

Ese gran sembrador de ideas las diseminó en todas direcciones, tanto que de su escuela nacieron las doctrinas más diferentes. El espiritualismo de la primera Academia, el escepticismo de la segunda, lo que podría llamarse el probabilismo de la tercera, y por último, el misticismo de los alejandrinos, que se propagará en el cristianismo. Hasta Zenón encontró en la obra platónica algunos elementos del estoicismo (1). Podríamos decir, pues, que todas las escuelas griegas, excepto el epicureísmo, son hijas más ó menos legítimas de la doctrina platónica, del mismo modo que del cristianismo nacieron las mil sectas con que llenó el mundo. Pero para sostener y alimentar tantas ramas diferentes necesitase un árbol muy vigoroso y una savia muy rica.

En su ambición de abarcarlo todo, Dios, el hombre y la naturaleza, Platón volvió á los estudios físicos, que Sócrates condenaba, y escribió el *Timeo*, primer ensayo que nos queda de una filosofía de la naturaleza, puesto que las obras de Empédocles y de Heráclito se han perdido (2); pero no se encierra en él. Platón ve el orden establecido en el universo, y de esta idea deduce el gran argumento de los espiritualistas de todas las épocas, haciendo del *Cosmos* la obra de un Dios bueno y de una Providencia que conserva la armonía general y sostiene al hombre en sus esfuerzos hacia el bien.



El filósofo Zenón

Hemos notado las dudas de Sócrates (3), y también podríamos hacer notar en Platón, en medio de afirmaciones muy resueltas, vacilaciones singulares, y demostrar que en los puntos fundamentales hay más esperanza que certidumbre. En el *Fedón*, que tal vez compuso largo tiempo después de la muerte de su maestro, se leen estas palabras: «Como tú, Sócrates, dice uno de los interlocutores, creo que respecto de lo que sucede después de la muerte, es imposible, ó por lo menos muy difícil, llegar á la verdad.» Y en otra parte escribe, al tratar de la inmortalidad del alma: «Creer en ella es exponerse á un peligro seductor, pero la esperanza es grande.» En las *Leyes*, obra de su extrema vejez y su último pensamiento, escribía también: «Figurémonos que somos una máquina animada, producida por mano de los dioses, bien la hicieran para recrearse ó ya se propusieran algún objeto formal, pues nada sabemos de ello (4).» Estas cuestiones, en efecto, no pueden obtener, por su naturaleza misma, una solución positiva, como un teorema de geometría. Además de esto, Platón es un poeta que se

(1) Zenón, nacido en Cittium (Chipre) hacia 360 (?), y que murió probablemente en 263, no pertenece al período que nos ocupa. Por lo demás, en Roma, más bien que en Atenas, debe estudiarse el estoicismo, y sobre este punto véase la *Hist. de los Romanos*.

(2) En este tratado, Platón escribe á veces como lo haría un ferviente politeísta, t. II, páginas 203, 209, 210... οὐράνιον θεῶν γένος, etc. San Agustín, que le conoce bien y que le quiere, discute contra él como si Platón admitiera realmente la pluralidad de los dioses: «*Habemus sententiam Platonis dicentis omnes deos bonos esse, nec esse omnino ullum deorum malum, etc.*» (*De Civ. Dei*, VIII, 13.)

(3) Véase la pág. 35 de este tomo.

(4) *Leyes*, lib. I, p. 277, edición Didot: οὐ γὰρ δὴ τοῦτο γε ἴγνωσκόμεν. Esta duda sobre la vida futura se encuentra después en la peroración de un discurso de Hipérides: «¿Es la muerte un vacío como el que precede al nacimiento?» Desde Cicerón á Marco Aurelio, muchos romanos, entre los más ilustres, han pensado lo mismo. Véase *Hist. de los Romanos*.

ocupa de la filosofía, que imagina tanto como razona, y que, en fin, conserva la libertad del arte y del genio, aunque trata de establecer encadenamientos lógicos para constituir una ciencia. Y sin embargo, por más que no esté siempre de acuerdo consigo mismo, ha seguido siendo, por el conjunto de su doctrina, el filósofo del ideal y de la esperanza.

En política social reúne también á los contrarios. El inmortal soñador está en la verdad cuando se cierne sobre este mundo para buscar en un Dios eterno y conjunto de todas las perfecciones los principios de la moral individual y pública, que le conducen hasta la idea de mejorar, castigándole, al culpable; pero se hace inferior al legislador más vulgar cuando quiere dar cuerpo á sus concepciones. Discípulo á un tiempo de Sócrates y de Licurgo, lleva el alma, por un sublime esfuerzo, al pie de la eterna justicia, y por exigir de ella más de lo que su naturaleza puede dar, déjala caer de nuevo en medio de las miserias de una vida donde todas las condiciones del orden social están trastornadas. Asigna á la conciencia el lugar que le corresponde, pónela sobre todas las vicisitudes, y da al alma la inmortalidad; ve la dicha en la virtud, aun escarnecida y clavada en la cruz; ve la desgracia en el crimen, aunque el criminal viva feliz y respetado; es cristiano en su moral.... iba á decir en su dogma, antes del cristianismo; y su *República*, como la de Aristófanes, está construída en las nubes, con la diferencia de que la del poeta es divertida sátira que no engaña á nadie, mientras que la del filósofo presenta el monstruoso conjunto de existencias y leyes contra la naturaleza: la promiscuidad de los bienes, de los niños y de las mujeres; la muerte de los recién nacidos contrahechos y aun de los bien conformados cuando se traspasa la cifra inmutable de los ciudadanos; la esclavitud consagrada y el sistema de castas establecido, con la censura para los escritos y la instrucción limitada; y por último, los niños conducidos á la guerra «para que se les haga probar en cierto modo la sangre, como á los perros jóvenes de una jauría;» y la ciudad cerrada á los extranjeros, á los poetas dramáticos, á Sófocles y Esquilo, á Hesiodo y al mismo Homero. Cita al divino ciego ante el juez de su república, le acusa y condena; y rompiendo para siempre, no sin dolor, con el poeta bien amado, vierte sobre él perfumes, adorna su cabeza con cintas y le conduce fuera de las puertas de la ciudad como corruptor del Estado. Proclama á Dios, su providencia, su bondad infinita; pero ofende esta bondad y el discípulo de Sócrates justifica la muerte de su maestro al reconocer en la autoridad pública el derecho de desterrar al que no profesara acerca de Dios la misma opinión que el gobierno (1).

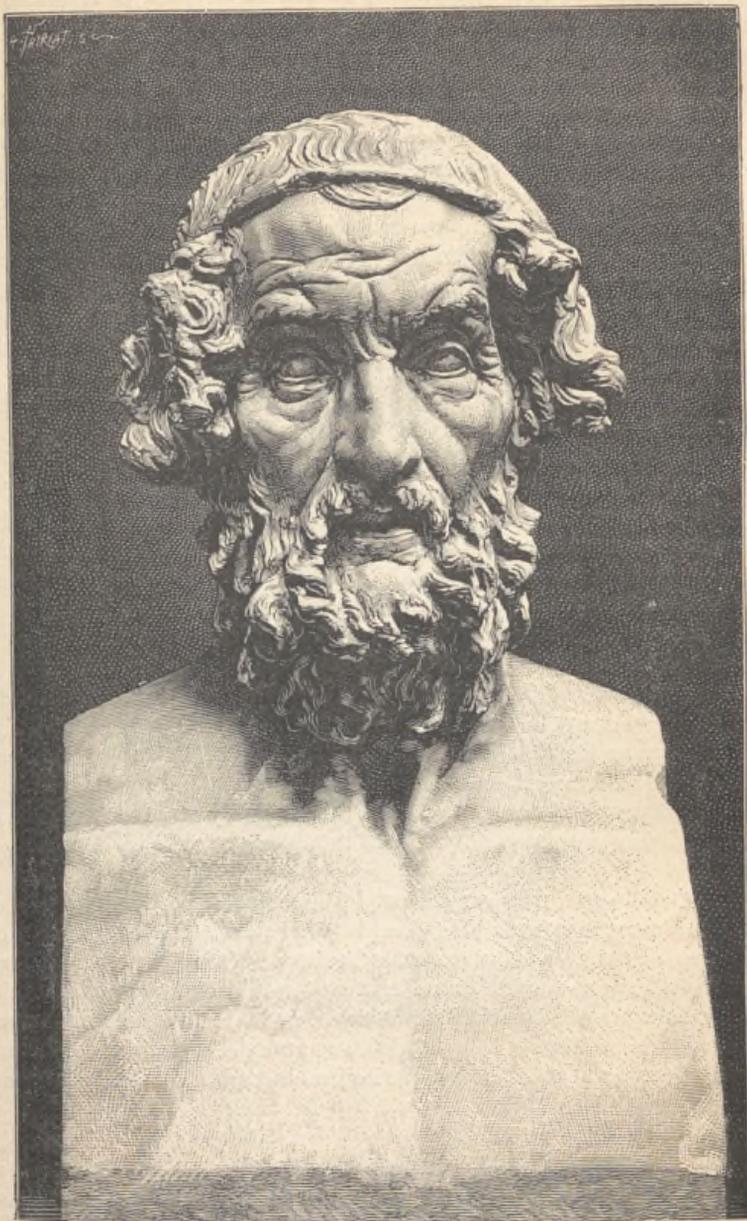
Pero no le censuremos en demasía por esa intolerancia que tan largo tiempo reinó entre nosotros como máxima del Estado: Montesquieu y Rousseau opinaban en este concepto como Platón, y aun hoy día piensan como ellos ciertos hombres (2).

La historia, que no debe tener complacencias con nadie, ni aun con los más

(1) En el libro V de las *Leyes* (t. II, 341) prohíbe todo cambio en lo que haya sido regulado por los oráculos de Delfos, de Dodona y de Júpiter Ammón, ó por antiguas tradiciones; pero en ese tratado ha rechazado muchas de las aberraciones de la *República*. Observemos de paso que Platón situaba su ciudad ideal lejos del mar, es decir, al abrigo de las tentaciones democráticas que Atenas halló en la industria y en el comercio.

(2) Montesquieu: «Yo no he dicho que no se deba castigar la herejía; lo que digo es que se ha de ser muy circunspecto al hacerlo.» (*Espíritu de las Leyes*, XII, 5.)—Rousseau: «Es deber del ciudadano admitir el dogma y el culto prescrito por la ley... y solamente corresponde al soberano fijarla en cada país.» Véase E. Champión: *Espíritu de la Revolución francesa*, 1887. Kant, que murió en 1804, fué molestado por su *Crítica de la religión*.

grandes talentos, se ve obligada á consignar que si Platón puso la moral en las vías por donde tratamos de hacerla progresar, fué en cambio un triste legislador en



Homero (1)

su *República* y, en su vida política, bastante mal ciudadano. Rico y de noble origen, ocupaba su lugar en el partido de los grandes, y sabemos que fué amigo de

(1) Busto de mármol conservado en el museo Británico. (De una fotografía.)

Dionisio el Joven, tirano de Siracusa. Su nacimiento, sus relaciones, su genio lleno de gracia, y su pensamiento, que trataba siempre de elevarse á mayor altura, impedíanle descender hasta las vulgaridades en que se ocupaba la Agora. No comprendió el desarrollo histórico de Atenas ni los esfuerzos de sus más grandes hombres para asegurar su potencia marítima. Como todos los socráticos, era contrario á las instituciones democráticas, que arruinaban á los grandes por las liturgias y enriquecían á los pequeños por el comercio. Las orgullosas doctrinas de Platón mantenían, pues, la irritación contra un gobierno que establecía la igualdad «entre las liebres y los leones.» «¿Qué necesidad hay, dice Sócrates en el *Theetete* (1), de hablar de aquellos que no se ocupan sino superficialmente de la filosofía? El verdadero filósofo no conoce, desde su juventud, ni el camino de la plaza pública ni el de los tribunales ni el senado; no ve ni entiende las leyes y los decretos, y no piensa en los partidos ni en las candidaturas para los cargos públicos. Su cuerpo vive y habita en la ciudad, pero su espíritu mira todas esas cosas como indignas. Su misión es elevarse hasta el cielo para contemplar el curso de los astros y estudiar la naturaleza de los seres que están lejos de él.» Poco importa que la multitud desprecie é insulte al filósofo. «Separado de las ocupaciones terrestres, solamente se ocupa de lo que es divino, y los que le tratan de insensato no ven que ha recibido la inspiración de arriba (2).»

Filosofía altanera que conduce á no tener intereses comunes con sus conciudadanos, es decir, á no tener patria; que, olvidando las alegrías de la paternidad, habla sin cólera de los amores equívocos del *Fedro* y del *Banquete* (3); y que, en fin, á fuerza de elevar al alma sobre las realidades pasajeras, sacrifica una parte de la naturaleza humana, aquélla en que residen las puras voluptuosidades que la poesía y el arte proporcionan. Para el que estudia las transformaciones del pensamiento, Platón es un poderoso iniciador; para el historiador que se fija en el destino de la ciudad, sobre todo cuando ésta se llama Atenas, la indiferencia de esos filósofos, cuyo espíritu tiende siempre á lo sublime y que pasan en medio de los hombres como si no los vieran, parécete un abandono de imperiosos deberes. Por eso no extraña que escriban, cuando descienden hasta los asuntos de la tierra, cosas tan extrañas sobre la organización de los Estados, y no se censura gran cosa á Isócrates por haber puesto en ridículo «las repúblicas nacidas en el cerebro de los filósofos.»

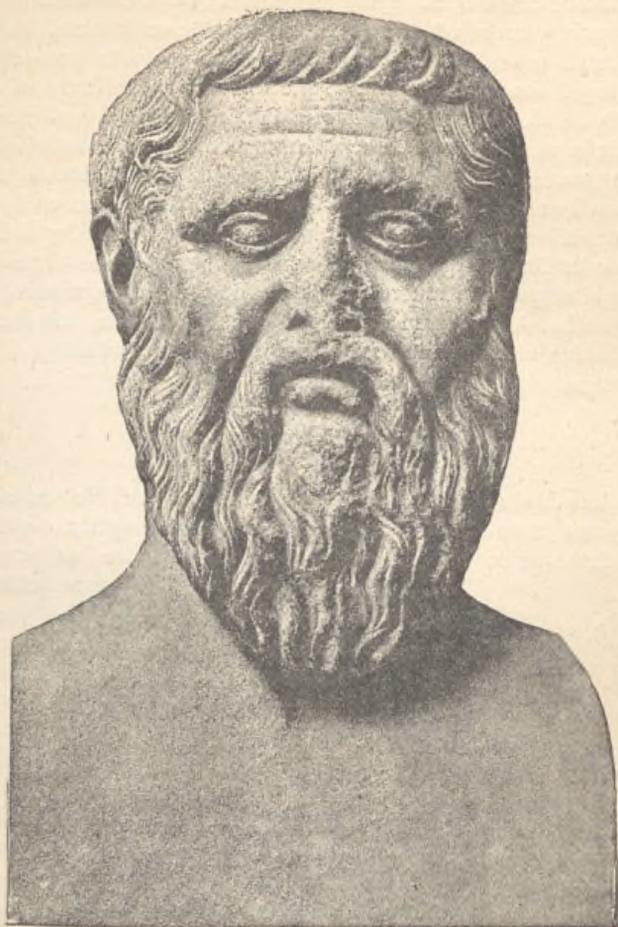
Platón ha dicho que, para ser felices, los pueblos deberían estar gobernados por filósofos, frase que expresa bien el espíritu teocrático de los hombres que en Grecia habían sustituido á las castas sacerdotales del Oriente; pero Rousseau nos ha demostrado que esta pretensión no está más justificada hoy que hace veinte siglos. Siendo la política la ciencia de lo relativo, no la de lo absoluto, y su método la observación de los hechos bajo la regla suprema de la justicia, combínase mal con las concepciones *a priori*, de las que nacen el utopista ó el sectario. A nuestra

(1) XXIV, 133.

(2) *Fedro*, XXIX, tomo I, pág. 714. Repite poco más ó menos lo mismo en la *República*, libro VII, tomo II, pág. 126. Léanse en el lib. VI, pág. 113, sus duras palabras sobre la locura de aquellos que se ocupan de los asuntos públicos. Si viviese con ellos, el filósofo sería como un hombre caído en medio de los animales feroces, ὡς περ εἰς θηρία ἀνθρώπος ἐμπιστόν.

(3) Pero es preciso añadir que, en estos dos diálogos, Platón antepone por mucho al amor vulgar la pasión que debe inspirar la belleza ideal, que está en Dios. La contemplación de la belleza eterna es la conclusión del *Banquete*. En el lib. VIII de las *Leyes*, último de sus escritos, condena enérgicamente lo que se llamó el *vicio griego*, tan común en las ciudades helénicas que la ley de Gortyno aplica la misma pena contra la violencia sea cual fuere el sexo de la víctima.

vez, debemos tratar á Platón como él trató á Homero: coronarle de flores, verter perfumes sobre su cabeza y conducirlo fuera de la ciudad, cuyas condiciones de existencia no comprende. Un comunismo idealizado, un despotismo legal y virtuoso, una teocracia filosófica, aunque estas palabras se contradigan entre sí, y las aberraciones más extrañas, porque confunde el Estado y la familia, son en la po-



Platón (1)

lítica social la última palabra del hombre que, sin embargo, fundó la filosofía espiritualista y del teólogo que mereció la admiración de los Padres de la Iglesia.

¡Cuántas palabras cristianas en boca de ese pagano, que prepararon el triunfo de la nueva ley, estableciendo un paso fácil entre ella y su filosofía (2)! Los primeros Padres de la Iglesia son platónicos, y pueden leer en el *Fedón* lo que han leído en las *Escrituras* sobre la necesidad de una revelación de arriba para llegar á la certidumbre absoluta. Cuando Platón dice en el *Critón*: «No devolváis injuria por inju-

(1) Busto de mármol, descubierto en Esmirna y presentado por M. S. Reinach al museo del Louvre. (De una fotografía.)

(2) Véase: *Hist. de los Romanos*.

ria;» y en el *Gorgias*: «Más vale sufrir una injusticia que cometerla;» y cuando al fin del *Sofista* da una demostración de la existencia de Dios que andando el tiempo hubo de utilizar el obispo de Hipona, está en el puro espíritu del Evangelio. ¿Y la doctrina agustiniana de la gracia no se halla por ventura en este texto del *Menon*: «La virtud no se enseña, porque es un don de Dios?» En el justo, á quien presenta cargado de cadenas, fustigado, desgarrado por el tormento, sujeto al árbol de la desgracia y despojado de todo, excepto de su justicia, los Padres han creído ver la figura profética de Jesús (1). Por último, pide para el pecador el arrepentimiento y hasta la expiación; y ¿qué diferencia hay entre la suprema recompensa de la ortodoxia cristiana y la que Platón reserva á los bienaventurados, la vista clara de la verdad, de la belleza eterna y del bien absoluto?

Pero estas grandes creaciones filosóficas y religiosas son fatales para las sociedades en que se forman. El cristianismo fué un disolvente para el imperio romano, que durante dos siglos había proporcionado paz á la tierra, y la filosofía contribuyó á matar la libertad griega, de la que había nacido el siglo de Pericles. Verdad es que si el presente muere por efecto de esas concepciones, el porvenir vive. ¿No se glorificó Atenas, aun postrada en la servidumbre, por aquellos ciudadanos que le habían sido inútiles en los tiempos de su poderío y que en medio de sus miserias la coronaban de gloria inmortal (2)?

### III. — ARISTÓTELES

Platón ha llenado de sus ideas el mundo griego; Aristóteles reinará sobre la Edad media y una parte de los tiempos modernos; y he aquí por qué en esa historia general del espíritu helénico y



Moneda de Ortogoria (Estagira) (3)

de su influencia sobre los acontecimientos contemporáneos, debemos señalar un lugar diferente á esos dos ilustres pensadores. El Estagirita nos ocupará menos que el poeta teólogo que fué precursor del cristianismo.

En 359, fecha á que la historia nos ha conducido, Platón contaba setenta años de edad; pero había conservado la plenitud de su brillante genio, su divina elegancia y su melodiosa palabra. Aristóteles tenía veinticinco años, y aún no había escrito nada. Su vida

científica pertenece, pues, según la cronología, al período siguiente; pero es imposible separarle de Platón, aunque le haya combatido con frecuencia.

(1) *Gorgias*, XXVIII, t. I, p. 345, y en el libro II de la *República*, t. II, p. 24... γυμνασίου; δὴ πάντων πλὴν δικαιοσύνης. El libro X de este tratado famoso termina con el relato que hace Her el armenio de lo que ha visto entre los muertos. Platón no es más feliz que Homero y Virgilio en la descripción de la vida de ultratumba. Los tormentos son variados, pero los placeres no, y así será en todas las descripciones del mundo invisible. Por lo menos Platón afirma, en estas páginas, su creencia en el sistema de castigos y recompensas.

(2) No hablo de otro discípulo de Sócrates, Cebes el Tebano. Su Πίναξ, ó *Cuadro de la vida humana*, es un libro muy moral; pero las numerosas alegorías que contiene me parecen justificar la opinión de Sevin en el t. III de las *Memorias de la Acad. de inscrip.*, que creía la obra mucho menos antigua.

(3) En el anverso, cabeza mirando á la derecha y con el cabello trenzado; en el hombro un carcaj. En el reverso: ΟΡΘΑΓΟΡΕΩΝ. Caso visto de frente, coronado por una estrella; debajo el monograma de un nombre de magistrado. (Plata.) Eckhel, t. II, pág. 73, identifica la ciudad de Ortogoria con Estagira, patria de Aristóteles.

Había nacido en 384 en Estagira, ciudad de la Calcídica y colonia de Andros; su padre era un Asclepiade, médico del rey de Macedonia, Amintas II. Educado en la corte de este príncipe, y teniendo poco más ó menos la misma edad de Filipo, hijo menor de Amintas y su futuro heredero, relacionóse con el regio niño, trabándose entre los dos una amistad que Filipo transmitió á Alejandro. A los diez y siete años marchó á Atenas, que era siempre la patria común de todos los hombres distinguidos de Grecia; por espacio de veinte aprendió de Platón ó de sus émulos y durante trece, desde 335 á 323, dedicóse á enseñar. Podríamos, pues, incluir su nombre en la lista de los grandes atenienses, pues si la casualidad quiso que viese la luz del día en las costas de Tracia, su pensamiento nació en las orillas del Ilisos. Al morir el fundador de la *Academia* abandonó la ciudad de Atenas, y cinco años después fué llamado por Filipo cerca de Alejandro, que entonces tenía trece años. El plan de educación que concertó era excelente, y aún lo sería hoy. Este filósofo, el hombre más sabio de Grecia, enseñó primeramente á su discípulo las letras, estudiadas en los poetas y en los oradores; después la moral, buscada en la tradición y en la naturaleza humana; y por último, la política, ilustrada por la historia y el examen de las constituciones de diversos Estados. Las ciencias naturales, ó la tierra y sus productos, la fisiología, ó el hombre y los seres vivientes, y la astronomía, ó el cielo y el movimiento de los astros, constituyeron la enseñanza secundaria. Aristóteles había comprendido que era preciso primeramente ejercitar la memoria, el gusto, el juicio y, en una palabra, las facultades que constituyen todo el hombre, y no abordar las ciencias, que son aplicaciones del espíritu, hasta después de haberse formado éste, desarrollando una fuerza capaz de ser utilizada en todas las condiciones de la vida y en todas las investigaciones científicas (2).



Asklepios (1)

(1) Fragmento de un relieve en mármol descubierto en 1884 en el santuario de Asklepios, en Epidauro, y conservado hoy en el museo central de Atenas (núm. 101 del catálogo de M. Kavvadias), según el *Εφημερίς αρχαιολογική*, 1885, lám. II, núm. 6. Se representa al dios sentado, y el relieve es sin duda una imitación de la estatua criselefantina, obra de Trasimedes de Paros, que estaba colocada en el templo de Epidauro. La conocemos por las monedas de esta ciudad y por la descripción de Pausanias (II, 27, 2).

(2) Plutarco, *Alejandro*, 9. Volvió á tratar en su *Política* este asunto de la educación, al que consagra su libro VIII, cuyo fin nos falta probablemente. Como todos los antiguos legisladores, quería, juiciosamente, preparar en el niño el hombre y el ciudadano.

De regreso á la ciudad de Atenas en 335, abrió su escuela del Liceo, junto al templo de Apolo Liceios, en uno de los gimnasios de la ciudad que Pisistrato, Pericles y Licurgo se habían complacido en embellecer (1). Contaba entonces cincuenta años de edad y su genio había alcanzado toda su madurez; durante trece dió dos lecciones diarias: por la mañana, sobre las cuestiones más difíciles, y por la noche sobre conocimientos más ordinarios, de lo cual se ha deducido, sin que haya podido demostrarse, que tenía una doble enseñanza, secreta para los iniciados y pública para los profanos. Como hablaba paseando, designóse á sus discípulos con la palabra griega *περιπατητήν*, peripatéticos, que expresa esa costumbre.



Aristóteles

Cuando, después de la muerte del conquistador de Asia, se produjo una violenta reacción en Atenas contra los macedonios, el amigo de Filipo y de Alejandro fué acusado de impiedad porque consagró un altar á su primera mujer, del mismo modo que Cicerón erigirá uno á su hija Tulia. «Para librar á los atenienses de un segundo atentado contra la filosofía,» huyó á Calcis, y allí murió (agosto 322). En el espacio de algunos meses, Grecia perdió sus tres últimos grandes hombres: Alejandro, Demóstenes y el Estagirita.

Al abandonar la ciudad de Atenas, Aristóteles dejó á Teofrasto su escuela y sus libros (2). Conocida es la triste suerte de éstos, ó por lo menos el relato de Estrabón, según el cual fueron sepultados en una cueva por un detentador ignorante. Un romano, el feroz Sila, es quien nos conservó lo que la humedad y los gusanos habían dejado de tales obras, cuando las llevó á Roma como botín de guerra (3). En la Edad media, la Iglesia condenó al fuego algunos de sus libros; los árabes salvaron los que hasta ellos llegaron (4), y un papa ilustrado, Urbano V, mandó traducirlos. Entonces comenzó el reinado de Aristóteles, y en

(1) Al Sur del Liceyón se hallaba otro gimnasio, donde Antístenes había establecido ya la escuela cínica. Sobre esta escuela véase pág. 107.

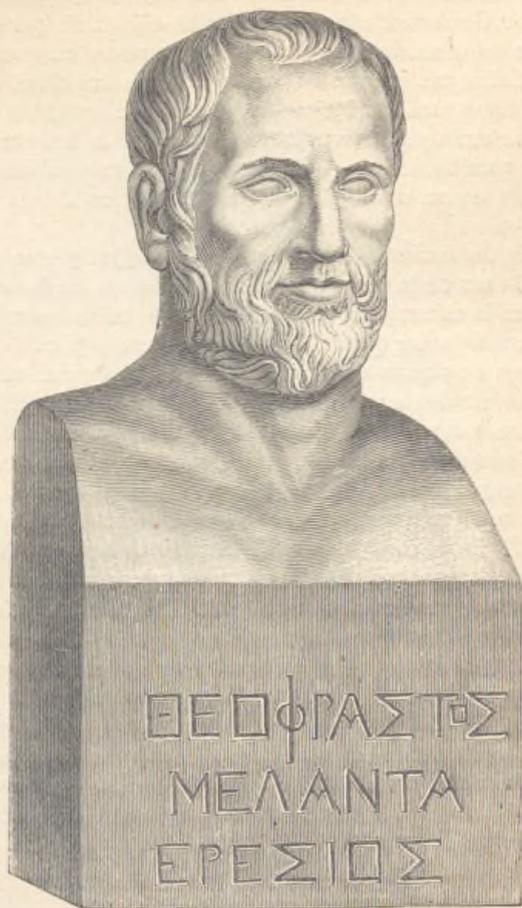
(2) Teofrasto, nacido en la isla de Lesbos hacia el año 374 y muerto en Atenas en 287, poco más ó menos, fué comprendido en el decreto que, en 316, desterraba de Atenas á todos los filósofos; pero más discreto que elocuente, y sin pensamiento original, aunque por su tratado de *Plantas* se le pueda considerar como fundador de la botánica, no era personaje peligroso por sus doctrinas. La ley, por otra parte, fué derogada al año siguiente, y entonces volvió á Atenas. Diógenes Laercio (V, 2) da una lista de sus obras, que formaban una especie de enciclopedia. Es de sentir sobre todo la pérdida de su *Tratado de las Leyes*, en veinticuatro libros, de los que M. R. Darreste recogió y comentó raros fragmentos, observando que el autor fué el único jurisconsulto que Grecia produjo (*Revista de Legisl.*, 1870, pág. 262). No se habla de él más que por sus *Caracteres*. La Bruyere, que los tradujo é imitó, labró la reputación del moralista ateniense; pero con esa imitación logró para sí mucha más fama que para aquél. Teofrasto es quien, al morir á la edad de ochenta y cinco años, ó según otros á los ciento siete, sentía dejar el mundo cuando comenzaba á saber alguna cosa, censurando á la naturaleza por haber concedido á los ciervos y á las cornejas una larga existencia, que no necesitan, otorgando tan poca á los hombres, á quienes importaba mucho vivir bastante tiempo para perfeccionarse en las artes y las ciencias. (Cicerón, *Tusc.*, III, 28.)

(3) Por lo menos es verdad que la obra aristotélica ha llegado hasta nosotros en un estado que por varios conceptos justifica todos los escrúpulos y todo el pesar que sentimos de no poseerla más completa.

(4) Los árabes los tomaron de una traducción siria hecha por judíos en el siglo v ó vi de nuestra era, y los comentaron en sus escuelas. (E. Renán, *Averroes*, pág. 37.)

el año 1629 un decreto del Parlamento de París prohibió, bajo pena de muerte, atacar su sistema. Hoy día es admirado por el mundo, juntamente con Platón.

Muy pronto había Aristóteles manifestado la actividad prodigiosa que conservó hasta el último momento y que hizo decir á Platón que con él había de aplicarse el freno, no la espuela. Hasta después del año 348 no comenzó sus viajes, for-



Theophrasto (1)

mando su recopilación de ciento cincuenta y ocho constituciones griegas y bárbaras, ó de doscientas cincuenta y cinco, según otros. Hemos perdido esa obra; pero de ella salió su *Política*, que dió á Montesquieu la idea del *Espíritu de las Leyes*, gran monumento formado con pequeñas piezas. Más tarde escribió su *Historia de los animales*, donde se podría encontrar la lucha por la existencia, la *struggle for life* de Darwin (2). Esta obra no habría podido llevarla á cabo sin la amistad de dos reyes y los auxilios de Alejandro, quien le dió, según dicen, 800 talentos para

(1) Busto de mármol conservado en la quinta Albani (según Visconti, *Iconografía griega*, lám. XXI, 1). El nombre del filósofo está grabado en la cubierta: Θεόφραστο; Μελάντα Ἐρέσιος.

(2) Lib. IX, c. II, § 1. Barthelémy Saint-Hilaire, t. III, p. 132.

su biblioteca, y ocupó miles de hombres en buscar para él plantas y animales de Asia. Al advenimiento de Filipo, el colosal monumento que Aristóteles debía elevar á la ciencia no estaba en pie; pero el artista lo elaboraba ya en las profundidades de su pensamiento. Nacido después de los dos siglos de esfuerzos hechos por el espíritu griego para penetrar los secretos del mundo físico y moral (1), Aristóteles reunió en sí lo necesario para fecundarlo todo: formó el inventario de los conocimientos humanos, elevó desde luego algunos de ellos á su perfección, y no desdennó el estudio de los seres más ínfimos, que alcanzaron en nuestros días, y solamente en nuestros días, tan grande importancia. «En las obras de la naturaleza, dice, siempre hay lugar para la admiración, y se puede aplicar á todas sin excepción la frase que se atribuye á Heráclito, al contestar á los extranjeros que habiendo ido á verle para hablar con él, le encontraron calentándose al fuego de la cocina: — Entrad sin temor, entrad, les dijo el filósofo; los dioses están aquí como en todas partes (2).»

La *Historia de los animales*, que Cuvier admiraba, y que se debe admirar aún (3), inaugura la era de la verdadera ciencia, es decir, de la verdad buscada experimentalmente en la naturaleza, como Sócrates la había buscado en el hombre. Hasta entonces se adivinaba; pero Aristóteles observó, y casi siempre puso en práctica, el principio de donde sale toda la ciencia moderna: no admitir sino las verdades rigurosamente demostradas. Con el gran libro de la *Historia de los animales* se relacionan los tratados sobre las *Partes*, la *Generación*, la *Corrupción*, la *Sensación*, las *Cosas sensibles*, la *Locomoción*, el *Movimiento de los animales* y el *Alma*, ó más bien el principio de vida que reside en la planta, en el animal y el hombre, en el que se eleva á una inteligencia casi divina. También escribió otros muchos sobre las *Auscultaciones físicas*, las *Meteorológicas* y el *Cielo*, en el que cometió el error de no aceptar la doctrina pitagórica de la rotación de la tierra; pero á nadie le es dado, por grande que sea su genio, adelantarse á la obra de los siglos. Por eso en los tratados de Aristóteles hay errores que, sin embargo, causan menos extrañeza que las verdades que en ellos se encuentran, y que parecen de ayer y de una ciencia que no había tenido precursor... *prolem sine matre creatam* (4).

Séanos permitido citar sólo de pasada su *Retórica* y su *Poética*, y hasta su *Lógica*, ó el famoso *Organón*, el gran instrumento de que la Edad media y una parte de los tiempos modernos se han servido tanto. ¡Qué hombre sería aquel de quien Kant y Hegel pudieron decir: «Desde Aristóteles, la ciencia del pensamiento no ha dado un solo paso ni adelante ni atrás!»

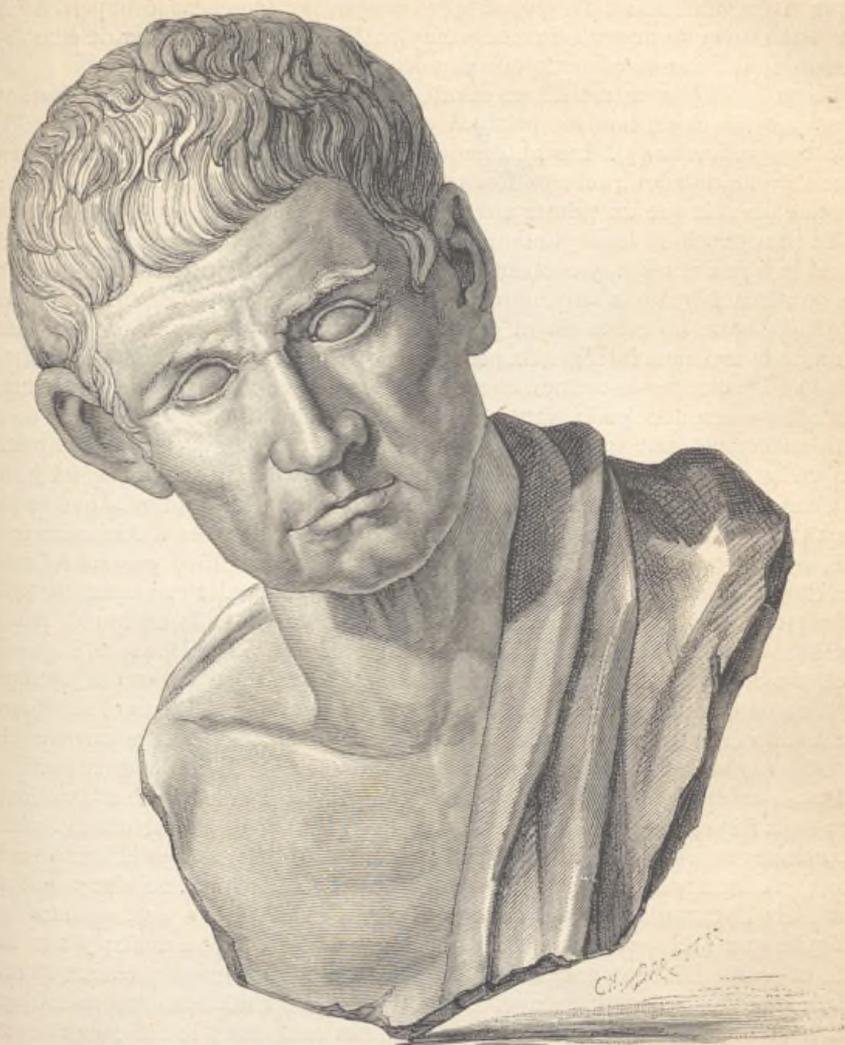
(1) Véase en el tomo I, págs. 219 á 228, y en el II, págs. 266 á 278, lo que hemos dicho sobre los que precedieron á Aristóteles en la ciencia de la vida.

(2) De las *Partes de los Animales*, I, v. 5. Traducción de Barthelemy Saint-Hilaire, tomo I, pág. 69.

(3) En la *Memoria* que escribió á ruego mío, en 1867, sobre los recientes progresos de las ciencias zoológicas, dice M. Milne-Edwards lo siguiente, refiriéndose á la *Historia de los animales*: «Al leer los escritos de Aristóteles, asombra el inmenso número de hechos que ha debido consignar, examinar y comparar atentamente para que le fuera posible establecer más de una regla que los descubrimientos de veinte siglos no han podido destruir.» En su *Tratado de la Generación* creó la embriogenia, ciencia que hasta fines del siglo XVII no volvió á llamar la atención de los sabios. Véase B. Saint-Hilaire: *Informes á la Academia de ciencias morales*, diciembre 1886, páginas 817 y siguientes. Aristóteles cree en la doctrina de la generación espontánea, que no sucumbió hasta nuestro tiempo, y que todavía cuenta con algunos aunque pocos partidarios.

(4) Véase en el *De Finibus* de Cicerón, V, 4, lo que se dice de los peripatéticos: «No hay nada en el cielo, en la tierra ó en las aguas de que no hayan tratado.»

Aristóteles abarcó, pues, como su maestro, en una teoría sistemática el conjunto de las cosas, pero sacrificando menos que él lo verdadero á lo ideal. Se apoderó con vigor del mundo de los hechos contingentes, y por el gran alcance, tanto como



Cabeza de Aristóteles (1)

por el carácter enciclopédico de sus obras, mereció que se le llamara, como los árabes le llaman, preceptor de la inteligencia humana. Fundó, después de Hipócrates, el método de observación, poderoso agente de descubrimientos; pero sometió al pensamiento que analiza y compara, que encuentra los principios y proclama las condiciones de la vida, aquí sencillas, allá complicadas, según que el organismo se desarrolla; fatales en el último grado de la escala de los seres, libres y

(1) Busto de la estatua de mármol conservada en Roma en el palacio Spada. (Según Visconti, *Iconografía griega*, lám. XX, núm. 2.)

morales en el hombre; pero dominadas aún, en esa esfera más alta, por la causa primera, que comunica al universo el movimiento y la vida. Sea prudencia, sea costumbre de lenguaje, él también habla de los dioses (1), pero sin querer discutir lo que llama tradiciones fabulosas. «Las sustancias increadas é imperecederas, dice, están fuera de nuestro alcance y muy poca cosa podemos saber de ellas (2),» lo cual quería decir en el fondo que de tales sustancias nada sabemos.

En su *Metafisica* ha escrito, en oposición al dios del *Timeo*, que para Platón es el gran arquitecto del mundo, palabras que parecieron muy hermosas cuando se creyó comprenderlas (3). Los historiadores, á quienes no agrada penetrar en esas oscuras profundidades, prefieren fórmulas más sencillas. El dios de Aristóteles no es para ellos más que un primer motor indiferente al hombre, que no le sostiene con su providencia ni le asegura otra vida de recompensas ó castigos. El platonismo era casi una religión, y contribuyó á formar una; Aristóteles prescinde de un dios providencial y de la vida futura; para él, el alma, principio de la vida intelectual y fisiológica, no existe sin el cuerpo; y á las beatitudes de la contemplación sin fin de la soberana inteligencia prefiere los arrobadores placeres del pensamiento sabio (4). De este modo cierra ó encubre los extremos horizontes que Platón había abierto; pero reconoce en la Naturaleza, á la cual llama divina, una especie de acción providencial, puesto que declara en el bello pasaje que termina el primer libro de las *Partes*, que todas sus obras tienen un objeto, y que jamás ha hecho nada en vano. Por eso vemos en la *Metafisica* la admiración profunda que le producen los grandes fenómenos de la tierra y del cielo. Si la carta á Alejandro fuese de él, se hallaría en ella, como un texto del libro bíblico: *Caeli enarrant gloriam Dei*: «Dios es uno, sea lo que fuere lo que produzca; su poder es infinito, su belleza sin igual, su voluntad inmutable y su vida inmortal. Se halla en lo más alto de los cielos, en un lugar inmóvil desde donde comunica, según le place, impulso á las esferas celestes... El mundo es una gran ciudad que tiene á Dios por ley suprema; sea cual fuere el nombre que se le dé, Zeo, Necesidad ó Destino, siempre es él, cruzando el mundo apoyado en la justicia, que le acompaña para castigar á los que infringen su ley.» Pero ¿están estas palabras de acuerdo con la doctrina?

Platón había elevado la moral á gran altura, tal vez á demasiada, estableciendo como regla imperiosa la imitación de las reglas divinas; mas por fortuna la limitó á proporciones más humanas al darle por principio el DEBER, que es el fondo verdadero (5). Aristóteles, á su vez, aproximóla demasiado á la tierra. Señalar por objeto á la vida la FELICIDAD, εὐδαιμονία, era peligroso, á pesar de las precauciones que tomó para que solamente fuera la virtud la que nos condujese á ella; y aun esta virtud es profundamente griega, en el sentido de que no exige que se reprima la naturaleza ni se combata la sensibilidad, siendo la del ciudadano mucho más que la del hombre. Por eso impone como condiciones necesarias la acción y el entendimiento, es decir, la apreciación reflexiva de lo que conviene hacer, ἐνέργεια κατὰ λόγον, y reconoce el libre arbitrio ó la elección entre las determinaciones contra-

(1) Demóstenes, que pasa su vida dando consejos á los atenienses, impulsándolos virilmente á la acción, no se sirve menos de las palabras «la Fortuna, la voluntad de los dioses,» sin confiar más que en una sabiduría puramente humana. Era costumbre de lenguaje.

(2) *Partes de los animales*, I, v, 3.

(3) *Metaph.*, XI, 9: αὐτὸν ἄρα νοεῖ, καὶ ἔστιν ἡ νόησις νοήσιω; νόησις. Tal vez se deba reemplazar el primer νόησις por νοῦς, lo que sería más claro.

(4) *Polit.*, VII, 1.

(5) Véase sobre todo el *Criton*.

rias, lo cual bastaba para las inteligencias sin espiritualidad trascendente. Pero hallándose también la felicidad en la satisfacción de los instintos más elevados de nuestra naturaleza, podría, como el *deber*, regir la abnegación y el sacrificio, aun el de la vida, por más que, hablando en rigor, no haya religión en la moral de Aristóteles. Debemos agradecer también al Estagirita que haya calificado en los términos que merece, *θηριώδεις* (1), el vicio griego, del que se hablaba alrededor de Platón con tanta complacencia, y de haber definido al hombre como un ser sociable que necesita familia, patria y humanidad.

En su tratado de la *Política*, Aristóteles se manifiesta muy superior á su maestro, aunque aquí también no considera más que lo *útil*.

«El Estado, dice al comenzar su libro, es una asociación, y el lazo de toda asociación es el interés.» Lo útil, en efecto, si se trata siempre de obtenerlo por medios honrados, debe ser la primera preocupación de los gobiernos. Sin duda Aristóteles sacrifica demasiado, como toda la antigüedad, el individuo á la sociedad; también él limita el número de ciudadanos, aconseja el aborto y el abandono de los niños que nacen raquíticos, admite la esclavitud, hecho universal entonces, primera dulcificación del derecho de la guerra, por el cual se abandonaban al vencedor los bienes y la vida del vencido; mas no pudiendo hablar para ella un principio de legitimidad la funda en la desigualdad de los hombres, destinados unos á servir y otros á mandar. Una palabra del cristianismo destruirá esa tesis, y esta palabra Aristóteles la conocía. «Hay quien sostiene, dice (2), que el poder del amo sobre el esclavo es contrario á la naturaleza, pues solamente la ley establece la diferencia entre el que es libre y el que no lo es; ahora bien, la naturaleza hace á los hombres iguales, y por lo tanto la esclavitud es una injusticia, puesto que resulta de la violencia.» Aristóteles, por desgracia, para hacer de la ciudad una comunidad de iguales, llega á reservar todo trabajo manual á los que llama «instrumentos animados que son propiedad del dueño.» Este error era un tributo que pagaba á su época, mas por lo menos no confunde, como Platón, el Estado y la familia, doctrina funesta que conduce á todos los despotismos, así al de la multitud como al de un tirano, porque supone á la ciudad siempre menor de edad y por lo tanto siempre en tutela. Cierto que hace derivar la sociedad de la familia, pero enseña que si el principio de la una es la autoridad, el de la otra es la libertad y la igualdad; en la primera halla un poder real, el del padre; en la segunda, un poder republicano, el del magistrado que obedece un mandato, aunque dicte órdenes. Por lo demás, aquel gran talento no podía encerrarse en un estrecho sistema: Aristóteles admite todos los gobiernos, excepto los violentos, porque tenía ya esa idea á la que no todos hemos llegado, ni aun hoy en día, de que una cuestión de gobierno es ante todo cuestión de relación, pudiendo tal forma de autoridad pública convenir á un Estado y ser fatal para otro. Es notable que su defensa del principio que nosotros llamamos sufragio universal sea la mejor que se pueda presentar aún actualmente y que haya presentado, dos mil años antes de producirse, la importancia de las clases medias: el gobierno por él preferido es el que señala una parte á la fortuna, al mérito y á la libertad, es decir, un gobierno de transacción en que estas fuerzas se templan mutuamente.

Aristóteles era demasiado de su tiempo y de su país para no aplicar á la política lo que los griegos habían puesto en la literatura: la proporción, la medida, *τὸ μέτρον*, que era para él, en todo producto del arte, condición necesaria de la ar-

(1) *Ética á Nicomaco*, VII, 5, 3.

(2) *Política*, I, 3.

monía; pero no ignoraba que las instituciones que respetan la igualdad política, aunque señalando lo que corresponde á las desigualdades naturales, son difíciles, no tanto de crear como de conservar. «El gobierno democrático, dice (1), tiene peligrosos enemigos, los demagogos, que le minan y derriban, ya calumniando á los ricos, ó bien amotinando contra ellos á la clase que nada tiene. Se pueden citar de ello mil ejemplos: en Cos, sus pérfidos manejos promovieron una conspiración de los ricos, y la democracia fué derribada. En Rodas, como disponían de la hacienda, mandaron suprimir la indemnización debida á los navarcas (los ricos), obligándoles á pagar, por medio de persecuciones judiciales, multas que los desesperaron, impulsándoles á insurreccionarse. En Heraclea, los demagogos ocasionaron la caída del gobierno democrático; en Megara confiscaron los bienes de muchos ricos, que expulsados de la ciudad volvieron á entrar en ella á viva fuerza para establecer la oligarquía; y lo mismo sucedió en Cumas y en Tebas después de la batalla de los Enofites (3). Recórrase la historia de la caída de las democracias, y se hallará casi en todas partes á los demagogos decretando leyes agrarias, atormentando á los ricos para hacer larguezas al pueblo con los bienes de la clase acomodada, á la cual persiguen con sus acusaciones, obligándola á conspirar. — El régimen democrático, dice en otro lugar, es el más estable de todos los gobiernos,



El Demos (de Laodicea en Frigia) (2)

con tal que la clase media tenga la preponderancia (4).» Estas advertencias no han evitado ninguna revolución; pero bueno es hallarlas en boca del más profundo pensador y de la inteligencia más política de la antigüedad.

Al contrario de su maestro, á quien sólo inspira desdén la vida pública, Aristóteles quiere que todos tomen parte en ella: la única ocupación de los ciudadanos, según él, debe consistir en cuidar del Estado, y esta doctrina era más patriótica que aquélla que aparta de tales deberes, puesto que la indiferencia política fué para esas ciudades una causa de muerte.

Cuando el frío y severo lógico habla de la justicia, que antepone á todas las virtudes por ser el verdadero fin de la política, elévase hasta la poesía. «Ni la estrella de la mañana, dice, ni la de la tarde, son tan dignas de admiración (5).» Y este espíritu de justicia, que introduce el orden en la ciudad, lo confunde con la amistad, dando así por fundamento á la república el afecto recíproco de todos sus hijos (6). Y es que en el tan admirable resultaba el hombre como el filósofo. Su testamento, que Diógenes Laercio nos ha conservado, es un minucioso arreglo de sus asuntos domésticos, que no extraña siendo de él, pero que es testimonio de una viveza de sentimiento que no era de esperar en aquel carácter austero (7).

(1) *Política*, V, 4, edic. Didot, t. I, p. 570.

(2) ΔΗΜΟΣ ΑΒΟΥΔΙΑΚΕΩΝ. — Cabeza del Demos con barba y diadema mirando á la derecha. (Moneda de bronce de Laodicea, en Frigia.) En el reverso la Abundancia en pie.

(3) Sobre este combate, véase el tomo II, pág. 118.

(4) *Política*, I, ad fin.

(5) Αὕτη μὲν ἢ δικαιοσύνη ἀρετὴ μὲν ἐστὶν τελεία..., καὶ οὐδ' ἔσπερος, οὐτε ἐφῶς οὕτω θαυμαστός. (*Ética*, V, I, 15.) Focílides (fragm. 18) había dicho ya: «La justicia es el resumen de todas las virtudes.»

(6) Ἔσκε δὲ καὶ τὰς πόλεις συνέχων ἢ φίλια. (*Ética*, VIII, I, 4.)

(7) Diógenes Laercio, V, 21: «En el caso de que la muerte me sorprenda, Antípater (general de Alejandro) será el ejecutor general de mis últimas voluntades, y hasta que Nicanor pueda ad-

Aristóteles tiene un título especial á nuestro agradecimiento: su larga dominación en Francia, combinándose con la pureza lógica del derecho romano enseñado en nuestras universidades, ha comunicado al espíritu francés esos hábitos de precisión y de claridad que han asegurado la influencia de nuestra literatura en la Europa moderna.

El pensamiento humano sigue aún, al cabo de veintidós siglos, las dos vías abiertas por Platón y el Estagirita: religiosa, moral y política con el uno, sabia, rigurosa y severa con el otro. Obedece al poderoso impulso de Aristóteles cuando quiere penetrar, como él, los misterios del mundo físico y del alma humana; pero escucha también la voz del cisne melodioso y sigue las nobles inspiraciones del espiritualismo platónico.

#### IV. — JENOFONTE

Entre esos dos colosos del pensamiento no hay lugar para Jenofonte, que había luchado tímidamente contra «los hombres que llegaron á enamorarse de los misterios de Egipto» (1), oponiendo su *Banquete* al de Platón, y su *Ciropedia* á la *República*, á fin de probar que la monarquía vale más que la democracia. En un tiempo en que ésta era aún el gobierno de toda la Grecia, excepto de Esparta, el amigo de Ciro y de Agesilao había enseñado en el *Hierón*, si este diálogo es suyo, que el poder monárquico es preferible al Estado popular. Pero aunque haya cometido errores respecto á su patria, fué un hombre de bien, un alma piadosa que creía en una Providencia siempre activa y en las revelaciones del cielo venidas de arriba, y que subordinando la sabiduría política á la superstición, decía á los ate-

ministrar mis bienes, Aristómenes, Timarco é Hiparco cuidarán de ellos, así como Teofrasto, si lo tiene á bien, tanto con relación á mis hijos como por lo que se refiere á Herpilis y á los bienes que dejo. Cuando mi hija sea núbil, se hará cargo de ella Nicanor, y si muriese antes de casarse ó sin dejar hijos, éste heredará todos mis bienes y dispondrá de mis esclavos y de todo de la manera más conveniente. Nicanor, pues, cuidará de mi hija y de mi hijo Nicomaco, de modo que no carezcan de nada, y obrará con ellos como si fuese su padre y su hermano. Si Nicanor llegase á morir antes de casarse con mi hija, ó sin dejar hijos, se ejecutará lo que él disponga. Si Teofrasto consiente entonces en casarse con mi hija, adquirirá todos los derechos que otorgo á Nicanor; de lo contrario, los curadores, tomando consejo de Antípater, dispondrán de mi hija y de mi hijo como tengan por conveniente. Recomiendo á los tutores y á Nicanor que se acuerden de mí y del afecto que Herpilis me profesó siempre; si después de mi muerte quisiera ésta contraer matrimonio, tendrán cuidado de que se una á persona de condición igual por lo menos á la mía; y en tal caso, además de los presentes que ya habrá recibido, se le dará un talento de plata y tres criadas, si lo quiere así, además de la que la sirve. Si quiere vivir en Calcis, ocupará el alojamiento contiguo al jardín; y si elige Estagira, habitará en la casa de mis padres... Devuelvo la libertad á Ambracis, señalándole como dote, para cuando se case, 500 dracmas y una criada; y lego á Thala, además de la esclava que tiene, otra más joven y 1,000 dracmas. Tacho recobrará su libertad cuando mi hija se case, y al mismo tiempo se emancipará á Filón y á Olimpias con su hijo. Los hijos de mis criados no serán vendidos, pero pasarán al servicio de mis herederos hasta la edad adulta para ser emancipados después, si lo han merecido. Se cuidará de concluir y colocar las estatuas que mandé construir á Grylión... En mi tumba se pondrán los huesos de Pitias, según lo ordenado, y se cumplirá también el voto que hice para la conservación de Nicanor, colocando en Estagira los animales de piedra que por él consagré á Júpiter y á Minerva salvadores.»

(1) Debo decir que el pasaje citado está tomado de una carta, tal vez apócrifa, y que según Boeckh, el *Banquete* de Platón es posterior al de Jenofonte; pero la *Ciropedia*, que es un tratado de educación á la vez que una apología de la monarquía, es una de sus últimas obras. Un hecho indujo á varios sabios á hablar de su enemistad: Platón no nombra ni una sola vez á su antiguo discípulo, y Jenofonte no le cita más que una vez con motivo de un hecho insignificante. (*Mem.*, III, 6, 1.) M. C. Huit ha combatido esta tesis en el *Anuario de la Sociedad de Estudios griegos*, 1886, págs. 63-76.

nienses, después de darles consejos que él creía excelentes: «Ante todo, consultad sobre estas reformas á los oráculos de Delfos y de Dodona para saber si los dioses las aprueban (1).» Apolo y Zeo habitaban el Olimpo griego; pero la Cibele de Frigia merecía en su concepto igual honor. Su pensamiento y su estilo mantiévense en una región media, sin el impulso y el entusiasmo del genio; en el uno hay honradez y en el otro dulzura: no se les debe pedir más. Si Jenofonte no ha hecho nada por la filosofía, aunque nos haya dejado en la *Apología* y en las *Memorias* (2) dos retratos de Sócrates, por los cuales se ama á la vez al héroe del libro y al historiador, por lo menos ha enseñado la moral práctica, la que todo el mundo puede seguir, y esto vale más que los sueños metafísicos. Ha representado la virtud como el primer bien y condición de la felicidad, y ha dado preceptos para la vida de todos los días y para todas las condiciones, condenando los malos tratamientos á los esclavos, la ociosidad intelectual de la mujer, las diversiones frívolas de la juventud y las sutiles combinaciones de palabras de los sofistas, que,



Exvoto á la Madre de los Dioses y á Afrodita Siria (3)

según dice, no han mejorado jamás á un hombre. Jenofonte no puede ser comprendido en el número de los grandes hombres de Grecia; pero en semejante país el segundo lugar es aún muy honroso.

Hipócrates, precursor de Aristóteles en la vía de la observación científica, había nacido en 460, y por lo tanto pertenece al *siglo de Pericles*, en el que ya le hemos estudiado; pero su vida se prolongó, si no hasta 357, por lo menos durante largos años del cuarto siglo, lo cual le hizo contemporáneo de los grandes talentos de que acabamos de hablar. El tiempo en que Grecia poseía tales hombres no era, pues, una época de decadencia intelectual. Aún se encuentran en las obras de un escritor de quien hablaremos más adelante, Isócrates, las siguientes hermosas palabras: «No hagáis á los otros lo que no quisierais sufrir de ellos, y sed para ellos

(1) En el tratado de las *Rentas de Atica*, *ad fin.* Escritores muy autorizados creen que este tratado, *Πόροι ἢ περὶ προσόδων*, no es de Jenofonte. Véase t. II, pág. 132, nota 1.

(2) Véase pág. 28.

(3) Bajo relieve ático de mármol (según Stefani, *Memorias de la Academia de Ciencias de San Petersburgo*, sexta serie, tomo VIII, lámina VII, núm. 2). El edículo está dividido en dos nichos, ocupados por dos diosas sentadas, hallándose á la izquierda la Madre de los Dioses; esta última tiene en una mano una patera y en la otra una piña, y á sus pies se ve un león. La otra diosa tiene igualmente una patera y en la mano derecha un tímpano. En las dos cabezas reconocense vestigios de un adorno de metal, que debía ser el *modius*. Véase Foucart, *Las asociaciones religiosas de los Griegos*, pág. 100, nota 1.

lo que deseáis que sean para vosotros (1).» He aquí ahora cómo comienza á la sazón la misma caridad cristiana: «Es preciso amar á los hombres, añade; si no amamos á los seres cuya suerte nos ha sido confiada, hombres y hasta animales, ¿cómo podremos gobernarlos bien (2)?»

V. — DECADENCIA DE LA POESIA Y DE LAS VIRTUDES CIVICAS:  
EL CONDOTTIERISMO

¿Dónde estaba, pues, la decadencia? En dos puntos que se tocaban, nacidos sin duda el uno del otro. La poesía desaparece, expulsada por sus dos hermanas, la elocuencia y la filosofía, y la fe patriótica se va.

Como valeroso ejército que, avanzando siempre, deja en cada uno de los campos de batalla donde venció algunos de sus mejores guerreros, Grecia no ve á su lado ya, sino que deja muy lejos detrás de sí, aquellos hombres cuyos cantos habían encantado su viril juventud. Durante todas esas guerras, el cielo se ha oscurecido, decayendo el impulso y el entusiasmo. Ya no hay poetas; la lira de Píndaro se ha roto, como las de Homero, de Sófocles y de Aristófanes. El mundo envejece; la musa no encuentra ya esos nuevos aspectos que la inspiraron, y de buena gana diría que ya no hay nada que ver bajo la capa del cielo. A los poetas han sucedido los sabios y los filósofos, que vienen á observar debajo de esa envoltura para analizar y descomponer lo que en ella encuentran; y arrancan y desgarran aquel velo de Isis que la musa había bordado con tan brillantes colores. La ciencia gana seguramente en ello; el espíritu se ensancha y eleva; concepciones más verdaderamente religiosas sustituirán á las antiguas leyendas; pero ¡adiós para siempre cantos amados, que tan dulcemente mecían el alma al salir de la boca de Homero, que la inflamaban é infundían en ella el patriotismo y la abnegación cuando los emitían los labios temblorosos de Tirteo y de Simónides, de Píndaro ó del heroico soldado de Maratón! Aristófanes había enviado ya á los poetas de su tiempo á los infiernos á buscar el secreto del genio, que Esquilo y Sófocles se habían llevado consigo á las infernales regiones; sus mensajeros no habían vuelto de allí, y en su demanda á Hierón, Teócrito dirá: «El amor al lucro sustituye el amor á lo bello.»

La democracia triunfante tiene parte de culpa en esa ruina de la poesía griega; la tribuna, demasiado llena de emociones, mata el teatro; todo aquel que reconoce en sí el talento ó el genio conviértese en orador, y el irresistible atractivo de los triunfos de la palabra impide que se busquen otros éxitos. Un siglo antes, la filosofía habría dejado á Platón á las musas (3), y la elocuencia les habría cedido algunos de sus triunfos; pero si no se hacen ya versos heroicos, si la tragedia, en donde el actor ha tomado la importancia del poeta, está moribunda para no resucitar hasta veinte siglos después (4), en cambio se escribe mejor la prosa, y gracias á los que hablan, el dialecto ático aventaja á todos los demás, llegando á ser la lengua clásica de Grecia, honor por cierto bien merecido.

Sin embargo, un género volverá á florecer muy pronto, aunque en distintas

(1) *Nicoles*, 61 y 49.

(2) *Ibid.*, 15. Eurípides había manifestado ya en el teatro ideas muy superiores á las de la moral y de la religión populares.

(3) Antes de escuchar á Sócrates y de fijarse en él, había compuesto varias poesías y dramas, que después quemó para consagrarse por completo á la filosofía; ¿pero no siguió siendo poeta cuando fué filósofo?

(4) Véase Foucart, *De Collegiis scenicorum artificum apud Græcos*, 1873.

condiciones de las que en el pasado tuvo: Menandro, que nacerá en 342, no será el sucesor de Aristófanes; la comedia, despojada por la ley del agradable atractivo que comunican las alusiones políticas y las sátiras personales, languidecía; Menandro le dará nueva vida, creando la comedia de carácter, que Plauto y Terencio, «esa mitad de Menandro,» como dirá Julio César, imitarán en Roma, y que será para los modernos la verdadera comedia. La historia literaria le concede con razón un lugar preferente; pero la historia política no tiene casi nada que pedirle (1).

En esto, por lo menos, no hay más que cambio entre las nueve hermanas; lo



Galera en una moneda de Cícico (2)

que una pierde, otra lo gana. Con ello no decae el espíritu griego, aunque haya dejado de vibrar una cuerda poderosa; pero lo que se va para siempre es la fe política. Atenas y Esparta han perdido la creencia en sí mismas, que es la primera virtud de un pueblo cuando no alcanza el grado de una ciega fatuidad. Ya no tienen, la una desde Egos-Pótamos y la otra desde Leuctres y Mantinea, esa confianza, esa juvenil audacia que, templada por la razón, sobre todo cuando ésta se llamaba Pericles, permite llevar á cabo grandes cosas. En otro tiempo, el espacio que separaba al pueblo ateniense de sus jefes, apenas era aquél que separa á dos combatientes, uno en primera fila y el otro en segunda; y ni aun á los nombres de Milciades, Cimón ó Aristides, se les concedió un lugar aparte en los trofeos de la victoria. Hoy día, los atenienses tienen tan pobre opinión de sí mismos, que han vuelto al culto de los héroes; por el cumplimiento del deber, por un insignificante triunfo en la guerra, dan lo que no daban antes sino á los dioses, estatuas de mármol ó de bronce; y el sentimiento religioso se ha rebajado tanto, que han levantado altares y substituído los honores divinos á Lisandro, el genio de la astucia. Muy pronto, Demade dirá: «Atenas no es ya la joven guerrera de Maratón; es una viejecilla que sorbe su tisana y lleva zapatillas.» Estas palabras son una caricatura y no un retrato, pues Atenas tiene aún hombres cuyas gloriosas figuras mostraremos en la continuación de esta historia; pero serán los últimos. Hasta parecía poseer entonces un imperio: en 361 acababa de restablecer contra Bizancio, Calcedonia y Cícico, el libre paso de los trigos del Euxino por el Bósforo; en las islas tenía aliados; y en 357 tomará otra vez posesión de Sestos y del Quersoneso. Por desgracia, son apariencias de fuerza más bien que realidades. Escuchemos una palabra de Isócrates, que contra la costumbre del meticuloso retórico, es justo y profundo. «En Atenas, dice, ya no hay atenienses. Hemos perdido en Egipto doscientas naves con sus tripulaciones; ciento cincuenta cerca de Chipre; en la Tracia, diez mil hoplitas, tanto nuestros como de los aliados; en Sicilia, cuarenta mil guerreros, con doscientas cuarenta galeras; y

(1) Menandro era sobrino de Alexis (Suidas, s. v. Ἀλεξίς) y amigo de Teofrasto, de Epicuro y de Demetrio de Falera. Más adelante citaremos una triste frase de Alexis, que Menandro no habría rechazado. Fedro (V, 1, 12-13) le representa visitando á Demetrio de Falera:

*Unguento delibutus, vestitu adfluens,  
Veniebat gressu delicato et languido.*

(2) Galera con una sola fila de nueve remeros: en la proa un hipocampo tocando la trompeta, detrás el piloto sentado, y junto á éste dos águilas romanas. Leyenda: ΚΥΖΙΚΗΝΩΝ ΝΕΟΚΟ[ρων]. Debajo de la galera dos peces.--Reverso de un hermoso medallón de bronce de Cícico con la efigie de Cómodo.

últimamente en el Helesponto doscientas naves. ¡Quién podría contar también todo cuanto hemos perdido en detalle, así en hombres como en barcos! Baste decir que, sufriendo todos los años nuevas desgracias, celebramos también anualmente nuevos funerales públicos. Nuestros vecinos y los demás griegos acudían en tropel á esas pompas fúnebres, menos para participar del dolor común que para deleitarse en nuestras calamidades. Por último, Atenas veía las tumbas públicas llenarse poco á poco de sus ciudadanos, sustituyéndose en los registros sus nombres por los de extranjeros. Lo que prueba cuánta era la multitud de atenienses que entonces sucumbieron, es que nuestras más ilustres familias y nuestras más grandes casas, que habían escapado de la crueldad, de la tiranía y de la guerra con los persas, fueron destruidas y sacrificadas á ese imperio marítimo, objeto de nuestros deseos. Y si por las familias de que hablo se quisiera juzgar á las demás, vériase que el pueblo de Atenas se ha renovado casi enteramente (1).»

También Roma ha abierto sus puertas á los extranjeros, y durante largo tiempo ha tenido en esta política su fuerza y su grandeza; pero Atenas, ciudad del comercio y de la industria, no estaba constituida, como la ciudad latina, con hombres poco más ó menos de la misma sangre, de iguales costumbres é idénticas ideas. Asiáticos y tracios acudían allí, llevando costumbres nuevas y malas, y la incredulidad iba en aumento. Si los dioses se morían, el culto de la patria y un sentimiento enérgico de los deberes del hombre y del ciudadano hubieran podido reemplazar con ventaja la antigua religión, demasiado escarnecida. Pero ¿qué patriótico ardimiento podía haber en aquella población extranjera, en aquellos hijos que no eran de Atenas, y que ella no había alimentado con su palabra y con las lecciones de su historia? ¿Qué ciudadanos podían ser aquellos aventureros, aquellos metecos enriquecidos? Demóstenes se queja de no observar en la turbulenta asamblea en que habla, la gravedad que exigen los grandes asuntos. Si se exceptúa un gusto delicado para el arte, pero para el arte afeminado que encanta y distrae, como el de Isócrates, y no el arte viril que eleva y entusiasma, como el de Policleto y de Sófocles, Atenas degeneraba en Cartago. El lucro y el placer eran allí los principales asuntos.

Nos ha costado decir que la filosofía, en abierta hostilidad con el orden social establecido, era un disolvente para la ciudad. Los discípulos de Sócrates se llamaban, como él, ciudadanos del mundo, enseñaban con Platón el desprecio á las instituciones nacionales, con Zenón una indiferencia igual por la libertad y la servidumbre; y hasta algunas veces, como Jenofonte en Coronea, tiraban de la espada contra sus conciudadanos. ¿Qué era el Estado para los cirenaicos, para quienes la vida se reducía á no ocuparse más que en buscar el placer? ¿Y qué le importaba á Diógenes lo que sucedía fuera de su tonel? La filosofía acababa de escribir una declaración de los derechos del hombre que era mortal para la ciudad.

Atenas, aquejada de la indiferencia política, resentíase también de la sensualidad beocia. Sin tener la excusa de Aristófanes cuando hacía representar sus *Acarrianos*, varios poetas ensalzaban en el teatro los goces de la paz y de la buena mesa, y la satisfacción de groseros apetitos, haciendo caso omiso de todo cuanto había honrado á los antiguos atenienses. Para éstos, la patria era una cosa tres veces sagrada; véase lo que ha llegado á ser en una pieza de la Comedia media: «¿Con qué cuento nos vienes ahora? dice Alexis. El Liceo, la Academia y el

(1) Φανεστειν ἄν μικροῦ δεῖν ἀντηλλαγμένοι. (Isócrates, *Sobre la Paz*, § 86-89, edición Didot, págs. 112-113.) Isócrates había nacido en 436, siendo su padre Teodoros, fabricante de instrumentos músicos; fué discípulo de Gorgias y de Prodicus.

Odeón son sandeces de sofistas, en las que no veo cosa alguna que valga la pena. Bebamos, querido Sicón, bebamos á porfía, y á vivir alegremente mientras haya medio de hacerlo. ¡Viva la broma, Manés! No hay nada tan amable como el vientre, porque es tu padre y tu madre. ¡Virtudes, embajadas, mandos, vana gloria y vano ruido del país de los sueños! La muerte helará tu cuerpo el día señalado por los dioses, y ¿qué te quedará entonces? Lo que habrás comido y bebido, y nada más. Lo demás es polvo, polvo de Pericles, de Codro y de Cimón.» ¡Qué bien responden estas palabras, dignas de los faunos ebrios del cortejo de Baco, á una sociedad que al parecer trataba de olvidar en la alegría y en los placeres su fin próximo, y cómo se comprende que el epicureísmo haya salido de semejante control!

El sombrío cuadro que Demóstenes traza, inquieta más aún que esa alegría bestial. «¿Cómo hemos decaído hasta este punto? No sin alguna causa se habrán hecho tan dóciles á la esclavitud los griegos, que en otra época se mostraban tan ardientes por la libertad. Atenienses, ¿es que en otro tiempo había en el fondo de las almas algo que ya no existe, algo que fué vencido por el oro de los persas, que conservaba la Grecia libre, que la hizo triunfar en mar y tierra, y que al desaparecer, no ha dejado más que ruina y confusión? ¿Y qué es ese algo que tanto puede? Una cosa muy sencilla, en la que no intervenía el arte. Todo aquel que recibía el oro de un tirano, de un corruptor de Grecia, inspiraba horror á cuantos le veían. ¡Terrible cosa era entonces hallarse convicto de venalidad! Jamás había para el culpable perdón ni excusa, siempre se le aplicaba el último suplicio; y por eso los oradores y los generales de aquel tiempo no aprovechaban las ocasiones en que se adquiere una fortuna. Entonces no se traficaba con la concordia entre los ciudadanos, ni con la desconfianza en que es preciso vivir respecto del bárbaro y otras muchas cosas. Hoy todo se vende, lo mismo que en el mercado, y en lugar de las virtudes de otra época, tenemos un mal importado en Grecia, un mal que la trabaja y que la mata. ¿Cuál es? El amor al oro. Se codicia hasta el salario del traidor; se sonríe al confesar un crimen: el perdón es para el culpable, el odio para los acusadores, y en una palabra, es la corrupción misma con todas sus bajezas. Atenienses, sois ricos en naves, en soldados, en rentas, en recursos para la guerra, en todo cuanto constituye la fuerza de un Estado; más ricos sois ahora que nunca; pero toda esa fuerza languidece impotente é inútil. ¡Atenienses, todo muere en vosotros, porque en vuestro país se trafica con todo!

»Tal es nuestro estado; ya lo veis con vuestros propios ojos sin necesidad de mi testimonio. ¡Qué diferencia cuando se compara con el pasado! Ya no soy yo quien habla aquí: recuerdo una inscripción grabada en bronce por vuestros padres en el Acrópolis; grabada, no para ellos mismos, no para estimularlos á la virtud, porque aquellas grandes almas no lo necesitaban, sino para recordaros con un monumento imperecedero hasta qué punto se debe vigilar á los traidores. ¿Qué dice la inscripción? Helo aquí:

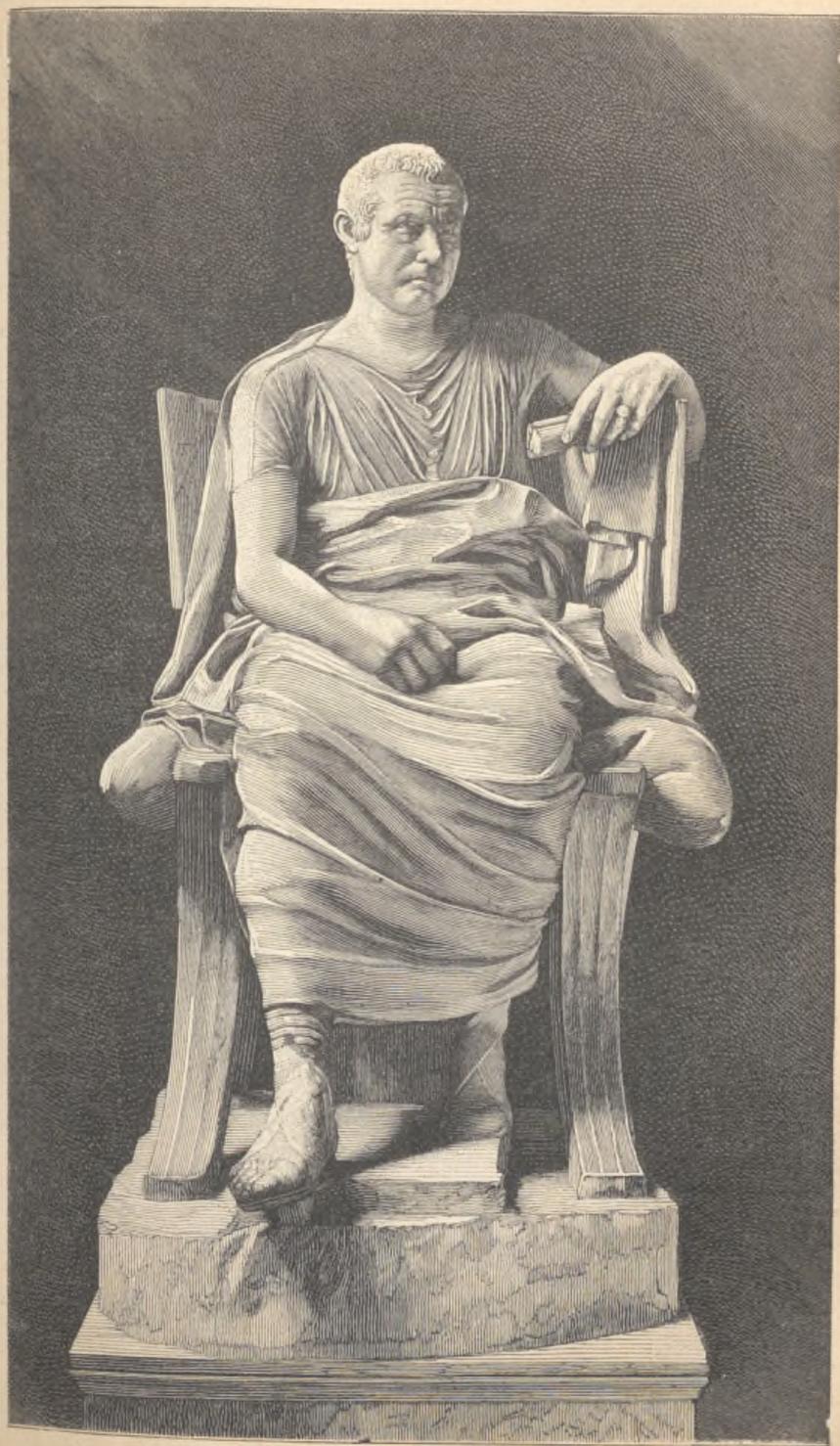
«Arthmios, hijo de Pithonax de Zelia, ha sido declarado infame, enemigo del pueblo ateniense y de sus aliados, él y su raza.»

»Después se consigna la causa del castigo:

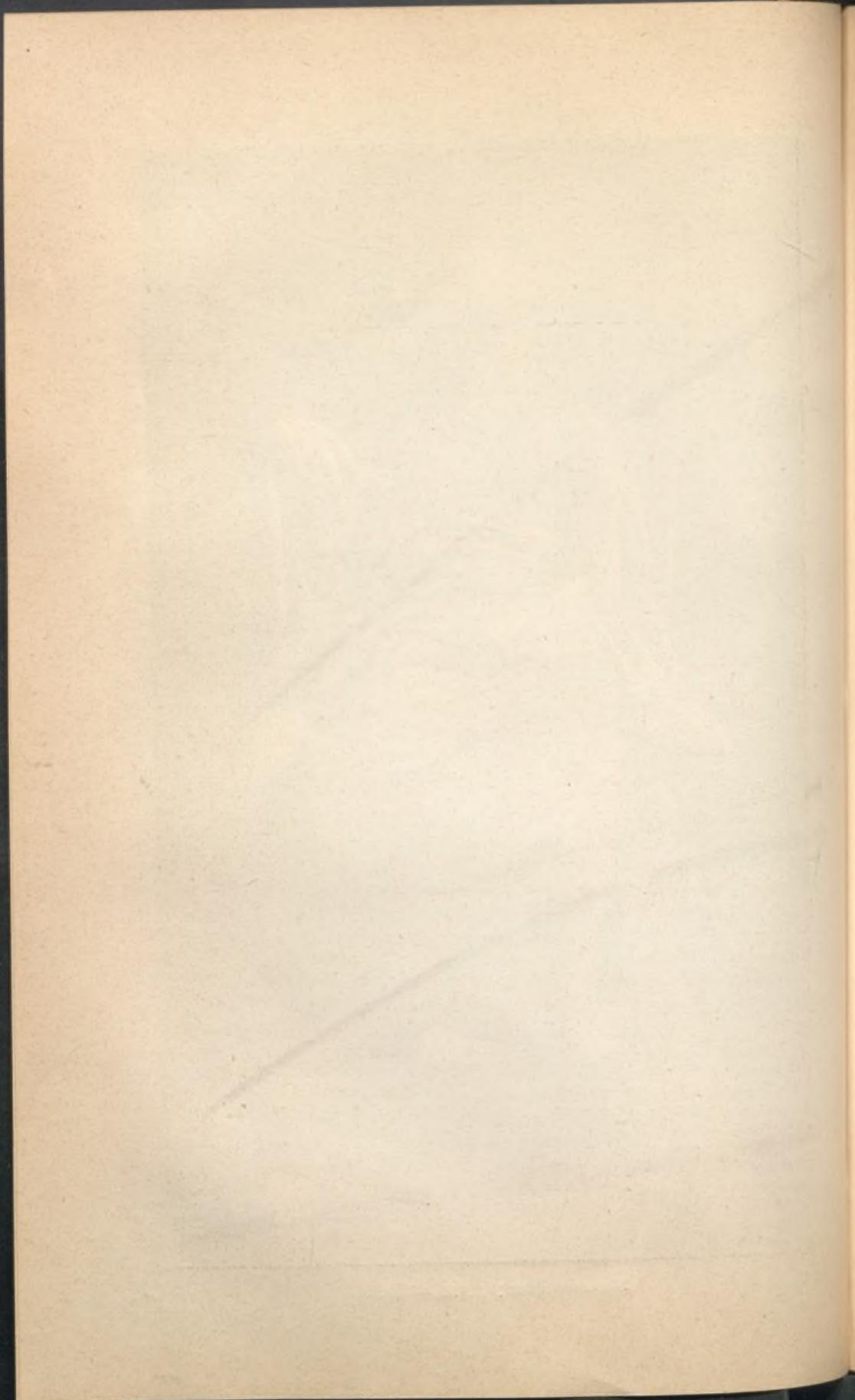
«Por haber traído el oro de los medos al Peloponeso (1).»

En el discurso *Areopagítica*, Isócrates piensa como Demóstenes y dice: «En Atenas, la venalidad en los cargos y en las sentencias lo corrompe todo.» Montequieu ha hecho de la virtud cívica el principio de la democracia. Buena es en to-

(1) *Fillpica tercera*, 36-43.



Menandro (véase pág. 133, nota 1)



das partes, pero indispensable en una república, pues si en ella no se conoce el desinterés y el espíritu de sacrificio, todo se pierde. Por eso pereció la más gloriosa de las ciudades antiguas y con ella la Grecia entera.

Al desarrollarse el comercio y la industria, aumentó la desigualdad de las fortunas; los hábiles se hicieron ricos, y los que no lo eran quedaron reducidos á la pobreza y á la miseria, con la envidia en el corazón y muchas complacencias para los sofistas del Pnyx ó los delatores de la Agora. No era entre la multitud ociosa y chillona del Pireo donde Antístenes encontraba reclutas para su filosofía cínica, y por algunos conceptos elevada; pero las multas y las confiscaciones hacían pobres, no todos tan sabios como el Carmido, de Jenofonte. «En otro tiempo, dice, cuando yo era rico, temía siempre que forzasen mi puerta para robarme mi dinero, y manteníame en buena inteligencia con los sicofantes. Cada día surgía un nuevo impuesto, y no se gozaba siquiera de la libertad de salir de la ciudad para emprender un viaje. Ahora que lo he perdido todo, pues hasta mis muebles han sido vendidos en pública subasta, ya no estoy amenazado, y duermo tranquilo. En vez de pagar el tributo, le recibo, puesto que la república me mantiene.» Pero si Carmido no se queja de la pérdida de sus bienes, regocíjase en cambio de no tener deberes que cumplir. «No poseyendo nada, á nadie temo, y pobre, infundo temor á los ricos, y al acercarme yo se levantan ó me ceden la derecha en la calle (2).»

De esta perversión de la moralidad pública había nacido otro mal, que debería designarse con el nombre particular de *condottierismo*, porque es un fenómeno general observado en varias épocas de la historia, así en la Italia degenerada como en la Grecia moribunda, lo mismo en el Egipto decrépito que en el Oriente exhausto, en Cartago y en el caos donde se extingue la guerra de los Treinta años: me refiero á la costumbre de vender su sangre y su valor para intervenir en cuestiones hacia las cuales no impulsa ningún interés elevado. Si el derecho de matar es terrible en las guerras legítimas, en las cuales el soldado defiende su patria y sus penates, ¿qué será cuando mate para vivir, tomando esto por oficio para ganar algún dinero? Desde hacía largo tiempo, los griegos conocían demasiado los caminos de Susa y el dinero del gran rey, quien siempre tenía numerosas tropas asalariadas y cuya intervención en los asuntos de Grecia no reconocía más objeto que promover allí la paz á fin de obtener soldados á sueldo. De Grecia toma hasta generales, y aun compra los servicios de Cabrias y de Ifícrates. El peligro no estaba solamente en el oro corruptor que aquellos mercenarios traían de sus expediciones, ni en el olvido de la patria ni en la costumbre adquirida en los campamentos de cometer violencias y entregarse al saqueo, ni en los vicios que el afeminado Oriente les inoculaba. El mal estaba en que si muchos volvían aún á sus ciudades á ostentar aquellas mal ganadas riquezas, algunos años después serán muy pocos los que regresen á su patria, prefiriendo los más morir allí donde vivieron, y entonces el mal para Grecia será aquella emigración continua, que le arrebatará lo mejor de su

(1) Estatua de mármol encontrada en el mismo lugar que la estatua sentada del poeta cómico Poseidipo y conservada en el Vaticano (según fotografía). La estatua de Menandro no lleva inscripción, mientras que la tiene la de Poseidipo; pero entre otras iguales que existen, hay un pequeño busto con inscripción que no deja ninguna duda sobre el nombre que ha de darse al personaje de nuestra estatua.

(2) *El Banquete*, 4. Sobre las multas y las confiscaciones, véanse los discursos de Lisias, *Sobre las riquezas de Aristófanes, contra Eratóstenes*, y el que redactó para un ateniense á quien se acusó de haber arrancado un olivo sagrado. En el *Περὶ τοῦ Ζευγού*, Isócrates defiende al hijo de Alcibiades, acusado de un robo de caballos y á quien el delator quería hacer responsable de todas las faltas cometidas por su padre contra Atenas, etc.

sangre. Todo hombre activo, de valor, y ambicioso; toda la parte enérgica de la población griega, correrá al Asia, dejando tras de sí la madre patria despoblada. En Isos, Darío tendrá 30,000 mercenarios griegos; en tiempo de Alejandro y de sus sucesores, el mal será diez veces más intenso, y entonces Grecia sucumbirá por falta de hombres, según la enérgica expresión de Polibio.

Por todas partes se ha introducido esa costumbre fatal de vivir de la guerra como de una profesión. Para ventilar la menor diferencia, las ciudades no apelarán ya al valor de sus habitantes, sino que se valdrán de los mercenarios. En 371, Orcomene los compra para combatir á una pequeña y oscura ciudad de Arcadia; Atenas no puede prescindir de ellos; los tiranos de Tesalia, así como los de Sicilia, no cuentan con otros soldados, y hasta la misma Esparta los tiene á sueldo (1). Grecia no es ya más que un gran mercado donde se vende el valor á todos los precios, mercancía averiada, porque ese valor venal va siempre mezclado con la perfidia y la traición. Con ese valor no hay ya victoria cierta ni negociación segura. Un día Ifícrates recibe de Anfípolis rehenes que al fin devolverán á Atenas aquella gran ciudad; un mercenario le sucede, restituye los rehenes, pasa al servicio de Tracia, y Anfípolis se pierde (2). Esta lección no aprovechó mejor que otras muchas á los atenienses. Las fiestas, las controversias de los oradores y los espectáculos, que no eran en otro tiempo sino una distracción en medio de los viriles trabajos del comercio y de la guerra, habían llegado á ser su ocupación principal. ¿Por qué aquel pueblo delicado y alegre, objeto de tantas lisonjas, no había de tener también, como un potentado, un ejército á sueldo? «Con un pueblo numeroso, dice Isócrates, y con los recursos de la hacienda agotados, queremos, como el gran rey, servirnos de tropas mercenarias... En otro tiempo, cuando se armaba una flota, tomábanse por tripulantes extranjeros y esclavos, porque los ciudadanos eran soldados; hoy día armamos á los extranjeros para combatir y obligamos á los ciudadanos á remar. De este modo, cuando hacemos un desembarco en tierras enemigas, se ve á esos intrépidos ciudadanos de Atenas, que pretenden mandar en los griegos, salir de las naves con el remo en la mano, mientras los mercenarios se preparan al combate cubiertos con nuestras armas.» «Apenas se ha declarado la guerra, exclama Demóstenes, el pueblo decreta por unanimidad que se llame á 10,000 ó á 20,000 extranjeros.» Como la vida de soldado llegó á ser un oficio, el lujo se deslizó en los campamentos, entorpeciendo á los ejércitos con los bagajes y haciendo más costoso su mantenimiento: éste era para Demóstenes otro motivo de queja.

(1) En 374 tenía en su flota 1,500 mercenarios, y Dionisio le envió algunos que le fueron de gran utilidad. En su caballería contábanse siempre algunos, y según Jenofonte, la quinta parte de los soldados de esa arma componíase de extranjeros á sueldo (*Sobre el mando de la caballería*, 9). En 378, dos ciudades de la Arcadia, Clitor y Orcomene, estaban en guerra, y de ellas la primera no tenía más que mercenarios. En 371, 500 de éstos, que Agesilao empleó, constituían la guarnición de Orcomene. Jasón reunió 6,000. (Jenofonte, *Helen.*, VI, 1, 5.) Cabrias servía al rey de Egipto, Acoris; Atenas le obliga á volver, y entonces va Ifícrates á dirigir las operaciones de los persas, arrastrando consigo 20,000 griegos. El rey de Sidón, que se rebela contra los persas, tiene á sus órdenes 4,000 mercenarios griegos mandados por el rodio Mentor, que acababa de prestar sus servicios en Egipto. Foción y Evagoras mandaban al mismo tiempo 8,000 en el ejército persa, y otros 10,000 acudieron al llamamiento de Artajerjes. Estas fuerzas reunidas atacan á Nectanebo, que por su parte cuenta con 20,000 mercenarios. Resulta de aquí que más de 40,000 griegos combatían bajo distintas banderas y al servicio del extranjero. (Diodoro, IV, 4, 48; véase Jenofonte, *Helen.*, III, 1, 13; 3, 15; IV, 2, 5; 4, 14; 8, 35; VII, 5, 10.) Demóstenes é Isócrates se pronuncian de continuo contra esta costumbre fatal.

(2) Sobre los mercenarios atenienses que vivían en Tracia, véase Demóstenes, *Centra Aristócrates*, *inil.*

De este modo se perdían las costumbres militares y todas las virtudes que dependen de las armas. Como los ejércitos dejaron de ser nacionales, los jefes no fueron ya ciudadanos, sino capitanes de partidas, conducidos por sus soldados más bien que de ellos conductores, y sólo atentos á procurarse alguna colocación ventajosa ó á ganar lo más posible poniéndose al servicio de los extranjeros, á veces hasta enemigos de su patria. Así, por ejemplo, Cabrias aceptó el mando de las fuerzas del Egipto sublevado, en un tiempo en que Atenas buscaba la alianza del gran rey; y después de prestar este servicio volvió con costumbres tan disolutas, que ni aun la licencia de Atenas le bastó. Ifícrates, que condujo 20,000 mercenarios griegos para Artajerjes, llegó á ser yerno del tracio Cotys y secundóle en sus expediciones contra los atenienses. Todos aquellos generales, dice Teopompo, incluso el hijo de Conón, Timoteo, el más patriota y desinteresado de todos, preferían la vida regalada de los países extranjeros á la permanencia en Atenas. Carés, uno de los favoritos del pueblo, habitaba de ordinario en Sigea, en la costa de Asia. Agesilao fué á morir octogenario al servicio de un rey de Egipto, y terminó como aventurero una vida que no había dejado de ser gloriosa (358).

Grecia llegó á tener hasta un mercado permanente para el enganche de mercenarios. Al cabo Tenaro, punta extrema del Peloponeso, llegaban de los tres continentes que rodean el mar Egeo cuantos soldados tenían éstos para vender (1). Los aficionados á correr aventuras iban allí á comprar valor, contra quienquiera que fuese y en pro de cualquier causa, bajando ó subiendo el precio según fuese la oferta mayor ó menor que la demanda. La guerra es siempre una calamidad, pero en estas condiciones era además una vergüenza.

De aquí resultaban otras dos consecuencias funestas: la facilidad del pueblo para concebir sospechas contra los generales, que tenían demasiados amigos fuera para servir, no queriendo más alternativa que el triunfo ó la muerte; y la separación, mala en un Estado secundario, de la cabeza que concibe y de la mano que ejecuta. Los grandes hombres de Atenas de la edad anterior eran todos oradores y generales, según convenía. Foción, al decir de Plutarco, fué el último que abordó tan resueltamente la tribuna como el campo de batalla; y de aquí la influencia de hombres que no habiendo intervenido de cerca en los negocios, con frecuencia los comprometían por un período cadencioso y un aplauso de la gente del Pnyx. Ifícrates, acusado, no supo defenderse sino mostrando su espada y los puñales de los jóvenes que tenía distribuídos entre el auditorio.

Hay una fuerza capaz de reparar muchas faltas, y es el amor patrio. Los griegos tenían dos patrias, su ciudad primero y después la Hélade; pero el patriotismo, que se debilitaba en el interior de las ciudades, no se realizaba en la nación. La unión fraternal de las tribus griegas había sido siempre muy débil, aun en los mejores días; pero entonces, por lo menos, el odio al extranjero era vigoroso, y en caso de necesidad muchos se unían contra él. Cuando Mardonio ofrecía á los atenienses los magníficos regalos de su señor, rechazaban la amistad del bárbaro, como habían rechazado sus armas; pero transcurre un siglo, y todo cambia. Esparta, Tebas, y hasta la misma Atenas, cortejan al gran rey, reciben su oro y obedecen sus órdenes; y á fuerza de envidiarse, de aborrecerse y de guerrear entre sí, las ciudades griegas llegan á preferir el extranjero al compatriota. Tal ó cual pueblo

(1) En 323, 8,000 mercenarios se reunieron en el cabo Tenaro, donde Leóstenes les enganchó para el servicio de Atenas (Plutarco, *Foción*, 22; Diodoro, XVIII, 9). Algunos meses después Tibrón encontró todavía 2,500, que se le vendieron, y en 315 Antígono envió allí á un emisario con mil talentos para contratar á todos los que quisieran engancharse, alistando en poco tiempo, según Diodoro, 8,000 hombres.

llama hoy á los persas, mañana buscará sus aliados en otra parte; pero en lo sucesivo, el extranjero intervendrá siempre en los asuntos de Grecia. Al término de esas costumbres, de esas contiendas y de esa decadencia moral había seguramente un amo.

Observad que la guerra no se hace solamente entre las ciudades, sino entre los partidos de cada una de ellas. En todas partes se hallan dos facciones que aspiran á vencer, á expulsarse ó á exterminarse una á otra; y para conseguirlo apelan á todos los medios. En ochenta años, contáronse once revoluciones entre los chiotas, que, sin embargo, constituían uno de los pueblos más juiciosos de Grecia. Plutarco refiere que, después de esas turbulencias, los vencedores se disponían á dar muerte ó á desterrar á los vencidos, cuando uno de ellos, Onomademo, se levantó y dijo: «Creo que será conveniente dejar algunos de nuestros enemigos en la ciudad, porque si los expulsamos á todos, el odio y la guerra civil estallarán después entre amigos.» Este Onomademo era un personaje muy previsor: sabía que á una ciudad griega no le era posible vivir sin partidos, y no tenía consideración á sus adversarios sino para que á su facción no le faltaran nunca hombres en quienes descargar su cólera.

¿Qué habían producido todas esas guerras? Interesan las de Roma, que dirigidas con buen juicio y previsión, conducen á las legiones paso á paso y con seguridad desde las orillas del Tíber hasta el pie de los Alpes y el estrecho de Mesina, y después á los límites del mundo civilizado; pero ¿qué habían ganado en tantos combates esos griegos, que tan buenas disposiciones tenían para otras obras? Perdieron un siglo luchando en los mismos parajes, en medio de ruinas y sangre; y gracias á la fecundidad de su genio, nada anunciaba su próxima ruina. Si en la literatura se debilitaban ciertos géneros, era en provecho de otros; si en política se humillaban los grandes Estados, esto redundaba en ventaja de los pequeños; y si los pueblos más mezclados, y donde mayores eran la corrupción y la molición, habían perdido mucho de sus virtudes cívicas, aún quedaban ciudadanos como Licurgo y Demóstenes, Hipérides y Eufreos, aquel habitante de Orca que, no pudiendo salvar su ciudad de manos de Filipo, se mató para no someterse á los macedonios (1).

Sin embargo, la decadencia había comenzado realmente, si bien podía durar largo tiempo sin conducir á una catástrofe: el valor y el espíritu militares no habían desaparecido ni en Tebas ni en Lacedemonia, y ya veremos cómo los atenienses se acuerdan más de una vez del nombre que llevan; y finalmente, como ningún enemigo exterior amenazaba por entonces, la unión no era por el pronto necesaria, ni parecía haber peligro de que se hubiera de invocar, como de costumbre, el auxilio de los bárbaros.

Grecia, pues, tenía aparentemente ante sí la perspectiva de una larga existencia y se habría conservado dueña de aquel porvenir á no mediar el fenómeno, único en la historia, de sucederse dos grandes hombres en el mismo trono. Macedonia mató á Grecia; Filipo la sometió á la servidumbre; Alejandro le hizo más daño aún, pues la arrastró en pos de sí y la dispersó en la superficie del Asia. Después de él, la Grecia estuvo en Alejandría, en Seleucia, en Antioquía, en Pérgamo, en las orillas del Nilo, del Tigris y del Indo, en todas partes, en fin, excepto en Grecia.

(1) Demóstenes, *Filípica tercera*, 62.



## SÉPTIMO PERÍODO

SUPREMACIA DE MACEDONIA (359-272)

PRIMERA SUMISIÓN DE GRECIA

### CAPITULO XXXI

FILIPO (359-336)

I. — MACEDONIA ANTES DE FILIPO

Hemos visto elevarse rápidamente una gran dominación, la de Tebas; pero quedó sepultada con Epaminondas bajo los laureles de Mantinea: jamás caída alguna siguió tan pronto al triunfo. Por sus asombrosas victorias, Tebas arrebató á Esparta sus conquistas, aniquilando el prestigio de su nombre; de modo que Lacedemonia sufrió la misma suerte que con sus manejos había preparado para Atenas. Las dos antiguas potencias, las dos cabezas de Grecia, habían perdido su corona, quedando así cortado el lazo de las confederaciones que formaran á su alrededor. ¿En provecho de quién? No de la Arcadia, que por la batalla «sin lágrimas» pudo convencerse desde un principio de su impotencia para el ataque; no de Argos ni de Corinto, ciudades envejecidas y gastadas; y no de Tebas tampoco, que desapareció después de brillar como un relámpago. De este modo Grecia carecía de un centro estable, desde donde una vida común pudiera comunicarse á todos sus miembros; ese centro había estado un momento en Lacedemonia, después en Atenas, y otra vez en aquélla; mas ahora volvía á cambiar de sitio, y el eje de Grecia inclinábase hacia los países septentrionales. Tebas había tenido su día; más arriba, estuvo á punto de formarse una potencia dominante, y aún podía reaparecer en

Tesalia: cuando Jasón se hizo conceder el título de *tagos*, una sombra oscureció la independencia de Grecia; mas no debía venir de allí el peligro, sino de más lejos.

La cordillera desde donde el Pindo desciende al Sur, se prolonga por el Este hasta el mar Negro, bajo los nombres de montes Orbelos, Scomios y Hemos, siguiendo una línea casi paralela á la orilla septentrional del mar Egeo; y el vasto espacio circuido por esas montañas y riberas, á partir del Olimpo y de los montes Cambunios, al Sur, hallábase habitado por pueblos tracios y por aquellos que constituyeron el pueblo macedonio. Estos últimos, ocupando la parte occidental, estaban separados de los primeros por el Rodope, que va desde el Hemos al mar Egeo. El Rodope, al Este, y el Olimpo, al Sur, eran los dos límites extremos de la Macedonia, ó por lo menos, los que sus reyes quisieron darle.

Este país se halla dividido en varias cuencas por las montañas que se desvían de la cordillera superior y descienden hacia el mar; y en el fondo de tres de ellas deslízanse el Haliacmón, el Axios y el Estrimón. Los dos primeros ríos desembocan en una costa baja, donde forman muchos pantanos (2); el tercero, por el contrario, termina en los lugares donde se elevaron la poderosa ciudad de Anfípolis y la fortaleza



Moneda de los macedonios, *in genere* (1)

Eion. Entre el golfo Termaico, en el cual se pierde el Axios, y el de Estrimónica, donde el Estrimón desagua, el continente se prolonga por el mar Egeo en una península casi redonda, terminada por tres lenguas de tierra que le comunican cierta semejanza con una mano: aquella península es la Calcídica. Los anchos y fértiles valles de la Macedonia contrastan con las estrechas cuencas y el suelo estéril, que forman, al otro lado del Pindo, el Epiro y la Iliria. Allí había lugar para un gran pueblo, y al fin se formó, pero tarde, porque encerrados entre montañas y un litoral encenagado, los macedonios permanecieron largo tiempo fuera de la vida helénica y necesitaron que un grande hombre les hiciera entrar en ella.

No hay dato preciso acerca de la población de Macedonia (3); parece haber sido una mezcla de la raza griega con los bárbaros que ocupaban la Iliria y el Epiro, aunque en tiempo de Polibio no pudieran entenderse un ilirio y un macedonio sino por medio de intérprete. Cuando los helenos invadieron la Grecia, una parte de esta nación se quedó sin duda en el Sudoeste de Macedonia, más arriba de la corriente superior del Haliacmón y del Erigón (4); mientras que el Norte, desde

(1) Busto de Diana mirando á la derecha, con el carcaj y el arco á la espalda. Esta cabeza forma el *umbo* de un escudo macedonio redondo, cuyos bordes están adornados de medias lunas y estrellas. En el reverso, MAKEΔONΩΝ. Maza y dos monogramas de nombres de magistrados. Corona de encina. (Tetradracma acuñada á principios de la dominación romana.)

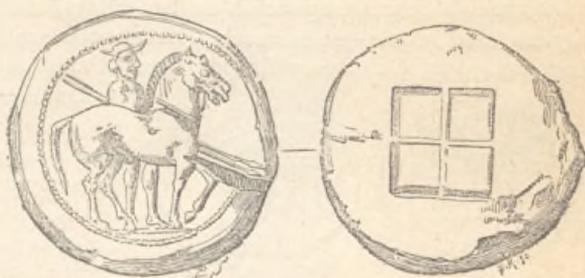
(2) Los habitantes llaman hoy al Haliacmón el río loco, *Delipotamo*, á causa de sus terribles avenidas. En 1800 rompió sus diques é inundó durante diez años el país llano. (Cousinery, *Viaje á Macedonia*, I, 2.)

(3) Μακεδονία, *el país alto*. Véase Freret, *Memorias de la Academia*, t. XLVII, pág. 10.

(4) Los valles superiores del Haliacmón y del Erigón se hallan precisamente en las inmediaciones de los dos pasos más fáciles de Iliria, en Macedonia; el primero hacia el Klisura del Devol, donde la cordillera del Pindo está completamente interrumpida, pues el Devol, que nace en la

el Axios al Estrimón, pertenecía á la gran tribu iliria de los peonios, que pretendían descender de los troyanos. El Sur, en fin, hallábase habitado por tracios, migdones, crestonios, edonios, bisaltos y sitonios. Los tracios pierios se habían establecido entre el Haliacmón y el mar; y los beocios, que se titulaban cretenses, pero que parecen tracios como sus vecinos, entre las desembocaduras del Haliacmón y las del Axios. Al contacto de estos bárbaros, la raza griega se alteró, formándose una población mixta á la cual Herodoto rehusaba el nombre de helenos, pero que mostró gran facilidad para adoptar el idioma helénico. Si entre los nombres macedonios que la historia y las inscripciones nos han conservado, algunos son bárbaros, los más se relacionan con el griego; pero se reconoce siempre á un macedonio por la manera de pronunciar ciertas letras de esa lengua.

Aquel pueblo formaba varias tribus, cada una de las cuales tenía su jefe: los elimeos, los orestes, los eordeos, los pelagonios y lincestes, que poseían una capital llamada *Herakleia*, nombre derivado del de Hércules. La tribu más poderosa habitaba el país inmediato al de los egeos, y era la de los macedonios, que después se hicieron célebres. En algunos de esos valerosos pueblos,



Moneda de los bisaltos (1)

el hombre que no había matado un jabalí en la caza debía permanecer sentado y no echado en los festines, y se consideraba como deshonoroso no haber inmolado un enemigo (2). La mujer parece haber sido más libre é influyente que en Grecia.

Sobre la primitiva historia de ese país no tenemos épopéyas, ni cantos nacionales ni numerosas leyendas, como las que tanto abundaron en Grecia. Tucídides dice solamente que hacia el siglo noveno, es decir, en el tiempo en que las constituciones republicanas reemplazaban á la monarquía, un heráclida de Argos, Caranos, marchó á la cabeza de un ejército de griegos, bajo la fe de un oráculo, al país de los orestes. El rey de este país le tomó á su servicio en una guerra contra los eordeos, y en recompensa del auxilio que recibiera dióle la Ematia, provincia situada al Norte del golfo Termaico. Decíase que Caranos, conducido por una cabra á Edesa, capital de este país, dióle el nombre de Egeos en memoria de aquel hecho milagroso (3). Esa ciudad siguió siendo la capital del país hasta la época de

vertiente oriental, desagua en el Beratino (*Apsos*); el segundo hacia la garganta por donde pasó la gran vía romana *Egnatia*. Estas condiciones físicas ayudan á comprender lo que dice Estrabón (libro VII, pág. 324) acerca de la mucha analogía que se observaba en los pueblos establecidos entre el monte Bermios y la costa que da frente á Corcira; usaban las mismas armas, cortábanse el cabello de igual manera, y en el fondo, hablaban la misma lengua. Recordemos también que es fácil pasar desde Epiro á Tesalia por el desfiladero de Gonfi, y de Tesalia á la cuenca del Haliacmón por los numerosos pasos de los montes Cambunios.

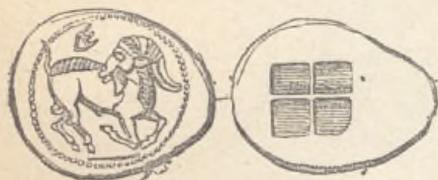
(1) Guerrero en pie junto á su caballo, mirando á la derecha; lleva en la cabeza la *causia* y en la mano dos lanzas. En el reverso, cuadrado hueco dividido en cuatro cuadrados más pequeños. (Plata.)

(2) Aristóteles, *Política*, VII, 2, 6.

(3) Egeos, ó Edesa, hoy la ciudad búlgara de *Vodena*, se elevaba sobre una meseta semicircular de 120 á 150 metros de altura, cortada á pico por tres lados, y apoyada en las estribaciones de dos grandes montañas que le enviaban sus límpidas aguas. (Delacoulonche, *Informe sobre la*

Amintas y de Filipo, que transfirieron este título á Pella, más próxima al mar (1).

El narrador por excelencia, Herodoto, sabe algo más sobre este particular. Tres hermanos de la raza de Temenos, cuarto descendiente de Hércules, Gauanés, Eropos y Pérdicas, desterrados de Argos, marcharon á Iliria, y desde allí trasladáronse á la alta Macedonia, donde entraron al servicio del rey de Lebea para guardar sus ganados. «Ahora bien, siempre que la reina hacía cocer el pan con que alimentaba á sus servidores, el destinado á Pérdicas aumentaba de peso en un doble; la reina hizo notar esta particularidad al soberano, y éste, creyendo ver en ello un prodigio amenazador para él, ordenó á los tres hermanos que se alejaran de sus Estados, á lo cual contestaron que estaban dispuestos á obedecer apenas recibiesen el importe de sus jornales. Al oír esta petición, el rey, que estaba cerca del hogar, donde se reflejaban los rayos del sol al penetrar por la abertura del tejado, como poseído de una inspiración divina, díjoles, señalando esos rayos: «Mirad, os doy eso; es el salario que merecéis.» Esta contestación dejó atónitos á los dos hermanos mayores, Gauanés y Eropos; pero el más joven, que llevaba un cuchillo,



Moneda de Egeos (Edesa) (2)

exclamó: «¡Pues bien, aceptamos!» Y después de trazar con su cuchillo un círculo en el suelo, alrededor de la luz del sol, agachóse tres veces, aparentando en cada una de ellas que se guardaba los rayos en los pliegues de su ropa y que los repartía entre sus hermanos, hecho lo cual, alejáronse los tres. Uno de los que estaban sentados cerca del

rey llamó la atención de éste sobre la acción del joven y la manera de aceptar lo que se le ofrecía; el monarca se inquieta, se irrita, y envía varios soldados de á caballo en persecución de los hermanos para que les den muerte. En aquel país hay un río al que los descendientes de aquellos hijos de Argos ofrecían sacrificios como á un dios salvador, y apenas Gauanés, Eropos y Pérdicas le hubieron vadeado, la corriente creció de tal modo, que los perseguidores no osaron franquearla. Los fugitivos, llegados á otro país de Macedonia, establecióronse cerca del lago conocido con el nombre de «Jardines de Midas,» donde crecen rosas de sesenta hojas, cuyo perfume es muy superior al de todas las demás; allí fué también donde Sileno fué cogido, según dicen los macedonios; pero esos jardines están dominados por el monte Bermios, que en el invierno es inaccesible. Después de haber sometido este país, los teménidas, es decir, los tres hermanos, marcharon para conquistar el resto de Macedonia.»

Herodoto, pues, da por jefe á la dinastía que conocemos en Macedonia al heráclida Pérdicas I, en una época en que aún existía en aquel país la monarquía heroica en toda su antigua sencillez. Tucídides opina del mismo modo, y Grecia reconoció este origen por la autorización concedida al hijo de Amintas I, Alejandro «el Filheleno,» según le llama Píndaro, para concurrir á los juegos olímpicos.

*cuna del poderío macedonio, p. 72.)* Dominaba el paso que conducía desde las provincias marítimas á la alta Macedonia, la Lincéstida y la Pelagonia. Los romanos hicieron pasar por allí la *via Egnatia*.

(1) Pella, edificada sobre colinas, estaba circuida de profundos pantanos, que se comunicaban con el Ludias, por donde los barcos procedentes del mar remontaban hasta Pella. La costa de Beocia no tiene puerto alguno, y de aquí la importancia de Pella.

(2) Macho cabrió agachado y volviendo la cabeza, y encima un monograma. En el reverso, cuadrado hueco. (Plata.)

Según Herodoto, fueron sucesores de Pérdicas I, Argeo, Filipo, Eropos, Alceas y Amintas I, de los cuales poco se sabe. Hasta el tiempo de las guerras médicas no se hace un poco de luz en esa historia. El reino, sin extender muy lejos su acción, habíase ensanchado ya considerablemente, traspasando el monte Bermios; los pierios, expulsados de la costa, hallábanse al Este del Estrimón, y los beocios al Sur, hacia la Calcídica, aunque conservando Pella. La dominación macedónica había traspasado también el Axios; los edonios fueron desalojados de una parte de Mígdonia; Antemos, á la entrada de la península calcídica, quedó ocupada; en el interior, los eordeos y el pequeño pueblo desconocido de los almopes fueron desposeídos de su territorio; de modo que los reyes de Macedonia tenían, aun más allá del Axios, posiciones muy fuertes, y parecían los soberanos de los pequeños príncipes que reinaban sobre los vecinos bárbaros. En dirección al mar poseían la costa de Pieria hasta las desembocaduras del Haliacmón, donde les cerraban el paso los griegos, que desde la décima olimpiada habían ocupado la península calcídica con sus colonias, fundando á Metona en la costa misma de Pieria.

Tal era la situación de Macedonia cuando los persas se apoderaron de la Tracia. Amintas I, amigo de los pistrátidas, que reinaba allí entonces, siguió el ejemplo de los pueblos vecinos que se habían sometido, y consintió en ofrecer á los enviados de Megabazo, sátrapa de Tracia, la tierra y el agua; pero habiendo esos embajadores olvidado durante un banquete el respeto debido á las mujeres de la corte de Macedonia, Alejandro, hijo del rey, irritado ante aquella injuria, hizo los asesinar por unos jóvenes á quienes vistió con el traje de las mujeres ultrajadas. Cuando el sátrapa envió á reclamar sus embajadores ó el castigo de los culpables, Alejandro sobornó al que estaba encargado de esta investigación, concediéndole la mano de su hermana, con lo cual el asesinato quedó impune.

Este Alejandro llegó á ser rey en el año 500. Cuando llegaron los persas de Jerjes, los macedonios fueron arrastrados por aquella corriente; pero aunque entre los enemigos de Grecia, Alejandro no perdió ninguna ocasión de probar que obraba contra su voluntad y que su único deseo era servir á sus hermanos de origen. Alejandro fué quien avisó á los griegos para que abandonasen la Tesalia; él quien estuvo en Atenas para llevar á cabo una negociación amistosa que Mardonio le confió; y él, en fin, quien se presentó á caballo una noche en el campamento de los griegos, la víspera de la batalla de Platea, para revelarles los proyectos del enemigo. No por esto mereció menos el favor de Mardonio, que le dió la Tracia hasta el monte Hemos. Después de la derrota de la expedición meda, aquella adquisición se perdió por la rebelión de las tribus indígenas; pero tal vez deba atribuirse



Ritón (vaso para beber) en forma de cabeza de águila (1)

(1) Antigua colección Castellani, según el catálogo de la misma, núm. 105, lám. III. Procedencia desconocida.

á la protección de los persas la sumisión de los briges, de los tracios de la Bisáltica, de los pelagos de Crestona, y de las ciudades de Terma y Pidna. En esta última, edificada en la costa de Pieria y que tocaba al mar, estableció su acostumbrada residencia, á fin de observar más de cerca los asuntos de Grecia. Ya se comprenderá cuánta habilidad necesitó el rey de Macedonia para salir de apuros en tan peligrosa circunstancia, y hallar manera de redondear su reino en medio de aquel trastorno universal; y sus sucesores, rodeados como él de enemigos, debieron observar una conducta análoga. La habilidad política, que era una necesidad de la monarquía macedónica, llegó á ser el carácter particular de aquel gobierno. Fué como una escuela, que produjo en último resultado á Filipo, el más hábil gobernante de la antigüedad griega.

Macedonia se había ensanchado por la amistad de los persas, y se desarrolló también por las derrotas de éstos. A favor de las victorias de Atenas, Alejandro I, «huésped de la República,» y Pérdicas II agrandaron sus dominios hasta el punto de que todo el país situado entre el Axios y el Estrimón llegó á ser macedonio; pero Pérdicas tenía un hermano, Filipo, que poseía algunos distritos de esta región, «y los dos hermanos eran enemigos.» Atenas se alió con el más débil, y para tener constantemente la vista y la mano sobre Tracia y Macedonia, fundó Anfípolis, en la desembocadura del Estrimón (1). Desde aquel día, Pérdicas fué uno de sus más activos adversarios; unióse con Corinto, sostuvo á Potidea rebelde, instó á Esparta para que invadiese el Atica, y preparó en la Calcídica otra revolución contra Atenas. En Olinto, en fin, que por su posición estaba al abrigo de las flotas atenienses, reunió la población de varias pequeñas ciudades de la costa, formando así un baluarte con el que creía favorecer á Macedonia.

Atenas no permaneció ociosa: al Este de aquel país habitaban los odrisios, gobernados por el rey Sitalces, que había hecho reconocer su autoridad á los pueblos más valerosos de Tracia y que sólo quería una ocasión para poner el pie en casa de su vecino. Los atenienses le impulsaron, y entró en Macedonia con un poderoso ejército que impuso duras condiciones. Pérdicas las infringe; Sitalces vuelve á presentarse poseído de cólera, y á pesar de los valerosos esfuerzos de Pérdicas y de los príncipes secundarios del Norte, avanza hasta las orillas del Axios, asolando todo cuanto encuentra en su camino, y al fin llega á ser tan temible, que Atenas, alarmada é inquieta, deja de suministrarle provisiones (429). Pérdicas aprovecha la oportunidad é induce al rey de los odrisios á retirarse, tal vez entregando Filipo á su hermano.

Pérdicas se había reconciliado un momento con Atenas para hallarse en disposición de rechazar á su formidable adversario; pero una vez lejano el riesgo, volvió á ser su enemigo y excitó contra ella á las ciudades de la Calcídica. Además contrajo alianza con Lacedemonia, y consiguió que ésta enviara á Brásidas por aquella parte (424). También abrigaba otro proyecto: quería que los espartanos le ayudasen á someter á los príncipes secundarios de la alta Macedonia, que se esforzaban para eludir su supremacía. Derdas, rey de los orestes, había tomado últimamente las armas por esta razón, y ahora era Arrhibeo, rey de los lincestes, quien se rebelaba. Brásidas rehusó al principio; y después, cuando se hubo apoderado de todas las ciudades calcídicas y de Anfípolis, consintió en unir sus tropas con las de Pérdicas; mas en presencia del enemigo, los mercenarios ilirios del rey huyeron; los macedonios, intimidados también, siguieron este ejemplo, y Brásidas efectuó una difícil retirada con sus griegos (423).

(1) Véase tomo II, págs. 136 y 326.

Este acontecimiento alteró la buena amistad del rey y de los espartanos; por otra parte éstos habían llegado á ser á su vez demasiado temibles. Pérdicas trató con Atenas, y obtuvo de los tesalios que cerrasen el paso á los ejércitos lacedemonios. Las cosas siguieron así hasta su muerte, ocurrida en 418. Su regla de conducta había sido no contraer alianzas duraderas y aumentar su poder á costa de Atenas y de Esparta, de Corinto y de los odrisios, política poco generosa, indigna de merecer el aprecio de la historia para quien la practica; pero hábil y atrevida, y que pierde á los Estados ó los conduce al apogeo del poder.

Alejandro I había inaugurado la serie de esos príncipes macedonios que comprendieron la necesidad de helenizar su pueblo para añadir á las fuerzas de la barbarie el esplendor y los recursos de la civilización. Pérdicas II, siguiendo su ejemplo, abrió sus Estados á los griegos, á quienes la guerra expulsaba de su patria, y recibió en su regia morada al poeta Melanípido y al mismo Hipócrates. Sus sucesores continuarán esa inteligente táctica, y los macedonios serán los que darán á Grecia sus últimos defensores y los que escribirán en Pidna la última página de su historia.

Después de Pérdicas II, la expedición de Sicilia, los reveses de Atenas y el cambio del teatro de la guerra, que se trasladó á las costas de Asia, dejaron respirar á Macedonia. Esparta consiguió que en la Calcídica sucediera á la de Atenas la dominación macedónica, menos temible porque no tenía tanta marina. Por otra parte, el nuevo rey, Arquelao I, fijaba toda su atención en otro objeto: proponiase no tanto engrandecer como consolidar la monarquía, que no había renunciado aún á las tradiciones de la edad heroica; y para llegar al trono había asesinado á un hermano, á un tío y á un primo, cuyos derechos eran superiores á los suyos. Semejante hombre, dueño de un poder comprado á tal precio, no debía estar dispuesto á cederle á los grandes. Aquella nobleza tenía la altivez de una aristocracia dórica semibárbara; Arquelao sostuvo contra ella una lucha tenaz y consiguió hacerla más dócil, arrogándose la autoridad, que naturalmente recae en los príncipes cuando los pueblos comprenden por instinto que necesitan la autoridad de uno solo. «Para la organización y engrandecimiento de Macedonia, dice Tucídides, hizo más que sus ocho predecesores juntos (2).» En vez de mercenarios sin fidelidad y de levas tumultuosas sin experiencia ni disciplina, tuvo un ejército regular; fortificó ciudades para rechazar las invasiones y abrió caminos para favorecer el comercio y la agricultura, molestia que no se tomaban los gobiernos de aquel tiempo. Al observar que Pidna estaba demasiado expuesta á los ataques por mar, mandó erigir otra capital, Pella, situada en el interior y protegida por lagunas y un río vecino, el Ludias, que se comunicaba con el golfo Termaico (3). Al pie del Olimpo, en el camino que conducía al valle de Tempé, fundó Dion, que después fué el centro de la civilización de Grecia. En Egeos instituyó juegos en honor de Júpiter, como los que los griegos celebraban en Olimpia. Su corte era brillante, y en ella reunió varios artistas griegos: Zeuxis fué el encargado de ejecutar en su palacio varias pinturas, por las cuales el



Sileno montado en un macho cabrío (1)

(1) Camafeo del Gabinete de Francia, sardónica de dos caras (altura dos centímetros, ancho 17 milímetros). Catálogo, núm. 71.

(2) II, 100.

(3) Véase la pág. 142, nota 1, de este tomo.

rey pagó siete talentos. Habíase esforzado inútilmente para traer á su corte á Sófocles, cuyo genio altivo no se avenía más que con los atenienses, y á Sócrates, que hubiera dejado de ser quien era si hubiese abandonado la Agora; pero consiguió tener á su lado á Eurípides, que fué á terminar sus días en Macedonia, con otros dos poetas, Querilos y Agatón, y con el músico Timoteo. Ateneo dice que mantenía relaciones amistosas con Platón. Arquelao proporcionó, en fin, á ese país, semigriego y semibárbaro, que no tenía vida civil regular ni comercio, ni industria, ni arte ni literatura, los elementos de todas esas cosas, esforzándose para hacer recobrar á su pueblo en poco tiempo la ventaja que los griegos habían alcanzado sobre él. Sin embargo, aquel Pedro el Grande de esa Rusia del mundo griego murió asesinado en 399, víctima tal vez de los resentimientos de la nobleza.

Esta comparación con Rusia podría ampliarse añadiendo que esta civilización prematura no penetró en la masa del país y no sirvió más que para pulir, ó tal vez corromper la nobleza y la corte. «Cuando mi padre llegó á ser vuestro rey, dirá un día Alejandro á los macedonios amotinados, todos érais pobres; andabais errantes, vestidos de pieles de fieras, y guardabais los carneros en las montañas ó combatíais miserablemente para defender vuestros ganados contra los ilirios, los tracios y los tribalos. Mi padre os dió el uniforme del soldado, os hizo bajar á la llanura, y os enseñó á combatir á los bárbaros con armas iguales.» El rey civilizador, pues, había dejado mucho que hacer; y su reinado, por otra parte, fué seguido de crímenes, de usurpaciones, de asesinatos y de guerras civiles, que duraron cuarenta años (399-359). Orestes, hijo de Arquelao, pasa cuatro bajo la tutela de Aeropus, que manda asesinarle y reina en su lugar durante dos años; pero deja la corona á su hijo Pausanias, que al cabo de un año es destronado por un descendiente de Alejandro I, perteneciente á una rama distinta de la que había reinado hasta entonces (393). Este Amintas II es expulsado muy pronto por Bardilis, capitán de bandoleros, que llegó á ser rey de los ilirios y que cedió el trono á Argeo, hermano de Pausanias; pero vuelve á recobrarle con el auxilio de fuerzas de Tesalia y de Olinto, que entonces constituían una amenaza para Macedonia. Esparta destruye su influencia y obligálas á devolver á Amintas todas las plazas que les había cedido en un momento de apuro. Este príncipe vivió entonces tranquilo en Pella, aliado á la vez de Esparta y de Atenas. De este modo, la monarquía de la edad heroica, que en los países griegos no se había conservado más que en Esparta y en Epiro, aunque muy decaída, existía aún en Macedonia. «El rey, dice Aristóteles, es superior á todos en riqueza y en honores.» Sin embargo, vivía generalmente en medio de disturbios y revoluciones, que no proporcionaban á los pueblos más tranquilidad que los demagogos á las ciudades democráticas.

Amintas II dejó tres hijos, Alejandro II, Pérdicas y Filipo (369). El primero fué asesinado, á los dos años de reinar, por Ptolomeo de Aloros, perteneciente á la casa real, aunque por nacimiento ilegítimo. Preténdese que la madre de Alejandro, Eurídice, fué cómplice en el crimen para favorecer á Ptolomeo, á quien amaba, y que se encargó de la tutela del joven Pérdicas III. Un príncipe de la sangre, Pausanias, apoyado por un partido macedonio y por los tracios, intentó derribar á los dos. Ifícrates, antiguo amigo de Amintas, se hallaba entonces con un ejército cerca de Anfípolis, que trataba de recobrar para Atenas. Eurídice le pidió una entrevista, y presentándole sus dos hijos, Pérdicas y Filipo, hízoles abrazar sus rodillas como suplicantes. Ifícrates patrocinó su causa, expulsó á Pausanias de Macedonia, y el joven Pérdicas quedó bajo la tutela de Ptolomeo, con la alianza de Atenas. Tebas vió con despecho aquella influencia y la combatió. Para tener en

jaque al regente, Pelópidas se llevó á Tebas á Filipo, hijo menor de Amintas (368).

Apenas llegó á ser un hombre, Pérdicas vengó en la sangre de Ptolomeo el asesinato de su hermano mayor, el oprobio de su madre y los peligros á que él mismo había estado expuesto (365). Durante un reinado de cinco años siguió al



Medusa Rondanini (1)

parecer las huellas de Arquelaos; mantuvo relaciones amistosas con Platón, y aprovechó del apuro de los anfipolitanos, estrechados de cerca por Atenas, para poner guarnición en su ciudad; pero atacado en 359 por los ilirios, pereció combatiéndolos, ó cayó bajo los golpes de asesinos pagados por su madre Eurídice.

## II. — ADVENIMIENTO DE FILIPO (359). — SUS REFORMAS. — CONQUISTA DE ANFÍPOLIS

El hermano de Pérdicas III, Filipo, tercero y último hijo de Amintas II, contaba entonces 23 años, y había salido de Tebas hacia algunos para encargarse del mando de una provincia que Pérdicas le cedió, tal vez á instancias de Platón. Su permanencia en la ciudad que acababa de ocupar el primer puesto en el mundo helénico, completó lo que la naturaleza había hecho en su favor. Vió la Grecia en el más alto grado de civilización, Tebas en el colmo del poderío, y tuvo la dicha singular de vivir junto á un hombre que parecía resumir en sí todas las cualidades de su raza, gran general, orador y filósofo: ya se comprenderá que este hombre era Epaminondas. Y para un hombre de espíritu sagaz, ¡cuántas útiles observaciones se ofrecían en medio de aquellas luchas de ambición, conducidas con los últimos refinamientos de la política! En los campos de batalla, una nueva táctica, superior á la de los espartanos; en las ciudades, los bruscos arrebatos y los desfallecimientos de las asambleas populares; la pasión influyendo en el consejo más á menudo que la sabiduría; la publicidad en los planes, la lentitud en la ejecución y la venalidad en los jefes. Este conocimiento de los hombres y de las cosas será un medio terri-

(1) Alto relieve en mármol de Paros, conservado en la Gliptoteca de Munich (núm. 128 de la *Beschreibung* de Brunn).

ble de acción en manos de un hombre atrevido, emprendedor y astuto, ávido de gloria, y que la buscaba por todas partes, aun allí donde más cara costaba y mayor era el peligro (1); de un hombre de infatigable actividad, favorecido por una constitución de hierro; de un hombre que nada tenía de tirano, que era afable, clemente y generoso, con tal que estas cualidades le ayudaran en sus designios; que se distinguía sobre todo por su ambición devoradora; que en caso de necesidad pasaba sobre el cuerpo de la justicia misma para buscar la fortuna, y de un hombre, en fin, que era el ideal de la política, si la última palabra de ésta es el triunfo.

El heredero del trono era Amintas, un niño. La tutela recaía naturalmente en Filipo, su tío, que se apoderó de ella. Inmensas dificultades surgían por todas partes y era de temer que el reino recayese en la anarquía, en que tantas veces quedó sumido en el espacio de los últimos cuarenta años. Un círculo de enemigos rodeaba la Macedonia: detrás y á sus lados, poblaciones bárbaras; delante los griegos, que ocupaban las costas del mar Egeo; los ilirios acababan de dar muerte al rey de los macedonios, y cuatro mil hombres amenazaban las provincias del Oeste. Enardecidos por estos reveses, los peonios asolaban las del Norte; los tracios, al Este, disponíanse á invadirlo todo; y al Mediodía, los atenienses espían la ocasión de apoderarse de Anfípolis, de cuya pérdida no podían consolarse, mientras los disturbios interiores abrían la puerta á los extranjeros. De las recientes discordias quedaban dos pretendientes: uno de ellos, Pausanias, aquel príncipe de la sangre que Ifícrates había expulsado ya, solicitaba el auxilio del rey de los tracios; el otro, Argeo, antiguo adversario de Amintas ó de uno de sus hijos, acababa de obtener de los atenienses una flota y tres mil hoplitas á las órdenes de Mantias.

Para hacer frente á tantos peligros no había más que un pueblo desalentado á causa del desastre que acababa de sufrir, una aristocracia y unas tropas arrogantes, como sucede siempre en las guerras civiles, y una fidelidad equívoca, en medio de pretensiones que podían hacer dudar de parte de quién estaba el derecho y á qué lado se inclinaría la victoria. Era preciso, pues, reanimar la confianza de los macedonios en sí mismos, granjearse su buena voluntad, y unirlos bajo una severa disciplina, de modo que pudieran combatir con ventaja á los que les consideraban como una presa fácil: esto en cuanto al interior. Por lo que hace al exterior, era necesario despejar las fronteras, rechazar á la derecha á los ilirios y á la izquierda á los tracios, y ahuyentar á los griegos que cerraban para Macedonia la entrada del golfo profundo que por la naturaleza parecía destinado á ser dominio suyo.

Este fué el primer plan, plan de independencia; el segundo será un plan de conquista: de aquella Macedonia pacificada y que se extendía hasta sus límites naturales, de aquella fortaleza que domina la Grecia, Filipo saldrá por el Oeste para invadir la Iliria, y por el Este para someter la Tracia; se propondrá poner una mano sobre Bizancio, llave del Euxino, y otra sobre las Termópilas, llave de Grecia; hecho lo cual, la conquista del imperio persa no será más que un juego de niños. Por más que se haya dicho, Filipo no concibió desde luego este gigantesco plan; cada triunfo le hizo concebir una nueva esperanza; el proyecto se desarrolló con la fortuna, y estaba tan bien pensado desde un principio en sus limitadas

(1) Demóstenes dirá en su discurso *Sobre la carta de Filipo*: «De tal modo desprecia el peligro, y es tan apasionado por la gloria, que muy pronto todo su cuerpo no es más que una herida; tanto le presenta á los golpes del enemigo.» Y en el discurso *Sobre el Quersoneso*, dice: «¿Por qué tiene tantas ventajas sobre nosotros? Porque no abandona su ejército, que siempre está preparado, y porque, viendo desde lejos lo que debe hacer, cae de improviso donde quiere.»

proporciones, que después pudo ser utilizado cuando Macedonia ocupó una posición más encumbrada. Para Filipo era ya bastante gloria el primer pensamiento, sin que fuera necesario hacerle prever el porvenir antes de que éste se hiciera posible. Añadamos que Filipo siguió, con la intrepidez de Marte y la astuta prudencia de Ulises, las etapas sucesivas que acabamos de indicar; que su hijo no le reemplazó hasta la última, y que allí mismo hubiera precedido á Alejandro, á no ser por la puñalada que le detuvo, en todo el vigor de su edad, en el camino de la fortuna y de la gloria.

Primeramente, para separar á Atenas del partido de Argeo, declaró que respetaría la independencia de Anfípolis. Algunas larguezas, hábilmente distribuídas, compraron la inacción de los tracios; y antes de que los atenienses abandonaran del todo su causa, Argeo invadió la Macedonia; allí fué batido, probablemente muerto, y todas sus tropas, cercadas en una altura, hubieron de rendirse. Entre ellas había algunos atenienses; Filipo los deja en libertad, colmándolos de presentes, y envía con ellos embajadores que llevan á su ciudad una carta amistosa. Con los atenienses no se perdía nada procediendo de esta manera, y la paz se firmó desde luego. Libre por esta parte, Filipo se vuelve contra aquellos que la vispera le imponían humillantes condiciones, y á pesar del valor y la habilidad de su jefe Bardilis, soldado de fortuna, bate á los peonios, que reconocen su soberanía. Los ilirios sufren la misma suerte y cédenle todo el país al oriente del lago Lichnitis, con los pasos de las montañas, que en adelante podrá cerrarles.

Esos triunfos merecían una recompensa, y por lo tanto se coronó al heráclida que en tan poco tiempo había elevado á tal punto la Macedonia. ¿Hubo verdaderamente usurpación, como se ha dicho? La sucesión real no estaba regida por leyes invariables; en semejante país, el trono era un caballo de batalla montado por un



Busto de Marte (Ares) (1)

(1) Mármol de Paros, conservado en la Gliptoteca de Munich. (Brunn, *Beschreibung*, número 91) La cabeza, como la de la estatua conocida con el nombre de Marte Borghese, es la reproducción de una obra célebre.

heráclida; y atendido su origen y su valor, Filipo llenaba esta condición. Por lo demás, conservó á su sobrino en la corte, y más tarde dióle por esposa una de sus hijas. Otro hubiera mandado darle muerte; pero fuerte con sus servicios y su popularidad, Filipo podía ser confiado. Ningún príncipe absoluto, por otra parte, se mostró nunca tan liberal como él: en el ejército hacía gala de las cualidades físicas que el soldado aprecia; jinete infatigable, y nadador intrépido, hubiera alcanzado el premio en todos los juegos ó ejercicios militares, y además tenía la elocuencia, que tanta fuerza comunica á la autoridad del mando. Afable y seductor así en el palacio como en la ciudad, agradábanle, según la costumbre del país, los largos festines y las copas grandes, lo cual le hacía más querido de los macedonios; pero en caso de necesidad, era sobrio y duro para sí mismo; vivía con sus tropas, y con ellas emprendía á la casualidad marchas que le conducían á localidades ora fértiles, ora estériles: este desprecio del jefe á las comodidades de la vida produce el mejor efecto en el soldado. Aquella popularidad le había facilitado el acceso al trono, y había hecho también fáciles las reformas que el reino necesitaba y merced á las cuales se aseguró el favor del cielo: varios oráculos hábilmente distribuidos representáronle como el hombre predestinado á engrandecer la Macedonia.

Este reino había sido largo tiempo débil á causa de la mala organización del ejército y de las pretensiones anárquicas de los príncipes secundarios, que emparentados de cerca ó de lejos con la familia real, poseían casi soberanamente vastos dominios, donde tenían sus guardias particulares. Un contemporáneo, Teopompo, supone que Filipo tenía ochocientos heterios ó compañeros de armas tan ricos en tierras por sí solos como 10,000 helenos. En su reino había, pues, como en nuestra sociedad feudal, una nobleza capaz de oponer resistencia á los reyes débiles. Filipo se aprovechó de los peligros que amenazaban al país para tratar de someter á todos á una rigurosa disciplina, en nombre de la salvación común y de la grandeza nacional. Acostumbró á sus tropas á efectuar, con armas y bagajes, marchas de trescientos estadios por día (55 kilómetros); prohibió á los soldados, y también á los oficiales, el uso de vehículos, y no concedió á los jinetes más que un escudero, y otro á cada diez infantes. Cuéntase que expulsó á un extranjero de distinción por haber hecho uso de baños calientes, y á dos de sus generales porque se atrevieron á introducir en el campamento una cantadora. Un joven noble que se desvió de su fila durante una marcha para apagar la sed, recibió en castigo algunos palos; y otro que, contando con el favor del rey, se quedó atrás, contrariamente á lo mandado, fué condenado á muerte. La multitud veía sin cólera al príncipe castigar con aquella rudeza semibárbara á los grandes, cuya molicie é insolencia le habían irritado tantas veces.

Filipo adoptó otra precaución contra sus nobles: indújoles á que le enviaran sus hijos y se dieran por honrados con que éstos desempeñasen cerca de él las funciones de la domesticidad real, al propio tiempo que los deberes militares de guardias del rey; y éstos fueron para él otros tantos rehenes. Los favorecidos tenían el privilegio de que no se les pudiera azotar sino en virtud de una orden expresa del príncipe; podían sentarse á comer á la mesa de éste, y tenían sobre todo la ventaja de obtener los favores del rey cuando la ocasión se presentaba. Los βασιλικοί παῖδες eran candidatos designados de antemano para las grandes funciones; pero en aquella monarquía militar, también tomaban parte en los combates (1). Filipo trató hasta de obtener letrados que pudieran servirle en delicadas misiones,

(1) Arriano, III, 17, 2; IV, 1, 3. Tito Livio (XLV, 5) nos le muestra siguiendo á Perseo, después de la jornada de Pydna, hasta la isla de Samotracia. (Véase Quinto Curcio, VIII, 6, 1.)

y rivalizar con los griegos por su instrucción y elocuencia. La monarquía ha empleado á menudo medios análogos para encadenar la aristocracia al trono, transformando sus nobles en cortesanos, á quienes el esplendor de la corte hacía olvidar su vida ruda, pero también la independencia del castillo señorial.

El núcleo del ejército fué la falange, cuya primera idea se inspiró en el sistema militar de Epaminondas: la falange presentaba una masa de hombres apretados unos contra otros, en diez y seis filas de fondo, protegidos por fuertes armaduras defensivas y provisto cada cual de espada corta, pequeño escudo redondo guarnecido de bronce, y la *sarisa*, larga pica de cinco metros y medio (1), que se empuñaba con ambas manos y cuya acerada punta protegía al hombre de la primera fila á una distancia de cerca de cinco metros de su pecho; de modo que el soldado de la segunda tenía la suya á cuatro delante del primer falangista; el de la tercera á tres, y así sucesivamente hasta el individuo de la quinta fila, cuya lanza se adelantaba todavía en un metro al frente de la falange. Los otros sostenían el esfuerzo de los cinco primeros, apoyando su *sarisa* sobre los hombros de los que les precedían, de manera que formaran sobre la falange como un techo de picas, el cual detenía una parte de los dardos ó flechas arrojados sobre ella. Así se formaba aquel animal monstruoso, erizado de hierro, de que Plutarco nos habla: en terreno llano, nada podía resistirle.

Pero la falange no bastaba por sí sola; atacada de flanco ó por retaguardia, aquella masa enorme carecía de fuerza, porque faltándole soltura y movilidad, érale imposible volverse con rapidez ni cambiar de frente, según la necesidad. Filipo le dió por apoyo una infantería ligera, aunque armada de modo que pudiera combatir de cerca, la de los *hipaspistas*, que comenzaban el combate, escalaban las colinas y apoderábanse de los atrincheramientos. Delante y alrededor de ellos corrían los arqueros, tropa irregular compuesta de extranjeros.

La caballería de los *heterios* ó compañeros del rey, provista de jabalinas cortas y sables para atacar de cerca al enemigo, fué con la falange la fuerza principal del ejército macedonio, y tuvo siempre mucha importancia en las batallas asiáticas. En el Gránico, en Isos y Arbela mereció el honor de la jornada: era nuestra caballería de línea, á la que servía de exploradora la ligera, la de los *sarisóforos*. Entre los *heterios* (2) figuraba la principal nobleza del país.

Por último, Filipo organizó también lo que nosotros llamaríamos parque de artillería y de sitio, es decir, que su ejército iba siempre provisto de máquinas propias para lanzar dardos contra el enemigo, ó pedazos de roca contra las murallas de las ciudades, máquinas que antes de él no se empleaban ó se usaban poco (3).

Obsérvese que en el momento en que Filipo organizaba tan poderosamente el

(1) Teofrasto, *Historia de las Plantas*, III, 17, 2.

(2) Como los macedonios debieron batirse en la llanura cuando estaban en Tracia, dieron á su caballería más importancia que los griegos. Epaminondas, que operaba en países montañosos, no tuvo, como los romanos, más que un jinete por cada diez infantes; Alejandro contaba con uno por seis. Observemos de paso que entre los griegos los caballos no llevaban herraduras ni los jinetes estribos.

(3) Aristóteles (*Política*, VII, 2) habla «del reciente invento de la ballesta, y de muchas otras máquinas de efecto tan terrible.» Era una nueva revolución en el arte militar, revolución favorable á los Estados y á los príncipes poderosos y ricos, así como la introducción de los cañones ayudó á los reyes del siglo XV á apoderarse de la autoridad absoluta. Ya se ha visto (tomo II, páginas 134 y 308) que Pericles había usado probablemente máquinas en el sitio de Samos y que los lacedemonios las tuvieron en el de Platea; pero el gran desarrollo de este nuevo arte data de la época macedonia. Sobre la falange, véase en Polibio (XVIII, 12-15) la comparación que tan juiciosamente establece entre ella y la legión romana.

ejército macedonio, Grecia, por las razones que hemos dado á conocer, no tenía ya ejército nacional. Este solo hecho basta para explicar muchas cosas.

En Macedonia, el servicio militar era obligatorio, como lo había sido en todas las ciudades griegas antes de que se adoptara la costumbre de comprar mercenarios. Filippo tuvo, pues, tantos soldados como pudo mantener; su ejército no contó al principio más de 10,000 hombres; pero este número aumentó de continuo, acabando por llegar á 30,000. Esta fuerza militar, considerable para la extensión del reino, y por otra parte, empleada siempre durante un reinado belicoso, adquirió una importancia que transformó el gobierno de Macedonia en una especie de despotismo militar. Las prerrogativas de que el pueblo, ó una parte del mismo, había disfrutado, pasaban al ejército, que en los lejanos países del Asia representó la nación, heredando el derecho de juzgar á los criminales de Estado. Veremos á Alejandro consultar á sus soldados en varios casos de alta traición, y á los macedonios, en tiempo de los sucesores de aquél, proceder con frecuencia en los campamentos como el pueblo de Atenas en la Agora.

Aún no habían transcurrido dos años desde la muerte de su hermano, y ya Filippo había pacificado y reconstituido la Macedonia: habíase establecido un poder único y fuerte, organizábase un ejército considerable, la nación estaba reconciliada, y las insolentes pretensiones habían sido severamente reprimidas. Las victorias alcanzadas ya, prometían nuevos triunfos, pues si Filippo era fuerte, el suelo por su parte nada tenía de ingrato. En aquella nación macedónica había una savia vigorosa, mantenida por la vecindad de los bárbaros, y á la que sólo era preciso dar dirección. Las guerras civiles, lejos de haber debilitado aquella energía, habíanle comunicado más fuerza, como sucede siempre cuando ésta no se destruye, volviéndose contra sí misma.

Relegada hasta entonces entre los países bárbaros, Macedonia no podía ocupar un lugar en el mundo griego sino llegando á ser potencia marítima, como la Rusia no llegó á serlo europea hasta el día en que tomó posesión, con San Petersburgo, de las costas del Báltico; pero numerosas fortalezas de Atenas y de sus aliados elevábanse entre Macedonia y el mar, «como premios del combate expuestos en la arena.» Filippo quiso apoderarse de ellas, y sus primeras miradas se fijaron en Anfípolis, que por su posición en la desembocadura de un gran río, abría ó cerraba el mar para Macedonia y el valle del Estrimón para los atenienses. Poco tiempo antes, el rey, débil aún y amenazado, renunció á toda pretensión sobre aquella ciudad; mas ahora creíase bastante fuerte para tomarla. Algunas diferencias, sobrevenidas muy oportunamente, sirviéronle de pretexto para atacarla; pero debía temer á Atenas y á Olinto. Esta última, subyugada por Lacedemonia, habíase realizado después de la humillación de Esparta, aunque sin reformar la gran alianza á cuya cabeza se colocó en 382. Si estas dos ciudades se ligaban, Filippo sufriría un descalabro; y en su consecuencia, con maravillosa destreza y una duplicidad de que dió después más de un ejemplo, compró la defección de Olinto cediéndole la ciudad de Antemos, y luego persuadió á los atenienses de que iba á emprender aquella conquista para ellos, á condición de que le permitieran ocupar Pydna, que en tiempo de Amintas se había separado de la Macedonia para entrar en su alianza. Cuando los anfipolitanos, estrechados en sus murallas por el enemigo, ofrecieron á Atenas rendirse á ésta, Filippo escribió una carta para renovar sus promesas á los atenienses, los cuales, ocupados á la sazón en otra parte, confiaron en la buena fe del rey y rechazaron la oferta de Anfípolis. La ciudad fué tomada (358), y al parecer no se la trató con el excesivo rigor de que habla Demóstenes. Según el testimonio de Diodoro, Filippo se limitó á desterrar á los principales ciudadanos del

partido contrario. Por su tratado con los atenienses, no se había obligado á entregar á Anfípólis hasta después de ocupar Pydna; y poniendo sitio á esta plaza, tomóla por traición, conservando, no obstante, Anfípólis. Atenas quedó, pues, bur-lada.

Su irritación hacía muy posible una alianza con los olintios, y por lo tanto Fili-



1. Tetradracmas



2. Didracma

3. Dracma



4. Tetróbolo

5. Tetróbolo

6. Dióbolo

Monedas de plata de Filipo II (1)

po se dirigió á éstos, prometiéndoles la entrega de Potidea, ocupada entonces por una guarnición ateniense, que abría ó cerraba la entrada de la península de Pale-na. Potidea fué tomada, tal vez por traición, como Pydna; y el rey, fiel por cálculo á su palabra, la entregó á los olintios (357); pero trató con la mayor cortesía á la

(1) 1. Cabeza laureada de Zeo mirando á la derecha. En el reverso: ΦΙΛΙΠΠΟΥ. Jinete que lleva la cabeza cubierta con la *kausia*, viste la clámide y levanta la mano derecha. Su caballo va al paso, de cara á la izquierda. En el campo, una hoja de olivo y un monograma. — En la segunda pieza, la misma cabeza de Zeo, y en el reverso un jinete desnudo, con diadema en la cabeza; lleva una larga palma en la mano derecha, y su caballo avanza al paso hacia la derecha. En el campo un rayo. — 2. Cabeza joven de Heracles, cubierta con la piel de león y vuelta á la derecha. En el reverso: ΦΙΛΙΠΠΟΥ. Jinete que viste la clámide, lleva la *kausia* y tiene levantada la mano derecha; su caballo va al paso hacia la izquierda; debajo un rayo. En el exergo: ΔΗ, marca de un magistrado monetario. — 3. Cabeza imberbe de Hércules de cara á la derecha cubierta con la piel de león. En el reverso: ΦΙΛΙΠΠΟΥ. Jinete macedonio con su caballo al paso, marchando hacia la izquierda. — 4. Cabeza laureada de Apolo mirando á la derecha. En el reverso: ΦΙΛΙΠΠΟΥ. Jinete macedonio con su caballo galopando hacia la derecha y debajo un monograma, de marca de taller. — 5. Busto de Artemis, que lleva el arco y el carcaj á la espalda. En el reverso: ΦΙΛΙΠΠΟΥ. Jinete macedonio cabalgando al paso hacia la derecha y llevando una antorcha; debajo una cabeza de grifo, símbolo del taller de Abdera. — 6. Cabeza de Apolo con diadema, de cara á la derecha. En el reverso: ΦΙΛΙΠΠΟΥ. Cabeza de caballo con brida, vuelto hacia la derecha, y debajo un rayo.

guarnición ateniense, á la cual envió á su patria asegurando que deseaba estar en paz con Atenas. ¿Qué hacía? Nada que no fuese al parecer legítimo; no atacaba, recobraba, como decía un czar de Rusia tratando de poner la mano sobre Constantinopla; volvía á tomar las llaves de su casa.

La toma de Anfípolis le permitía tocar en Tracia, proporcionándole las materias de construcción del valle del Estrimón; pero más lejos, al Este, hallábase Crénides, al pie del monte Pangeo (1), famoso hacia largo tiempo por sus minas de oro y plata, mal explotadas, porque eran demasiados los que se disputaban su posesión. Filipo se apoderó de la «ciudad de las fuentes,» aumentó su población con una colonia y su fuerza con sólidas murallas, y dióle su nombre, Filipos (356). En las llanuras que la rodean sucumbirá un día la república romana, con Bruto y Casio, jefes de los tiranicidas. Las minas del monte Pangeo habían producido poco hasta entonces; pero bajo la administración del soberano rindieron anualmente más de mil talentos. Aquella masa de metales preciosos permitióle hacer una reforma monetaria que tuvo para Macedonia gran importancia comercial; acuñó tetradracmas de plata, según el sistema rodio, admitido por todos, y estateras de oro que tenían el valor del dárlico persa, harto conocido de los griegos. De este modo Macedonia tuvo entonces el doble sistema, como se dice hoy (2): las tetradracmas y estateras circularon por la Hélade para comprar soldados, marinos y traidores.

### III. — SITUACIÓN DE ATENAS. — GUERRA SOCIAL (357-356); ISÓCRATES Y DEMÓSTENES

¿Cómo le permitieron los atenienses extenderse así á lo largo de las costas del mar Egeo? La respuesta está en la situación interior de la república y en los apuros de que se veía acosada. Importa explicar estos dos puntos, retrocediendo algunos años.

En el exterior, Atenas no se había repuesto nunca completamente del golpe que recibiera á fines del siglo anterior, aunque su alianza con Tebas para combatir á Esparta, y con ésta contra Tebas, le permitiera reanudar algunos de los lazos de su antigua confederación (3). Aleccionada por la experiencia, había arreglado mejor sus relaciones con los aliados, repartiendo con más equidad los cargos públicos entre los ciudadanos; pero las ideas de conquista volvieron á renacer muy pronto. Timoteo, que había vuelto á estar en gracia con el pueblo ateniense, expulsó en 365 la guarnición persa de Samos, apoderóse de Metona, Pydna y Potidea, con otras veinte ciudades de la Calcídica, y sometió una parte del Quersoneso (364). Atenas extendió otra vez su dominio sobre el Helesponto y á lo largo de las costas de Tracia; de nuevo obtuvieron también los pobres territorios en aquellos dominios de la república, y la política de la metrópoli se entorpeció por las relaciones amistosas ú hostiles que se contraieron entonces tan cerca de ella. Después de Leuctres, Tebas, inquieta ante aquella prosperidad renaciente, puso guarnición en Oropos, en la frontera de Atica, y frente á Eubea, lo cual era una doble amenaza para Atenas; y

(1) Esta montaña, el Pilaf-Tepe, tiene una elevación de 1.870 metros. Véase Heuzey, *Mission archéologique en Macedonia*.

(2) Alejandro modificó la moneda de plata de su padre, acuñando piezas del mismo peso de las tetradracmas de Atenas, 17'20. El cuarto de esta pieza, ó la dracma, llegó á ser la unidad de cuenta en todo el mundo griego. La relación del oro con la plata era entonces de 1 á 12'30. Véase sobre estas delicadas cuestiones, Brandis, *Das Münz, Mass und Gewichtswesen*, etc.

(3) Véase antes pág. 76. Algunas de las fechas que siguen son inciertas.

después armó una flota, mandada por Epaminondas, que obligó al ateniense Lachés á retirarse ante ella. Chíos, Rodas, Bizancio y el Quersoneso viéronse obligadas á una defección (364).

La muerte de Epaminondas puso fin á los triunfos de Tebas, y Atenas pudo recobrar la preponderancia en el mar. En 362 hizo alianza con los sátrapas insurrectos del Asia Menor, y dos años después, habiéndose propuesto explotar los lavados auríferos del distrito que habría podido llamarse *Costa de Oro*, envió colonos á Crénides, ciudad de la cual hemos visto á Filipo apoderarse. Esperaba recobrar un poco más tarde todo el Quersoneso de Tracia, por los triunfos de Timoteo sobre Cotys, y después del asesinato de este príncipe (359), por un tratado con los



Moneda de Rodas (1)

jefes odrisios que se disputaron su reino. Por último, un vigoroso esfuerzo de Carés puso en sus manos, en 357, aquella provincia, que le era doblemente necesaria, porque allí se dominaba la gran vía comercial de los trigos y percibíase el derecho de aduana sobre las naves que descendían del Euxino. El Bósforo Cimerio, en aquel mar, era el granero del Pireo. Leucón, que reinaba allí entonces bajo el título de *στρωγ*, era muy amigo de los atenienses; hábales autorizado para que sus barcos hicieran su cargamento de trigo antes que todos los demás, eximiéndoles también del pago de los derechos de salida; así es que, llegando los primeros al mercado, podían vender sus cereales á mejor precio para hacer la competencia. En cambio, Atenas llevaba á aquel reino los mil objetos de su industria, extendiendo la influencia de las artes de Grecia hasta lugares salvajes, donde antiguas tumbas nos presentan hoy restos maravillosos de la orfebrería helénica (2).

Hasta la misma Eubea tomó de nuevo el partido de Atenas, por una resolución digna de los más hermosos tiempos de la república. Acababa de desembarcar en ella un cuerpo de tropas beocias, y al recibir esta noticia, Timoteo exclama, poseído de indignación: «¡Cómo! ¿los tebanos están en la isla y aún deliberáis, en vez de correr al Pireo, y vuestros barcos no están todavía en el mar (3)?» Al punto se aprueba un decreto; pero todos los trierarcas que debían servir aquel año habían cumplido ya sus obligaciones, y no se encontraba nadie á quien se pudiese obligar legalmente á armar una galera. Como en Roma, el patriotismo de los particulares proporcionó al Estado lo que el Tesoro público no le podía dar. Los ciudadanos se sometieron voluntariamente á un impuesto, y cinco días después un ejército

(1) Cabeza radiada del Sol, de frente. En el reverso: PO[?] y ΣΦΑΙΡΟΣ, nombre de un magistrado. Rosa abierta, vista de frente, en el centro de una corona de encina. (Bronce.)

(2) Véanse las *Antigüedades del Bósforo Cimerio*. En la *Hist. de los Romanos* y en la *Hist. de los Griegos* se hallarán interesantes y hermosas muestras de esas riquezas.

(3) Demóstenes, *Discurso sobre el Quersoneso*.

ateniense marchaba sobre Eubea y desalojaba al enemigo. Entre aquellos patriotas hallábase Demóstenes. «Fué la primera vez, dice, que Atenas tuvo trierarcas voluntarios, y yo me conté entre ellos (1).»

Desgraciadamente, estos actos, que habían sido la vida ordinaria del pueblo ateniense, no eran ya más que un recuerdo de abnegación pasajera. Los trierarcas encargados del equipo de las naves, subastaban la empresa á los aventureros necesitados; éstos se cobraban con rapiñas y extorsiones, que los generales mismos cometían; Carés robaba una parte de los fondos que debía entregar al Tesoro, y comprobaba la impunidad tomando á sueldo á los principales oradores.

Con mejores intenciones, los atenienses habían llegado á cansar más que otras veces la paciencia de los aliados, sin hallarse en posición de protegerlos eficazmente. En la primera mitad de la guerra del Peloponeso, la marina ateniense era tan superior, que almirantes y marineros estaban siempre animados de una confianza que redoblaba sus fuerzas; y ningún enemigo, ni aun superior en número, osaba esperarlos. Ahora que el *condottierismo* sustituía al servicio de los ciudadanos, cualquier adversario reunía soldados, marineros, pilotos, y hasta constructores. Tebas podía organizar una escuadra en pocos meses y pasearla impunemente por el mar Egeo, para ensayarse. Alejandro de Feres batió á una escuadra ateniense, saqueó la ciudad de Tenos, vendiendo después sus habitantes, saqueó las Cícladas, puso sitio á Peperetos y penetró en el Pireo (366). Gracias á esta confusión, los piratas reaparecían, y después de enriquecerse, conquistaban alguna ciudad y pasaban de bandidos á tiranos. De este modo el antiguo pirata Caridemos se apoderó, en la costa de Asia, de Skepsis, de Cebrén y de Ilión, y reinó allí.

No habiendo ya seguridad, ¿para qué mantener una confederación costosa é inútil? El dinero que aún quedaba de las contribuciones de los aliados, dice Isócrates, se distribuía en cada espectáculo durante las fiestas de Dionisio, á la vista de los aliados mismos, testigos de aquellas larguezas que con sus bienes hacían al pueblo los oradores mercenarios (2). En 357 rompieron abiertamente con Atenas y comenzó la *guerra social*, tomando en ella parte principalmente Rodas, Chíos, Cos y Bizancio.

De Cos y de Bizancio sólo hemos de decir que en la primera nació Hipócrates, y que en ella acababa de nacer Apeles; y que la segunda había adquirido ya gran importancia, gracias á su puerto, tan acertadamente llamado hoy Cuerno de Oro, y á su posición en la extremidad de Europa, frente al Asia, en la ruta que las naves atenienses tomaban para ir á buscar los trigos de la Táurida y el pescado del Euxino.

Rodas era más famosa: hacia 480 había reemplazado la monarquía por un gobierno hábilmente compuesto de aristocracia y democracia, que había preservado aquella isla de las revoluciones interiores: una antigua costumbre, observada religiosamente, obligaba á los ciudadanos ricos á sostener á los pobres. Estos últimos recibían, además, del Estado trigo ó un jornal, por trabajos públicos en los arsenales y los puertos; de modo que no conocían la miseria ni la ociosidad, dos malas consejeras. El establecimiento de lejanas colonias, hasta en España y la Galia, contribuyó también á disminuir considerablemente el número de pobres y á extender el comercio. Esta solicitud de los ricos estaba bien calculada, y contribu-

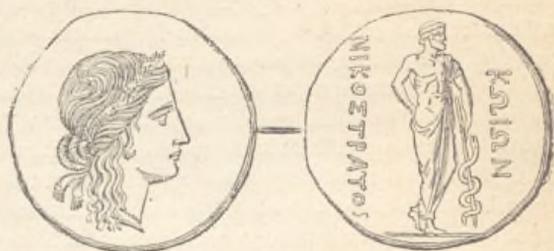
(1) *Discurso sobre la Corona* (Didot), pág. 136, § 99.

(2) Era el *teoricón*. Véase lo que acerca de esta institución hemos dicho al hablar del imperio ateniense y de las letras en Atenas en el siglo quinto, págs. 165 y 213. (*Filípica cuarta*, 141.) Bæckh evalúa este gasto en 25 ó 30 talentos.

yó más á su sosiego que en otras partes todas las violencias. La isla tenía tres ciudades principales; durante la guerra del Peloponeso, en 408, resolvióse que sólo tuviera una capital, y se fundó Rodas en la costa septentrional. Fué ésta una ciudad suntuosa, llena de templos, de majestuosos edificios y de riquezas; pero también de hombres valientes y de buen gusto para las obras del ingenio. Por estas aficiones, los rodios debían asemejarse á los atenienses, cuya alianza aceptaron, manteniéndose fieles á ella mientras duró su fortuna. Después del desastre de Sicilia, pasáronse al partido de Lacedemonia, hasta que las victorias de Conón, en 391, indujéronles á tomar de nuevo el de Atenas (1).

Chíos, la isla montañosa, como la llamaba Homero, la residencia de los bienaventurados, en sentir de los antiguos, á causa de la salubridad de su clima, no tenía otra cosa que un suelo

estéril, perforado por el granito á cada paso; pero en aquella roca, y por la misma lucha contra una naturaleza ingrata, habíase desarrollado un pueblo fuerte y laborioso, el de los chiotas, que después de crear el suelo que les faltaba, llegaron á ser los más



Moneda de Cos (2)

háviles agricultores de todo el mar Egeo, justificando el proverbio que aún se conserva allí: «Bajo sus manos la tierra mejora.» Habían cortado sus montañas en bancales, llevando á éstos mucha tierra, y como los suizos ó los bearneses, obligaron á la roca á producir, sacando de ella un vino muy celebrado, que Estrabón y Ateneo consideraban como el mejor de Grecia.

Faltándoles el agua, fueron á buscarla en el corazón de las montañas, y en sus llanuras habían formado bosques, que en el mes de mayo embalsamaban toda la isla, el mar y la costa asiática (3). Chíos no había fundado colonias, y jamás las tuvo; pero sus traficantes lo recorrían todo: eran los especuladores más hábiles, y constituyéronse como en banqueros de todo el pueblo helénico. Tucídides los considera como los griegos más ricos. Tenían una institución particular, que fué sin duda una de las consecuencias y al mismo tiempo una de las causas de su prosperidad: todos los contratos entre particulares debían ser revisados por magistrados

(1) El comercio de Rodas era muy activo. En numerosas ánforas, cuyos restos se hallaron en Mitilene, en la isla de Lesbos y en otros muchos puntos del mundo griego, se ve el timbre de Rodas, que las había llevado á todos esos parajes.

(2) Cabeza de Afrodita vuelta á la derecha, con una corona de mirto. En el reverso: ΚΩΙΩΝ; nombre de un magistrado: ΝΙΚΟΣΤΡΑΤΟΣ. Esculapio de pie, apoyándose en su bastón, que tiene arrollada una serpiente (plata). La cabeza de esta medalla es probablemente reproducción de la cabeza de la estatua que Praxiteles había esculpido para los coenos (Dutens, *Explicación de algunas medallas*, lám. IV).

(3) Hoy día, la única llanura que rodea la capital produce todos los años millones de naranjas. Hay allí una curiosidad vegetal, el árbol de la almáciga, que es al mismo tiempo para la isla una fuente de riqueza; es una especie de lentisco que segrega una goma muy buscada en Levante, en donde los hombres extraen de ella un licor y las mujeres de los haremes la mascan para tener buen aliento, ó la queman en cazoletas. Los occidentales fabrican con ella tan sólo un barniz muy claro y transparente. Jamás se ha podido conseguir que ese árbol sea productivo en otras partes. Véase la *Memoria sobre la isla de Chío*, por M. Fustel de Coulanges, en los *Archivos de las misiones*, t. V, págs. 481 y 642. Desgraciadamente, esta isla está expuesta á terribles terremotos.

y grabados después en la piedra, y el Estado los tomaba como nosotros bajo su garantía.

Sin embargo, aquellas riquezas no habían inspirado á los chiotas el pensamiento de figurar en la política. Habíanse batido valerosamente por la libertad de la Jonia, en Lada, donde llevaron cien trirremes; pero resignáronse á la dominación persa, y más tarde á la de Atenas, que los trató bien, porque necesitaba mucho su numerosa marina. En los sacrificios públicos de los atenienses, hacíanse á la vez votos por Atenas y por Chíos. Después de la expedición de Sicilia, también ellos se declararon en favor de Esparta, y como los rodios volvieron más tarde al partido de Atenas.

¿Por qué esos dos pueblos, sabios y prudentes, se lanzaron de nuevo en los azares de la guerra? El enojo de pagar tributo á una ciudad debilitada, que no tenía ya el prestigio ni la fuerza de la victoria, influyó seguramente por mucho; pero más influyó aún, tal vez, una revolución de la que tenemos pocas noticias, y que se operaba en aquel momento en la costa Sudoeste del Asia Menor. Mausoleo (1) reinaba en Halicarnaso y en toda la Caria; parece que era muy rico y poderoso, y bien conocida es su fastuosa tumba. Sabemos que en 362 proporcionó á Lacedemonia un subsidio y que armó cien trirremes; tres años después hizo triunfar en Rodas y Chíos una revolución oligárquica con la cual puso estas islas bajo su dependencia; Cos lo estaba ya, y en 345 su sucesor reinaba aún en ella (2). Mausoleo había soñado sin duda con una dominación marítima, y lo mejor para conseguirlo, después de atraer á su favor á los Estados que desde el punto de vista naval figuraban en segundo término, era derribar al que á pesar de todas sus desgracias, conservaba aún el primer lugar (3). La liga puso en el mar cien naves.

El Pireo estaba solitario y en la ciudad quedaban pocos ricos. En otro tiempo, Atenas tenía bastantes de éstos para que cada galera fuese armada por uno ó dos ciudadanos; pero aquel tiempo había pasado ya, y fué preciso distribuir entre varios las cargas de la trierarquía. En 357, Persandros hizo aplicar á la flota el sistema de las *simmorias*, establecido en 378 para el impuesto (4). Los mil doscientos ciudadanos inscritos en los registros del censo como los más recargados por el impuesto se reunieron, según la importancia del armamento, en grupos de cinco ó seis, y hasta de quince ó diez y seis, para proporcionar por turno lo que el Estado tenía costumbre de pedir á los trierarcas desde la época de Solón, y aun desde mucho antes. La medida parecía necesaria, porque el tiempo de los sacrificios patrióticos iba á volver.

Aquel sistema de asociación dió buen resultado, y Atenas tuvo muy pronto dos flotas: una de sesenta galeras, que partió á las órdenes de Carés y de Cabrias para sitiarse á Chíos; y la otra, de igual fuerza, mandada por Ificrates y Timoteo, que se dirigió hacia el Norte. En un atrevido ataque contra el puerto de Chíos, Cabrias se halló solo en medio del enemigo y sacrificó su vida por no abandonar su galera (357); era un hombre valeroso, y tal vez fué el último de los generales de Atenas. Este

(1) Las monedas de este príncipe dan la ortografía *Μαυσσολος*.

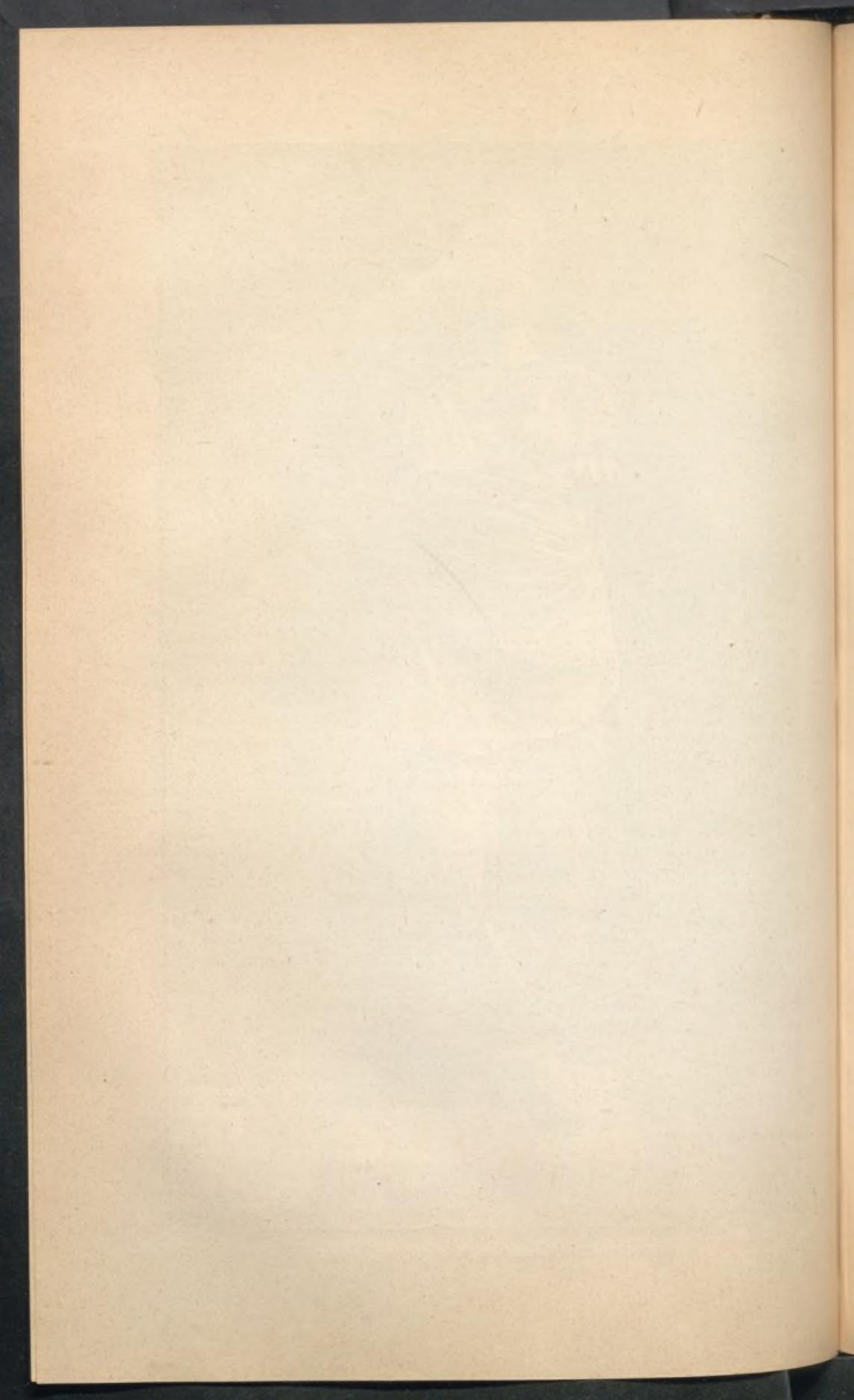
(2) Demóstenes, *En favor de los rodios*, 1; *De la paz*, 24; Diodoro, XVI, 7. M. Newton, entonces cónsul inglés en Mitilene, descubrió á fines de 1856 la célebre tumba de este famoso príncipe, y hasta su estatua, un friso de 80 pies de longitud, etc., esculturas todas que ocuparon inmediatamente un lugar entre las más hermosas que la antigüedad nos ha dejado y que han ido á reunirse en Londres con las de Fidias.

(3) Demóstenes, en el discurso; *En favor de los rodios*, acusa á Mausoleo de haber sido el investigador de aquella guerra.

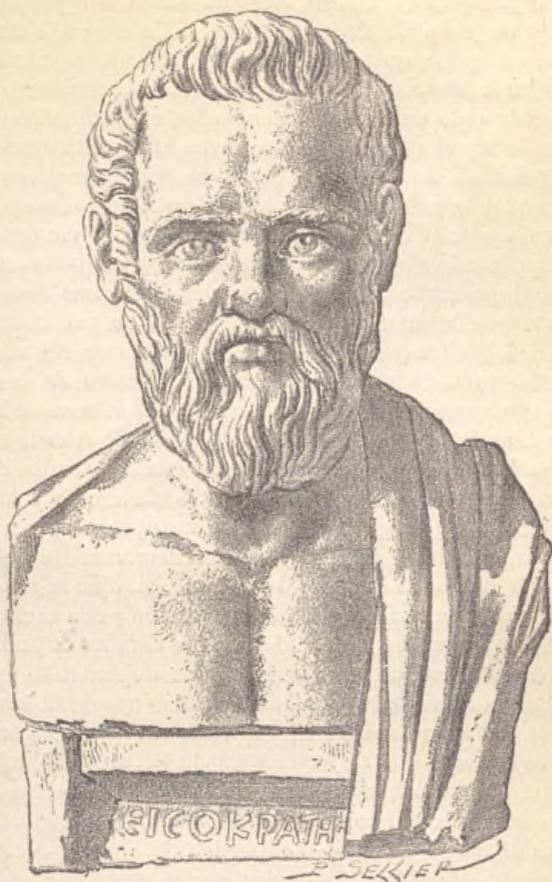
(4) Véase tomo II, pág. 145.



Estatua colosal de Mausoleo (véase pág. 156, nota 2)



descalabro indujo á Carés á ir á reunirse con Ifícrates y Timoteo, y todos juntos resolvieron marchar hacia Bizancio para atraer por esta parte á los enemigos, que asolaban las islas de Lemnos, Imbros y Samos, que se habían mantenido fieles. La última se salvó; pero las flotas enemigas se encontraron en el canal de Chíos y Carés quiso combatir, á pesar de sus dos colegas, á quienes intimidaba la inminencia



Isócrates (1)

de una tempestad. Al fin atacó, esperando que los otros le siguieran; pero dejaronle solo y fué batido; de esto se vengó acusando de traición en Atenas á Ifícrates y á Timoteo. El pueblo, satisfecho de salvar al favorito del momento á expensas de antiguos servidores, retiró á éstos el mando. Carés vendió sus servicios á un sátrapa rebelde, Artabazo, á fin de obtener el dinero reclamado por sus tropas; los atenienses aprobaron al principio esta manera de arreglar cuentas con sus mercenarios; pero la amenaza que hizo el gran rey de enviar trescientas naves á los aliados les decidió á firmar la paz (355), al cabo de tres años de una guerra cuyos detalles conocemos muy mal, y que de rechazo ocasionó la defección de Corcira. Atenas

(1) Busto de mármol, conservado en la quinta Albani (según Visconti: *Iconografía griega*, tabla 28, 3). El nombre del orador (ΕΙΣΟΚΡΑΤΗΣ) está grabado en el plinto.

reconoció la independencia de los aliados, perdiendo los más importantes y con ellos los tributos que le pagaban; los que le quedaron no excedían de 45 talentos (1). Su hacienda y su comercio estaban arruinados, seguía teniendo poca fe en sí misma y la decadencia del espíritu público iba en aumento. El pueblo, en vez de acusarse á sí propio, inculpó á sus jefes. Timoteo, que comprometía por su carácter la popularidad que le daban sus servicios, fué condenado, en 356, á pagar una multa de cien talentos; para eximirse de ella, retiróse á Calcis, y allí murió. Ifícrates se salvó por su altivo lenguaje, oponiendo los actos de toda su vida á las vanas palabras del retórico que le acusaba. Se había presentado con sus compañeros de armas, que le rodeaban, formando un séquito amenazador, é intimidados los jueces, absolviéronle; pero desde aquel día renunció á servir. El espíritu receloso de la democracia ateniense privaba á un tiempo á la patria de sus dos mejores generales (354).

Por aquel entonces se publicó un famoso escrito, compuesto por Isócrates bajo la forma de discurso *sobre la Paz*, probablemente antes de que ésta se hubiera celebrado, á menos que la minuciosa lentitud del escritor, ocupado en demasía en pulir sus frases y medir las sílabas, no se empleara en hacer una de esas defensas póstumas y de aparato que llegan cuando ya no es tiempo (2). Discípulo del mismo maestro de Platón, Isócrates quería aplicar á la conducta política los grandes principios de equidad que Sócrates enseñara. En el discurso *de la Paz* preside un sentido moral muy elevado; la idea dominante es que solamente la justicia puede fundar potencias duraderas, y que todas las desgracias de Atenas se debieron á no haberla respetado. Pensaba que la opresión de que los aliados eran víctimas les había inducido á rebelarse contra Atenas, y atribuía aquélla á la corrupción del pueblo, de los ejércitos, de los generales; y esta corrupción misma hacia derivar del imperio del mar, que había perdido ya á Lacedemonia. De aquí la deducción de que Atenas debía renunciar al imperio marítimo, aunque se lo ofrecieran.

Parecía á Isócrates que una prudente moderación y una sabiduría tímida eran lo único que podía constituir así la felicidad de los Estados como la de los particulares. Llamaba edad de oro de Atenas á la época de Aristides y de Temístocles, olvidando que éste era quien había sentado los cimientos de su dominio naval, que Aristides fué quien dictó reglas sobre él, y que sin esa fuerza Atenas habría sucumbido dos veces, bajo los golpes de Jerjes y los de Esparta. No más guerra; que se proceda al desarme, y los ciudadanos ricos, agobiados de contribuciones, respirarán al fin; los atenienses no se envilecerán más confiando sus armas á mercenarios; el comercio florecerá de nuevo. Atenas, abandonada de los extranjeros, los verá otra vez volver á su seno; los aliados, seducidos por su desinterés, volverán á ella sus miradas, haciendo votos por su prosperidad, y se someterán por sí mismos á ese imperio que hasta entonces les impusiera por la fuerza, estableciéndose de esta suerte el reinado de la justicia. De modo que después de acusar de todos los males al imperio marítimo, Isócrates se declaraba en su favor. Muy ocupado en obtener la cadencia de sus períodos, y fijándose más en las palabras que en el pensamiento, olvidaba en la conclusión sus premisas. Quería lo que era menos posible en Grecia

(1) Demóstenes, *Discurso sobre la Corona*, § 214. Estos aliados eran Thasos, Tenedos, Proconesos y Esciatos; pero Atenas conservaba como dominio suyo Lemnos, Imbros, Sciros y el Quersoneso de Tracia, lo cual le aseguraba un resto de poder en el Norte del mar Egeo y en la entrada del Helesponto.

(2) «Contábanse los años que Isócrates empleaba para escribir un discurso como se cuentan las horas que una mujer emplea en su tocado; y asegurábase que estuvo diez años para escribir la famosa arenga panegírica, que es un escrito de cincuenta páginas » E. Havet, *Isócrates*, pág. LXIV. Notaré al paso que en ese discurso Isócrates se muestra muy severo para Esparta.

que en otra parte, es decir, un imperio fuerte con ciudades del todo independientes, probando una vez más que la utopía no está separada siempre de la moderación timorata.

Insistimos en hablar de ese escrito y de ese hombre, porque ambos eran la expresión de un partido cada día más numeroso, al cual atemorizaban «los charlatanes de la tribuna (1)», y al que se había dado el nombre de «partido de los hombres honrados.» Esta débil escuela es la que muy pronto acariciará otra quimera, la conciliación de Filipo con Grecia, y que encubriendo su desfallecimiento con la patriótica idea de emprender otra vez contra Persia la guerra nacional, llamará á Filipo el nuevo Agamenón encargado de conducir á los helenos contra el enemigo hereditario. Como no conoce las rudas necesidades de las cosas, y retrocede espantada ante la idea de adoptar una resolución enérgica, recomendará de continuo la más extremada prudencia. Justicia, sin duda, siempre y en todas partes; siempre también moderación, pero con la condición de no vacilar ante cada peligro, de no humillarse ante cada injuria, de no abstenerse ante cada provocación: que al fin y al cabo la moral de un Estado no es la de un filósofo solitario.

Ante esta escuela y aquel tímido anciano que ni aun tenía suficiente valor para hablar en público, y que toda su vida tuvo ochenta años, hallábanse otro partido, otro hombre y otra elocuencia. Las censuras de Isócrates, tan mezcladas de precauciones oratorias, deslizábanse, sin penetrar en él, en el espíritu del pueblo. Para ejercer influencia y despertar alguna antigua virtud, hubieran debido salir de boca de Demóstenes, cuando hacía resonar en la Agora aquella voz animada por la pasión y profería aquellas palabras fulminantes, sin precaución al parecer y sin arte, tal era la vehemencia y el ardimiento con que las pronunciaba. Para ver la diferencia entre el retórico y el hombre de Estado, compárese el discurso de Isócrates sobre la paz y el de Demóstenes sobre la guerra con Persia: se escribieron poco más ó menos en el mismo tiempo y con el mismo objeto (2).

Aquel que debía ser durante treinta años el alma de su pueblo, hubo de luchar, en un principio, con no pocas dificultades, y es un memorable ejemplo del dominio que podemos tener sobre nosotros mismos, porque obra fué él mismo de su voluntad tanto como de la naturaleza. Siendo niño, sus compañeros le dieron el sobrenombre de Argas (3) para expresar la aspereza de su carácter, que se conservó siempre el mismo. Sus bustos, que nos le muestran como rudo gladiador, no revelan ingenio benévolo, y en su semblante falta la gracia, lo mismo que en sus discursos. Era hijo de un armero que poseía numerosos esclavos (4), pero quedó huérfano muy pronto. Sus tutores le despojaron de sus bienes, que siendo de catorce talentos, quedaron reducidos á uno, y ni siquiera sufragaron los gastos de su educación. Cobró mucho afecto á Iseo, á quien llamaban de sobrenombre «el impetuoso» (5), y aprendió de memoria los ocho libros de la historia de Tucídides, cuya

(1) οἱ ἐπὶ τοῦ βήματος μαινόμενοι. (Isócrates, *Discurso á Filipo*, § 129.)

(2) El discurso de Demóstenes es el Περὶ συμμοριῶν, ó como él mismo le llamaba, el Περὶ τῶν βασιλικῶν, del año 354. Demóstenes había nacido en el primer año de la olimpiada XCIX, 384 ó 383, dos antes que Filipo de Macedonia.

(3) Argas era el nombre de un poeta ó trovador de aquel tiempo, muy nombrado por su carácter adusto.

(4) El padre de Demóstenes tenía dos fábricas: una de armas, en la cual trabajaban treinta y dos esclavos, y la otra de camas y siales, en la que se ocupaban veinte.

(5) Nos quedan de Iseo once defensas escritas por él para los clientes que las leían ó las recibían en el tribunal, y que refiriéndose todas á cuestiones de derecho civil, sobre todo de adopción y de herencia, ilustran felizmente muchos de los puntos de la legislación ateniense.

vigorosa elocuencia convenía á su genio. Créese que meditó también sobre las obras de Platón, pues muchos de sus discursos se basan en el principio de que la belleza moral merece por sí sola nuestra preferencia. Llegado en 366 á su mayoría, es decir, á los diez y ocho años, intentó un proceso contra sus tutores, defendiéndole él mismo, y consiguió que se les condenara á la restitución, triunfo que no evitó que aquellos largos debates le dejaran poco menos que arruinado. La primera vez que se presentó en la tribuna pública, sus largas frases, su estilo cortado, su



Demóstenes (2)

voz débil y su escaso aliento, excitaron al principio la hilaridad. En aquel tiempo, los actores habían adquirido la importancia que los poetas no tenían ya, y el comediante Sátiros, que gozaba de la consideración de un verdadero personaje (1), reanimó el corazón del debutante desalentado, demostrándole que el mal estaba sobre todo en su pronunciación. Demóstenes se aplicó á vencer estas dificultades naturales, y Plutarco refiere, complaciéndose como de ordinario en los detalles minuciosos más ó menos auténticos, que Demóstenes mandó construir una cámara subterránea donde iba á ensayar todos los días sus ademanes y su voz, y que á menudo se encerraba allí dos ó tres meses seguidos, con la cabeza á medio afeitar, á fin de resistir, por la vergüenza, á las más vivas tentaciones de presentarse en público. Otras veces trepaba por una montaña con rápido paso, recitando versos en alta voz; ó bien, paseando por la orilla del mar, con la boca llena de piedrecillas, para obligar á su lengua á soltarse, procuraba dominar con su voz el rumor de las olas. Ya se comprenderá que después de tales esfuerzos y tratándose de semejante hombre, las borrascas de la plaza

pública no eran ya temibles. No juraremos que Demóstenes haya hecho todo eso; pero Demetrio de Falera, que le conoció personalmente, atestigua que por un trabajo tenaz triunfó de una naturaleza rebelde. Ejercitose primeramente como abogado consultor y redactó discursos que los pleiteantes le pedían, y hasta se le acusa de haberlos escrito para los adversarios de sus patrocinados. «El hijo del armero, dice Plutarco, vendió á las dos partes, á fin de que se sirvieran de ellos una contra otra, puñales salidos del mismo taller (3).» Si el hecho es cierto, es poco honroso; pero ¿no hemos tenido grandes abogados que anteponiendo el arte á la verdad defendían públicamente las peores causas, atestiguando por su honor la inocencia de reconocidos criminales? Es el peligro de la profesión, y añadamos que los discursos compuestos á los logógrafos eran memorias anónimas y que la autoridad del redactor no añadía nada á la fuerza de los argumentos (4).

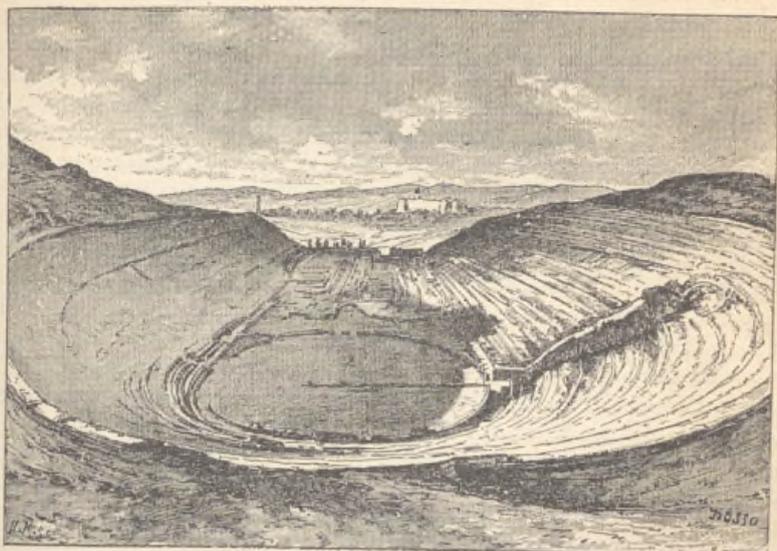
(1) Si Ateneo (libro XII, página 591) no se equivoca, Sátiros había hecho comedias.

(2) Busto existente en el Museo de Berlín.

(3) M. Schaefer, *Demosthenes und seine Zeit*, ha combatido esta tesis de Plutarco, creyendo por lo menos que los discursos en defensa de Apolodoro, hijo del banquero Pasión, y que forman parte de la colección demosténica, no son de nuestro orador. No opina del mismo modo mi sabio cofrade M. Weil, que en la *Introducción* de su magnífica edición de Demóstenes, se muestra contrario al parecer de Schaefer.

(4) Dionisio de Halicarnaso cita el discurso *contra Androción*, del año 355, como la primera de las defensas públicas de Demóstenes, que lo escribió para Diodoro. Continuó largo tiempo el

En cuanto pudo Demóstenes intervenir en los asuntos del Estado, la ambición del rey de Macedonia fué su constante preocupación. Habiendo llegado á ser uno de los diez oradores oficiales, prestó á Licurgo, á Hegesipos y á Hipérides el auxilio de su palabra, y fué el alma de aquel partido generoso que ansiaba la independencia de Atenas y de Grecia. Licurgo, nacido en Atenas hacia el año 396, pertenecía á la gran familia de los Eteobutados; discípulo de Platón, y después de Isócrates, comenzó tarde á desempeñar las funciones públicas; pero lo hizo con una integridad que llegó á ser proverbial. Era un hombre de los antiguos días,



Vista del Estadio panatennico (1)

justo como Aristides, sabio como Sócrates, noble y rico, y que sin embargo vivía en la abstinencia: figura austera que no podemos menos de saludar al paso. Su severa elocuencia era prolija algunas veces; pero estuvo encargado doce años de la custodia del tesoro público, y por sus manos pasaron 19.000 talentos, ó sean más de 100 millones de pesetas, sin que se despertase la menor sospecha contra su rígida probidad. Consiguió que las rentas ordinarias de la ciudad aumentaran desde 600 á 1,200 talentos, y Boeckh le considera como el único hacendista tal vez que la antigüedad tuvo. Puso término, adoptando medidas draconianas, al bandolerismo que desolaba á Atenas, por efecto de la perversión de las costumbres públicas, y diósele el sobrenombre de Ibis, ó destructor de los reptiles, por la guerra sin tregua que hizo á los concusionarios. Construyó ó reparó cerca de cuatrocientas galeras, dos arsenales, que llenó de armas, un teatro, un gimnasio, un estadio, una palestra; y como Pericles, acumuló en los templos, para aumentar el brillo de las fiestas, estatuas de oro y ornamentos de metales preciosos, gran recurso en los tiem-

po de logógrafo para reparar las brechas abiertas en su patrimonio, y aumentó también sus bienes haciendo préstamos á la gruesa, costumbre muy generalizada en Atenas, donde el interés era comúnmente, para los préstamos marítimos entre otros, de un 18 por 100, y aun más. Véase *Historia de los Romanos*.

(1) De una fotografía. El Estadio, construído por Licurgo, estaba situado en la orilla izquierda del Ilisos, fuera del recinto de Atenas, no lejos del barrio llamado de los Jardines.

pos críticos. También instituyó certámenes de canto, y tal vez á él se le debe lo que nos queda de las obras de Esquilo, de Sófocles y de Eurípides, de las cuales mandó depositar una copia en los archivos del Estado. Semejante hombre honra al partido de que formó parte (1).

De Hegesipos tenemos menos noticias: solamente sabemos que fué adversario de Esquines y amigo de Demóstenes, á quien sostuvo en sus esfuerzos contra Filipo. Los antiguos gramáticos le atribuyen dos discursos conservados en la colección demosténica, lo cual quiere decir que no carecía de vigorosa elocuencia. Sin embargo, en la tribuna le eclipsó Hipérides, que contando algunos años más de edad que Demóstenes, y siendo como él uno de los oradores oficiales de la república, lanzóse con energía en la lucha por la libertad. Como Demóstenes, sirvió á Atenas con su palabra en la asamblea, con su valor como triararca y con su abnegación en las coregias. En 350 armó dos galeras para la expedición de Foción en la Eubea, que terminó por la victoria de Tamines, encargándose sin duda del mando de otras muchas, pues en los raros detalles que sobre él tenemos, dícese que nueve años después era triararca delante de Bizancio. No tenía la austeridad de Licurgo, pero merecerá ser proscrito por los macedonios, lo cual es otro título honroso.

Este partido, y Demóstenes con él, ha sido condenado porque se consagró á una obra que se calificó de imposible y mala. La obra, sin embargo, era grande, y estuvo á punto de realizarse. Las victorias de Filipo han conducido á Alejandro á la conquista del Oriente; la civilización del mundo ha salido ganando con el contacto de las sociedades griega y asiática; pero la vida cambió de lugar, pasando de Atenas á Rodas, á Pérgamo, á Esmirna, á Efeso y á Alejandría, y el resultado de la dominación macedónica fué la muerte de la Grecia europea. La eterna gloria de Demóstenes es haber visto que aquella potencia que se elevaba al Norte iba á matar á su patria, y haber dado su genio y su vida para salvarla. Nosotros, que para resarcirnos de esa muerte de un pueblo aniquilado tenemos el gran movimiento filosófico y religioso, nacido, después de Alejandro, de la mezcla de naciones y sistemas; nosotros, colocados desde el punto de vista de la historia general, estamos por Filipo y por su hijo; pero desde el punto de vista griego nos declaramos por Demóstenes.

Asistamos á ese duelo del hombre que, armado solamente de su palabra, detiene y más de una vez rechaza á un rey poderoso y triunfante (2).

#### IV. — CONTEMPORIZACIÓN DE FILIPO.—SEGUNDA GUERRA SAGRADA (355).—TENTATIVA DE FILIPO CONTRA LAS TERMÓPILAS. — PRIMERA FILÍPICA (346).

Demóstenes vaciló, al parecer, en dar principio al ataque. En su discurso *sobre las Simmorias* (354), cuyo objeto aparente era desviar al pueblo de una nueva guerra persa, no hizo mención de Filipo al hablar de los peligros que Atenas podía correr; pero insistió para que todos estuviesen dispuestos á pasar rápidamente del consejo á la acción contra cualquier enemigo. «Atenienses, dijo, el primer punto,

(1) Seudo-Plutarco, *Vida de los diez oradores*.

(2) Demóstenes ha señalado él mismo en su discurso *sobre la Corona*, la situación de Atenas al principio y al fin de su administración. «La república no tenía entonces por aliados sino los más pobres insulares, pues Chíos, Rodas y Corcira no estaban con nosotros. Los tributos no excedían de 45 talentos; no contábamos con más infantería y caballería que la de la ciudad, y todos nuestros vecinos nos eran hostiles... He obtenido para nosotros la alianza de Eubea, de Acaya, de Corinto, de Tebas, de Megara, de Léucade y de Corcira; y por esas alianzas habéis tenido 15.000 infantes extranjeros y 12.000 soldados de caballería, sin contar los subsidios, que nos permitieron armar una flota de 200 velas.» Como se ve, no exageramos nada al hablar del duelo entre Filipo y Demóstenes.

y el más importante, se reduce á estar bien resueltos á cumplir con vuestro deber. Siempre que, después de adoptarse una resolución, cada cual ha puesto manos á la obra para llevarla á cabo, todo ha tenido buen resultado; pero cuando os miráis unos á otros, dejando cada cual su tarea para el vecino, nada sale bien.» Después de hablar así, pide que el cuerpo de los mil doscientos contribuyentes para la trierarquía se eleve á dos mil y propone los medios que permitirán hallar el dinero necesario para el equipo de trescientas galeras; «cosa fácil, añade, puesto que Atenas contiene por sí sola más riquezas que todas las demás ciudadés reunidas.» Y termina con estas significativas palabras: «No decir nada, pero prepararse;» palabras aplicadas en todos los tiempos (1).

Cuando Filipo envió, en el mismo año, algunas tropas al tirano de Calcis, en Eubea, contra otro tirano, el de Eretria, Demóstenes aconsejó al pueblo que no auxiliara á éste último; contra su parecer se encargó á Foción una expedición de la cual salió airoso, pero de la que el orador temió ver salir una guerra prematura. Demasiado pronto llegó el momento de renunciar á todo arreglo y de dar el grito de alarma.

Sin embargo, Filipo contemporizaba también. En 359 había reconstituido la Macedonia; en 358 tomó Anfípolis y Pidna, y en 357 Potidea. Para que se calmaran los temores, detúvose en medio de su triunfo; pero este tiempo de reposo no fué perdido, pues mejoró la administración de sus Estados y completó la organización de su ejército y de su hacienda, observando en silencio cuanto ocurría en el interior y en el exterior, siendo á la vez león y zorro, vigilando y esperando, y siempre dispuesto á lanzarse sobre su presa. A fines de 357 pasó algunos meses en las fiestas que siguieron á su boda con Olimpias, hija de Neptolemo, rey de Epiro, y este afán de placeres hacía creer á sus enemigos que degeneraba; pero aquel casamiento era un acto político que le proporcionaba un aliado en los confines de Iliria y de Grecia. En 356 supo burlar los manejos de los reyes de Tracia, de Peonia y de Iliria, coligados contra él; fundó Filipos, para asegurar las minas del monte Pangeo, y recibió una tras otra tres buenas noticias: Parmenión, su mejor general, acababa de vencer á los ilirios; sus caballos habían obtenido el premio en los juegos olímpicos, y por último, Olimpias había dado á luz al que debía ser Alejandro. Cuéntase que entonces escribió á Aristóteles diciéndole: «Has de saber que me ha nacido un hijo, y de ello doy gracias á los dioses, menos por el nacimiento del niño que por haber venido al mundo en vida tuya. Espero que, educado é instruído por tí, será digno de mí y del imperio (2).» Si esta carta fuese auténtica, honraría tanto al rey que la escribió como al filósofo que la recibió.

Aquella victoria en los juegos olímpicos no era un hecho insignificante, pues indicaba la resolución de Filipo de introducirse en Grecia: antes de privarla de su libertad, despojábala de sus coronas. Las revoluciones y la guerra trabajaban ya por él en Tesalia y en la Fócida, y Alejandro de Feres había perecido asesinado por sus cuñados Tisifonos, Pitolaos y Licofrón, á instigación de su mujer Tebé. Cierta noche, durante su sueño, despojóle de su espada y alejó á los feroces dogos que velaban á la entrada

(1) En el discurso *sobre las Clases*. Hasta el año 340 no consiguió obtener la reforma de las simmorias por una ley, que no conocemos bien, por la cual se trataba de poner término á las malversaciones de los ricos en la repartición de impuestos y en el armamento de las galeras. (Véase página 76, nota 1, de este tomo, y el *Discurso sobre la Corona*, § 100-108, ed. Didot.) También hizo revocar la ley de Eubulos sobre el *teoricón*, consiguiendo que no ingresaran en la caja de fondos para las fiestas todos los sobrantes de los ingresos, que se reservarían para la guerra.

(2) Se ha puesto en duda la autenticidad de esta carta; pero la principal razón que se da para negarla, la de que Aristóteles no había alcanzado aún su gran nombradía, no es satisfactoria, pues desde la infancia había contraído estrecha amistad con Filipo.

de su cuarto; pero como sus hermanos vacilasen, amenazóles con despertar al tirano (359). Los asesinos le sucedieron en el poder, primeramente Tisifonos con Tebé y después, en 353, Licofrón. Los Aleuades creyeron llegada por fin la hora de poner término á esta tiranía degenerada y llamaron á Filipo en su auxilio. El rey sitiaba á Metona, al Norte de Pidna, que se resistió enérgicamente, y delante de la que recibió una herida que le hizo perder un ojo. La ciudad cedió al fin, y el rey mandó arrasarla. Atenas perdía así otro punto de apoyo en el golfo Termaico; además, con ello se realizaba la liberación definitiva del litoral macedonio. Respondiendo entonces al llamamiento de los Aleuades, penetró con un ejército en Tesalia, batió á Licofrón, á pesar de los siete mil focidios que fueron á socorrerle, y detuvo á los atenienses en Pagaso, puerto de la ciudad de Feres (353). De este modo, gracias á las discordias de los tesalios, Filipo sentaba el pie en un país, no como conquistador, sino en calidad de libertador; y una vez dueño del vestibulo de Grecia, restábase sólo franquear el umbral de la puerta. Una antigua institución religiosa, que reprodujo rancias pretensiones, ofrecióle un pretexto para avanzar más. El tribunal de los anficiones, del que no habían hablado ni Tucídides durante la guerra del Peloponeso ni Jenofonte en sus *Helénicos*, pareció volver á la vida en aquel entonces. Poco después de la batalla de Leuctres y á instancias de los tebanos, había condenado á los lacedemonios, por la sorpresa de Cadmea, á una multa de 500 talentos, que Esparta no pagó, por lo cual fué excluída de los juegos píticos. El procedimiento pareció bueno á los tebanos para aplicarlo á otro enemigo, á los focidios, pueblo inquieto y revoltoso, que tenía con ellos frecuentes diferencias sobre su frontera común. En 357, Tebas los acusó ante el consejo anfictiónico de no sabemos qué fechoría: según unos, del rapto de una mujer tebana, la hermosa Thena; según otros, que al parecer se acercan más á la verdad, de haber puesto en cultivo algunas tierras consagradas á Apolo. En la sentencia se consignaba que si los focidios se negaban á pagar, se lanzaría el anatema sobre su territorio, consagrándolo á la divinidad, lo cual quería decir que sería devastado y ocupado por los sacerdotes de Delfos. Uno de los principales focidios, Filomelos, demostró á sus conciudadanos la cobardía que significaría someterse á un decreto injusto, obtenido por los tebanos, sus enemigos; recordóles, citando en prueba un verso de Homero, que el patronato del oráculo de Delfos, «la Pito pedregosa,» les pertenecía á ellos, que lo habían poseído largo tiempo; sostuvo que era preciso recobrarle, y comprometióse á ponerlo en sus manos. Los focidios le eligieron general, confiriéndole poderes ilimitados. Entonces marchó á Lacedemonia é indujo al rey Arquidamos á hacer causa común con él; Esparta, no atreviéndose á intervenir ostensiblemente, dió por lo menos 15 talentos; Filomelos dobló la suma con su propio peculio y asalarió una tropa de mercenarios, agregándole mil focidios escogidos. Con estas fuerzas apoderóse del templo, mató á los Trácidos (1) que le guardaban y subastó sus bienes; pero tranquilizó á la población de Delfos, prometiendo que con esto cesarían las violencias. Los locrios de Anfisa habían acudido en auxilio de los delfios, pero sufrieron una derrota, lo cual permitió á Filomelos rodear el templo de un recinto fortificado y aumentar su tropa hasta el número de cinco mil hombres, gracias á otros mercenarios atraídos por el estímulo de mejor paga (355). Sin embargo, envió embajadores á todas las ciudades para hacer presente que los focidios se limitaban á reivindicar su derecho de protección sobre el templo, y ofreció dar cuenta á todos los griegos de las ofensas consagradas. No obstante, los beocios, por su parte, solicitaron de los tesalios y de los demás individuos del cuerpo anfictiónico la declaración de guerra á los foci-

(1) La principal familia que gobernaba en Delfos.

dios, como sacrílegos, y contra ellos se formó una vasta confederación. Solamente rehusaron tomar parte en ella los atenienses, los lacedemonios y algunos pueblos del Peloponeso, aunque sin prestar á los focidios un auxilio eficaz. Para hacer frente á esta liga, Filomelos se vió obligado á poner en práctica lo que pretendía no haber intentado aún: puso la mano sobre el tesoro sagrado y arrastró hasta el trípode profético á la Pitia angustiada, que en su espanto dejó escapar palabras en las que le pareció adivinar, para él y para su pueblo, una promesa de auxilio divino. «Pero, según dijeron los devotos de Apolo y los políticos de Beocia, ningún hombre piadoso y honrado se alistó bajo sus banderas; mientras que todos los descreídos y los que eran más fieles al dinero que á los dioses, apresuráronse á ponerse bajo sus órdenes; de manera que muy pronto reunió un considerable ejército compuesto de impíos dispuestos á saquear los templos.» Estas palabras eran ciertas, pues los mercenarios de Filomelos se cuidaban mucho menos de la causa que servían que de la crecida paga que se les señaló, acudiendo á alistarse en tal número, que los focidios no tardaron en tener un ejército de diez mil hombres. Entonces comenzó una guerra que, como todas las religiosas, señalóse por abominables crueldades; de una parte y otra no se hacían prisioneros, ni los muertos recibían sepultura. Los locrios fueron vendidos de nuevo, y los tesalios, que avanzaban con seis mil hombres, sufrieron igual suerte; pero los beocios, llegando en doble número, sorprendieron á los focidios cerca de Titorea. Filomelos, á punto de caer en manos del enemigo después de batirse intrépidamente, precipitóse desde lo alto de una roca escarpada y pereció (354).

Onomarcos, que ocupó su lugar, sirvióse audazmente de los tesoros de Delfos para formar su ejército y comprar partidarios en las ciudades griegas; asoló la Lócrida, apoderóse de Orcomenes, donde subsistía aún un partido antitebano, y ya sitiaba á Coronea cuando la aproximación de un ejército beocio obligóle á volver á la Fócida. Por otra parte, debía ir al Norte, llamado por el tesalio Licofrón, á quien Filipo amenazaba. Un socorro de seis mil focidios que le envió á las órdenes de su joven hermano Failos, fué insuficiente, por lo cual hubo de acudir él mismo: venció dos veces al rey, rechazándole hasta Macedonia, y volvió á Beocia para apoderarse de Coronea. Pero durante esta expedición, Filipo reapareció en Tesalia con veinte mil hombres y tres mil caballos; Onomarcos corrió á su encuentro, y esta vez fué completamente batido. El ejército focidio dejó seis mil muertos en el campo de batalla y tres mil prisioneros fueron arrojados al mar como sacrílegos; los soldados del rey, defensores de Apolo, habían ido al combate con el casco coronado del laurel sagrado. El cuerpo de Onomarcos, hallado entre los muertos, fué clavado en cruz. Algunos focidios pudieron escapar alcanzando á nado una escuadra ateniense que cruzaba á la vista de la ribera (352).

Filipo se presentaba, pues, como vengador de Apolo y de la religión ultrajada, y en Tesalia desempeñó el papel de amigo de la libertad. Restableció en Feres el gobierno republicano; pero al mismo tiempo exigió que se le cediese á título de indemnización por sus gastos de guerra una parte de las rentas de la provincia, y puso la mano sobre sus astilleros y arsenales, ocupando Pagaso y la península de los magnetas, que rodea el golfo pagasético, donde estaban los restos de la flota preparada por Alejandro de Feres, que fueron el principio de la flota macedonia. Una escuadra ateniense no llegó hasta después de la ocupación del gran puerto tesaliano, enojosa tardanza que justifica las quejas de Demóstenes, repetidas sin cesar, sobre la lentitud de los preparativos y la repugnancia de los ciudadanos de Atenas á prestar un servicio personal en el ejército. Desde Pagaso, Filipo tocaba en la Eubea y casi en las Termópilas, y de allí partieron también muy pronto numerosos corsarios que infestaron el mar Egeo, entorpeciendo el comercio de Atenas, saquearon Lemnos é

Imbros y atrevieron á llegar á la costa de Maratón, donde se apoderaron de la galera paraliana.

Filipo trató de proseguir sus triunfos, y como ya había arreglado los asuntos de Tesalia, quiso decidir los de Grecia y de la religión, aunque debiera penetrar hasta la Fócida. En su consecuencia, marchó sobre las Termópilas; pero los atenienses, recobrando esta vez su resolución de los antiguos tiempos, habían acudido al desfiladero, donde se atrincheraron fuertemente, tanto que Filipo retrocedió. Aquella tentativa fué un rayo de luz para los que aún dudaban. En Atenas hubo acciones de gracias á los dioses como las había después de una victoria (352).

Failos, hermano de Onomarcos, ejercía el mando. Los primeros jefes de los focidios habían temido tocar las antiguas ofrendas, que parecían más particularmente sagradas; pero Failos se apoderó de todo. Los presentes de Cresos, tan admirados por Herodoto, y que otros muchos respetaran á causa de su carácter venerable, fueron fundidos y acuñados para los mercenarios, y algunos regalados á favoritos ó á mujeres flautistas, como los collares de oro de Elena y de Erifile. Cuando los atenienses tomaban en calidad de préstamo los tesoros de sus templos, pedían respetuosamente auxilio á sus dioses en favor de la causa nacional; pero en el saqueo de Delfos no hubo más que la rapacidad brutal y sacrilega de los soldados de fortuna, que desbalijaban el santuario común de Grecia sin pensar nunca en la restitución. Con aquel oro, Failos compró numerosos mercenarios y algunos aliados. No sabemos si Atenas y Lacedemonia aceptaron una parte de estas riquezas sagradas, pues que tenían otras razones para auxiliar á los focidios. La primera dió cinco mil hoplitas, la segunda mil, los aqueos dos mil; Licofrón, expulsado de Feres, llevó otros tantos; y Failos tuvo pronto fuerzas suficientes para pasar á Beocia, sostenerse á pesar de tres descalabros, tomar todas las ciudades de la Lócrida epicnemidiana y batir á los tebanos, que trataban de salvarlas. Sin embargo, este activo general estaba atacado ya de una enfermedad que le llevó á la tumba, y fué reemplazado por el joven hijo de Onomarcos, Falaekos, á quien fué preciso dar un guía, casi un tutor, llamado Mnaseas, que pereció muy pronto. Estos cambios continuos en el mando hacían imposible la unidad de plan, y por eso las hostilidades prosiguieron con lentitud, observándose ya el cansancio en los dos partidos. Desde Alcibíades y Lisandro, siempre hubo uno que fijaba sus miradas en Persia: los tebanos pidieron al gran rey 300 talentos y obtuvieronlos: para el monarca esto era poner su dinero á crecido interés, puesto que aquel auxilio financiero mantenía la guerra entre los griegos.

La Grecia central era teatro de una ardiente lucha, y á los espartanos parecía buena la ocasión que se les ofrecía de recobrar en el Peloponeso el ascendiente que les arrebatara Epaminondas. En su consecuencia atacaron á Megalópolis, que recibió socorros de Argos, de Mesene, de Sicione y hasta de Tebas, de donde partieron cuatro mil hoplitas y quinientos caballos para ayudarla á resistirse; pero al mismo tiempo acudieron tres mil focidios en auxilio de Esparta, y las fuerzas se equilibraron así de tal modo, que al cabo de dos campañas inútiles firmóse la paz (351).

Mientras los griegos tenían la vista fija en estos movimientos interiores, Filipo, rechazado de las Termópilas, buscaba una compensación en Tracia y avanzaba silenciosamente hacia el Quersoneso, recobrado últimamente por Atenas, y en dirección á Bizancio, para cortarles la vía del Euxino, de donde tomaban sus provisiones, consistentes en 400,000 medimnos de trigo al año (1). Pero Demóstenes seguía estos movimientos, y al fin no pudo contenerse. «¿Cuándo, atenienses, exclamó en su primera filípica, cuándo cumpliréis con vuestro deber, y qué esperáis? Tal vez algún

(1) Demóstenes, *Contra Leptino*.

nuevo acontecimiento, ó quizás, ¡justos dioses! alguna necesidad que á ello os obligue. Tratándose de hombres libres, ¿no es la primera necesidad librarse de la deshonra? ¿Pensáis ir siempre por la plaza pública preguntándoos unos á otros qué novedad ocurre? ¿Qué más novedad puede ocurrir que la de un hombre de Macedonia que triunfa de Atenas y domina en Grecia? — ¿Ha muerto Filipo? — No, pero está enfermo. — ¿Qué os importa que esté muerto ó enfermo? Si muriese, bien pronto nacería otro por causa de vuestra indolencia, pues por ésta ha conseguido él elevarse tanto, no por sí mismo y por su propia fuerza.» Después, poniendo el dedo en todas las llagas del gobierno de Atenas, en el vicio y los desórdenes de los ejércitos mercenarios, en la ligereza del pueblo y en sus resoluciones no cumplidas, propuso enérgicos remedios. «Quiero por lo pronto, dijo, cincuenta galeras bien equipadas y que os resolváis á montarlas vosotros mismos en caso de necesidad. De este modo reprimiréis las repentinas irrupciones de ese hombre que se lanza desde su Macedonia á las Termópilas, sobre el Quersoneso, sobre Olinto, y en fin, donde le place... Que nadie me hable de diez mil ni de veinte mil mercenarios, admirables ejércitos en las cartas que los anuncian; lo que se necesita es un ejército de Atenas (1)... Vuestros mercenarios no triunfan más que de vuestros amigos y aliados y dejan que el enemigo se engrandezca á su gusto; dirigen al paso una mirada sobre la guerra á que les enviáis y después se van con la flota en busca de Artabazo ó de otro cualquiera. El general los sigue, y no puede hacer otra cosa, pues como no puede pagar, tampoco le es permitido mandar. ¿Qué deseo yo? Privar de todo pretexto al general y á los soldados, pagándoles fielmente y poniendo junto á ellos ciudadanos que, soldados á su vez, vigilarán á los jefes. Al ver la dirección que á nuestros asuntos se imprime, bien se pueden reir hoy de nosotros. Si os preguntan si estáis en paz, contestaréis seguramente que hacéis la guerra á Filipo. En efecto, ¿no habéis elegido entre vosotros diez taxiarcas, otros tantos estrategos, filarcas y dos hiparcas? ¿Qué hacen todos esos jefes? Excepto uno solo, que enviáis á la guerra, los demás sirven de adorno en las fiestas, siguiendo á los sacrificadores. Fabricáis vuestros generales, como los alfareros sus figuras de arcilla, para la plaza pública y no para la guerra (2).»

Con una audacia que no dejaba de ser peligrosa, acusaba á los atenienses en otro discurso de hablar mucho, sin obrar nunca, y de negarse á los sacrificios necesarios. «No queremos contribuir con nuestros bienes ni nos atrevemos á prestar servicio personal... No solamente no damos á Diopites lo que se le asignó, sin considerar que se sostiene por su cuenta (3), sino que se le censura, críticanse sus proyectos, y acúsanse de crímenes pasados y futuros... A decir verdad, Filipo podría contentarse con esta oración: ¡Grandes dioses, haced que Atenas se conduzca siempre así! Contemporizaciones sin fin, gastos disparatados, información para elegir vuestros gobiernos, accesos de cólera, mutuas acusaciones: he aquí lo que constituye vuestra vida (4).»

(1) No lo pide muy formidable: 2.000 infantes, 500 de ellos atenienses, y 200 caballos, 50 de Atica. «Pero si lo pido tan reducido es porque no podemos poner en pie uno que haga frente á Filipo; más considerable, no lo podríamos pagar ni mantener. Se ha de hacer una guerra á la carrera y de saqueo, y nada más, porque es la necesidad más apremiante.» Se necesitaba realmente mucho valor por parte de Demóstenes y del pueblo para emprender con tales medios una guerra contra el poderoso rey.

(2) *Filípica primera*, § 10-11, 16, 21, 24-26. Me sirvo de la excelente traducción de las *Obras políticas* de Demóstenes por Plongouml.

(3) Este general, no recibiendo nada de Atenas, ó muy poca cosa, mantenía á un ejército en país enemigo.

(4) *Filípica cuarta*.

En otro lugar señalaba la mala organización del ejército y las fatales lentitudes que de ella resultaban. «Os ruego me digáis por qué vuestras Panateneas y Dionisiacas, esas fiestas tan pomposas y de tanto aparato, más caras que el armamento de una escuadra, se celebran siempre puntualmente el día señalado, mientras que en todas partes vuestras flotas siempre llegan tarde, como ha sucedido en Metone, en Pagaso y en Potidea. Porque para esas fiestas la ley lo ha previsto todo; cada cual de vosotros conoce muy de antemano al corego y al gimnasiaarca de su tribu; sabe lo que debe recibir, de quién y en qué momento; y en una palabra, todo cuanto debe hacer. Nada es incierto ni imprevisible, y nada se descuida. En la guerra, por el contrario, y tratándose de los preparativos que exige, no hay orden alguno ni previsión, y la confusión reina por todas partes. A la primera alarma, nómbranse trierarcas, se procede á los cambios, búscanse subsidios; luego se montan las naves, primeramente con extranjeros domiciliados, después con libertos, más tarde con ciudadanos, y al fin... Pero mientras se hacen todos esos preparativos, lo que nuestra flota debía salvar, perece.»

Estas vivas pinturas presentan en toda su desnudez el interior de Atenas, los vicios de su administración, los defectos del nuevo pueblo, que Isócrates acababa de señalar, y también se ve hasta qué punto Demóstenes comprendía la inminencia del peligro. «Todo esto, atenienses, es muy desagradable de oír; pero si al suprimir en un discurso lo que pueda enojarnos se suprimiese también el asunto mismo, sería preciso no hablar más que para regalaros los oídos... ¿No es una vergüenza engañarse á sí propio, retroceder siempre ante lo que molesta, ignorar que el hábil guerrero no ha de seguir los acontecimientos, sino adelantarse á ellos; que el político gobierna los asuntos como el general su ejército; que los dirige á su antojo y que no está obligado jamás á dejarse dominar por ellos? Atenienses, sois ricos en naves, en soldados, en caballos y en rentas, más ricos que ningún otro pueblo; pero esta fuerza no se emplea nunca á tiempo y siempre llegáis demasiado tarde. Vuestra lucha con Filipo es el pugilato de los bárbaros: el atleta recibe un golpe y se lleva la mano á la parte herida, le descargan otro y hace lo mismo; pero lo que no sabe es parar el golpe, mirar á su adversario cara á cara. De igual manera procedéis vosotros: si os dicen que Filipo está en el Quersoneso, venga pronto un decreto para el Quersoneso; si se halla en las Termópilas, corréis á las Termópilas; vais en pos de él como si ordenase vuestros movimientos; por iniciativa propia, carecéis de toda previsión. En otro tiempo, tal vez se podía tolerar esa lentitud; pero hoy, en la crítica situación en que estamos, ya no es posible. Harto se conoce que Filipo no se detendrá, y por lo tanto es preciso cerrarle el paso.» En cuanto al plan de campaña, Demóstenes no trazaba ninguno. «¿Dónde abordar? se preguntará. Atrevámonos solamente; la guerra ha de indicar cuál es el punto vulnerable del enemigo.»

Estas palabras eran á la vez elocuentes y justas. No hacía diez años, Macedonia era el reino más miserable, y su poderío no parecía aún, de mucho, tan formidable como lo había sido el de Lacedemonia. Sin embargo, Esparta había caído. ¿Por qué sería Filipo más difícil de vencer? Demóstenes estaba en lo cierto cuando se colocaba á igual distancia de aquellos que voluntariamente cerraban los ojos al peligro y de los que, como Foción, desesperaban demasiado pronto. Si no era más explícito al pedir reformas, debíase á la circunstancia de verse obligado á tratar ciertos puntos con extremada reserva. En su comentario sobre la primera *Olintiana*, Ulpiano refiere que un decreto promovido por Eubulos, el ministro de la hacienda y de los placeres del pueblo, imponía la pena de muerte á todo aquel que propusiera distraer para el servicio de la flota y del ejército el dinero destinado á dar

mayor realce á la esplendidez de las fiestas públicas y á facilitar á todos los ciudadanos el medio de acudir á ellas para honrar á los dioses. Ignoro si esta pena se aplicó alguna vez; pero sabemos que, habiendo propuesto el senador Apolodoro destinar á los gastos de la guerra olintia el excedente de la renta pública, en vez de entregarlo al *teoricón*, fué condenado á una multa que el acusador fijó en 15 talentos, cantidad que el tribunal redujo (1). Este decreto y esa condena nos sublevan, porque olvidamos que el *teoricón* era una especie de presupuesto de los cultos. La cuestión era, pues, por lo que á él tocaba, más religiosa que política, y si se comprende que Demóstenes se preocupara ante todo de buscar recursos para combatir al macedonio, se admitirá también que los devotos pensarán en el servicio de los dioses para asegurar á la ciudad su protección.

Esos devotos convenían sobre este punto con los partidarios de la paz á toda costa, los cuales se cuidaban poco de las necesidades militares. Si se declara la guerra, decían, se cubrirán los gastos por una ley especial creando un impuesto sobre la fortuna de los ciudadanos: esto era hacer pesar todas las cargas sobre los ricos, que á fin de evitarlo, se mostrarán siempre partidarios de la paz (2).

Demóstenes, y más aún la noticia de una tentativa de Filipo contra un fuerte custodiado por una guarnición ateniense y situado entre Perinto y Bizancio, despertaron en el pueblo alguna energía, y se votó un armamento considerable; pero bien fuese porque Filipo no se hallaba dispuesto para una lucha directa con Atenas ó ya porque una enfermedad le condeñara á la inacción, detúvose de nuevo y dejó pasar cerca de dos años sin dar motivo para que se hablara de él, entregado al libertinaje, si hemos de creer á Demóstenes, pero siempre activo, trabajando para embellecer su capital con soberbios monumentos, llamando á los mejores artistas y prodigando en las ciudades griegas su oro corruptor.

V. — LAS OLINTIANAS (349-348). — SORPRESA DE LAS TERMÓPILAS.

FIN DE LA GUERRA SAGRADA (346). — ATENAS FRUSTRAN LOS PROYECTOS DE FILIPO SOBRE EL PELOPONESO Y LA ACARNANIA (346-343).

Sin embargo, Filipo veía aún en la península calcídica una ciudad independiente, cuya alianza había pagado muy cara en otro tiempo por la cesión de Potidea, pero que en el momento menos pensado se volvería tal vez contra él, siendo por lo tanto una espina en el corazón de Macedonia. Mientras Olinto no fuera suya, sus enemigos podían considerarla como una puerta fácil de abrir para dar entrada á su reino. Ciudad rica, por otra parte, capital de una confederación de otras treinta y dos, Olinto era un obstáculo que se interponía entre Macedonia y el mar: Filipo meditaba hacía largo tiempo su ruina. El asilo que dió á dos príncipes macedonios, cuando huían de su cólera, decidió al rey á someterla á su dominio; pero antes de atacarla cuerpo á cuerpo la cercó, apoderándose de las ciudades vecinas. Había tomado Apolonia algunos meses antes; en 349 cayó en sus manos Estagira, que destruyó, y el terror abrióle las puertas de otras varias poblaciones. «Es preciso que salgáis de vuestra capital, dijo á los diputados olintios, ó que yo abandone la Macedonia.» Olinto imploró el auxilio de Atenas.

Demóstenes sube al punto á la tribuna y traza con vigorosos rasgos los progre-

(1) Colección demosténica, *Contra Neera*, 3 á 8.

(2) Sin embargo, en 347 se votó una suma anual de diez talentos para los arsenales del Pireo (Beckh, *Seewesen*, pág. 67).

sos y la pérvida política de Filipo: Olinto engañada por la cesión de Potidea y Tesalia por la promesa de entregarle Magnesia. «Poner el cebo á los pueblos bastante insensatos para dejarse engañar por sus palabras, y hacerlos caer en las redes que les ha tendido: he aquí el secreto de su grandeza (1).» Después, comparando esta activa política con la inercia del pueblo de Atenas, exclama: «¡Nos dormimos, atenienses, os digo que estáis durmiendo!» Y propone los verdaderos remedios, actos enérgicos, reformas y mejor uso de la hacienda, despilfarrada en fiestas y en distribuciones al pueblo. «Atenienses, dice, no os sorprenda oirme hablar contra la opinión del mayor número. Nombrad monotetes, no ciertamente para hacer nuevas leyes, pues hartas tenéis ya, sino para abolir las que os perjudican, y voy á deciros claramente cuáles son éstas: son las leyes relativas á los fondos para el teatro y algunas referentes al servicio militar. Las unas destinan á los ociosos de la ciudad nuestros recursos para la guerra; las otras aseguran la impunidad al cobarde. No teníamos rivales; éramos los amos en nuestro país y árbitros en otros; Esparta estaba abatida y Tebas ocupada en otra parte, y ante nosotros, no había nadie que pudiera disputarnos el imperio. En tal situación nos hemos dejado arrebatar nuestras posesiones; se han gastado sin fruto alguno más de 1.500 talentos; las alianzas contraídas por la guerra se perdieron en plena paz, gracias á nuestros hábiles hombres del día, y al fin hemos suscitado contra nosotros un peligroso enemigo. Decidme, en efecto, ¿á quién se debe sino á nosotros el encumbramiento de ese Filipo?

»¡Sin duda vais á contestarme que las cosas van mal en el exterior, pero que en el interior se ven maravillas! ¿Qué podéis enseñarme? Paredes pintadas, caminos reparados, fuentes y otras bagatelas; pero ved á los autores de esas magníficas obras: eran pobres, y ahora son ricos, y cuanto más se acrecentó su fortuna, más disminuyó lo del Estado... ¡Pueblo de Atenas, te lo arrebatan todo, dinero y aliados! Sois lacayos que hacéis números y os dais por contentos con que vuestros señores os concedan el óbolo del teatro y os envíen después la pitanza del día (2). ¡Qué envilecimiento tan extremado! Os entregan vuestra hacienda y les dais las gracias como si os hicieran una merced... No ignoro que podría costarme caro hablaros así de vuestras miserias, más caro tal vez que á los que las han producido, pues la franqueza no es oportuna siempre con vosotros, y hoy me extraña vuestra paciencia.» Ya se comprenderá, en efecto, que Demóstenes debía tener mucho valor para hablar de este modo, recordando que se había decretado la pena de muerte contra aquel que propusiera derogar las leyes teatrales.

Los atenienses no obedecieron á Demóstenes sino en parte, y descuidaron el punto principal de sus discursos, es decir, la reforma interior; no se cambió nada en la hacienda ni en el ejército, y solamente se envió á Carés con treinta naves y dos mil mercenarios para socorrer á Olinto. Esto, después de la primera *olintiana* (349); por efecto de la segunda fué enviado Caridemos con cuatro mil mercenarios, y á consecuencia de la tercera marcharon dos mil trescientos soldados, esta vez todos atenienses.

Pero mientras los generales más que ayudar molestaban á los olintios á causa de sus desórdenes, Filipo compraba á los magistrados que ejercían mando en la ciu-

(1) *Olintiana segunda*. El orden cronológico de las tres *Olintianas* ha sido objeto de muchas discusiones. Algunos ponen la segunda antes que la primera; pero M. Weil, último editor de Demóstenes, no opina del mismo modo. Por lo demás, todas ellas son del último mes del año 349.

(2) En vez de pitanza del día, el texto dice «vuestra parte de buey,» lo cual recuerda la costumbre de distribuir á los ciudadanos una porción de las víctimas inmoladas en las fiestas públicas.

dad sitiada y que se la entregaron (348). Por lo pronto mandó dar muerte á sus dos hermanastros, los príncipes macedonios que se habían refugiado en Olinto, y después de entregar la ciudad al saqueo, vendió los habitantes y gastó su parte de



Bailarina (1)

botín sembrando el oro, á fin de calmar los resentimientos, y disponiendo en la ciudad de Dion fiestas en las cuales no faltaron las bailarinas tesalias (2). Numerosos extranjeros acudieron de diversos puntos de Grecia para ver aquellos juegos, celebrados con regio esplendor. Filipo recibió á todos, invitó á su mesa á los más distinguidos, y los sedujo con sus modales y presentes. Era ésta otra campaña tan

(1) Relieve en mármol descubierto en el teatro de Dionisio en Atenas y conservado en el Museo Central de esta ciudad (de una fotografía). En el mismo punto, y al mismo tiempo, encontróse un bajo relieve análogo, habiéndose supuesto con fundamento que uno y otro formaban parte del decorado del teatro.

(2) Un hijo de Filipo, Arrhideo, tuvo por madre una bailarina tesaliana, Filona de Larisa.

fructuosa como hubiera podido serlo haciéndola á la cabeza de su ejército, pues sus convidados llevaron en sí al marcharse el germen de corrupción que se desarrolló en cada ciudad, incluso Atenas, donde un partido numeroso ensalzaba las buenas intenciones del rey. Unos eran hombres de buena fe, aunque engañados; otros se habían vendido, y no pocos, desesperando de la situación, resignábanse de antemano; hombres pusilánimes que gritarán después de Queronea: «Pereceríamos si no hubiésemos perecido ya.» Algunos, no obstante, y á su cabeza Demóstenes y hasta Eubulos, uno de los jefes del partido de la paz, y también Esquines, pedían que se reuniese un congreso para proponer la unión de todos los pueblos helénicos contra los nuevos bárbaros, que en dos años habían destruído treinta y dos ciudades griegas. Hubo un principio de ejecución, pues se nombraron embajadores que recorrieron muchas ciudades, aunque sin obtener más que benévolas y estériles palabras; de modo que Atenas quedaba sola. En esto circuló el rumor de que Filipo consentía en tratar. El partido de la paz habíase aumentado con todos aquellos que se interesaban en la suerte de los atenienses prisioneros en Olinto: cierto día, los parientes y amigos de los cautivos, vistiendo el traje de suplicantes, presentáronse á la asamblea después de haber depositado un ramo de olivo en el altar de la Agora y pidieron al pueblo que no olvidase á los que por él se hallaban reducidos á la servidumbre. Sus quejas conmovieron á la asamblea, que resolvió enviar al rey diez diputados, entre los cuales iban Demóstenes y Esquines.

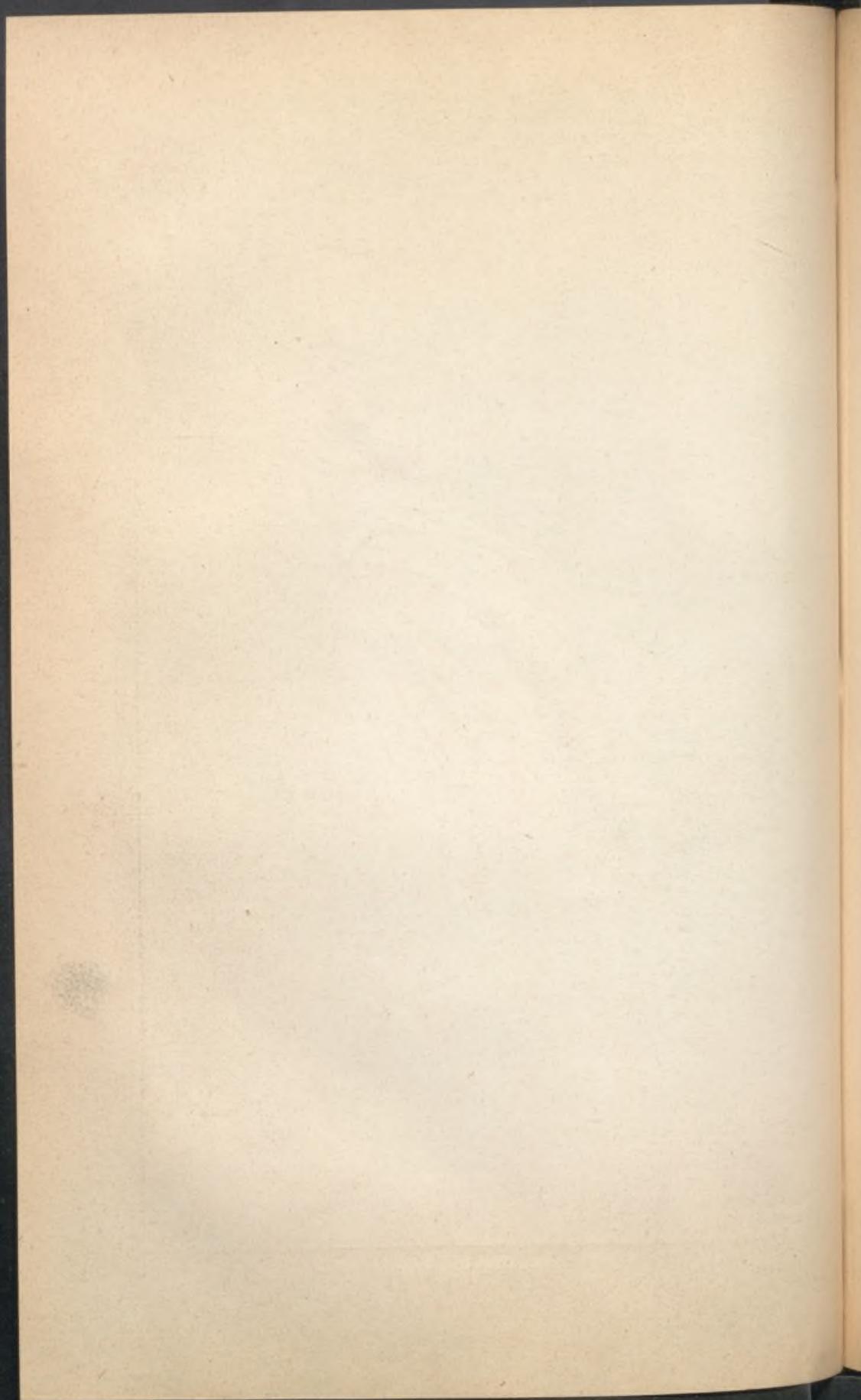
Este último, nacido en 390 (1), hijo de un pobre maestro de escuela y de una timpanista, había desempeñado varios oficios, como los de escribiente, curial y actor; mas para elevarse á mayor altura tenía una gran facilidad de palabra y singular ingenio, cualidades propias para hacer carrera en Atenas. Eubulos, adversario de Demóstenes, consiguió que se le incluyera en la embajada. Si hemos de dar crédito á sus propias palabras, Esquines dirigió al rey un magnífico discurso, al paso que Demóstenes perdió ante Filipo toda su elocuencia. «Aquel hombre, dice, que prometía en el camino montes y maravillas, se cortó después de haber balbucido algunas palabras.» Se ha de advertir que Demóstenes, que habló el último, por ser el más joven de los individuos de la diputación, pensó que después de tantos discursos sería conveniente, tanto para el rey como para sí mismo, añadir solamente algunas palabras á lo dicho por los demás. Esta anécdota es una de aquellas que se hicieron circular para poner en duda su valor; sus enemigos, no pudiendo negar su elocuencia ni su patriotismo, trataron de hacerle pasar por cobarde, á pesar de sus campañas como trierarca y como soldado, y aún se reproducirá esta acusación después de Queronea. Pero ¿qué podía temer de Filipo en aquella entrevista pacífica? Si el rey le intimidaba, tiempo tuvo de reponerse mientras los dos hábiles oradores agobiaban á Filipo con su elocuencia; y hasta podríamos tal vez cambiar la acusación, haciendo recaer el ridículo en Esquines, quien para decidir al macedonio á restituir Anfípolis, remontóse hasta Teseo, haciendo valer los derechos que Atenas heredó de aquel príncipe mitológico sobre una ciudad erigida ocho ó diez siglos después de él (346).

El rey se mostró muy amable con los embajadores, algunos de los cuales, en aquella ocasión, ó más tarde, tendieron su mano y recibieron larguezas: Filócrates

(1) Véase en la página siguiente su estatua de mármol, descubierta en Herculano y conservada en el museo de Nápoles (según fotografía). Durante largo tiempo fué conocida con el nombre de Aristides, hasta el día en que el descubrimiento de un busto de Esquines con inscripción permitió darle su nombre verdadero. La actitud y la postura son las mismas que las de la estatua de Sófocles, conservada en el museo de Letrán (véase tomo II, pág. 205); pero la estatua del poeta es infinitamente superior á la del orador.



Esquines (véase pág. 174, nota 1)



ostentó, hasta en Atenas, el lujo que debía á los beneficios del rey, y Esquines obtuvo, como él, algunas propiedades en el territorio de Olinto (1).

Filipo fué menos generoso para Atenas; rechazó devolver Anfípolis y Potidea, proponiendo tomar como base del tratado que debía celebrarse lo que llamamos el *uti possidetis*, cláusula muy ventajosa para los macedonios, que habían ganado mucho, y muy desfavorable para los atenienses, que habían sufrido grandes pérdidas.

Varios embajadores, entre los cuales se hallaban dos futuros generales de Alejandro, Antipáter y Parmenión, fueron á presentar este proyecto de convenio á Atenas, donde fué discutido durante dos días, hasta que al fin los representantes de la confederación marítima manifestaron sus disposiciones pacíficas, dando en nombre de los aliados plenos poderes al pueblo ateniense para firmar la paz.

La última palabra de Eubulos bastó para que cesase toda vacilación. «Aceptad, dijo, ó preparaos á pagar el impuesto de guerra, agregando á él el teorición, y á montar las naves.»

Los atenienses aceptaron y los enviados macedonios tomaron los juramentos de la república, dejando que se comprendiera entre los aliados de Atenas al tracio Kersobleptés, cuyo reino ocupaba el Quersoneso ateniense; pero rehusaron este título á los focidios, que defendían las Termópilas contra Filipo (abril 346).

Mientras en Atenas se discutía, Filipo obraba, comenzando por destronar á Kersobleptés, apoderándose de varias plazas fuertes inmediatas al Quersoneso y considerando como buena presa todo cuanto ocupara antes de haber firmado él mismo la paz. Cuando, por consejo de Demóstenes, se le envió una nueva diputación para recoger sus juramentos, ésta necesitó más de veintitrés días para llegar á Pella, y al llegar allí aún hubo de esperar más de un mes al astuto rey, que fingiendo ignorar su llegada, proseguía sus conquistas en el fondo de la Tracia. De regreso al fin, escuchó á los embajadores, pero antes de contestarles condújolos hasta Ferres, en Tesalia, y allí les declaró que no podía consentir en que se inscribiera el nombre de los focidios en el tratado.

Apenas hubieron vuelto los diputados á Atenas, después de una ausencia de setenta días, Filipo marchaba ya á las Termópilas y apoderábase de ellas. Demóstenes acusó más tarde á sus colegas, y particularmente á Esquines, de haberse vendido á Filipo; pero sin duda no fué culpable más que de haber contribuido á propalar entre sus conciudadanos aquellos sentimientos de cándida confianza en las promesas del rey, que perdieron á todos. Esquines era uno de los consejeros del pueblo é inoportunamente dijo después para justificarse que se había dejado arrastrar por la corriente general. Solamente Demóstenes vió y señaló el peligro, pero no fué escuchado (346).

Aquella guerra de Fócida á que Filipo acababa de dar fin, habíase prolongado durante diez años con igual éxito por una y otra parte, sin que ninguna potencia griega pareciera hallarse en estado de poner término á ella. Tebas había obtenido ya del rey de Persia 300 talentos para luchar contra los tesoros de Delfos; pero necesitaba un auxilio más directo: por eso llamó á Filipo, que acercándose á las Termópilas, no tuvo más que presentarse para decidir á Falekos á retirarse al Peloponeso (2) con sus ocho mil mercenarios. La expedición no ofrecía peligro, mas al

(1) Demóstenes, *Proceso de la embajada*, § 114 y 146.

(2) Desde el Peloponeso, Falekos pasó á Creta, donde se puso al servicio de Cnosos, pereciendo después en un ataque contra Cidonia. Sus mercenarios sufrieron la suerte acostumbrada de

macedonio no por ello le cupo menos la gloria de haber conseguido él solo vengar á los dioses.

Su primera medida fué dejar una guarnición macedonia en Nicea, sin cuidarse de si descontentaba á los tebanos, que ocupaban aquella ciudad; y al ocupar de una manera permanente el desfiladero, proponíase tener siempre abierta la puerta de Grecia.

Adoptada esta precaución, convocó el consejo de los anficiones á fin de resolver sobre la suerte de los focidios. La tradición atribuía á esta asamblea una autoridad indeterminada y vaga; mas ahora que el rey ponía á su disposición una fuerza considerable, podía mandar. En su consecuencia decidió que la Fócida dejara de formar un Estado; que los que hubiesen tomado parte en la expoliación del templo, fueran sometidos á juicio y tratados como sacrílegos; que las veintidós ciudades de la Fócida fuesen arrasadas y todos los habitantes dispersados en burgos, ninguno de los cuales podría contener más de cincuenta casas; que conservaran su territorio, pero gravado con un tributo anual de 60 talentos, á fin de reparar las pérdidas sufridas por el templo de Delfos, apreciadas en 10.000 (1); que se rompieran sus armas sobre la piedra, arrojándose los restos de ellas al fuego; que se vendieran los caballos, y que se les prohibiese adquirir otros en lo futuro. Filipo había destruído poco antes en la Calcídica treinta y dos ciudades; mas ahora, él y sus aliados exterminaban un pueblo entero: así se anunciaba la dominación macedónica.

Después del castigo, las recompensas: la presidencia de los juegos píticos se confirió á Filipo, juntamente con los beocios y los tesalios, y transfirieron al rey de Macedonia los dos votos que los focidios habían tenido en el consejo anfictiónico (346).

La religión y la rivalidad rencorosa de las ciudades vecinas acababan de matar la independendia nacional. Un príncipe extranjero se encargaba ahora de la presidencia del consejo federal y de la custodia del santuario helénico, y era dueño de las Termópilas, es decir, de las llaves de Grecia.

Estas noticias habían producido agitación en el país: los atenienses comenzaron á fortificar el Pireo y á reforzar las fortalezas de las fronteras. Después se publicó un decreto á fin de obligar á los ciudadanos á retirar sus bienes muebles de la campiña y llevarlos á los burgos cerrados; y llegada la época de la convocatoria del consejo anfictiónico, negáronse á enviar á Delfos la acostumbrada diputación, siguiendo Esparta su ejemplo. Esto no era más que una protesta silenciosa; pero Filipo juzgó prudente retirarse á sus Estados, según su acostumbrada táctica, y cuando vió que la agitación se había calmado un poco, envió una embajada á los atenienses para obtener de ellos el reconocimiento de su título de anfición, que efectivamente alcanzó.

Esta vez, Demóstenes habló en favor de la paz: en efecto, era preciso declararse por esta última ó por la guerra, y á pesar de sus temores, cada día más vivos, no juzgaba prudente el rompimiento fundado en tal pretexto, porque así se exponía á

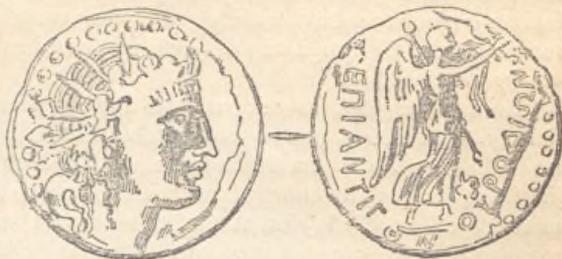
---

sus semejantes, y acabaron mal; vencidos en Elida, fueron vendidos como esclavos ó asesinados, triste fin en el que Diodoro (XVI, 63) ve una venganza divina.

(1) Diodoro, XVI, 60. Como por este cálculo los focidios necesitaban 166 años para saldar su deuda, bien puede decirse que con este tributo se creaba una renta perpetua en beneficio del dios. Los recibos de algunos años se conservan en estelas de mármol recientemente halladas en el templo de *Atena Cranaia*, en Elatea, principal ciudad de la Fócida después de Delfos. (*Boletín de la correspondencia helénica*, mayo noviembre de 1887, págs. 321 y siguientes.)

los atenienses á ver reproducirse contra ellos la alianza que agobió á los focidios. Más valía esperar días mejores, en los cuales Atenas podría reformar esta alianza en provecho suyo y contra el macedonio.

«No consintamos en nada que sea indigno de nosotros, dijo; pero sigamos siendo lo que fuimos, políticos que obran después de madura reflexión. Hemos dejado Oropos á los tebanos, Anfípolis á Filippo, Chíos, Cos y Rodas á los príncipes de Caria; hemos permitido la separación de Cardia del Quersoneso, y no hemos castigado á los bizantinos por el apresamiento de alguna de nuestras naves. ¿Por qué esas complacencias? Porque confiábamos en que la paz nos sería más provechosa que la guerra. Si habéis tratado, pues, con cada uno de esos enemigos en particular cuando estaban en juego vuestros más graves intereses, ¿no sería una insigne locura declarar la guerra á todos vuestros adversarios reunidos por la sola consideración de las sombras délficas? (346) (2).



Moneda de Rodas (1)

Lo que Atenas proyectaba hacer un día contra Filippo, éste lo ejecutaba contra ella; proponíase aislar esta ciudad del resto de la Grecia, y extendía su influencia y sus intrigas hasta el centro del Peloponeso, prometiéndose para muy pronto proseguir los planes de Tebas por este lado.

Habiendo estallado una guerra civil al año siguiente (345) en la Elida, los ricos dieron muerte á cuatro mil de sus adversarios, culpables de haber entrado con armas en el sagrado territorio, y después pusieronse bajo el protectorado de Filippo.

Hacia largo tiempo que este rey había contraído relaciones con Arcadia, lisonjeado á este pueblo, que podía servirle para mantener á Esparta en jaque, sembrado el oro en sus ciudades y atraído á su corte á sus más ambiciosos ciudadanos. Desde el año 356, el megalopolitano Cherón se había granjeado la confianza del rey; y en 349, en el momento de la guerra de Olinto, Esquines, enviado por Atenas á Megalópolis, oyó en el consejo de los Diez Mil los elogios que se hacían de Filippo y vió á los hoplitas arcadios marchar para reunirse con él. «El odio que se esforzó por mantener, dice Pausanias, entre los arcadios y Lacedemonia, fué uno de los principales obstáculos para ese congreso de las ciudades helénicas que tantas veces trató Atenas de reunir contra Macedonia.»

Como verdadero hombre de Estado, Filippo contó siempre con el tiempo, y por eso sembraba, dejando madurar. En 345 habíale erigido tantas estatuas y otorgado tantas coronas en Arcadia, que no sabiendo ya qué ofrecerle, los arcadios llama-

(1) Cabeza radiada del sol, mirando á la derecha. En el reverso; EPI ANTIFONOI PO-ΔΙΩΝ. Victoria avanzando á la derecha con un cetro y una corona en la mano; en el campo un racimo de uvas. (Bronce.)

(2) ...πρός πάντας περί τῆς ἐν Δελφοῖς σκιᾶς νυνὶ πολυμῆσαι. *Discurso sobre la paz, ad finem.* Por sombras délficas, Demóstenes entiende los fútiles honores que Filippo se había hecho otorgar en Delfos; la presidencia de los juegos píticos y el derecho de consultar primero al oráculo, προμαντεία, derecho que Atenas poseía desde Pericles.

ronle á él en persona y decretaron que á su paso se abrieran todas las ciudades. No era el rey hombre para aventurarse en absoluto en los asuntos del Peloponeso antes de haber terminado los de la Grecia del Norte, y por esta razón limitóse á enviar dinero con mercenarios extranjeros y á tomar abiertamente á Mesenia bajo su protección. Entonces fué cuando escribió á los espartanos, diciéndoles: «Si entro en Laconia, destruiré vuestra ciudad,» á lo cual contestaron: «¡Sí!» Los habitantes de Corinto, á pesar de su molicie, hicieron preparativos de defensa; y para no permanecer ocioso, Diógenes hizo rodar su tonel. El mismo Demóstenes recorrió el Peloponeso combatiendo por todas partes los manejos de Filipo, que esta vez no dieron resultado. El macedonio se había propuesto solamente hacer una diversión, y consiguió su objeto.

En sus arengas á los peloponesios, Demóstenes había insistido en las perfidias del rey. «Ese Filipo, que no está unido á Grecia por vínculo alguno, no es más que un bárbaro, y ni siquiera de un buen país, sino de una mísera Macedonia, donde jamás se ha podido comprar un buen esclavo (1).» Filipo creyó necesario borrar estas impresiones, y la ciudad que, en medio de su envilecimiento, conservaba al menos más que ninguna otra, con las tropas de Maratón y de Salamina, el sentimiento de la resistencia al extranjero, vió á los diputados del enemigo de los griegos presentarse ante ella para disculpar á su señor. Demóstenes pronunció entonces su segunda filípica (344), en la cual volvió al sistema de la guerra, pues la quimera de la paz había desvanecido ante los actos audaces del macedonio. Recordó los discursos dirigidos á los hombres de Mesenia y de Argos para hacerles temer la amistad del rey, mostrándoles á los tesalios víctimas de su propia credulidad.

«Apenas lo heube concluído, dice, prodújose un tumulto de aplausos y todos exclamaban: ¡Qué bien dicho está eso! Los demás enviados hablaron también, y más de una vez en mi presencia, ó después de mi marcha; pero nada pudo arrancar á ese pueblo de la amistad de Filipo ni sustraerle al encanto de sus promesas. Que los mesenios, gente del Peloponeso, vean la razón y no obren según su dictado, nadie lo extrañará; pero vosotros, atenienses, vosotros, hombres de clara inteligencia, tan bien advertidos por vuestros oradores, ¿cómo es posible que no veáis los lazos que os tienden ni al enemigo que os rodea, y por amor á la indolencia os dejéis conducir como ciegos á las mismas calamidades de que los otros son víctimas? ¡Es posible que el placer del momento, la ociosidad del día, tengan más influencia sobre vosotros que todas las promesas del porvenir (2)!» Después señaló los traidores, y aquel partido macedonio, que era para Grecia la mayor calamidad. «Después de concluída la paz, y al volver yo de la segunda embajada, eché de ver que nuestra ciudad era víctima de una indigna burla; lo advertí al punto, protesté y me opuse con todas mis fuerzas á que se entregaran las Termópilas y la Fócida. ¿Qué decían entonces esos traidores? Que yo era un bebedor de agua, un hombre taciturno y difícil de contentar. Cuando Filipo haya franqueado el desfiladero, añádase, no pensará más que en complaceros; fortificará Tespies y Platea, humillará el orgullo de los tebanos, perforará á sus expensas el Quersoneso, y os dará Oropos y la Eubea en compensación de Anfípolis. ¡Todo eso os lo han dicho aquí, en esta tribuna, y vosotros lo recordáis, aunque tan olvidadizos sois con los traidores! Pero he aquí lo más vergonzoso: con el cebo de algunas esperanzas, habéis

(1) Tomo estas palabras de la filípica tercera, que fué pronunciada tres años más tarde, en 341.

(2) *Filípica segunda.*

encadenado á esta paz á vuestra misma posteridad; tan hábil ha sido el fraude (1).»

Después de leer este discurso, Filippo dijo: «Hubiera dado mi voto á Demóstenes para que se me declarase la guerra, y le habría nombrado general.» Con esto expresaba la profunda expresión que le había producido aquella viril elocuencia, más bien que el deseo de ver á los griegos declararse contra él, pues si se formaba una liga helénica, la victoria llegaría á ser problemática para Filippo. Esta liga era la idea que no abandonaba á Demóstenes, y el mismo Eubulos se adhirió á ella. Hasta entonces había fracasado el plan; pero los últimos acontecimientos evidenciaban de tal modo el peligro, que la empresa parecía ahora más fácil, y para estimular á los demás pueblos, los atenienses desplegaron una actividad digna de sus mejores días.

En 344, Filippo había ido á guerrear contra los ilirios, y después de haber asolado su país y de haberse apoderado de algunas ciudades regresó á Grecia, en donde se ocupó en reorganizar la Tesalia. Dividióla en cuatro distritos, puso á la cabeza de cada uno de ellos á hombres fieles, colocó guarniciones en las plazas fuertes y apropióse todas las rentas del país: la Tesalia era decididamente una provincia macedónica. Filippo ocupaba ya las Termópilas, primera puerta de Grecia, y ahora quería la segunda, el istmo de Corinto. Si conseguía posesionarse de él, sería á la vez dueño de los dos caminos, el de



Moneda de Alejandro I, rey de Epiro (342-326) (2)

Atica y el del Peloponeso. En su consecuencia fomentó una conspiración en Megara para que se le declarase protector de la ciudad; pero los atenienses lo impidieron. Foción entró en la plaza y reconstruyó las murallas (343).

Frustrada esta tentativa, el rey hizo otra en el lado opuesto: marchó á Epiro para intervenir en favor de su cuñado Alejandro; conquistó para él tres ciudades semigriegas que rehusaban obedecerle, y por su cuenta trató de apoderarse de Ambracia, cuya toma le habría proporcionado la Acarnania. Aquí hubiera tenido, para entrar en el Peloponeso, el camino que Atenas acababa de cerrarle en Megara; pero Atenas le cerró también éste: algunas tropas atenienses marcharon á Ambracia, y Demóstenes fué á inflamar el valor de los acarnanios y de los aqueos. Una sorpresa intentada al mismo tiempo por los atenienses sobre Magnesia, en Tesalia, obligó á Filippo á retirarse del Epiro.

De este modo los dos adversarios, sin osar medirse cuerpo á cuerpo, atacábanse desde lejos. Semejante estado no era la paz ni la guerra; Filippo se quejó al fin de ello y envió á Atenas al bizantino Pitón, cuya elocuencia igualaba casi á la de Demóstenes, y poco después un artificioso mensaje en el que las amenazas se ocultaban bajo afectuosas palabras. Hegesipos contestó con un altivo discurso, cuya conclusión necesaria era la guerra. «¡Pero lo que tú has pedido es la guerra! — dijo un descontento al orador cuando éste bajó de la tribuna. — Sí, ¡por Júpiter! y también pido duelos, entierros públicos, elogios fúnebres, todo aquello, en fin, que nos permitirá vivir libres y rechazar lejos de nosotros el yugo macedónico.» Desgraciadamente, esta vez los atenienses, en lugar de obrar, ocupáronse en instruir un proceso á Esquines y á Filocrates, atendiendo á las denuncias de Demóstenes, quien, sin

(1) *Filípica segunda.*

(2) Cabeza de Zeo de Dodona, ciñendo corona de encina y mirando á la derecha. Reverso: ΑΛΕΞΑΝΔΡΟΥ ΤΟΥ ΝΕΟΠΤΟΛΕΜΟΥ. Honda y astil de lanza. (Oro.)

embargo, seguía esforzándose para encaminar el espíritu de sus compatriotas hacia objetos verdaderamente grandes (343) (1).

VI. — OPERACIONES DE FILIPO EN TRACIA (341-339). — BATALLA DE QUERONEA (338).  
MUERTE DE FILIPO (336).

Mientras los atenienses perdían de este modo un tiempo precioso, Filipo construía en sus puertos arsenales y barcos, y preparaba una expedición al interior de Tracia. Su política tenía dos objetos: posesionarse de Grecia, para heredar por derecho de conquista su antigua gloria, tomando en el mundo nuevo la importancia épica de Agamenón, y adquirir la Tracia, á fin de redondear su reino, ejercitar sus tropas, reclutar soldados, llegar á las orillas del Euxino para imponer tributos á las ciudades griegas de aquellas costas y crear una armada en aquel mar, surcado por las flotas mercantes de la Hélade. En 342, cuando el sol hubo derretido las nieves del Hemos, alejando el invierno de las llanuras de Tracia, penetró hasta el centro del antiguo reino de los odrisios y fundó varias colonias con griegos arrebatados á las ciudades de la costa. Una de ellas, que pobló de malhechores á falta de colonos voluntarios, tomó su nombre, que ha conservado, y aún es una de las grandes ciudades de la Turquía europea, Filipópolis, sobre el Maritza (Hebrus).

Esas colonias, emplazadas en la inmediación del Quersoneso y de Bizancio, amenazaban las posesiones, el comercio y la existencia misma de Atenas, que se alimentaba de los trigos de la Táurida. Uno de los generales atenienses, Diopites, que se hallaba en el Quersoneso con un reducido ejército (2), hizo algunas incursiones en las tierras últimamente conquistadas por Filipo, quien se quejó de ello á Atenas. «Los atenienses, dice Demóstenes, son los defensores de la libertad griega; cada golpe dirigido contra ésta les hiera á ellos, y de aquí su derecho de atender á su defensa en todas partes.» Después, representando á Filipo como el más mortal enemigo de Atenas, añadía: «¿No veis que cuanto más se le deja tomar más toma, y más fuerza acumula para agobiarnos? ¿Cuándo comenaréis, atenienses, á cumplir con vuestro deber? Contestáis que lo haréis apenas sea necesario; pero ved que esa necesidad es apremiante hace largo tiempo.» Y planteando claramente la cuestión, añade: «Tened bien entendido que cuanto ese Filipo emprende ó medita es contra nosotros. ¿Quién será aquí bastante simple para creer que solamente algunas bicocas de Tracia han tentado su codicia, y que arrostrará por ellas las fatigas, los hielos y los grandes peligros, al paso que los puertos de Atenas, sus arsenales, sus flotas, sus minas de plata, sus rentas, sus plazas, todo ese esplendor, en fin, no le tentarán; que os dejará seguir siendo felices poseedores de tamaños bienes, contentándose con ir á Tracia para arrancar de las piedras el centeno y el mijo é invernar en el fondo de los abismos? ¡No, no! lo que él quiere es Atenas y sus tesoros, y en todas partes persiste en su plan (3).»

No es sólo la codicia lo que le impulsa: comprende que para llevar á cabo sus designios es necesario que Atenas desaparezca. «Enemigo de la democracia, como Atenas lo es de los tiranos, no quiere otra cosa, y tiene razón de no quererla; esto

(1) En este discurso, Demóstenes decía: «Un mal terrible se cierne sobre Grecia: en todas las ciudades hay hombres que venden la libertad de su país; que dan á Filipo los títulos de huésped, hermano, amigo... etc.» *Proceso de la embajada*, § 258.

(2) El nombre del Quersoneso era *Χερσόνησος*, y en dialecto ático, *Χερσόνησος*.

(3) *Sobre los asuntos del Quersoneso*, págs. 44 y 45.

es en él vigilancia y buen sentido. Consideradle como implacable enemigo de todo gobierno libre.»

Este pensamiento es la pesadilla de Demóstenes, y lo manifiesta en la filípica cuarta (1). «Sí, creed que ese hombre quiere nuestro mal, que aborrece todo lo de este país, nuestra ciudad y el suelo en que se eleva, y hasta nuestros dioses; pero sus tiros se dirigen principalmente contra esta democracia, la rodea con sus emboscadas y afánase para destruirla. Forzoso es decirlo: una especie de necesidad le impulsa á ello. Reflexionad: quiere ser el amo, y solamente vosotros le oponéis obstáculo; sabe que nada habrá seguro para él mientras seáis un pueblo libre, y que al primer revés, todo cuanto tiene sujeto entre sus manos se le escapará para venir hacia nosotros.» Y terminaba repitiendo la única proposición que podía salvar á Atenas: la reforma de los abusos y una alianza de toda la Grecia (2).

Su consejo sólo á medias fué seguido: despacháronse varias embajadas, y el impulso que imprimieron á la opinión pública fué bastante enérgico para inducir á Filipo á detenerse. Demóstenes, por su parte, ganaba tiempo, y esto significaba mucho, como él mismo observa, en la lucha de una república contra un monarca (341).

Filipo suspendía sus proyectos en Grecia, porque la atención estaba despierta; pero activábalos hacia Tracia, donde creía hallar más facilidades. Hacia fines del año 341 puso sitio á Selimbria, y poco después á Perinto, plaza más importante aún de la Propóntida. Protegidos por la fuerte posición de su ciudad, que se alzaba en una eminencia que el mar bañaba por ambos lados, los perintios opusieron una tenaz resistencia, á pesar de los 30.000 hombres con que Filipo les rodeaba, de las minas que abría bajo sus murallas y de las torres de 80 codos de altura que sus ingenieros construían, pues la poliorcética iba adquiriendo gran desarrollo. Sin embargo, la defensa aumentaba también sus medios de resistir, y cierto día que los macedonios penetraron en la ciudad por una brecha, fueron rechazados.

Demóstenes seguía todos los movimientos de su enemigo. A los ejércitos del rey opone todavía su palabra, y lo que ha hecho en el Peloponeso lo hará también en la Tracia. Se dirige á Bizancio, á la ciudad más grande de aquellas regiones, y desvaneciéndolo á fuerza de elocuencia una envidia inveterada, reanuda la alianza que la guerra social había roto; Bizancio envía socorros á Perinto, é inquietos los persas al ver á los macedonios tan cerca de Asia, envían á aquella plaza soldados, víveres y dinero, encargándose el ateniense Apolodoro de llevar este auxilio. Atenas sostuvo esta coalición por varias enérgicas operaciones, y mientras Efilto, en-



Supuesta estatua de Foción

(1) Si este discurso es suyo.

(2) El discurso *Sobre los asuntos del Quersoneso* es de 341. La filípica tercera, una de sus más vehementes arengas, fué pronunciada algunos días después.

viado á Susa, avivaba los temores del gran rey, un jefe de Eubea, Carias, fiel á los atenienses, iba á saquear las ciudades del golfo pagasético, á apresar barcos cargados para el rey y á ayudar á Foción, que había desembarcado en Eubea, á expulsar á los macedonios, cuyo objetivo era convertir esta isla en «una fortaleza amenazadora para Atenas.» Foción no era sino la mano que ejecutaba; Demóstenes había hecho votar la expedición, y él era también quien acababa de formar contra el rey una liga en que tomaron parte Eubea, Corcira y casi todas las ciudades ribereñas del golfo de Corinto. En la primavera del año 340 sus diputados fueron á Atenas para concertarse sobre las operaciones que debían emprender y los subsidios que se necesitarían. El pueblo, reconociendo que este buen éxito se debía á su gran orador, otorgó una corona de oro.

Sin embargo, Filipo no avanzaba delante de Perinto; creyendo más fácil tomar Bizancio, dividió sus fuerzas y sitió las dos ciudades á la vez, quejándose al mismo tiempo á Atenas de las últimas hostilidades. Esto era ya demasiado: Bizancio en manos del rey cerraría el camino del Euxino. Filipo, pues, amenazaba secar las fuentes mismas de la vida del pueblo, por lo cual la irritación fué extremada, y Atenas volvió á ser al fin lo que era. Demóstenes mandó derribar la columna en que siete años antes se grabó el tratado de 346 con el «miserable macedonio,» y se armaron ciento veinte galeras montadas por hoplitas atenienses á las órdenes de Foción (1). Estimulados por este acuerdo, los insulares de Chíos, de Rodas y de Cos enviaron también socorros á Bizancio: esta ciudad, situada en la punta de una península triangular, dos de cuyos lados estaban bañados por el mar y el tercero protegido por una fuerte muralla, podía resistir largo tiempo, sobre todo si las potencias marítimas iban en su auxilio y si éste llegaba oportunamente. La probidad de Foción, así como la elocuencia de Demóstenes, hicieron olvidar á los bizantinos sus rencores y recelos contra Atenas. En otro tiempo habían rehusado recibir á Carés y á su flota, pues Atenas los auxiliaba casi á pesar de aquellas ciudades; pero esta vez Foción fué admitido en Bizancio, y Filipo, vencido por Demóstenes, se alejó poseído de cólera (339) (2).

Lo mismo que Megara, Ambracia y Eubea, Bizancio y Perinto se le escapaban; al Este, al Oeste y en el centro, todo eran humillaciones y derrotas, y los que le inferían estas afrentas repetidas eran los vencidos de Egos-Pótamos. ¡Sí, pero también eran los restos de un gran pueblo, conducidos y apoyados por un grande hombre!

Perinto y Bizancio mandaron esculpir un grupo colosal que representaba las dos ciudades ofreciendo al pueblo ateniense una corona, y decretaron que sus diputados fueran á los cuatro grandes juegos de Grecia para proclamar los servicios de Atenas y hacer público su agradecimiento. Sestos, Elionte, Maditos y Alopeconesos enviaron á Atenas una corona de oro, cuyo valor ascendía á 60 talentos, y erigieron un altar consagrado al Agradecimiento y al Pueblo ateniense.

Este fué el último de los hermosos días de Atenas... digo mal, aún debía tener otro, el que siguió á la batalla de Queronea.

Filipo fué á ocultar su despecho lejos de Grecia, y emprendió una expedición contra los escitas establecidos entre el monte Hemos (Balkán) y el Danubio; pero fué batido á su vuelta por los tribalos, que le arrebataron su botín y le hirieron gra-

(1) Para llevar á cabo esta expedición, Demóstenes dispuso que se efectuara una reforma importante, de la cual habla en su discurso *en defensa de la Corona*, § 102-107; ya hice mención de él en la página 165, nota 1.

(2) Foción desalojó también del Quersoneso á las tropas del rey y á sus guarniciones de varias ciudades de la costa.

vemente. Mientras se internaba en el Norte, Esquines sublevaba á todo el consejo anfictiónico contra los locrios de Anfisa, que osaban cultivar algunos espacios de territorio adjudicado al dios de Delfos después de la guerra sagrada. ¿Estaría vendido á Filipo y trataba acaso de preparar una nueva intervención de este príncipe en los asuntos de la Grecia central? Demóstenes lo supuso así, y por lo menos es cierto que sirvió á la vez la causa del extranjero y la del fanatismo. Cuando participó esta noticia á la asamblea ateniense, Demóstenes exclamó: «¡Esquines, traes la guerra al corazón del Atica, una guerra de religión!» En efecto, algún tiempo después el mando de las fuerzas anfictiónicas se confirió de nuevo al rey de Macedonia en virtud del siguiente decreto:

«Siendo Climágoras pontífice en la asamblea de la primavera, los hieromnemonas, los pilagoras y todo el pueblo anfictiónico han decretado lo siguiente: Como los de Anfisa se han repartido la tierra sagrada, la cultivan y apacientan allí sus rebaños, y atendido que al intimarles que se retirasen han rechazado con la fuerza al Consejo general de los griegos y hasta herido á varios hombres, Cotifo, de Arcadia, general de los anfictiones, será enviado como embajador á Filipo de Macedonia para rogarle que socorra á Apolo y á los anfictiones y no abandone al dios ultrajado por esos impíos anfisianos. También le manifestará que todos los griegos que forman parte del consejo anfictiónico le han elegido general, jefe absoluto.» En aquel momento, la Pitia *filipisaba*.

El rey aceptó este deber sagrado, que tan útil le era, y envió un mensaje á sus aliados del Peloponeso para que estuviesen dispuestos á reunirse en la Fócida á fin de proseguir la guerra á principios del mes de boedromión, con víveres para cuarenta días (agosto-septiembre). «Los que no se presenten con todas sus fuerzas, añadirá la carta, serán castigados por nosotros con las penas de que el Consejo nos ha permitido hacer uso.» El mismo Filipo penetró en la Fócida al frente de un ejército, con la aparente intención de bajar por la Dórida hasta Anfisa; pero después de algunas marchas en esta dirección, volvió repentinamente contra Elatea y apoderóse de esta ciudad, desde la cual era fácil penetrar, por el valle de Cefisa, en la Beocia y en el Atica, si algún valeroso ejército no le cerraba el paso. Con griegos libres aún, siempre había que temer alguna resolución desesperada; y los recuerdos de Leuctres y de Maratón imponían la prudencia aun al audaz príncipe á quien tantas veces había favorecido la victoria. Por lo pronto, á fin de asegurar en caso necesario su retirada sobre Tesalia, fortificó Elatea, y para impedir la unión de las dos ciudades, que todavía eran las más grandes potencias militares de Grecia, encargó á Pitón que fuera á llevar á los tebanos palabras de paz, á pesar del secreto resentimiento que había concebido contra lo que él llamaba «insolencia leuctriana» (1), y á pedir á los antiguos rivales de Atenas que le abrieran los pasos que conducían al Atica (339).

Estas terribles noticias llegaron á Atenas de noche, en el momento en que los pritanos hacían su acostumbrada comida. En el mismo instante, las hogueras encendidas en el Acrópolis llamaron á la ciudad á los habitantes de la campiña; la trompeta, resonando por todas las calles, despertó á los ciudadanos, y al despuntar el alba hallábase reunida en el Pnyx una multitud inquieta. Los magistrados hicieron repetir la noticia á uno de los que la habían traído, y cuando hubo hablado, la muchedumbre aterrada permaneció silenciosa, sin que ninguno de los acostumbrados oradores osase tomar la palabra, á pesar de las repetidas invitaciones del heraldado. Al fin la asamblea fijó sus miradas en Demóstenes, que subiendo á la tribu-

(1) ...βουλόμενος τὰ λευκτρικά φρονήματα συστειλαι. (Diodoro, XVI, 58.)

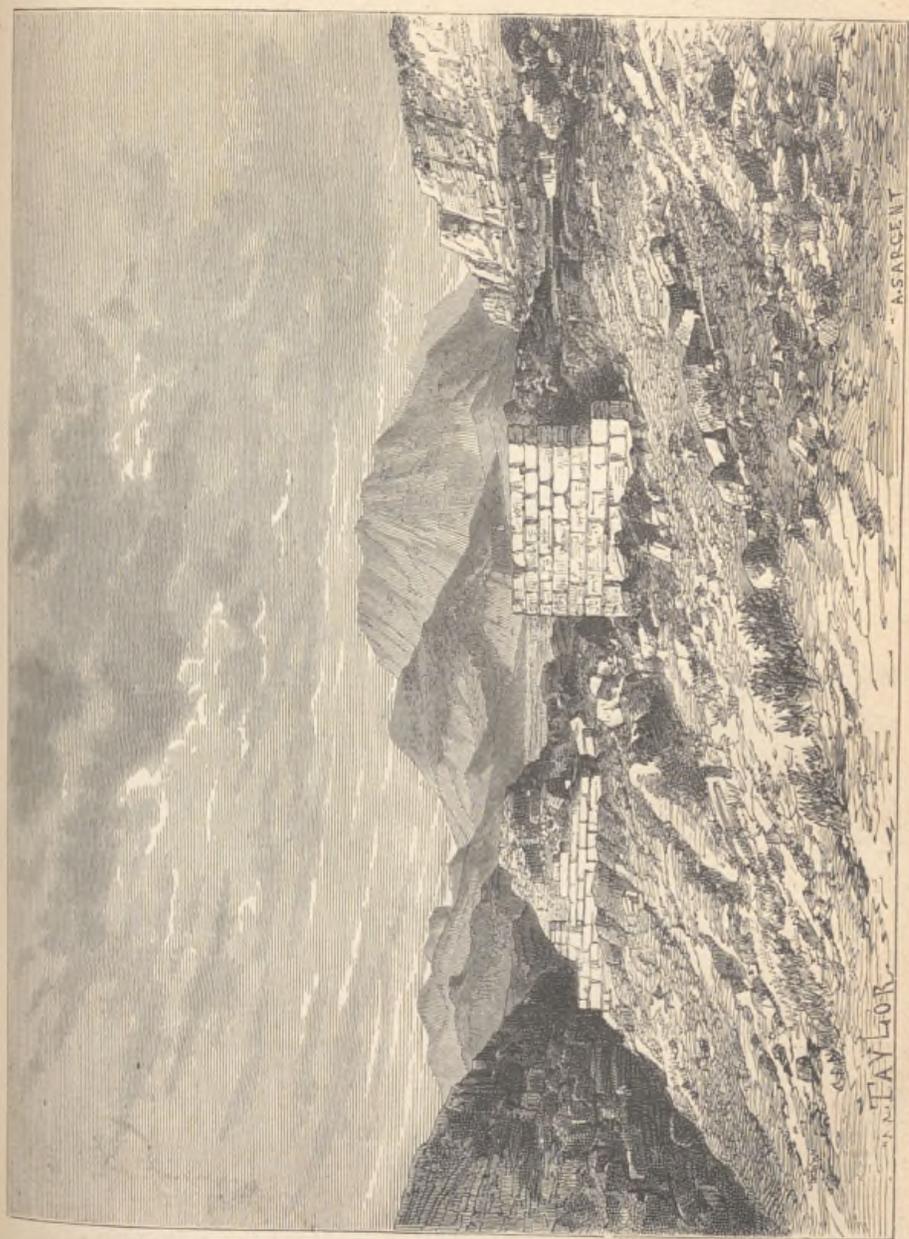
na, exhortó al pueblo á conservar su valor, y propuso un decreto en el cual se consignaban nobles palabras. «Mientras Filipo no atacó más que ciudades bárbaras, extrañas á Grecia, los atenienses pudieron cerrar los ojos ante sus invasiones; mas al ver que pone mano sobre las ciudades griegas, tratando á unas ignominiosamente y destruyendo otras, se considerarían indignos de la gloria de sus antecesores si abandonasen á sus compatriotas, que Filipo pretende someter á la servidumbre. Después de elevar oraciones y ofrecer sacrificios á los dioses protectores de Atenas, el Senado y el pueblo han resuelto armar doscientas naves; el jefe de esta flota la conducirá más allá de las Termópilas y los generales de caballería é infantería marcharán con sus tropas á Eleusis. Además de esto, varios diputados recorrerán toda la Grecia, dirigiéndose ante todo á los tebanos, á quienes Filipo amenaza más de cerca, y les exhortarán á no temerle y á defender su libertad, que es la de todos los griegos. Dirán que si ha existido alguna mala inteligencia entre las dos ciudades, los atenienses la han olvidado ya, y que están dispuestos á socorrer á los tebanos con tropas y dinero. Los griegos pueden disputarse entre sí con honra la preeminencia; pero someterse á la ley de un bárbaro es cosa indigna de su gloria y de la virtud de sus antecesores.»

Al mismo tiempo Demóstenes pidió que se instituyera un comité de salvación pública y que se utilizaran todas las fuerzas de Atenas, que eran considerables, gracias á dos medidas por él propuestas, una de las cuales desterraba un antiguo abuso, pues mandó suspender todas las obras públicas y aplicar á la guerra el dinero á ellas destinado, cuando en otro tiempo habrían sido para el *teoricón* los sobrantes de aquel presupuesto. Además se tenía á mano un ejército ya reunido de diez mil mercenarios.

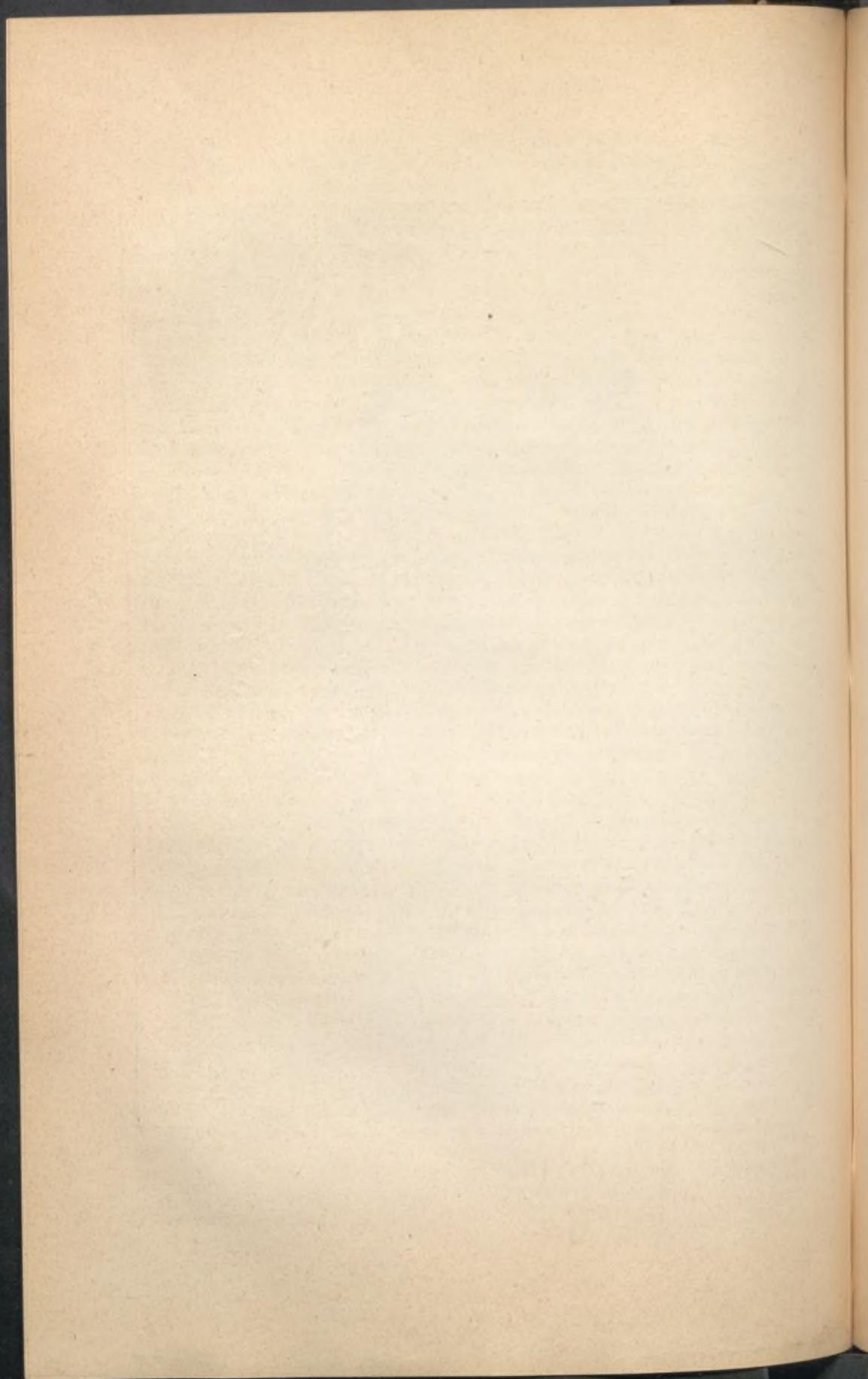
Los diputados partieron apresuradamente: los tebanos tenían resentimientos contra Filipo, que les había tomado Equinos, en el golfo Maliaco, y rehusádoles Nicea, llave de las Termópilas; por todo lo cual su amistad les inquietaba. Los embajadores macedónicos, que estaban ya en la ciudad, recordaban los servicios del rey y la suerte de aquellos que sostenían la guerra contra la autoridad sagrada de los anfictiones; pero Demóstenes, haciendo uso de su poderosa palabra, encendió en los tebanos tan noble ardimiento y envolvió en tan densas tinieblas todas las demás consideraciones, que aquéllos, desechando los temores, la prudencia y hasta el agradecimiento, entregáronse al entusiasmo del deber. Esta obra de elocuencia pareció tan prodigiosa y amenazadora, que Filipo envió en el acto heraldos para pedir la paz; Grecia entera se levantó, con la mirada fija en el porvenir, y no solamente los generales atenienses sino los jefes de Beocia obedecieron las órdenes de Demóstenes, que llegó á ser en Tebas, no menos que en Atenas, el alma de todas las asambleas populares.

Los aliados fueron al principio felices en algunos encuentros parciales; pero una astucia de Filipo, la indisciplina de los mercenarios y tal vez la incapacidad de los jefes, dejaron libres al macedonio los pasos de la Dórida, desde donde pudo marchar sobre Anfisa, que fué tomada y reducida á ruinas. Los sacerdotes de Delfos estaban satisfechos: los sacrílegos habían perecido; pero la libertad griega iba á morir. Aquel descalabro reanimó al partido de la paz en Tebas, y en Atenas elevaron voces pidiendo que se reanudaran las negociaciones; Filipo parecía inclinado á prestarse á ello y Foción aconsejaba en ese sentido. «Cuidado con que los atenienses se enojen,» díjole un día Demóstenes. «Y tú, contestó Foción, guárdate de que vuelvan á la razón.» Pero Atenas estaba con Demóstenes, y á propuesta de Hipérides, votó á su favor una nueva corona de oro (verano de 338).

La acción general se había retardado bastante tiempo para que los espartanos



Ruinas de Daulis y llanura de Quetronca



hubiesen podido levantarse á su vez y correr á este último campo de batalla de la libertad; pero ni siquiera llegaron demasiado tarde, como en Maratón. Salvo algunos hombres de Corinto, y tal vez de la Acaya, Atenas y Tebas quedaron solas. Los griegos tenían muchos jefes, los macedonios uno solo, y esta diferencia bastaría para explicar el resultado. El ejército helénico, muy inferior por el talento de los generales, era al menos igual en número al de Filipo, que contaba 30.000 hombres de infantería y 2.000 caballos. Demóstenes, á pesar de sus 48 años, servía á pie entre los hoplitas. La batalla se libró cerca de Queronea; Alejandro, que entonces tenía 18 años, tomó posición á la cabeza del ala izquierda, opuesta á los tebanos, y Filipo se encargó de la derecha, frente á los atenienses, colocándose los mercenarios en el centro de los dos ejércitos. Alejandro fué el primero en atacar las líneas enemigas, llevado de su impetuoso valor; mientras que Filipo, según dicen, dejó á los atenienses gastar su energía y desbandarse en persecución de los enemigos, cuyas líneas se rompieron al primer choque para caer después desde una altura sobre sus filas desordenadas y hacerles sufrir tremenda derrota. Mil atenienses perecieron y dos mil quedaron prisioneros, entre ellos Démades, y los demás emprendieron la fuga, contándose entre estos últimos Demóstenes (1). Las pérdidas de los tebanos no son conocidas, pero debieron ser considerables; todo el batallón sagrado quedó en el campo de batalla. «No se grabó epitafio alguno en su tumba, dice Pausanias, porque la fortuna los había abandonado; pero sobre ella se colocó un león, en recuerdo de su valor.» (2 agosto 338.)



Alejandro (?) joven (2)

Al recibir la noticia de este desastre, Atenas dió pruebas de una constancia verdaderamente romana. A propuesta de Hipérides se publicó un decreto por el cual, á fin de inducir á los esclavos y metecos á tomar las armas, prometíase á los primeros la libertad y á los segundos el título de ciudadano. El senado de los Quinientos bajó armado al Pireo para atender á los preparativos de defensa; como en tiempo de las guerras médicas, adoptáronse disposiciones para transportar á esta fortaleza las mujeres y los niños; llamóse á los proscriptos y se rehabilitó á los ciudadanos condenados á la *átimia*. Del Tesoro se tomaron cien talentos para reparar las murallas, y pidieronse auxilios voluntarios á los ciudadanos ricos y á los aliados. Demóstenes dió cien minas. Los tímidos intentaban huir; pero un acuerdo de la

(1) No recordaré la ridícula historia de su fuga. Demóstenes no era Leónidas; pero no fué, ni podía ser, el grotesco personaje que se representa. La cobardía no fué nunca celebrada en Atenas, y Demóstenes mereció siempre honores. En Diodoro de Sicilia, principal, pero muy insuficiente historiador de aquel período, se hallará en el libro XVI, páginas 85-86, el relato de aquella batalla.

(2) Mármol de Paros, descubierto en Esmirna (*Gaceta arqueológica*, II, lámina 7). La cabeza está ceñida con la cinta real.

asamblea asimiló la emigración á la traición, y varios fueron ejecutados por aquel culpable abandono de la patria en el momento en que estaba de duelo (1).

De los tres generales atenienses, uno de ellos, Stratocles, sucumbió, según parece, en el campo de batalla; el otro, Carés, pudo escapar, sin que se le acusara; y así, todo el resentimiento de Atenas recayó en el tercero, Lísicles, que sin duda había demostrado su completa ineptitud y que por ello fué condenado á muerte. ¿Era una víctima inmolada á la cólera del pueblo? La incapacidad cuando se desempeñan ciertas funciones y cuando llega á cierto grado, merece un castigo severo. El íntegro Licurgo fué quien le acusó. «¡Tú mandabas el ejército, dijo, y mil ciudadanos han muerto, dos mil han quedado prisioneros, se ha levantado un trofeo contra la república y la Grecia entera está esclava!... Todas estas desgracias han ocurrido mientras conducías nuestros soldados, ¡y osas vivir, osas mirar la luz del sol y presentarte en la plaza pública, tú, monumento de ignominia y de oprobio para la patria!»

Roma pareció más grande después de Cannes, pues salió en masa á recibir á Varrón, porque el interés de la defensa exigía esta magnanimidad. Atenas, por lo menos, no dobló la rodilla ante su vencedor bajo el golpe que la hería. En el mármol de la tumba se grabó la inscripción siguiente: «Nuestros guerreros, defensores de la patria, han empuñado sus armas para el combate; han humillado la insolencia del enemigo, y en su arrojo y ardimiento no han perdonado su vida. Entre ellos y el opresor han tomado á Plutón por árbitro, no queriendo que Grecia quedase sometida al yugo ni sufriera el odioso ultraje de la servidumbre. Han muerto muchos, y la tierra de la patria guarda en su seno sus despojos. Es la suerte que Júpiter impone á los mortales. Para los dioses solamente está reservado vencer siempre y no ser derrotado nunca; ningún mortal puede evitar su destino.» La antigua Envidia de los dioses reaparecía, habilidad oratoria que era buena ante los vencidos, á quienes era preciso salvar de la desesperación (2).

Atenas conservó su confianza á los que habían sostenido su valor. Varias de las medidas propuestas por Hipérides eran contrarias á leyes antiguas, y no faltó algún celoso amigo de Macedonia para acusarle de ilegalidad; pero á tales acusaciones contestó aquél con un discurso en que se hallan estas altivas y enérgicas palabras: «¿Has escrito en el decreto que se diera la libertad á los esclavos? — Sí, para que los hombres libres no se vieran reducidos á la esclavitud.—¿Has pedido que se llame á los proscritos? — Sí, para que nadie se marchara al destierro. — ¿No sabías que semejantes proposiciones estaban prohibidas por la ley? — No, porque las armas de los macedonios me ocultaban el texto de ésta.» Los jueces, tan patriotas como el acusado, rechazaron la acusación.

Atenas no vaciló más en glorificar á Demóstenes: á pesar de los clamores elevados contra el hombre que tanto había contribuído á empeñar aquella guerra desgraciada, los parientes de las víctimas celebraron en su casa el banquete de los funerales y Atenas le invitó á pronunciar la oración fúnebre. «¡No, exclamó el orador, justificándose á la vez á sí propio y á la ciudad, en una explosión de elocuencia, no, atenienses, no habéis sido vencidos al correr á la muerte por la salvación y la libertad de Grecia! No, lo juro por vuestros antecesores muertos en Maratón, en Salamina y Platea.» Y afirmando que el honor está en el deber cumplido, y no en el triunfo, termina con estas breves y viriles palabras: «Nuestros muertos llenaron sus deberes de valerosos ciudadanos; en cuanto á su fortuna, fué la que los dioses les señalaron.»

(1) Esquines, *Discurso sobre la Corona*, pág. 105 (Plougoulm).

(2) Pero ¿es auténtico el epitafio? Algunos sabios lo dudan.

Reservemos un lugar en estos recuerdos á un retórico que fué un día ciudadano, si hemos de dar crédito á cierto relato que tal vez no pase de ser una leyenda: el anciano Isócrates, que aún disfrutaba de salud á pesar de sus noventa y ocho años, se dejó morir de hambre; su eterna ilusión sobre las buenas intenciones de Filipo acababa de desvanecerse, y la realidad le mató (1).

Filipo fué digno de Atenas: cuéntase que en la noche de la jornada de Queronea, cuando celebraba con sus amigos aquella gran victoria, y después del sacrificio á los dioses, unió á la embriaguez del vino la de la alegría (2), y coronado de flores, fué á insultar á los prisioneros. «¡Cómo! le dijo Démades, ¿la fortuna te ha dado la importancia de Agamenón y desempeñas el papel de Thersito!» Recobrando su dignidad al oír esta atrevida lisonja, Filipo holló bajo los pies sus coronas, y volviendo á ser lo que era, el político á la vez generoso y hábil, concedió la libertad sin rescate á todos los prisioneros atenienses, quemó sus muertos y envió honrosamente sus cenizas á Atenas, con una embajada que debía ofrecer además á esa ciudad la paz en condiciones que su situación no le permitía esperar. Podría creerse que el impulso patriótico de los atenienses hacía necesaria esta generosidad. Filipo les dejaba Sciros, Delos, Lemnos, Imbros y Samos, dándoles además Oropos, que había tomado á los tebanos; pero despojábales del Quersoneso, que ponía los estrechos en su poder, permitiéndole amenazar de continuo á aquel pueblo con el hambre, puesto que, dueño de aquel territorio, podía detener los trigos procedentes del Euxino. Pero Atenas tratará muy pronto de preservarse de este riesgo, pidiendo á Italia su provisión de cereales (3). Los tebanos, tratados con mucha más severidad, hubieron de pagar el rescate de sus cautivos y de sus muertos, admitir una guarnición macedónica en la Cadmea, renunciar á toda dominación en la Beocia, donde renacieron Orcomenes, Tespies y Platea, y llamar á sus proscritos, que dueños del gobierno, vengáronse de sus adversarios con el destierro ó la muerte.



Bacante embriagada (4)

En estos dos modos opuestos de tratar á dos pueblos había odio hacia aquella ciudad en otro tiempo salvada por Filipo y ahora hostil á él; hacia ese pesado genio beocio, que no habiendo dado nada á Grecia, nada podía pretender; también había afecto involuntario hacia ese otro pueblo, artista, elocuente é intrépido; hacia esa ciudad, su infatigable enemiga, pero en la cual la gloria era objeto de consagración. ¿Temía Filipo las lentitudes de un prolongado sitio, los peligros de alguna grandiosa desesperación ó las tardanzas que exigiría tan importante empresa? Sin duda pesó

(1) Así se dice, por lo menos, en escritos muy posteriores y sin autoridad, añadiéndose, como prueba de su valor, que vistió luto por Sócrates cuando sus discípulos huían espantados, lo cual era una temeridad muy peligrosa.

(2) Los macedonios eran grandes bebedores. Filipo lo fué, Alejandro lo será también, y un hermano de Pérdicas II mereció el sobrenombre de «el Embudo.»

(3) En 329, cuando el Egipto y todo el litoral del Asia occidental estuvieron en poder de los macedonios, Atenas estableció en la costa del Picenum una estación naval, con barcos mercantes y galeras de combate para proteger su comercio contra los piratas tirrenos. Véase tomo II, página 139, y la *Historia de los Romanos*.

(4) Bacante ebria, bailando, con el tirso en la mano derecha, una cántara en la izquierda y en el brazo una piel de pantera; á sus pies un vaso caído.—Piedra grabada del Gabinete de Francia, sardónica de dos capas, de 36 cent. de altura por 28 de ancho; Chabouillet, *Catálogo*, número 1648.

todo esto en su mente, y comprendió qué Atenas, con su flota intacta, no estaba á su merced, y acaso podría servirle. Pero miremos la cuestión por su lado mejor: era todopoderoso y mostró generosidad; de modo que después de Queronea, Demóstenes pudo decir á los atenienses: «En el hecho de haber abrazado el partido más honroso y hallaros en mejor situación que aquellos que creían asegurar su felicidad vendiéndonos, reconozco vuestra feliz fortuna.»

La gran empresa que Filipo trataba de acometer ahora no era nada menos que la conquista de Persia. Desde Queronea se trasladó á Corinto, donde convocó á los diputados de Grecia. Todos se presentaron, excepto los de Lacedemonia, que se mantuvieron en un arriesgado pero honroso aislamiento, y una vez reunidos expusieron sus proyectos y pidió su concurso. Entre los Estados griegos y Macedonia se concertó una alianza ofensiva y defensiva para el mantenimiento de la paz interior y la guerra contra Persia; acordáronse los contingentes y los subsidios de cada ciudad, señalóse la pena de destierro y confiscación de bienes contra todo heleno que entrara al servicio del gran rey, y se nombró á Filipo generalísimo de las fuerzas helénicas, para vengar los antiguos agravios inferidos á Grecia y conquistar el país del oro. En caso de diferencias sobre las cláusulas de la alianza, el consejo anfictiónico resolvería, y ya se recordará que el generalísimo era el presidente de este consejo; la trama estaba bien urdida. Sin embargo, esta nueva confederación del cuerpo helénico, de la que el rey de Macedonia iba á ser la cabeza (1), descansaba al parecer en justas bases. Los griegos quedaban libres, conservando sus leyes, sus propiedades y rentas; pero otro iba á pensar y obrar por ellos. Roma adoptará de nuevo más tarde este sistema contra los últimos herederos de Alejandro, y serviles aclamaciones saludarán á Flaminio, proclamando en aquella misma ciudad de Corinto la libertad helénica, el día mismo en que esta libertad se habrá perdido definitivamente para veinte siglos. Antes de volver á Macedonia, Filipo quiso dar pruebas de su poder en el Peloponeso y humillar á los espartanos, y á este fin asoló la Laconia y ensanchó á sus expensas los territorios de Mesenia, de Megalópolis, de Tegea y de Argos. No le fué necesario ir al Oeste, pues los acarnanios expulsaron de por sí á sus enemigos, y Ambracia recibió una guarnición macedónica, como la tenían ya Tebas, Calcis y Corinto: estas guarniciones eran las trabas de Grecia. Bizancio solicitó también su alianza (338); de modo que la entrada de Asia quedó abierta para Filipo al mismo tiempo que la Grecia se le sometía, y el rey pudo creer que esta sumisión era de buena fe, pues el servilismo se manifestaba hasta en la ciudad de Demóstenes: Atenas dió su derecho de ciudadanía á Filipo, á su hijo Alejandro, á dos de sus generales, Antipáter y Parmenión (2), y erigió en su plaza pública una estatua al rey de Macedonia con la inscripción: «¡Al bienhechor de la patria!»

El año siguiente se pasó en cuestiones intestinas y en preparativos. Filipo envió un cuerpo de ejército al Asia, á las órdenes de Parmenión y Attalo; y entonces fué sin duda cuando comenzaron las relaciones de Persia con Demóstenes.

(1) Las condiciones de aquella alianza son conocidas por el discurso *Περὶ τῶν πρὸς Ἀλεξάνδρον συνθηκῶν*, que se atribuyó á Demóstenes, pero que los antiguos no admitían entre sus obras. Véase también Diodoro, XVI, 89, XVII, 45, y Justino, quien dice (IX, 5) que en el congreso de Corinto se le prometieron 200.000 infantes y 15.000 caballos. Aquí se observa un error craso, que se ha repetido muy á menudo. Si hay exactitud en estas cifras, no son las de los auxiliares prometidos, sino el total de hombres que tenían la edad para el servicio militar. Por este cálculo, Francia tendría ocho ó nueve millones de combatientes. Se calculó sin duda la población militar de cada ciudad para determinar después el contingente que á cada una correspondía.

(2) Eran jefes de dos de las más poderosas familias de Macedonia. Al hablar de Antipáter, el rey solía decir: «¡He dormido tranquilo, porque Antipáter velaba!» Plutarco, *Apoftegma*, 27.

El gran orador no había esperado el oro del bárbaro para decidirse sobre la política que debía seguir; no vendió su elocuencia ni su patriotismo, mas al ofrecérsele un medio de ayudar su causa, que era la de Atenas y de Grecia, aceptó. Persia no era de temer ya, pero la Macedonia sí, y mucho; y los subsidios de la una sirvieron contra la otra, como en nuestros tiempos el oro inglés sirvió contra Napoleón. Si Francia, que tanto ha sufrido por consecuencia de él, tiene derecho para juzgar ese medio de guerra poco honroso, nadie le tiene al menos de acusar á Demóstenes de venalidad. Casi terminados ya los preparativos de Filipo, éste consultó á la Pitia sobre el éxito de la expedición, y el oráculo respondió: «La víctima está coronada, el altar dispuesto y el sacrificador espera.» Por esta contes-



Hipnos (1)

tación, el rey creyó segura la ruina de los persas; pero aquel día la Pitia no *filipi* saba, pues él mismo era la víctima designada.

Con fiestas magníficas, espléndidos festines, juegos y certámenes, á los cuales invitó á todos sus amigos griegos, Filipo celebró á la vez su próxima marcha y el casamiento de su hija Cleopatra con Alejandro, rey de Epiro, su cuñado. Numeroso concurso acudió de todas partes á la ciudad de Egeas, en Macedonia, y durante el banquete real un célebre trágico recitó, á invitación del rey, unos versos que decían: «Tú, cuya alma está más alta que la zona etérea, y que con orgullo miras la inmensa extensión de tus dominios; tú, que construyes palacio sobre palacio, creyendo que tu vida no acabará, ve aquí la muerte que con rápido paso se aproxima y que sumirá en las tinieblas tus obras y tus esperanzas.» Y Filipo aplaudía, viendo en aquellos versos, en vez de su sentencia, la suerte de que creía amenazada á Persia.

En medio de aquellas fiestas, los ricos convidados y las principales ciudades ofrecieron al rey coronas de oro, y hasta Atenas envió una con este decreto: «Si cualquiera conspira contra la vida de Filipo y viene á buscar refugio en Atenas, será entregado al rey.» Terminado el banquete, la multitud corrió al teatro; era aún de noche, y apenas rayó la aurora vióse avanzar una procesión con religiosa

(1) Cabeza de bronce, descubierta en los alrededores de Perusa y conservada hoy día en el museo Británico (según Murray, *Historia de la escultura griega*, tomo II, lám. 21; el ala izquierda está restaurada). El nombre está justificado por una estatua de mármol que se conserva en el museo de Madrid, en la cual se representa al dios con la cabeza inclinada, teniendo en la mano izquierda una amapola y en la derecha un cuerno, con el que vierte el sueño. También se confirma con numerosas y pequeñas estatuas.

pompa: eran las imágenes de los doce grandes dioses, trabajadas por los más hábiles artistas y engalanadas con los más ricos adornos; en último término iba otra estatua, la del rey, sentada en un trono como las de los dioses, á los cuales se le igualaba en categoría, y en actitud de asistir á su consejo. Cuando Filipo llegó, vestido de blanco, ordenó á sus guardias que se mantuvieran á cierta distancia, para demostrar á todos que se fiaba de la estimación de los griegos; pero casi en el mismo instante un asesino, oculto entre los bastidores del teatro y que llevaba una espada celta bajo su traje, precipitase por detrás del rey, le hiere entre las costillas y tiéndele muerto á sus pies: Filipo contaba sólo cuarenta y siete años. El asesino era un noble macedonio, Pausanias, que poco antes le había pedido en vano justicia de un ultraje. Según otros, era instrumento de los persas ó de los atenienses, y no ha faltado quien ha lanzado una acusación sobre Olimpías.

Con frecuencia resentida por las atenciones que su esposo dispensaba á heterias griegas ó á bailarinas tesalias, Olimpías se creyó gravemente injuriada cuando en 337, según la costumbre oriental de la poligamia que comenzaba á introducirse en Grecia, Filipo se casó con Cleopatra, sobrina de Attalo, uno de sus generales, celebrando sus nuevas bodas con regia pompa. Como la desposada pertenecía á una gran familia de Macedonia, su matrimonio hizo concebir esperanzas políticas, que hasta se manifestaron en medio del festín, cuando Attalo, enardecido por la bebida, exclamó: «¡Macedonios, rogad á los dioses que concedan la fecundidad al seno de nuestra soberana y al reino un heredero!» «¿Me tomas por un bastardo?» replicó Alejandro, arrojándole á la cabeza la copa en que bebía. Filipo, medio embriagado, tiró de la espada y precipitóse contra su hijo; pero como sus piernas vacilaban, cayó; entonces Alejandro exclamó, mostrándole á sus amigos: «¡Quiere ir desde Europa al Asia y ni aun puede arrastrarse de una mesa á otra!» Olimpías se refugió al lado de su hermano, el rey de Epiro, y su hijo marchó á Iliria, de donde volvió cuando su padre, interesado en no dejar tras sí una amenaza de guerra, se reconcilió con el epirota, aceptándole por yerno. Las sospechas de complicidad con el asesino se extendieron á Olimpías y á Alejandro: no sería de extrañar que la madre, en quien fermentaba una savia bárbara, buscase en un crimen su propia venganza y la salvación de su hijo (1); pero Alejandro, capaz de ordenar asesinatos políticos y hasta de matar por su propia mano á un amigo en un acceso de cólera, no lo era para preparar lentamente un parricidio.

## CAPITULO XXXII

### ALEJANDRO (336-323) (2)

#### I. — ALEJANDRO Y ARISTÓTELES. — DESTRUCCIÓN DE TEBAS (333)

Alejandro no podía escapar de los forjadores de leyendas. «Cuéntase que Filipo, hallándose en Samotracia en su primera juventud, fué allí iniciado en los misterios con Olimpías, entonces niña y huérfana de padre y madre; enamoróse de ella, y

(1) Según Diodoro (XVII, 2), poco tiempo antes del asesinato, Filipo había tenido de su segundo matrimonio un hijo, cuyos derechos podrían oponerse un día á los de Alejandro, y por eso Olimpías mandó darle muerte, según veremos más adelante.

(2) Para este capítulo véase Arriano (*Anabasis*), Diodoro, Plutarco (*Vida de Alejandro*), Justino y hasta Quinto Curcio, que es preciso leer, aunque con precaución, como también Diodoro,

más tarde, obtenido el consentimiento de Arymbas, hermano de esta princesa, lo tomó por esposa. La noche anterior á la de su entrada en la cámara nupcial, Olimpias soñó que, después de haber resonado un trueno, cayó sobre ella un rayo y produjo un gran fuego, que dividiéndose en varias llamas, desvaneciéndose prontamente.» Este prodigio sería la imagen exacta de la vida de Alejandro, de aquel poder que debía elevarse con tanta rapidez, deslumbrar al mundo y desvanecerse luego. Decíase, pues, que Júpiter era el verdadero padre de Alejandro, que ya descendía de los dioses y de los héroes, de Hércules, por Caranos, y de Aquiles, por Olimpias (1). Vino al mundo el 29 de julio del año 356, el día mismo en que Eróstrato quemó en Efeso el templo de Diana.

Alejandro tenía lo que los griegos consideraban como un don de los dioses, es decir, la belleza: sus ojos eran límpidos y de dulce expresión, su cutis muy blanco, é inclinaba ligeramente la cabeza sobre el hombro izquierdo. Los grandes rasgos de su carácter se manifestaron desde la infancia en las más ligeras cosas. Aún estaba en manos de su primer preceptor, Leónidas, que le educaba en las severas costumbres de los espartanos, cuando cierto día, al ofrecer sacrificio á los dioses, arrojó el incienso á puñados. «Para hacer semejantes ofrendas, djóle el parsimonioso mentor, esperad hasta que poseáis el país donde se produce el incienso.» Más tarde, dueño ya del Asia, Alejandro envió á Leónidas el peso de cien talentos en aromas, invitándole á no ser nunca tacaño con los dioses.

Cuando fué llevado á la corte el caballo Bucéfalo, que él solo consiguió domar, maravilló á los que fueron testigos de su audacia, y Filipo, cogiéndole entre sus brazos, exclamó: «¡Busca otro reino, oh hijo mío, pues el que yo poseo no es bastante grande para ti!» Era mucho decir, tratando del simple hecho de haber domado un caballo, suponiendo que la escena sea auténtica; pero no cabe duda de que Alejandro reveló muy pronto las disposiciones heroicas de su alma impetuosa, disposiciones que desarrolló otro preceptor, el acarnanio Lisímaco, quien inspiró á su discípulo la afición á Homero, y que comparaba á Filipo con Peleo y á Alejandro con Aquiles. Este último fué el modelo de aquel que debía dejar muy atrás al héroe de la bravura. Como Aquiles, Alejandro se distinguía en la carrera y en los ejercicios físicos; y cuando se le preguntó si disputaría el premio en Olimpia, contestó: «Sí, siempre que por rivales encuentre allí reyes.» Como Aquiles también, tocaba la lira y todos los demás instrumentos, excepto la flauta; sabía de memoria la *Iliada* y una parte de la *Odisea*, y Píndaro y Estesícoro eran, con Homero, sus poetas favoritos. La música ejercía en él poderosa influencia; cierto día, oyendo cantar con acompañamiento de música un himno guerrero, dió un salto y echó mano á sus armas (3).



Alejandro,  
hijo de Júpiter (2)

para completar á Arriano, que solamente se sirvió de obras macedónicas, mientras que esos otros dos tomaron también sus datos en fuentes griegas.

(1) Sobre la leyenda relativa á Júpiter y á la serpiente, véase Luciano, *Αλέξανδρος*, 7, que la explica por la costumbre de los habitantes de Pella de tener gran número de serpientes domesticadas, costumbre observada aún en su tiempo.

(2) Alejandro el Grande divinizado; tiene la cabeza ceñida con la diadema real y la frente adornada con el cuerno de carnero, que le caracteriza como hijo de Júpiter Ammón. (Sardónica de tres capas, de 33 milímetros de altura por 31 de ancho; camafeo del Gabinete de Francia, *Catálogo*, núm. 154.)

(3) Plutarco, *La fortuna de Alejandro*, tomo II, pág. 2.

Tuvo otro maestro ilustre, Aristóteles. El más sabio y profundo de los filósofos de la antigüedad no tuvo inconveniente en encargarse de la educación del hijo de un rey. Había estudiado todas las formas de gobierno y admitíalas todas cuando estaban de acuerdo con las circunstancias de tiempo y de lugar; pero en cuanto á la Grecia de su época, creía que las constituciones republicanas desorganizaban el Estado, dejando demasiada libertad á los partidos; y que la tiranía, resultado del favor popular, estaba siempre expuesta á degenerar en violencia; mientras que la monarquía, fundada sobre un antiguo derecho hereditario, era capaz de mantener la justicia, reprimir la insolencia y garantizar la seguridad de bienes y personas.

Aristóteles no necesitaba, pues, ser atraído á la causa de la monarquía, mas era preciso hacer del príncipe un hombre, cultivando en su espíritu las disposiciones formales, de que no carecía. Niño aún, Alejandro había admirado á los embajadores persas interrogándoles sobre los caminos, las distancias y las fuerzas del imperio del gran rey. Aristóteles, según dicen, le enseñó muchas ciencias, la política, la moral, y hasta la elocuencia, que no se aprende, pero que admite reglas. Médico, como su padre Nicomacos, comunicóle la afición á la medicina, tanto que Alejandro practicó este arte algunas veces en sus amigos y en sus soldados, aunque no supo aprovechar estos conocimientos para sí propio. Añádese que Aristóteles le inició en sus más profundas especulaciones, y que cuando supo que acababa de publicarlas, Alejandro, deseoso de ser superior en todo á los demás hombres, se quejó de que no hubiera reservado para ellos solamente los misterios de la ciencia.

No sé lo que Aristóteles enseñó á su real discípulo, pues Alejandro no recibió sus lecciones más de tres ó cuatro años, y le abandonó antes de cumplir diez y siete (1); pero de lo que estoy seguro es de que el filósofo desarrolló y elevó su espíritu, abriéndole horizontes inmensos, que aumentaron en él la sed de las grandes cosas, así en la paz como en la guerra. El filósofo que se proponía saberlo y regularlo todo, fué digno maestro del rey que quiso conquistarlo todo para renovarlo. No obstante, cuando veremos á Alejandro concebir tan altos y liberales pensamientos para ordenar su imperio, recordaremos cuál era para Aristóteles el ideal de un Estado: un reducido número de ciudadanos servidos por esclavos. Sobre este punto, el discípulo es más grande que el maestro.

Cuando Filipo murió, en 336, Alejandro contaba apenas veinte años; pero ya había dado relevantes pruebas de lo que valía: regente del reino cuatro años antes, mientras su padre sitiaba las ciudades de Perinto y de Bizancio, había vencido á las tribus tracias insurrectas y en Queronea se había hecho notar por su valor. Las circunstancias de su advenimiento al trono eran de las más difíciles: en el interior y el exterior, todo el edificio levantado por su padre vacilaba; pero Alejandro tenía en su favor á los soldados, seducidos por su valor, y al pueblo conquistado por sus larguezas, y además de todo esto, su genio (2).

Su primera diligencia fué desembarazarse de los cómplices de Pausanias, verdaderos ó supuestos. También se envolvió en una intriga á Amintas, aquel hijo de Pérdicas á quien Filipo arrebató su corona, y fué sentenciado á muerte. Apenas caído Filipo, Olimpias vengó sus propios agravios en Cleopatra y en el hijo de ésta:

(1) Sobre lo que Aristóteles enseñó á Alejandro, véase Plutarco, *Alejandro*, 9, y lo que hemos dicho en este tomo, pág. 117. Aristóteles no abandonó Macedonia hasta el año 335, de modo que pudo ejercer cinco años más su influencia sobre el espíritu de Alejandro.

(2) Según Justino (XI, 1), concedió á los macedonios la exención de todas las cargas é impuestos excepto el servicio militar. Esto es imposible: tal vez se deba entender los impuestos del año corriente.

mató á la criatura en los brazos de su madre y obligó á ésta á ahorcarse con su propio cinturón. El tío de Cleopatra mandaba un cuerpo macedónico en Asia, y Alejandro no esperó más que una ocasión favorable para librarse también de él. Estas ejecuciones eran garantías para el nuevo rey, pero varias de ellas fueron atrocidades injusticias, y por este concepto Alejandro olvidará algunas veces lo que es y sólo se verá en él un rey bárbaro.

No obstante, Grecia se agitaba. Atenas y en ella Demóstenes habían dado la señal. El gran orador estaba de luto por su hija, muerta hacía siete días, cuando un correo secreto le anunció la muerte de Filipo; en el mismo instante viste su traje blanco, se corona de flores y corre en busca de los Quinientos para anunciarles que los dioses le han revelado por un sueño la muerte del macedonio. Muy pronto confirmase la noticia, y á pesar de Foción, Demóstenes pide que se otorgue una corona al asesino. Con esto hacía á la vez dos cosas malas: apelaba á una astucia inútil é infería una ofensa á la moral pública; pero añadamos, en primer lugar, que el relato del supuesto sueño es de Esquines, un enemigo, y por consiguiente sospechoso (1), y en segundo lugar es preciso reconocer que al manifestar la alegría que aquel asesinato le causaba, Demóstenes no ofendía la moral de su época, ni la de toda la antigüedad, que honraba á Harmodios y á Timoleón como héroes y que no temía decir por boca del sabio Polibio: «El asesinato de un tirano es un título de gloria (2).»

Algunos emisarios parten al punto de Atenas, y Demóstenes prodiga el oro persa y excita á la insurrección. Argos, la Arcadia y Elida rechazan la supremacía macedónica; Tebas derriba su gobierno oligárquico y ataca la Cadmea, donde aún estaba la guarnición que Filipo dejó en ella; Esparta sale de su inmovilidad y busca aliados; los etolios ofrecen auxilios á los proscritos de los acarnanios; los ambraciotas expulsan á las guarniciones macedónicas y Demóstenes, en fin, negocia la rebelión del general que mandaba el ejército enviado por Filipo al Asia.

En medio de aquella efervescencia, Alejandro se presenta seguido de un formidable ejército y lo desconcierta todo con su rapidez. Después de ganarse la voluntad de los tesalios, convoca en las Termópilas á los anfíctones, que reconocen su supremacía, promete á los ambraciotas la autonomía y aparece de improviso ante los muros de Tebas, que enmudece de espanto. Atenas le envía embajadores, entre los cuales va Demóstenes, que bien fuese por temor ó por pudor no avanzó según parece más allá del Citerón (4), y le vota dos coronas de oro, una más que á Pausanias. Por último, Alejandro convocó en Corinto á la asamblea general de la Hé-



Alejandro (3)

(1) Esquines, *Contra Cleisifón*, págs. 77-78.

(2) II, 56, 15: 'Ο δὲ τὸν... τύραννον τιμῶν καὶ προεδρίας τυγχάνει παρα πάντων. En el año 359 Atenas había otorgado el derecho de ciudadanía y una corona de oro á los dos asesinos del rey de Tracia, Cotys, por haber dado muerte á un tirano. Véase Demóstenes, *Contra Aristócrates*, pág. 119.

(3) Cabeza de bronce existente en el museo Británico.

(4) Esta comisión de Demóstenes es poco probable.

lade, incluso á los espartanos, que contestaron con más dignidad que prudencia: «Nuestra costumbre es conducir á los demás y no seguirlos.» Sin duda Alejandro sonrió al oír estas teatrales palabras; pero Esparta no era más que un recuerdo, y quiso respetarlo, á fin de no distraerse un solo instante de su gran empresa. La asamblea le nombró jefe supremo de los griegos en la guerra contra los persas. En cuanto á Attalo, había mandado asesinarle (336).

Un hombre, sin embargo, asombró al joven victorioso. Cuéntase que en Corinto Alejandro fué á ver á Diógenes en su tonel. «¿Qué quieres de mí? — preguntó al filósofo. — ¡Que no me tapes el sol!» Al oír lo cual, parece que el príncipe dijo á los que le acompañaban: «Si yo no fuera Alejandro, quisiera ser Diógenes.» No es probable que dijera esto, pero lo cierto es que solamente hay dos medios de hacerse superior á la fortuna: por el desdén ó por la fuerza, y el primero es el más seguro (1).

Puesto que tratamos de frases históricas, que tal vez no lo fueron nunca, añadamos que Alejandro, llegado á Delfos en una época del año en que el dios del sol se alejaba de su templo, oscurecido por el invierno, quiso consultar al oráculo á pesar de la ausencia de Apolo; y como la Pitia rehusase, cogióla y la conducía por fuerza al antro profético, cuando aquélla exclamó: «¡Oh hijo mío, eres irresistible!» Al oír estas palabras, Alejandro se detiene, porque había recibido la contestación que deseaba.

Los griegos tenían demasiado talento para no comunicar un poco de él á aquellos á quienes hacían hablar. No garantizo la autenticidad de todas las palabras de efecto que pusieron en boca de Filipo, de Alejandro y de tantos otros. Los griegos gustaban de echar estas flores ligeras en medio de la gran historia, para atenuar la severidad de la misma, y lo han conseguido.

En pocas semanas, Alejandro había pacificado todo lo que se proponía al Sur de su imperio; pero al Norte, los pueblos bárbaros se agitaban. Allí se encaminó apresuradamente, llegó en diez días al pié del Hemos (Balkán), franqueó este monte no obstante la resistencia de los tracios independientes, y batió por completo á los tribalos, cuyos restos huyeron á la isla de Peucé, en el Danubio, de donde no pudo desalojarlos á pesar de algunas naves llegadas de Bizancio. Pasó audazmente el gran río y destruyó una ciudad de los getas, que retrocedieron espantados hasta la profundidad de sus desiertos; pero solamente permaneció un día en la orilla izquierda, tiempo, sin embargo, suficiente para que el rumor de esta hazaña hiciera temer sus armas, y recibió embajadas de varios pueblos de aquellas regiones, incluso los celtas, vecinos del golfo Adriático. «¿Qué teméis? — preguntó el joven conquistador, que esperaba le tributasen un homenaje por su intrepidez. — Que el cielo caiga, — contestaron. — Los celtas son altivos,» replicó Alejandro. Y dándoles el título de aliados y amigos, alejóse de las orillas del Danubio, donde había hecho respetar su nombre.

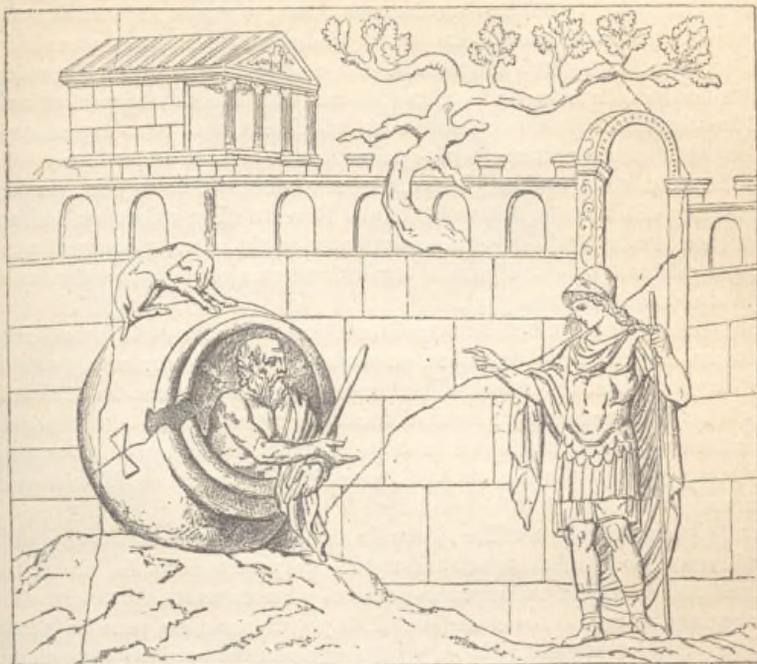
Después marchó por el Oeste al país de los ilirios, tribus valerosas, pero bárbaras, que sacrificaron antes del combate tres jóvenes, tres doncellas y tres carneros negros.

Alejandro acababa de dar la vuelta por sus Estados, batiendo á su paso á los pueblos vecinos, cuando de pronto recibe la noticia de que, por haber circulado el falso rumor de su muerte entre los bárbaros, los proscriptos habían vuelto á Tebas,

(1) Véase Bayle, *Diccionario filosófico*, art. *Diógenes*. El filósofo no era el único que vivía en semejante morada; algunos desterrados y mendigos se albergaban en iguales viviendas, proporcionándose así un alojamiento barato.

sorprendiendo y asesinando allí á uno de los jefes de la guarnición macedónica; pero que la Cadmea resistía aún.

En trece días llega á Beocia con treinta y tres mil hombres; los focidios y los habitantes de Tespias, de Orcomenes y de Platea, enemigos hereditarios de la gran ciudad beocia, que los había tratado tan duramente, habían acudido presurosos en busca del botín. «Demóstenes me llamaba niño cuando estaba con los tribalos, dijo Alejandro, y joven cuando llegué á Tesalia; yo le probaré ante las murallas de Atenas que soy hombre.» Sin embargo, procuró evitar la efusión de sangre, dejan-



Alejandro y Diógenes (1)

do á los tebanos el tiempo necesario para que volvieran á someterse; pero contestaron con una proclama en que llamaban á sí á «todo hombre que quisiera, con ayuda del gran rey, trabajar para devolver la libertad á los griegos y derribar al tirano de la patria.» Aunque no habían recibido los refuerzos que Atenas votó á propuesta de Demóstenes, ni los de la Elida y de la Arcadia, que se detuvieron en el istmo de Corinto, presentaron la batalla á los macedonios delante de sus murallas. La lucha fué encarnizada y largo tiempo indecisa; pero como Alejandro viese una poterna sin defensores, lanzó por allí á Pérdicas al frente de una tropa escogida. A la vista de su ciudad abierta al enemigo, los tebanos volvieron á entrar en ella precipitadamente; pero la guarnición de Cadmea hizo una salida y fueron envueltos. Ya no era necesario combatir para vencer, ni tampoco para salvarse; pero cuando menos, los tebanos murieron como hombres de corazón; ninguno pedía cuartel, y todo el día duró la matanza: más de seis mil perecieron en aquella ocasión y treinta mil quedaron prisioneros.

(1) Alto relieve en mármol, conservado en la quinta Albani (según Zoega, *Bassirilievi antichi di Roma*, tomo I, tab. 30). La escena ocurre cerca de una de las puertas de Corinto.

Tebas iba á sufrir la suerte que en otro tiempo impuso á Platea y que había pedido para Atenas, pues no tenía ningún grande y noble recuerdo que pudiera salvarla; y en el consejo de los aliados sólo se hizo mención de uno, el de que en otro tiempo se había lanzado sobre ella el anatema de la Grecia por su impía alianza con Jerjes. En su consecuencia dictóse el siguiente decreto: «La ciudad de Tebas será destruída hasta sus cimientos; los prisioneros serán vendidos en pública subasta, los fugitivos detenidos donde se les encuentre, y ningún griego podrá recibir á un tebano bajo su techo. Se reedificarán Orcomenes y Platea.» En virtud de este decreto, dictado por un odio secular más bien que por la reciente victoria, Alejandro mandó arrasarlo la ciudad, excepto la Cadmea, donde puso guarnición, y la casa de Píndaro, cuyo genio simpatizaba con el suyo. Dejó libres á los sacerdotes, á los que tenían relaciones de hospitalidad con sus macedonios y á una noble tebana, Timocleya, ultrajada por uno de sus oficiales. Como éste exigiera de nuevo que le revelase el lugar donde tenía ocultos sus tesoros, la mujer le condujo á un pozo, diciéndole: «Ahí están;» y cuando el macedonio hubo bajado, matóle á pedradas. El rey dió la razón á la noble dama. El resto de la población fué vendido públicamente, produciendo la venta 400 talentos de plata (2.495,000 pesetas, ó sean sólo 83 por cabeza) (1). Por último, el territorio tebano se repartió entre los aliados de Alejandro (otoño del año 335).

Así quedaba destruída una de las más antiguas ciudades de la Hélade: remotas leyendas, tan caras al genio helénico, no tenían ya donde refugiarse, y ciertos dioses perdían también sus acostumbrados honores. Era una mutilación de Grecia, que entristecía los corazones é inquietaba el ánimo de aquellos que tenían el enojo de las divinidades; y he aquí por qué, menos de treinta años después, Casandro, uno de los sucesores de Alejandro, volverá á reedificar la ciudad de Dionisio y de los Labdácidas.

Por el pronto, aquella terrible ejecución infundió espanto á Grecia, y de todas partes afluyeron las pruebas de sumisión y de arrepentimiento. La misma Atenas envió á felicitar al conquistador por su regreso, y en respuesta, Alejandro pidió que se le entregaran nueve de sus enemigos. Esta proscripción era para los patriotas á quienes se refería un título de gloria, y bien merecen sus nombres ser conservados: fueron Demóstenes, Licurgo, Hipérides, Poliuto, Carés, Caridemos, Efiates, Diotimos y Merocles. Los atenienses vacilaron ante aquella infamia y Demóstenes les refirió la fábula del lobo que pedía á las ovejas que le entregasen los perros que las defendían. El honrado Foción exhortaba á las víctimas á sacrificarse por la salvación pública, y bien puede asegurarse que él hubiera hecho sin vacilar lo que á los otros aconsejaba. La circunstancia era grave: Alejandro en un principio no había exigido más á los tebanos. Atenas se resistió y Démades propuso un decreto hábilmente redactado, que expresando la resolución de no entregar á los oradores, prometía castigarlos con todo el rigor de las leyes si se les juzgaba culpables. El mismo Démades se encargó de persuadir á Alejandro de que lo aceptara. El momento de cólera había pasado ya, y como el rey reflexionara que se había vertido ya suficiente sangre en Tebas, Démades consiguió su objeto, hasta el punto de obtener también para Atenas el permiso de recibir algunos tebanos fugitivos. No obstante, Efiates y Caridemos, los dos jefes militares del partido, hubieron de expatriarse. Alejandro encontrará al primero en Asia, en Halicarnaso, donde el proscrito detendrá un momento al conquistador en su gloriosa carrera.

(1) Justino dice, sin embargo (XI, 4), que las pujas fueron subidas, porque *pretium non ex ementium commodo, sed ex inimicorum odio extenditur*.

Bien seguro de Grecia para lo sucesivo, Alejandro regresó á Macedonia, donde reunió el consejo de los jefes de su ejército para consultarles sobre la expedición al Asia, ó más bien para exponer sus proyectos y planes. A todos entusiasmó con sus discursos, y habiéndose acordado la guerra, ofreció magníficos sacrificios á los dioses en la ciudad de Dion y en la de Egeas, celebrando allí juegos escénicos en



1. Didracma



2. Dracma



3. Semidracma



4. Dióbolo



5. Obolo



6. Moneda de bronce

## Monedas de Alejandro (1)

honor de Júpiter y de las musas, según los ritos instituidos antiguamente por Arquelao. Espléndidos banquetes en obsequio de los generales macedonios y de los enviados de Grecia, y fiestas magníficas á todo el ejército, precedieron á la marcha de la expedición y á las prolongadas fatigas de que todos iban á participar.

Pero estamos en Macedonia: la política de Oriente, que tan poco aprecio hace de la vida, es la predominante; debemos, por consiguiente, dar á conocer otra pre-

(1) 1. Cabeza laureada de Zeo, mirando á la derecha. En el reverso: ΑΛΕΞΑΝΔΡΟΥ. Aguila de pie sobre un rayo; en el campo, una maza y una proa de nave (didracma). Esta moneda está acuñada también con el tipo y por el sistema de las piezas de Filipo II, y es de principios del reinado de Alejandro. - 2. Cabeza del joven Alejandro, mirando á la derecha, cubierta con la piel de un león; en el reverso: ΑΛΕΞΑΝΔΡΟΥ. Aguila de pie sobre una maza (dracma acuñada hacia el año 336). - 3. Cabeza de Alejandro mirando á la derecha, cubierta con la piel de león; en el reverso: ΑΛΕΞΑΝΔΡΟΥ. Aguila mirando á la izquierda (semidracma acuñada hacia el año 336). - 4. Cabeza de Alejandro mirando á la derecha, cubierta con la piel de león; en el reverso: ΑΛΕΞΑΝΔΡΟΥ. Dos águilas de frente, entre ellas un monograma (dióbolo acuñado hacia el año 337). - 5. Cabeza de Alejandro joven mirando á la derecha, cubierta con la piel de león; en el reverso: ΑΛΕΞΑΝΔΡΟΥ. Rayo; á la derecha una corona (óbolo acuñado hacia el año 336). - 6. Cabeza de Alejandro joven mirando á la derecha, con la piel de león. En el reverso: ΑΛΕΞΑΝΔΡΟΥ. Aguila mirando á la derecha y volviendo la cabeza (bronce acuñado hacia 336).

La fecha y la pertenencia á Alejandro el Grande de la serie monetaria que damos aquí fueron determinadas por M. Imhoof-Blumer, *Monedas griegas*, pág. 120.

caución adoptada por Alejandro antes de partir, cual fué la de dar muerte á los parientes de su madre política, Cleopatra, y á todos aquellos de los suyos que podían ser peligrosos durante su ausencia. Los grandes hombres son como las grandes encinas: éstas se sostienen por sus raíces en el suelo en que se elevan, como aquéllos se amoldan por ciertas condiciones de carácter á las costumbres y á la sociedad de que proceden.

II.—SITUACIÓN DEL IMPERIO PERSA; BATALLA DEL GRÁNICO (334);  
CONQUISTA DEL ASIA MENOR (333).

El imperio que Alejandro se proponía atacar tocaba á su ruina hacía largo tiempo. La retirada de los Diez Mil había revelado su debilidad, y desde esta expedición, ¡cuántas sacudidas, sin hablar de la empresa de Agesilao, habían hecho vacilar aquel imperio caduco! En primer lugar, la rebelión de Evagoras, que habiéndose declarado independiente en Salamina, en Chipre, se alió con el rey de Egipto, Acoris, y resistió á las fuerzas del gran rey, aun después que éste hubo hecho reconocer á los griegos por el tratado de Antálcidas sus derechos á la posesión de Chipre. Derrotado al principio, Evagoras se rehizo, gracias á las divisiones de los sátrapas que mandaban el ejército enemigo, y á los diez años consiguió que se le proclamara príncipe soberano (385). Todo el imperio había luchado una vez más inútilmente contra un solo hombre y una sola ciudad.

Otra guerra, la de Egipto, no tuvo mejor término. Desde el año 411, esta provincia tenía sus reyes particulares; en 386 Acoris ocupaba el trono hacía seis años, y Artajerjes dispuso que se le atacase al mismo tiempo que á Evagoras, pero obtuvo un éxito igualmente desgraciado. Amenazado de nuevo en 377, Acoris tomó otra vez á sueldo al ateniense Cabrias, á quien Atenas llamó, atendiendo á la queja del rey. Farnabazo, encargado de someter el Egipto con doscientos mil hombres y veinte mil griegos auxiliares, consiguió que Ifícrates se encargase del mando bajo su dirección. Cuando el general ateniense llegó, los veinte mil griegos no estaban reunidos aún. «¡Cómo! dijo á Farnabazo, ¿tan poca armonía guardan vuestros actos con vuestras palabras?— Soy dueño de mis palabras, contestó el sátrapa, pero mis actos dependen del rey.» Con frecuencia también, las órdenes poco inteligentes y despóticas de aquel á quien llamaban «el hombre semejante á los dioses» paralizaban la acción de los generales. El retraso que sufrieron las levadas bastó para que la expedición fracasara.

En 362, el Asia Menor casi en masa estuvo á punto de separarse del imperio. El sátrapa de Frigia, Ariobarzanes, que poseía Perinto, en la Propóntida, y las dos orillas del Helesponto, habíase rebelado contra su señor, y para obtener la alianza de los atenienses habíales cedido Sestos, «el granero del Pireo (1),» con una parte del Quersoneso; bajo pretexto de obligarle á cumplir con su deber, los sátrapas de Lidia y de Capadocia, con Mausoleo, príncipe de Caria, habían atacado á Adramita y la plaza fuerte de Asos, que se declararon en su favor; pero en realidad lo que querían era aprovecharse ellos también de la vejez de Artajerjes Memnón y de los disturbios de palacio para declararse independientes. Al mismo tiempo, los fenicios se agitaron, y toda la parte occidental del imperio pareció perdida. La traición rompió el vínculo de los coligados; pero Datames, sátrapa de Capadocia, se defendió largo tiempo, hasta que puso fin á sus días el puñal de un asesino. Algunos

(1) Así llamada porque Sestos en manos de los atenienses les aseguraba la llegada de los trigos de la Táurida. (Aristóteles, *Ret.*, III, 10, 3: ἡ τῆλτα τοῦ Παιραιῶς.)

años más tarde, en 350, Artabazo, sátrapa insurrecto de Frigia, huyó á Macedonia para pedir protección á Filipo, á quien sin duda dió útiles informes.

Las conspiraciones domésticas y los asesinatos perturbaron los últimos tiempos del reinado de Artajerjes. Ocus, su hijo, que por estos medios subió al trono en 358, hizo dar muerte á sus ciento diez y ocho hermanos, y á todos aquellos de sus parientes que podían servirle de obstáculo. Después tuvo que combatir una liga de reyezuelos fenicios de Arados, de Tiro y de Sidón, liga que la traición disolvió; los mismos sidonios incendiaron su ciudad, donde el vencedor no encontró más que cuarenta mil cadáveres. Chipre sucumbió también, á pesar de los ocho mil mercenarios que Foción condujo á ella. Para completar esta reconstrucción del imperio, Ocus atacó el Egipto, donde Agesilao había puesto en el trono á Nectanebo, llevando á su servicio diez mil griegos de Tebas, de Argos y del Asia Menor; pero Nectanebo tenía veinte mil. Cuando se encontraban unos frente á otros en las guerras extranjeras, los mercenarios, como los condotieros italianos del siglo xv, se entendían y no se atacaban, de modo que las guerras no tenían fin, á menos que el oro no decidiese la victoria, determinando la defección de una de aquellas tropas. Ocus, más feliz que sus predecesores, sometió el Egipto; pero ofendió gravemente sus sentimientos religiosos saqueando las sepulturas y los templos, y dando, como Cambises, muerte al buey Apis (344). Al fin, odiado hasta de los persas, fué envenenado por el eunuco Bagoas, que puso en su lugar al hijo menor de su víctima, Arsés.



Cabeza de Alejandro (1)

Al cabo de tres años, Arsés pereció con todos sus hermanos á manos del mismo eunuco hacia la época en que moría Filipo de Macedonia, y Bagoas elevó al trono á Codomán, sobrino de Artajerjes II, que tomó el nombre de Darío. El nuevo príncipe puso término á estos crímenes, haciendo beber al eunuco el veneno que este asesino de los reyes le tenía preparado á su vez.

Este rápido cuadro nos presenta el imperio de los persas mal unido en sus partes; formado por pueblos indiferentes á la suerte del gran rey; perturbado en el centro por los asesinatos y las intrigas, como también por las rebeliones en las fronteras; entregado á un despotismo violento, á los caprichos de los mercenarios que tomaba á sueldo y á las rivalidades de los sátrapas, muchas de ellas hereditarias; no sosteniéndose en fin contra tantas sacudidas y causas de perturbación sino por las divisiones de sus enemigos, las traiciones suscitadas entre ellos, los asesinatos, y el empleo temporal de los soldados que se vendían. La potencia que trataba de atacar aquel imperio no se prestaba de ninguna manera á esos medios viles y odiosos, y tenía la fuerza necesaria para reprimir en gran parte, ya que no impedir del todo, las levadas de mercenarios griegos. El gran rey, sin embargo, contaba aún con multitudes considerables para oponerlas á los macedonios; pero aquellos asiáticos no habían aprendido nada de sus derrotas y conservaban la costumbre de combatir sin orden y desde lejos con armas arrojadas, táctica que, á pesar del número,

(1) Camafeo del Gabinete de Francia. El rey lleva el casco adornado de una corona de laurel y de un león. También se ha querido reconocer en esta cabeza el retrato de Lisimaco. Sardónica de tres capas y 35 milímetros de altura, *Catálogo*, núm. 163.

no podía prevalecer contra una tropa dócil á sus jefes, práctica en las evoluciones militares y en combatir de cerca. Entonces no había más ejércitos temibles que esos, y he aquí por qué los hoplitas griegos primeramente, la falange de Alejandro después, y por último la legión romana, vencieron en todas partes.

A principios de la primavera del año 334, Alejandro salió de Pella para ir á llevar á Susa y á Persépolis la contestación de Grecia á las guerras médicas; en veinte días llegó á Sestos, en donde franqueó el estrecho su ejército, compuesto de doce mil hombres de infantería macedonia, entre los cuales contábanse dos cuerpos escogidos, los hipaspistas y los argiráspides, con sus escudos de plata; siete mil aliados y cinco mil mercenarios, todos á las órdenes de Parmenión. Esta infantería regular iba seguida de cinco mil odrisios, tribalos ó ilirios, y mil arqueros agrianos, lo cual constituía un conjunto de treinta mil infantes. La caballería, muy superior en número, proporcionalmente á la que se solía encontrar en los ejércitos helénicos, y mandada por Filotas, hijo de Parmenión, contaba cuatro mil quinientos hombres, á saber: mil quinientos macedonios, entre ellos los *heterios* ó compañeros del rey, procedentes de la nobleza macedonia; mil quinientos tesalios, seiscientos caballeros griegos y novecientos corredores tracios ó peonios. En cuanto á la flota, Alejandro había reunido ciento sesenta trirremes, veinte de ellos atenienses, y muchos barcos de transporte. Seguía al ejército la artillería, ballestas y catapultas, que debían emplearse en los sitios y en las batallas (1). Alejandro había dejado en Europa doce mil hombres de infantería y mil quinientos caballos á las órdenes de Antipáter, cuyos tres hijos tuvo la precaución de llevar consigo (2). Había distribuido entre sus amigos todos sus bienes y su caja militar estaba vacía (3). «¿Qué guardáis, pues? — preguntóle Pérdicas. — ¡La esperanza! contestó.» Los persas tenían una flota de cuatrocientas naves de guerra, montadas por los expertos marinos de Fenicia, de Chipre y de Egipto. Un hombre muy hábil, que conocía muy bien la Grecia y había prestado ya señalados servicios al imperio, hasta el punto de batir en Asia al cuerpo macedónico enviado por Filippo, Memnón de Rodas, quería que se disputase el paso del mar; pero Alejandro no encontró en el Helesponto una sola barca armada contra él.

Durante la travesía inmoló un toro, y con una copa de oro hizo libaciones á Neptuno y á las Nereidas. Llegado á la inmediación de la costa, lanzó á ésta su jabalina, como para tomar posesión de ella, y fué el primero en saltar en tierra. Aquel lugar estaba inmediato á las ruinas de Troya, á las cuales se dirigió para ofrecer sacrificios á Palas; suspendió sus armas en el templo de la diosa, tomando en cambio las que allí habían sido consagradas, y en todas las batallas, algunos de sus guardias las llevaron siempre junto á él. También sacrificó en honor de Príamo, á fin de apaciguar el resentimiento de su sombra contra la raza de Neoptolemo, á la cual pertenecían los reyes macedónicos. Así le veremos por todas partes ofreciendo sacrificios á los dioses, consultando á los oráculos y practicando las ceremonias de todos los cultos. Esto en el discípulo de Aristóteles ¿era devoción ó política? Una y otra cosa á la vez. Aquí era sobre todo un tributo rendido por su viva y poética imaginación, llena de los recuerdos de Homero, á las brillantes ficciones de la mitología griega. Alejandro coronó la tumba de Aquiles y Efestión la

(1) Sirvió de mucho en el sitio de Tiro y en el paso del Yaxartes. (Arriano, tomo IV, páginas 4 á 7.)

(2) Diodoro, tomo XVII, pág. 17.

(3) Debía 800 talentos y su padre le había dejado una deuda de 500. (Arriano, tomo VII, páginas 9 á 10.)

de Patroclo. «¡Feliz Aquiles, exclamó el príncipe, que tuviste un Homero que cantara tu gloria!»

El ejército persa se hallaba reunido detrás del Gránico, pequeño río de Troade que baja del Ida y se lanza en la Propóntida, al Oeste de Cícico. Memnón de Rodas, heredero de la satrapía de su hermano Mentor en el oriente del Asia Menor,



1. Doble estátera



2. Estátera



3. Semiestátera



4. Cuarto de estátera



5. Otro cuarto de estátera

## Monedas de oro de Alejandro (1)

había propuesto asolar todas las tierras por donde debía pasar Alejandro y hostilizarle de continuo sin empeñar la acción, mientras que la flota efectuaría una diversión poderosa en Macedonia y en Grecia. «No toleraré, había dicho Arsites, sátrapa de Frigia, que se quemase una sola vivienda en el territorio de mi mando.» El consejo de Memnón era bueno, pero difícil de ejecutar, porque los persas no podían destruirlo todo y retroceder siempre. Por otra parte, los soldados de Alejandro demostraron que el desierto no les infundía temor, si bien es verdad que cuando lo franquearon tan alegremente dejaban tras sí tres victorias y tenían delante la esperanza de un inmenso botín.

Según Arriano, los persas disponían de veinte mil caballos y á su sueldo tenían casi otros tantos extranjeros, que formaban la mejor parte de su infantería; según

(1) 1. Cabeza de Palas mirando á la derecha, con casco adornado de una serpiente; en el reverso: ΑΛΕΞΑΝΔΡΟΥ. Victoria alada de pie de cara á la izquierda, con corona y el asta de un trofeo; en el campo, el rayo y una letra, marca de taller; 17'23 gramos. — 2. Cabeza de Palas mirando á la derecha, con casco adornado de un grifo. En el reverso: ΑΛΕΞΑΝΔΡΟΥ ΒΑΣΙΛΕΩΣ. Victoria alada de pie de cara á la izquierda, con corona y el asta de un trofeo; en el campo, monograma con una corona y una letra, marcas de taller; 8'61 gramos. — 3. Cabeza de Palas mirando á la derecha, con casco adornado de una serpiente. En el reverso: ΑΛΕΞΑΝΔΡΟΥ. La misma Victoria; en el campo marcas diferentes de taller; 4'30 gramos. — 4. La misma cabeza de Palas; en el reverso: ΑΛΕΞΑΝΔΡΟΥ en dos líneas; rayo, arco y maza; 2'15 gramos. — 5. La misma cabeza de Palas; en el reverso: ΑΛΕΞΑΝΔΡΟΥ. La Victoria como en las monedas anteriores; en el campo una marca de taller.

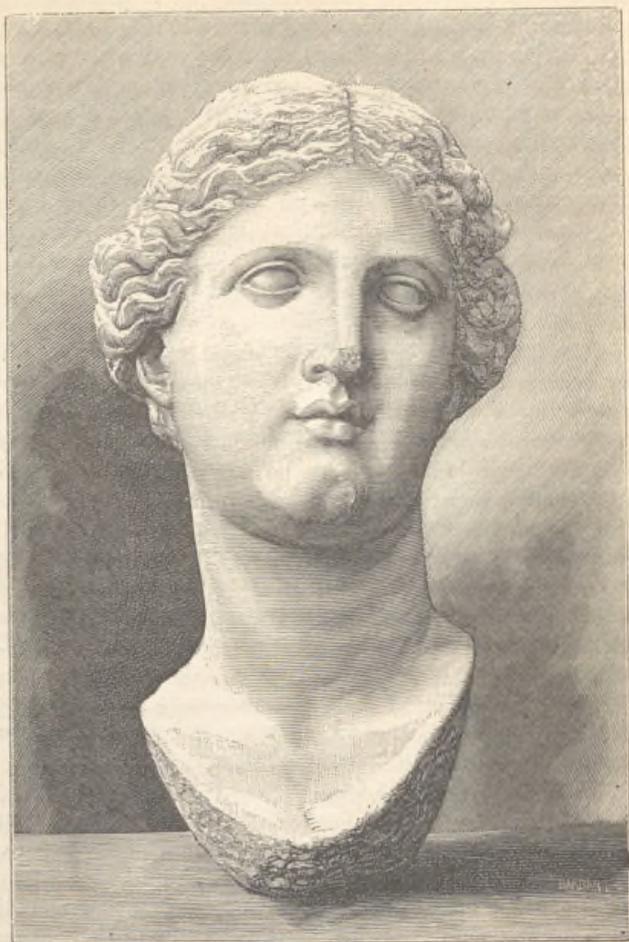
Diodoro, sus fuerzas consistían en diez mil caballos y cien mil infantes. La caballería se había situado á lo largo del río y la infantería estaba detrás, en una eminencia. Alejandro fué uno de los primeros en arrojar al agua, á la cabeza de un cuerpo escogido: esta vanguardia empeña una lucha sangrienta al tomar tierra y es rechazada al principio á causa de la naturaleza del terreno, resbaladizo y escarpado. «En un choque, la lanza de Alejandro se quiebra y quiere coger la de su escudero Arés. — Buscad otra, contesta éste, mostrando el asta de la suya, con la que todavía realizaba prodigios de valor. El corintio Demarato, uno de los compañeros de Alejandro, entrega su lanza á éste, y Alejandro corre al encuentro de Mitrídates, yerno de Darío, y derríbale en tierra, herido en el rostro. Un persa le descarga en la cabeza un vigoroso golpe con su cimitarra, que el casco amortigua: Alejandro atraviesa de parte á parte á su enemigo; otro iba á herirle por detrás, y ya levantaba el brazo; pero Clitos se lo corta de un solo golpe por cerca del hombro. En el entretanto, los macedonios franqueaban el río y reuníanse con su rey, y entonces los persas, acosados por la caballería y por los ballesteros que iban entre ella, comenzaron á huir. Cuando su centro se hubo replegado, sus dos alas estaban ya en desorden, y la derrota de esta primera línea fué completa. Alejandro avanzó al punto contra la infantería, que había permanecido en su puesto; la falange y la caballería cargaron á la vez, y en pocos momentos los que no perecieron hubieron de emprender la fuga. Muchos escaparon ocultándose debajo de los cadáveres, y en poder del vencedor quedaron dos mil prisioneros...

»Por parte de los macedonios, en el primer choque perecieron veintiuno de los compañeros del rey, y Alejandro ordenó que se les erigiera en Dion estatuas de bronce fabricadas por Lisipo; el resto de su caballería no perdió apenas más de sesenta hombres y la infantería treinta: el rey dispuso que se les diera sepultura con sus armas y eximió á sus padres é hijos de todo impuesto. En cuanto á los heridos, tuvo el mayor cuidado de ellos; visitábalos, examinaba sus heridas y dejábalos hablar de sus hazañas con toda libertad. También tributó los últimos honores á los generales persas, así como á los griegos mercenarios que habían perecido; pero mandó encadenar á los que fueron cogidos vivos y envióslos á Macedonia en calidad de esclavos, porque «infringiendo el decreto aprobado por la asamblea de Corinto, habían combatido contra Grecia en favor de los bárbaros.» Ofreció á Atenas trescientos trofeos de los despojos persas, para que los consagrara en el templo de Minerva con la siguiente inscripción: *Sobre los bárbaros del Asia, Alejandro y los griegos, excepto los lacedemonios.*» (Arriano.)

El rey se apoderó al punto de Frigia, sin gravar el impuesto de la provincia, y marchó después hacia el Sur. En Lidia devolvió á Sardes y á todo el país sus antiguas leyes; en Efeso sustituyó la oligarquía por la democracia, otorgando al templo de Diana, para las construcciones que faltaban, el tributo que los efesios satisfacían á los bárbaros; ofreció varios sacrificios á la diosa, así vengada, y extendió el derecho de asilo reconocido á su santuario hasta un estadio del edificio. Más tarde propuso encargarse él mismo de concluir el templo, á condición de que se grabara su nombre como el del fundador; pero los efesios se negaron á ello. En el entretanto, varios cuerpos destacados iban á recibir la sumisión de las ciudades de Eólide, Jonia, Magnesia, Tralles, etc., restableciendo por todas partes las constituciones libres y condonando el tributo que pagaban á los persas por respeto al nombre helénico, pero también para ganar la útil alianza de los griegos asiáticos.

Desde Efeso, Alejandro avanzó por la costa: la vida, la riqueza y la fuerza del Asia Menor estaban en las playas; era preciso apoderarse de ellas, acabar de reunir el mundo helénico bajo el protectorado macedónico, hacer entrar en éste á los grie-

gos asiáticos é impedir que el oro y las intrigas de la Persia penetraran en Grecia, cerrando para él las puertas que á ésta conducían. La primera ciudad que le detuvo fué Mileto, á la que puso sitio. Nicanor se situó con ciento sesenta naves macedónicas á la entrada del puerto, en ambos lados de la isla de Lada, á fin de cortar á los habitantes toda comunicación con la flota persa, de cuatrocientas naves, que al



Mármol llamado la Venus de Tralles (1)

fin llegaba, pero que le encontró en demasiado buena posición para intentar forzar el paso. Gracias á esta medida y á la rapidez de los ataques, la ciudad fué tomada muy pronto.

A pesar de los servicios que su flota acababa de prestarle, Alejandro renunció á servirse de ella, ya por falta de fondos para pagar á sus tripulantes, ó más bien porque se fiaba poco de aquellos barcos, escogidos en diversos puntos, en los cuales no podía colocar su falange y que iban montados por hombres de cuya fidelidad

(1) Cabeza en mármol descubierta en Tralles y conservada hoy en el Belvedere de Viena. La cabeza de Tralles se ha comparado justamente con la de la Venus de Milo.

tenía motivos para sospechar. El conquistador no quería confiar su suerte á manos tan poco seguras. Más adelante veremos que halló otro medio de anular y tomar la flota enemiga. Entonces sólo conservó algunos barcos para transporte de las máquinas de guerra, y en particular las galeras atenienses.

Memnón se había refugiado, con el proscrito ateniense Efiates, en Halicarnaso de Caria, capital del sátrapa Rhoontopates (1), donde se defendió intrépidamente, y no abandonó la plaza sin entregarla antes á las llamas. Como el invierno se aproximaba, Alejandro envió á Macedonia á los soldados recién casados, que se comprometieron á volver en la primavera en unión de aquellos á quienes sedujeran con el relato de sus hazañas, de las riquezas de Asia y de la liberalidad del conquistador. Licia y Panfilia se sometieron sucesivamente, y Alejandro remontó hacia el Norte por la Pisidia hasta la pequeña Frigia, á fin de establecer su dominación en el centro de la península y su influencia en las satrapías del Nordeste. En Gordión, en el fondo de un desfiladero lleno de ruinas de un tiempo desconocido, encontró la tumba del rey Midas y su carro, considerado como un símbolo de dominación. De un solo golpe con su espada cortó el nudo gordiano, creyendo haber realizado con esto el vaticinio del oráculo, que prometía á quien supiera deshacerlo el imperio de Asia (marzo 333). Desde allí volvió á bajar por Ancira y la Capadocia hasta el Tauro: esta montaña rodea la Cilicia con una barrera infranqueable, excepto en dos puntos, que un puñado de hombres podrían defender; ni uno ni otro estaban guardados, y Alejandro penetró sin dificultad en el litoral del mar de Chipre. Había atravesado, pues, tres veces desde el Norte al Sur y desde el Sur al Norte, volviendo después al Mediodía, aquella extensa península, de modo que no quedase en ella ningún foco de resistencia.

Sin embargo, graves peligros le amenazaban aún por la espalda, pues los persas conservaban el imperio del mar, y Memnón, á la cabeza de su flota, proponíase desembarcar en Grecia y llevar la guerra al país de los agresores. A este efecto comenzó á obrar sobre las islas para tener puntos de apoyo; apoderóse de Chíos, sometió Lesbos en su mayor parte y puso sitio á Mitilene, que estaba á punto de caer en sus manos cuando una enfermedad puso fin á su existencia. El imperio perdió con esto su único sostén, pues si bien sus sucesores se apoderaron de Mitilene, de Tenedos y de Cos, no pasaron de aquí, por haber recibido orden de enviar al ejército real los griegos mercenarios que iban en la flota.

Darío llamaba entonces desde el fondo del Asia á todas las fuerzas del imperio: de quinientos á seiscientos mil hombres se reunieron á su alrededor en las llanuras de la Mesopotamia (2), y al ver aquella inmensa multitud, su confianza no tuvo límites, como parecía no tenerlos su poder. Sus cortesanos acrecentaron más aún aquel orgullo con sus lisonjas serviles: sólo un desterrado ateniense, Caridemos, reconociendo en aquella muchedumbre la misma que acompañaba á Jerjes, fué el único que manifestó temores, y aconsejó al rey que confiara más bien en sus tesoros y en los griegos mercenarios. Todos protestaron de aquel insulto á los persas y á su valor; y exasperado el rey, cogió él mismo á Caridemos y entrególo á sus guardias. «Demasiado tarde reconoceréis, decía el ateniense cuando se lo llevaban para ejecutarle, la verdad de mis palabras; la mano de mi vengador está ya sobre vosotros.»

(1) Ú Orontobates, como Arriano le llama. De este sátrapa nos quedan raras y hermosas monedas de plata.

(2) Según Diodoro, cuatrocientos mil infantes y cien mil caballos. Arriano dice que el ejército de los persas ascendía en Iso á seiscientos mil combatientes.

Darío no había hecho nada desde la batalla del Gránico para salvar el Asia Menor; pero resuelto al fin á defender la Siria, avanzó con su inmenso ejército hasta el monte Amanó, que la domina. Habíase situado primeramente en las vastas llanuras de Sochos, á dos días de marcha de las montañas; mas como no viese llegar á Alejandro, persuadióse de que sólo su aproximación había atemorizado al macedonio. En su consecuencia, franqueó las puertas amánicas y dirigióse hacia el golfo de Issó, atravesando lugares cortados por colinas, muy mal elegidos para la caballería, que por lo demás no maniobró mucho mejor en Arbelas, en un terreno llano y fácil. Aquel suelo accidentado no convenía tampoco á la falange; pero entre los dos enemigos, la naturaleza del campo de batalla importaba poco: los persas debían ser derrotados dondequiera que encontrasen á Alejandro, y para ellos no había más que un medio de salvación, que era no encontrarle. Debían aprovechar, por ejemplo, la barrera casi inexpugnable del Tauro ó del Amanó para cerrar vigorosamente



El rey Midas (1)



Tetradracma de Tenedos (2)

todos los pasos, mientras el oro y la flota persas obraran en Grecia; pero junto al gran rey había hombres de corazón, y el mismo Darío lo era (3), como aquellos que tan valerosamente se batieron en el Gránico, y no les convenía rechazar el combate.

Después de franquear los desfiladeros del Tauro sin encontrar un enemigo, Alejandro volvió á bajar á la llanura de Cilicia; pero en Tarso le detuvo una enfermedad que comprometió su vida y que estuvo á punto de cambiar la suerte del mundo. Dícese que, acalorado y sudoriento, quiso bañarse imprudentemente en las frías aguas del Cydno, y que poco después sintióse sobrecogido de una ardiente fiebre, enfermado de tal modo que se desesperó de su vida. Un acarnanio, el médico Filipo, amigo del rey, intentó salvarle, preparando un brebaje que debía obrar poderosamente. Alejandro recibió en aquel momento una carta de Parmenión, aconsejándole que desconfiase del médico, vendido á los persas. Darío había prometido últimamente á uno de los generales de Alejandro, en cambio de la vida del rey, cien talentos y el trono de Macedonia; el complot había sido descubierto, pero muy bien podría urdirse otro. Alejandro no quiso creer nada, y presentando con una mano á Filipo la carta que le acusaba, con la otra llevó á sus labios la copa y vacióla de una vez, mostrando así, con más raro valor que el que se demuestra en el campo de batalla, su confianza en los amigos y su fe en la virtud.

(1) ΜΙΔΑC ΒΑCΙΑΕΥC. Busto del rey Midas, mirando á la derecha; lleva barba y en la cabeza ostenta el gorro frigio, con punta encorvada hacia delante. En el reverso: ΠΡΥΜΝΗC-CEQN; la Equidad, de pie, con cetro y balanzas. Moneda de bronce de Prímnesus, acuñada bajo la dominación romana.

(2) Cabeza con doble cara, la una con barba y la otra imberbe. En el reverso: ΤΕΝΕΔΙΟΝ; en el campo una abeja y un racimo de uvas.

(3) Antes de ser rey, mató cierto día en singular combate á un jefe enemigo muy nombrado por su fuerza y que había desafiado al más valeroso de los persas. (Diodoro, XVII, 5.)

III. — BATALLA DE ISSO (29 NOVIEMBRE 333); CONQUISTA DE SIRIA;  
TOMA DE TIRO (AGOSTO 332);  
OCUPACIÓN DEL EGIPTO. — BATALLA DE ARBELAS (2 OCTUBRE 331)

Recobrada la salud, y después de someter la Cilicia, Alejandro corrió al encuentro de Darío. Desde Cilicia se penetra en el país de la cuenca del Eufrates por dos desfiladeros que dividen el monte Amanó; uno de ellos, al Sur, se designa con el nombre de las Pilas, ó puertas de Siria, y el otro, al Norte, con el de Pilas amánicas. Los dos adversarios, marchando uno al encuentro del otro, franquearon al mismo tiempo estos pasos; los macedonios el del Sur, que les conducía á Siria, y los persas el del Norte, por el cual llegaron á Issó, donde Alejandro había dejado sus enfermos. Entonces sucedió que, cuando Alejandro retrocedió para combatir, los ejércitos se hallaron en una posición inversa á la que hubieran debido tener: Darío con la espalda vuelta á Grecia, como si llegase de este país, y los macedonios á Persia, cual si se hubieran encargado de impedir la aproximación del enemigo á ese territorio.

El choque ocurrió en las orillas del pequeño río llamado Pinaros, que desagua en el golfo de Issó; Darío apoyó su ala derecha en la orilla del mar, reuniendo en ella casi toda la caballería, y en su izquierda dispuso que cruzaran el río treinta mil caballos y veinte mil infantes, con objeto de envolver al ejército enemigo. En el centro defendió con empalizadas los puntos más abordables de la corriente y opuso á la falange macedónica treinta mil griegos y sesenta mil carducos, pesadamente armados, mientras que el resto de sus tropas formó á retaguardia una inútil y compacta masa. Alejandro apoyó también su derecha en las montañas, de modo que rebasara la izquierda del enemigo, y su izquierda en el mar, á fin de no ser envuelto, y avanzó lentamente, por temor de que una marcha demasiado rápida introdujera el desorden en su falange. Apenas estuvieron á tiro, los que rodeaban al rey y éste mismo precipitáronse á galope hacia el río para llegar á las manos antes y preservarse así de las flechas. El enemigo cedió muy pronto; pero en aquel acelerado movimiento solamente una parte de los macedonios siguió al rey, pues los demás habían roto sus filas al vadear la corriente, y los griegos mercenarios de Darío aprovecharon aquel instante para caer sobre la falange entreabierta. La lucha fué encarnizada: Ptolemeo, hijo de Seleuco, y ciento veinte macedonios distinguidos perecieron en ella. Durante aquel combate á orillas del río, el ala derecha había derribado todo cuanto encontraba á su paso, y volviéndose después contra los griegos, acometiéndolos de flanco é hizo una espantosa matanza. La caballería persa había cruzado el río, y cayendo con ímpetu sobre los tesalios, combatió valerosamente, hasta que vió su infantería y los mercenarios destrozados. Entonces la derrota fué general, y como aquella inmensa multitud se precipitó á la vez hacia los desfiladeros, muchos perecieron aplastados bajo los pies de los caballos.

Darío, en cuanto había visto su ala izquierda derrotada, había huído en un carro que no abandonó mientras cruzó la llanura; pero llegado á desfiladeros de difícil acceso, dejó su escudo, su manto de púrpura y hasta su arco, y huyó á caballo. La oscuridad de la noche, que sobrevino, ocultó á la tenaz persecución del vencedor, que se apoderó de su carro. El mismo Alejandro le hubiera cogido si antes de correr en persecución de los que huían no hubiese esperado prudentemente la formación de su falange desordenada, la derrota de los griegos mercenarios y la de la caballería persa. En cien mil se evaluó el número de muertos, pues barrancos hubo que

quedaron cegados por los cadáveres. Las pérdidas de los macedonios no pasaron de trescientos infantes y ciento cincuenta caballos (29 noviembre 333) (1).

«En el campamento de Darío encontraron los vencedores á la madre del rey persa, á su esposa, á su hermana, al hijo menor, á dos hijas, á algunas mujeres de los principales jefes del ejército, y solamente tres mil talentos, pues el tesoro real con todos los bagajes había sido conducido á Damasco; pero Parmeni6n, destacado al punto contra esta ciudad, se apoder6 de ella. Al día siguiente, Alejandro, aunque molestado por efecto de un golpe que recibió en el muslo, visit6 á los heridos, orden6 la inhumaci6n de los muertos con gran pompa, á presencia de su ejército formado en orden de batalla con el mayor aparato, é hizo el elogio de los actos heroicos que había presenciado, ó que la voz general del ejército publicaba. Cada uno de



Moneda conmemorativa de Alejandro (2)

Cabeza de Melkarth en una moneda de Tiro (3)

aquellos que se había distinguido recibió recompensas según su mérito y categoría. Balacros, uno de los guardias, fué nombrado sátrapa de Cilicia...

»Algunos historiadores refieren que habiendo entrado Alejandro, después de la persecuci6n, en la tienda de Darío, reservada para el rey, oy6 gritos de mujeres y lamentos cerca de sí, y como preguntase de dónde procedían y quiénes eran aquellas mujeres, contestáronle que la madre de Darío, la reina y sus hijos, al saber que el arco del rey, su escudo y su manto se hallaban en poder del vencedor, no dudaban ya de su muerte y le lloraban. Alejandro les envía al punto uno de sus heterios para anunciar que Darío está vivo y que los griegos no tienen más que los despojos abandonados en su carro. El enviado añade que el vencedor les conservará los honores, el estado y el nombre de reinas, atendido que no hace la guerra contra Darío por odio personal, sino para disputarle el imperio del Asia. Al día siguiente Alejandro entr6 en la cámara de las mujeres, acompañado solamente de Efesti6n; la madre de Darío, no sabiendo quién era el rey, pues ninguna señal le distinguía, y admirada del porte majestuoso de su acompañante, prostern6se ante éste; pero advertida de su error por los que la rodeaban, retrocedía ya confusa, cuando el rey le dijo: «No os habéis equivocado, porque éste también es Alejandro.» Arriano (4).

(1) Esta desproporci6n asombra; pero se observará que es mucho mayor aún en la batalla de Arbelas. A pesar de la autoridad de Arriano, no estamos obligados á aceptar estas cifras, pues á decir verdad, ¿quién pudo contar los muertos de Darío?

(2) ΑΛΕΞΑΝΔΡΟΥ. Cabeza de Alejandro, cubierta con la piel de le6n, mirando á la derecha; en el reverso, ΚΟΙΝΟΝ ΜΑΚΕΔΟΝΩΝ ΝΕΩΚΟΡΩΝ. Alejandro en un caballo galopando hacia la derecha; está armado de una jabalina que arroja sobre un enemigo derribado. Moneda de bronce acuñada bajo la dominaci6n romana.

(3) Cabeza laureada y rostro algo barbudo de Melkarth mirando á la derecha. En el reverso: ΤΡΟΥ ΙΕΡΑΣ ΚΑΙ ΑΣΥΛΟΥ. Aguila en pie de cara á la izquierda sobre un tim6n; en el campo una maza, una rama de laurel y dos marcas de taller. Tetradracma acuñada hacia el año 100 antes de nuestra era.

(4) La reina, Estateira, muri6 en el campamento de Alejandro, quien dispuso que se le hicie-

El rey había encontrado entre los prisioneros hechos en Damasco dos diputados de Tebas, uno de Atenas y otro de Esparta; perdonó á los tres primeros, dejándolos en libertad, pero retuvo algún tiempo al embajador espartano.

Mientras Darío huía en dirección á Thapsaca, más allá del Eufrates, Alejandro avanzaba á lo largo de las costas hacia las ciudades de Fenicia. Esta marcha dejaba á Darío tiempo para reunir un nuevo ejército; pero Alejandro sabía ya lo que valían las tropas persas é importábale mucho más continuar el hábil plan proyectado desde un principio: aislar á Persia de Grecia, cerrarle el acceso del mar, apoderándose de las ciudades marítimas, y hacerse dueño inmediatamente de la flota enemiga, que continuaba siendo un peligro en medio del mar Egeo y que, compuesta sobre todo de naves fenicias, participaría de la suerte de las ciudades de donde había salido. Todas abrieron sus puertas, excepto Tiro, que si bien solicitó la paz y una alianza, negóse á dejar entrar un solo macedonio, ni aun á Alejandro para ofrecer sacrificios á Hércules. El vencedor de Issos estaba poco dispuesto á recibir condiciones, y como le importaba apoderarse de Tiro, atacó la plaza. Este sitio era difícil, porque la ciudad se elevaba sobre una roca, á tres estadios, cerca de 600 metros, de la costa; de modo que fué preciso construir un extenso muelle entre el islote y el continente. Para estimular á sus soldados, Alejandro llenó el primer gavión. Los tirios hostigaron sin tregua á los sitiadores y quemáronles dos torres de madera, elevadas para protegerles; pero Alejandro había conquistado el mar por la tierra, y obligó á los fenicios, que se habían sometido, á retirar sus naves del mar Egeo. Esta defección trajo consigo otra, la del príncipe de Chipre, y entonces Alejandro tuvo doscientas galeras, con las cuales bloqueó la flota de Tiro en sus dos puertos, siéndole así posible terminar el muelle, que aún subsiste. Las murallas, de 140 pies de elevación, se derrumbaron bajo los golpes de las máquinas y la brecha dió paso á los soldados, irritados por aquella resistencia de siete meses y por la muerte de algunos prisioneros, que los tirios asesinaron en la muralla á la vista del ejército macedonio. Alejandro fué uno de los primeros que entró en la ciudad; pero los tirios no se entregaban aún, y con la tenacidad propia de su raza levantaron barricadas en las calles, convirtieron en fortaleza la capilla de Agenor y defendiéronse como sus hermanos debían hacerlo más tarde en Cartago ante Escipión y los judíos de Jerusalén frente á Tito. Ocho mil tirios fueron pasados á cuchillo, perdonándose solamente al rey Azemileos, á los principales de la ciudad y á varios cartagineses que habían ido allí para sacrificar en honor de Hércules. Todos los demás fueron vendidos como esclavos en número de treinta mil, y aquí se nos resiste añadir que dos mil de aquellos bravos, que se habían defendido de una agresión injusta, fueron ahorcados por mandato del conquistador á lo largo de la ribera.

Después de la matanza, la acción de gracias á los dioses, según la costumbre impía de todos los tiempos. «Alejandro sacrificó en honor de Hércules, contribuyendo á la pompa de los sacrificios las tropas armadas y tomando parte en ellos la flota misma; celebráronse juegos gímnicos, al resplandor de mil antorchas que los corredores llevaban, y se dedicó al dios la catapulta que había abierto brecha.» (Arriano.) Una grande y gloriosa ciudad ya no era, pues, más que un montón de

sen regias honras fúnebres. Véase en Plutarco (*Alejandro*, 30) y en Quinto Curcio (IV, 10, 34) lo que los retóricos pueden añadir á un hecho histórico; han oído la conversación entre el gran rey y el eunuco Tirios, escapado del campamento macedónico, y han visto las inquietudes de Darío respecto á la fidelidad de Estateira, así como su admiración por la continencia de Alejandro, etcétera, etc.

ruinas, y uno de los antiguos pueblos de la tierra, uno de aquéllos que habían contribuido al progreso de la civilización general, acababa de ser inmolado al orgullo de un conquistador (agosto 332).

Antes del sitio de Tiro, Darío había escrito al rey de Macedonia, censurándole por aquella guerra injusta y reclamando su madre, su esposa y sus hijos, á cambio de su amistad. Alejandro había contestado con una enumeración de los agravios de Grecia, añadiendo que si Darío se entregaba á él le daría pruebas de su generosidad, recibiría de sus manos toda su familia y obtendría al punto cuanto pudiera pedir; pero que él, Alejandro, quería ser tratado como dueño del Asia en todas las cartas que Darío le enviara. Durante el sitio, el gran rey, comprendiendo bien el alcance del nuevo golpe que su poder iba á recibir, ofreció á Alejandro 10,000 talentos por el rescate de los suyos, el imperio de todo el país entre el mar Egeo y el Eufrates, y por último su alianza y la mano de su hija. Parmeni6n opinaba que debían aceptarse estas proposiciones. «Yo lo haría, dijo, si fuese Alejandro. — Y yo también, replicó el rey, si fuera Parmeni6n.» La contestaci6n fué que no debía haber dos amos, como tampoco hay dos soles.

Después de tales mensajes, no quedaba mäs remedio que combatir; pero Alejandro no se dignó volverse aún contra su adversario. Las costas de Palestina y de Egipto no habían sido todavía conquistadas: el rey se propuso someterlas antes de penetrar en la alta Asia, á fin de no dejar tras sí nada incierto. La ciudad fuerte de Gaza fué tomada al cabo de dos ó tres meses de sitio (diciembre 332). Quinto Curcio refiere que Alejandro, irritado por la prolongada resistencia de Betis, gobernador de la ciudad, mandó que le sujetaran con una correa los talones y lo arrastraran siete veces alrededor de las murallas, para imitar á Aquiles (1). A causa de la mala reputaci6n de Quinto Curcio, se ha rechazado esta historia, y raz6n hay para no creer en ella, pues Alejandro, gravemente herido delante de Gaza, no pudo representar el papel de Aquiles. Este cuento no se contradice, sin embargo, con el carácter del héroe, cuya bondad no se ha de ensalzar en demasía. Ya hemos visto los asesinatos que ha cometido y todavía le veremos cometer más. Cuando su almirante le llevó prisioneros á los jefes de las ciudades que se habían declarado en favor de los persas, envió á cada cual á la suya para que en ella los juzgaran: esto equivalía á una sentencia de muerte, y en efecto, todos perecieron.

Por su parte, el historiador judío Josefo nos presenta á Alejandro apartándose de su camino, inclinándose ante el gran sacerdote Jadduah y creyendo reconocerse en las profecías de Daniel, que prometían el imperio del Asia á un hombre de Occidente. Los judíos de entonces eran muy pequeños para merecer esta atenci6n del conquistador de Asia, y este relato, lisonjero para ellos, está demasiado bien urdido en interés de su vanidad para que no parezca muy sospechoso, aunque no se halle en contradicci6n con la política de Alejandro. Le hemos visto honrar al Hércules tirio; muy pronto sacrificará al buey Apis (2), y en todas las ocasiones tributará á los cultos y á los sacerdotes indígenas homenajes que éstos toman para sí y que él no rinde realmente más que á su propia ambici6n ó á la divinidad que ado-

(1) Este hecho, del que no hablan ni Arriano ni Diodoro, se halla consignado en otro historiador de Alejandro, el retórico Hegesias, de cuyas obras no nos quedan más que algunos fragmentos. Véase *Scriptores rerum Alex. M.*, edici6n Didot, pág. 139.

(2) Ocus, menos político, encontró divertido, al parecer, matar al *buey-dios* para que se lo sirvieran en una comida. La fe de Alejandro es muy incierta, pues el adivino Aristander no le abandonaba nunca. ¿No sería esto más que un resto de preocupaciones que persistían en un gran talento?

ra en todas sus manifestaciones nacionales, siempre la misma para él bajo las formas más diversas.

Egipto, tan maltratado por los reyes de Persia, se somete en el acto. Alejandro entró en Pelusa y en Memfis, y descendió por el Nilo hasta el pequeño pueblo de Racotis, cerca de la desembocadura del Canope y del lago Mareotis, para visitar una isla cantada por Homero, la de Faros, que forma en aquel punto el mejor puerto de toda la costa africana. Un griego no podía conservar el Egipto por Tebas ni por Memfis, sino por una ciudad marítima, y Alejandro juzgó el sitio muy favorable para constituir allí una gran ciudad, de fácil acceso por mar para el comercio, fácil de defender por tierra, gracias al lago, y en rápida comunicación con el interior por los canales y por el Nilo. El mismo rey trazó el recinto, señalando la alineación de las calles, que debieron cortarse en ángulos rectos para recibir mejor el soplo refrescante de los vientos etesios. Proponíase formar una ciudad mitad griega mitad egipcia que sirviese de lazo de unión entre los dos pueblos, y al efecto mandó construir en ella templos á las divinidades de ambos países. Rápidamente llegó á ser una de las ciudades más famosas de la tierra, Alejandría, émula y heredera de Tiro, emporio del comercio entre Oriente y Occidente, punto de encuentro de todas las doctrinas y de todos los cultos.

En el entretanto, de Grecia llegaban las mejores noticias: las islas de Chios, de Cos y de Lesbos habían vuelto á la alianza macedónica, y no existiendo ya las fuerzas marítimas de los persas, ó hallándose en manos de Alejandro, el mar Egeo volvía á ser un lago griego, que le pertenecía. En su consecuencia, era realmente el dueño reconocido de la mitad occidental del imperio, y sin temor podía penetrar ya en el centro del Asia. Antes de emprender la marcha juzgó oportuno conquistar un oráculo famoso y hacerse otorgar una apoteosis, que había de ser un nuevo instrumento de dominación. Fué á buscarle á través de las arenas africanas hasta el templo de Zeo Ammón, donde el sacerdote le saludó con el nombre de hijo del dios (1). Apolo no se mostraba más orgulloso que su padre: el oráculo de los Bránquidas había reconocido ya el nacimiento divino de Alejandro; pero lo humano y lo divino se hallan tan mal separados en el politeísmo, y la filosofía había mostrado ya tantas veces, en las divinidades locales, un mismo dios honrado bajo nombres y con ritos diferentes, que el discípulo de Aristóteles se hallaba dispuesto á mezclar todas estas religiones, como iba á confundir todas aquellas provincias en un solo imperio. Los Faraones, y después de ellos los reyes de Persia, dueños de Egipto, habían usado el título de hijos de Ammón; Alejandro tomó este nombre como un botín de victoria, para no desmerecer á los ojos de sus nuevos súbditos de las orillas del Nilo y del Eufrates. Exaltado por asombrosos triunfos, hasta creyó al parecer en ciertos momentos en su divinidad, como el día en que renegó de aquel que le había dado la existencia, un reino y los medios de someter el más vasto imperio del mundo. En una carta escrita á los atenienses á propósito de Samos, deciales: «Por mi parte no os hubiera cedido nunca esa ilustre ciudad; pero guardadla, ya que la recibisteis de aquel que era entonces el dueño y á quien llamaban mi padre» (332) (2). Aun entonces hubo probablemente en sus palabras menos sinceridad que secreta burla al pueblo lisonjero por excelencia. Por otra parte, todo se concilia si recordamos la siguiente frase á él atribuída: «Zeo es pa-

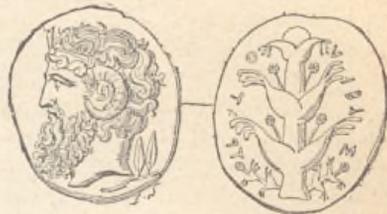
(1) Se representaba al Júpiter Ammón con cuernos de carnero, que eran para los antiguos señal de poder ó de dignidad. Véase *Historia de los Romanos*.

(2) Más adelante veremos que Pérdicas devolvió Samos á sus antiguos habitantes en 322. Diodoro, XVIII, 9.

dre de todos los hombres, pero solamente adopta por hijos á los mejores (1).» Alejandro tenía derecho á este último título en el sentido en que los antiguos lo entendían, lo cual le autorizaba á tomar el primero. Aristóteles, su maestro, había escrito: «El príncipe dotado de un genio superior es un dios entre los hombres (2).»

Con la marcha del rey hacia el Oeste, hasta el oasis de Ammón, Cirene pudo creerse amenazada, y por eso le envió promesa de sumisión.

Alejandro quedaba así libre de perseguir á Darío y penetrar en el corazón del imperio, pues ya no era de temer ninguna complicación enojosa á su espalda. Dejó en Egipto dos sátrapas indígenas para que la administración fuese nacional, y fuerzas militares en número de cuatro mil hombres, con una escuadra de treinta trirremes á las órdenes de jefes macedón-



Cabeza cornuda de Zeo Ammón (3)

nicos, para que no fuera posible una insurrección. Hecho esto, volvió á Tiro, donde celebró con pompa juegos escénicos acompañados de sacrificios; y remontó por Cesiria, para ganar Thapsaca, el paso habitual del Eufrates, que franqueó á fines de agosto de 331. Desde este mismo punto, el joven Ciro había vuelto al Sur, porque el ejército enemigo se hallaba en los alrededores de Babilonia; el de Darío estaba detrás del Tigris, casi á la altura de Thapsaca y de Nisibe. Alejandro marchó directamente al Este, á través de la Mesopotamia septentrional (Migdonia), á fin de no tener que recorrer más que un país bien regado y abundante en víveres y forrajes. Corrían entonces los últimos días de setiembre, época del año en que no deritiéndose ya las nieves de las montañas de la Armenia, el río es vadeable en mil puntos; y de consiguiente, el paso del Tigris no fué difícil ni los persas le disputaron, como tampoco se habían opuesto al del Eufrates. Volviendo entonces al Sur, Alejandro marchó al encuentro del ejército de los bárbaros, compuesto de un millón de infantes y cuarenta mil ó, según Diodoro, doscientos mil caballos, á los cuales avistó á 50 kilómetros al Oeste de la ciudad de Arbelas, en la llanura de Gaugamela. Allí se había edificado Nínive, en otro tiempo capital de un gran imperio de Oriente y entonces una ruina y un presagio siniestro para el heredero de los reyes de Asiria. Darío había tenido buen cuidado de hacer nivelar el terreno para facilitar las evoluciones de sus doscientos carros de guerra, de su caballería y de sus elefantes, que los griegos iban á ver por primera vez.

Alejandro había recibido continuos refuerzos de Grecia, donde sus agentes reclutaban con el oro adquirido en Asia numerosas tropas de mercenarios. Su ejército contaba cuarenta mil infantes y siete mil caballos. Llegada la noche, las innumerables hogueras de los bárbaros hicieron resaltar más aún la desproporción de las fuerzas: Parmenión proponía atacar á favor de las tinieblas y por sorpresa; pero Alejandro rechazó este consejo como indigno de él, además de que la prudencia misma le aconsejaba no confiar á la oscuridad, en lugares mal conocidos, el éxito de una batalla decisiva.

El 2 de octubre del año 331 se libró la acción; en la mañana de aquel día

(1) Plutarco, *Alex.*, 38, y *Apophth. reg. Alex.*, 15. Didot, *Moralia*, tomo I, pág. 215.

(2) *Política*, III, 13.

(3) El dios mirando á la derecha, detrás una rama de laurel. Reverso: ΑΙΒΥΣΤΡΑΤΟ, nombre de un magistrado; tallo de silfium. Tetradracma de Cirene.

costó mucho despertar á Alejandro, que muy ocupado la víspera en los preparativos, no pudo conciliar el sueño hasta el amanecer. En el centro de su primera línea situó la falange, compuesta de diez y seis mil hombres armados con la larga

lanza, á los cuales Darío opuso, como en Isso, los mercenarios griegos; y detrás de su línea de batalla dispuso una segunda, que debía dirigirse allí donde las persas intentaran envolver á los macedonios. «Darío tomó posición intrépidamente frente al rey, que se apoyó desde luego sobre su derecha; los persas respondieron á este movimiento prolongando su izquierda, y como la maniobra de los griegos debía obligarles á salir á terreno llano, Darío aceleró el movimiento de aquélla, á fin de cercar con su caballería la derecha del enemigo. Alejandro mandó cargar á la caballería escita y bactriana, cuyas monturas iban protegidas, lo propio que sus jinetes, los catafractarios, por placas de metal sobrepuestas, á propósito para rechazar las flechas, aunque insuficientes contra la lanza ó espada. Como cedieran en su auxilio, haciéndolos volver al combate, y fué necesario un



Batalla de Arbelas (1)

vigoroso esfuerzo para romper su línea. En aquel difícil momento, Darío lanzó sus carros armados de hoces contra la falange; pero los macedonios estaban ya aleccionados en la manera de combatirlos, y apenas aquéllos se pusieron en movimiento, los agrianos y los honderos arrojaron contra los conductores y contra los

(1) Relieve en mármol descubierto en Italia y conocido con el nombre de *Relieve Chigi*, según O. Jahn, *Griechische Bilderchroniken*, tab. VI, M. — Dos mujeres con la cabeza coronada sostienen con una mano un escudo en que se ha esculpido un combate de caballería y con la otra hacen libaciones en un altar adornado de figuras: estas dos mujeres son Europa y Asia (ΕΥΡΩΠΗ, ΑΣΙΑ) y el combate es el mismo que decidió la victoria de Arbelas, según nos lo dice la inscripción grabada sobre el escudo; este último viene á ser una ofrenda que Europa y Asia consagran en un santuario en honor de Alejandro. En efecto, debajo del escudo se lee: 'Η ἐπὶ πᾶσι μάχῃ τρίτῃ πρὸς Δαρῆον γενομένη ἐν Ἀρβήλοις. Sabido es que la victoria de Arbelas, la tercera que Alejandro alcanzó sobre Darío, fué decisiva. Un epigrama grabado en la parte superior y en la inferior del relieve ensalza el nacimiento y la gloria del vencedor:

Ἐπταξαν βασιλῆες ἐμὸν δόρυ ἔθνεα τ' αὐτῶν,  
 ὅσα περὶ γαίης Ὀκεανὸς νέμεται.  
 Εἰμί δ' ἄφ' Ἡρακλέος Διὸς ἔκγονος, υἱὸς Φιλίππου,  
 Αἰακιδῶν γενεῆς μητρὸς Ὀλυμπιάδος.

caballos una nube de dardos que les detuvieron. Algunos carros, no obstante, atravesaron las líneas, que se habían abierto á su paso, y fueron cogidos, antes de que hicieran daño alguno, por los hipaspistas y los palafreneros.

«Darío puso entonces en movimiento todo su ejército: Alejandro avanzó á la cabeza del ala derecha, ordenando á Aretes que con su caballería ligera se dirigiese contra la persa, dispuesta á envolverle: una carga á fondo entreabrió las filas de los bárbaros; Alejandro siguió adelante, y formando una cuña con la caballería de los heterios y la falange, penetró en medio del enemigo. La lucha duró poco; Darío retrocedió ante aquella tropa compacta y erizada de hierro, y emprendió la fuga al ver su caballería derrotada.

»Mientras, en el centro, la línea de los griegos había sido rota por una parte de la caballería india y persa, que pudo abrirse paso hasta los bagajes; durante un instante el desorden fué grande, pues los prisioneros se volvieron contra aquellos que les guardaban; pero la segunda línea, volviendo atrás, cogió á los persas por retaguardia, mató á muchos de ellos, cuyos movimientos se veían entorpecidos por los bagajes, é hizo huir á los demás. En la izquierda, el ala derecha de Darío había cercado á los griegos y amenazaba á Parmeni6n, que envi6 un aviso al rey para anunciarle el peligro que corría: Alejandro corri6 presuroso, á la cabeza de los heterios, de la derecha á la izquierda. En aquel momento cay6 sobre una poderosa columna de partos, indios y persas, que se retiraban en buen orden: el choque fué terrible, porque estas fuerzas habían forzosamente de ser cogidas si no lograban abrirse paso. Sesenta heterios perecieron y Efesti6n qued6 herido; pero los macedonios vencieron al fin, y de los jinetes persas no escaparon sino aquellos que consiguieron atravesar las filas. Cuando Alejandro lleg6 en auxilio del ala izquierda, la caballería tesaliana había recobrado la ventaja; de modo que, siendo su presencia inútil, dej6 á Parmeni6n apoderarse del campamento de los bárbaros y recoger el botín, mientras él se lanzaba en persecuci6n de Darío. Llegada la noche, detúvose para dar algùn descanso á su tropa y después tom6 el camino de Arbelas, donde esperaba sorprender al rey persa y adonde lleg6 al día siguiente, cuando el rey había ya partido, dejando empero en ella sus tesoros, su carro y sus armas. En dos días, Alejandro había librado una gran batalla y recorrido 600 estadios, ó sean más de cien kilómetros. En el combate sólo perdi6 cien hombres y unos mil caballos, muertos por el enemigo ó de fatiga, y más de la mitad de las bajas ocurrieron en la caballería de los heterios. Por parte de los bárbaros se contaron, según se dice, trescientos mil muertos, y el número de prisioneros fué más considerable aún (1).»(Arriano.)

El valle del Eufrates y del Tigris separa dos mundos, que muy raras veces reuni6 la política (2). Así como Alejandro se lanz6 después de Arbelas con rápida carrera desde las orillas del Tigris á las del Indo, nosotros corremos presurosos á través de esas provincias, objeto de tantas conquistas efímeras en que Grecia no figur6 más que un instante. La geografía y la historia de esos países no pertenece á la antigüedad clásica, de la cual no hemos de salir.

(1) Quinto Curcio (IV, 16), aproximándose sin duda esta vez más á la verdad, supone cuarenta mil muertos para los persas y trescientos para los macedonios; Diodoro (XVI, 67) habla de quinientas bajas; pero no ha de concederse más que una confianza limitada á casi todas las cifras que los antiguos escritores conservaron.

(2) Véase la *Historia de los Romanos*.

IV. — OCUPACIÓN DE LAS CAPITALS PERSAS. — MUERTE DE DARÍO.  
 DERROTA DE LOS LACEDEMONIOS (330).  
 SUMISIÓN DE LAS PROVINCIAS ORIENTALES (329).

Después de Arbela, como después de Isso, Darío había escapado de los vencedores; Alejandro le dejó huir con algunos miles de hombres y marchó por el Sur á lo largo del Tigris, para apoderarse de las capitales y de los tesoros que encerraban. Cuando estuvo cerca de Babilonia, los sacerdotes, los magistrados y los habitantes salieron á su encuentro cargados de ofrendas. El rey habló con los magos, ofreció sacrificios á Bel y dispuso que se reconstruyera su templo, así como todos los que Jerjes había destruído. Del oro encontrado en esta ciudad dió 600 dracmas por cabeza á la caballería macedónica, 500 á la extranjera, 200 á la infantería nacional y un poco menos á los mercenarios; era un anticipo á cuenta de los beneficios de la conquista.

Después de organizar el gobierno de las provincias sometidas, marchó por el Este hacia los países que eran el centro y como el santuario del imperio; en veinte días llegó á Susa, donde encontró 40,000 talentos en lingotes, 9,000 en numerario y las estatuas de Harmodios y de Aristogitón, que restituyó á los atenienses. Quince mil macedonios, tracios ó peloponesios, reunidos por Antípater con el dinero que Alejandro le había enviado, llenaron en aquella ciudad las bajas de su ejército, ocasionadas menos por el hierro del enemigo que por las guarniciones que dejaba tras sí. Entre Susa y Persépolis el camino era difícil y peligroso á causa de las áridas llanuras que había que atravesar, de las escarpadas montañas que era preciso franquear y de los estrechos desfiladeros por donde se debía pasar, á pesar de los peñascos que Ariobarzanes, valeroso sátrapa que había escapado de Arbela con treinta ó cuarenta mil hombres, arrojaba sobre sus enemigos. Alejandro no tuvo que luchar sólo contra la naturaleza: el belicoso pueblo de los uxianos, por cuyas montañas no pasaba el gran rey sin pagar el debido tributo, quiso detenerle, por lo que hubo de abrirse á viva fuerza las puertas pérsicas, librando memorables combates en los cuales mostró esa audacia temeraria que le ganaba el corazón de sus soldados.

Persépolis (*Istakar*), metrópoli del imperio, «era entonces la más rica de todas las ciudades que el sol alumbraba (1).» (Diodoro.) Dícese que al acercarse á sus murallas, los macedonios encontraron cuatro mil griegos asiáticos que, después de mutilados espantosamente, habían sido relegados en aquel remoto destierro, y aquel espectáculo excitó la cólera de los vencedores. Persépolis fué entregada al pillaje y á la noche siguiente la orgía aumentó las ruinas, cuando Alejandro, conducido por la cortesana Thais, incendió el palacio de los reyes para vengar á Grecia de la que-

(1) «En cuanto á mí, dice M. Dieulafoy en su curioso libro titulado: *El arte antiguo de Persia*, cuando trato de reconstruir con el pensamiento esos grandiosos edificios; cuando veo esos pórticos de mármol ó de pórfido pulimentado, esos toros bicéfalos, cuyos cuernos, pies y ojos, así como sus collares, debían estar revestidos de una delgada capa de oro; cuando me represento las vigas y tablones de cedro del entablamento y de los techos, los mosaicos de ladrillos, semejantes á espesos encajes, aplicados como revestimiento sobre las paredes, las cornisas cubiertas de placas de esmalte de color azul turquesa, iluminadas por un rayo de luz reflejado en la arista saliente de aleros de oro y plata; y cuando me acuerdo de las colgaduras suspendidas delante de las puertas, de los finos recortes de los arabescos y de los espesos tapices, preguntome á veces si los monumentos religiosos de Egipto y si los mismos templos de Grecia producirían en el ánimo del visitante una impresión tan profunda como la que se experimenta ante los palacios del gran rey.»

ma de sus templos (1). ¿Son verdaderas estas historias? Si prescindimos de algunos detalles, demasiado bien combinados para el interés dramático, solamente quedará como verosímil que Alejandro quiso anunciar á todo el Oriente, con aquella destrucción del santuario nacional, el fin de la dominación persa. En cuanto á la ciudad, no fué destruida, como dice Quinto Curcio, puesto que poco tiempo después de la muerte del conquistador vemos al sátrapa Peucestes ofrecer en ella sacrificios á los manes de Filipo y de Alejandro. Para su parte de botín el nuevo soberano de Oriente se apoderó de 120.000 talentos, montón de oro de que Darío no había sabido utilizarse; y á fin de completar la toma de posesión de las ciudades santas de los Aqueménides, pasó de Persépolis á Pasargade, que encerraba la tumba de Ciro y donde se efectuaba la coronación de los reyes (mayo y junio 330) (2).

Una vez ocupadas Babilonia, Susa y Persépolis, Alejandro no tenía ya nada que hacer al Sur del imperio, y poniéndose de nuevo en persecución de Darío, remontó hacia la ciudad de Ecbatana (*Hamadán*), adonde llegó ocho días después de haber salido de ella el fugitivo. Allí depositó su botín de guerra, consistente en 180.000 talentos, confiándolo á la custodia de Parmeni6n, y allí estableció su nueva base de operaciones. Seis mil griegos se agregaron á su ejército, pero otros pidieron licencia para volver á su país. Además de su sueldo y de su parte de botín, el rey les dió 2.000 talentos.

Si desdeñoso se había mostrado Alejandro para perseguir al monarca fugitivo mientras hubo ciudades y tesoros de que apoderarse, en cambio dió pruebas de la más ardiente actividad en perseguirle cuando ya no había más presa que él. En once días recorrió cuatrocientos ochenta kilómetros y pudo llegar á Rhagees (*Rey*, cerca de Teherán), á corta distancia de las Puertas Caspias. Darío acababa de franquearlas, y por lo tanto debía desesperarse de alcanzarle; pero dos servidores del rey se presentaron para anunciarle que Bessus, sátrapa de la Bactriana, había encadenado á Darío y le llevaba en su séquito por el camino del Arie (*Korasán*), que conducía á su gobierno. Alejandro vuelve á emprender la persecución; durante tres días y tres noches sigue avanzando casi sin detenerse; y al cuarto, seguido de quinientos de sus mejores guerreros, montados en los caballos que aún quedaban útiles, alcan-



Monedas de un sátrapa (3)

(1) Más tarde circuló una tradición entre los orientales, según la cual habíanse destruido en aquel incendio los libros sagrados de Zoroastro, el *Zend Avesta*. No habla Arriano de los mutilados; pero Diodoro, Justino y Quinto Curcio hacen mención del hecho, y atendida la acostumbrada crueldad de los gobernadores asiáticos, hay razón para aceptarlo como verídico.

(2) La situación de Pasargade ha sido asunto muy discutido: unos suponen que esta ciudad se hallaba al Noroeste de Persépolis y otros sostienen que al Sudeste. Esta última opinión es la del viajero que más recientemente ha visitado la Pérsida, M. Dieulafoy, y á ella debemos atenemos.

(3) Cabeza de un sátrapa mirando á la derecha y cubierta con la tiara oriental, parecida al turbante árabe. En el reverso se ve al sátrapa de pie en actitud de adoración delante del *pireo* ó altar del fuego; en el campo, á la derecha, un estandarte. Inscripción aramea, en la cual se ha pretendido leer el nombre de un sátrapa, Fahaspes (?). Tetradracma. - 2. En el reverso del óbolo, un arquero persa sin ninguna inscripción. Estas monedas se han atribuído sucesivamente á Susa, Persépolis y Armenia. Véase *Crónica numismática*, 1879.

za á los persas no lejos de Hecatompilos. Al verle sus enemigos se dispersan espartanos y Alejandro hállase por fin frente al cadáver de Darío, que había sido asesinado. No habiendo podido Bessus inducir al rey á seguirle, había dejado en el camino su cadáver cosido á puñaladas (julio 330). Alejandro dispuso que se le hicieran regios funerales.

Antes de que la noticia de este triste fin del último sucesor de Jerjès hubiese franqueado el mar Egeo, Esquines exclamaba en Atenas: «Hemos nacido para legar á la posteridad increíbles relatos. ¿No es el rey de los persas quien perforó el Atos y encadenó el Helesponto, el que pidió á nuestros padres la tierra y el agua, y que en sus mensajes se atrevía á titularse soberano del mundo, desde los lugares donde el sol sale hasta aquellos en que se pone; no es él, repito, quien trata ahora, no ya de salvar su imperio, sino su vida, en una lucha desesperada?» (1). Esquines se engañaba en esto; no había habido lucha desesperada, pues el gran rey acababa de sucumbir víctima de un asesinato vulgar, y su inmenso imperio había caído como torre cuarteada en su base que se derrumba á la primera sacudida.

Mientras que Alejandro ganaba un imperio, estuvo á punto de perder su patrimonio. A Queronea es adonde los espartanos hubieran debido ir; y lo que no hicieron frente á Filipo, intentáronlo al ver á su hijo ocupado en el fondo del Asia. Habían rehusado reconocer el congreso de Corinto y tenían siempre diputados cerca de Darío. La derrota de un general macedonio por los escitas del Danubio, que le mataron mucha gente, y la rebelión del gobernador de Tracia, decidieron á los espartanos á intentar un ataque y á aprovecharse de los apuros de Antipáter. Los eleanos, los aqueos, menos Pelene, y los arcadios, excepto los de Megalópolis, se unieron á ellos, de suerte que su rey Agis pudo sitiar esta ciudad últimamente citada con veinte mil infantes y dos mil caballos. ¿Haría vacilar aquel inesperado movimiento de Lacedemonia á la ciudad de Atenas, que deseaba tan poco la hegemonía de Esparta como la de los macedonios? Demóstenes, por lo menos, guardó silencio, y cuando un orador pidió el armamento de las galeras, Démades, entonces administrador del *teoricón*, contestó que no faltaban en su casa recursos, pero que si se gastaba el dinero en aquellos preparativos, no podría distribuir á cada ciudadano la media mina que reservaba para la fiesta de Coes. No sé si la esperanza de aquella gratificación decidió al pueblo á ser prudente; más bien me inclino á creer que algunos hombres muy previsores hicieron ver que la ciudad estaba mantenida en jaque por la guarnición macedónica de Cadmea y su puerto bloqueado por las flotas de Alejandro, dueñas ahora del mar; que los beneficios de la victoria, si ésta se obtenía, serían únicamente para Lacedemonia; y por último, que los desterrados serían devueltos á sus hogares y los gobiernos democráticos derribados.

Antipáter hizo frente á todo; arregló los asuntos de Tracia, y aun pudo llegar á tiempo con cuarenta mil hombres para salvar á Megalópolis. El rey espartano pereció con cinco ó seis mil de los suyos: como Agis, que herido de muerte se incorporó un momento, apoyándose sobre una rodilla, y combatió hasta recibir el golpe mortal, Grecia volvía á caer á los pies de los macedonios herida de muerte (septiembre 330). El congreso reunido en Corinto acordó que varios diputados fueran en busca de Alejandro para que dispusiese de la suerte de los vencidos. El conquistador, recordando los consejos de Aristóteles, quien le recomendaba que fuera para los griegos un generalísimo y no tratase de gobernar como dueño y señor más que á los bárbaros, se mostró clemente. Los aqueos, los eleanos y los arcadios, que siendo individuos de la alianza habían infringido el pacto federal, fueron castigados

(1) Esquines, *Contra Clisifón*, § 132.

con una multa de ciento veinte talentos que debían pagar á Megalópolis; y en cuanto á Esparta, que no formaba parte de la liga, solamente le exigió los cincuenta rehenes reclamados por Antípáter.

Alejandro había sabido la derrota de los espartanos casi al mismo tiempo que la sublevación, y en medio de su gran empresa, semejantes agitaciones le parecieron insignificantes. «Mientras derribamos el imperio de los persas, dijo á sus guerreros, en Arcadia se ha librado una batalla de ratones;» semejante desdén era para los espartanos una segunda derrota. En aquel momento, Alejandro tenía razón de no cuidarse de los asuntos de Grecia; preocupábale mucho más Bessus, que podía establecer un centro de resistencia en la Sogdiana y en la Bactriana, donde acababa de tomar el título de rey, y en su consecuencia resolvió no darle tiempo para fortificarse; pero fiel á su táctica de no dejar tras sí ningún centro de resistencia ni pueblo alguno de fidelidad sospechosa, avanzó más aún por el Norte para cerrar el camino del Asia Menor y del Euxino á los que quisieran promover alguna perturbación en el Occidente. Hecatompilos estaba, al parecer, situada en los alrededores de Shahrud, al Sur de Asterabad: entre estas dos ciudades extiéndense montañas cuya base bañan las aguas meridionales del Caspio, separando la Partia (*Kohistán*) de la Hircania (*Mazanderán*) y continuando al Este para unirse, por el Cáucaso indio ó Paropamisos (*Hindu-kush*), con las moles colosales del Himalaya; esta cadena se alza, con alturas que varían mucho, entre dos países muy diferentes (1), el Turán y el Irán, ó la Bactriana y la Sogdiana al Norte y la Persia y el Afghanistan al Sur. Después de haber sometido rápidamente á los partos, á los mardos y á los hircanios, Alejandro continuó la persecución de Bessus y de paso conquistó el Aria, donde fundó una Alejandría que, bajo el nombre de Herat, subsiste aún como uno de los grandes mercados de Oriente y como una de las puertas de Persia y de la India. Un cómplice de Bessus gobernaba la Drangiana y la Aracosia (*Seistán*); Alejandro corrió en su busca y consiguió que los indios se lo entregaran. Una tragedia le detuvo un momento: Filotas, hijo de Parmenión, recibió noticia de que se tramaba una conspiración contra la vida de Alejandro y durante tres días guardó el secreto, que alguna otra persona comunicó al rey. Esta dilación inexplicable, una carta muy vaga de Parmenión y las palabras llenas de amargura y los sarcasmos que Filotas se permitía hacía largo tiempo contra Alejandro, fueron suficientes para que se creyese en su complicidad, y el rey le acusó él mismo ante el ejército (2). Sometido á la tortura, hizo declaraciones que tal vez el dolor arrancaba (3) y el ejército le lapidó, pereciendo con él varios de sus amigos, todos oficiales de alta graduación. Lo más odioso que hubo en aquel lúgubre y tenebroso drama fué el asesinato del anciano Parmenión: guardaba éste en Ecbatana, á treinta jornadas de allí, inmensos tesoros, y temiendo una rebelión, Alejandro

(1) Entre Herat y Saraks extiéndese de Sur á Norte el valle de Heri-Rud, dominado por colinas que apenas miden 300 metros de elevación y que conduce á las inmediaciones del valle de Murghab, donde se halla el oasis de Merv; de modo que el paso desde una á otra vertiente, desde el Turán al Irán, es por este lado muy fácil. Nadir-Schah decía: «Quien posee Herat tiene la empuñadura del sable con que se domina el Turán y el Irán.»

(2) Véase pág. 150.

(3) Prescindiendo de las confesiones arrancadas por el tormento, siempre resulta que Filotas no reveló á tiempo un crimen de alta traición, que nuestras antiguas leyes castigaban con la muerte, como sucedió con De Thou. Los artículos 103 y 107 del código penal de 1810 castigaban aún con la reclusión ó el encarcelamiento la ocultación de crímenes que comprometían la seguridad del Estado. Hasta que se publicó la ley de 1832 no fueron derogados estos artículos. También era costumbre de los macedonios, como de muchos pueblos bárbaros, que los parientes de un proscripto fueran desterrados con él. (Quinto Curcio, VI, 11, 20.)

expidió un mensajero que, montado en un ligero dromedario, atravesó en once días el desierto, llegó adonde estaba Parmeni6n, entreg6le una carta falsa de su hijo, y mientras la leía le asesin6 (330).

Desde Proftasia (*Farrak?*), teatro de tan tristes escenas, Alejandro (1) pas6 6 los desfiladeros del Paropamisos, que le separaba de la Bactriana, dejando tras sÍ otras dos AlejandrÍas, una de las cuales, floreciente aÚn hoy, conserva el nombre de su fundador, Kandahar (2). Una rebeli6n de los arrianos no le detuvo, sino que envi6 contra ellos un destacamento y penetr6 en la Bactriana.

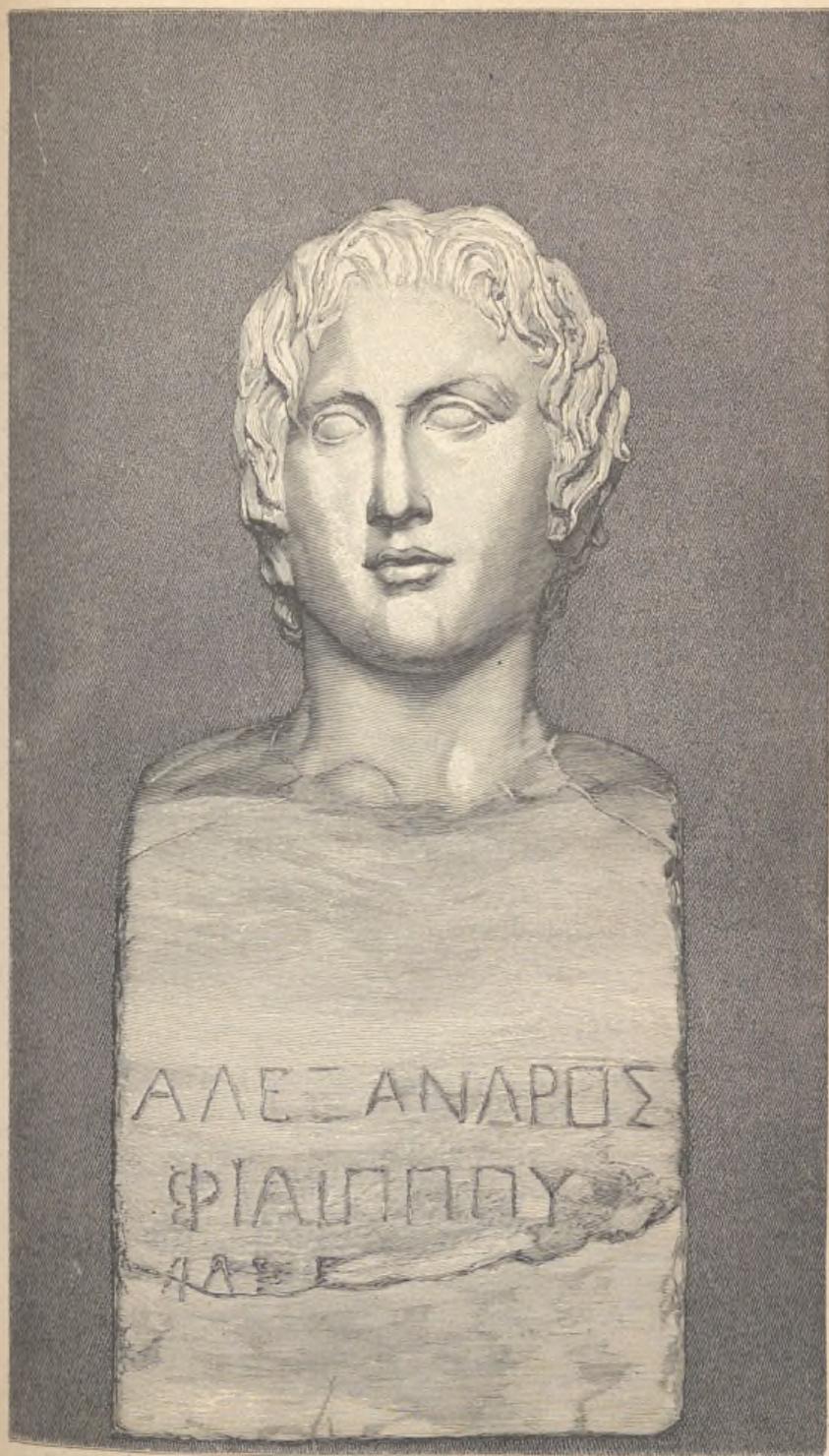
Desde aquel instante, Alejandro dejaba muy lejos detr6s de sÍ las grandes llanuras del Asia central y llegaba 6 paÍses erizados de montaÑas y cortados por barrancos, en donde encontraba en vez de las masas confusas que tan f6cilmente dispersara en Arbelas, montaÑeses que en aquella regi6n, como en todas partes, eran en6rgicos 6 intr6pidos. A las grandes batallas sÍguense los combates aislados, los sitios, las luchas contra la naturaleza en medio de los bosques cubiertos de la nieve del C6ucaso indio, con frÍos tales como los macedonios no los habÍan sentido jams. Durante catorce dÍas sufrieron todas las miserias imaginables, y cuando llegaron al fin, saliendo de aquellos pasos por el Norte, 6 la primera ciudad de la Bactriana, Adrapsa (*Anderah?*), hallaron todo el paÍs devastado, pues Bessus habÍa hecho el desierto ante el ej6rcito invasor. Sin embargo, Aornos, «la inexpugnable,» y hasta Bactres, fueron tomadas.

Los macedonios se hallaban, pues, en el valle del Oxus, caudaloso rÍo que fu6 atravesado por medio de un puente que Alejandro improvis6 con la piel de las tiendas transformadas en odres rellenos de paja, sobre los cuales se apoyaron algunas vigas y tablas, por donde pas6 todo el ej6rcito. El sogdiano Espitamenes, aliado de Bessus, viendo su causa perdida, le entreg6 al rey, quien despu6s de mandarle azotar 6 la vista de sus tropas, abandon6lo 6 las crueles venganzas de los parientes de DarÍo (329).

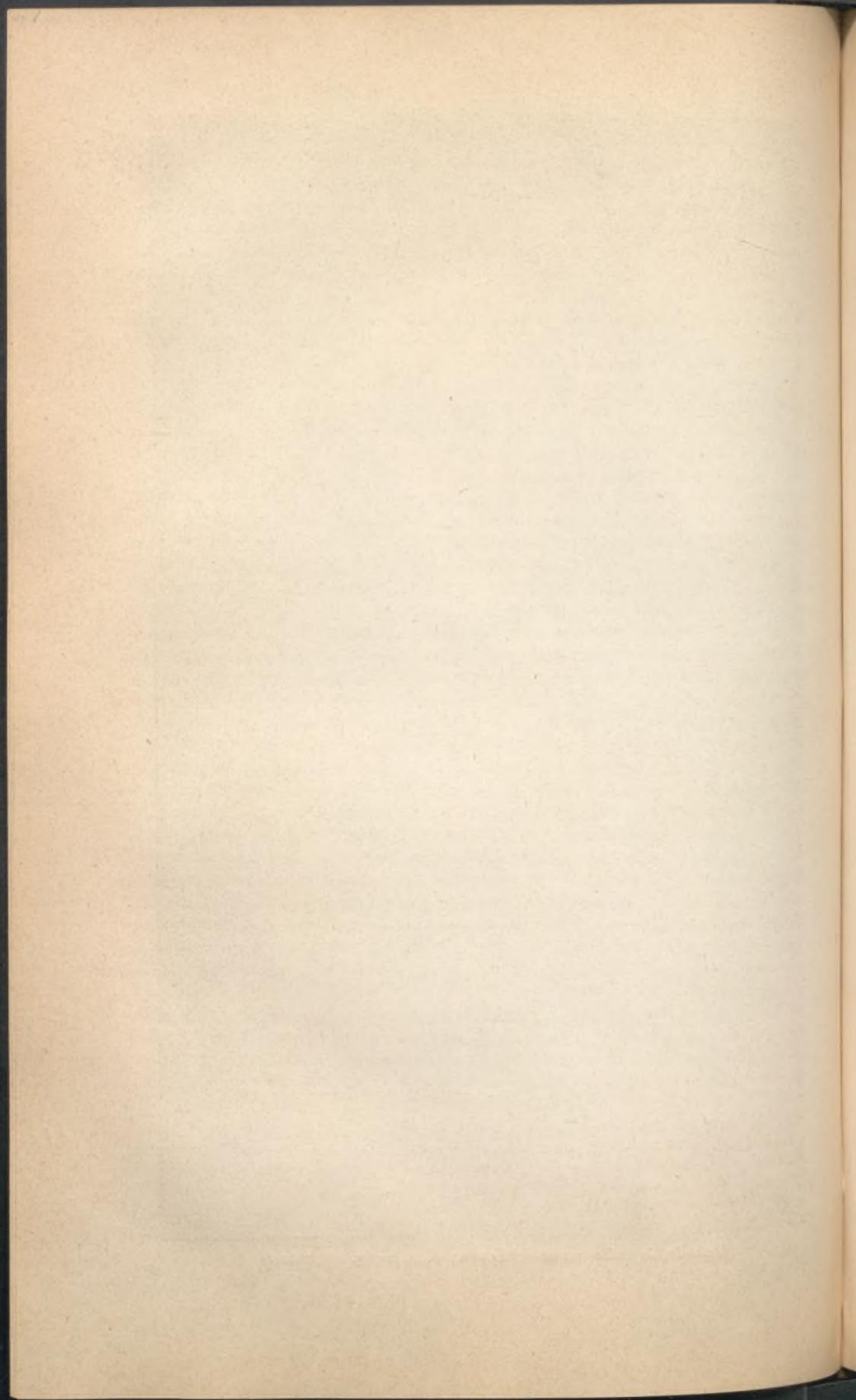
Estos tormentos y aquel asesinato no eran m6s que represalias; en cambio la matanza de los Br6nquidas fu6 un acto abominable: eran griegos descendientes de una familia que, ciento cincuenta aÑos antes, habÍa entregado 6 Jerjes los tesoros del templo de Apolo, cerca de Mileto, del cual era guardiana. Despu6s de Salamina y Platea, apelaron 6 la fuga para librarse del odio de sus conciudadanos, y el gran rey les di6 tierras en la Bactriana, donde habÍan conservado sus tradiciones y su lengua. Por esto, al tener noticia de que un ej6rcito griego se aproximaba, corrieron 6 su encuentro alegremente; pero Alejandro, para vengar al dios y 6 Grecia, vendidos por sus padres, dispuso que hombres, mujeres y niÑos fuesen inmolados

(1) El grabado de la p6gina siguiente representa un hermes de m6rmar descubierto en Tivoli en 1779 por el caballero Azara y que, regalado despu6s 6 Bonaparte, fu6 depositado en el museo del Louvre. Tal vez sea el 6nico retrato aut6ntico de Alejandro, y desgraciadamente h6llase en muy mal estado de conservaci6n. Adem6s, 6 juzgar por los caracteres de la inscripci6n, ese busto no es m6s que la copia de un original hoy perdido. La cabeza, que llevaba ceÑida una cinta real, sin duda de bronce, est6 ligeramente inclinada hacia la izquierda; y ya sabemos que 6 causa de una enfermedad, 6 m6s bien de una contracci6n de los m6sculos del cuello, Alejandro tenÍa la cabeza inclinada de este lado.

(2) Los orientales llaman 6 Alejandro *Iskander*. Al salir de los desfiladeros del Paropamisos, el rey fund6 otra AlejandrÍa para guardarlos por el Norte. Una misi6n rusa dirigida por M. Kani-koff practic6 desde 1858 6 1859 una exploraci6n cientÍfica del Koras6n, pasando por Asterabad, Mehed y Herat; descendió al lago Ham6n, en el Seist6n, vasto recipiente sin salida de las aguas de las regiones inmediatas, y volvi6 por Kirm6n, Yezd y Teher6n. Esta expedici6n sigui6, pues, una parte del camino de Alejandro y pudo comprobar la perfecta exactitud de los documentos antiguos respecto 6 las marchas del ej6rcito maced6nico.



Busto de Alejandro (museo del Louvre; véase la pág. 222, nota 1)



hasta el último, arrasó su ciudad y cortó los árboles para que el lugar habitado por la raza sacrífega fuese condenado á la desolación (1).

Después de la Bactriana, fué sojuzgada la Sogdiana y los vencedores ocuparon su capital, Maracanda (*Samarcanda*?). Pero Alejandro no se detuvo allí, sino que avanzó hasta el Yaxartes, franqueóle, y al otro lado de él derrotó á los escitas. En los mismos lugares, y en las orillas de aquel río, fundó una nueva Alejandría, (*Khodjend*?), que fué el punto más lejano que alcanzó por el Norte (2). Varios cronistas, que creían en las antiguas leyendas, suponen que en este punto la reina de las Amazonas hizo á Alejandro una visita interesada: esta reina era, según lo refirió el mismo conquistador á Antipáter, una hija del jefe de los escitas, que su padre ofrecía para el harem del vencedor (3).

Una insurrección promovida por Espitamenes obligó al rey á volver al Sur; un cuerpo de su ejército había sido aniquilado por el sátrapa, que pudo escapar de sus perseguidores; pero Alejandro castigó á la provincia por aquella sublevación, en la que tal vez no había tomado parte, cometiendo en ella espantosos destrozos (329). Al año siguiente el movimiento tuvo más importancia: uno de los oficiales de Alejandro, Peithon, fué secuestrado con toda su gente por Espitamenes; pero la toma, en un día, de la roca Sogdiana, fortaleza famosa en aquel país, intimó á varios de los revoltosos.

Al oír la intimación de Alejandro, el gobernador había contestado: «¿Tienes alas?» Y en efecto, parecía necesario tenerlas para alcanzar la inaccesible ciudadela. El rey prometió doce talentos al primero que tocase las murallas, y un reducido destacamento escaló la roca, cortada á pico.

En la fortaleza, Alejandro encontró la familia de un magnate persa, cuya hija Roxana era de incomparable belleza. La política del conquistador consistía en unir los dos pueblos; en las ciudades que fundaba quería siempre mezclar á los griegos con los indígenas, y él mismo dió el ejemplo de esta fusión de ambas razas contrayendo matrimonio con Roxana. El padre, lisonjeado con tanto honor, acudió presuroso á someterse, siguiendo su ejemplo una parte de la provincia. A fin de asegurar mejor la tranquilidad de aquel país, el rey macedonio encargó á Efestión que fundara en él doce ciudades, las cuales debían servir de baluarte contra los escitas; mientras que él mismo registraba todos los puntos de la Sogdiana, para no dejar una sola fortaleza cerrada contra él ni un enemigo armado. Una sorpresa que Espitamenes intentó, fué fatal: el enemigo le derrotó, y al acercarse los macedonios, los mesagetos libraron á sus tribus del pillaje enviando al conquistador la cabeza del audaz faccioso. Alejandro había necesitado dos años para someter aquellos belicosos pueblos, y pasó algunos meses más en la Bactriana, donde varios jefes rehusaban deponer las armas y de donde al fin partió para comenzar su expedición contra la India (328).

Tras sí dejaba en aquellas regiones grandes pero también terribles recuerdos. En los desiertos del Oxo se le había visto, después de una larga marcha á pie á la cabeza de sus tropas y abrasado por la sed, rehusar un poco de agua que uno de los suyos había encontrado y derramarla en tierra porque no podía compartirla con

(1) Ya hemos visto en el tomo I, pág. 144, que esta idea bíblica de castigar á los padres en las personas de los hijos era también griega, como lo fué igualmente púnica, pues el cartaginés Aníbal sacrificó tres mil prisioneros griegos en el campo de batalla de Himera, donde su abuelo Amílcar había perecido setenta años antes. (Diodoro, XIII, 62.)

(2) También ocupó, un poco más al Sur, siete fortalezas, erigidas sin duda por Ciro en el lindero de la estepa y una de las cuales tenía el nombre de este príncipe.

(3) Plutarco, *Alejandro*, 61.

sus soldados. En los combates veíasele siempre en primera fila, y con frecuencia quedó herido: jamás confiaba á otro la dirección de aquellas marchas prodigiosas que tantas veces le permitieron realizar golpes de mano inesperados y decisivos. En una gran cacería, viéndose atacado por un león, rehusó el auxilio de Lisímaco y venció á la fiera; pero esta vez el ejército, temeroso de alguna desgracia, decretó que el rey no podría cazar más á pie ni sin escolta. Su liberalidad, como su valor, no reconocía límites, y, según las circunstancias, mostraba en unas tanta perseverancia como en otras impetuoso arrojo. Había acostumbrado á los macedonios á no considerar nada como imposible; así es que muchos soldados, sobre todo los recién venidos, al ver las grandes cosas que se llevaban á cabo, recordaban los rumores difundidos sobre el nacimiento divino del rey, las respuestas de Ammón y la serpiente misteriosa que Filipo había encontrado el primer día en la cámara nupcial; y no faltaban necios aduladores que pretendían que el rey creyera en todas estas tonterías. Cierta día tempestuoso, Anaxarco de Abdera le dijo: «¿No eres tú, oh hijo de Zeo, quien hace retumbar el trueno allá arriba?» Pero los que rodeaban al conquistador seguían mostrándose incrédulos, y sus compañeros de la infancia, sus viejos generales, aquella antigua nobleza de Macedonia, en otro tiempo tan libre con sus reyes, no veía sin profundo despecho aquella apoteosis.

Cuando Alejandro, después de la muerte de Darío, adoptó las costumbres persas, ciñóse la diadema, revistió la túnica blanca y quiso que sus favoritos llevarsen ropaje de púrpura; cuando llegó á conocer el lenguaje de los vencidos y admitió en su guardia á los hijos de las más ilustres familias del país; cuando todo esto hizo, no cedió al vano deseo de igualar la magnificencia de los *grandes reyes*, sino que se acomodó á lo que la política exigía. Por lo demás, esta etiqueta oriental sólo la seguía para con los persas; en medio del ejército conservaba siempre la sencillez militar. Cierta noche, con un frío que había ocasionado la muerte de varios soldados, Alejandro, acampado en la Paretácena, se calentaba á la hoguera de un vivaque cuando de pronto ve acercarse, con paso vacilante, á un veterano atarido, que apenas podía abrir los ojos; detiéndole al punto, toma sus armas y le hace sentar en su sitio. Vuelto en sí, el soldado se turba al reconocer á su rey; pero éste le dice, sonriendo: «Camarada, entre los persas ocupar el asiento del rey es caso de muerte; mas para tí lo será de vida, porque el calor de ese fuego te habrá salvado.» Hecho trivial y buenas palabras, que se repetían con frecuencia, contribuyendo á que se realizaran grandes cosas. Algunos macedonios, sin embargo, se indignaban al observar el abandono de las costumbres nacionales y mostrábanse envidiosos de los persas, considerándolos como injustamente favorecidos. A pesar de su firmeza y de su genio, Alejandro no consiguió conciliar sus derechos de conquistador del Asia con las consideraciones que la prudencia le aconsejaba guardar á aquellos que le habían asegurado tan deslumbradora fortuna. Era difícil desempeñar dos papeles á la vez, ser al mismo tiempo el gran rey para los persas y conservarse rey de Macedonia para sus compañeros de armas, sin oír los sordos rumores que contra él circulaban. No menos difícil era á varios de los que habían visto á los Heráclidas tan pobres de autoridad y de riqueza, aceptar sin murmuraciones la nueva situación que el orden de cosas les imponía, y que ellos mismos habían ayudado á crear. El uno se dejó dominar por el orgullo y los accesos de cólera de un déspota oriental, y los otros se entregaron á la indisciplina y á la insolencia. Alejandro había creído encontrar ya traidores y conspiradores: así había hecho morir á Filotas y asesinar á Parmenión. Una deplorable escena demostró en 328 los progresos de este doble mal.

En Maracanda, durante una fiesta de los Dioscuros, varios de esos rastreros per-

sonajes, adivinos ó sofistas, cuyas lisonjas alimentaban el orgullo de Alejandro, quisieron ensalzar al rey hasta el punto de anteponerle á las dos divinidades cuyas hazañas se celebraban, y hasta al mismo Hércules. Clito, indignado, grita que Alejandro no lo ha hecho todo por sí solo, añadiendo que una buena parte de la gloria pertenece á los macedonios; y al oír cómo se quitaba importancia á los actos de Filipo para glorificar los de su hijo, el anciano general, fuera de sí, comienza á elogiar al padre, hace la crítica de Alejandro, y mostrando su brazo al rey, exclama: «Sin el auxilio de este brazo habrías muerto en el Gránico.» Alejandro, ebrio de vino y de cólera, no puede contenerse más; arranca la pica de manos de uno de sus guardias y traspasa á su amigo, á su salvador. En aquella naturaleza generosa, el arrepentimiento seguía muy pronto á la falta: dicese que, recobrando al punto su serenidad, volvió contra su pecho la punta de la lanza, é iba á clavarse el arma por su propia mano, cuando le contuvieron. Durante tres días permaneció en su tienda sollozando: llamaba á Clito y maldecíase á sí propio, negándose á tomar alimento alguno; pero el ejército entero se hizo su cómplice, decretando que el salvador de Alejandro había sido muerto con justicia. Todo el mundo conspiró para arrancar cuanto antes el remordimiento de su conciencia: los sacerdotes atribuyendo el crimen cometido en la embriaguez á la venganza de Baco, cuyos altares descuidaba, y el sofista Anaxarco censurándole porque rebajaba los derechos de un conquistador al nivel de la moral vulgar. «Lo justo, atreviase á decir, es lo que los reyes quieren y hacen; por eso en el Olimpo la justicia está al lado de Zeo, porque todos los actos de éste son justos y buenos »



Baco (1)

Todo ello, sin embargo, no evitaba que se hubiese derramado sangre: no era ésta la sola que debía verter Alejandro. Los persas, que al acercarse al príncipe se prosternaban ante el hijo de Ammón, ó más bien, según su costumbre nacional, ante el gran rey, veían á los macedonios acercarse libremente al conquistador; y este proceder diferente mantenía entre los dos pueblos la barrera que hubiera convenido destruir, á fin de borrar en los unos el recuerdo de la derrota y disminuir en los otros el orgullo de la victoria, dos sentimientos que impedían á Alejandro consolidar su conquista. Le había sido fácil someter la Persia, mas no lo era cambiar sus costumbres; y como lo que él fundaba era un imperio oriental, solicitó de los griegos que sacrificaran sus usos en interés de todos. Los antiguos jefes, acostumbrados á las concesiones que las necesidades exigían, consintieron en ello; pero un filósofo, ó más bien un sofista, que seguía á la expedición para escribir la historia de la misma, se negó á ello. Calístenes de Olinto, discípulo y sobrino de Aristóteles, combatió en la mesa misma del rey su política de conciliación con razones que, excelentes en Atenas ó en Esparta, no lo eran ya en el fondo de la Persia, si bien producían impresión en los jóvenes nobles, «los niños reales» (2), á quienes se había confiado la custodia de la tienda del rey. Uno de ellos, Hermolaos, escuchaba ávidamente las palabras del retórico, y habiendo sido castigado por una falta conspiró contra la vida del rey en unión de cinco de sus compañeros; pero descu-

(1) Baco con barba, largo ropaje y de pie; tiene en la mano un tirso y en la otra un jarro; detrás del dios se ve un altar adornado con una guirnalda, y sobre él una careta. Piedra grabada del Gabinete de Francia, topacio de 42 milímetros de altura y 20 de ancho.—Chabouillet, *Catálogo*, número 166.

(2) Véase pág. 148.

bierto su plan, fueron condenados y lapidados por los macedonios. Calístenes, á quien se supuso cómplice en la trama, fué ahorcado (1). Era un hombre de bien, que se distinguía por su rectitud y altivez y por su rígida virtud; pero Aristóteles, aunque reconociéndole mucha elocuencia, añade que le faltaba el buen sentido (2), lo cual no es contradictorio; y si conociendo la conjuración, como de ello le acusaban Aristóbulo y Ptolomeo en sus memorias, estimuló á sus autores á perseverar en ella, era cómplice y fué condenado legítimamente (327).

En la Sogdiana, Alejandro había recibido la embajada de un príncipe indio, Onfis, rey del país situado entre el alto Indo y el Hidaspes, cuya capital, Taxila, elevábase cerca de la ciudad moderna de Attock. El príncipe llamaba al macedonio en su auxilio contra otro rey vecino, Porus, y ofrecía abrirle las puertas de la India. Alejandro dejó en la Bactriana diez mil soldados y tres mil quinientos caballos para guardar el país hasta el Yaxartes, y á la cabeza de 120.000 infantes y 15.000 jinetes atravesó una vez más el Paropamisos para ganar el valle de Cofena (el Cabul), donde se hallan los desfiladeros famosos de Khaiber. Mientras Pérdicas y Hefestión iban por el Este á lo largo de este río hasta la ciudad moderna de Peschawar y la confluencia del Cofena con el Indo, Alejandro remontó por el Norte el valle del Couspes (afluente del Cofena en Djelalabad), á fin de someter á las belicosas tribus de los asprios, los assacenos y los gureos. Esta expedición, en la que los macedonios encontraban en cada desfiladero fortalezas casi inaccesibles, ocupó al ejército el resto del año 327 y principios del 326. Una segunda Aornos, ante la cual, según decían, Hércules había sufrido un descalabro, fué tomada después de varios prodigios de audacia y trabajos que prueban que Alejandro llevaba, además de sus incomparables soldados, hábiles ingenieros y una artillería de sitio formidable. En Nisa creyó encontrar vestigios del paso de Baco, y sirvióse de aquellos recuerdos mitológicos para exaltar el valor de sus macedonios. En efecto, parecía seguir los pasos de un dios ó de un héroe cuya gloria eclipsaba con la suya, empeñando con aquellos atrevidos montañeses luchas de gigantes. El Coaspes tiene sus fuentes en las montañas por cuyas vertientes septentrionales se prolonga el Oxo, de modo que Alejandro tenía en el Cáucaso indio la entrada de los valles que por el Indo descendían al Océano y por el Oxo al mar Caspio. Es la posición que los rusos quisieran tomar, y que probablemente ocuparán algún día, para abrirse la entrada de los mares meridionales.

En la primavera del año 326, Alejandro franqueó al fin el Indo, cruzó por los Estados del príncipe de Taxila, donde vió con sorpresa á los brahmanes entregados á sus austeridades, y llegó cerca de la ciudad moderna de Djawalpur, á orillas del Hidaspes. El deshielo había llenado aquella ancha cuenca de rápidas aguas, cubriendo todos los vados. En la orilla izquierda estaba Porus con un ejército formidable y elefantes de guerra, cuya talla y gritos bastaban para intimidar á tropas que no habían luchado aún contra aquellas máquinas de guerra vivientes. Porus, hombre intrépido, detuvo algún tiempo á su adversario y no cedió la victoria hasta después de un sangriento combate, en el cual quedó herido y prisionero. Quinto Curcio pone en boca de los dos príncipes palabras que no son verdícas pero que agrada repetir. «¿Cómo pretendes tú ser tratado? preguntó el vencedor á su cautivo. — Como rey. — Lo haré por mí, y ahora sepamos qué puedo hacer por tí. Habla. — Lo he dicho todo. — Te devuelvo tu reino y añadiré á él alguna cosa.» Alejandro cumplió

(1) Según otra versión, la de Aristóbulo, fué encerrado en una jaula de hierro y arrastrado detrás del ejército, muriendo en ella á los siete meses en la India.

(2) ...λόγω μὲν ᾗ δυνάτος καὶ μέγας, νόνον δ' οὐκ εἶχεν. (Plutarco, *Alejandro*, 54.)

su promesa; su generosidad, de acuerdo con su política, colocaba frente al príncipe de Taxila un rival que podía detenerle (mayo 326). En aquellos lugares fundó el macedonio dos ciudades, una de ellas, llamada *Nicea*, para recordar su triunfo y la otra, *Bucefalia*, en memoria de su fiel y viejo caballo, que acababa de morir á consecuencia de las heridas que recibió en la batalla.

En estas dos campañas Alejandro dió pruebas de su ordinario valor, pero también de cualidades militares más raras que las de los primeros años de la conquista. El paso del Hidaspes y la batalla que siguió son, según jueces competentes, como los generales ingleses que en aquellas regiones han combatido, hábiles maniobras de un jefe consumado (1).

V. — REGRESO DE ALEJANDRO (326); SU LLEGADA Á BABILONIA (324);  
SU MUERTE (323)

El conquistador, á quien la victoria alcanzada sobre Porus hacía dueño de la fértil región de los Cinco Ríos, siguió avanzando en dirección hacia el Este, y después de cruzar el Hidaspes atravesó combatiendo el Acesines y el Hidraotes y llegó á orillas del Hifases, que fué el límite extremo de su expedición. Allí se detuvo, no porque estuviese cansado de correr, sino porque sus tropas, según se asegura, le obligaron á ello. Rendidos de cansancio, maltratados por tempestades y continuas lluvias, que duraron setenta días (2), harapientos, y con las armas ya gastadas por el uso, temieron acometer las nuevas empresas en que su jefe quería aventurarse, á través de un desierto inmenso, contra aquellos gangáridos y prasios, cuyo rey podía enviar contra ellos doscientos mil soldados, veinte mil caballos y varios centenares de elefantes. En vez de cruzar el profundo río de corriente rápida que se extendía ante ellos, los soldados formaron grupos y comenzaron á murmurar, visto lo cual por Alejandro, convocó al punto á los jefes y díjoles: «No están lejos de aquí el Ganges y el mar Oriental, que se reune con el de las Indias y abraza el mundo. Desde el golfo Pérsico remontaremos hasta las columnas de Hércules, y sometiendo el Africa lo mismo que el Asia, haremos de los límites del universo las fronteras de nuestro imperio. Si yo no participara de vuestras fatigas y peligros, vuestro desaliento tendría razón de ser y podríais quejaros de una suerte desigual, que pondría á un lado las penas y á otro las recompensas; pero peligros, trabajos, todo es común entre nosotros, y la recompensa está al fin de la carrera. Este país es vuestro y vuestros son esos tesoros; y una vez sometida el Asia, no solamente llenaré, sino que sobrepujaré vuestras esperanzas. A los que quieran volver á sus hogares yo mismo les conduciré; á los que consientan en quedarse les colmaré de inestimables presentes.»

A este discurso síguese un profundo silencio. «Hable aquel que no apruebe mi proyecto,» añadió Alejandro. Nuevo silencio. Al fin, uno de los oficiales veteranos, Cenós, expresa los sentimientos de todos, suplicando al rey que les deje volver á Macedonia, «donde encontraría toda una juventud ávida de gloria y dispuesta á reemplazar á los soldados viejos.» Estas palabras son acogidas con universales aplausos y Alejandro se retira irritado.

(1) El general Cunningham, encargado de la inspección arqueológica de la India, cree haber descubierto el Aornos de Alejandro. Sobre los trabajos de los oficiales ingleses para encontrar las huellas del héroe macedónico, véanse las *Campañas de Alejandro en la India*, por el almirante Julien de la Graviere.

(2) La monzón del Sudoeste comienza en el Norte de la India hacia fines de junio.

Al día siguiente reúne de nuevo el consejo de los jefes. «Yo no obligo á nadie á seguirme, dice; vuestro rey seguirá adelante y encontrará soldados fieles. Los que desean retirarse, pueden hacerlo; id á anunciar á los griegos que habéis abandonado á vuestro rey.» Dicho esto, Alejandro se retira á su tienda, en donde permanece tres días sin hablar á ninguno de sus heterios, esperando una de esas revoluciones que no son raras en el espíritu de los soldados y cambian sus disposiciones; pero el ejército continúa guardando silencio. No obstante, el conquistador hace los sacrificios acostumbrados para obtener un trayecto favorable; los auspicios son contrarios, y entonces el rey, reuniendo á los jefes de más edad y á sus más íntimos heterios, les dice: «Puesto que todo me aconseja volver, anunciad al ejército la marcha.»

«Al saber esta noticia, la multitud profiere en gritos de alegría, corre á la tienda de Alejandro y le bendice, por haber sido bastante generoso para no ceder más que al amor de sus soldados. El rey divide su ejército en doce cuerpos y manda erigir para ellos otros tantos gigantescos altares, tan altos como las más elevadas torres, como monumento de sus victorias y un testimonio de su reconocimiento á los dioses. Terminada aquella obra, ordena sacrificios según el rito griego, juegos gímnicos y euestres, somete á la dominación de Porus todo el país hasta el Hifases y da por último la señal de marcha.» (Arriano.)

La escena es magnífica, y el veraz Arriano es quien la refiere; pero temo que se haya representado más dramática de lo que fué en realidad. Es posible que Alejandro quisiera franquear el Hifases y ver lo que había más allá; pero diversas razones debían impedirle ir más lejos. Entre el país de los Cinco Ríos, donde acampaba, y el valle del Ganges extiéndose un vasto desierto sin hierbas ni agua, cuyo paso había de serle muy difícil, según le aseguró Porus; y por otra parte, las noticias llegadas de las regiones occidentales anunciaban agitaciones que hacían necesario el regreso del ejército: ciertos hechos nos autorizan á decir que el mismo Alejandro comprendía que había llegado al límite extremo de su conquista. Acababa de organizar en satrapías todas las provincias hasta el Indo, con un jefe civil indígena, otro militar macedónico y una guarnición compuesta de griegos y de bárbaros. Lo mismo había hecho en el Paropamisos, y esta satrapía de la India citerior levantaba para su imperio la formidable barrera del Afghanistan actual. Entre el Indo y el Hifases había cambiado de sistema, dejando á los pueblos sus gobiernos nacionales, solamente exigiendo á los príncipes que fueran sus aliados y le pagaran un tributo legítimo. Por último, al día siguiente de su victoria sobre Porus mandó talar bosques enteros en las montañas que atraviesa el Hidaspes, cuyas aguas llevaron las maderas á Bucefalia y á Nicea, donde Crateres había recibido el encargo de construir dos mil naves. ¿Para qué había de ser semejante flota sino para llevar á Alejandro á las desembocaduras del Indo y no á las del Ganges? El rey macedónico se embarcó con una parte de su ejército en el Hidaspes.

«Una vez en su nave, coge una copa de oro, adelántase hasta la proa y hace libaciones en el río; invoca á su dios y al del Acesines, que se reúne con el Hidaspes para precipitarse en el Indo; también hace una invocación á este último, y después de las libaciones en honor de Hércules, padre de su raza, de Ammón y de los otros dioses á quienes reverencia, el clarín suena, los remos se agitan y la flota se pone en movimiento.» (Arriano.) El resto del ejército seguía por las orillas (noviembre 326).

Al atravesar de nuevo el Hifases, el Hidraotas y el Acesines, llegó á orillas del Hidaspes y descendió hasta el Indo, recibiendo á su paso la sumisión de los pueblos ribereños. Algunos resistieron, entre otros los malianos y los oxidracos, y en el sitio de un fuerte de los primeros faltó poco para que su impetuoso valor le costara la vida: había llegado el primero á la muralla seguido de tres de sus oficiales, pero



1. Decadracma



2. Tetradracmas de estilo variado



3. Didracma

4. Dracma



5. Trióbolo



6. Obolo



7. Obolo

Monedas de Alejandro (véase pág. 232, nota 1)

las escalas se rompieron, y el rey, blanco de todos los tiros en la cresta de la muralla, precipitóse solo en el interior del fuerte. Allí, apoyado contra el muro y protegido por el tronco de un árbol, mantuvo á sus enemigos á distancia, matando á los más audaces que se aproximaron, hasta que al fin cayó herido de un flechazo. Felizmente, sus tres compañeros acababan de llegar y cubrieronle con sus escudos, resistencia que dió á los soldados tiempo para saltar la muralla y acudir en tropel. Alejandro fué conducido sin conocimiento á su tienda y muy pronto llegó el rumor de su muerte hasta el grueso del ejército, que estaba á cuatro jornadas de allí. Al recibir esta noticia, hubo tales transportes de dolor que fué preciso conducir al glorioso herido en una nave, la cual descendió por la corriente sin remos, á fin de evitar las sacudidas y el ruido. Cuando le vieron avanzar de pie sobre su galera, bajar á tierra y montar á caballo, todos se precipitaron á su alrededor, profiriendo gritos de alegría, para besarle las manos y el manto y cubrirle de flores. Aquel día Alejandro se consideró indemnizado de su herida.

Después de una feliz navegación por el Indo inferior, no sin algunos combates, llegaron los expedicionarios á la isla de Pattala, que no es otra cosa sino un delta formado por las bocas del gran río, y cuya cima (en Hyderabad) dista 200 kilómetros del Océano (fin de julio 325). Llegado á este punto, Alejandro tomó al fin el camino de Occidente, dejando en aquellos países, que los soberanos de Asia no visitaron antes que él, numerosas señales de su paso y de sus grandes proyectos de civilización. Había sembrado en su camino, en todas las posiciones ventajosas, ciudades en que mezcló sus soldados con los indígenas, y varias de las cuales debían conservar por algún tiempo la civilización griega, que él depositaba en ellas, sobreviviendo algunas á los siglos y á las revoluciones. Su proyecto era ahora volver por tierra con el grueso de su ejército; pero mientras atravesará por provincias que no han visto aún á sus soldados, su flota, á las órdenes de Nearco, explorará las costas meridionales de su imperio y volverá desde el Indo á las bocas del Tigris. Apenas la monzón del Nordeste, que sopla durante el invierno, comenzó á sentirse en los primeros días de octubre, Nearco se embarcó en aquel océano cuyo flujo y reflujo, cosa nueva para los griegos, les había al pronto atemorizado. Alejandro, que se proponía enlazar por una vía conocida la desembocadura del Eufrates con la del Indo, preparó para los barcos mercantes recursos y lugares donde refugiarse. Antes de abandonar la isla de Pattala levantó en ella una fortaleza para asegurar su sumisión,

(1) 1. Cabeza imberbe de Alejandro, con la piel de león y mirando á la derecha; en el reverso: ΑΛΕΞΑΝΔΡΟΥ. Zeo etóforo, ó portador del águila, sentado de cara á la izquierda, y bajo el trono dos marcas de taller. La decadracma es sumamente rara (*Crónica numismática*, tomo XIV, 1850, pág. 71). — 2. Cabeza imberbe de Alejandro, con la piel de león y mirando á la derecha; en el reverso: ΑΛΕΞΑΝΔΡΟΥ ó ΒΑΣΙΛΕΩΣ ΑΛΕΞΑΝΔΡΟΥ. Zeo etóforo de cara á la izquierda, y en el campo monogramas y símbolos. El gallo es la marca de taller de Selymbria, la lira la marca de Mitilene; en la tercera moneda, el monograma, que se descompone en ΟΔΗ, designa á Odesa. — 3. Cabeza imberbe de Alejandro, con la piel de león y mirando á la derecha. En el reverso: ΑΛΕΞΑΝΔΡΟΥ. Zeo etóforo sentado de cara á la izquierda; debajo del trono la letra M y en el campo, á la izquierda, la Φ, inicial del taller de Filomelium. — 4. Cabeza imberbe de Alejandro, con la piel de león y mirando á la derecha. En el reverso: ΑΛΕΞΑΝΔΡΟΥ. Zeo etóforo sentado de cara á la izquierda; debajo del trono un monograma de nombre de magistrado, y en el campo un caballo alado, símbolo de taller de Lampsaco. — 5. Cabeza imberbe de Alejandro con la piel de león y mirando á la derecha. En el reverso: ΒΑΣΙΛ ΑΛΕΞΑΝΔΡΟΥ. Zeo etóforo sentado de cara á la izquierda; bajo el trono: ΑΥ, y en el campo la letra M. — 6. Cabeza imberbe de Alejandro, con la piel de león mirando á la derecha. En el reverso: ΑΛΕΞΑΝΔΡΟΥ. Zeo etóforo sentado de cara á la izquierda; en el campo la marca de taller, Σ. — 7. Cabeza de Alejandro con diadema. En el reverso, sin inscripción, león que anda hacia la derecha; plata.

dispuso que se abrieran pozos para facilitar agua potable á los habitantes y ordenó además que se construyese un puerto, almacenes y arsenales. A fines de agosto del año 325 ó á principios de setiembre se internó por el Oeste, atravesando el país de los arabitas y de los orites, donde fundó una nueva Alejandría, en Rhambacia, y después penetró en los desiertos de la Gedrosia.

Las tropas sufrieron en las abrasadoras y movibles arenas de aquella región grandes padecimientos por el calor, la sed y el hambre (1). Muchas bestias de carga, bagajes y hasta soldados fueron abandonados. «El ejército, dice Estrabón, debió su salvación á las palmeras de dátiles, muy numerosas en el lecho de los torrentes.» Alejandro participó de todos estos males, y en aquellas pacientes y difíciles pruebas se nos aparece aún más grande que cuando en los campos de batalla hace gala



Monedas indo escitas (2)

del valor vulgar de un soldado. Al cabo de dos meses la expedición llegó á la Carmania, encontrando allí los convoyes de víveres que los sátrapas vecinos habían enviado. Entonces, si hemos de dar crédito á Diodoro y á Quinto Curcio, á las privaciones siguiéronse las orgías y una marcha triunfal de siete días que recuerda todo cuanto se contaba de Baco al volver de la conquista de las Indias. Arriano trata de fábulas estos relatos, porque Ptolomeo y Aristóbulo no hablan de ellos; pero aquellas orgías sagradas y militares eran muy del gusto de Alejandro y de todos los soldados de todas las épocas. Bien fuera marcha triunfal ó solamente fiesta de regreso, los macedonios y su jefe honraron ciertamente á Baco con sus repetidas libaciones; pero también celebraron el fin de sus inmortales campañas con sacrificios, himnos sagrados, y los juegos habituales de los griegos en sus solemnidades. El rey, radiante de felicidad y de genio, presidía á todo, justas y banquetes; pero otro jefe llamó más la atención por un momento. Nearco, que había entrado en el estrecho de Harmozia (Hormuz), acababa de abordar en la desembocadura del Anamis (fin de diciembre de 325), y al saber que Alejandro se hallaba á cinco jornadas de marcha en el interior, resolvió ir á verle. El rey le invitó á referir al ejército los detalles de aquella asombrosa expedición, en la que sus marinos habían experimentado tantas fatigas, vencido tantas dificultades y arrostrado los terribles huracanes del

(1) Los relatos de los viajeros modernos son menos desfavorables para la Gedrosia (Mekran). Véase sobre todo la *Memoria de Kinnear*; pero en el Kirmán (*Kirmania*), la expedición rusa de 1859 halló una tierra tan abrasada y un aire tan seco, que varias veces se vieron oleadas de lluvia que, escapando de una nube, evaporáronse en la atmósfera antes de llegar al suelo. La navegación de Nearco desde el Indo hasta el Eufrates duró ciento treinta días.

(2) Inscripción indescifrable. Rey indo-escita de pie, con cetro y arco, y en el campo, á la izquierda, un pequeño altar. En el reverso: APOOACHIO (?). Un dios barbudo, de pie junto á un caballo, tiene en la mano derecha una corona. En el campo, símbolo indeterminado (moneda de oro posterior á Alejandro). — 2. MIIPO (?), Mithra, con la cabeza radiada y de pie; tiene un arco en la mano derecha; en el campo, símbolo indeterminado. En el reverso: NANA PAO (?). La diosa Nanaca de pie mirando á la derecha, con media luna en la cabeza y en la mano el cetro (?); en el campo un símbolo. Moneda de oro posterior á Alejandro.

mar de las Indias. A costa de aquellas miserias habían abierto al comercio nuevas vías entre Oriente y Occidente, y todos, soldados y marineros, mostrábanse orgullosos del jefe que les había hecho llevar á cabo tan grandiosa empresa.

Al pasar por Pasargades, Alejandro mandó reparar la tumba de Ciro, que había sido saqueada, y trasladóse después á Susa por Persépolis (primavera del 324), castigando allí con el último suplicio á varios sátrapas infieles ó culpables de exacciones, que no esperaban volver á ver al conquistador; uno de ellos, Harpalos, sátrapa de Babilonia, no atreviéndose á esperarle, huyó con 5.000 talentos y tomó á sueldo 6.000 mercenarios. Muchos griegos estaban de esta suerte diseminados en Asia y vendían sus servicios al que mejor les pagaba. Alejandro prohibió á sus sátrapas tener ninguna guardia de esta especie, y propúsose hacerse dueño de aquella fuerza flotante, indisciplinada y peligrosa, fundando con los mercenarios colonias en la Pérsida; pero este proyecto no tuvo más que un principio de ejecución.

A pesar de su ejemplo y de sus esfuerzos, la unión entre los dos pueblos no progresaba. Había tomado ya por esposa á Roxana, y después casó con Barsina (1), hija mayor de Darío. Dió á Hefestión la mano de Dripetis, hermana de Barsina, é hizo contraer matrimonio á las mujeres más distinguidas de Persia, dotándolas ricamente, con varios de sus generales. Así se efectuaron en un solo día más de noventa casamientos en una sola ceremonia, para estrechar más los lazos que unían al rey con sus oficiales. Invitó á todos los soldados á seguir este ejemplo é hizo regalos de boda á los que se unieron con asiáticas, habiéndose inscrito diez mil con este objeto. Un inusitado espectáculo siguió á tan espléndidas fiestas: en Taxila los macedonios habían visto ascetas brahmánicos que, verdugos de su cuerpo, suicidábanse lentamente para abandonar cuanto antes, á fuerza de crueles maceraciones, la existencia terrestre, que despreciaban. Uno de ellos, Calanos, que Alejandro había traído de la India, subió á una hoguera en presencia de todo el ejército: tenía setenta y tres años y acababa de contraer una enfermedad, por lo que prefirió hacer de su muerte una fiesta á esperar su triste y doloroso fin. Con ello sólo abreviaba su existencia en algunos días, y en cambio su vanidad quedaba satisfecha con la idea de que se iba á ensalzar su nombre por aquella glorificación de la doctrina según la cual renunciaba á la vida ante aquellos que, encariñados con ella, solamente creían en los méritos de la acción.

Aquellos matrimonios eran un excelente medio para unir los dos pueblos. «Como en una copa de amor, se mezclaban la vida y las costumbres de las diferentes razas, y al beber en ella, los pueblos olvidaban su antigua enemistad (2).» Alejandro ensayó el mismo procedimiento en la organización del ejército. Los sátrapas le enviaron un cuerpo de treinta mil persas jóvenes, á los cuales llamó sus epigonos, disponiendo que se armaran y disciplinaran como los macedonios; pero estos últimos vieron con envidia aquellos nuevos soldados, y olvidando los beneficios de Alejandro, que acababa de pagar otra vez sus deudas por valor de 20.000 talentos, procediendo con la delicadeza de un amigo (3), amotináronse y solicitaron todos marcharse. Indignado el rey, levántase de su asiento; seguido de sus guardias, se apodera de los más osados en medio de la multitud, que murmura, y

(1) Es el nombre que Arriano le da; Plutarco la llama Stateira.

(2) Plutarco, *De la fortuna de Alejandro*, I, 6.

(3) Los deudores vacilaban en dar su nombre en cumplimiento de la primera orden. Alejandro mandó llevar al campamento mesas cubiertas de oro; y cada cual, presentándose con su acreedor para declarar su deuda, recibía el importe de ésta. La cifra de 20.000 talentos, dada por Arriano, representa por lo menos cien millones de pesetas en peso de metal fino.

ordena su ejecución. Después vuelve á su sitio, recuerda extensamente al ejército hasta qué punto debe su bienestar y su gloria á Filipo y á él mismo, y añade: «¡Marchad, id á decir á los griegos que Alejandro, abandonado de vosotros, se confía á la buena fe de los bárbaros á quienes ha vencido!» Dicho esto, vuelve á su tienda y rehusa durante dos días ver á sus más íntimos amigos; llegado el tercero, convoca á los principales jefes, distribuye entre ellos los mandos y organiza un ejército completamente persa. Al saber esto, los macedonios no pueden soportar la idea de ser reemplazados por extranjeros en el afecto de Alejandro; corren tumultuosamente hacia su tienda, suplicanle que se deje ver é imploran su perdón. Al verlos humillados y desesperados, el rey se adelanta; está vencido, y mezcla sus lágrimas con las de sus guerreros. «¡Todos sois mi familia, exclama, y no os doy otro nombre!» Un banquete de nueve mil convidados, en el que tomó parte Alejandro, selló la reconciliación, y después de esto licenció por su propia voluntad á diez mil macedonios que por sus años ó sus heridas no eran ya aptos para la guerra: Además del dinero necesario para el viaje, entrególes un talento á cada uno, encargando á Cráteres que los condujera á sus hogares.

Hacia aquella misma época, Alejandro sufrió un profundo pesar, á causa de haber muerto en Ecbatana, Hefestión, su más íntimo amigo (2), y en honor de él dispuso que se hiciesen unos



Moneda de Olbia en Escitia (1)

(1) Cabeza de la Gorgona, vista de frente; tiene el cabello suelto y lleva collar. En el reverso: OABIA. Aguila con las alas desplegadas, llevándose un delfín en las garras. En el exergo, la letra Γ, marca de taller. Moneda de bronce, acuñada hacia la época de Alejandro el Grande.

(2) Alejandro tenía dos grandes amigos, Hefestión y Cráteres, que compartían su afecto y que más de una vez estuvieron á punto de disputársele espada en mano. De ellos decía el rey: «Cráteres es amigo del rey y Hefestión amigo de Alejandro.» Plutarco, Alejandro, 30, refiere una escena curiosa. Cierta día que Alejandro leía una carta de su madre, llena de quejas y cuyo contenido no quería que se conociese, Hefestión, apoyado en su hombro, leía al mismo tiempo que él; el rey, volviéndose de repente, selló con su anillo los labios de su amigo.

funerales nunca vistos hasta entonces y que, según se dice, costaron diez mil talentos, preguntando además al oráculo de Ammón si Hefestión debía ser honrado como héroe ó como dios (1). Las atenciones del gobierno le distrajeran muy pronto de su tristeza. Entre la Susiana y la Media, los coseanos habitaban un país escabroso y vivían casi independientes en sus montañas: Alejandro no podía dejar en el corazón de su imperio, en el camino de Susa á Ecbatana, una libertad demasiado altiva para no constituir un peligroso ejemplo, y por lo tanto atacó á los coseanos. Una campaña de cuarenta días, señalada por combates felices para los macedonios y por una represión rigurosa para los indígenas, acabó con aquellas tribus feroces. En Babilonia, donde entró al fin en la primavera del año 323, encontró embajadores de todas las partes del mundo conocido. Allí habían acudido, de Italia, bructianos, lucanios y etruscos; de Africa, cartagineses, etíopes y libios; y de Europa, escitas, que se encontraron con celtas é iberos (2). Los macedonios oyeron nombres desconocidos y vieron invocados como árbitros por pueblos cuya existencia y país ignoraban.

En medio de aquellos homenajes, y para justificarlos, Alejandro no soñaba nada que no fuese grande. Según unos, proponíase dar la vuelta á la Arabia, costear la Etiopía, la Libia, la Numidia y el monte Atlas, pasar las columnas de Hércules, penetrar hasta Gades y volver al Mediterráneo, después de haber sometido Cartago y toda el Africa... Según otros, se dirigió contra los escitas atravesando el Euxino y la laguna Meótide; y hasta algunos aseguran que pensaba marchar á Sicilia y al promontorio de Ipigia, atraído por el gran nombre de los romanos. Arriano se engaña, porque este nombre no tenía nada de grande aún; pero la verdad es que Alejandro mandó construir en Fenicia galeras que se debían transportar á Tapsaca para ir desde allí por el Eufrates hasta el golfo Pérsico y que envió tres expediciones á las costas de Arabia á fin de terminar el deslinde de la vía marítima entre las desembocaduras del Indo y del Nilo. La más atrevida fué la del cilicio Hierón, que, al parecer, recorrió casi toda la costa oriental de la península. Heracleides fué enviado con un objeto análogo á Hircania, en las orillas del mar Caspio, donde debía organizar una flota para ver si este mar tenía ó no comunicación con la laguna Meótide y el Océano del Norte.

Mientras esperaba el día en que pudiera marchar para emprender nuevas conquistas, ocupábase de las mejoras interiores. Mandó abrir en Babilonia un puerto capaz de contener mil galeras, con refugios para recibir las, é hizo retirar las barras que los reyes de Persia habían formado en el Tigris inferior para entorpecer la navegación; recorrió el lago Palacopas, donde el Eufrates desaguaba al producirse el deshielo, pero cuyas aguas se perdían después sin utilidad; y para evitar las pérdidas que agotaban el río, emprendió una obra en que trabajaron diez mil hombres por espacio de tres meses. Cierta día que navegaba en un lago, cerca del sitio donde se hallaban las tumbas de algunos antiguos reyes, el viento se llevó su diadema, que quedó enredada en los matorrales que crecían junto á los sepulcros. Un marinero se arrojó al agua para ir á cogerla y púsola en la cabeza del rey, después de volver á nado á la barca real. Los sacerdotes caldeos vieron en este hecho una se-

(1) Plutarco llegó hasta decir que Alejandro mandó clavar en cruz al médico que no había podido salvar á Hefestión; pero Arriano no cree en los excesos de dolor del rey, ni admite, al parecer, el suplicio del médico.

(2) En cuanto á una embajada romana, Arriano (VII, 15, 6) no encontró noticia alguna de ella en los cronistas romanos, y yo creo que en aquella época el senado se ocupaba en cosas muy diferentes de lo que pasaba en Babilonia. La diputación de los celtas, á menos de que fueran los del Danubio, y la de los iberos, si éstos no procedían del Cáucaso, son igualmente dudosas.

ñal fúnebre y ordenaron la ejecución del soldado; pero Arriano dice por el contrario que obtuvo una recompensa, lo cual es más probable. En cuanto á los presagios siniestros, sucedió como siempre, que después del incidente muchos creyeron haberlos realmente observado. El conquistador del Asia no podía desaparecer tan joven sin que las imaginaciones pusieran en movimiento la naturaleza y los dioses



Cabeza conocida con el nombre de Alejandro moribundo (1)

para anunciar su fin próximo. Alejandro preparó él mismo la suerte que le esperaba en la alegría de su triunfo, y después de tantas miserias, sufridas heroicamente, entregóse sin freno á esos placeres de la mesa en que tantas veces su padre y él habían perdido la razón; y en el clima de Babilonia, semejante intemperancia era un decreto de muerte. A consecuencia de varias orgías, largo tiempo prolongadas, so-

(1) Cabeza en mármol griego, conservada en el museo de Florencia (de una fotografía). Véase Dütschke, *Antike Bildwerke in Oberitalien*, tomo IV, pág. 164, y tomo III, pág. 515. El nombre de Alejandro no parece corresponder, como durante largo tiempo se ha creído, á esta hermosa cabeza, que ofrece por el contrario notables analogías con algunas de las de gigantes moribundos descubiertas en Pérgamo.

brecogióle una fiebre cuyo germen había adquirido tal vez en los miasmas de los pantanos del Palacopas y que á los once días le ocasionó la muerte (21 de abril del año 323). Pocas semanas antes habían llegado varios diputados de Grecia para llamarle dios y adorarle.

Alejandro no había cumplido los treinta y tres años cuando murió. La fuerza había terminado casi su obra, y ahora tocaba á la sabiduría llevar á cabo la suya. ¿Hubiera esta segunda tarea sido superior á él? Destruir es algunas veces fácil; edificar no lo es nunca. Lo poco que dejó entrever de sus designios demuestra que hubiera hecho aún grandes cosas, y la severidad de que hizo uso respecto á los sátrapas concusionarios indica que habría dado á sus pueblos una buena administración.

Resumamos en dos palabras la obra de este conquistador, que no conocía enemigos fuera del campo de batalla.

Los vencidos, cuyo afecto se captó con sus consideraciones, se asociaron á sus planes (1).

El comercio, lazo de los pueblos, desarrollado en grandes proporciones y viendo ante sí las vías nuevas ó pacificadas que Alejandro le abrió, y los puertos, los astilleros, los lugares de refugio ó de etapa que supo prepararle.

La industria vivamente solicitada por las inmensas riquezas en otro tiempo inactivas y estériles en los tesoros reales, y puestas ahora en circulación por la mano pródiga del conquistador (2).

La civilización griega desarrollada en mil puntos del imperio por tantas colonias, una sola de las cuales, Alejandría, recibió y derramó largo tiempo en el mundo torrente inagotable, aunque turbio, de riquezas y de ideas (3).

Un nuevo mundo revelado á Grecia; los pueblos, las ideas y las religiones, mezcladas, confundidas en una unidad grandiosa, de la cual habría surgido una nueva sociedad si la mayor de las fuerzas, el tiempo, hubiera estado á disposición de aquel que tuvo casi todas las demás.

He aquí lo que Alejandro había preparado, y por qué, desde hace dos mil años, la historia se detiene y se inclina ante el nombre de este vencedor, olvidando lo que, demasiado complaciente con la juventud y el genio, se contenta con calificar de faltas.

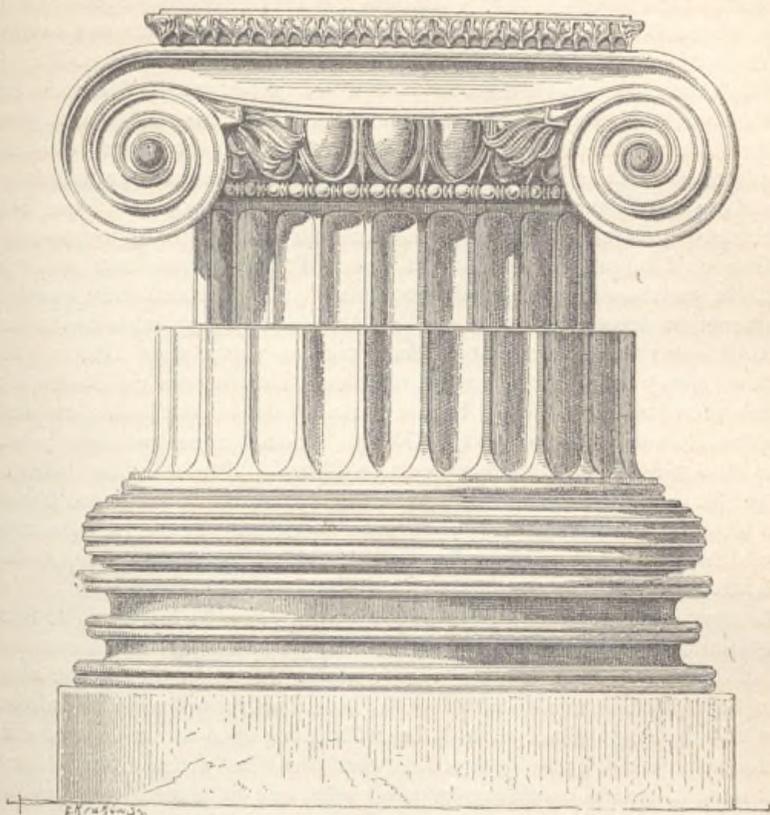
Pero ¿qué habría dado al universo vencido? Nadie lo sabe; probablemente, la uniformidad de la servidumbre en medio de una gran prosperidad material. Bien veo en una de las manos del conquistador el acero á que nada resiste, pero no en la otra las ideas, que se deben sembrar en el surco sangriento de la guerra para ocultarle bajo una rica cosecha. Sus violencias, su necesidad de romper todos los obstáculos, el orgullo sobrehumano que le dominaba, prometían un gobierno imperioso y duro, útil para los vencidos mientras Alejandro viviese, pero necesariamente desordenado después de su muerte. ¿Qué produjo aquella civilización helé-

(1) Estos le lloraron, y Sisigambis, madre de Darío, no quiso sobrevivirle (Diodoro, XXII, 118, Justino, XIII, 1). Se ha hablado de envenenamiento; pero las efemérides reales prueban que su enfermedad fué una de esas fiebres continuas que son frecuentes en los países cálidos.

(2) A causa del desarrollo de la circulación del oro, este metal disminuyó de valor. En tiempo de Filipo, la relación con la plata era de 1 á 12'51; y después de las conquistas de Alejandro, de 1 á 11'47 (Droysen, tomo I, pág. 688).

(3) Alejandría no fué solamente emporio del comercio de Europa y de la India, sino también un inmenso centro de traducciones y de comentarios; la Biblia de los Setenta no fué la única obra que allí se tradujo, sino que, según lo atestigua Estrabón, igual trabajo se hizo con todos los grandes libros de Egipto, de la Caldea y tal vez de la India. Pero de aquella erudición no salió nada original y verdaderamente grande.

nica transportada por él al corazón del Asia? Debilitado á fuerza de extenderse, y privado del soplo vivificante de la libertad, el espíritu griego no llevó á su nueva patria, por lo que hace á la poesía y al arte, esos frutos sabrosos y sanos que, á la vez excitado y contenido, había dado tan liberalmente al pie del Himeto y del Parnaso. Algunos asiáticos aprendieron y hablaron el idioma de los helenos (1), pero



Basa y capitel jónicos del templo de Atenea *Poliada*, en Priena (2)

ninguno adquirió el genio viril de los buenos tiempos de éstos, el sentimiento enérgico de la dignidad del hombre y de los derechos del ciudadano, que había constituido su grandeza. Como esas pálidas luces que hacen más visibles las tinieblas, el *helenismo* en Oriente no sirvió sino para demostrar de una manera más palpable las cobardías, las debilidades y las torpezas de las cortes y de los pueblos asiáticos.

(1) En la Bactriana reinó largo tiempo una dinastía griega. Véase la *Historia de los Romanos*.

(2) Según O. Rayet y A. Thomas, *Mileto y el golfo Látnico*, lám. 14, tomo II, parte II, páginas 5, 13 y siguientes. — El templo de Atenea *Poliada*, en Priena, fué consagrado por el mismo Alejandro, según lo atestigua una inscripción conservada hoy en el museo Británico (*Antiguas inscripciones griegas en el museo Británico*, parte III, n.º 399). Fué construido hacia mediados del cuarto siglo por el arquitecto Pitios y valió á éste una gran celebridad. Descubierta por M. Poplewell Pullan en 1869, fué estudiado por MM. Rayet y Thomas, que publicaron una restauración del mismo, de la cual hemos tomado la basa y el capitel.

¿Y qué ganó esa Grecia de cuya historia nos ocupamos? La victoria de Alejandro remachó sus cadenas, y con la independencia de las ciudades cayó aquel movimiento intelectual que la libertad había producido. Grecia vió mudar de sitio los polos del mundo moral, vió cómo Pérgamo y Alejandría reemplazaban á Atenas, y Efeso y Esmirna á Corinto; y no solamente dejó de estar fecundada por aquel torrente de hombres, poetas, artistas y filósofos, que un siglo antes llegaban allí desde todas las riberas del Mediterráneo, sino que más adelante se extenuará enviando á las nuevas cortes de Oriente generales y ministros, parásitos y soldados. Todo hombre que hubiera podido llegar á ser la gloria de su patria, pasará al servicio extranjero; toda savia, toda sangre generosa, todo talento, toda ambición, se alejarán de ella, y la vida la abandonará para volver, debilitada y lánguida, á sus colonias asiáticas y africanas. Las musas no cantarán ya en los lugares acostumbrados, y sólo se dejarán oír por última vez, y aun con voz débil, en Sicilia y en Cirene; después enmudecerán para siempre. El arte y la elocuencia pasarán por un momento á Rodas, la filosofía á las orillas del Nilo y la ciencia á todas partes; esta última poderosa todavía, pero aquélla perturbada, inquieta y confusa. Aristóteles, que durante una permanencia de cerca de trece años en Atenas (335-323) había escrito en esa ciudad todas sus grandes obras, abandónala para no volver más; Licurgo acababa de morir en ella, y muy pronto perderá también á Demóstenes y á Foción, á quienes nadie reemplazará. Todo se hunde, hasta los dioses. Alejandro, extendiendo sus derechos de conquistador sobre el Olimpo, ha dado el segundo lugar al templo y al dios de Ammón, poniéndolo después de Olimpia, pero antes de Delfos.

¿Y qué ha ganado la misma Macedonia después de agotar su sangre para hacer correr á torrentes la del Asia? Cincuenta años después de la muerte del conquistador, los bárbaros saqueaban Egeos, su antigua capital, arrojando al viento las cenizas de sus reyes (1).

Se ha querido constituir un siglo de Alejandro, como ha habido el de Pericles. El conquistador que en sus campañas llevó siempre consigo la *Iliada* encerrada en una cajita de oro; que fué discípulo y luego amigo de Aristóteles, y que al fin difundió el helenismo en una mitad del Asia, parece merecer que su reinado señale también una de las grandes épocas de la civilización; mas no se halla en ella una nueva florescencia del genio griego. Los escritores, los artistas que florecían durante su reinado eran la continuación de aquellos que les precedieron. Los últimos oradores han desaparecido con la libertad ateniense. ¡Y qué no debe el arte de Apeles y de Lisipo al de Zeuxis y de Scopas! El orden jónico alcanza su más brillante desarrollo en la costa de Asia, sobre todo en Priena, en Magnesia y en Mileto, cuyo templo de Apolo Didimeo era el más vasto que Estrabón conoció (2); pero este orden no era una creación del tiempo de Alejandro. En cuanto al movimiento filosófico del cuarto siglo, sabido es que procedía de Sócrates y de Platón. De las tres escuelas más señaladas, las de Epicuro, de Arcesilao y de Zenón, ó el placer, la duda y el deber, las dos primeras enseñan á los griegos la filosofía cómoda, entonces conveniente para ellos, y en Roma fué donde la tercera formó nobles caracteres.

(1) Al conquistador, ó por lo menos á su expedición, se debe considerar responsable también de las malas y turbulentas ambiciones que excitó. Ya no hubo jefe de Estado ó del ejército que no soñase la posesión del Oriente, como Antíoco, ó del Occidente, como Pirro. De aquí tantas guerras, y las ruinas y trastornos que facilitaron á su vez la conquista romana.

(2) Sus columnas medían 20 metros, su fachada decástila 50 y su nave cerca de 100.

## CAPITULO XXXIII

EL IMPERIO MACEDÓNICO DESDE LA MUERTE DE ALEJANDRO  
HASTA LA DE EUMENES Y DE OLIMPIAS O RUINA DE LA CAUSA REAL (1)

(323-316)

## I. — REPARTICIÓN DE LAS SATRAPIAS DE OCCIDENTE ENTRE LOS GENERALES

Alejandro había conquistado mucho, sin fundar nada, porque no había tenido tiempo para ello. Asia, tomada rápidamente, como un inmenso botín, estaba allí, esperando de aquella mano poderosa una forma, una organización y una civilización nuevas; pero la muerte acababa de helar esta mano. Como esos grandes pintores de quienes poseemos algunos rápidos bosquejos, Alejandro no había hecho más que trazar en todos los puntos de su conquista algunas indicaciones de genio, algunos rasgos poderosos que los más hábiles de sus sucesores debían recoger; todo estaba bosquejado, nada concluído.

¿Quién podía imaginarse que el dios sucumbiría tan pronto, en la fuerza de la edad y de las concepciones? Su muerte hizo enmudecer al mundo de estupor. Durante la noche que á ella siguió, el ejército estuvo sobre las armas, por un vago instinto de temor, cual si hubiera estado cerca de los enemigos; los habitantes de Babilonia cerraron sus puertas y no encendieron luz en sus casas, permaneciendo en ellas inmóviles, inquietos, atentos á todos los rumores y creyendo á cada momento que aquel ejército terrible, encadenado hasta entonces por el respeto á su señor vivo, iba á entregarse ya á las violencias y al saqueo.

Apenas amaneció, los guardias del rey, cuyo número se había reducido á siete desde la muerte de Hefestión, reuniéronse y convocaron á los demás oficiales; pero los soldados, que confiaban en tomar parte en la deliberación, invadieron las inmediaciones de la sala del consejo. A la vista del trono vacío, donde se habían depositado la diadema, el manto real y la armadura del conquistador, resonaron dolorosos gritos; pero restablecióse el silencio al entrar Pérdicas. Llevaba éste el anillo de Alejandro, que servía de sello para los asuntos importantes y que el moribundo le había dado; depositóle en el trono, cual si le pusiera á disposición de la asamblea, y dijo que hasta que Roxana diese á luz el hijo que llevaba en su seno, era necesario, en interés general, elegir un jefe á quien todos obedecieran.

Pérdicas esperaba que este modesto discurso recomendaría su candidatura (2); pero su esperanza quedó defraudada. Nearco, yerno de Barsina (3), por su casa-

(1) Para este capítulo y el siguiente véanse Arriano: *Los sucesores de Alejandro*; Diodoro, Justino, Plutarco, *Vida de Eumenes, de Demetrio, de Pirro*, y también Quinto Curcio, con tal de leerlo, como ya antes he dicho, con mucha circunspección, y finalmente algunos pasajes sueltos de Apio y de Ateneo.

(2) Descendía de los reyes de la Oréstida y este origen aumentaba su altivez y su ambición.

(3) Esta Barsina no era la hija de Darío con quien Alejandro había casado, según hemos visto, sino la viuda del rodio Memnón. La segunda Barsina había sido cogida en Damasco y el conquistador la tomó por concubina.

miento con una de las tres hijas de la viuda del rodío Memnón, propuso naturalmente no esperar la posteridad incierta de Roxana. «El heredero de Alejandro, decía, ha nacido ya, y es Hércules, hijo de Barsina: la diadema le pertenece.» Este parecer no agradó, y los soldados lo manifestaron así con sus gritos tumultuosos. Ptolomeo expuso otra opinión: como los macedonios no podían obedecer á un hijo de Barsina ó de Roxana, era preciso dejar el trono vacante y conferir el gobierno á los hombres que formaban el consejo del rey. La proposición convenía á los jefes, pero ofendía el amor de los soldados á la sangre de Alejandro, y por lo tanto fué desechada, resolviéndose al fin que la regencia se confiara á Pérdicas y á Leonato para lo referente al Asia, y á Cráteres y á Antipáter para lo relativo á Europa, hasta tanto que naciese el hijo de Roxana.

Durante esta escena, un enemigo de Pérdicas, Meleagro, habíase dirigido á la infantería, que, envidiosa de la caballería, parte aristocrática del ejército en la cual se apoyaba Pérdicas, quiso á su vez elegir un pretendiente. Su candidato fué Arrhideo, hijo de Filipo y de la tesaliana Filinea: no tenía sangre bárbara en las venas y por esto se le admitió, á pesar de la oscuridad en que le había mantenido Alejandro á causa de lo apocado de su espíritu. Meleagro fué á buscarle y la infantería le escoltó hasta la sala en que los generales deliberaban. Estos últimos rehusaron sancionar aquella elección; pero los soldados formularon algunas amenazas y Arrhideo fué á sentarse en el trono. Seiscientos hombres escogidos, apostados por Pérdicas, guardaban la puerta de la cámara donde estaba el cadáver de Alejandro; la multitud quiso forzar el paso, empeñóse una lucha, los dardos volaban ya contra Pérdicas y la sangre corría; pero la intervención de los demás jefes evitó mayores desgracias. Descontenta la caballería, salió de Babilonia; Pérdicas, amenazado á su vez, hizo lo mismo, y durante algunos días pudo temerse una sangrienta colisión. Sin embargo, el peligro de aquel estado de cosas produjo una avenencia; Pérdicas volvió con la caballería y convínose en que Arrhideo compartiera el trono con el hijo de Roxana si ésta daba á luz un varón; en que Antipáter se pusiera á la cabeza de las fuerzas de Europa y Cráteres administrase los asuntos bajo la autoridad de Arrhideo, encargándose Pérdicas del mando de la guardia montada, mando equivalente en la corte de Persia, según parece, al cargo de primer ministro. Meleagro quedaba como jefe inmediato á las órdenes de Pérdicas.

Este último dispuso algún tiempo después que Arrhideo, sobre el cual había adquirido mucho ascendiente, pasara revista al ejército; y en medio del acto, y como si obrara en virtud de una orden real, mandó salir de las filas treinta individuos de los más revoltosos, á los cuales hizo morir aplastados bajo los pies de los elefantes. Meleagro, advertido por esta ejecución, refugióse en un templo, donde fué asesinado.

Tales fueron las escenas de desorden que ocurrieron á la muerte del conquistador: era el principio de aquellos *funerales sangrientos* que él mismo había anunciado. En ellas aparecen patentes las pretensiones de los jefes, los sentimientos de las tropas, y sobre todo el vacío inmenso que dejó el ilustre difunto, así como la incertidumbre que la falta de un heredero de algún valor producía en todas las cosas. Un niño que estaba por nacer, y que sería el joven Alejandro; un hijo natural que apenas había visto la luz, y un hermano imbecil, tales eran los hombres de aquella deplorable familia. Las mujeres eran: Olimpías, madre del conquistador; Cinané, Cleopatra y Tesalónica, sus hermanas; Eurídice, su sobrina, y por último, su manceba Barsina, madre de Hércules, y sus dos esposas, Roxana y Estateira. De todos estos personajes, figuras mudas y pálidas las más, solamente Olimpías mostró energía, pero no la tuvo sino para la intriga y el crimen.

Era preciso contar más bien con los jefes cuyo talento y ambición se habían desarrollado en trece años de guerra. En primer término figuraba Pérdicas, que acababa de sentar su autoridad de regente por un rasgo de audacia; y después de él los generales, de los que los más diestros formarían reinos en aquel vasto imperio, contentándose por el pronto con tomar provincias, en las que se arrojarán, según la costumbre asiática, los poderes civiles y militares. La repartición sólo alcanzará á los gobiernos de Europa y del Asia occidental; en el Asia superior, menos codiciada á causa de su alejamiento, se respetará poco más ó menos á todos los sátrapas elegidos por Alejandro.

Treinta y cuatro generales fueron admitidos en el reparto: los de más importancia eran Ptolomeo, hijo de Lagos, que obtuvo el Egipto y la Cirenáica; Laomedón el mitileno, la Siria; Filotas, la Cilicia; Pitón, la Media; Eumenes, Paflagonia, la Capadocia y el litoral pónico hasta Trapezonte, que Alejandro no había podido visitar ni someter por falta de tiempo; Nearco, la Pamfilia y la Licia, que dejó tal vez á las órdenes de Antígono para conservar el mando de la flota; Antígono, la gran Frigia, donde mandaba hacía diez años; Asandros, la Caria; Menandro, la Lidia; Leonato, la Frigia helespónica, que dominaba el gran paso de Europa al Asia; Lisímaco, la Tracia y las naciones limítrofes de las orillas del Ponto-Euxino; y Antipáter y Cráteres, Macedonia y Grecia con las provincias del Adriático. Seleuco, que iba á desempeñar muy pronto un papel importante, obtuvo el mando de los *heterios*; y en cuanto á Pérdicas, para distinguirse entre la multitud de generales, no tomó provincia ninguna sino que se reservó el mando del ejército estacionado en Asia, con la tutela de los reyes y los poderes ilimitados que le confería la posesión del anillo real.

Roxana manchó con sangre este primer arreglo, haciendo dar muerte á la última esposa de Alejandro, Estateira, y á su hermana Dripetis, viuda de Hefestión. Cada nuevo convenio, según veremos, será sellado de igual manera.

Desembrollado así el caos, á gusto de los que habían hecho el reparto, y establecida una especie de jerarquía y de forma de gobierno, ¿qué se trataba de hacer? ¿Se pondrían en ejecución los proyectos de Alejandro consignados en sus documentos? Estos planes eran gigantescos, pues en ellos se proyectaba construir mil naves, atacar á los cartagineses y demás pueblos de la Libia, llevar las armas macedónicas hasta el Océano Atlántico y abrir un camino á lo largo del litoral de Africa. Se trataba además de promover desde Europa al Asia, y recíprocamente, numerosas emigraciones para mezclar los pueblos; construir en diversos lugares seis templos magníficos, y por último, levantar como tumba á Filipo una pirámide igual á la más alta de los egipcios. Estos planes, comunicados á las tropas, fueron rechazados por unanimidad: habían sufrido bastantes fatigas, y ya era tiempo de entregarse al descanso. Los mismos generales deseaban entrar pronto en posesión de sus provincias, donde entreveían para ellos soberanías independientes.

Durante medio siglo, nuestra atención no se fijará en Grecia, que ya no es más que un punto en la inmensidad del efímero imperio; y no la veremos con un resto de vida hasta después de la destrucción del coloso que la abrumba. El relato de las luchas que se producirán desde el primer día entre los sucesores del conquistador es una historia casi extraña á Grecia: en ella se verán ambiciones sin freno y crímenes ruidosos; los hombres se baten por el oro, para disputarse el poder ó los restos de la monarquía; no surge ninguna idea generosa ni elevada; no se funda ningún establecimiento duradero, como no sea en Egipto; no se levanta ciudad alguna para continuar la obra de Grecia, como no sean Alejandría y Pérgamo: de éstas, una llegará á constituir un centro fecundo para las letras y la filosofía, y la

otra para el arte y la ciencia; pero ¡cuán lejos estarán aún de igualar á Atenas! Lo que hubiera podido llegar á ser una gran cosa si el conquistador no hubiese muerto, es decir, el Asia helenizada y reprimida la barbarie que en ella se encierra, se convertirá en inmenso campo de pillaje y devastación. Cierto que la lengua griega se propagará hasta el Eufrates, pero menos para señalar las fronteras de la civilización que los límites de la influencia occidental. Los herederos de Alejandro serán realmente los Césares de Roma. Es preciso, sin embargo, referir esta historia, aunque corresponda más al Oriente que á Grecia; pero lo haremos con brevedad.

## II. — REBELIONES CONTRA LA DOMINACIÓN MACEDÓNICA; MUERTE DE DEMÓSTENES (10 NOVIEMBRE 322)

Era inevitable que al morir el conquistador se suscitaran algunas protestas contra la dominación macedónica: hubo cinco, pero sólo una de ellas nos interesa, la de Grecia.

En el Asia superior, veintitrés mil griegos mercenarios, acantonados en las colonias fundadas por Alejandro, tomaron las armas y dispusieron á volver á su patria. Pitón, gobernador de la Media, marchó contra ellos, en cumplimiento de las órdenes de Pérdicas, y los exterminó.

En Capadocia, el rey Ariarates rehusó entregar sus Estados á Eumenes; pero fué derrotado y enviado al suplicio con todos los suyos.

Los pisidios habían asesinado á su gobernador macedónico: Pérdicas resolvió que sus dos principales ciudades, Laranda é Isaura, fueran destruídas y sus habitantes inmolados. Los de Isaura, después de sostener tres asaltos, prendieron fuego á su ciudad y arrojáronse en las llamas.

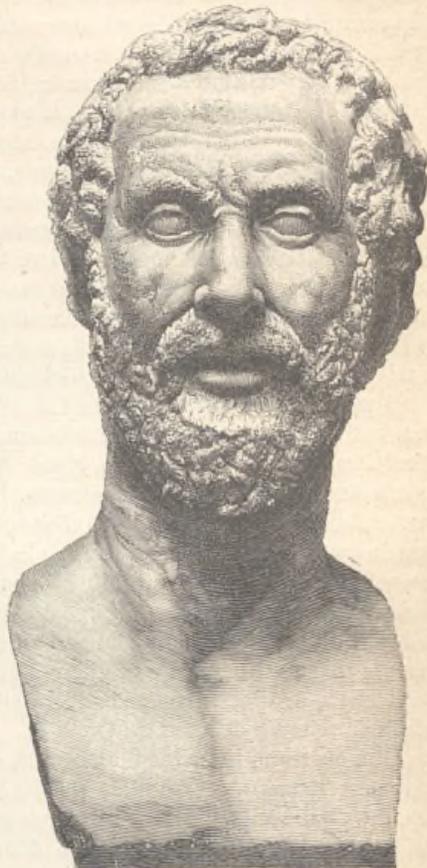
El sátrapa de Armenia, Neoptolemo, se hacía el independiente: Eumenes marchó á someterle.

La insurrección más seria fué la que estalló en Grecia y se designó con el nombre de *guerra Lamiaca*. Todos los pueblos griegos, excepto Lacedemonia, habían aceptado la supremacía macedónica. Atenas, vencida, pero compensada de su derrota por las lisonjeras atenciones de su vencedor, habíale prestado su concurso; mas, aunque doblando la cabeza bajo aquel yugo que se hacía ligero para ella, no se le ocultaba que las conquistas de Macedonia convertirían su libertad en servidumbre. El partido de los patriotas no tenía ya sus jefes militares: Eñalto había perecido en el sitio de Halicarnaso, combatiendo contra Alejandro, y ya se recordará que Caridemus fué castigado con la muerte por haber dado á Darío un consejo que el rey tomó por insulto. En Atenas quedaban dos hombres que, sin poder salvarla, honraban por lo menos sus últimos días. Demóstenes comprendía que el Asia recuperaría por las costumbres lo que perdía por las armas; que la influencia oriental dominaría á los conquistadores, y que en vez de un príncipe griego, los vencidos tendrían muy pronto por señor un soberano asiático. Durante el reinado de Alejandro, la política del gran orador había sido consagrada solemnemente por el resultado del famoso proceso de la Corona, en el que dejó oír el último y magnífico eco de aquella elocuencia que honró la tribuna de Atenas un siglo antes, cuando Pericles subía á ella (330). «¿Qué debía hacer nuestra ciudad al ver á Filipo avanzando hacia el imperio y proponiéndose la dominación de Grecia? ¿Y qué debía yo decir, qué decretos había de proponer como consejero de Atenas? Porque hay que tener en cuenta que de Atenas se trata. Ya sabía yo que en todos los tiempos, hasta el día en que subí á la tribuna, mi patria había combatido por el honor y la preeminencia; que por amor á la gloria y en interés de los demás griegos, había sacrificado más hom-

bres y dinero que todos los griegos juntos para su propia salvación. Veía á Filipo, contra el cual debíamos luchar, sufrirlo todo para llegar á ser soberano; veíale con un ojo menos, fracturado el hombro y la mano y el muslo triturados, abandonar fácil y alegremente á la fortuna todo cuanto ésta exigía de su cuerpo, con tal que con lo demás pudiera vivir gloriosamente. Y sin embargo, ¿quién hubiera osado decir que un bárbaro, nacido en Pella, lugar mísero, hasta entonces desconocido, tendría el alma bastante elevada para esperar que los griegos le obedecieran y para acometer la empresa de dominarlos? ¿Quién hubiera dicho que vosotros, que sois atenienses, vosotros á quienes se habla diariamente del valor de nuestros antecesores, y que encontráis en todas partes ese recuerdo, así en los discursos de los oradores como en los espectáculos que presenciáis, seríais bastante cobardes para salir al encuentro de Filipo y entregarle la libertad de Grecia? ¡No, nadie hubiera osado decirlo! No podíais tomar más que un partido, era forzoso adoptarle, y reduciáse á oponer una legítima resistencia á sus injustas empresas. Atenienses, lo habéis hecho desde el principio como hacerlo debíais, como el honor lo imponía, y yo os he impulsado á ello con mis decretos y mis consejos.» Se necesitaba valor para hablar así cuando Darío estaba fugitivo ó muerto y Alejandro era dueño del Asia.

Después de este debate, en que el pueblo ateniense aplaudió el patriotismo y la elocuencia de Demóstenes, á pesar de la decisión contraria de las armas, Esquines, condenado á una multa de mil dracmas por no haber obtenido un resultado favorable en su acusación, habíase desterrado (330); y al año siguiente otorgóse á Demóstenes en las dionisias la corona de oro pedida para él después de la batalla de Queronea.

Poco después, otro proceso agitó á la ciudad, siendo el acusador Licurgo, de cuya integridad y hábil administración hemos ya hablado (2). Leocrates, uno de



Busto de Demóstenes (1)

(1) Busto de mármol conservado en el museo Británico (de una fotografía). Véase *Antiguos mármoles en el museo Británico*, tomo XI, lám. 20. — La expresión del rostro, que se caracteriza por la mirada y la boca, es muy diferente de la que nos dan á conocer otros bustos y estatuas del propio personaje, de modo que el del museo Británico será reproducción de un original distinto.

(2) Véase pág. 163, y también el tomo II, pág. 240. Durante la administración de Licurgo fué cuando el corego Lisícrates erigió el monumento que lleva su nombre, con motivo de la victoria que alcanzó en el concurso dionisiano del año 335-334. Los vencedores exponían comúnmente en la

aquellos cobardes que habían huído de Atenas con sus bienes porque pensaban lo que más tarde dirá el poeta latino Pacovio, es decir, que la patria está donde se vive bien, se atrevió á volver al cabo de siete años. Licurgo intentó contra él una acusación capital, consiguiendo que se le condenara.

El mismo hombre tan terrible para los infames, redactaba en obsequio de un bienhechor de Atenas este noble decreto: «Considerando que Eudemos de Platea ha prometido al pueblo dos mil dracmas en el caso de que necesitara alguna cosa para la guerra y que además ha puesto á su disposición carros preparados para mil jornadas, con destino á la construcción del Estadio: el pueblo, á fin de honrar á Eudemos, le concede una corona, el permiso de adquirir bienes en Atica, de pagar el impuesto de los ciudadanos y de combatir en los ejércitos de Atenas (1).» Era digno de la ciudad, aunque moribunda, que semejantes honores se consideraran como la más hermosa de las recompensas.

Se extraña que con tales sentimientos Atenas no se asociase á los armamentos de Lacedemonia en la época de la batalla de Arbelas; pero debe advertirse que Démades, Foción y los consejeros más escuchados entonces, no necesitaron esforzarse para demostrar que ante una Macedonia tan poderosa la buena política imponía prudencia. Por esto se concentró en sí misma, esperando el resultado de la audaz y tal vez temeraria empresa de Alejandro. Cuando el conquistador quiso imponer á los griegos el reconocimiento de su título de hijo de Ammón y la etiqueta asiática, que ordenaba prosternarse ante su persona, προσκύνησις, no le hicieron la misma oposición que los macedonios. ¿Qué les importaba, al fin y al cabo? «¿Alejandro quiere ser dios?, dijeron los espartanos. Pues que lo sea.» En Atenas hubo palabras más enérgicas. «¿Qué especie de dios nos propone? dijo Licurgo. Sin duda será necesario purificarse al salir de su templo.» Y Demóstenes pidió que no se reconocieran más dioses que los transmitidos por los antepasados (2); pero Démades exhortó á los atenienses á no arriesgarse á perder la tierra por cuestión de una disputa sobre la posesión del cielo. Sin embargo, la cuestión no se resolvió, y hacíanse en silencio preparativos para una nueva lucha. Hacia el año 330, Atenas había reunido en el Pireo, donde el arquitecto Filón acababa de construir un nuevo arsenal, considerable número de galeras (3).

Otra cuestión, la de los desterrados, agitó más vivamente á Grecia. En aquellos pequeños Estados, desgarrados por las luchas de los partidos, una parte de la población estaba siempre proscripta por la otra, contándose entonces más de veinte mil desterrados. Alejandro se había dicho que devolver su patria y sus bienes á todos aquellos hombres era asegurarse en cada ciudad un partido fiel, y al efecto había enviado á Nicanor de Estagira á los juegos olímpicos del año 324 para leer una

---

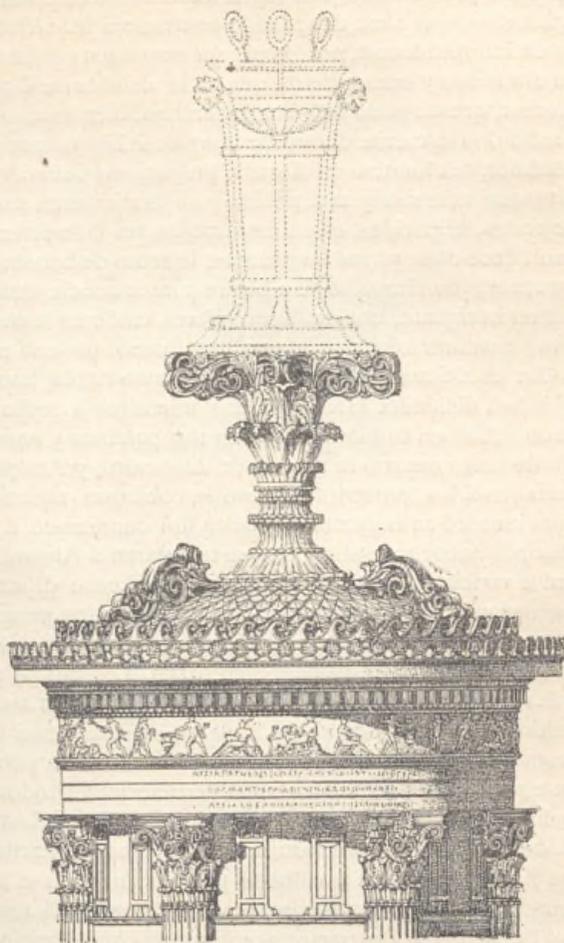
calle de Atenas llamada de los tripodes, el trípode de bronce que recibían como premio (véase página 247 la restauración del coronamiento del monumento de Lisícrates). Esta construcción se conoció largo tiempo en Atenas con el nombre de *Linterna de Demóstenes*, y el pueblo la llama aún hoy día *Linterna de Diógenes*, sin que sepamos qué ha podido dar origen á la absurda suposición de que el gran orador se hubiese retirado allí para preparar sus discursos.

(1) Este decreto se encontró cerca del Partenón en 1859 y publicóse en el *Corp. inscrípt. Atticæ*, pág. II, n.º 176. La corona era de laurel y valía mil dracmas.

(2) Dinarco, pág. 94. Más tarde, cuando sobrevino la cuestión de los desterrados, Demóstenes aconsejó ceder en el asunto de los honores divinos, que no tenía gran importancia; pero que en cambio se opusiese resistencia al decreto sobre los proscriptos, que amenazaba trastornar al Estado (Hípérides, *Contra Dem.*, pág. 25).

(3) Esto es lo que resulta de las inscripciones halladas en las excavaciones practicadas en el Pireo. El arsenal de Filón fué construído entre los años 347 y 329, terminándose bajo la administración de Licurgo.

carta que decretaba el levantamiento de su destierro. Aquella proposición, contraria al pacto celebrado en Corinto, según el cual Filipo y Alejandro garantizaban á los Estados particulares su soberanía, y que en apariencia generosa, éralo á expensas ajenas, fué mal acogida. En todas partes el destierro habíase ido acompañado de la confiscación de bienes, los cuales no quedaron en manos del Estado sino que



Coronamiento restaurado del monumento de Lisicrates (1)

se distribuyeron ó vendieron á ciudadanos que á su vez los enajenaron, dieron en dote ó cedieron en pago de sus deudas. Los proscriptos los reclamarían, y si esto sucedía, ¡cuántas perturbaciones sobrevendrían en las ciudades! Los etolios, y en particular los atenienses, amenazados por el regreso de un considerable número de proscriptos, se alarmaron; los primeros habían expulsado á la poderosa familia de los Eniadas, confiscando sus bienes, y los segundos habían repartido entre sus colonos el territorio de Samos y no estaban dispuestos á devolverlo. Unos y otros no

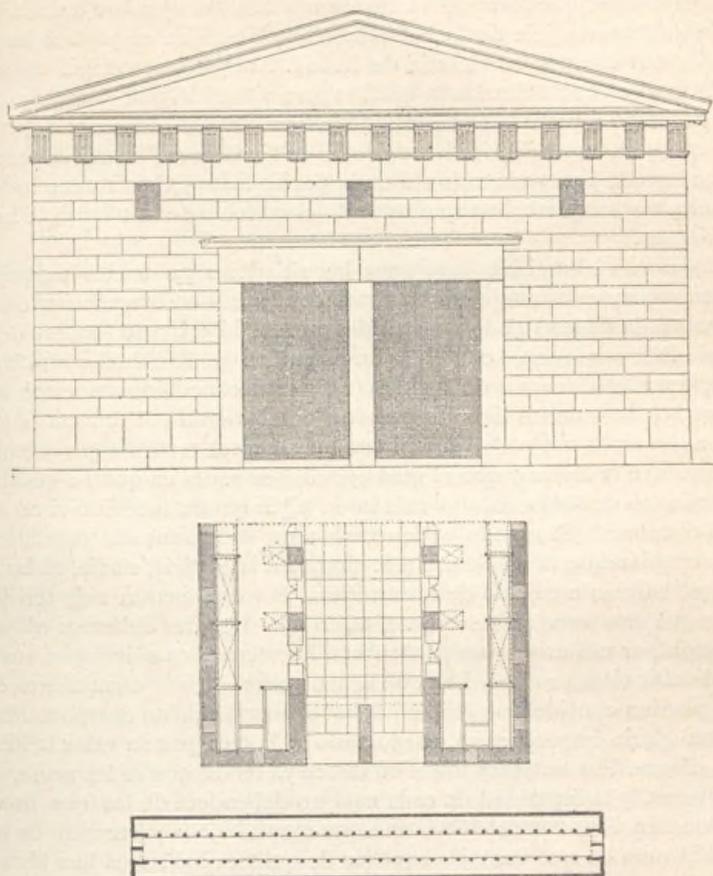
(1) Según la restauración de E. Loviot, antiguo pensionado de la Academia de Francia en Roma. Véase el *Diccionario de la Academia de Bellas Artes*, en la palabra *Coronamiento*.

se atrevieron á contestar á esta violación de su autonomía tomando las armas contra Alejandro, pero enviáronle diputados para que revocase su acuerdo. El asunto se llevaba con mucha lentitud cuando sobrevino la aventura de Harpalos, aquel sátrapa de Babilonia que huyó á Grecia con cinco mil talentos robados á Alejandro, dejando en el cabo Tenaro sus mercenarios y su tesoro, del cual no llevó á Atenas más que 350 ó 720 talentos para lograr allí un asilo comprando conciencias. Demóstenes seguía siendo el alma del partido contrario á Macedonia y fomentaba los sentimientos de independencia, por lo cual sus enemigos políticos acusáronle de haberse vendido al sátrapa y consiguieron que se le condenase á pagar una multa de cincuenta talentos, que no pudo satisfacer, marchando en su consecuencia al destierro. ¿Habría recibido realmente dinero de Harpalos? No es probable, pues que se opuso á la admisión del fugitivo en Atenas, proponiendo cuando éste hubo entrado en la ciudad que se le redujera á prisión y se embargaran sus bienes á fin de restituirlos á Alejandro. Hipérides, en su discurso contra Demóstenes, discurso del que se encontraron hace años varios fragmentos, le acusa de haber sido la causa del fracaso de los proyectos de Harpalos. Un hecho parece concluyente, y es que después de morir aquel intrigante, uno de sus familiares, caído en manos de los macedonios y obligado á nombrar á los que Harpalos sobornó, no hizo mención alguna de Demóstenes. En el *Discurso sobre la Paz*, él mismo había hablado orgullosamente de su integridad, diciendo: «Desaño á mis enemigos á probar que el menor regalo haya podido influir en lo más mínimo en mis palabras y consejos (1).»

En tal estado de cosas ocurrió la muerte de Alejandro, y Antipáter mantuvo el citado decreto relativo á los proscriptos; pero la confianza renacía en Atenas, y el partido nacional recobró su imperio. Démades fué condenado á pagar una multa de diez talentos por haber propuesto que se tributaran á Alejandro honores divinos; se desterró á varios amigos del príncipe, y enviáronse diputados á recorrer la Grecia para formar una alianza contra los macedonios y los proscriptos. Demóstenes, que se hallaba entonces en Megara, uniése á ellos, enardeció los ánimos, y mereció por este servicio que se le llamara á su patria. Los únicos pueblos que se mantuvieron en la neutralidad fueron Arcadia y la Acaya, cuyas asambleas generales había suprimido Alejandro, y también Esparta, algunas veces tan inoportuna-mente heroica, como en 330, y más á menudo egoísta. Por otra parte, en Macedonia se guardaban cincuenta rehenes espartanos pertenecientes todos á nobles familias, cuya vida peligraría en caso de una declaración de guerra. Los beocios sostuvieron el partido de Macedonia, temiendo ser despojados del territorio de Tebas, que Alejandro les había dado. Los tesalios se pronunciaron en el mismo sentido, pero desde el principio de la guerra pasáronse á los griegos. El resto de Grecia y un gran número de ilirios y de tracios aceptaron la confederación, cuyo mando general se confirió al ateniense Leostenes, que había servido á las órdenes de Alejandro y vuelto del Asia con ocho mil mercenarios, soldados aguerridos por largas campañas. Atenas desplegó una energía que recordaba mejores tiempos; alistó á todos los ciudadanos de menos de cuarenta años que se hallaban en estado de tomar las armas y puso en pie cinco mil hoplitas, quinientos caballos y dos mil

(1) Respecto al asunto de Harpalos, habíase ordenado practicar un escrupuloso registro en varias casas; pero en una de ellas habitaban unos recién casados, por lo que no fué visitada, *μόνην τὴν τοῦ γεγαμηκότος νεωστὶ παρῆλλον* (Plutarco, *Preceptos políticos*, 17, 9). Aquí se nota una de esas delicadezas de sentimiento que no tenemos costumbre de hallar en la antigüedad. En cuanto á Harpalos, obligado á salir de Atenas, fué á rennirse en el cabo Tenaro con sus mercenarios, á los que condujo á Creta, donde uno de sus oficiales le asesinó.

mercenarios, sostenidos por una flota de cuarenta trirremes y doscientas naves de cuatro líneas de remos. Por toda la Grecia se circuló un decreto del pueblo que decía: «Los atenienses están dispuestos á combatir todavía por la libertad griega y ayudarán á toda ciudad que quiera expulsar á su guarnición macedónica.» Los ricos, y á su cabeza Foción, habíanse opuesto en vano á esta heroica temeridad.



Elevación restaurada y plano del arsenal de Filón en el Píreo (1)

Muchos pueblos tomaron parte en la alianza, y el principio de las operaciones fué brillante. Leostenes derrotó á los beocios, y después corrió á las Termópilas y á Tesalia en busca de los macedonios. Estos llegaban en número de trece mil infantes y seiscientos caballos, que era todo cuanto Antipáter había podido reunir en el reino exhausto; pero al mismo tiempo se apresuró á enviar aviso á Leonato, que estaba en Frigia, y á Cráteres, que se hallaba en Cilicia. Sin embargo, ¿permi-

(1) Según A. Choisy, *El arsenal del Píreo, con arreglo al plano original de los trabajos. Estudios sobre la arquitectura griega*, tomo I, París, 1883. - El presupuesto y la memoria descriptiva de los trabajos, grabados en una estela de mármol, fueron encontrados en el Píreo en el año 1882 (*Corp. inscr. Attic.*, tomo II, 1054). Damos, según M. Choisy, 1.º, el plano de conjunto del monumento; 2.º, el detalle de las puertas y de las primeras habitaciones, y 3.º, la restauración de la fachada.

tiría el estado de los asuntos en Asia que estos dos generales llegaran á tiempo? Rodas había recobrado ya su libertad, expulsando á la guarnición macedónica; otras ciudades podían imitar su ejemplo, y además había muchas divisiones entre los herederos del conquistador. La empresa de los atenienses no era, por lo tanto, tan insensata como sostenían los hombres pacíficos. El talento de Leostenes, la superioridad de sus fuerzas, que ascendían á treinta mil hombres, y sobre todo la defección de Menón de Farsalia, jefe de la caballería tesaliana, que se pasó á los griegos, valieron á estos últimos la victoria de Lamia. Antipáter se refugió en la ciudad cerca de la cual se había librado la batalla; pero vióse allí tan estrechamente bloqueado, que envió á pedir la paz á los atenienses. En la embriaguez del triunfo, el pueblo cometió la imprudencia de exigir que se rindiese á discreción; pero justo es añadir que aquella paz, rechazada sin duda por Leonato y Cráteres, no hubiera sido más que una tregua que habría quebrantado el impulso de la alianza, desarmando á los atenienses.

El sitio, ó más bien el bloqueo, pues los sitiadores no tenían máquinas para batir las murallas, continuó; pero desgraciadamente, Leostenes fué muerto al rechazar una salida de los sitiados. Hipérides pronunció el elogio fúnebre del general y de los ciudadanos muertos con él; es un magnífico modelo de elocuencia, aunque pálida copia de los discursos de Pericles (1), y está concebido en estos términos: «Jamás los hombres de los tiempos pasados combatieron por una causa tan noble ni contra adversarios tan poderosos ni con más escasos recursos; pensaban que la virtud constituye la fuerza y que el gran ejército es aquel en que se encuentra, no el mayor número de soldados, sino más valor. ¿Qué habría sucedido si no hubiesen alcanzado el triunfo? El mundo pertenecería á un soberano; sus caprichos serían ley, y sobreponiéndose la insolencia macedónica á la justicia, nadie, ni las mujeres ni los niños, habrían escapado de los ultrajes... Por eso, cuanto más terribles eran los males que nos estaban reservados, tanto más honores debemos tributar á los que murieron por nosotros, y en particular á Leostenes, que indujo á sus conciudadanos á sufrir tales pruebas. Los que se mostraron dignos compañeros de semejante jefe pueden considerarse felices por haber sacrificado un cuerpo mortal á cambio de una gloria imperecedera, asegurando á la vez por su valor la libertad de todos los griegos. Los hombres libres no deben ya temer que se les acuse, sino que se les convenza, y la seguridad de cada cual no dependerá de los que lisonjean al amo y calumnian á sus compatriotas, sino que estará bajo la protección de las leyes. He aquí á la mira de qué ventajas aquellos de quienes hablamos han librado para siempre de los temores del porvenir á su patria y á Grecia, dando su vida para que vivamos con honra.» Tal era la exaltación de los ánimos, que la prometida de Leostenes, según dicen, dióse la muerte exclamando: «Virgen aún y ya viuda, no quiero pertenecer á otro.»

¡Hermosa jornada que será la postrera! Los discursos de Hipérides eran la última palabra libre que Atenas debía oír.

Sin embargo, Demóstenes volvió entonces á su patria. Durante el destierro no había podido alejarse mucho de Atenas; habíasele visto errante en la playa de Trezena ó en las montañas de Egina, con los ojos fijos en dirección al Atica, ó más cerca aún, en Megara. Su vuelta fué un triunfo. «Se envió una galera de tres líneas de remos para recogerle en Egina, y cuando llegó al Pireo los magistrados y sacerdotes, seguidos de todo el pueblo, salieron á su encuentro y recibieronle con las más vivas demostraciones de alegría... Sin embargo, el juicio que le condenaba á una

(1) Véase tomo II, pág. 304.

multa subsistía aún y el pueblo no podía legalmente hacerle gracia de la pena; pero imaginóse un medio de eludir la ley. Era costumbre, en el sacrificio que todos los años se ofrecía al Júpiter Salvador, dar cierta suma á quien se cuidase de preparar y adornar el altar del dios; aquel año encargóse este cometido á Demóstenes, y diéronle por su trabajo los cincuenta talentos á que ascendía la multa.» (Plutarco.)

Demóstenes saboreó con placer la felicidad de ver de nuevo á su querida Atenas; pero esta dicha debía costarle la vida. Con Leostenes, los griegos perdieron un buen general, y además, la retirada de los etolios, llamados momentáneamente á su país, reducía el ejército á veintidós mil hombres. Los macedonios, á quienes la guerra hubiera sorprendido unos armados contra otros si hubiese comenzado algunos meses más tarde, veían por el contrario llegar de Asia, á instancias del vencido de Lamia, á Leonato con veinte mil infantes y dos mil quinientos caballos. A fin de evitar la unión de este general con Antipáter, Antifilos, sucesor de Leostenes, levantó el sitio de Lamia y corrió al encuentro de Leonato, que pereció en un combate de caballería; pero Antipáter reunió sus fuerzas con las del ejército vencido, y cuando Cráteres llegó á su vez, los macedonios contaron con cerca de cincuenta mil hombres. Los griegos tenían una mitad menos, y fueron derrotados en Crannón (322). Los escritores, que siempre tienen buenas razones en favor del triunfo, condenaron aquel supremo esfuerzo de Grecia; nosotros lo aplaudimos, porque era acabar virilmente.

La derrota de Crannón fué decisiva, no por el número de muertos por parte de los vencidos, poco considerable, sino porque acabó de sembrar entre ellos el desaliento. Por otra parte, la fortuna les era igualmente adversa en el mar, pues Clito, jefe de la escuadra macedónica, acababa de aniquilar las fuerzas marítimas de Atenas. Siguiéronse las negociaciones, y como Antipáter declarase con muy buen tacto que sólo trataría aisladamente con los individuos de la liga, las ciudades rivalizaron para someterse, terminando con esto la confederación.

En Atenas, el partido de la guerra se convenció de que ya no quedaba más remedio que entrar en tratos; Demóstenes y algunos otros se alejaron, y dejóse recobrar su imperio al partido macedónico, único que podía servir de mediador. Este partido tenía entonces por jefes á dos hombres notables, Démades y Foción; este último, el Catón ateniense, era persona íntegra y prudente, pero de prudencia estrecha, sin ilusiones ni entusiasmo. En medio de los accesos de alegría que hacía poco habían provocado los triunfos de las armas griegas, jamás un rayo de la alegría general iluminó aquel semblante, de expresión fría y pensativa, jamás su boca pronunció más que palabras irónicas y desconsoladoras. «¡Vamos, decía después de la victoria de Leostenes, he aquí que nos convertimos en conquistadores!» Tampoco buscó nunca la popularidad, que es una fuerza, pero que ha perdido á tantos ambiciosos. «¿He dicho alguna necedad?» preguntó cierto día que el pueblo le aplaudió. No era su costumbre lisonjear á las tropas cuyo mando se le confiaba. «Hay demasiados capitanes, decía, y muy pocos soldados.» Sin embargo, Foción era hombre de bien; fué elegido cuarenta y cinco veces general, sin haberlo solicitado, y sirvió lealmente á su patria, aunque murmurando sin cesar; cuando era preciso, también combatía á sus amigos los macedonios, como acababa de hacerlo en Maratón, donde obligó á volver á las naves á un cuerpo que asolaba la llanura. A él se apeló también para dulcificar á Antipáter, con quien mantenía relaciones amistosas, y aunque no rehusó su mediación, fué poco generoso al decir que si los atenienses hubieran seguido sus consejos no se habrían visto en la precisión de solicitar sus servicios. En vida de Alejandro, había rechazado cien talentos que el

rey le ofrecía, pidiéndole en cambio la libertad de cuatro griegos prisioneros en Sardes.

Démades se diferenciaba mucho de él: era el talento en la corrupción; rico, con una fortuna mal adquirida, recibía de manos de todos y confesábalo sin vergüenza; pero su elocuencia igualaba casi á la de Demóstenes, y en opinión de algunos era más rápida y arrebatadora. Habíasele visto proponer una tras otra medidas ilegales, riéndose del rigor de las leyes con la descarada audacia de un hombre que conoce su ascendiente sobre el pueblo y que se vale de él. Sin embargo, se extralimitó tanto, que acabó por ser condenado, aunque á una simple multa de diez talentos, cantidad irrisoria, atendida su riqueza. Ciertamente á ello se añadía la declaración de su incapacidad política, ἀτιμία; pero como hombre que se cuidaba poco de la vergüenza, permaneció en Atenas, aunque sin tomar ya parte en los asuntos públicos, si bien viviendo con un lujo provocativo, que el dinero macedónico pagaba. Ante el peligro presente, devolviéronle sus derechos de ciudadano, y el primer uso que de ellos hizo fué proponer un decreto de muerte contra Demóstenes en una asamblea á que sólo asistió aquel día el partido macedónico. Después de esto fué en compañía de Foción á celebrar una entrevista con Antipáter.

El vencedor trató á los atenienses como en otro tiempo le habían tratado á él. Sentó como base de las negociaciones una sumisión completa é impuso tres condiciones principales: los atenienses debían entregar sus oradores, incluso Hipérides y Demóstenes; reformar su constitución según el plan trazado por el vencedor, y por último, admitir una guarnición macedónica en Muniquia. Además de esto, debían pagar los gastos de la guerra.

Estas condiciones, que fueron aceptadas, eran la sentencia de muerte, no tan sólo de Demóstenes, sino de Atenas. Al admitir una guarnición macedónica, los atenienses perdían aquella libertad de acción de que hicieron mal uso con frecuencia, pero que en un pueblo, aunque haya degenerado, es la única garantía que queda de un porvenir mejor, el único medio, la única esperanza de obtener reformas que puedan realzar algún día al Estado. De este modo se acostumbraron á humillar la cabeza y doblar la rodilla ante sus señores; y más desgraciados que en la época de los Treinta, hubieron de obedecer, no ya á sus conciudadanos, sino á extranjeros. La reforma introducida en la constitución fué lo que en particular alteró para siempre el carácter de los atenienses, mutilando aquel pueblo, que se hallaba reducido á la más pequeña parte de sí mismo. Esta reforma no reconocía derechos políticos á quien no poseyera por lo menos 2.000 dracmas, fortuna que sólo nueve mil individuos poseían. Estas 2.000 dracmas debían consistir probablemente en bienes raíces; de modo que los artesanos y mercaderes, que vivían de su industria y de su comercio, quedaron fuera de los nueve mil, sin constituir por eso una multitud famélica. A los ciudadanos que con esta reforma perdieron sus derechos, Antipáter les ofreció tierras en Tracia, en Iliria, en las costas de Italia y hasta en África; muchos las aceptaron, es decir, que se vieron desterrados del Atica y deportados muy lejos. «En cuanto á los nueve mil, quedaron dueños de la ciudad, así como de su territorio, y adoptaron un sistema de gobierno ajustado á las leyes de Solón (1).» Esta conformidad con dichas leyes no era más que una aña-

(1) Los colonos atenienses que se hallaban establecidos en Samos fueron expulsados al mismo tiempo, y á la república se la despojó de sus últimas posesiones exteriores. Diodoro (XVIII, 18) hace ascender á veintidós mil el número de emigrantes; pero yo creo muy exagerada esta cifra, pues el censo de Demetrio de Falera daba veintiún mil ciudadanos (Ateneo, VI, 103), y se habla de treinta mil en tiempo de Demetrio Poliorcetes (Diodoro, XX, 46). Verdad es que no hay que creer mucho en tales variaciones de la cifra de la población en tan pocos años.



Monumento corágico de Lisícrates en Atenas, estado actual (véase pág. 245, nota 2)

gaza; la democracia quedaba quebrantada por aquel golpe, y Antipáter sabía muy bien lo que hacía al despoblar la ciudad que cometió tantas heroicas locuras, entregándolo todo á esa minoría rica que por odio á las instituciones nacionales había favorecido tan á menudo la dominación extranjera. Atenas degeneraba desde el rango de Estado soberano á la condición de un modesto municipio que se administraba por sí propio.

Faltaba cumplir la cláusula por la cual los oradores debían ser entregados al vencedor: después de haber desarmado al pueblo que aplaudiera sus elocuentes palabras, era preciso ahogar las voces peligrosas. Los proscriptos se habían dispersado en diversas direcciones: Antipáter envió en su busca á varios soldados conducidos por un tal Arquías, antiguo actor trágico, y habiendo encontrado en Egina al orador Hipérides, á Aristónicos de Maratón, Eucrates é Himereos, hermano de Demetrio de Falera, que se habían refugiado en el templo de Baco, arrancóles de allí y los envió á Cleones, donde se hallaba Antipáter, quien dispuso al punto su muerte. Dícese que, contrariamente á las costumbres de los griegos, mandó arrancar la lengua de Hipérides antes de que se le ejecutara, ordenando que se arrojasen sus restos á los perros; otros aseguran que el orador, á quien se aplicó el tormento, se la cortó él mismo.

Informado Arquías de que Demóstenes se había refugiado cerca del templo de Neptuno en Calauria, marchó allí, y quiso inducirle á salir de su asilo y á presentarse á Antipáter, asegurando que no se le haría daño alguno; pero Demóstenes volvió á penetrar en el interior del templo, y tomando sus tablillas como para escribir, llevóse el punzón á la boca y le mordió: tal era su costumbre cuando escribía; pero esta vez el instrumento contenía un veneno muy activo. Después de tenerle algún tiempo en su boca, cubrióse la cabeza con su ropaje, mientras los soldados, que estaban á la puerta del templo, burlábanse de él y le trataban de hombre débil y cobarde. El mismo Arquías se acercó é invitóle á levantarse, repitiendo que le reconciliaría con Antipáter. Cuando Demóstenes sintió que el veneno había producido su efecto, descubrióse, y con la mirada fija en Arquías, le dijo: «¡Ahora puedes ya desempeñar el papel de Creón en la tragedia y hacer arrojar este cuerpo á los perros sin concederle los honores de la sepultura! ¡Oh Neptuno, añadió, salgo vivo de tu templo, pero no por eso Antipáter y los macedonios habrán dejado de mancharse con mi muerte.» Apenas pronunciadas estas palabras, comenzó á temblar y sus piernas flaquearon; entonces solicitó que le sostuvieran para andar, y cuando pasaba por delante del altar del dios, cayó exánime, exhalando un doloroso suspiro. «Era el 16 del mes de *pyanepsion* (10 noviembre 322), el día más triste y más funesto de la fiesta de las tesmoforias, durante el cual las mujeres que la celebran, sentadas en el suelo en el templo de Ceres, ayunan hasta la noche.»

Poco tiempo después el pueblo ateniense, tributando á su memoria los honores que merecía, mandó que se le erigiera una estatua de bronce, ordenando por decreto que el primogénito de su familia fuera alimentado perpetuamente en el Pritaneo á expensas del público. Este decreto, cuyo original se cree poseer, decía en sustancia: «En las desgracias públicas ó en tiempo de escasez, dió al Estado trece talentos (cerca de setenta mil pesetas) y tres trirremes; rescató ciudadanos prisioneros, facilitó armas á los pobres y contribuyó con su dinero á reparar las murallas y ensanchar los fosos; conquistó numerosos aliados para Atenas, y con su elocuencia y sus larguezas reprimió las disposiciones malévolas de los peloponesios; defendió la independencia nacional mejor que ninguno de sus contemporáneos, y desterrado por la oligarquía cuando el pueblo hubo perdido sus derechos, murió sin

hacer nada que fuese indigno de Atenas.» Sobre el pedestal de su estatua se grabó su epitafio en este sentido: «¡Demóstenes, si tu poder hubiese igualado á tu elocuencia, Grecia no estaría hoy encadenada!» Mientras en Grecia se conservó un recuerdo del pasado, se honró á Demóstenes casi tanto como á los antiguos héroes. En Calauria se le erigió un monumento, y aun hoy se ve cerca del burgo de Penea, lugar de su nacimiento, un león de mármol roto, con este resto de inscripción incrustada en el muro de la iglesia: *ὄνειακ πιστός ἔφυε*, «porque has sido fiel.» Demóstenes se retrató á sí propio al fin de su discurso *sobre la Corona*, cuando dijo: «Dos cosas se pueden exigir á un hombre honrado: querer en política la grandeza de su pueblo, y en todo tiempo, en toda circunstancia, tener en el corazón un ardiente amor á su país.» Nosotros, que hemos conocido también las amarguras de la derrota, honramos en él al gran patriota que durante treinta años combatió por la libertad de su país, y después de haberle dado su vida, dióle su muerte, como si hubiese querido enseñar una vez más que por la patria es preciso luchar hasta el sacrificio supremo (1).

Démades no disfrutó largo tiempo de su triste victoria: hallándose en Macedonia, en el año 320, para negociar la retirada de la guarnición de Muniqvia, descubrióse una carta por la cual había invitado á Pérdicas á librar la Grecia, que solamente se sostenía ya por un hilo medio pasado, frase con que designaba á Antipáter. Casandro mandó asesinarle junto con su hijo. Licurgo había muerto algunos años antes; Foción no sobrevivió á la caída de su patria sino para sucumbir él también miserablemente, y Esquines, que envejecía en el destierro, no volvió á ver la ciudad de Atenas. Así desapareció violentamente aquella generación de hombres, de austera virtud los unos y profundamente viciados los otros por la corrupción general, pero todos llenos de genio, y que hicieron brillar la elocuencia con más esplendor que nunca, señalando á su siglo un lugar poco distante del de Pericles. Con ellos, y sobre todo con Demóstenes, cayó para Atenas, no solamente la independencia, sino también el decoro; en lo sucesivo veremos esa ciudad, humilde y servil, aclamar siempre dócil á todos los vencedores y á todos los soberanos. A este precio adquirió la paz, cambiando por ventajas materiales la gloria brillante de los pasados siglos.

Los pueblos de la Grecia central y del Peloponeso se habían sometido todos á la decisión de las armas. En las ciudades donde se creyó necesario, modificáronse las instituciones al antojo de los macedonios y la autoridad se confió á sus partidarios. Solamente un pueblo del Norte, más rudo y más joven, porque se había mantenido separado de la civilización que le rodeaba, observó una conducta dife-



Atena escribiendo (2)

(1) Véase el *Elogio de Demóstenes* en las *Obras de Luciano*.

(2) Fragmento de una pintura de vaso, según Lenormant y de Witte, *Monumentos cerámicos escogidos*. — La diosa, de pie, tiene en la mano izquierda un tríptico y con la derecha lleva se el punzón á los labios.

rente. Refugiados en sus montañas y en las ciudades fuertes que coronaban las cimas de éstas, los etolios se resistieron, en medio de un invierno riguroso, á las fuerzas muy superiores que Cráteres, entonces yerno de Antipáter, envió contra ellos. Los acontecimientos del Asia les libraron de la ruina, y en recompensa de su valor pudieron conservar su independencia.

### III. — ESFUERZOS DE LOS REGENTES PARA MANTENER LA UNIDAD DEL IMPERIO; CAIDA DE LA OLIGARQUÍA EN GRECIA

Los rebeldes, tanto de Asia como de Europa, estaban reducidos á la obediencia; mas ahora entraban en lucha las ambiciosas rivalidades de los jefes. Con este motivo vemos producirse entonces un doble hecho que, durante cuarenta años, se renovará sin cesar: por una parte, los esfuerzos de uno de los generales, cualquiera que sea, para hacerse heredero de Alejandro; y por otra, la resistencia de sus colegas y las alianzas que formarán entre sí á fin de no estar sometidos á ningún soberano. Estas alianzas obtendrán siempre la victoria, de modo que el imperio quedará roto. Mientras exista la familia de Alejandro, junto á ella, y al abrigo del ascendiente que conserva sobre los macedonios, se colocará aquel que pretenda el imperio universal: es decir, que los regentes sucesivos se transmitirán esa pretensión al mismo tiempo que la tutela; pero cuando esa familia se haya extinguido, el más poderoso, sin más recomendación que su fuerza, será quien herede el imperio.

Pérdicas fué el primero que trató de realizar tan ambiciosos planes, viendo con no poca inquietud que sus antiguos colegas asentaban en sus provincias las bases de establecimientos duraderos. Ptolomeo, por ejemplo, se afianzaba en Egipto; este general, que por la dulzura de su carácter era propio para semejante empresa, atraía á su alrededor á todos aquellos que buscaban un soberano menos imperioso que Pérdicas, y los 8.000 talentos que había encontrado en manos del tesorero Cleomenes facilitáronle los medios de adquirir un numeroso ejército de mercenarios. Había hecho ya una conquista importante hacia el Oeste, agregando al Egipto la Cirenaica, donde un partido le llamó para combatir al espartano Thibrón, que después de asesinar á Harpalos y de haber heredado sus mercenarios, sobre todo el dinero robado, trató de obtener para sí en la Cirenaica el mando real. Al fin estableció su gobierno bajo la invocación de los manes de Alejandro, conservando en Alejandría el cuerpo del conquistador, que Pérdicas había enviado al templo de Júpiter Ammón.

Por otra parte, Antipáter y Cráteres, vencedores de los griegos y unidos por un matrimonio que hacía al uno yerno del otro, elevaban en Europa una potencia formidable. Pérdicas, en buena inteligencia hasta entonces con Antipáter, con cuya hija debía unirse, resolvió apoyarse más aún en la familia de Alejandro, y hasta introducirse en ella para que favoreciera sus designios. Acababa de reconocer á sus expensas hasta qué punto la sangre del conquistador ejercía influencia en el ejército: una de las tres hermanas de Alejandro, Cinané, era, por parte de su madre, de origen ilirio é intrépida como aquella raza de audaces montañeses: el estruendo de las armas, las heridas y la sangre no la atemorizaban, y en cierta acción contra una tribu enemiga, dirigió una furiosa carga, dando muerte con su propia mano á la reina, que también conducía á los suyos al combate. Tan ambiciosa como Olimpias, resolvió casar á su hija Eurídice, no menos guerrera que ella, con el rey Arrhideo, y marchó al Asia, cruzando entre las tropas de Antipáter y de Pérdicas, que quisieron detenerla. Cuando llegó al campamento de los macedonios, éstos recibieron con vivas aclamaciones á esta hija del padre de Alejan-

dro; y entonces el regente, más inquieto que nunca, no retrocedió ante la idea de verter la sangre real é hizo dar muerte á Cinané. Al tener conocimiento del hecho, el ejército, que confundía su más gloriosa historia con el recuerdo de sus reyes y el respeto á su raza, se sublevó y no quiso cumplir con sus deberes sino á condición de que Eurídice se casara con Arrhideo. Pérdicas hubo de consentir en ello, y desde entonces encontró dos enemigos en la nueva reina y en su esposo. Para reparar este descalabro púsose en relaciones secretas con Olimpias, la antigua enemiga de Antipáter, que se había refugiado en Epiro, y prometiéndole casarse con Cleopatra, segunda hermana de Alejandro.

Anudada aquella intriga, comenzó á tramar otra. Hubiera querido deshacerse de sus rivales uno á uno, y por lo pronto del gobernador de la Frigia, de quien sospechaba que mantenía relaciones secretas con Antipáter, con objeto de formar una coalición contra el regente. Acusó ante el ejército á Antígono é intimóle á comparecer ante un tribunal imparcial, según dijo, para dar cuenta de su insubordinación. En vez de comparecer, Antígono huyó á Grecia, donde dió el primer grito de alarma, promoviendo la primera alianza. Los jefes de ésta fueron Antipáter, Ptolomeo, Antígono y Cráteres, quien renunció entonces á la expedición comenzada contra Etolia. Aquello era la guerra, y Pérdicas la aceptó, desechando á la hija de Antipáter para casarse con Cleopatra.

Ese casamiento le acercaba á su objeto, pues un verdadero macedonio, de sangre real y mucha celebridad, adquiría, llegando á ser cuñado del conquistador, derechos sobre su herencia que equilibraban los del hijo de una extranjera. Sin embargo, todos los antiguos jefes estaban contra él, excepto un hombre que merece fijar nuestra atención: Eumenes de Cardia, en Tracia. Filipo había reconocido muy pronto en él cualidades semejantes á las suyas; y cuando entró al servicio de Alejandro, llegó á ser su secretario, adquiriendo al fin, sin mucho ruido, una gran influencia. No había hecho carrera por actos notables y se le consideraba más propio para los asuntos que se escriben que para aquellos que se ventilan espada en mano. Era de carácter frío y nada pródigo, y sus facciones delicadas y regulares indicaban bien la sutileza de su espíritu. Al morir el conquistador comprendió la extremada reserva que su origen extranjero le imponía, y se mantuvo á prudente distancia de los demás, lo cual, empero, no fué óbice para que se le diera un gobierno, el de la Paflagonia y de la Capadocia; pero su política no podía ser la de los generales que por su nacimiento ó sus proezas se habían hecho notables. Aquel intruso debía ligarse con la familia real y los regentes, y en el conflicto que se preparaba pronuncióse en favor de Pérdicas, el cual le encargó que fuera á defender el Asia Menor contra Cráteres, que llegaba de Macedonia, y contra el sátrapa de Armenia, que se había unido á los enemigos del regente.

Cuando los dos ejércitos se encontraron, Eumenes empleó toda su habilidad para no poner en presencia de Cráteres á los macedonios, dispuestos á dejarse vencer por aquel antiguo amigo de Alejandro, y dispuso que le atacara un cuerpo de bárbaros, los cuales le sorprendieron y no conociéndole diéronle muerte; en la otra ala de ejército empeñó la lucha cuerpo á cuerpo contra Neoptolemo, derribóle y le atravesó dos veces con su espada.

Pero si la causa del regente triunfaba en Asia, él perecía á orillas del Nilo, donde había encontrado un adversario que nada había perdonado para preparar la resistencia y á quien los macedonios atacaban muy á pesar suyo. Rechazado ante la pequeña fortaleza llamada *Muro de los Camellos*, Pérdicas avanzó más al Sur y quiso franquear el Nilo por un vado donde el agua tenía bastante profundidad para cubrir á los soldados hasta los hombros; y como el lecho del río llegara á hacerse

más hondo en aquel sitio á fuerza de pasar por él tantos hombres y caballos, dos mil soldados y oficiales perecieron, arrastrados por la corriente los unos y víctimas los otros de los cocodrilos, que acudieron muy pronto en busca de la presa. El ejército, testigo de aquel espectáculo, se exasperó contra Pérdicas, de quien ya estaba descontento; Pitón, Antígenes, Seleuco y unos cien más conspiraron contra él y sorprendiéndole en su tienda, lo asesinaron.

Los soldados de Pérdicas estaban, por el contrario, tan contentos de su enemigo Ptolomeo, que acababa de enviarles piadosamente las cenizas de los muertos arrancados á la corriente y á los cocodrilos, que le ofrecieron la regencia; pero demasiado prudente para cambiar por los peligros de este cargo supremo el lote más seguro y bastante rico que le tocara en suerte en la repartición, rehusó desde luego é hizo aceptar á Pitón, sátrapa de la Media, y al general Arrhideo, los cuales al cabo de algún tiempo, viendo á cada paso entorpecida su acción por las intrigas de Eurídice, abandonáronla á su vez y el ejército la otorgó á Antipáter. He aquí, pues, á un primer pretendiente derribado y á un nuevo regente en el poder.

Otro vencido había, además de Pérdicas: el imperio. La idea de una vasta dominación que se extendiera desde el Indo al Adriático, gobernada por un solo hombre, en beneficio de los macedonios, no se había perdido: el ejército, que aún imponía su voluntad, conservaba el recuerdo de ella y buscaba el jefe que le distribuyera los despojos del mundo (1); pero la última lucha había acrecentado en el ánimo de los gobernadores la esperanza de ser muy pronto dueños de sus provincias, y este sentimiento era inevitable ante una monarquía que, representada por niños, no tenía fuerza para contener las ambiciones subalternas. Antipáter iba á continuar la historia de Pérdicas, á soñar como él con la autoridad suprema y á morir sin haberla consolidado.

Después de los acontecimientos de Egipto era preciso establecer en todas las cosas la regularidad aparente, cuya fragilidad acababa de reconocerse. En Trasparadisos, ciudad de la Celesiria, hizo una nueva distribución de las provincias, que cambió poco las principales disposiciones de la primera. Antipáter, Ptolomeo, Lisímaco y Antígono conservaban sus gobiernos; pero se daba la Babilonia á Seleuco, que iba á fundar allí un poderoso Estado. Además de esto, Antipáter confió el mando de las antiguas tropas de Pérdicas á Antígono, con orden de perseguir á Eumenes; pero como en aquellas guerras civiles, y este es uno de sus resultados deplorables, no se podía contar con la fe y el agradecimiento de los hombres, Antipáter sospechaba ya de Antígono, y á fin de vigilarle puso junto á él á su hijo Casandro, encargándole del mando de la caballería.

Antígono comenzó desde luego á perseguir á Eumenes, que en aquella guerra desplegó todos los recursos de su ingenio. Vencido por la traición de varios de sus generales, privado del apoyo de los últimos partidarios de Pérdicas á quienes Antígono había abrumado, y sin más que algunos hombres incapaces de resistir una guerra de táctica y de movimientos rápidos, Eumenes resolvió encerrarse con setecientos soldados en Nora, pequeña fortaleza de Capadocia, situada en una roca inexpugnable. Allí resistió durante un año al ejército que le sitiaba, rehusando tratar á menos de que se le devolviera su gobierno, manteniendo por ingeniosas estratagemas el vigor de sus hombres y de sus caballos en aquel espacio tan reducido y sosteniendo con su actividad á toda la guarnición.

(1) En Trasparadisos, Antipáter estará á punto de perecer en un motín de la soldadesca por que no distribuía entre las tropas los *tesoros reales*, y lo mismo sucederá cuando conduzca á los macedonios á Europa.

En esto ocurrió la muerte de Antipáter (319), antes de haber tenido tiempo de alarmar á los generales y de dar lugar á una nueva alianza. Entonces se vió, no sin sorpresa, la regencia tratada como una propiedad y legada por Antipáter á su amigo el anciano Polispercón, descendiente de los reyes de un reducido país de la Macedonia oriental. Y cosa extraña; todos los generales, excepto uno, aceptaron aquella disposición, y el único que protestó fué el hijo de Antipáter, Casandro. ¿Con qué título? Porque se creyó despojado de un derecho hereditario, aunque al nombrarle quiliarca ó teniente del regente, su padre le concedió el segundo lugar en el gobierno. Al principio disimuló, fingiendo no pensar más que en los placeres; pero sus cacerías eran conspiraciones, en las cuales tramaba con sus amigos un plan para derribar al nuevo regente. Obrando en secreto púsose en relaciones con Ptolomeo, esposo de su hermana, é invitóle á enviar al Helesponto las fuerzas marítimas que la conquista de Siria y de Fenicia sobre Laomedón acababa de dar á Egipto. También estaba en relaciones con Antígono y sentaba las bases de una segunda liga.

Antígono estaba enteramente dispuesto á utilizarse de la debilidad de Polispercón, y ambicionaba someter á sus leyes toda el Asia Menor; pero esta empresa exigía una pronta ejecución, á fin de adelantarse al momento en que el regente se hallaría en disposición de oponer obstáculo á ella. Para llevar á cabo su plan resolvió servirse como auxiliar de Eumenes, que acababa de dar pruebas de su habilidad, y envióle uno de sus amigos, Hierónimo de Cardia, para ofrecerle la restitución de las provincias que se le habían señalado (1). En el contrato no se hacía mención sino por mera fórmula de la familia de Alejandro, y se aseguraba la fidelidad de Eumenes á Antígono. Eumenes fingió considerar esta disposición como una inadvertencia, y cambió los términos del tratado de tal manera, que se comprometía, no con Antígono, sino con la familia real. Los macedonios que le sitiaban, siempre fieles á esta casa, dejáronle salir de su fortaleza; mas apenas Antígono tuvo conocimiento del fraude, envió al punto orden de estrechar más aún la plaza. Ya era tarde: Eumenes corría ya libre por el campo con dos mil caballos reunidos de todas partes. En efecto, todo se podía perder en la alianza con un pretendiente, y así como se había consagrado á Pérdicas, ofreció también fielmente sus servicios á Polispercón, fijándose en las cosas y no en los hombres; en la monarquía legítima, que le hubiera deparado un porvenir brillante, y no en los usurpadores, cuya primera diligencia hubiera sido desembarazarse de él ó relegarle á una categoría inferior.

Para combatir la nueva alianza, Polispercón adoptó tres medios: conciliarse con Grecia devolviéndola á la democracia, que Antipáter había abolido, y que por agradecimiento sería enemiga de Casandro; sostener á Eumenes en su guerra contra Antígono; y por último, llamar á Olimpias que estaba en Epiro, reunir en Macedonia á toda la familia de Alejandro á fin de aunar á todos los individuos á una misma política, y hacer pesar la influencia de todos sobre las ambiciones rivales.

Comenzó por dirigir solemnemente á Grecia en nombre de los reyes un edicto que ordenaba el llamamiento de los desterrados por la causa democrática, y la adopción de las formas políticas que existían en tiempo de Filipo y de Alejandro, y devolvía Samos á Atenas. Este manifiesto dió por resultado producir contra los partidarios de Antipáter, que ahora eran los de su hijo Casandro, una reacción inmediata, particularmente en Atenas contra los Nueve Mil y Foción. Estos ciuda-

(1) Este Hierónimo de Cardia compuso una obra sobre los sucesos de Alejandro, *οὐ διαδόχοι*, en la cual demostró mucha parcialidad en favor de Antígono y de su hijo Demetrio.

danos, excluidos desde 322 de la plaza pública, volvieron á entrar en ella con sentimientos de venganza más bien que de patriotismo, y el silencio que reinaba hacia varios años en las ciudades convirtiéndose de pronto en un concierto de furiosos discursos y de voces atrevidas, entre las cuales ninguna recordaba la de Demóstenes ó de Licurgo. Foción, cuya conducta en aquellos últimos tiempos había sido por lo menos imprudente, recibió el encargo, como estratego, de atender á la defensa del Pireo, de los arsenales y de la flota, contra las empresas de su amigo Nicanor, que mandaba la guarnición de Muniquia. Este oficial de Casandro consiguió apoderarse del puerto de Atenas, apresurándose á aislarle de la ciudad por una muralla. Para los atenienses, este era el golpe más sensible, y de él se atribuyó toda la culpa á Foción, que no había previsto nada ó no había querido preverlo. La democracia renaciente le inspiraba temores, y no se creía seguro en una ciudad que sin duda iba á pedirle severa cuenta de su conducta. Por esta causa huyó con varios de sus partidarios al campamento de Alejandro, hijo de Polispercón, quien le envió á su padre. El orador Agonides y algunos otros le siguieron como acusadores en nombre de Atenas.

Polispercón había colocado á Arrhideo bajo un dosel de oro, rodeado de sus cortesanos, y ante aquel tribunal autorizóse á los atenienses para abogar por su causa. Como todos hablaban á la vez, acusándose unos á otros, Agonides exclamó: «¡Oh rey! Disponed que nos encierren en una jaula y que nos conduzcan á Atenas para dar cuenta de nuestra conducta.» Restablecido el silencio, todos tomaron por turno la palabra; pero Polispercón, mostrando una parcialidad irritante contra Foción, interrumpíale de continuo, y golpeando violentamente el suelo con su bastón, obligóle al fin á callar. Hegemón, otro acusado, osó tomar al mismo Polispercón por testigo de su afecto al pueblo, y entonces el regente se exasperó como si le hubiesen ofendido. Arrhideo, pobre rey obediente, levantóse al oír la voz de su tutor y quiso atravesar con su lanza al atrevido; este incidente bastó para que la asamblea se disolviera, y los acusados fueron enviados á Atenas bajo la custodia de Clito, antiguo almirante de Antipáter, «al parecer para ser juzgados, pero en realidad para recibir allí la muerte.»

Plutarco, amante de los relatos amenos, y á quien no agrada la multitud popular, dice que de la asamblea que debió fallar la causa de los acusados no se hizo salir á los extranjeros ni á los esclavos ni á los hombres que tenían alguna nota infamante (1). «Por lo pronto se leyó la carta del rey, que declaraba á todos los prisioneros convictos de traición y los sometía al juicio de los atenienses como pueblo libre. Cuando Foción entró, los buenos ciudadanos, bajando los ojos y cubriéndose el semblante, vertieron amargas lágrimas; solamente uno tuvo valor para levantarse y usando de una parte de sus derechos políticos dijo que, puesto que el rey encargaba al pueblo un juicio de tanta importancia, justo sería excluir del tribunal á los extranjeros y á los esclavos; pero el populacho rechazó altamente esta proposición, gritando que era preciso lapidar aquellos partidarios de la oligarquía, enemigos del pueblo. Nadie osó ya hablar en favor de Foción, y él mismo no consiguió sin mucho trabajo que se le escuchara. «Atenienses, dijo: ¿queréis nuestra muerte con justicia ó injustamente? — Con justicia, contestaron algunos. — ¿Cómo habéis de estar seguros de esto, si os negáis á escucharnos?» Y no viéndoles más dispuestos á oírle, añadió: «Confieso que he cometido injusticias con vosotros durante mi administración, y para expiarlas, yo mismo me condeno á muerte; pero ¿por qué se ha de imponer esta pena á los que se hallan conmigo,

(1) Es decir, aquellos á quienes se había privado de una parte de sus derechos políticos.

puesto que no os han hecho daño alguno? — Porque son tus amigos,» contestó el populacho. Agonides leyó entonces el decreto que había preparado, en el cual se decía que el pueblo daría sus sufragios para resolver si los acusados eran culpables, y que si se declaraba así, serían ejecutados en el acto. Algunos querían además que se aplicara el tormento á Foción; y ya ordenaban que se trajese la rueda y se llamara á los ejecutores, cuando Agonides, al observar la indignación que tal exigencia producía en Clito, se opuso á ella. «Cuando debamos castigar, dijo, á un criminal como Calimedón, le aplicaremos la tortura; pero contra Foción no pide nada semejante.» Entonces un hombre de bien gritó: «Tienes razón, porque si sometiéramos á Foción al tormento, ¿á qué te condenaríamos á ti?» El decreto fué aprobado, y cuando se pidieron los votos, vióse que todos estaban por la muerte (318).

Disuelta la asamblea, condújose á los cinco condenados á la prisión. Enternecidos por sus padres y sus amigos, que habían ido á abrazarlos por última vez, comenzaron á llorar, deplorando su infortunio; solamente Foción conservaba la misma serenidad que tenía cuando, al salir de la asamblea para encargarse del mando de las tropas, fué conducido en triunfo por los atenienses. Estos últimos, al verle pasar, no podían menos de admirarse de su grandeza de alma y de su impassibilidad; pero varios de sus enemigos le seguían, agobiándole con injurias, y uno de ellos permitióse hasta escupirle en la cara. Foción se volvió hacia los magistrados y díjoles con tranquilo acento: «¿No reprimirá nadie la indecencia de ese hombre?» Cuando estuvieron en la cárcel, Tudipos al ver la cicuta que trituraban prorrumpió en amargas quejas, diciendo que era muy injusto hacerle morir con Foción. «¡Cómo! exclamó el hombre de bien, ¿no es suficiente consuelo para ti morir con Foción?» Preguntado por uno de sus amigos si tenía nada que decir á su hijo Focos, contestó: «Ciertamente, debo recomendarle que no conserve ningún resentimiento por la injusticia de los atenienses.» Nicoclés, el más fiel de sus amigos, le rogó que le permitiese beber la cicuta el primero. «Tu demanda es muy dura y triste, contestó Foción; pero toda vez que no te he rehusado nada en vida, te concedo en la hora de mi muerte esta última satisfacción.» Cuando todos hubieron bebido la cicuta, no quedó veneno para Foción, y el ejecutor dijo que no trituraría más si no se le daban doce dracmas, que era el precio de cada dosis. Como esta dificultad ocasionase alguna tardanza, Foción llamó á uno de sus amigos y díjole: «Puesto que no se puede morir gratis en Atenas, te ruego que des á ese hombre el dinero que pide.»

Era el 19 del mes de *muniquión*: en este día, los caballeros organizaban una procesión á caballo en honor de Júpiter; y al pasar por delante de la cárcel, los unos se despojaron de sus coronas, y los otros, fijando sus miradas en la puerta, no pudieron retener sus lágrimas, considerando los más endurecidos como una impiedad no haber aplazado aquella ejecución para el día siguiente, á fin de que en tan solemne fiesta no se manchara la ciudad con una muerte violenta. Los enemigos de Foción habían hecho decretar se llevara su cuerpo fuera del territorio de Atica, y que ningún ateniense pudiera dar fuego para sus funerales. Entre sus amigos no hubo uno siquiera que osase tocar su cuerpo; un tal Conopión, acostumbrado á vivir del producto de estos servicios, trasladó el cadáver más allá de Eleuxis y quemóle con fuego tomado en las tierras de Megara; y una mujer que se halló por casualidad en aquel triste acto con sus esclavos, erigióle en aquel lugar mismo un cenotafio, hizo las libaciones de costumbre, y guardando en su vestido los huesos recogidos, llevólos de noche á su casa y los enterró debajo de su hogar, diciendo: «¡Hogar mío, deposito en tu seno los sagrados restos de un hombre virtuoso; consérvalos con cuidado para devolverlos á la tumba de sus antecesores cuando los

atenienses hayan recobrado la razón!» Este tiempo vino con la vuelta al poder del partido oligárquico, después de la ocupación de la ciudad por Casandro. Los huesos de Foción fueron conducidos á Atenas; erigiósele una estatua de bronce, y el pueblo condenó á muerte al acusador Agonides; otros dos cayeron bajo los golpes de su hijo.

Plutarco, cuyo relato acabamos de analizar, es demasiado favorable á su héroe. Foción, adversario de la democracia, tuvo la mala suerte de ser amigo de todos los enemigos de Atenas: de Filipo, de Alejandro, de Antipáter y por último de Nicánor, que acababa de sorprender el Pireo, así como del hijo de Polispercón, quien le había enviado á su padre como uno de sus más celosos partidarios. Fué un grande hombre tal vez, pero no un gran ciudadano. Su triste fin hace olvidar su ruda virtud y esa política desesperada que de antemano pierde todas las causas. Supo morir bien, y esta es la mejor parte de su gloria; pero de esta gloria participaron Sócrates y Demóstenes.

En la mayoría de las ciudades ocurrieron escenas análogas. La oligarquía, re- puesta por Antipáter, fué derribada en todas partes y proscrita. La debilidad de Polispercón era tan mortífera como la ambición de Casandro ó la de Antígono.

#### IV. — RUINA DEL PARTIDO REAL Y DE LA FAMILIA DE ALEJANDRO

Mientras el partido democrático recobraba por un instante la ventaja, sostenido por Polispercón, una flota montada por Casandro y por tropas que Antígono suministró llegaba al Pireo. El regente se acercó presuroso á la ciudad de Atenas para apoyar su resistencia con 25.000 hombres y 65 elefantes; pero faltábanle los víveres para mantener aquella multitud en medio de un país estéril, y por lo tanto dejó en Atica un destacamento á las órdenes de su hijo Alejandro, trasladándose después al Peloponeso, donde Megalópolis se negaba á reconocer su autoridad. Megalópolis, fiel á Filipo y á Alejandro, en quienes tuvo protectores contra Esparta, habíase declarado también en favor de los regentes, predecesores de Polispercón; pero Antipáter había establecido en ella un gobierno aristocrático que fué bastante fuerte y nacional para no caer en el momento en que se provocaba una revolución democrática en toda la Grecia. Los habitantes de las campiñas inmediatas acudieron á sus muros, y pudo contar hasta 15.000 defensores, ciudadanos extranjeros ó esclavos. Damis, antiguo oficial de Alejandro que dirigía la defensa, se sirvió de todos los medios usados entonces en todos los sitios. Guarneció la muralla de balistas y de catapultas para batir las altas torres llenas de arqueros que el enemigo hacía avanzar hacia la plaza; diseminó en el glacis abrojos disimulados bajo un poco de tierra; y cuando el muro, minado por los macedonios, se derrumbó al fin, construyó detrás de la brecha en una sola noche otra nueva muralla. En vano el regente lanzó dos veces sus tropas al asalto: en la última tentativa, los elefantes que iban á la cabeza de la línea, heridos por las puntas de hierro que pisaban, mugieron de dolor, retrocediendo al punto á través del ejército, y ocasionaron tal desorden, que fué forzoso levantar el sitio.

Sin embargo, nuevas fuerzas llegaban del Asia en auxilio de Casandro; Clito, encargado de interceptarlas, alcanzó en el Helesponto una victoria naval; pero entregado á la confianza que su triunfo le inspiraba, dió tiempo á Antígono para que improvisando una nueva flota con barcos de transporte, le atacara súbitamente, derrotando á la escuadra real tan por completo, que sólo escapó Clito, quien al poco tiempo murió en Tracia (octubre 318).

Este descalabro, después del sufrido en Megalópolis, perdió la causa de Polis-

percón en Grecia. Los atenienses, sin puerto ni naves, estaban como la abeja sin agujón, y no podían defenderse; pero merced á un tratado con Casandro conservaron la ciudad, su territorio, sus rentas, su flota y algunas de sus posesiones. La base del gobierno siguió siendo la misma que con la constitución de Antipáter, pero se amplió por la reducción del censo exigible para tomar parte en el gobierno, que se fijó en 1.000 dracmas en vez de 2.000. Casandro conservaba, además, una guarnición en Muniquia, transformada en poderosa fortaleza, y estaba autorizado para designar en Atenas un ciudadano á quien se confiara la administración de la ciudad. Usando de este derecho eligió á Demetrio de Falera, hombre sabio y modesto, amigo de las letras y de las artes, que gobernó á los atenienses durante once años, los más pacíficos, pero no los más honrosos de su borrascosa existencia.

Vencido en Grecia, Polispercón no fué mucho más feliz en Asia, aunque tuvo en este país por jefe del ejército al hábil Eumenes. Los reyes habían dado orden á los tesoreros reales de Cilicia que le entregaran 500 talentos en calidad de indemnización personal, así como todo el dinero que pidiera para todos los asuntos del Estado; y también pusieron á sus órdenes los tres mil argiráspides que estaban de guarnición en aquella provincia. Al mismo tiempo, Olimpias le escribió, considerándole como el verdadero sostén de la familia real, preguntándole si debía volver á Macedonia: Eumenes aconsejó que permaneciera en Epiro.

En aquel jefe, pues, parecía cifrarse todo el porvenir del partido de los reyes; pero la gran importancia que había adquirido no bastaba para cegar á hombre de carácter tan firme y prudente. Mostróse más modesto y reservado que nunca; rehusó los 500 talentos que se le ofrecían para él, y dirigió á los argiráspides discursos propios para desarmar todo espíritu de resistencia á su autoridad. Convenía en que no era sino un extranjero y que en calidad de tal no tenía derecho alguno al poder. Por eso no solicitó la pesada carga que los reyes le imponían, y que aceptaba resignadamente á pesar de lo delicado de su salud, quebrantada por penosas campañas. Siempre evitó con cuidado herir la susceptibilidad de los oficiales macedonios, y hasta dispuso que se colocara en la sala del consejo un trono de oro, en el cual se depositaron la diadema, el cetro y los demás ornamentos reales, como para conferir á la sombra de Alejandro la presidencia perpetua, censura elocuente contra todos aquellos generales que ardían en deseos de ocupar el puesto de aquel á quien ninguno igualaba; símbolo también de concordia y señal de unión para todos los macedonios.

Eumenes tuvo muy pronto á sus órdenes un ejército de 15.000 hombres, con el cual se apoderó de Fenicia, donde encontró considerable número de naves que le permitieron organizar una flota para comunicarse con Polispercón. Sin embargo, en aquel momento el regente sufría continuos reveses en Europa, y Eumenes se vió abandonado á sí mismo en Asia. Antígono y Ptolomeo, inquietos por su poder, enviaron agentes encargados de hacer promesas á los argiráspides y á sus jefes. Aquella tropa, que era la flor y como el núcleo del ejército de Eumenes, constituía uno de los más admirables cuerpos de veteranos conocido hasta entonces. Expertos en la guerra, no conocían las enfermedades ni los peligros, y con la sangre fría que se adquiere por la edad y la prolongada práctica en los combates, tenían la audacia de los más jóvenes, sin que nadie les hubiera vencido. La importancia de aquel cuerpo, «el de los escudos de plata.» era considerable en una época en que, por la impotencia de las instituciones civiles, la fuerza militar decidía todas las cuestiones. Sin embargo, los argiráspides, halagados de continuo, estaban dispuestos á vender su valor y á considerar que las ofertas más brillantes eran las mejores; y ya les hacían vacilar las promesas y amenazas de Filotas, agen-

te de Antígono, cuando se presentó Eumenes. Fué necesaria toda su habilidad para que se conservaran fieles á la causa real, y arreglóse de tal modo, que consiguió inspirarles, á lo menos por algún tiempo, hasta la abnegación hacia su persona.

Sin esperanza de auxilio por parte de Europa, y amenazado en las orillas de Mediterráneo por las fuerzas superiores de Antígono y de Ptolomeo, Eumenes resolvió ir á buscar dinero y soldados al Asia superior. Entró en la Mesopotamia é invitó á Pitón, gobernador de la Media, como también á Seleuco, que lo era de Babilonia, á unirse con él para atender á la defensa de los reyes. Otros dos generales no osaron declararse abiertamente contra el lugarteniente del regente; pero anunciaron, lo cual venía á ser lo mismo, que no obedecerían á Eumenes, desterrado en otro tiempo por el consejo de los macedonios. Detenido un momento por ellos en el paso del Tigris, cruzó el río á viva fuerza y halló en la Susiana á la mayor parte de los sátrapas del Asia superior ligados contra Pitón, que había mandado dar muerte á uno de ellos, pretendiendo imponer á los demás su supremacía. Peucestas, gobernador de la Pérsida y el jefe más hábil de aquellas regiones, estaba á la cabeza de aquella liga con tres mil infantes ejercitados á la macedonia y mil caballos, habiendo dejado en su gobierno diez mil arqueros, á los cuales podía llamar en su auxilio. Los demás sátrapas iban seguidos de tropas menos numerosas; pero uno de ellos, Eudemos, había traído de la India ciento veinticinco elefantes de guerra (317).

En aquella circunstancia también Eumenes necesitó mostrar suma habilidad para conjurar las discordias que estaban á punto de producirse entre los generales y hacerles olvidar su origen, que debilitaba en su persona la autoridad del mando. Peucestas reivindicó para sí la dirección suprema; pero Antígenes, jefe de los argiráspides, contestó que la elección de jefe correspondía únicamente á los macedonios que eran también antiguos compañeros de Alejandro. Eumenes hizo que se resolviera que no había general en jefe sino que todos los sátrapas deliberarían en común por mayoría de votos, en presencia del trono de Alejandro, «como en una ciudad gobernada democráticamente.»

Antígono seguía á Eumenes; Pitón y Seleuco se habían declarado en su favor, y con este auxilio franqueó el Tigris y pudo llegar á Susa. La autoridad de las cartas reales, hasta en manos de un extranjero, era todavía tanta que el guardián de la ciudadela y de los tesoros allí encerrados rehusó abrir las puertas á Antígono porque Eumenes se lo había prohibido en nombre de los reyes. Como su adversario prosiguiese su marcha sobre la Pérsida, Eumenes le mató cuatro mil hombres en un encuentro, rechazándole hacia la Media; mas para defenderse contra las intrigas de sus aliados, sobre todo de Peucestas, vióse reducido á suponer cartas que anunciaban la muerte de Casandro, el triunfo de Olimpias y la marcha de Polipercón al Asia; y aprovechóse del pánico producido por estas falsas noticias para adoptar algunas medidas enérgicas que sofocaron las pretensiones ambiciosas.

Sin embargo, Antígono volvía de la Media con nuevas fuerzas. Eumenes salió á su encuentro en la Paretácena y presentó la primera batalla sin resultado. En la primavera siguiente (316) libróse una acción decisiva; la victoria fué largo tiempo disputada, pues la traición de Peucestas, que se retiró antes de que terminara el combate, comprometió por lo pronto las operaciones de Eumenes, á quien los argiráspides ayudaron á recobrar la ventaja, sembrando el desorden en la infantería de Antígono, á quien, según Diodoro, mataron cinco mil soldados sin perder un solo hombre. Sin embargo, durante la batalla Antígono, aprovechándose de la polvareda, consiguió envolver al ejército enemigo con un cuerpo de caballería meda,

que se apoderó de los bagajes. Cuando los argiráspides supieron que sus mujeres, sus hijos y su botín se hallaban en poder del enemigo, pasaron al campamento del poderoso sátrapa de Frigia y entregáronle á Eumenes. Antígono mandó dar muerte al fiel sostén de la familia de Alejandro, asesinar á sus amigos y quemar vivo á Antígenes, jefe de los argiráspides, fuerza indócil de la que se desembarazó luego ocupándola en pequeñas expediciones contra los pueblos de las provincias orientales.

En Europa y en Asia, pues, la causa de los reyes estaba perdida; y como para acelerar esta caída, la familia de Alejandro se había diezmado con sus propias manos.

En el partido de los reyes había dos facciones enemigas, la de Arrhideo, cuyo



Ritón en forma de cabeza de mulo (1)

verdadero jefe era su mujer Eurídice, y la del joven Alejandro, aquel hijo de Roxana en quien Olimpias depositaba su afecto. La primera hallábase en manos de Polispercón; pero Eurídice, viendo que disminuían el crédito y la fuerza del anciano general, que por otra parte se inclinaba hacia Olimpias en aquel momento, entró en relaciones con Casandro, entonces victorioso (2), llamándole á Macedonia y confiándole en nombre de su esposo el mando de las tropas reales. Polispercón, directamente amenazado, fué á buscar á Olimpias en Epiro, y al ver á la madre de Alejandro, los soldados de Eurídice se pasaron á su favor. Hacía largo tiempo que Olimpias aborrecía al bastardo idiota, hijo de una bailarina tesaliana, y á su mujer la iliria, que pretendía reinar en Macedonia; y para librarse de ellos mandó encerrarlos en un calabozo tan estrecho que apenas podía contener á los dos cautivos

(1) Vaso para beber conservado en el museo Británico (según fotografía). Véase otro en forma de cabeza de águila en la pág. 141.

(2) Véase pág. 262.

y con una sola abertura para arrojarles algún alimento. Cuando aquel prolongado suplicio comenzó á excitar la compasión de los macedonios, Olimpias ordenó á varios soldados tracios que dieran muerte á Arrhideo á flechazos y después dispuso que se presentara á la reina una espada, un nudo corredizo y la cicuta, como dándole á escoger el género de muerte. Invocando la venganza de los dioses contra su espantosa enemiga, y después de lavar como pudo las heridas de su esposo, Eurídice se ahorcó con su cinturón (317). A estos asesinatos siguiéronse otros: un hijo de Antipáter y cien amigos de Casandro fueron inmolados.

Al recibir estas noticias, este último abandonó el Peloponeso, donde hacía frente al hijo de Polispercón, y corrió á Macedonia. Olimpias, que no tenía ejército, encerróse en Pidna con Roxana y su hijo, Tesalónice, hermana de Alejandro, y una corte numerosa. Contaba con Polispercón y Eácido, rey de Epiro, que iba en su socorro; pero los soldados del primero se pasaron á Casandro, y los epirotas, infieles por primera vez á los descendientes de Aquiles, que según se creía, reinaban hacía siglos sobre los molosos, acordaron la proscripción de su rey y del hijo de este príncipe, Pirro, que á la sazón contaba dos años. Bloqueada por mar y tierra, sin esperanza de salvación, Olimpias opuso una resistencia enérgica hasta el momento en que la guarnición, reducida por el hambre y las enfermedades, le arrancó el permiso para entregarse. Casandro le prometió respetar su vida, pero suscitó contra ella á los parientes de sus víctimas, que la acusaron de varios asesinatos. Entonces envióle un aviso secreto y urgente para que huyera por mar, á fin de hacerla perecer en medio de las olas y atribuir su muerte á una tempestad; pero Olimpias declaró altivamente que no huiría y que estaba dispuesta á presentarse al tribunal de los macedonios. Casandro, no atreviéndose á intentar aquella prueba, envió doscientos soldados para que la mataran; mas al llegar éstos á su presencia, parecióles aquella mujer tan imponente con su traje real, de pie y apoyada en dos de sus servidores, que, poseídos de respeto, se retiraron. Los parientes de aquellos á quienes había dado muerte no tuvieron tantos escrúpulos y la asesinaron, pero sin arrancarle la menor señal de temor ó debilidad (316).

Casandro, que hubiera querido desembarazarse al mismo tiempo de Roxana y de su hijo, alejólos por lo pronto de la vista de los macedonios y después los encerró, bien custodiados, en la ciudadela de Anfípolis. Para abrirse él mismo paso hasta el trono, casó con Tesalónice, hermana del conquistador, y desempeñando de antemano el papel de rey, mandó edificar en la extremidad del golfo termáico una nueva ciudad, Casandrea, que muy pronto llegó á ser importante.

Durante estas tragedias, Polispercón se había retirado entre los etolios, que enviaron algunas fuerzas para guardar las Termópilas. Casandro forzó el paso, y llegado á Beocia reedificó Tebas, á fin de ganar fama de clemente. Toda la Grecia contribuyó á la restauración de aquella ciudad, para la cual se recibió dinero hasta de Sicilia y de Italia; y en Atenas el pueblo se coronó de flores al recibir la noticia de que aquella antigua rival iba á renacer de sus ruinas. Estos impulsos de corazón hacen perdonar muchas cosas al pueblo griego, porque en la antigüedad es el único que los tiene. Casandro desembarcó después en el Peloponeso y obligó á Argos y á Hermione á entrar en su partido, pero fracasó contra Ithome en Mesenia. A Polispercón y á su hijo Alejandro no les quedó más que la Acaya, Sicione y Corinto. Esparta, la Etolia y Arcadia eran en Grecia las únicas que se mantenían independientes (316); y la primera, comprendiendo que había pasado el tiempo de su altiva indiferencia ante el peligro, acababa de rodearse de murallas.

## CAPITULO XXXIV

### FORMACION DE TRES REINOS MACEDÓNICOS

#### LA GRECIA OTRA VEZ INDEPENDIENTE

(315-272)

#### I. — GUERRA ENTRE LOS PRETENDIENTES (315-312); PAZ DE 311

He aquí cuál era el estado de cosas en el año 315: Antígono tenía casi toda el Asia macedónica; Casandro casi toda la Grecia y la Macedonia; la familia de Alejandro quedaba reducida, por muerte de Olimpias, de Arrhideo y de Eurídice, al hijo del conquistador, de siete años de edad y casi cautivo en Macedonia, á su hermano Hércules, que parecía no tener derecho alguno, y á sus dos hermanas, Cleopatra, viuda del rey de Epiro, y Tesalónica, esposa de Casandro. Esta familia, que acababa de perder en Eumenes su principal apoyo, hallábase amenazada de una ruina próxima; con ella desaparecerá todo proyecto de conservar la unidad del imperio, que hasta entonces parecían deseosos de mantener los gobernadores generales. En lo sucesivo no será ya el poseedor del inútil título de regente quien alarmará á los sátrapas, ni tampoco se formarán contra él las coaliciones, sino que se combatirá al primero que aspire á la supremacía. Casandro alimenta la secreta ambición de empuñar el cetro; pero Antígono ha sabido formar una potencia amenazadora con setenta mil soldados y los tesoros de Ecbatana, de Susa y de Quinda, con los cuales ha mandado acuñar moneda para adquirir mercenarios. Desde la derrota de Eumenes parece dueño del Asia superior, así como del Asia Menor, y procede como rey, sobre todo como rey asiático, ó sea pensando que suprimir por la fuerza ó la astucia los adversarios, aun aquellos que apenas son sospechosos, constituye la base de toda la política. El año anterior había atraído á sí, sirviéndose de un mensajero engañoso, á Pitón, que le hacía sombra: este sátrapa de la Media era un antiguo oficial de Alejandro, respetado por su talento y sus largos servicios; pero había soñado someter para sí el Asia superior. Antígono lo hizo condenar por un consejo de guerra y darle muerte. También había conseguido expulsar á Peucestas de la Pérsida y pedido cuenta de las rentas de su provincia al gobernador de Babilonia. Seleuco contestó que, habiendo obtenido su cargo de los macedónicos, no debía dar cuentas á Antígono, y después, pensando en la suerte de Pitón, huyó á Egipto para reunirse con Ptolomeo.

Antígono pudo recordar entonces que él también, fugitivo y proscrito, había provocado una alianza, la primera de todas, y que ante ella cayó Pérdicas. No le costó mucho á Seleuco interesar en sus asuntos á Ptolomeo, que á su vez atrajo á su partido á Lisímaco, dueño de la Tracia, y á los dos Casandros, el de Macedonia y otro que gobernaba la Caria. Pasemos rápidamente sobre los detalles de esta lucha, de la cual sólo nos interesan los resultados.

Antígono, sin embargo, ha desempeñado en su larga vida un papel demasiado importante para que no nos detengamos un momento ante ese hombre, que se conservó griego en medio del Asia; que hacía de la adulación el caso que merece;

que tenía en los labios bellas frases, aunque más fácilmente órdenes de muerte en las manos, y que era por último ambicioso, sin desconocer los cuidados que la ambición cuesta, aunque el éxito corone los esfuerzos que inspira. «Si tú supieras, decía, mostrando la diadema, si tú supieras á cuántos males conduce ese trazo, no lo recogerías de un montón de estiércol.»

La guerra estalló en 315, después de inútiles negociaciones con los jefes de las provincias orientales. Esta vez el Asia es la que tratará de conquistar la Grecia, sin poder conseguirlo. Antígono tenía la ventaja de separar á sus enemigos unos de otros por una dominación sólida y compacta; y á fin de impedirles que se comunicasen por mar, dispuso la construcción de una flota en los astilleros de Sidón, Biblos, Trípoli, Cilicia y Rodas, hecho lo cual sitió á Tiro. Por esta parte atacaba á Ptolomeo; y en Grecia atacó á Casandro por medio de una alianza con los etolios, á cuyo país envió, además de mil talentos, al hijo de Polispercón, Alejandro, que había ido al Asia á excitar la indignación de los macedonios, haciéndoles ver la conducta del nuevo soberano de Macedonia: Olimpias asesinada y Tebas renaciendo de sus ruinas, doble ultraje á la memoria de Alejandro; los olintios establecidos en la ciudad de Casandria, insulto á la memoria de Filipo; y Roxana, en fin, prisionera con su hijo Alejandro Aigos. Antígono tendía además á los griegos el cebo ordinario, es decir, la promesa de darles la libertad; y en cuanto á Lisímaco, atacóle por la espalda enviando tropas á Seuthes, rey de Tracia, que había tomado las armas contra él.

Esta audaz ofensiva no tuvo gran éxito por el pronto. El primer año de la guerra, 315, señalóse por una derrota naval de Antígono, por la pérdida de Chipre, que se declaró en favor de Ptolomeo, y por asesinatos en el Peloponeso, que los dos partidos se disputaban. Casandro penetró en éste con un ejército para apoderarse del anciano Polispercón, encerrado en Mesenia, ó expulsarle de allí. No pudo conseguir su intento, pero en Argos uno de sus oficiales mandó quemar á quinientos notables en el Pritaneo; y otro, habiéndose apoderado de Orcomenes, dispuso que se inmolase á todos los individuos del partido contrario refugiados en el templo de Artemis. Un acontecimiento dice mucho sobre la moralidad de aquella época: la nueva defección de Alejandro, hijo de Polispercón, que se vendió á Casandro por una estrategia en el Peloponeso, donde se encargó de combatir á su padre.

En 314, los mil talentos confiados por Antígono á Aristodemos para comprar mercenarios en el cabo Tenaro, hicieron maravillas: se tomaron otras ciudades y hubo más matanzas. Los habitantes de Sicione asesinaron á Alejandro, y su esposa, que como las princesas de su tiempo era aficionada á la guerra, condujo las tropas de su esposo contra Sicione, tomó la ciudad y mandó poner en cruz á treinta y dos de los principales ciudadanos. El Asia Menor fué también teatro de varios combates; de modo que por todas partes se veían ruinas, sin que la cuestión adelantase un solo paso. La toma de Tiro por Antígono, al cabo de un sitio de quince meses, no tuvo mucha trascendencia.

Al año siguiente repitieronse los combates sin resultado en Grecia, en la Tracia y en el Asia Menor; pero en 312 el joven Demetrio, hijo de Antígono, encargado por su padre de oponerse al paso de los egipcios en la entrada de Siria, fué batido cerca de Gaza por Ptolomeo y Seleuco, á quien esta victoria abrió de nuevo el camino de Babilonia y que se apresuró á recobrar su gobierno. Al recibir noticia de la derrota de su hijo, Antígono corrió al Asia Menor con fuerzas considerables, y Ptolomeo, no osando combatirlos, replegóse sobre el Egipto, que era entonces inabordable á causa de la inundación del Nilo. La victoria de Gaza era, por lo tanto, inútil; y los fáciles triunfos de un oficial de Antígono en la Eubea, en Atica y Beo-

cia, no tuvieron consecuencias más felices. Estos pueblos estaban declarados libres, pero sin dar al soberano del Asia occidental ni un hombre ni un escudo ni siquiera un punto de apoyo para obrar contra Casandro y Polispercón, acantonado el uno en Macedonia y el otro en el Peloponeso.

Así, pues, los combates habían durado cuatro años; los pueblos estaban horriblemente mutilados, y casi todo el dinero que obtenían del tráfico y de la industria fué á manos de mercenarios, soldados sin fe como los que producen las guerras de aquella naturaleza, y ninguno de los adversarios había realizado sus planes. De puro cansancio, las armas se les cayeron de las manos en 311, y entonces se firmó un tratado de paz. En definitiva, el vencedor era Antígono, que había conseguido mantenerse á pesar de la alianza, llegando hasta apoderarse de Siria, Judea y Fenicia, creyendo tener también por suya Babilonia. A Casandro se le confió el gobierno de Macedonia hasta la mayor edad de Alejandro Aigos; Lisímaco fué confirmado en la posesión de Tracia, y Ptolomeo en la de Egipto y de los países adyacentes, con Chipre y Rodas, últimamente por él conquistadas. En todo ello para nada entraba ya Seleuco, á quien se creía errante y fugitivo en las provincias orientales. Mientras su padre operaba en Siria, Demetrio había avanzado rápidamente sobre Babilonia, de donde Seleuco, sin ejército aún, había escapado ya; considerábasele, pues, perdido, cuando precisamente preparaba el regreso triunfante, que se efectuará muy pronto y á consecuencia del cual reunirá bajo su poder todas las satrapías situadas al Este del Eufrates; mientras Antígono, retenido por la alianza de Lisímaco, de Casandro y de Ptolomeo, cuya flota dominaba en el mar Egeo, no tendrá tiempo ni medios para disputar á Seleuco el Asia superior.

El vencedor de Eumenes, adoptando al parecer de nuevo la política de su poderoso adversario, había estipulado, en el tratado de 311, por una parte la independencia de las ciudades helénicas del continente, de las islas y de la costa del Asia, y por la otra la libertad de Roxana y de Alejandro Aigos. Con ello desempeñaba un doble papel tan caro para los griegos como para los macedonios; pero esta promesa iba á ser fatal é inútil á los que Antígono parecía deseoso de proteger. Para Roxana y su hijo será un decreto de muerte; para los griegos, un inútil compromiso. Flaminio proclamará también en Corinto la libertad de la Hélade el día en que Grecia quedará sometida para siempre á la dominación romana.

## II. — PAZ DE CUATRO AÑOS (311-308); EXTERMINIO DE LA FAMILIA DE ALEJANDRO. LOS REYES (306)

Desde el momento en que los generales conservaban su poder, no se había llegado el objeto de la guerra, que la ambición de los pretendientes debía renovar. Se ha de considerar como una tregua el período de cuatro años transcurrido (311-308) entre la paz que acaban de concertar y la continuación de las hostilidades.

En este intervalo prosigue el exterminio de la familia de Alejandro, á fin de que los generales se abran camino hasta el trono, que muy pronto ocuparán. El artículo estipulado en favor de Roxana y de Alejandro Aigos les fué fatal; Casandro, temiendo lo que podrían emprender una vez libres, y tal vez en manos de un rival, puso fin á su existencia por el veneno ó el puñal (311). Y sin embargo, este Casandro era un hombre letrado. Según Ateneo (1), había copiado por su propia mano la *Iliada* y la *Odisea*, y conocía á Homero casi de memoria; pero el divino ciego no había dulcificado aquella alma poseída de ambición.

(1) Libro XIV, 12.

Después de la muerte del hijo de Roxana, quedaba el último heredero de Alejandro, el joven Hércules, que vivía en Pérgamo con su madre Barsina. La muerte de aquellos á quienes se llamó los reyes, de su tío y de su hermano, dábale de improviso una importancia que no se le había reconocido hasta entonces; de modo que Casandro acababa de cometer una imprudencia, haciendo que llegase el turno á aquel príncipe, á quien sus enemigos tenían entonces en su poder. Polispercón, tal vez con el consentimiento de Antígono, ó instigado por él, atrajo á Grecia á Barsina y á su hijo Hércules, y declaróse su campeón para abrirles las puertas de Macedonia. Por los movimientos que se manifestaron en este país en favor del último vástago de sangre real, Casandro comprendió el peligro y apresuróse á conjurarlo, ofreciendo á Polispercón devolverle sus dominios en Macedonia, admitirle como partícipe en el poder y facilitarle tropas para tomar posesión del Peloponeso, si quería inmolar á Hércules. Polispercón aceptó el trato, y en un festín hizo que envenenaran ó estrangularan al joven príncipe (309). Después, con un reducido ejército y cien talentos que Casandro le dió, emprendió la conquista del Peloponeso; mas no pudo realizarla, y fué á terminar en el olvido una existencia que había deshonrado.



Ptolomeo II  
y Arsinoe.



Ptolomeo I  
y Berenice (1)



Cabeza de Demetrio Poliorcetes (2)

Ptolomeo valía más como gobernador de Egipto; pero no tenía más escrúpulos que los otros, como lo demostró la escena ocurrida en Chipre en 310. El príncipe de Pafos, Nicocles, había reanudado secretas relaciones con Antígono; Ptolomeo tuvo noticia de ello y envió á la isla dos emisarios, que cercando con sus tropas el palacio de Nicocles, invitáronle á no turbar más la tranquilidad de su señor, para lo cual permitíanle elegir el género de muerte. Nicocles se ahorcó, y comprendiendo sus hermanos que también estaban condenados, hicieron lo mismo; su esposa mató á sus hijas y antes de poner fin á su propia existencia excitó á sus cuñadas á imitar

su ejemplo. Estas últimas sacrificaron también á sus hijos é incendiando después el palacio precipitáronse en las llamas. Así desapareció en un solo día toda una raza: Ptolomeo merecía ser devoto del Moloch fenicio, que Chipre había adorado.

(1) ΑΔΕΛΦΩΝ. Bustos unidos de Ptolomeo II Filadelfo y de Arsinoe, su mujer. En el reverso: ΘΕΩΝ, bustos unidos de Ptolomeo I Soter y de su esposa Berenice. Cuádruple estátera de oro acuñada bajo el reinado de Ptolomeo Filadelfo.

(2) Cabeza de una pequeña estatua de bronce descubierta en Herculano, según Visconti, *Ic-nografía griega*, lám. 40, 3. — Visconti es quien propuso para esta estatua el nombre de Demetrio Poliorcetes; y en efecto, obsérvase en ella el tipo que figura en el reverso de una tetradracma con el nombre de rey Demetrio (Poseidón armado del tridente, con el pie apoyado en una roca), y admite que el artista ha dado al dios las facciones del rey. La tetradracma fué acuñada con motivo de la victoria naval que Antígono y su hijo alcanzaron en el año 307, cerca de Chipre, sobre la flota egipcia.



Posidippos (véase pág 273, nota 2)

Un sobrino de Antígono, á quien su tío había nombrado estratega, pasó por una primera traición al servicio de Casandro, y por una segunda al de Ptolomeo, tal vez con la secreta intención de hallar oportunidad de ocupar el cargo de gobernador de Egipto. Ptolomeo le ganó por mano, ó por lo menos, por medio de una copa de cicuta libróse de un hombre que podía llegar á ser molesto, y heredó su tesoro y sus tropas, obteniendo así un doble beneficio.

Quedaban dos individuos de la familia de Alejandro: sus dos hermanas, Tesalónica, esposa de Casandro, y la viuda del rey de Epiro, Cleopatra, que vivía en Sardes hacía quince años. Para tener derechos iguales á los del soberano de Macedonia, Ptolomeo solicitó la mano de Cleopatra, aunque ya estaba casado con Berenice y la amaba; pero Alejandro había tenido dos mujeres, y si esto era menos que el harem de Oriente, era más que el gineceo de Grecia. Los sucesores del conquistador se apoyaban en la autoridad de su ejemplo, y el egipcio consideraba útil alcanzar las ventajas que ante la opinión le aseguraría su calidad de cuñado del héroe. Antígono mandó asesinar á la pobre mujer, á pesar de que ésta estaba próxima á la edad en que no podía ser madre, y después de esto ordenó que se le hicieran magníficos funerales (308). La paz era tan fecunda en crímenes como la guerra.

Tales son los hechos más importantes que pueden tomarse para la historia general de las escasas indicaciones de Diodoro. Por lo demás, bastan para caracterizar á esos hombres y su época: por lo que hace al imperio de Alejandro, el desmembramiento; en lo tocante á Grecia, la disolución, y con relación á los príncipes la perversidad.

Una de las cláusulas del tratado de 311 prometía á los helenos la independencia, declaración hábilmente propuesta por Antígono para debilitar á sus adversarios en sus posesiones de la Grecia continental. Casandro conservaba en ella guarniciones y hasta trabajaba para extender allí sus dominios, mientras que Ptolomeo acababa de apoderarse por traición de Corinto y de Sicione (308). Antígono, dándose la importancia de protector de la libertad helénica, que podía serle provechosa, intimó á Casandro á evacuar la Grecia, y en vista de su negativa, envió á su hijo con un ejército para hacer que se cumpliese el tratado (307).

Demetrio marchó primero sobre Atenas, que una guarnición macedónica en Muniquia y Demetrio de Falera en la ciudad, como arconte, mantenían en poder de Casandro. El hijo de Antígono era apasionado por todo lo que había apasionado á los atenienses, el arte y la ciencia, pero sobre todo los placeres; era uno de esos macedonios que admiraban á los mismos á quienes habían vencido; se le hubiera podido comparar con los primeros Ptolomeos, dinastía ilustrada que supo hacer brotar en el genio griego un retoño brillante; hubiera podido ser citado como el más hábil ingeniero de su época si no hubiese sido uno de los principales personajes políticos de la misma. Naturaleza ardiente y simpática, así se entregaba á las ocupaciones formales como á las fiestas, y su mayor dicha hubiera sido gobernar á los atenienses por su libre consentimiento.

Este pueblo se hallaba entonces en una situación extraña y quebrantado por su último esfuerzo en vida de Demóstenes. Treinta años habían transcurrido desde el día en que sucumbiera la libertad de Grecia, y la nueva generación, nacida bajo el dominio extranjero, no sabía recordar sino con vanas palabras y no con actos los altos hechos de sus padres. Sus antepasados habían acumulado tanta gloria sobre el nombre ateniense, que creía poder vivir con aquella noble herencia sin necesidad de aumentarla, enervante pensamiento en que la mantenían las consideraciones mismas de sus vencedores. Filippo, y más aún Alejandro, habían respetado en

su decadencia al pueblo amado de Minerva. Así halagada Atenas, correspondía á su vez á la lisonja, devolviendo en adulación mucho más que recibía, porque en los que la ensalzaban veía soberanos. Acababa de disfrutar de diez años de paz bajo la administración de Demetrio de Falera, otro hombre ilustrado, discípulo de Teofrasto y filósofo á su vez, que enriqueció la ciudad con monumentos útiles, administró bien su hacienda (1) y dióle algunas leyes, elogiadas por Cicerón. Entre ellas las hay que limitan el número de convidados en los festines y la magnificencia de los funerales. Atenas, en efecto, no era ya una gran ciudad, sino una ciudad refinada; las artes, la elocuencia y la poesía no tenían ya el poder y el esplendor de los buenos tiempos; pero en cambio abundaban los filósofos sutiles, los retóricos hábiles, que se distinguían por su elegante lenguaje, y los poetas rebuscados, y el lujo desplegaba todas sus delicadezas. Semejante espíritu y tales costumbres no sostienen la dignidad de carácter, y por eso aquel pueblo degradado, aunque ingenioso aún, aguzó su saber para los placeres ó las bajezas, así como en otro tiempo lo empleó para las grandes cosas. Hizo fundir en honor de Demetrio de Falera trescientas sesenta estatuas de bronce, tantas como días tenía el año; Demetrio, mimado por estas lisonjas y dejándose dominar por la influencia general, renunció á sus costumbres sencillas para entregarse á un género de vida afeminado. Las ricas pinturas de sus artesonados, el perfecto orden de sus festines, el arte de su cocinero, que se hizo célebre y rico, y hasta sus inmundos amores fueron objeto de grandes elogios. El heredero de Pericles no enseñaba á los atenienses más que una cosa, á vivir en la molicie, y á su señor, Casandro de Macedonia, parecíale que gobernaba bien. Léanse los fragmentos que subsisten de Menandro, el poeta cómico más celebrado de su época, con su émulo Posidipos (2); redúzcanse á una mitad, y aun á menos, sus exageraciones, y quedará lo bastante para trazar un triste cuadro de la vida moral de los descendientes de Sófoles y de Esquilo; pero aquí debemos recordar la frase de Isócrates, más verdadera en este momento que cuando el orador la pronunció: «En Atenas ya no hay atenienses.»

La enorme masa de metales preciosos acumulados durante siglos por los grandes reyes en sus ciudadelas y puestos en circulación por Alejandro y sus sucesores, había desarrollado la necesidad de placeres hasta entonces desconocidos. Mientras los ejércitos se batían en Europa, en Asia y en Africa, algunas ciudades griegas, satisfechas con la sombra de libertad que sus soberanos les dejaban, enriquecíanse proporcionando á los príncipes y á sus mercenarios todo cuanto podía tentar á hombres acostumbrados á tirar su oro tan fácilmente como le ganaban. Más que ninguna otra ciudad, Atenas supo aprovecharse de aquella revolución económica; su industria y su comercio acumularon en sus manos la riqueza que convertía á sus habitantes en opulentos mercaderes, pero no en ciudadanos fieles al Estado, y menos aún en guerreros dispuestos á todos los sacrificios. En tiempo de Demetrio de Falera tuvo una renta de 1.200 talentos, como en los días en que gobernaba mil ciudades.

(1) El censo que hizo, probablemente en 309, acusaba según Ateneo veintidós mil ciudadanos, diez mil metecos y cuatrocientos mil esclavos, cifras muy elevadas, pero que tal vez se explican por la prosperidad material de Atica en aquel tiempo.

(2) Posidipos no comenzó á escribir hasta tres años después de la muerte de Menandro, y fué, como él, muy celebrado por los atenienses. No tenemos más que un reducido número de fragmentos de sus cuarenta producciones; pero ellos bastan para que se pueda entrever el carácter licencioso de la comedia nueva. Aulo-Gelio (libro II, 23) lo cita entre los poetas que los latinos imitaron, y su estatua, existente en el Vaticano (véase pág. 271), revela el crédito de que gozaba en Roma.

Tal era Atenas cuando el hijo de Antígono entró de improviso en el Pireo: algunos atenienses, atemorizados al pronto, corrieron á las armas; pero él los tranquilizó por la voz del heraldo, colmándoles de alegría al anunciarles que iba á expulsar la guarnición macedónica, á devolverles la independencia y á darles alimento; después les distribuyó 150.000 medimnos de trigo. ¡Viva, pues, el nuevo Demetrio! El otro queda olvidado (1). Un decreto ordena destruir sus trescientas sesenta estatuas, excepto una, que se respeta á ruegos del nuevo señor; destiérrese á sus amigos los filósofos, y el poeta cómico Menandro no se libra de tal suerte sino por la protección de Telesforo, sobrino de Antígono. Al punto comienza á ponerse en práctica una nueva adulación: mientras Tebas erige un templo á Venus-Lamia, la cortesana preferida de Demetrio, en Atenas agréganse á las diez tribus existentes otras dos llamadas *Antígonis* y *Demetrias* (2); un mes del año y un día del mes se designan con el nombre de Demetrio; se saluda como *reyes* á Antígono y á su hijo; más aún: se les adora como *dioses salvadores*, cuyos actos y palabras se declaran por decreto justos y santos. Se les erige altares, se les asigna un sacerdote, y en su honor se establecen procesiones solemnes, sacrificios, juegos, *panem et circenses* (307).

¡He aquí lo que era Atenas, he aquí lo que la dominación extranjera y la libertad perdida habían hecho de ella! ¡Y sin embargo, aún vivían hombres que habían oído á Demóstenes! Uno solo no dobló la cerviz hasta el suelo, y fué el último que habló libremente en la Agora: era Democares, sobrino del gran patriota, que fué por ello desterrado.

Como en los tristes días en que los Treinta trataban de condenar á Sócrates al silencio, una ley prohibió abrir escuela alguna sin permiso especial del senado y de la asamblea. Todas se cerraron al punto, y los filósofos, acusados de desviar á los ciudadanos de los deberes patrióticos, lo cual aunque no carecía de fundamento no ofrecía peligro desde que no había patria, abandonaron la ciudad, inhospitalaria ya para el pensamiento. Esto era hacer renunciar á aquel pueblo á la última dignidad que le quedaba; el pueblo lo comprendió así, y al cabo de un año aquella ley quedó derogada, volviendo entonces los fugitivos con los numerosos alumnos que acudían á recibir sus lecciones (3). La misión política y militar de Atenas había terminado; pero durante algunos siglos seguirá siendo aún la ciudad de los filósofos, y bajo este título merecerá el aprecio de los grandes hombres de Roma.

La guarnición de Muniquia, sitiada por Casandro, no había opuesto larga resistencia; y la de Megara había sido también expulsada. Este triunfo tuvo su reverso en el otro lado de Grecia, en los pueblos vecinos del Adriático. Los epirotas dieron muerte á su rey Alcetas, que era aliado, casi súbdito de Casandro, y enviaron á buscar á Iliria, donde se había refugiado, á un pariente de Olimpias, el joven Pirro, á quien se suponía descendiente del primer príncipe de este nombre, hijo de Aquiles. Cerca de la Fócida, los etolios en sus montañas seguían siendo enemigos de Macedonia. Dueño de Atenas, y por Megara de las puertas del Peloponeso, donde intentó sin resultado una sorpresa sobre Sición y Corinto, Demetrio se había preparado así en la Grecia central puntos de apoyo para atacar directamente á Casandro; pero su padre le llamó á fin de contener los progresos amenazadores de Ptolomeo, cuyos poderío naval y alianzas le inquietaban. Después de una inútil tentativa

(1) Demetrio de Falera se refugió en Tebas primeramente, luego en Macedonia y después de la muerte de Casandro en Egipto, cerca de Ptolomeo, que le confió la dirección de la Biblioteca de Alejandría.

(2) El senado tuvo de este modo seiscientos individuos.

(3) *Fragmentos de la historia griega*, tomo II, pág. 435, Didot. Sobre la ley de los Treinta, véase pág. 6.

para atraer á su partido á los rodios, á quienes sus intereses comerciales inclinaban hacia el Egipto, Demetrio marchó á Chipre con quince mil hombres y ciento se-



La Victoria de Samotracia (1)

tenta galeras, y atacó á Salamina, á cuyo sitio dió gran impulso. Allí fué donde mereció el sobrenombre de Poliorcetes, por el número y las grandes dimensiones

(1) Estatua en mármol de Paros, descubierta en Samotracia en 1863 por el cónsul francés

de las máquinas que construyó para batir las murallas. La principal, el *helepolo* ó «tomadora de ciudades,» era una torre de madera de caras muy anchas, que medía 75 pies en la base por 150 de altura. La guerra cambiaba de carácter; los ejércitos tenían ahora su artillería. El *helepolo* abrió brecha; pero en una sola noche los sitiados acumularon tanta leña seca (cerca de las obras y arrojaron sobre ésta tal número de teas encendidas, que prendieron fuego en ellas. Demetrio no tuvo tiempo de tomar la ciudad antes de la llegada de Ptolomeo, que llevaba ciento cuarenta naves y más de doscientos barcos de transporte (306).

Entonces se libró frente á Salamina uno de los más grandes combates navales de la antigüedad, distinguiéndose por su destreza Demetrio, quien alcanzó tan completa victoria que Ptolomeo perdió más de cien barcos de transporte, con los ocho mil soldados que los montaban, y ciento veinte naves. El vencedor, que no tenía sino unas veinte deterioradas, apoderóse sin dificultad de todas las ciudades de la isla é incorporó las guarniciones de éstas á su ejército. De esta batalla de Salamina queda un magnífico recuerdo, la *Victoria* de Samotracia, descubierta por un cónsul de Francia y transportada al Louvre, donde volvió á ser colocada sobre la proa de la nave que la llevaba.

Al recibir noticia de la victoria de su hijo, Antígono renunció á toda consideración hipócrita; ciñóse la diadema, tomó el título de rey y se lo otorgó á Demetrio. Los demás jefes, Ptolomeo, Lisímaco, Seleuco y Casandro, no se quedaron atrás: de la diadema real de Alejandro se hicieron seis.

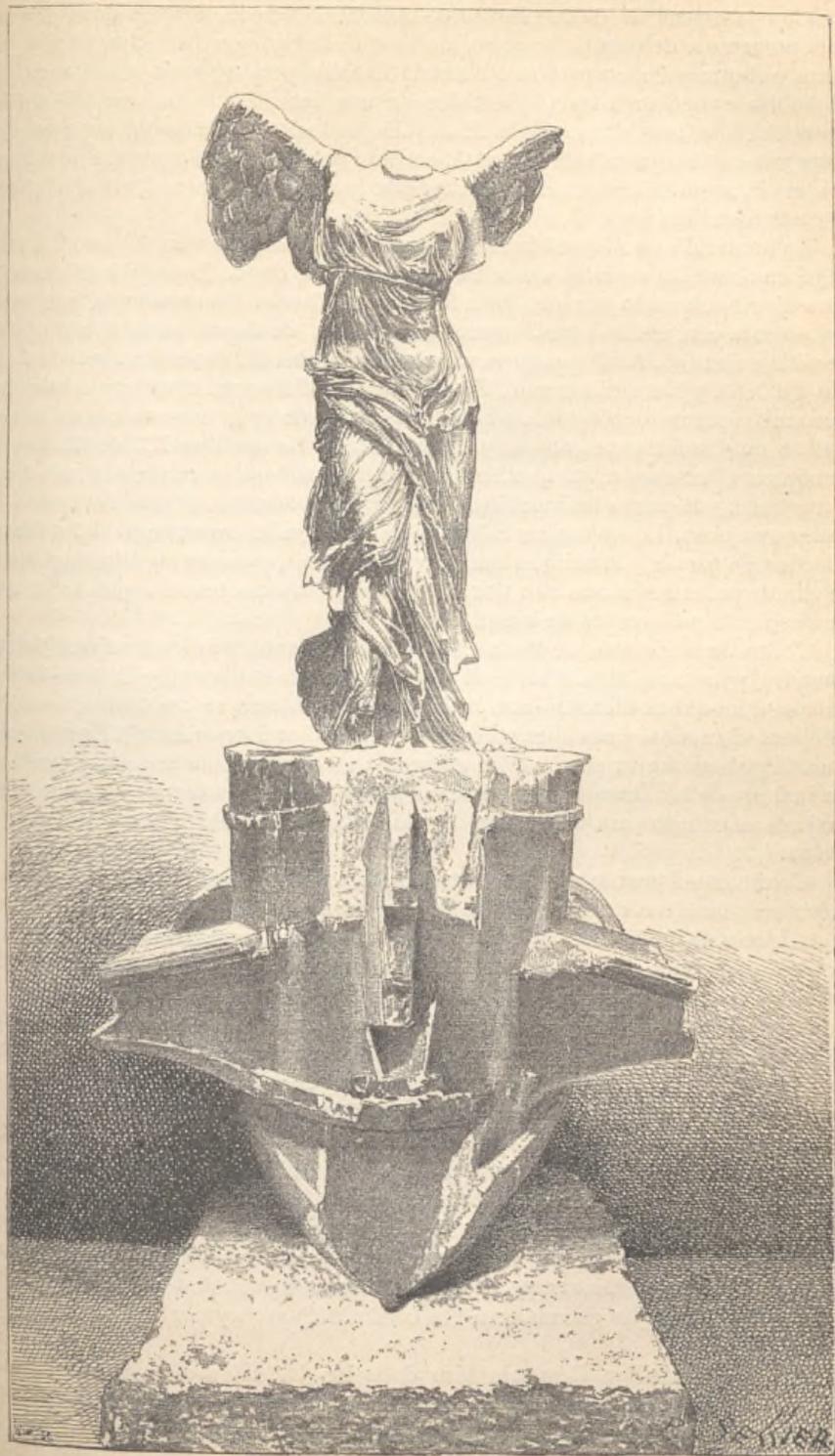
Este título de rey, tomado por los generales, no era una nueva revolución, sino la sanción de la que ya se había efectuado. Dueños del poder, quisieron tener el nombre y sentarse en el trono que la extinción de la familia de Alejandro había dejado vacante. La monarquía estaba dividida y diseminada en varias cabezas, prueba de que la unidad del imperio se había roto para siempre. Al tomar Antígono el título de rey, esperaba sobreponerse á sus adversarios; pero como éstos imitaron su ejemplo, subiendo desde la misma altura, todos volvieron á encontrarse al mismo nivel. La contienda, pues, no se había ventilado, y la guerra continuó entre reyes después de comenzar entre gobernadores de provincia.

### III. — SITIO DE RODAS (304); BATALLA DE IPSO (301)

Apenas sabemos nada sobre la vuelta de Seleuco á Babilonia de su gran expedición para someter definitivamente las satrapías orientales, é ignoramos también cómo extendió y consolidó su poder hasta el Indo por el Este y el Iaxartes por el Norte. Antígono, que como vecino más próximo debía ser su encarnizado enemigo, veíase obligado á fijar de continuo su atención en la Macedonia y Egipto: por este lado se trataba para él de una cuestión de vida ó muerte, y por la parte del Eufrates y del Tigris de una cuestión de ambición, subordinada naturalmente á la primera. A Egipto fueron Antígono y su hijo á buscar lo que para ellos debía ser el resultado más provechoso de su victoria en Salamina.

---

Champoiseau y conservada en el Louvre. La basa, encontrada más tarde, no se recibió en ese museo hasta 1879, gracias también á M. Champoiseau.—Las monedas de Demetrio Polioretos no dejan la menor duda sobre el origen y la restauración de ese magnífico grupo. Con motivo de la victoria naval conseguida en 306 por Demetrio y su padre Antígono sobre la flota egipcia, el primero mandó erigir aquella estatua en Samotracia. Después de esta victoria había tomado el título de rey, y las monedas que acuñó en lo sucesivo tenían en el anverso la copia de este grupo. La *Victoria* alada, de pie sobre la proa de un barco, hace sonar la trompeta que empuña con la mano derecha y lleva en la izquierda el asta de un trofeo.



La Victoria de Samotracia (véase la pág. 275, nota 1)

Con la esperanza de que Ptolomeo no tendría tiempo, después de su derrota, para preparar la defensa de su reino, atacaron el Egipto por dos lados, el uno por tierra y el otro por mar; pero su adversario lo había previsto todo, y sus enemigos no habían contado con las tempestades de una estación de invierno ni con las aguas del Nilo, muy altas todavía. Protegido por los apostaderos que guarnecían la costa y la orilla izquierda de la desembocadura pelusiaca, Ptolomeo fué invulnerable; era la segunda vez que el río, custodiado por un hábil general, salvaba á Egipto de la invasión (305).

La fundación de Alejandría había cambiado las antiguas vías del comercio; allí llegaban ahora los cereales de la India y de Africa, donde Rodas iba á buscarlos para distribuirlos á lo largo del Asia Menor y en Grecia. Este comercio, muy beneficioso para ella, uníala estrechamente con Egipto, de donde tomaba también su provisión de trigo. Antígono quiso vengarse en Rodas del descalabro sufrido á orillas del Nilo, y Demetrio la sitió. Este asedio fué célebre por el valor y la habilidad que ambas partes desplegaron, así como por el número y la importancia de las máquinas empleadas en el ataque y en la defensa. En el libro XX de Diodoro se puede ver el extenso relato que hace de aquella memorable empresa, dando á conocer hasta qué punto los ingenieros griegos perfeccionaron el arte de tomar ó de salvar una plaza. Los generales habían modificado ya el armamento del soldado, el orden de batalla y la antigua táctica, y ya no había, como en otro tiempo, ciudad segura de poder resistir mucho tiempo. Los romanos no tendrán que hacer más que copiar la poliorcética de los griegos.

Todos los habitantes de Rodas, seis mil ciudadanos y mil extranjeros fueron armados, y hasta se alistó á los esclavos, prometiendo la libertad y el título de ciudadano á los que se distinguieran. A los que sucumbiesen se les harían funerales públicos, dotándose á sus hijas y educando á los hijos á expensas del Estado hasta que, llegada su mayor edad, se les entregaría en el teatro una armadura completa en la fiesta de las Dionisias á la vista del pueblo. Los ricos dieron su fortuna; las mujeres su cabello para hacer cuerdas de arco; un patriótico ardor animaba á todos.

Contra aquel pueblo resuelto á defenderse heroicamente, Demetrio condujo un ejército de cuarenta mil hombres en doscientas naves de guerra y doscientos setenta barcos de transporte. Además de otras máquinas, mandó construir un nuevo *helepolo*, gigantesco edificio de madera de nueve pisos, que tres mil cuatrocientos hombres ponían en movimiento y que pudo derribar una parte de las murallas. Pero los rodios habían levantado otro recinto detrás del primero con los restos de su teatro y de sus templos, y además les socorrían Casandro y Lisímaco y sobre todo Ptolomeo, á quien recompensaron dándole el nombre de *Soter*. Vencedores varias veces en algunos encuentros parciales en el mar, alcanzaron también una ventaja en tierra por el incendio de las máquinas y la destrucción de un cuerpo de tropas que había penetrado por la brecha hasta el interior de la ciudad. Estos triunfos prepararon la conclusión de una paz, que la mayor parte de los griegos, y sobre todo los atenienses, aconsejaban á Demetrio. Por el tratado que entonces se firmó, Rodas conservaba sus leyes, su independencia y sus rentas, y no quedaba obligada á pagar tributo alguno; renovaba su alianza con Antígono, prometiendo sostenerle en todas las guerras. excepto contra Ptolomeo, y por último, daba cien rehenes (304).

Antes de marchar, Demetrio hizo donación á la valerosa ciudad de las máquinas de que se sirviera para batirla, las cuales, según se dice, fueron vendidas por los rodios, que con los trescientos talentos que de ellas sacaron construyeron

la famosa estatua de Apolo, ó del Sol, que se conoce con el nombre de *Coloso de Rodas* (1).

Durante estas operaciones, Casandro había quedado en libertad de reprimir en la Hélade el movimiento de independencia iniciado por Demetrio. Había al efecto invadido la Beocia y la Eubea, y sitiaba á Atenas cuando Demetrio llegó con fuerzas considerables después del sitio de Rodas, obligando á Casandro á salir rápidamente de Atica y yendo luego á batirle en las Termópilas. Seis mil macedonios se pasaron á su campo. Durante el invierno del año 304 permaneció en Atenas, siendo objeto de las lisonjas, que iban siempre en aumento y que llegaron hasta señalarle un alojamiento en el mismo Partenón, aquel templo de la diosa virgen, que profanó con infames orgías (2).

En la primavera siguiente (303) volvió á emprender la campaña; apoderóse de Sicione, de Corinto y de Argos, en donde se casó con una hermana de Pirro, á quien el ilirio Glaucias acababa de reponer en el trono de Epiro. Por un momento tuvo la idea de cortar el istmo de Corinto; pero sus ingenieros le dijeron que los dos mares no estaban al mismo nivel y que las aguas del golfo inundarían Egina y las islas inmediatas (3) por el canal. Una asamblea reunida en Corinto le proclamó generalísimo, como lo habían sido Filipo y Alejandro; pero esta vez no era contra los persas, sino contra los macedonios y Casandro. Antes de cumplirse este acuerdo, Demetrio volvió otra vez á Atenas; y como había puesto á prueba tan á menudo la paciencia y debilidad de sus ciudadanos, osó manifestarles que tenía un capricho tan extravagante como profano: quería ser iniciado al mismo tiempo en los pequeños y en los grandes misterios. Los primeros se celebraban en el mes de febrero-marzo, y los segundos en setiembre-octubre. Corría entonces el mes de mayo, pero se acordó llamarle marzo para celebrar los pequeños misterios, y después octubre para practicar los grandes, vanagloriándose todos de haber respetado así la letra de la ley. Irrisión digna de aquel pueblo, que salió al encuentro de Demetrio con guirnalda, incienso, danzas y cantos como este: «Los otros dioses se hallan demasiado lejos ó son sordos; ó no existen ó no se cuidan de nosotros. A ti



Tetradracma de Ptolomeo I Soter (4)

(1) Era de bronce y medía 70 codos de altura (unos 33 metros). Dícese que el estatuario Carés de Lindos había representado la figura poniendo un pie sobre cada uno de los muelles que formaban la entrada del puerto, de manera que servía en cierto modo de arco de triunfo bajo el cual pasaban las naves; pero esto no pasa de ser una leyenda. En 224 un terremoto destruyó casi completamente la ciudad, derribando la estatua; pero los rodios explotaron aquel desastre, procurando hacerse pagar su coloso por la caridad de los príncipes y de las ciudades, que se apresuraron á contribuir á esta obra piadosa. Sin embargo, cuando tuvieron el dinero emplearonle en usos más profanos, y no les costó mucho encontrar un oráculo que les prohibiera levantar de nuevo la estatua. Así, pues, solamente la ciudad se levantó de sus ruinas, sin prestar á su dios el mismo servicio; mas no parece que esto le irritara, pues Rodas floreció cada día más; y cuando la conquista romana llegó á estos parajes, no había marina más poderosa que la de los rodios.

(2) Es probable que no habitara sino en el opistódomo, ó tesoro público, detrás de la nave.

(3) Estrabón, libro I, 3, II. Sabido es que el trazado del canal que ahora está en construcción se confunde casi exactamente con el del canal de Nerón.

(4) Cabeza de Ptolomeo con diadema, mirando á la derecha. En el reverso: ΠΤΟΛΕΜΑΙΟΥ ΒΑΣΙΛΕΥΣ. Aguila de pie sobre un rayo, de cara á la izquierda. En el campo un monograma de taller. Plata.

te vemos; tú no eres un simulacro de madera ó de piedra, sino un cuerpo de carne y sangre (1).» Esto era la brutal apoteosis de la fuerza, el principio de esas adoraciones de reyes y de emperadores que mancharon los últimos siglos del paganismo. ¡Qué abismo había abierto la libertad al caer, y cuán necesario es aferrarse á ésta, si en eso han de parar los pueblos á quienes no sostiene ya con mano viril!

La asamblea de Corinto había dado la voz de alerta á Casandro, mas como por sí solo no podía éste luchar contra Antígono y su hijo, celebró una entrevista con Lisímaco, y ambos acordaron invitar á Seleuco y á Ptolomeo á formar una nueva alianza. Era preciso acabar con las pretensiones de Antígono á la omnipotencia.

Esta liga, que era la cuarta, se concertó en 302, y las hostilidades comenzaron al punto. Lisímaco pasó al Asia y sometió la Frigia, la Lidia y la Lycaonia; Ptolomeo volvió á tomar la Fenicia, la Palestina y la Celesiria, excepto Tiro y Sidón, á las cuales puso sitio; Seleuco emprendió la marcha hacia el Asia Menor; y por último, Demetrio y Casandro empeñaron en Grecia una lucha de que Tesalia fué teatro, pero que se suspendió al punto por un tratado. Antígono, á quien amenazaban por una parte Lisímaco y por la otra Seleuco, llamaba á su hijo nuevamente á su lado.

No se pudo impedir la reunión de estos dos príncipes, por la que sus fuerzas se elevaron á sesenta y cuatro mil infantes y doce mil quinientos caballos, sin contar cuatrocientos ochenta elefantes y más de cien carros de guerra que Seleuco llevaba. Antígono contaba con setenta mil infantes, diez mil caballos y setenta y cinco elefantes. Los dos ejércitos se encontraron en Ipsos, en la alta Frigia (301). Antígono, que contaba ya ochenta años de edad, no demostró en aquella jornada decisiva la audacia y resolución que entusiasmaban á las tropas; lúgubre y silencioso, parecía presentir su última hora. El resultado de la batalla se debió á la temeraria impetuosidad de Demetrio, que persiguió atrevidamente á la caballería enemiga y al volver se encontró con los elefantes de Seleuco, que le oponían una barrera infranqueable. Mientras se hallaba así lejos de la acción principal, Seleuco amenazaba los flancos debilitados de Antígono, y esta infantería, en la cual había sin duda inteligencias, se pasó al enemigo. Antígono cayó en medio de los suyos. Demetrio escapó con cinco mil infantes y cuatro mil caballos; con él huía Pirro, á quien Casandro había expulsado de Epiro.

Los vencedores se compartieron los Estados del vencido, otorgándose la mayor parte de ellos á Lisímaco y á Seleuco, á quienes se debía el triunfo; el primero obtuvo el Asia Menor hasta el Tauro; el segundo la Siria y la Mesopotamia, que agregó al Asia superior hasta el Indo. Ptolomeo conservó el Egipto, Judea y Fenicia, con el Sur de Siria, y al Oeste del valle del Nilo la Cirenaica. Casandro no ensanchó su territorio más que con la Cilicia, que era para su hermano Pleistarcos; pero sin duda se le cedió secretamente todo cuanto pudiera conquistar en Grecia.

El resultado de la batalla de Ipsos no fué establecer una división duradera del imperio. Aún veremos reducirse el número de reyes; ahora son cuatro, muy pronto no serán más que tres, cuando antes de la jornada de Ipsos eran cinco. Aquella batalla, suprimiendo á Antígono, simplificó, pues, la cuestión; verdad es que Demetrio se elevará otra vez, pero ocupando el lugar de Casandro; de modo que el número de reinos no aumentará.

(1) Ateneo, VI, 62.

IV. — DEMETRIO REY DE MACEDONIA Y DESPUÉS PRISIONERO (286);  
MUERTE DE LISIMACO, DE SELEUCO Y DE PTOLOMEO

Demetrio había conservado Tiro, Sidón, Chipre, algunas ciudades del Helesponto y considerables fuerzas marítimas; su situación le permitía, pues, esperar, y rara vez esta confianza resulta estéril cuando á ella se agregan el talento y el valor.



Bailarina (1)

Por lo pronto fijó su vista en Grecia, pareciéndole que su amor á este país le daba algún derecho sobre él; pero durante su ausencia, Casandro había extendido sus operaciones por el Norte, conquistando la Tesalia, la Ambracia y la Acarnania, y aun ocupando algunas ciudades del centro; mientras que en Atenas, Argos, Sicione

(1) Relieve en mármol, descubierto en el teatro de Dionisio, en Atenas (de una fotografía).  
—Este tipo y el de otra estatua análoga, descubierta al mismo tiempo, han sido reproducidos con frecuencia por los escultores antiguos.

y varios puntos de la Acaya habíanse elevado tiranos á la sombra del poder de Macedonia.

Una cruel decepción esperaba á Demetrio: al atravesar las Cícladas para dirigirse á Atenas, un diputado de esta ciudad manifestóle que el pueblo había resuelto no recibir más reyes en su recinto. ¡Aquella ciudad que tanto amaba abandonábase al fin! Cuéntase, aunque no puede darse como seguro, que aquel golpe fué para él más sensible que la pérdida de la batalla de Ipsos; pero limitémonos á decir, y con esto basta, que la sorpresa le hizo enmudecer un instante. Atenas, después de todo, no debía estarle muy agradecida, pues si bien expulsó á los macedonios de Muniquia, había en cambio pedido tanto dinero por este servicio y hecho cometer tales bajezas, que la ciudad debió avergonzarse al fin de éstas y echar de menos aquél, contribuyendo, sobre todo, á ello los triunfos de Casandro. El dios, sin embargo, no se fijaba más que en la apostasía de sus fieles.

Fué preciso resignarse, tanto más, cuanto que la fortuna le proporcionó una compensación. Lisímaco y Ptolomeo no se entendían ya con Seleuco, y este último hizo proposiciones á Demetrio, cuya flota y posiciones en Fenicia codiciaba sin duda, pidiéndole la mano de su hija Estratonice (300). Demetrio se halló, pues, de improviso íntimamente relacionado con el más temible de los sucesores de Alejandro, aquel que pasaba por heredero del poder de Antígono; pero entre príncipes las amistades son breves; el yerno quiso poseer Tiro y Sidón, y habiéndose el suegro negado á esta demanda quedaron rotas entre ellos las relaciones.

Además de las dos grandes ciudades fenicias y de Chipre, Demetrio tenía guarniciones en Megara y en Corinto, que le permitían penetrar en el Peloponeso, y su poderosa flota, que no había disminuído por la guerra continental, imperaba en el mar Egeo. De este modo podía intentar algo en Grecia, donde había dejado felices recuerdos, y que Casandro, moribundo entonces, no podía defender ya. Sin embargo, conocemos muy mal los sucesos «de aquella guerra de cuatro años,» y hasta es difícil fijarles una fecha segura. Solamente vemos á Demetrio guerrear en el Peloponeso y sitiar después á Atenas, donde Lacares había establecido, apoyado por los macedonios, una tiranía que los antiguos han descrito como cruel. Demetrio se apoderó primero, en los dos flancos de Atenas, de Eleusis y Rhamnonte, cuya posesión le permitió hacer inhabitable la campiña. Y para estrechar la ciudad más de cerca, apoderóse del Pireo, bloqueándola, de modo que pronto sobrevino el hambre. Lacares huyó al fin disfrazado, Atenas abrió sus puertas y Demetrio convocó al pueblo en el teatro, cuyas avenidas estaban ocupadas por sus tropas. La multitud temblorosa le vió presentarse en escena; pero en vez de amargas censuras no oyó más que dulces quejas, promesas de olvidarlo todo y hasta de otorgar una gratificación regia, consistente en cien mil medidas de trigo. Mientras hablaba, una voz se elevó para corregir una falta de lenguaje en que acababa de incurrir: Demetrio dió las gracias al mentor y mayor prueba de su liberalidad aumentando en 5.000 medimnos su oferta; inútil parece añadir que el entusiasmo llegó á su colmo. Las adulaciones del pueblo y las caricias del rey no engañaban en el fondo á nadie; Atenas tenía un amo, y de ello se convenció cuando Demetrio, después de restablecer el gobierno democrático, puso guarnición en el Pireo, en Muniquia y hasta en el recinto de la ciudad, en la colina del Museo, que fortificó frente al Acrópolis, y sobre el Pnix, donde la asamblea iba á deliberar bajo las picas macedónicas.

Arreglado todo en Atenas á su antojo, Demetrio pasó al Peloponeso, donde los espartanos, que desde 330 habían vivido como fuera de Grecia, acababan de tomar las armas, sin duda á petición de Ptolomeo. Demetrio batió dos veces á su rey

Arquidamos y puso sitio á su ciudad, que al fin había sido rodeada de murellas (295); mas en el momento en que iba á caer en sus manos, los acontecimientos de Macedonia le llamaron á otra parte.

Casandro había muerto en 298, y su hijo mayor, Felipe, no le sobrevivió más que algunos meses; los otros dos, Antipáter y Alejandro, se disputaron el trono. Tesalónica, su madre, protegía al más joven, por lo que Antipáter la mató, y entonces su hermano llamó contra el parricida á Demetrio y á Pirro II, que debía alcanzar muy pronto fama merced á sus aventuras. Por lo pronto, había mandado asesinar en un festín á Neoptolemo, con quien compartía el trono de Epiro. Llegado el primero á Macedonia, expulsó á Antipáter de casi todo el territorio y puso en el trono á Alejandro. Este último, no necesitando ya los servicios de Demetrio cuando llegó, tendiéndole varias emboscadas, pero quedó cogido en las que aquél le preparó á su vez. Entonces el vencedor ganó los soldados de Alejandro, que le proclamaron rey de Macedonia (294). En el intervalo Demetrio había perdido sus posesiones de Fenicia, ocupadas por Seleuco, y Chipre, que Ptolomeo le arrebató. Cierta que le quedaba Atenas, una parte del Peloponeso y otra de la Macedonia; pero este poder carecía de fundamento sólido, porque el soberano era poco querido entre sus nuevos súbditos, cuya dignidad ofendió imponiéndoles los servicios acostumbrados en las cortes asiáticas: olvidaba que tenía cerca de sí en el rey de Epiro un rival de mucha popularidad.

Por su audacia y sus brillantes cualidades, Pirro recordaba á los macedonios su gran rey Alejandro, sin embargo de que acababa de combatir contra ellos, pero hizo de manera que se captó su buena voluntad. Había comenzado la acción por un duelo singular con su jefe, á quien hubiera dado muerte si no se le hubiese socorrido; y vencedor después de esta hazaña, aplaudida hasta por sus mismos adversarios, trató bondadosamente á sus cinco mil prisioneros. Habría sido menester librarse desde luego de tan peligroso enemigo; pero lejos de esto, Demetrio no soñaba más que en sus empresas gigantescas: quería reunir un inmenso ejército y quinientas galeras para restablecer en provecho propio el poderío de su padre.

Al ver estos preparativos, los *reyes* se alarmaron y formóse una quinta y última coalición contra Demetrio. Lisímaco atacó la Macedonia por el Este, Pirro por el Oeste, y Ptolomeo, desembarcando en Grecia, invitó á todos los pueblos á recobrar su libertad (288) (1). El ejército macedonio se pasó al rey de Epiro; Atenas se libró por sí misma de la guarnición del Museo, y Demetrio huyó al Peloponeso. Esta nueva revolución produjo dos catástrofes: la noble Phila, mujer del vencido, cansada al fin de los desórdenes de su esposo y de los frecuentes cambios de fortuna, se envenenó; y por otra parte, el yerno de Lisímaco, que reclamaba sobrado vivamente la Macedonia oriental como su parte de botín, fué muerto por su suegro, quien condenó á la viuda, su propia hija, á prisión perpetua. En aquel tiempo pocos príncipes morían de muerte natural. Alejandro había casado á Cráteres con una sobrina de Darío, Amastris, que repudiada en 322, contrajo matrimonio con el dinasta de Heraclea pónica, Dionisio, de quien tuvo dos hijos. Muerto este marido, un tercer casamiento unió á la princesa persa con Lisímaco, quien la repudió cuando, para consolidar su alianza con Ptolomeo, aceptó la mano de Arsinoé, hija del egipcio (300). Amastris volvió entonces á la rica y fuerte ciudad de Heraclea,

(1) Se ha encontrado en el Acrópolis de Atenas una inscripción que se refiere á la liga de Ptolomeo con dicha ciudad, con Lacedemonia y sus aliadas, con objeto de «combatir por la libertad común contra aquellos que quisiesen arruinar la Grecia, derogar las leyes y la constitución de los antecesores.» (*Corp. Inscr. Attic.*, tomo II, n.º 332.)

que dominaba todo el país entre el Sangarios por el Oeste y el Partenos por el Este; pero sus dos hijos, deseosos de heredar cuanto antes, asesinaronla (288). ¿Fue el parricidio lo que el rey de Tracia quiso vengar ó le tentó la ocasión de apoderarse de Heraclea, lo cual es más probable? Como quiera que fuese, se presentó en la ciudad en calidad de amigo; mandó dar muerte á los dos hermanos, de quienes era huésped, y declaró la anexión de la ciudad á sus dominios. Del mismo modo procedió en Peonia, en la otra extremidad del mundo griego, consiguiendo tomar la provincia, pero no apoderarse del príncipe, que escapó del veneno. La tendencia homicida de Lisímaco persistió hasta en su familia: su hijo Agatocles pereció víctima de una acusación de su suegra Arsinoé; ya hemos visto que después de matar á su yerno encerró á su propia hija en un calabozo, con lo que se explica que nos inspiren poco interés aquellas soberanías rencorosas y crueles.

Volvamos, pues, á los asuntos generales. Expulsado de Macedonia y de Atenas, Demetrio encontró en el Peloponeso once mil hombres, que su hijo Antígono Gonatas había reunido; pero en vez de defenderse en aquel país, difícil de atacar, pasó al Asia (286), donde fué vencido y cayó en manos de Seleuco. Lisímaco ofreció dos mil talentos para que se le librase de aquel príncipe inquieto; pero Seleuco, más noble y generoso, trató bien á su prisionero, aunque sin concederle la libertad, señalándole un castillo real como residencia forzosa, parques para sus cacerías y oro para sus placeres. Allí vivió poco más de dos años, gastando su vida y su gloria en voluptuosidades, y cuando murió, en 283, no contaba más que cincuenta y cuatro años. Sus cenizas, encerradas en una urna de oro, fueron enviadas con gran pompa á su hijo Antígono Gonatas, que las sepultó en la ciudad tesaliana llamada Demetriade, fundada por el difunto.

Con su turbulenta autoridad, este príncipe había aumentado el desorden en un imperio que se desmoronaba; pero al lado de sus muchos vicios, mostró, como Seleuco, brillantes cualidades y generosidad, por lo cual merece un lugar separado en la historia de aquel tiempo, en el que no había más que ambiciosos, de los cuales la mayoría consideraba el asesinato como auxiliar obligado de la política.

En 287, Pirro y Lisímaco se habían repartido la Macedonia; mas al cabo de pocos meses, el segundo de estos príncipes expulsó al otro; de modo que Lisímaco dominaba desde el Pindo hasta el Tauro. Sin embargo, aún tenía un enemigo en Antígono Gonatas; pero éste, dueño solamente de Corinto y de algunas ciudades griegas, no se hallaba en estado de emprender nada. El resto de Grecia parecía libre ú obedecía á tiranos particulares.

La gran fuerza de Lisímaco y el poderío de Seleuco no podían menos de chocar, tanto más cuanto que se tocaban: la intriga que había costado la vida al hijo de Lisímaco, Agatocles, promovió el rompimiento. La viuda del joven príncipe fué á refugiarse cerca de Seleuco, á quien excitó á vengar á su esposo. El rey de Tracia y el de Siria eran los únicos generales de Alejandro que aún ocupaban el trono; el primero tenía setenta y cuatro años de edad, y el segundo setenta y siete. Estos dos ancianos trabaron batalla en Ciropedión, donde Lisímaco fué vencido y muer-



Moneda de Ptolemy, rey de Peonia (1)

(1) Cabeza de Ptolemy con diadema, mirando á la derecha. En el reverso: ΠΑΤΡΑΟΥ. Jinete con casco y coraza dando una lanzada á un hoplita arrodillado, que se defiende con su escudo, blandiendo un dardo con la mano derecha. Plata.

to (281), cayendo con él su imperio y quedando el número de reinos reducido momentáneamente á dos por la reunión de Tracia, Macedonia y Asia en manos de Seleuco. El antiguo sátrapa de Babilonia reinaba, pues, en todo el imperio de Alejandro, excepto en Egipto y Grecia; mas comprendió al parecer la necesidad de que Asia y Europa tuvieran una existencia separada, á cual efecto quería ceder sus provincias asiáticas á su hijo Antíoco, reservando para sí la Macedonia, su país natal, donde deseaba acabar sus días. Macedonia aceptó resignada lo resuelto por las armas, y no hizo movimiento alguno durante los seis meses que mediaron hasta que Seleuco emprendió la marcha hacia ella; entonces el sátrapa fué asesinado en el Quersoneso por Ptolomeo Ceraunos (280), que se hizo reconocer al punto rey de Tracia y de Macedonia.

Hacia la época en que el turbulento Demetrio había pasado á mejor vida, Ptolomeo Soter, fundador de la nueva monarquía egipcia, había muerto también á edad avanzada (1), dejando tras sí legítimo renombre de sabio y prudente (283). Al poco tiempo Lisímaco y Seleuco murieron á su vez; de modo que en 280 habían desaparecido todos los grandes jefes que, después de contribuir á la fortuna de Alejandro, creyeron poder reemplazarle.

En aquel momento se hallan definitivamente constituidos, salvo algunas cuestiones de límites, tres grandes Estados que corresponden á una división natural: la Grecia de Europa, la de Asia y la de Africa. En Europa, la Macedonia, reunida aún con la Tracia, que ha de separarse muy pronto de ella, tratará en adelante de extenderse, no ya en Asia, sino en Grecia; y estos países van á ser, de consiguiente, teatro de acontecimientos que les serán propios, mientras que los soberanos de los reinos de Asia y de Egipto se agitarán en una esfera diferente. El desbordamiento de Macedonia y de Grecia en Asia y Africa nos había obligado á destinar también en nuestra historia una parte separada á estos países, durante y después de la vida de Alejandro: en adelante continuarán el curso de su existencia, profundamente modificada sin duda por las costumbres y las ideas helénicas, pero lo bastante distinta del mundo griego para exigir un relato particular que no entra en nuestro plan.

Demasiado tiempo nos hemos detenido en esas guerras llenas de confusión por las traiciones repetidas que las prolongan, y sin ningún interés, porque en ellas no se trataba más que de la ambición estéril de algunos hombres y de la inútil independencia de pueblos decaídos. La historia, no me refiero á la que se inspira sólo en una trivial curiosidad, no es uno de esos museos que todo lo admiten, hasta los fragmentos mutilados y sin carácter. Para que un hecho reuna condiciones que le hagan digno de figurar en ella, no basta que se haya producido: es preciso que consigo lleve una lección ó un recuerdo digno de guardarse, y esto explica la brevedad de nuestro relato desde la muerte de Alejandro y la rapidez con que analizaremos los sucesos que se desarrollaron hasta la última hora de Grecia.

#### V. — LA INVASIÓN GALA

Ptolomeo Ceraunos, ó *el Rayo*, que por un asesinato acababa de erigirse en rey de Macedonia, era un primogénito de Ptolomeo Soter á quien su padre había desheredado á causa de la violencia de su carácter y que se aseguró en aquel trono

(1) Contaba ochenta y cuatro años.

usurpado enviando asesinos á los dos hijos de Lisímaco y de Arsinoé (1). Antíoco, el nuevo rey de Siria, estaba demasiado bien guardado para que una tentativa de este género pudiera tener buen éxito, así es que no le disputó el Asia Menor; y en cuanto á Pirro, de Epiro, proporcionóle las tropas necesarias para su expedición contra los romanos (2), que le alejaba mucho de Macedonia. Por último, batió á Antígono Gonatas, que al mismo tiempo perdió en Grecia la mayor parte de sus posesiones. Esparta parecía querer despertar del largo sueño de que apenas había salido una vez ó dos desde los días de Epaminondas; en tiempo de su rey Areo había expulsado de Trezena y de Epidauró á las guarniciones de Gonatas. Varias ciudades de la Acaya, recobrando también su independencia, formaron la alianza de que muy pronto hablaremos.

Grecia usó con nobleza de aquella libertad renaciente para rechazar una imprevista invasión de los galos. La Céltica había ocupado en otro tiempo un inmenso espacio: desde las orillas del Euxino, los celtas se habían corrido por el valle del Danubio hasta la Galia y España, dejando en su camino poderosas colonias que durante dos siglos fueron una amenaza para el mundo civilizado. Estos pueblos, que Alejandro entrevió en el Norte de Tracia, y que sin atacarle osaron hacerle frente, decidiéronse, después de la caída del imperio, á buscar ellos también fortuna en los países del Mediodía. Desde hacia algún tiempo habían tomado la cos-



Antíoco I

tumbre de vender sus servicios á los jefes que se disputaban la Grecia; pero en 280 resolvieron invadir la Macedonia y la Tracia por cuenta propia. Divididos en tres cuerpos bajo la dirección suprema de un *breno*, ó generalísimo, siguieron tres caminos distintos; el de la izquierda, á las órdenes de Cerethrios, penetró en la Tracia; el centro, mandado por el breno, invadió la Peonia, al Norte de Macedonia; y la derecha, conducida por un jefe llamado Bolg, atravesó la Iliria y atacó la Macedonia por el Oeste. Este fué el cuerpo que primero encontró al enemigo; la falange fué derrotada, y Ceraunos, á quien cogieron vivo, murió á manos de los vencedores. Los macedonios eligieron reyes sucesivamente á su hermano Meleagro y Antipáter, hijo de Casandro, que apenas ocuparon el trono cuatro meses. Los destrozos del enemigo, la indisciplina de los soldados y la falta de un jefe hábil, desesperaban á los macedonios. «Desde lo alto de las murallas de sus ciudades, dice Justino, elevaban las manos al cielo, invocando los nombres de Filipo y de Alejandro, dioses protectores de la patria.» Un hombre salvó á esta patria, que se abandonaba á sí misma. Sóstenes, reuniendo algunos bravos, atacó y batió á las partidas dispersas de invasores, y al poco tiempo tuvo un cuerpo de tropas, y después un ejército. Bolg retrocedió ante él, menos quizás por temor que para ir á guardar su botín en sitio seguro; y entonces Macedonia, creyéndose libre, ofreció la corona á Sóstenes, que no quiso aceptarla.

Sin embargo, el breno había preparado nuevas fuerzas durante el invierno, y en la primavera del año 279 volvió á entrar en Macedonia, donde aniquiló á Sóstenes; y como el espanto aumentaba á los ojos de los griegos el número de los enemigos, creyóse que el galo franqueaba los desfiladeros del Olimpo á la cabeza de ciento cincuenta mil infantes y veinte mil caballos, siguiendo á cada jinete dos

(1) Véase en Justino, XXIV, 2, 3, esta escena de asesinato, que por cierto es bien odiosa, si el escritor no la ha exagerado.

(2) Véase esta expedición en mi *Historia de los Romanos*.

escuderos. Reduzcamos en una mitad aquella multitud, que Macedonia no hubiera podido mantener, disminuyámosla más aún, y siempre quedará un ejército formidable que, cayendo sobre la Tesalia, la devastó. Los griegos, excepto los peloponesios, que se mantenían todavía extraños á este movimiento nacional, resolvieron defender las Termópilas: los beocios proporcionaron hasta diez mil hombres, los etolios más de siete mil, los focidios tres mil, los locrios de Oponte setecientos y los megarenses cuatrocientos. Atenas no pudo suministrar más que mil hoplitas y seiscientos caballos, pero envió todas sus galeras para que se embarcaran en el golfo Maliaco, desde donde los que las montaban pudieron hostigar á los bárbaros (1) durante la acción. El mando del ejército se confió al ateniense Calipos, último y justo homenaje á la ciudad que ni una sola vez había faltado á Grecia en los días de peligro.

Enérgicamente rechazados del paso de las Termópilas, los galos descubrieron el sendero que permitió á Jerjes penetrar en Grecia y que, ¡cosa extraña! no estaba mejor guardado que entonces, lo cual les permitió dirigirse sobre Delfos para apoderarse de sus tesoros. En caso de ataques contra los templos, Grecia tenía dos medios para salvar la autoridad de sus dioses: ó bien éstos defendían por sí mismos sus santuarios, como había sucedido en tiempo de las guerras médicas en Delfos, en Atenas y en Eleusis, ó bien, como aconteció más tarde en el templo de Hécate, en Estratonicea de Caria, castigaban á los culpables haciéndoles sufrir descalabros. De este modo ni el dios ni el templo perdían nada, aquél de su prestigio y éste de las ofrendas de sus devotos (2). Contra los bárbaros del Norte, Apolo no debía ser menos protector que lo había sido contra los de Asia: consultado el dios al acercarse los galos, contestó que sabría defenderse; y en efecto, un terremoto que entreabrió el suelo bajo los pies de los invasores, hizo rodar sobre sus cabezas las rocas del Parnaso; una tempestad perturbó los aires, y el rayo abrasó á los que no habían perecido bajo las montañas derrumbadas. Esta leyenda no es más que un embellecimiento poético de la resistencia organizada por los habitantes de un país de tan fácil defensa. Rechazados de Delfos, después de haber entrado en ella, los galos emprendieron una retirada que por los ataques de los montañeses fué desastrosa. El hambre y el frío les ocasionaron horribles padecimientos; y el breno, peligrosamente herido, se mató para escapar de la cólera de sus soldados ó la vergüenza de su derrota. Varios pueblos consagraron la leyenda del santuario defendido y salvado por su dios; depositáronse obras artísticas, como exvotos, en el templo de Delfos, y entre otras una Atenea, una Artemis y un Apolo, que según se cree sirvió de modelo para el Apolo del Belvedere.

El trono de Macedonia estaba vacante, y Antígono Gonatas, que le ocupó en virtud de un tratado con Antíoco I, exterminó á una numerosa partida de galos que había quedado en el Norte, y se ocupaba en consolidar el poder en sus Estados cuando Pirro volvió de Italia, donde había asombrado primero y derrotado después á los romanos, penetrado hasta en su ciudad, conquistado y abandonado la Sicilia y perdido finalmente una gran batalla. Después de acometer estas atrevidas empresas volvía ansioso aún de aventuras, por lo que se lanzó á ciegas en las más complicadas intrigas que entonces agitaban la Grecia. De improviso presentóse en Macedonia, ganó la falange y se hizo dueño de casi todo el país.

Pero antes de terminar la conquista de éste, acometió otra empresa. Llamado

(1) Con esta invasión de la Macedonia se relaciona tal vez la costumbre adoptada por los galos de acuñar monedas á imitación de los filipos de oro. Véase Lenormant, *Revista Numismática*, 1856, pág. 303, é *Historia de los Romanos*.

(2) *Bol. de la corr. hel.*, marzo de 1887, pág. 162.

por Cleónimo, pretendiente al trono de Lacedemonia, que prometía ayudarle á expulsar á Antígono de las ciudades que éste conservaba en el Peloponeso, llegó en 272 ante los muros de Esparta, fortificados para resistir á Casandro y á Demetrio. El rey Areo estaba en Creta, y atemorizados los lacedemonios hablaban ya de enviar las mujeres á dicha isla, cuando la más rica heredera de la ciudad, Arquidamia, presentóse en el senado con una espada en la mano y declaró que las mujeres sabrían defender la ciudad. En efecto, ocupáronse en abrir un foso en el lugar donde faltaban murallas, y Pirro fué rechazado. Algunos días después, la llegada de Areo con un cuerpo de auxiliares argiros obligóle á levantar el sitio, revés del cual quiso vengarse en Argos penetrando en esta ciudad; pero Antígono y Areo le seguían, y apenas tuvo tiempo para salir por una puerta mientras que el enemigo entraba por la otra. En aquella retirada, una teja lanzada por una mujer anciana, á cuyo hijo acababa de herir, alcanzóle y le dejó sin vida.

La muerte de Pirro señala un nuevo período en la pacificación del gran desorden que reinaba en todos los países comprendidos entre el Adriático al Indo á consecuencia de la sucesión de Alejandro, y aseguró el trono de Macedonia á Antígono Gonatas y á su raza. En vano un hijo de Pirro invadirá de nuevo este país (267); en vano un nuevo ejército de galos le atacará: Antígono será siempre vencedor, y la Macedonia, casi libre de sus posesiones asiáticas y de sus sueños de dominación allende los mares, se limitará á proseguir el primer proyecto de Filipo, ó sea la dominación de Grecia. La expedición de Alejandro y las rivalidades de sus sucesores no habían sido, pues, sino un intermedio glorioso primero, sangriento después. La situación vuelve á ser poco más ó menos lo que era un siglo antes, en 359, con la diferencia de que falta la generación patriota, intrépida y altiva que existía en Grecia antes de Queronea, y además hay una corrupción de costumbres, una degeneración de caracteres, una extenuación de la gran vida política é intelectual, que marcan una irremediable decadencia.

La sed del oro ha despertado por doquiera un odio implacable entre los ricos y los pobres: ya no se disputa el poder, sino la riqueza, y todo cambio político es un trastorno social. Polibio lo dice: «Tratan de arrebatarse lo que poseen.» Un motín popular que triunfa no lleva consigo la libertad en ninguna parte, pero sí, inevitablemente, la abolición de las deudas con un reparto de tierras. No todos los tiranos han sido el resto impuro de la dominación macedónica; la demagogia victoriosa se ha dejado encadenar, para tener mejor bajo sus pies á la aristocracia vencida. «Los reyes, decía Aristóteles algunos años antes, se han establecido para defender á los grandes contra el pueblo, y los tiranos para protegerle contra los grandes;» pero la tiranía produce necesariamente sus frutos, y con ella todo se envilece y decae. El miedo produce la vileza, y rompe ese resorte que permiten al hombre y al ciudadano mantenerse en pie: el respeto á sí mismo y á la ley.

Hay decadencia hasta en la tiranía. Los que habían usurpado el poder en las ciudades antes de las guerras médicas, son algunos de los hombres más notables de Grecia; los que se apoderan de él en la segunda época, son oscuros aventureros cuyos nombres no siempre ha conservado la historia. Sin embargo, Grecia, sonrojándose una vez más de tanto baldón, hará un último esfuerzo y vendrá á morir al menos bajo la espada de un gran pueblo.



## OCTAVO PERÍODO

LA LIGA AQUEA (272-146)

ESFUERZOS IMPOTENTES PARA UNIRSE Y SALVARSE

### CAPITULO XXXV

DE LA MUERTE DE PIRRO Á LA LLEGADA DE LOS ROMANOS

A GRECIA (272-214)

#### I. — LA LIGA AQUEA Y LA LIGA ETOLIA

Atenas, Esparta y Tebas han caído; dos pueblos que hasta entonces no se habían dado á conocer ocupan su lugar en la escena desierta, pero reducida, llena de los escombros que la obstruyen: son los aqueos y los etolios.

La costa septentrional del Peloponeso es una angosta lengua de tierra que se estrecha entre el golfo de Corinto y la cordillera que encuadra la Arcadia por el Norte; su fertilidad no tiene nada de notable, como no sea por el lado de Sicione; sus ríos, muy numerosos, bajan en línea recta desde las montañas á la costa, y la playa, mejor recortada que al Oeste del Peloponeso, deja que el mar penetre en medio de las rocas que la festonean. Pero ¿qué mercados podía tener el comercio de esas ciudades? ¿La Elida ó la pobre Arcadia? ¿Qué medios de comunicación poseía en medio de las montañas? Por otra parte, Corinto, mucho mejor situada, atrajo muy pronto á sí todo el comercio de su golfo, que pasó por delante de las ciudades aqueas sin dejar en ellas ni la fortuna ni el lujo. Por eso vivían pobres, pero unidas. Herodoto nos dice que desde la más remota antigüedad las doce ciudades de la Egialea formaban una confederación. Era aquel un país jonio, y por esto se vuelve á encontrar en él el misterioso número doce. Si obscuridad significa dicha, esas ciudades fueron largo tiempo felices; en medio de las sangrientas discordias de Grecia llamaron la atención sin duda la calma y la paz que debían á su pobreza y á la sabiduría de sus costumbres y de sus instituciones, puesto que varias ciudades de la Gran Grecia, después de la matanza de los pitagóricos, imitaron el gobierno y las leyes de la Acaya.

No se puede felicitar á ésta por no haber tomado parte en la lucha nacional contra los persas, y hubiera querido que Esparta y Atenas la dejaran entregada al reposo que tanto amaba, y que se turbó cruelmente por la guerra del Peloponeso, que no toleraba neutrales. Patras se declaró por Atenas, Pelena por Esparta, y la influencia dórica se extendió sobre las demás. La confederación estaba ya quebrantada, y lo estuvo mucho más por la llegada de los reyes de Macedonia, que al parecer querían castigar á los aqueos por haber combatido contra ellos, en Queronea con Atenas, y en Mantinea, en 330, con Esparta. Su extenuación fué tal que no pudo tomar parte en la guerra Lamiaca, y el número de sus ciudades quedó reducido á diez desde que en 373 un terremoto destruyó Helicea, la antigua capital, y desde que la ciudad de Olenos había sido abandonada por todos sus habitantes. Demetrio, Casandro y Antígono Gonatas pusieron guarnición en algunas, dejando las demás en poder de los tiranos; «pues de ese Antígono, dice Polibio, provienen todos los tiranos de Grecia.»

Hacia el año 280 los aqueos se aprovecharon de las desgracias de Macedonia para declararse libres y reconstituir su alianza. «Las primeras ciudades que se unieron fueron Dymes, Patras, Tritea y Fares. Cinco años más tarde los egios expulsaron á su guarnición macedónica y afiliáronse á la confederación; después de ellos, los burianos dieron muerte á su tirano, el de Cerinea abdicó voluntariamente, y Leonción, Egira y Pelena completaron la reunión de toda la Acaya; pero esta alianza era todavía muy débil cuando Arato hizo entrar en ella á la poderosa ciudad de Sicione.» (Polibio.)

En Sicione había gobernado en otro tiempo la aristocracia dórica; la caída de este partido produjo prolongados desórdenes, que dieron origen á tiranos; pero Sicione consiguió recobrar su independencia á la muerte de uno de ellos, Cleón, y confirió entonces el poder á dos apreciables ciudadanos, Timocles y Clinias. Habiendo muerto el primero, un tal Abántidas se erigió en tirano, hizo dar muerte á Clinias, y quiso deshacerse del mismo modo de su hijo Arato, que contaba siete años de edad y que salvado por la hermana misma del tirano refugióse en Argos, donde le recibieron los amigos de su padre. Allí permaneció trece años estudiando poco los filósofos, pero dedicándose con mucha asiduidad á los ejercicios de gimnasia, en los que sobresalió hasta el punto de ser vencedor en los cinco combates del pentatlo. Su cuerpo y su talla eran atléticos; pero el atleta era á la vez prudente y discreto: gustábanle, así en la política como en la guerra, las emboscadas y sorpresas; la publicidad, las decisiones rápidas y las vías directas de la guerra en campo raso le inspiraban temor; era valeroso guerrero y mediano general, gran ciudadano y tal vez mal político.

Arato meditó muy pronto la libertad de su patria; y ya tenía adoptadas todas sus medidas, cuando el tirano Nicocles, que entonces reinaba en Sicione, tuvo noticia de la conspiración y envió á Argos algunos espías disfrazados; mas advertido Arato de la presencia de éstos en la ciudad, envió al mercado, de modo que todos se enteraran, por manjares delicados y perfumes, y contrató algunos flautistas para organizar en su casa una fiesta y una orgía. Los espías volvieron á Sicione riéndose de la crueldad sospechosa del tirano; mas apenas habían dado cuenta de su misión cuando Arato salió de Argos y fué á reunirse con las fuerzas que le esperaban en la torre de Polignoto. Condúcelas á Nemea, descúbreles su proyecto, excita su valor, y seguido de ellas avanza directamente sobre Sicione, ajustando su marcha á la de la luna para no llegar á las murallas hasta después de haberse ocultado el astro de la noche. Un habitante de Sicione, escapado de las prisiones de Nicocles, hábale revelado que en cierto sitio el muro tenía poca altura y su caballete estaba

al mismo nivel que el piso del interior de la ciudad; mas por este lado alzabase la casa de un jardinero, custodiada por perros muy vigilantes. Uno de sus soldados, á quien envió para cogerlos, no pudo conseguirlo, y este accidente empezaba á desanimar á sus tropas; en vista de ello, Arato prometió renunciar á la empresa si los canes llegaban á ser demasiado importunos, y entonces los soldados siguieron avanzando, precedidos de los que llevaban las escalas, y cuando las aplicaban á los muros, los perros ladraron ruidosamente. Un nuevo peligro sobrevino: los primeros hombres trepaban ya por las escaleras de mano cuando el oficial que debía ser relevado por la mañana pasó por encima de ellos con una campanilla y muchas hachas encendidas, seguido de soldados que armaban gran estrépito: los asaltantes se ocultaron, y no fueron vistos ni por aquella guardia ni por la que al ser de día relevaba á la nocturna. Cuando todos se hubieron alejado, los conjurados escalaron la muralla, y dueños ya de ambos lados del camino, enviaron aviso á Arato para que apresurara su marcha.

Poca distancia había desde el muro al jardín, y en una de las torres vigilaba un gran perro de caza que no había sentido la aproximación de los conjurados; pero como los perros del jardinero parecieran provocarle ladrando desde abajo, contestó con un aullido sordo y prolongado, ladrando después furiosamente cuando los primeros hombres que habían franqueado el muro pasaron por delante de la torre. El centinela preguntó al montero que á quién ladraba su perro, y si había ocurrido alguna novedad, á lo cual contestó aquél que las hachas de los guardias y el sonido de la campanilla habrían irritado al animal. Esta contestación reanimó á los hombres de Arato, los cuales no dudaron de que el montero estaba en inteligencia con su jefe y que muchos habitantes favorecían su empresa. Cuando todo el ejército quiso subir, corrió un nuevo peligro, pues las escalas se doblaron bajo el peso de tantos hombres y fué necesario subir lentamente unos después de otros. Sin embargo, no había momento que perder; los gallos cantaban ya, y pronto iba á llegar la gente del campo con sus provisiones para el mercado.

Cuando hubo unos cuarenta soldados en la muralla, Arato subió á su vez, esperó aún á varios de los que estaban abajo, y después corrió al palacio del tirano, atacando tan bruscamente á los guardias, sorprendidos en medio de su sueño, que los cogió á todos. Acto continuo envió un recado urgente á los amigos que tenía en la ciudad para que fueran á reunirse con él, y como el día comenzaba á despuntar, el teatro se llenó de una multitud considerable que no sabía nada aún de lo que había pasado. Entonces un heraldo avanzó en medio de la gente y gritó que Arato, hijo de Clinias, llamaba á los ciudadanos á la libertad. Al tener noticia del acontecimiento que hacía tanto tiempo esperaban, corrieron al palacio del tirano y le pegaron fuego. En todo este asunto no resultó ni un muerto ni un herido, pues hasta el mismo Nicocles escapó de su palacio, convertido en un mar de llamas, por un subterráneo. Arato llamó á los que el tirano había proscrito y cuyo número ascendía á ochenta, y á los que estaban desterrados por los otros tiranos, que no eran menos de quinientos. Estos últimos habían andado errantes lejos de su patria durante cerca de cincuenta años; los más volvieron sumidos en la más extremada miseria y tomaron posesión de sus casas, de sus tierras y de todos los bienes que poseían antes de su destierro....» (Plutarco.)

Este relato nos permite ver un lado de la vida política de Grecia: una partida de proscritos volviendo por sorpresa á su patria. La cosa no era rara, y semejante regreso iba seguido comúnmente de expoliaciones motivadas por la reintegración de los desterrados en sus bienes; de modo que otros proscritos abandonaban la ciudad para volver á su vez por fuerza en la primera oportunidad favorable. En esta

ocasión Arato pudo obtener de Ptolomeo un presente de 150 talentos, que empleó en indemnizaciones á los que resultaban perjudicados, evitando de este modo odios y nuevos disturbios (251).

Este servicio de Ptolomeo era interesado: el egipcio veía con disgusto la influencia del rey de Macedonia en Grecia, y para entorpecer sus progresos y tenerle ocupado de continuo sostenía á todos aquellos á quienes consideraba sus enemigos. Arato había aceptado presuroso el apoyo que espontáneamente se le ofrecía.

Los tiempos no eran á propósito para que una ciudad pudiera mantenerse aislada é independiente. Arato vió que Antígono rondaba alrededor de Sicione como alrededor de una presa: este príncipe se había hecho dueño de Atenas después de una guerra ó más bien de un sitio de seis años, que todavía habían sostenido los atenienses (263), y poseía Corinto: Sicione, pues, le convenía. Para salvarla, Arato no vió más recurso que incorporarla á la liga aquea, débil aún, es cierto, pero que por esta reunión llegaba á ser respetable. El territorio de Sicione parecía la continuación del de los aqueos; de modo que nada era más natural que esta alianza, que se efectuó bajo el pie de una igualdad perfecta. Aunque Sicione era mucho más poderosa que ninguna otra ciudad de la liga, como al acceder á entrar en ella lo había hecho con objeto de recibir auxilios, hubo de aceptar condiciones y no imponerlas.

Aquella liga era, después de la confederación olintia (1), la segunda tentativa formal que se hacía en Grecia para garantizar, por la unión política, la seguridad de varios pueblos. He aquí el resumen de la constitución que adoptó, ó por lo menos la que permiten determinar datos insuficientes ó contradictorios facilitados por los antiguos escritores.

La soberanía residía en la asamblea general, donde eran admitidos todos los hombres de treinta años de edad. Esta asamblea acordaba la paz ó la guerra; podía ratificar ó desechar las alianzas; hacía los reglamentos de la confederación, nombraba los magistrados superiores y señalaba la cifra del impuesto y las fuerzas del ejército federal cuando era necesario organizarle. Los sufragios se contaban por ciudad y no por cabeza; de modo que la asamblea era verdaderamente representativa, y no se necesitaba que asistiesen todos los habitantes de cada ciudad, pues bastaba la presencia de un reducido número de individuos para que no se perdiese el voto de su pueblo (2). Sin embargo, estos últimos contaban con los recursos necesarios para ir de un punto á otro á votar lejos, pues eran ciudadanos ricos y acomodados, y de aquí el carácter conservador de aquella democracia. El punto de reunión era al principio Hélice, y después de la destrucción de esta ciudad, Egión, en un bosque consagrado á Júpiter, cerca del santuario Ceres *Panaquea*. Polibio, no obstante, nos presenta la asamblea reunida también en Cleitor, en Sicione, en Corinto y en Megalópolis, atribuyéndose á Filópemenes la proposición, al parecer aceptada, de reunirse alternativamente en cada una de las ciudades de la confederación. Celebrábanse dos sesiones al año, una en la primavera y otra en el otoño; y en los casos graves y urgentes, el magistrado supremo podía convocar la asamblea. Esta no deliberaba nunca sino sobre las cuestiones propuestas por la mayoría de los magistra-

(1) Véase la pág. 69 de este tomo.

(2) Esto explica la frase de Tito Livio: *principes Achaorum* (XXXIII, 22), sin que sea necesario apelar á la hipótesis de Hellwing de que los diputados eran delegados por cada ciudad. La asamblea no tenía el carácter de una reunión de representantes elegidos, puesto que todo ciudadano de treinta años de edad podía ir á ella á votar, según dice Polibio (XXIX, 9, 6); pero cuando llegaban muy pocos de una ciudad, representaban realmente á aquellos de sus conciudadanos que no asistían.

dos, y parece que sus individuos recibían una indemnización, como las fichas de presencia existentes en Atenas (1). Cada sesión duraba tres días.

Los poderes permanentes eran: un senado que dirigía, y cuya composición se ignora, no faltando quien ha puesto en duda hasta su existencia; un consejo de diez *demiurgos*, de doce antes de la ruina de Hélice y de Olenos, lo cual prueba que eran, por lo menos al principio, representantes de las ciudades, puesto que su número variaba al mismo tiempo que el de éstas; y por último, el magistrado supremo ó *estratego*, que primeramente tuvo un colega, y que, depositario del sello de la liga, mandaba las fuerzas militares y convocaba y presidía la asamblea. Los otros magistrados eran el hiparco, el hipostratego (tal vez una sola magistratura bajo dos nombres distintos) y el secretario.

En cuanto al espíritu que animaba á esta alianza, Polibio nos le muestra en el pasaje siguiente:

«Desde antiguo muchos hombres trataron de inducir á los pueblos del Peloponeso á unirse; pero como obraban mucho más en interés propio que en favor de la libertad común, la división duraba siempre. Ahora, por el contrario, la concordia se ha establecido tan felizmente, que entre ellos no hay sólo alianza y amistad sino también las mismas leyes, los mismos pesos y medidas, la misma moneda, iguales magistrados, senadores y jueces; en una palabra, con la diferencia única de que todos los pueblos del Peloponeso no se hallan encerrados en las mismas murallas, todo lo demás es uniforme é igual.»

¿De qué modo llegó á dominar en el Peloponeso el nombre de los aqueos? No fué seguramente por la extensión del país, el número de ciudades, las riquezas ó el valor de los habitantes, pues los aqueos no son superiores por ninguna de esas ventajas á los demás pueblos. La Arcadia y la Laconia, más grandes, están mejor pobladas, y sus habitantes no ceden á ninguno por el valor. ¿De qué proviene, pues, que hoy sea un honor para los arcadios, para Lacedemonia y para todo el Peloponeso haber tomado las leyes de los aqueos y llevar su nombre? Atribuir esto á la fortuna sería locura y ridiculez; más vale buscar la causa de ello, puesto que sin



Ptolomeo Filadelfo y Arsinoé  
(mitad del verdadero tamaño) (2)

(1) Polibio, tomo XXII, 10, 3.

(2) Camafeo del museo del Ermitage de San Petersburgo. Este camafeo fué regalado por la emperatriz Josefina al emperador de Rusia, Alejandro I, en recuerdo de una visita que este príncipe le hizo en la Malmaison, en 1814. En él se reconocen generalmente, según Visconti (*Iconografía griega*, lám. LIII, n.º 3 y pág. 209), los retratos de Ptolomeo Filadelfo y de una de sus mujeres, llamadas ambas Arsinoé; pero esta suposición no es absolutamente cierta. Véase un artículo de Chabouillet en la *Gaceta arqueológica* de 1885, pág. 397.

causa no se hace nada bueno ni malo. Esta causa es, á mi modo de ver, que no hay república en que la igualdad, la libertad ó, en una palabra, la más perfecta democracia se hallen en estado de mayor pureza que en la de los aqueos. Entre los pueblos del Peloponeso de que esa república se compone, algunos se presentaron al principio espontáneamente; otros, en mayor número, necesitaron que se les hiciera ver el interés que ofrecía formar parte de ella; fué preciso apelar á la violencia para atraer á otros, que muy pronto estuvieron satisfechos de que á ello se les hubiera obligado, pues los antiguos ciudadanos no tenían privilegio alguno sobre los que se asociaron más recientemente. Todo era igual, tanto para unos como para otros, y por eso la república llegó al punto á que aspiraba por dos poderosos medios, es decir, por la igualdad y la dulzura. A estas dos cosas deben los peloponesios esa perfecta unión, que constituye la felicidad de que les vemos disfrutar al presente.»

De este modo Grecia hallaba en sus últimos días lo que no había tenido nunca: la igualdad y la unión entre las ciudades. Por desgracia, era demasiado tarde; había igualdad porque ya no existía pueblo fuerte; había unión porque ya no se encontraba en ninguna parte más que debilidad.

Hay una cuestión que ni Polibio ni ningún historiador de la antigüedad han resuelto, y es la de las relaciones que existían entre la confederación y sus miembros. Las ciudades conservaban su administración municipal y cierta libertad de acción, con tal que los intereses generales de la liga no fuesen á ello contrarios. Lo que Polibio nos dice de su régimen interior y uniforme ha suscitado también objeciones. Cada ciudad tenía aún sus dos partidos, democrático y aristocrático; y la entrada en la liga aquea iba sin duda siempre precedida ó seguida, sin la menor intervención directa de los confederados, del triunfo de uno de los dos partidos. Por eso en tiempo de la lucha de Esparta y de Atenas, una revolución interior en un Estado hacía prevalecer la alianza con una ó con otra ciudad, según el partido que venciera. El carácter de la liga aquea y el de sus grandes hombres, todos enemigos de la demagogia y de los déspotas, dos malas potencias que se dan la mano, induce á creer que el partido aristocrático era el que se inclinaba más voluntariamente hacia los aqueos; mientras que el otro buscaba auxilio, por el contrario, en los etolios (1).

Estos últimos formaban una confederación, análoga por varios conceptos á la liga aquea. Sus diversos pueblos ó ciudades tenían una asamblea común, en la cual no se admitía probablemente más que á los hombres de edad avanzada; esta asamblea, llamada *panetolicón*, reuníase todos los años en Thermos durante el equinoccio de otoño, y entonces resolvía sobre la paz ó la guerra y nombraba los magistrados. Además de esta asamblea anual había otra permanente, la de los *apocletes* ó diputados, que formaban un consejo semejante al de los *demiurgos* en la Acaya, aunque más numeroso. El primer magistrado era el *estratego*, comandante de las fuerzas militares, siguiendo después el *hiparco*, el *grammateus* ó secretario, etc. La liga etolia se asociaba ciudades muy lejanas, dejándoles seguramente gran libertad de acción interior; pero ignórase en qué medida. La expresión *συντελεῖν εἰς τὸ Αἰτωλικόν* demuestra solamente que sus aliados, como los de Atenas dos siglos antes, habían enajenado parte de su independencia. Por otra parte, no todos los derechos y los deberes se habían determinado bien, y entre esas ciudades había aún, como en el imperio de Atenas, gran diversidad de condiciones. Algunas tienen una guarnición y un gobernador etolios.

(1) En Opunte, en el año 197, el pueblo llama á los etolios y los ricos los expulsan (Tito Livio, XXXII, 32); en Cíos, en Bitinia, el pueblo domina, y la ciudad se halla bajo la influencia de los etolios (Polibio, XV, 21 á 23).

Los etolios eran, como los aqueos, un pueblo nuevo, por lo menos en el sentido de que no había agotado aún su savia. Por su posición, excéntrica hacia la frontera occidental de Grecia, en medio de montañas, cerca de tribus bárbaras, habían conservado rudas costumbres é inclinaciones de bandolerismo, extinguidas ya en el resto de la Hélade hacia siglos. Habiendo caído las antiguas dominadoras de Grecia, Esparta, Atenas y Tebas, y eclipsado entonces el poderío de Macedonia, ocuparon el lugar que hallaron libre. Allí donde estallaba la guerra acudían como aves de rapiña, atraídas por el olor de la sangre, para saquear lo mismo á los amigos que á los enemigos; y cuando se les aconsejaba que renunciasen á esta salvaje costumbre, decían: «Más bien quitaríamos la Etolia de la Etolia que impediríamos á nuestros guerreros arrebatar los despojos de los despojos.» Este era un derecho peor que el de apoderarse de los restos abandonados, y ejercieronlo hasta en el corazón del Peloponeso, de la Tesalia y de Epiro. En 218 su estratego Dorimaco saqueará el más famoso santuario de Grecia después de Delfos, el templo de Dodona, que no se repondrá nunca de este desastre. Una inscripción se refiere á la existencia de un tribunal de presas que funcionaba entre ellos.

El retrato que Polibio traza de ese pueblo no es lisonjero; pero el sabio Polibio era aqueo y del partido de los grandes, es decir, mortal enemigo de los etolios, que se apoyaban en el partido popular al que debieron su fortuna. Se puede creer, por lo tanto, que sin calumniarlos, los ha pintado más repugnantes de lo que eran. Tenían una cualidad que en aquel tiempo no era común en Grecia: la de no rehusar jamás á la patria los servicios que pedía; osaron resistir á los galos, á Macedonia y á los romanos, y supieron ser poderosos. La liga etolia, más sólidamente organizada que ninguna otra de Grecia, subordinaba las ciudades á la asamblea general, y por lo tanto mantenía á los confederados unidos por el más estrecho lazo. De aquí resultó para ella mucha influencia en el exterior, porque su acción fué más enérgica y sus planes mejor ejecutados. Sus confederados eran numerosos; habíalos en el Peloponeso y hasta en las costas de Tracia y del Asia Menor, como Lisimaquia, Calcedonia y Cíos; y en la Grecia central tenían las Termópilas, la Lócrida, la Fócida y el Sur de Tesalia. Pero esta fuerza, en vez de favorecer la libertad de Grecia, se volverá contra ella, porque no era posible que la liga etolia, con sus principios de gobierno y sus reglas de conducta llegara á ser jamás el eje de una confederación general. Lo que Esparta había sido para el Peloponeso, Etolia lo era en sentido contrario para toda la Grecia, es decir, una amenaza continua. Para completar la semejanza, el estratego Escopas querrá, como Cleomenes, el rey revolucionario de la nueva Lacedemonia, abolir las deudas y establecer leyes favorables á los pobres. Por temor á Esparta, Arato entregará el Peloponeso á los macedonios, y apenas Filipo se haya declarado enemigo de Roma, ésta tendrá sus más útiles auxiliares en los etolios, que le abrirán las puertas de la Grecia central y asegurarán, quizás, con su numerosa caballería la victoria de Flaminio en Cinoscéfalos (1).

Entre los aqueos, las costumbres públicas eran mejores, y sus jefes, Arato, Filopémenes y Licortas, padre de Polibio, quisieron verdaderamente la salvación de Grecia; pero en vez de buscarla, como Atenas, Esparta y Macedonia, en una dominación violenta, esperaban obtenerla en una confederación cuyo principio fuese el de las antiguas anficionías helénicas: la igualdad de todos los pueblos asociados. La liga aquea, que aseguraba á cada uno de sus miembros los mismos derechos, que respetaba la individualidad de los pueblos, llamándolos, no obstante, para

(1) Su país, árido y montañoso, no se prestaba á la cría caballar; pero las fértiles llanuras que descendían al mar alimentaban una raza excelente (Tito Livio, XXXIII, 7).

obrar en común, debía organizar, al parecer, una Grecia unida, fuerte y temible como no lo había sido nunca. Veamos ahora cuál fué en realidad su importancia histórica.

## II. - TRIUNFOS DE LOS AQUEOS. - AGIS, REY DE ESPARTA

Antes de entrar en la liga aquea, Sicione se vió amenazada por los etolios. Arato, que en 246 llegó á ser, á la edad de veintiséis años, estratego de la confederación, volvió las armas contra sus turbulentos adversarios y fué en auxilio de Beocia, á la cual atacaban; pero llegó demasiado tarde, pues los beocios acababan de ser vencidos en Queronea. «Abatidos por aquella derrota, dice Polibio, ya no osaron desde aquel tiempo emprender nada para recobrar su antiguo poderío, ni unirse por decreto público á los demás griegos en cualquiera expedición que se les propusiera. No pensaron más que en beber y comer, é hicieronlo con tal exceso, que perdieron el valor y la fuerza (1).»

Este envilecimiento de la población beocia entregaba la Grecia central á los etolios, y se podía temer que éstos penetrasen ahora en el Peloponeso, cuya llave poseía desde 244 Antígono, que era su aliado. Arato, estratego por segunda vez en 243, apoderóse del Acrocorinto por un golpe de mano semejante al que le permitió apoderarse de Sicione; devolvió á los corintios las llaves de su ciudad, que no habían tenido desde el tiempo de Filipo, y les hizo entrar en la liga, como también á Megara, Trezena y Epidauró. Para separar á los atenienses del rey de Macedonia, envióles sin rescate algunos de sus conciudadanos que tenía prisioneros; desvaneció, por último, las sospechas que Antígono había conseguido despertar contra él en el ánimo del rey de Egipto, y decidió á los aqueos á nombrar á Ptolomeo Evergetes generalísimo de mar y tierra, creyendo que este príncipe se vería obligado á honrar el título que se le daba, proporcionando algún útil auxilio, quitando, por otra parte, todo peligro á este protectorado. Arato, en efecto, siguió siendo el verdadero jefe de la liga. «Como la ley no permitía elegirle estratego todos los años, nombrábanle para este cargo un año sí y otro no; mas por la influencia que ejercía, sus funciones eran perpetuas en el gobierno.»

Continuó su guerra contra la demagogia y los tiranos, contra los cuales se había excitado tal odio, que el sabio y moderado Polibio escribía: «Su nombre solo comprende todos los crímenes de que la naturaleza humana es capaz;» y hasta osaba decir: «El asesinato de un tirano es un título de gloria» (2). Argos tenía entonces uno, Aristipos, verdadero ejemplo de la tiranía recelosa: este hombre, rodeado de sus satélites durante el día, encerrábase de noche en una cámara alta, á la cual subía por una escalera que se retiraba al punto, y en la que entraba por una trampa, colocando después sobre ésta su lecho. Ya se comprenderá lo cruel que debía ser el hombre que vivía así poseído de recelos y temor; pero tal era la apática indiferencia de los argivos, que no hacían nada para sacudir aquel yugo insoportable. Arato renovó contra Aristipos las tentativas que había hecho ya contra Aristomacos, su predecesor; por sorpresa subió hasta los muros de Argos, y el menor auxilio de los habitantes le habría dado la victoria; pero éstos dejaron que el tirano atacase por todas partes á los aqueos, cual si asistiesen como espectadores indife-

(1) XX, 4.

(2) II, 59 y 56. En otro lugar (VII, 8) se extraña mucho de que Hierón haya subido al poder en Siracusa sin desterrar ni dar muerte á ningún ciudadano. «De todo cuanto se puede ver, dice, este es el hecho más asombroso.»

rentes á los juegos nemeos y fueran jueces del combate. Este descalabro decidió á Arato á empeñar la batalla fuera de la ciudad; pero en campo raso perdía su seguridad, así es que fué vencido dos veces. Sin embargo, en un tercer encuentro batió á Aristipos y dióle muerte. Por desgracia, su fin no puso término al punto á la tiranía, pues el tirano tuvo un sucesor, Aristomacos el joven.

Lo que Arato intentaba en Argos, proponíase ejecutarlo en todas partes: rodeó de tantos peligros la existencia de los tiranos, que uno de ellos, Lydiades, dueño de Megalópolis, prefirió abdicar antes que vivir en medio de aquellas continuas alarmas, é invitando á Arato á que fuese á su encuentro, hizo ante él renuncia del poder y obligó á Megalópolis á tomar parte en la liga de los aqueos, que para compensarle de aquel sacrificio nombráronle estratego. Poco faltó para que hubieran de arrepentirse de su determinación, pues Lydiades demostró en la liga una enojosa ambición poniéndose en antagonismo con Arato y promoviendo sin utilidad ninguna un rompimiento con Esparta, que, sin embargo, fué vencida en una nueva batalla de Mantinea (243). Durante seis años alternaron en el mando, y hasta que hubo transcurrido este tiempo no se reconoció todo cuanto había de personal en las miras de Lydiades, volviendo entonces Arato á recobrar un ascendiente decisivo.

Nada más prudente que guardar consideraciones á Esparta, y bien se vió esto cuando los etolios se presentaron en el istmo de Corinto en el año 238. Agis, con tropas lacedemonias, fué á reunirse con los aqueos y quiso empeñar la batalla; pero habiéndose opuesto Arato, el rey, irritado, se retiró, quedando el paso libre para los etolios. Arato reparó por lo menos gloriosamente su falta, matándoles en una sorpresa setecientos hombres.

Antígono Gonatas había muerto en 239, dejando el trono á su hijo Demetrio II. El nuevo príncipe, dueño de Atica y de la Fócida, quería también la Beocia, que separaba estas dos provincias, y se la tomó á los etolios, obligándolos á volver así al partido de los aqueos. Este fué el momento más brillante de la liga: aliada ahora de Esparta y de Etolia, contando con Corinto y Megalópolis y sustraída á toda influencia peligrosa, llegaba á ser el centro alrededor del cual se agrupaban los enemigos de Macedonia. Sus progresos continuaron, y á pesar de los esfuerzos de Demetrio, Aristomacos el joven se vió reducido á imitar á Lydiades, consiguiendo, mediante cincuenta talentos, que Argos ingresara en la liga, en recompensa de lo cual se le eligió estratego al año siguiente. Xenón, tirano de Hernione, y Clonymos, tirano de Flionte, hicieron lo mismo. La muerte de Demetrio II, en 233, señala según Polibio el momento en que todos los jefes secundarios del Peloponeso, privados de su protector, sucumbieron. La mayor parte de las ciudades arcadias se adhirieron entonces á la liga; Atenas expulsó, con el auxilio de Arato, á su guarnición macedónica, y Egina consiguió que se la admitiese como miembro de la confederación. Las discordias que agitaban la Macedonia bajo la regencia de Antígono Dosón (1), hermano de Demetrio y tutor de su sobrino Filipo, cuyo lugar ocupó; las defecciones que hubo de combatir en todas las fronteras, y sus empresas fuera de Grecia hasta la Caria permitieron que predominase algún tiempo la influencia aquea casi sin oposición.

De este modo, hacia el año 229 los aqueos contaban como aliados ó individuos de su liga (2): en la Grecia central, Atica, Megara y Etolia, y en el Peloponeso, Esparta, Corinto, Sicione, Argos y la mayor parte de la Arcadia. Esta concen-

(1) *Ἀντίγονος*, apellidado *Δωσών* porque prometía, pero no daba siempre.

(2) Se han confundido con frecuencia estas dos condiciones muy distintas. Así, por ejemplo, Atenas, los etolios y Esparta eran aliados, pero no individuos de la liga; y de aquí las consecuencias forzadas que se han deducido sobre el poderío de los aqueos.

tracción de fuerzas de Grecia, este progreso hacia una unión voluntaria de la mayoría de las ciudades, eran necesarios para salvar la independencia, siempre amenazada por Macedonia; pero ¡cuánto más aún para conjurar la tempestad que ya se formaba en el Occidente! En aquel mismo año 229, los romanos, alegando frívolos pretextos, sentaban el pie en Iliria. Si los griegos hubiesen podido leer en el porvenir ¡qué esfuerzos no hubieran hecho para mantener la concordia que parecía establecerse! Lejos de ello, entonces fué cuando se dividieron para siempre.

Hubiera sido saludable para Grecia que en aquella época se hubiese extinguido la vida en todas partes excepto en la liga, pues bajo esta forma política se habría abrigado entonces toda la nacionalidad helénica, excepto Macedonia; pero los etolios vivían aún, y Esparta resucitó un instante.

Lo que se llamaba la constitución de Licurgo no era más que un recuerdo. Aquel edificio artificial que tenía por base al principio la igualdad de las fortunas, por efecto de la repartición de tierras en un número fijo de lotes, se había derrumbado. La guerra, que segaba las filas de los espartanos, y la ley del éforo Epitadeos, que permitía á cada cual disponer de sus bienes, habían producido el singular resultado de que las mujeres y un reducido número de ciudadanos acaparasen todas las fortunas. Bajo el reinado de Agis IV, Lacedemonia no contaba más de setecientos espartanos de los cuales apenas ciento poseían tierras; y en tiempo de Aristóteles, las dos terceras partes del territorio se hallaban en poder de las mujeres (1).

No teniendo ya la multitud los recursos necesarios para cumplir las obligaciones que consigo llevaban los derechos políticos, no podía tomar parte en ningún asunto, y de aquí resultaba que todo el gobierno estaba en manos de algunos ricos. Esta degradación tenía dos consecuencias funestas: los pobres, objeto de desprecio, eran muy malos soldados en campaña, y en la ciudad conspiradores que espiaban sin cesar la ocasión de trastornar el Estado. Las costumbres, como se comprenderá, habían cambiado también. El rey Areo y su hijo Acrotatos introdujeron abiertamente en Esparta el lujo de las cortes orientales, y Esparta no fué ya Esparta, sino una ciudad como otras muchas, entregada á la molicie y á la ociosidad y corrompida, mezcla odiosa de extremada riqueza y de excesiva miseria. Platón pretende que encerraba más oro y plata que toda la Grecia entera; así es que todo se vendía en ella, los cargos públicos y la justicia.

Distinguíase, sin embargo, por cierta tradición heroica y guerrera que más de una vez la salvó primero de Demetrio, y después de Pirro, y que se manifestaba hasta en el exterior por las expediciones de Cleonimos en la Gran Grecia, en favor de los tarentinos, de Areo en Creta y en Etolia, contra los macedonios, y de Xantipo en África, en auxilio de Cartago. Y esto, cosa extraña, en la época misma en que se dejaba arrebatar, en su propio territorio, cincuenta mil esclavos de que los etolios se apoderaron: doble indicio de un espíritu militar terrible aún, por lo menos en algunos jefes; pero también de la pérdida del sentimiento nacional. Los espartanos se prestaban á ganar oro como aventureros, sirviendo á los extraños y abandonando la patria. Un Euristénidas, Agis IV, que llegó á ser rey en 244 á la edad de veinte años, creyó posible regenerar á Esparta, haciéndola adoptar las instituciones y costumbres de los antiguos tiempos. Quería comenzar por hacer de nuevo una repartición de las tierras; pero esto era atacar desde un principio la cuestión más peligrosa, porque se trataba de desposeer á los unos en beneficio de los otros. La mayor parte de los ricos, acostumbrados al lujo y enemigos de toda

(1) Sobre la mala constitución de Esparta véase Aristóteles, *Política*, II, 7, y la pág. 50 de este tomo.

innovación, sobre todo sus mujeres, atemorizadas al solo recuerdo del severo género de vida que las primitivas costumbres impusieron, formaban el partido contrario á la reforma, á cuyo frente se puso un Euripóntida, el rey Leónidas, colega de Agis, que había pasado una parte de su vida en las cortes asiáticas y enseñado á sus conciudadanos nuevos refinamientos. Agis, con quien estaban los pobres y los ambiciosos, pero también algunos jóvenes que, con la generosidad propia de sus años, veían en aquellas reformas el bien de la patria, conquistó para su causa á su madre Agesistrata y á su abuela Arquidamia, las dos mujeres más ricas de la ciudad; y él mismo, educado por ellas en el lujo, dueño de vastas propiedades y de un tesoro de seiscientos talentos, renunció á sus costumbres, vistió el traje de los antiguos espartanos, adoptando sus usos, y declaró que llevaba sus bienes al fondo común. Su madre y su abuela se asociaron á este espíritu de sacrificio.

El plan propuesto por Agis era el siguiente: abolición de las deudas; distribución de la Laconia entera en diez y nueve mil quinientos lotes, de los cuales quince mil serían para los laconios en estado de tomar las armas y cuatro mil quinientos para los espartanos; formación de un cuerpo de cuatro mil quinientos ciudadanos, mediante la agregación á los seiscientos del número suficiente de vecinos ó extranjeros que hubiesen recibido una educación liberal y fueran jóvenes aún y bien formados; y por último, restablecimiento de la disciplina consagrada por el nombre de Licurgo. Para conseguir la aprobación de este proyecto, quiso proceder desde luego por las vías legales, presentándolo al senado; pero Leónidas objetó que Licurgo no había hecho nada semejante, pues no había abolido las deudas, ni comprendido á los extranjeros entre los espartanos. Agis replicó que si el legislador venerado no abolió las deudas, tampoco permitió contraerlas, puesto que suprimió el dinero; y añadió que Leónidas era inoportuno al mostrarse tan exclusivo respecto á los extranjeros, desde el momento en que él mismo se había casado con una asiática. El proyecto fué desechado, aunque solamente por un voto de mayoría, y fué preciso apelar á otros medios. Los tres principales personajes del partido de Agis eran: Agesilao, su tío materno, hábil orador; Lisandro, descendiente del vencedor de Atenas, dotado de cualidades semejantes á las de su antecesor; y por último, Mandróclidas, espartano de mucho renombre por su destreza. Se convino entre ellos deshacerse por lo pronto de Leónidas; Agis se cuidó de que eligieran á Lisandro éforo en aquel año; y en calidad de tal puso en vigor una antigua ley que prohibía á todo heráclida casarse con una extranjera, y aun consideraba como crimen capital el que residiera fuera de Laconia, según lo había hecho Leónidas. Este último fué depuesto por aquella doble falta, y se le substituyó por su yerno Cleombroto.

Al año siguiente, el éforado se le escapó á Agis; sus enemigos llenaron todas las plazas vacantes, y acusaron á Lisandro de haber adoptado medidas ilegales. Agis resolvió obrar en sentido revolucionario, y acusando á los éforos de excederse de sus primitivas atribuciones, que se limitaban á intervenir cuando los reyes no estaban de acuerdo, los expulsó y substituyólos con nuevos éforos, entre los cuales se contaba Agesilao. Se armó á los jóvenes, púsose en libertad á los prisioneros y Agis quedó dueño absoluto sin que se hubiese vertido una gota de sangre. Aquel era el momento de realizar las reformas; pero desgraciadamente, entre los tres consejeros de Agis había uno que sólo trabajaba por cuenta propia. Agesilao tenía á la vez muchas tierras y numerosas deudas; quería librarse de éstas y conservar aquéllas, y por especiosas razones persuadió á Agis de que convenía comenzar por la abolición de las deudas: todos los títulos de créditos formaron un montón en la plaza pública y fueron quemados á presencia de la multitud. Agesilao declaraba, en medio de su alborozo, que no había visto nunca un fuego más claro y más puro. Después, cuan-

do se tocó la cuestión de distribuir las tierras, Agesilao halló expediente para diferir la ejecución del proyecto. Los asuntos siguieron su curso lentamente hasta el instante en que los atenienses, atacados por los etolios, en 238, pidieron socorro á los espartanos. Agis marchó al istmo; y mientras iba á que todos los países por donde atravesaba admiraran su sencillez, su valor y la disciplina de sus soldados, Agesilao desacreditaba el partido por sus desórdenes y su escandalosa tiranía. La multitud pobre, que lo había esperado todo de las reformas, creyó haber sido engañada; los partidarios de Leónidas recobraron la ventaja, y cuando Agis volvió, una revolución había repuesto á su rival. Para librarse del peligro, refugióse en un templo con Cleombroto, el cual fué salvado por su mujer, hija de Leónidas; pero Agis, atraído traidoramente fuera del santuario y obligado á comparecer ante un tribunal extraordinario, fué condenado á muerte después de negarse á desaprobar su generosa tentativa. Conducido á la prisión, se le extranguló, aplicándose sobre su cadáver el mismo suplicio á su madre y á su abuela.

Este acto de crueldad fué seguido de un período de terror, durante el cual, por primera vez, no hubo en Esparta más que un rey, Leónidas; pero del seno mismo de su familia salió un enemigo. El alma de Agis pareció entrar en su casa con Agiatis, esposa de ese desgraciado príncipe, á quien Leónidas perdonó en gracia á su gran fortuna y á la que dió por esposa á su joven hijo Cleomenes.

### III. — CLEOMENES. — TRIUNFO DE LOS ETOLIOS, ALIANZA DE LOS AQUEOS CON FILIPO DE MACEDONIA. — BATALLA DE SELASIA (222)

Cleomenes tenía un carácter ardiente y hallábase en esa edad en que todo se quiere con arrebato, el mal, si una naturaleza perezosa impulsa al hombre á practicarle, ó el bien, si una mano querida ó respetada le muestra. El joven escuchaba con avidez los relatos de Agiatis sobre los designios y virtudes de su primer esposo; se enardecía y sentíase poseído de indignación al ver cómo y por qué había caído el joven mártir, cómo la victoria de su padre había sido la señal para que se restableciera la tiranía oligárquica, y cómo los grandes, entregados á la corrupción y á la molicie, con menosprecio de las antiguas instituciones, habían olvidado toda virtud y todo patriotismo. Un filósofo estoico, Esferos de Olbia, discípulo de Cleanto, el último de los grandes hombres de Atenas (1), se había establecido entonces en Esparta, donde, según parece, había penetrado con las nuevas costumbres la filosofía. Cleomenes siguió sus lecciones, y en la enseñanza austera de la escuela del deber halló sin duda nuevos estímulos para las ideas que ya germinaban en su mente, y acaso ese vivo deseo de practicar el bien, esa violencia de virtud, si se nos permite decirlo así, y ese olvido de las condiciones verdaderas del hombre y de la sociedad que caracterizan la noble doctrina de Zenón. El estoicismo comprende mal el hombre, del cual exagera ciertas virtudes hasta convertirlas en defectos; Cleomenes comprendió mal su época, y su impaciencia por practicar el bien le inspiró medidas culpables que todo lo destruyeron (2). Aclamado rey en 236, continuó los proyectos de Agis, pero con la idea de que una reforma tan hostil á poderosos intereses no tendría buen resultado hasta el día en que hubiera un ejército capaz de imponerla. Para obtener este ejército necesitaba una guerra,

(1) Vivió allí, si es que no nació en ella. Sobre Cleanto y su magnífico himno á Júpiter, véase la *Historia de los Romanos*.

(2) Por ejemplo, el asesinato de los éforos y el de un pretendiente al trono, Arquidamos, de que Polibio le acusa (V, 37).

trunfos, gloria. Agis había querido reformar el Estado para reorganizar el ejército y devolver á Esparta su poderío, y Cleomenes siguió la misma senda, pero por el otro extremo. Propúsose realzar el imperio á fin de corregir después la constitución. Si se pudiera comparar á Esparta con Roma, y á un falso héroe con un grande hombre, diríamos que Agis hizo lo que los Gracos y pereció como ellos, mientras que Cleomenes intentó lo que César hizo con buen éxito y estuvo á punto de conseguirlo como él.

Pero la gloriosa guerra que Cleomenes necesitaba, no podía hallarse sino en una tentativa para devolver á Lacedemonia la supremacía, y esta empresa debía conducirle forzosamente á una lucha contra la liga aquea. ¡Necesidad fatal, porque esa rivalidad iba á desvanecer la última esperanza de Grecia!

Los etolios impulsaron este rompimiento. Tranquilizados por parte de Macedonia á causa de los disturbios que habían ocurrido á la muerte de Demetrio, vieron con envidia los rápidos progresos de los aqueos. Tres ciudades arcadias, Tegea, Orcomenes y Mantinea, anteriormente asociadas á la confederación de los aqueos, separáronse de ella para unirse con Esparta; y lejos de ofenderse por esta defección, los Estados la confirmaron, porque veían en ella la oportunidad de un conflicto inevitable entre Lacedemonia y los aqueos. Esparta tenía á la verdad, por otra parte, algunos resentimientos, y podía recordar ciertos agravios: Megalópolis, la fortaleza armada por Epaminondas contra Laconia, había sido admitida en la liga; y ya hemos visto que Lydiades manifestó sentimientos hostiles á Lacedemonia, y aunque Arato impidió que prevalecieran, Esparta podía considerarse amenazada, además de que se creyó ó quiso creer que Arato meditaba una sorpresa contra Tegea y Orcomenes. Para conjurar este especioso peligro, Cleomenes levantó de nuevo en el territorio megalopolitano un fuerte que dominaba una de las entradas de Laconia.

La asamblea de los aqueos rompió al punto con Esparta y con Etolia. «Les pareció hermoso, dice Polibio, no deber la defensa de sus ciudades y de su país sino á ellos mismos, y no implorar el auxilio de nadie.» Aristomacos, estratego entonces, entró en campaña con veintiún mil hombres, atacando desde luego la Arcadia espartana, que el rey, enviado por los éforos, fué á defender con cinco mil soldados (227). Cleomenes se mostró general enérgico y hábil; batió vergonzosamente á los aqueos, y al año siguiente, hallándose cerca del monte Liceo, alcanzó una victoria sobre Arato, que emprendió la fuga, y otra cerca de Megalópolis sobre Lydiades, que pereció en el combate. Había tenido cuidado de llevar consigo á los que en Esparta le eran más hostiles, y después de haberlos fatigado intencionadamente con numerosas marchas, concedióles el reposo que pedían á gritos. En aquel momento separóse de ellos como para acometer otra empresa, y con sus mercenarios marchó sobre Esparta, sorprendió á los éforos y los hizo asesinar; uno solo, á quien dejaron por muerto, pudo refugiarse en un santuario, siendo más tarde desterrado con ochenta partidarios de la oligarquía. Después de esto, decretó la comunidad de todos los bienes, comenzando por los suyos, los de su suegro y los de sus amigos; completó el número de ciudadanos, llamando á los habitantes de los países próximos, con los que formó un cuerpo de cinco mil infantes armados de largas picas en vez de dardos; repartió entre ellos todas las tierras, y reservó porciones hasta para los proscritos, á quienes prometió llamar apenas lo permitiesen las circunstancias: de este modo armonizaba la justicia y la humanidad con la extremada energía de sus medidas. Puso de nuevo en vigor, según las antiguas leyes, la disciplina, la educación, las comidas públicas, los ejercicios y las demás costumbres, dando él mismo el ejemplo. La monarquía fué también restablecida con sus

derechos primitivos, usurpados por los éforos; y para conformarse en un todo con las antiguas instituciones, dispuso que se nombrara otro rey; pero en vez de elegirle entre la familia de los Próclidas, designó á su hermano Euclidas (226).

Se presenta á Cleomenes como un ambicioso: ciertamente lo fué; pero tuvo la ambición elevada que desea el poder, menos por las riquezas ó los placeres que produce, que por las grandes cosas que permite hacer. Ante todo quería regenerar el Estado. Teniendo sólo en cuenta la prosperidad de los espartanos, no podía realizarse más noble empresa; pero desgraciadamente, este punto de vista era bastante limitado. Esparta, extraña hacía largo tiempo á los asuntos generales de la Hélade, no comprendió que en lo sucesivo, y para la salvación de todos, el interés griego debía anteponerse al de Lacedemonia. A nuevas épocas era precisa una nueva organización: el deber de hacerse aqueos se imponía á todos. Con la Macedonia suspendida siempre sobre la cabeza de los griegos; entre el Asia, perteneciente á los Seléucidas, y la Italia, reunida bajo los romanos, solamente había esperanza en la unión.

Tres potencias querían constituirse en centro sobre el cual se apoyase todo el país: la Etolia, que no conducía á nada, y nada podía fundar; Esparta, que deseaba súbditos, y la liga aquea, que solamente pedía ciudadanos. Para la solución del problema, la liga era la que ofrecía mejores condiciones. ¿Debía consentir, si no era por lo pronto la más fuerte, en ir á perderse en el nuevo Estado espartano? Así se dice, pero al decir esto se olvida el carácter que Esparta acababa de tomar, que era el de una ciudad revolucionaria, en la que todas las pasiones del pobre contra el rico se habían desencadenado y satisfecho, ejemplo contagioso que se transmitía á las ciudades inmediatas. En todo el Peloponeso, los pobres esperaban de Cleomenes la abolición de las deudas y un reparto de tierras, es decir, el trastorno social. Arato y los aqueos, poseídos de espanto, arrojáronse en brazos de la Macedonia, solicitando que les ayudase á extinguir aquel volcán, que amenazaba extenderse á su alrededor; y en ello no hubo envidia por parte de Arato contra Cleomenes, sino terror de una sociedad pacífica ante una revolución radical, que necesaria tal vez y por ende legítima en Esparta (1), no lo era para las ciudades constituídas según otros principios.

Cleomenes deseaba mostrar cuanto antes la fuerza que Esparta había recobrado; penetró en la Arcadia, separó á Mantinea de la alianza, batió á los aqueos en Hecatombeón, en la misma Acaya (224), y al año siguiente apoderóse de Argos y de toda la Argólida. En Corinto y en Sicione los pobres se agitaban; Arato acudió allí, ordenando en la primera de estas ciudades varias ejecuciones y faltando poco en la otra para que le mataran. Corinto se entregó á Cleomenes, que bloqueó al punto la ciudadela; Arato, por su parte, llamó á Antígono, y el rey de Macedonia fué declarado generalísimo de las fuerzas de mar y tierra de la liga, con un poder absoluto, cargo que sólo quiso aceptar mediante la condición de que se le diera por recompensa la ciudadela de Corinto, imitando en esto al cazador de Esopo, que embriódó el caballo antes de montarle.

Al acercarse Antígono, Cleomenes se apostó en el istmo, y entre el Acrocorinto y el muro mandó abrir un foso para cerrar el paso á los macedonios; pero á sus espaldas, los grandes, á quienes no había desterrado, sublevaron á Argos, obligándole la pérdida de esta ciudad á abandonar sus posiciones. Antígono, hallando el paso libre, entró en Corinto, donde puso guarnición, y de allí pasó á la Arcadia,

(1) Se debe exceptuar, por supuesto, de esta legitimidad el empleo de medios tales como el asesinato de los éforos.

apoderándose de Tegea, Orcomenes y Mantinea, que los aqueos, conducidos por Arato, saquearon por completo (223) (1).

Mientras Antígono se retiraba á Egina para pasar allí el invierno, Cleomenes, que sin tener en cuenta la estación volvía á emprender la campaña, sorprendió á Megalópolis, bien que no pudo haber de ella más que las murallas, gracias á Filopémenes, cuyo nombre encontramos entonces por primera vez, y que con su desesperada resistencia en las calles y en las casas, dió tiempo á las mujeres, á los niños y á los habitantes desarmados para huir hasta Mesena, donde él mismo se retiró con los hombres válidos. Cleomenes los llamó á su ciudad y á su alianza, mas viendo que no acudían á su llamamiento, vengóse en las murallas y en los edificios, ordenando su destrucción. Los aqueos celebraban entonces consejo en Egión; Arato comparece, se le interroga, comienza á llorar y se cubre el rostro con su clámide; pero se le insta á que conteste y al fin habla. «Megalópolis, dice, acaba de ser destruída por Cleomenes.» Gracias á Filopémenes, reconocióse que el desastre no era tan fatal como se había creído al principio, pues si la gran ciudad se había convertido en ruinas, los megalopolitanos estaban armados y tenían verdadera sed de venganza, que pronto iban á saciar.

Para sostener aquella tremenda lucha, Cleomenes se había visto obligado á utilizar los últimos recursos, concediendo la libertad á los ilotas, solicitando á Ptolomeo, que desde la unión de Antígono con los aqueos se había declarado favorable á Esparta, y dejándole en rehenes su familia á cambio de socorros, que no obtuvo ó que fueron insignificantes. Con todo esto sólo consiguió reunir unos veinte mil hombres para la campaña decisiva que iba á comenzar; mientras que Antígono llegó á contar cerca de treinta mil, entre los cuales, además de la falange, de diez mil macedonios, figuraban muchos aliados mercenarios de todos los países, aqueos, megalopolitanos, beocios, epirotas, acarnanios, ilirios, agrianos y galos. Este ejército se dirigió hacia los montes Eva y Olimpo, al Nordeste de Laconia, sobre las orillas del río Enos, donde entre las dos montañas corría un camino que conducía por Selasia á Esparta. Cleomenes había mandado fortificar los pasos por medio de fosos ó empalizadas de árboles, y estaba allí apostado con su ejército; Euclidas, su hermano, se situó sobre el Eva, mientras que él en persona fué á ocupar las vertientes del Olimpo. Sus posiciones eran tan formidables que Antígono vaciló algunos días en atacar, pero decidióse al fin á ello. La acción fué larga y sangrienta; por ambas partes los generales eran hábiles y los soldados valerosos; pero dos movimientos fueron decisivos en favor de los macedonios. Las tropas destacadas contra Euclidas eran rechazadas ya en desorden, cuando una carga dirigida por el joven Filopémenes, á pesar de las órdenes de sus jefes, rompió la línea de los lacedemonios. En el monte Olimpo, Cleomenes, resistía todos los asaltos; pero Antígono dobló su falange, que avanzó con las picas bajas, y nada pudo resistirla. Tal es el relato de Polibio; Plutarco habla de la traición de un oficial espartano. Muchos soldados de Cleomenes se dejaron matar en aquel último campo de batalla en la antigua Lacedemonia. Perdida por completo la batalla de Selasia, el rey emprendió la fuga y pudo llegar á Esparta, aunque seguido tan sólo de algunos jinetes; una vez allí, rehusó sentarse y apagar su sed, y con el brazo apoyado contra una columna y la cabeza inclinada, permaneció algún tiempo inmóvil, como perdido en sus tristes reflexiones. Sin embargo, recobrando muy pronto la energía, marchó con sus amigos y trasladóse rápidamente á Githión, en donde se embarcó para Egipto en la nave que se le tenía preparada.

(1) Sobre sus ruinas se elevó una nueva ciudad que se llamó Antigonía.

Ptolomeo Evergetes se sintió dominado al principio por el ascendiente de aquel carácter enérgico; prometió socorros al espartano y señalóle una pensión anual; pero á Evergetes sucedió su hijo Filopator, príncipe miserable, borracho y disoluto, que mandó dar muerte á su madre Berenice y dejó el gobierno á las mujeres. En el entretanto, en Grecia todo cambiaba de aspecto. Después de haber entrado en Lacedemonia, donde se apresuró á restablecer los éforos y resucitar los abusos y todas las causas de ruina y debilidad, Antígono dejó en Orcomenes y Corinto guarniciones que tenían el Peloponeso á su discreción y después dirigióse á Macedonia para rechazar un ataque de los ilirios, y aunque venció á éstos, murió de una hemorragia por habérsele roto una vena en la garganta á causa de los gritos que dió durante el combate. Dejaba el trono á su sobrino Filipo III, de diez y siete años de edad (1). El campo, pues, quedaba libre, y Cleomenes pensó en volver á su patria. Había conservado, en medio de la corrupción de Egipto, las costumbres austeras de un espartano de los antiguos tiempos; y esta conducta, reprensión viviente para el príncipe y sus cortesanos, le hizo odioso, y no costó mucho persuadir al desconfiado Filopator de que aquel proscrito proyectaba una tentativa contra Cirene. En su consecuencia se le encerró con trece de sus amigos en una gran casa aislada, custodiándoseles como los turcos lo hicieron con Carlos XII en Bender; pero Cleomenes, que tiene más de una analogía con este rey aventurero, procedió como él: no pudiendo soportar la cautividad, engañó á sus guardianes y salió armado con sus compañeros, que se diseminaron en Alejandría, lanzando el grito de libertad. Aquel pueblo embrutecido aplaudió, pero nada hizo. Los espartanos mataron al gobernador de la ciudad y á otro cortesano; pero viéndose acorralados muy pronto, se dieron muerte para que no les cogieran vivos. El cuerpo de Cleomenes fué desollado y puesto en cruz. Más tarde se tributaron á sus restos honras expiatorias y los alejandrinos le veneraron como un héroe.

Así pereció el último espartano, llevando consigo á la tumba su patria y la Grecia. Esparta, en efecto, había realmente muerto esta vez; la liga aquea estaba moribunda, y los macedonios, establecidos en el corazón del Peloponeso, iban á facilitar á los romanos un pretexto para intervenir en sus asuntos. La responsabilidad de estas tristes consecuencias recae en Cleomenes, que en vez de marchar hacia adelante retrocedió en seis siglos, proponiéndose realizar el antiguo ideal de Licurgo, cuando hubiera debido arrancar á Esparta de su oligarquía opresora, de su culpable aislamiento y de su inveterado egoísmo, para lanzarla en las vías de su gran nombre. Al ser admitida en la liga aquea, Esparta arrastraba consigo el resto de la península, y el Peloponeso y la Grecia central, fraternalmente unidos, habrían llegado á ser una fortaleza largo tiempo inexpugnable; pero ni Esparta ni Cleomenes consintieron en ir á perderse en aquella asociación, donde todos tenían derechos iguales. Amenazada la liga, ésta se defendió llamando á los macedonios, y todo volvió á quedar sumido en el caos.

Antígono, según se ha visto, no había sobrevivido mucho á su triunfo, y Macedonia, concentrada en sí misma, no parecía temible bajo la dominación de un príncipe de diez y siete años. La situación, pues, volvía á ser lo que era en 229, y los aqueos iban á continuar sin duda sus progresos; pero si se habían librado de Esparta, quedaban los etolios, llenos de envidia y de rencor.

Las dos ligas se miraban con hostilidad y desconfianza á través de su estrecho. Los etolios, incorregibles merodeadores, deseaban que se reprodujesen cuanto an-

(1) Este príncipe fué llamado Filipo V por los historiadores que dieron á Arrhideo el nombre de Filipo III y al hijo de Casandro, que apenas reinó algunos meses, el de Filipo IV.

tes los disturbios, porque después de la batalla de Selasia, y por una especie de convenio tácito, reinaba en Grecia una paz general, que no les convenía.

Como asociada á su liga, los etolios tenían la ciudad de Figalia, situada en las montañas, en la frontera común de la Arcadia y de la Mesenia, á dos horas del mar; y allí enviaron á un hombre codicioso y violento, llamado Dorimacos, bajo pretexto de guardar la ciudad, pero en realidad para vigilar el Peloponeso. Algunos corsarios etolios rondaban por las costas, y apenas veían ocasión de apoderarse de algún botín, no dejaban nunca de hacerlo. Los éforos de Mesena elevaron sus quejas á Dorimacos, que aparentó no comprenderles, porque los piratas le daban su parte de las presas. Siguiéronse nuevos saqueos, y nuevas y más vivas reclamaciones. El etolio, obligado á comparecer ante los magistrados de Mesena, se presentó



Moneda de Egipto atribuida al reinado de Ptolomeo Filadelfo (1)

con la injuria y la amenaza en la boca; contestósele con firmeza, retiróse confuso, y ya no descansó hasta que hubo inducido á los etolios á declarar la guerra á los mesenios; y en efecto, aquéllos rompieron con estos fieles aliados con la esperanza de que aquel territorio, que se había preservado de los males producidos por las últimas guerras, ofrecería á su codicia abundante botín.

Dorimacos y su partidario Escopas, dice Polibio, declararon irregularmente las hostilidades; sin esperar á que se reuniese la asamblea, sin consultar á los magistrados, dieron principio á la campaña y atravesaron, saqueándolo, el territorio aqueo de Patras, Fareas y Tritea. Estas ciudades y los mesenios elevaron sus quejas á la asamblea general; Arato hizo declarar la guerra, y libró contra los etolios, cerca de Megalópolis, la batalla de Cafies, perdida por su culpa. Los vencedores penetraron en la Acaya hasta Pelena, y después de asolar las tierras de Sicione retiráronse por el istmo.

Este triunfo acrecentó su confianza; así es que ampliaron sus correrías de pillaje, «y cuando se les censuraba por ello, ni siquiera se dignaban defenderse, antes al contrario burlábanse de aquellos que les pedían satisfacción de sus actos ó de los que se proponían realizar.... Aristón, su estratego, permanecía tranquilo en su casa, aparentando no saber nada, á la vez que repetía que no había guerra, que la paz era completa.» Desde la intervención de Antígono, los aqueos habían aprendido desgraciadamente á contar con los otros más que con ellos mismos; y ante un nuevo peligro, pensaron otra vez en Macedonia. Despacharon embajadores á Fili-

(1) Cabeza de Júpiter Ammón con diadema, mirando á la derecha; en el reverso: ΒΑΣΙΛΕΥΣ ΠΤΟΛΕΜΑΙΟΥ. Águila en pie vuelta á la izquierda, sobre un rayo. Bronce.

po, á los epirotas, á los beocios, á los focidios y á los acarnanios; decretaron una leva de tropas, á las que los mesenios y los lacedemonios agregaron sus contingentes, y se confió el mando de estas fuerzas á Arato, á quien habían devuelto su confianza después de recibirle con bastante frialdad á su vuelta de Cafies.

Los lacedemonios habían combinado una doble jugada: mientras enviaban tropas á los aqueos, firmaban un tratado secreto con los etolios, preparando en Esparta misma contra la Macedonia un movimiento que estalló en el preciso momento en que Filipo entraba en el Peloponeso. Algunos de los partidarios de éste fueron asesinados; mas al acercarse el rey, los éforos fingieron una hipócrita adhesión. Filipo, prefiriendo no aclarar el asunto, marchó á Corinto, donde había convocado una asamblea de los individuos y aliados de la liga de los aqueos, y en aquel congreso tomó una actitud que recordaba la reserva de Filipo y Alejandro. Haciéndose simple ejecutor de las voluntades de la confederación, dejó al consejo decretar que á todos aquellos que habían sido despojados por los etolios se les restituyera su gobierno, su país y sus ciudades, sin guarnición, sin impuesto y sin más leyes que las de sus padres; que se pusieran de nuevo en vigor los derechos de los anfictiones y que se reintegrara á éstos en la posesión del templo de Delfos, del cual habían querido apoderarse los etolios. Este decreto fué ratificado en la asamblea de Egión, en la que Filipo pronunció un largo discurso que fué muy bien acogido. «Concibiéronse, dice Polibio, grandes esperanzas en su dulzura y en sus sentimientos humanitarios.» Esta conducta se debía á la influencia, muy poderosa entonces, que Arato ejercía sobre él.

Filipo preparó activamente la guerra: los tesalios, los focidios, los beocios, los acarnanios, los eubeos, los mesenios y todos los individuos de la liga prometieronle su auxilio, y también obtuvo el de los ilirios, á quienes los etolios habían arrastrado en otro tiempo á una empresa de pillaje sin darles después participación en el botín. Los etolios contaban para sí con los eleanos, los ambraciotas y los espartanos, que realizando en aquella época la revolución meditada hacía algún tiempo, dieron muerte á los jefes del partido macedónico y nombraron dos reyes. Los partidarios de la independencia habían dejado hasta entonces los tronos vacantes, porque conservaban la esperanza de que Cleomenes volvería; pero la noticia de su muerte les decidió á distribuir el poder real entre Agesópolis, hijo de la familia de los Euristénidas, y Licurgo, «entre cuyos antecesores no se había contado ningún rey: la calidad de sucesor de Hércules y de rey de Esparta no le costó más que tantos talentos como éforos había.» (Polibio.)

«A principios de verano (220), cuando Arato se encargó del mando, hubo guerra en todo el mundo: Aníbal marchaba contra Sagunto; los romanos, conducidos por L. Emilio, fueron enviados á Iliria contra Demetrio de Faros; Antíoco pensaba en la conquista de la Celesiria; Ptolomeo hacía preparativos contra Antíoco; Licurgo, siguiendo las huellas de Cleomenes, sitiaba el Ateneón de los megalopolitanos; los aqueos reunían caballería é infantería extranjeras, para la guerra que les amenazaba por todas partes; Filipo abandonaba su reino á la cabeza de diez mil macedonios pesadamente armados y cinco mil hombres de tropas ligeras; y por último, en aquel mismo tiempo los rodios comenzaban las hostilidades contra Bizancio.» (Polibio.)

Filipo hizo con buen éxito aquella guerra oscura, que no tiene para nosotros ningún interés. A pesar de las repetidas invasiones de los dardanios, que le obligaron á volver á su reino; á pesar de las traiciones de sus ministros Apellas, Leontios, Ptolomeo y Megaleas, que conspiraron contra su vida porque no habían logrado desacreditar á Arato, apoderóse de Termos, la capital misma de los etolios, expul-

só á éstos de la Tesalia y de la Elida, assoló todo el territorio de Laconia y batió dos veces á Licurgo.

El primer Filipo no parecía haber sido tan dueño de Grecia después de Queronea, y el vencedor concebía las mayores esperanzas, puesto que poseía aquel país desde donde Alejandro se lanzó sobre el Oriente. ¿Por qué no saldría él de allí para buscar en el Occidente igual fortuna?

## CAPITULO XXXVI

### ESTADO DE GRECIA ANTES DE LA DOMINACIÓN ROMANA

#### I. — DEBILIDAD GENERAL

Conocidõs son los elementos de fuerza política y moral que Grecia poseía aún, antes de que Macedonia hubiese extendido sobre ella su fría y pesada mano; pero también sabemos cuántas causas de marcada decadencia encerraban aquellas ciudades, más enemigas unas de otras que del extranjero. Veamos ahora lo que Grecia había llegado á ser al cabo de ciento treinta años de aquella dominación, combatida ó tolerada, en el momento de aproximarse nuevos conquistadores.

Ya sabemos que se agotaba en luchas intestinas, como si se empeñase en no tener ni una gota de sangre en las venas cuando llegaran aquellos poderosos enemigos; pero es preciso mirar más de cerca para asegurarse bien de que esta vez Grecia ya no podía ni, por triste que sea decirlo, merecía vivir. Durante los tres cuartos de siglo que siguieron á la muerte de Alejandro, Grecia había sido una presa veinte veces tomada y recobrada, una parte del gran botín que los sucesores se disputaban. Después surgió un hombre, Arato, que había tratado de hacer volver al país en sí, expulsando á los tiranos, y de unirle en fraternal asociación para salvarle.

Pero las instituciones son mecanismos que no valen sino por la fuerza que los pone en juego, y esta fuerza reside en las costumbres públicas. En cuanto á la liga aquea, ya se ha visto el cuadro seductor de su gobierno, trazado por Polibio; en ella se han olvidado las rivalidades intestinas y la decadencia general: era la obra de un hombre, débil y percedera como todo lo que en política no tiene más apoyo que el genio de un legislador ó de un conquistador. Si los espartanos se hubiesen adherido sinceramente á la liga; si los etolios se hubieran mostrado menos enemigos de ésta; si Demetrio y Filipo, en vez de atentar contra la libertad de las ciudades griegas las hubiesen unido á su causa; y por último, si el cuerpo de las naciones helénicas, teniendo á su cabeza la Macedonia y armando sus mil brazos con la espada de Maratón y de las Termópilas, hubiera estado dispuesto á defender el suelo sacro contra toda invasión, es indudable que Roma habría necesitado enviar más de dos legiones á Cinoscéfalos. «Veo, decía un diputado de Naupacta ante los griegos reunidos (1), veo elevarse en el Occidente una nube tempestuosa; apresurémonos á poner término á nuestras pueriles diferencias antes de que la tormenta estalle sobre nuestras cabezas.» Pero la unión y la paz no eran posibles entre las

(1) En 2,7, Polibio, V, 21.

tendencias pacíficas de los aqueos y el espíritu revolucionario de Lacedemonia; entre los mercaderes de Corinto y los klephtes de la Etolia; entre todas aquellas repúblicas y los ambiciosos reyes de Macedonia. A pesar de su talento y de sus loables esfuerzos para regenerar á su pueblo, ¿hubiera podido Filopémenes sofocar el odio secular de los mesenios contra Esparta, y de ésta contra Argos? ¿Habría hecho olvidar á los eleanos su origen etolio y á los arcadios sus contiendas hereditarias? Y además, forzoso es decirlo también, la división estaba hasta en el seno de las ciudades, y era tanto más intensa cuanto que no se disputaban el poder, sino la fortuna. Cada ciudad tenía su partido de ricos y su partido de pobres; los primeros siempre dispuestos á armarse contra los segundos, y los que nada poseían, á caer sobre los que tenían algo; y de aquí aquellos odios violentos de que el senado supo aprovecharse. Continuamente amenazados por una revolución social, los grandes cifraron sus esperanzas en Roma; y apenas se presentarán las legiones romanas, formaráse en Grecia un partido á su favor.

Para conducir estos pueblos á una unión fraternal, habría sido necesario borrar de su recuerdo toda su historia y reprimir la disolución de las costumbres, evitando la ruina del patriotismo; habría sido forzoso, en particular, impedir el contacto con aquel Oriente tan rico y corrompido, que robaba á Grecia cuanto le quedaba de poetas y de artistas para las escuelas de Alejandría y de Pérgamo; y todos los hombres de talento y de valor que aún tenía, para las cortes de los Ptolomeos y de los Seléucidas: éstos no tenían un ministro, un general, un gobernador de ciudad ó de provincia que no fuese griego. La Hélade daba lo mejor de su sangre, y recibía en cambio vicios. «En todo aquel país, dice Polibio, las grandes dignidades se compran con poco gasto; confiad un talento á los que manejan los fondos públicos, tomad diez fianzas, otras tantas promesas, y dos veces mayor número de testigos, y nunca volveréis á ver vuestro dinero (1).» En otro lugar hace mención de aquel Dicearcos, digno amigo de Escopas, que enviado por Filipo para saquear las Cícladas, á pesar de la fe jurada, erigía en todos los puntos, apenas llegado, un altar á la Impiedad y otro á la Injusticia (2).

Aquella sed de oro había producido una depravación moral que suprimía la abnegación en punto á intereses públicos. ¡Y qué entorpecimiento resultó de aquí en la mayor parte de las ciudades! Atenas, la ciudad tan viva é inteligente que en otro tiempo tomaba la iniciativa en las más gloriosas empresas, rehusa ahora asociar sus destinos á los de Grecia (3); y con los honores sacrílegos que tributa á Demetrio, á Atalo y á todos aquellos reyes á quienes titula dioses salvadores, prueba hasta qué punto estaba dispuesta para la servidumbre. Arato la libra de la guarnición macedónica del Pireo y le devuelve Salamina, sin poder sacarla por eso de su apática indiferencia: no le faltaba ya más que prohibir por decreto público á sus ciudadanos ocuparse de los asuntos generales de Grecia, como los beocios, que para no ser interrumpidos en sus groseros placeres, consideraban el patriotismo como un crimen de Estado. «En Tebas, dice Polibio, se dejaban los bienes, no á los hijos, sino á los compañeros de mesa, mediante la condición de que los gastarían en orgías; así es que muchos tenían que celebrar en un mes más festines que

(1) Véase Polibio, IV, 9; VI, 56 y XVIII, 17. Los griegos no pueden creer que Flamínio no vendiera la paz á Filipo: ...τῆς δωροδοκίας ἐπιπολαζούσης καὶ τοῦ μηδένα μὴδὲν δωρεῖν πράττειν.

(2) Polibio, XVIII, 37: Ἀσεβεία καὶ Παρανομία.

(3) Τῶν μὲν ἄλλων Ἑλληνικῶν πράξεων οὐδ' ὅποιας μετέχον... εἰς πάντας τοὺς βασιλεῖς ἐξεκίχοντο. (Polibio, V, 106, 7, *Olimp.*, CXL, 3.)

días contaba éste. Durante cerca de veinticinco años los tribunales permanecieron cerrados (1)...» Los sucesores de Polibio han ido más allá que él, y la estupidez beocia ha llegado á ser proverbial. No obstante, Píndaro y Epaminondas, Leuctres y Queronea son para ese pueblo títulos honrosos, y las tres graciosas figuras halladas en la necrópolis de Tanagra revelan un sentimiento del arte digno de Grecia.

Desde el primer Filipo, Corinto no se pertenecía ya: una guarnición ocupaba sus muros, otra su ciudadela, y Arato tomaba y vendía el Acrocorinto sin que los ciudadanos interviniesen siquiera en la transacción. Sus arsenales se hallaban vacíos; pero las estatuas, los preciosos vasos, los palacios de mármol, brillaban por todas partes, y aquel pueblo cifraba su gloria en que se elogiara su ciudad como la más voluptuosa de Grecia. Su templo de Venus era tan rico, que tenía á su servicio más de mil cortesanas. Después de destruir ó someter á la servidumbre á las demás ciudades de la Argóida, Argos había tenido á su vez tiranos, y ya hemos visto á los aqueos penetrar tres veces en la ciudad para expulsarlos. Desde lo alto de sus casas, los habitantes, espectadores indiferentes de una lucha en que se jugaba su suerte, aplaudían los golpes mejor dirigidos. «Parecía como que asistieran á los juegos nemeos,» dice Plutarco.

Esparta no era más que una revolución perpetua. En pocos años se había asesinado en cuatro distintas ocasiones á los éforos que estaban en el poder, y la monarquía convirtióse en absoluta, siendo ora abolida, ora restaurada, ya comprada, ya abandonada al fin en manos de un tirano, Macánidas, á quien Filopémenes destrozará. Pero Esparta, á pesar de su envejecimiento, estaba demasiado enorgullecida con su antigua gloria para consentir en confundirse en la liga aquea. A Macánidas sucederá Nabis, y los espartanos seguirán siendo aliados de los etolios.

¿Hablares de los pueblos pequeños? Egina ha desaparecido de la escena política; Megara no es más que un anexo oscuro de la liga beocia ó aquea; y los eleanos, como Mesena y una parte de la Arcadia, dependen de los etolios. La debilidad de la Fócida atestigua aún, al cabo de cuatro generaciones, el efecto terri-



Afrodita (2)

(1) Οὐδ' ἐκοινώνησαν (Βοιωτοὶ) οὔτε πράξεις οὔτ' ἀγῶνας οὐδένος ἔτι τοῖς Ἑλλησι μετὰ κοινῷ δόγματι; (Polibio, XX, 4, 6 y 7, 1). La estupidez, ἀναισθησις, y la glotonería de Beocia Βοιωτία ὤς, han llegado á ser proverbiales. Véase Ateneo, X, 11, y el Pseudo-Diccarco, en la obra titulada Βίος τῆς Ἑλλάδος, ap. Didot, *Fragments de la hist. griega*.

(2) Barro cocido de Tanagra, de la antigua colección Castellani (n.º 649), según el *Catálogo*, lám. XII. - Afrodita, velada, apoya el codo en un cipo sobrepuesto de una figurita de Eros desnudo, con las alas levantadas. La diosa lleva en la cabeza el *kalathos*, con las manos sujeta el *himnación*, que le sirve de velo, y adelanta la pierna izquierda. El Eros, que lleva también el *kalathos*, está con las piernas cruzadas y su mano izquierda parece coger un extremo del ropaje. Castellani ha retocado en demasía esta figura.

ble de las cóleras sagradas; la Eubea y la Tesalia carecen de fuerza (1), y Creta seguía entregada á los desórdenes y á todas las malas pasiones: al mentir se le llamaba *retisar* (2).

Ni aun con patriotismo y mejores costumbres se hubieran podido salvar los griegos; y aunque la paz y la unión hubiesen reinado desde el cabo Tenaro hasta el monte Orbelos, Roma no habría dejado de poner la Grecia á sus pies con un poco más de tiempo y de esfuerzos.

Apoyándose en la autoridad de Montesquieu, algunos se han engañado singularmente respecto de las fuerzas de Grecia en aquella época, tomando por lo serio los temores de Roma; en los miramientos políticos del Senado se ha querido ver la confesión y la prueba de la fuerza de Grecia, y se ha contado por cientos de miles el número de sus guerreros. Esta es una ilusión de óptica producida por los grandes nombres de la antigua historia: de lejos, navíos de alto bordo; de cerca, palos flotantes. Atenas no puede reprimir las correrías de los piratas de Calcis ni las de la guarnición de Corinto. En el año 200, algunas partidas de acarnanios entran impunemente en el Atica á sangre y fuego y dos mil macedonios ponen sitio á la ciudad.

Cuando Filipo devastaba la Laconia, llegando á los mismos muros de Esparta, Licurgo no pudo oponerle más que dos mil hombres; y el mismo Filipo entra en campaña con cinco mil setecientos soldados en 219, y con siete mil doscientos un año después. El contingente de Argos y de Megalópolis es de quinientos cincuenta soldados, y toda la confederación aquea no puede poner en pie durante la guerra de las dos ligas, la más reñida de aquella época, sino tres mil quinientos hombres de tropas nacionales (3). En 219 sepáranse tres ciudades de la confederación y para su defensa bastan trescientos cincuenta soldados. Los eleanos no tienen nunca más que algunos centenares de hombres sobre las armas; y en el combate del monte Apelauros eran dos mil trescientos, incluso los mercenarios (4). Plutarco dirá más tarde: «Grecia no podría hoy poner en pie de guerra tres mil hoplitas (5).»

La marina había decaído más aún. Los atenienses, que montaban doscientas naves en Salamina, tienen ahora por flota tres navíos sin puentes; y Nabis no posee mayor número (6). La liga aquea, que comprendía la Argólida, Corinto, Sicion y todas las ciudades marítimas de la Egialea, no consigue armar más que seis barcos, tres para la custodia del golfo de Corinto y tres para el de Salónica. Se puede ver en Tito Livio la ridícula flota de Filopémenes, cuya nave almirante era un *cuadrirreme* que hacía ochenta años se pudría en el puerto de Egión (7). Los

(1) Aníbal, ó más bien Tito Livio, decía de la Beocia, de la Eubea y de la Tesalia: *Illis nulla suae vires sunt.*

(2) Filipo tuvo un instante el título ilusorio de jefe supremo de Creta. «La Creta, dice Polibio, es el único país del mundo en que la ganancia, sea de la naturaleza que fuere, se considera honrada y legítima... Si se trata de los particulares, pocos hombres hay más bribones; si se trata del Estado, no hay ningún otro en que se conciban designios más injustos.» (VI, 9.)

(3) En un momento dado se decretó una leva de once mil ochocientos hombres, pero contábanse además ocho mil trescientos mercenarios (Polibio, V, 91.) Véase, *ibid.*, X, 5, el deplorable estado de la caballería antes de las reformas de Filopémenes.

(4) Polibio, IV, 68, 1.

(5) *De defectu oracul.*, 8.

(6) Tito Livio, XXXI, 22:... *et erant Atticae tres apertae naves ad tuendos maritimos agros comparatae.* Véase: Polibio, XXXV, 26.

(7) Polibio, V, 91, y Tito Livio, XXXV, 26.

etolios no tienen ni un solo barco (1); y hasta Rodas, cuya fuerza parecía tan considerable comparada con tanta pequeñez, sólo envía tres galeras al Helesponto en ocasión de mediar una grave diferencia con Bizancio. No obstante, los partidos enemigos en aquella guerra eran dos repúblicas célebres, tres reyes, Atalo, Prusias y Aqueo, y no sé cuántos jefes galos y tracios (2). Desde la caída del imperio de Ate-



Figura en barro cocido procedente de la Fócida (3)

nas, los piratas asolaban el mar Egeo, y ya se recordará que los corsarios ilirios merodeaban impunemente hasta las Cícladas.

Aquella decadencia no era accidental. No me atreveré á decir que el espíritu militar hubiese muerto en Grecia; pero hacía dos siglos que sus hombres se agotaban, vertiéndose lo mejor de su sangre por causas que le eran extrañas. El estímulo de los honores y de las riquezas atraía á las cortes orientales á los griegos más valerosos y más hábiles, y ese afán del lucro inducía á desertar de la patria. En el momento en que moría Areo, rey de Esparta, y en que los últimos restos de la libertad helénica caían bajo los golpes de Antígono, Xantipo conducía al socorro de Cartago á los más intrépidos lacedemonios. Más tarde, durante la segunda guerra de los

(1) En sus expediciones contra el Epiro, la Acarnania y el Peloponeso, servíanse τὰς τῶν Κε-  
καλλήνων ναυσί. (Polibio, V, 3.)

(2) Polibio, II, 62, 4.

(3) Según el *Bol. de la Corresp. helén.*, X 1886, lám. 9.

romanos contra Filipo, Escopas alistó en nombre de Ptolomeo seis mil etolios; y toda la juventud le hubiera seguido á no ser por la oposición del estratego Damócrito (1). En tiempo de Alejandro, Darío tenía ya cincuenta mil mercenarios griegos; y hemos visto que éstos constituían también la única fuerza de los Ptolomeos y de los Selúcidas. Entre el Oriente y la Grecia había, pues, un cambio igualmente funesto á los dos países: el uno tomaba los hombres y perdía la confianza y el apoyo de las fuerzas nacionales; el otro recibía oro y con éste pervertía sus costumbres, comprando á su vez soldados para las contiendas particulares. El *condotierismo*, esa plaga mortal de los Estados, que mató á Cartago y á las repúblicas italianas de la Edad media, se había propagado por toda la Grecia. La misma Macedonia pagaba tropas mercenarias; y en Selasia, Antígono tenía cinco ó seis mil extranjeros, que constituían siempre más de la mitad de las tropas. Los reyes y los tiranos de Esparta no tenían otros soldados (2).

La riqueza que llega por malas vías se suele ir por donde ha venido. El oro asiático y africano no se quedaba en Grecia, porque el trabajo ya no existía allí. Las ciudades se habían despoblado y hallábanse en la más mísera situación. De Megalópolis se decía: «Gran ciudad, gran desierto (3).» En todas partes reinaba la miseria. Toda la Mantinea, hombres y cosas, no era estimada en trescientos talentos, y Polibio (4) no hubiera dado seis mil por todo el capital imponible del Peloponeso. Atica era dos siglos antes el país más rico de Grecia: un reciente cálculo de sus bienes raíces y de sus valores mobiliarios solamente dió la cifra de 5.750 talentos, la mitad de lo que Pericles tenía en oro como reserva en el tesoro de los atenienses, antes de la guerra en que su fortuna se hundió (5). Y este mismo pueblo, que daba entonces mil talentos para un solo templo, condenado hoy por árbitros á pagar una multa, no podía encontrar más de 500 para satisfacerla.

Todo era, pues, mezquino: lo mismo los ejércitos que los asuntos; hacíase allí poco ruido para nada, mientras que en el otro lado del Adriático resonaban los golpes de la grandiosa lucha entre Anibal y Roma. A decir verdad, cuando se contempla en el Occidente el nuevo pueblo que aparece en el escenario del mundo, cuando enfrente de esa sociedad tan severamente organizada, llena aún de severas virtudes, de disciplina y de valor, se ve á esa Grecia tan degradada, que ya no tiene poetas, ni artistas ni ciudadanos; tan anárquica que no se puede hallar un interés formal en sus rivalidades ni un plan concertado en sus guerras; tan despoblada que se muere por falta de hombres (6), no se puede menos de experimentar un sen-

(1) Polibio, IV, 12. Sin embargo, en el año 191 alcanzaron á la flota romana con treinta dos y naves de puente (Tito Livio, XXXVI, 45, y en 190 con treinta y cinco; pero el hecho citado en el texto demuestra siempre cuán míseras eran las guerras que perturbaban entonces el mundo griego.

(2) Tito Livio, XXXI, 43.

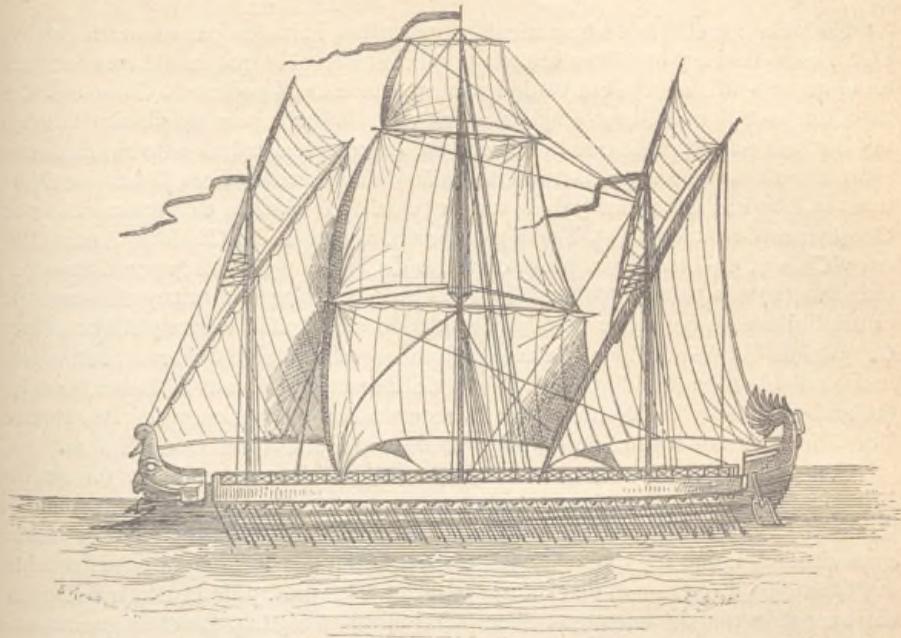
(3) Véase Polibio, II, 13, por lo que hace á Cleomenes y á Antígono; IV, 13, por lo que se refiere á los aqueos; IV, 17, V, 8, en lo que toca á Filipo; IV, 15; y V, 3, en lo relativo á los eleanos y á Atenas. Tito Livio, XXXI, 24, etc. Creta abastecía de mercenarios á todo el mundo, incluso á los piratas (Estrabón, X, 477).

(4) II, 62.

(5) Se ha demostrado que la cifra de 5.750 talentos en que Polibio aprecia los bienes raíces y los valores mobiliarios de Atica, no se aplica sino al primer género de propiedad, que servía de base al impuesto. En Atenas, la *τρίμηνα*, unidad de capital territorial imponible, de la que el impuesto tomaba generalmente una décima parte, correspondía á lo que los romanos llamaban un *caput*. (Dareste, *Defensas civiles de Demóstenes*, tomo I, pág. 28.)

(6) Polibio, XXXVII, 12, y añade que los hombres no quieren ya casarse ni educar á sus hijos. Este es uno de los fragmentos más curiosos encontrados por el padre Mai.

timiento de dolor, porque se prevé el fin inevitable y próximo de un pueblo glorioso en otro tiempo. Todos los razonamientos, todos los recuerdos de una época anterior no bastan para que se crea á la Grecia fuerte y capaz aún de la abnegación y del heroísmo. Era un pueblo gastado que se entregaba al espíritu de perturbación y de vértigo; y convenía que Roma se apoderase de él antes de que volviera al estado de barbarie, antes de que todas sus obras maestras cayeran bajo el hacha de



Triere con puente de la época de Demóstenes (1)

Filipo, como las de la Macedonia y del Peloponeso bajo la mano sacrílega de los etolios (2). Bajo la dominación romana, por lo menos, obtendrá el reposo y la paz (3).

Sin duda había aún griegos ilustrados y patriotas; y cuando se planteará claramente la cuestión entre Grecia y Roma, entre la libertad y la obediencia, encontraremos sentimientos y hombres de valor dignos de un gran pueblo, pero que surgirán demasiado tarde para libertarlo. No podía venir ya la salvación de la liga aquea, pue-

(1) Según la restauración de Graser, *De veterum re navali*, fig. 31.

(2) Sobre las devastaciones de Filipo en Atica, véase Tito Livio, XXXI, 5, 24, 26 y 30. Mandaba romper las estatuas aun después de haberlas derribado; y en Thermos, capital de la Etolia, quemó el templo, derribando dos mil de aquéllas (Polibio, V, 9; XI, 3). Los etolios, por su parte, incendiaron el antiguo santuario de Dodona (Polibio, IV, 14), y en Dion, el templo y las tumbas de los reyes de Macedonia. Hacían la guerra, dice Polibio, así á los dioses como á los hombres. Los lacedemonios procedían del mismo modo en Megalópolis (Polibio, IV, 18) y Filipo en Pérgamo (XVI, 1, XVII). Véase también el discurso de Furio en la asamblea de Naupacta (Tito Livio, XXXI, 31). Ya se recordará el saqueo de Delfos por los focidios, y conocidos son los sacrilegios de Prusias en Asia (Polibio, XXXII, 25).

(3) Véase Cicerón, *De offic.*, II, 8, en donde presenta á Roma como puerto y refugio asegurado para los reyes y las naciones. Quinto Curcio dice de Tiro, IV, 4: *Nunc sub tutela Romana mansuetudinis acquiescit.*

el momento oportuno había pasado; ni de un sistema federativo, en el que es demasiado fácil para un agresor diestro introducir la perturbación y la anarquía, sino de una reforma, imposible en las costumbres y las ideas de los griegos, y de una estrecha unión con la Macedonia bajo la soberanía de un gran príncipe.

## II. — MACEDONIA; DISPERSIÓN DE SUS FUERZAS. — LOS ROMANOS EN ILIRIA

Circuñda por el mar é impracticables montañas, habitada por una raza guerrera afecta á sus reyes, y orgullosa todavía por la importancia que le hicieron adquirir en el mundo, Macedonia era verdaderamente un Estado poderoso. Como con Cartago, fué preciso que Roma empeñara tres veces la lucha para derribarlo. Si Filipo no hubiese poseído más que la Macedonia, su conducta habría sido sin duda sencilla, como sus intereses; mas aún era dueño de la Tesalia y de la Eubea, de Opunte en la Lócrida, de Eralea y de la mayor parte de la Fócida, del Acrocorinto y de Orcomenes de Arcadia (1). Tenía guarnición en tres de las Cícladas, Andros, Paros y Cytnos, en Thasos y algunas ciudades de Tracia y de Asia; y por último, pertenecía (2) una parte considerable de la Caria, posesiones lejanas y dispersas que multiplicaban los contactos hostiles. Sus ciudades de Tracia, Sestos y Abidos, llaves del paso de Europa al Asia, hacíanle peligroso para Atalo de Pérgamo, como para los rodios sus ciudades de Caria y la isla de Iasos, para Atenas la Eubea, para los etolios la Tesalia y la Fócida, y para Lacedemonia sus posesiones del Peloponeso. Por último, su poder le hacía enemigo también de los Ptolomeos de Egipto.

Con más consecuencia en sus designios y más sabio empleo de sus fuerzas, habría podido dominar en Grecia, porque ocupaba todos sus puntos importantes y tenía en su poder sus trabas, según expresión de Antipáter; pero siempre hizo la guerra menos como rey que como jefe de partido; en una misma campaña iba desde la Macedonia á Cefalonia; de esta isla pasaba á Thermos, y de la Etolia á Esparta, sin aniquilar ningún enemigo ni completar empresa alguna. En estas guerras, sus tropas no excedían nunca de algunos miles de hombres, y Plutarco habla de sus dificultades para encontrar soldados. Tampoco podía dejar la Macedonia sin guarnición, pues cada vez que se ausentaba de ella los tracios, los dardáneos y los pueblos de Iliria se precipitaban sobre su reino.

Dominar aquellos bárbaros, aniquilar á los etolios, expulsar á los tiranos de Esparta y ganarse el resto de Grecia por la dulzura, tal era la misión que se había impuesto. Un griego había dado en una gran asamblea la clave de la situación. «Es forzoso, dijo, que Filipo no tenga ya necesidad de mantener entre nosotros la división para reinar, y que pueda contar con el afecto de la Hélade entera para velar por ella como por su propio bien (3).» El mismo rey comprendía la necesidad de esta política. «No os aliéis con los bárbaros, decía; los romanos son extranjeros á quienes no se debe acostumar á mezclarse en nuestros asuntos, pues no tienen vuestra lengua, ni vuestras costumbres, ni vuestras leyes. Nosotros, por el contrario, macedonios, etolios y aqueos, no somos más que un pueblo. Si algunas diferencias pasajeras nos dividen, no debemos por eso estar menos unidos por un odio común y eterno contra los bárbaros (4).»

(1) Con Heræ, Alíera y la Trifilia.

(2) Eurome, Pedasa, Bariglia, Iasos, Estratonicea, en la Caria; Mirina, en Eólida; Abidos, sobre el Helesponto; Perinto, Hespétia y Sestos en Tracia. Véase Polibio y Tito Livio, *passim*.

(3) Polibio, V, 104.

(4) Tito Livio, XXXI, 29.

Pensaba bien, pero obraba mal; y si no mandó envenenar á Arato (1), enajenóse las simpatías de sus aliados por sus excesos ó por su perfidia. «Un rey, atreviase á decir, no está obligado por su palabra ni por la moral.» Los ojos menos ejercitados veían «aproximarse la tempestad que los etolios atraían del Occidente.» Filipo la veía también, mas al parecer comprendía tan poco el peligro, que se preparó muy mal para conjurar sus efectos. Aun después de su primera guerra, cuando conocía ya el peso de las espadas romanas, se dejó sorprender otra vez desprovisto de todo. Cuando el Senado le envió aviso de que iba á romper las hostilidades, hallábase batallando en Asia contra Atalo y los rodios para tomar algunas inútiles plazas de Tracia y de la Caria; y su contestación al diputado Emilio dió á conocer su ligereza burlona en medio de los más graves asuntos. Le perdonaba, dijo, la altanería de sus palabras por tres razones: en primer lugar, porque era un joven sin experiencia; en segundo, porque era el más bello de los de su edad; y en tercero, porque tenía nombre romano (2).

Italia y Grecia, estas dos mitades del antiguo continente, habían comenzado hacía largo tiempo á mezclar sus intereses. Alejandro el Moloso, rey de Epiro, había tratado de hacer en Italia lo que su sobrino, el hijo de Filipo, efectuaba en Oriente; pero fué muerto en 326 por un lucanio y sus proyectos cayeron con él (3). Los extraños triunfos de los macedonios en Asia ocasionaron alguna inquietud en Roma, si hemos de creer á Tito Livio, que se pregunta qué cónsul habría opuesto el Senado á Alejandro. En tiempo de Pirro, otro epirota, el peligro fué mayor; pero los romanos salieron del paso por la victoria de Benevento (4) y en los años siguientes completaron la conquista de la gran Grecia, lo cual les colocó entre dos mares, obligándoles á vigilarlos. Por la conquista de Córcega y de Cerdeña, después de la primera guerra púnica, el mar occidental se convirtió en un lago romano, y por las mismas razones de garantía para el comercio de sus nuevos súbditos, hubieron de enviar al mar oriental sus flotas y sus legiones.

La costa de Iliria, sembrada de islas innumerables, había sido habitada largo tiempo por peligrosos bandidos, que según las circunstancias hacían sus excursiones tan pronto por mar como por tierra. Los italianos que navegaban por el Adriático tenían motivos para quejarse de aquellos piratas, pero más aún Grecia, que como los cuerpos en disolución, podía ser presa de miserables enemigos. Los ilirios no habían temido medirse con los etolios y los epirotas, y después de tomar la Fenicia, la más rica ciudad del Epiro, saqueado Elida y la Mesenia, atrajeron á los acarnanios á su alianza. Esos triunfos no eran suficientes para que aquellos ladrones de mar tuvieran más consideraciones con los negociantes de Adria, de Brindis y de Tarento, los cuales de tal modo pusieron el grito en el cielo, que el Senado romano, ya poco tolerante de por sí, envió embajadores á la viuda de su último rey. Teuta, que gobernaba en nombre de su hijo Pineo una parte de la Iliria, contestó altivamente que no era costumbre de los reyes de aquel país prohibir á sus súbditos que emprendieran correrías para su utilidad particular. Al oír estas palabras, el más joven de los diputados, un tal Coruncanio, contestó: «Entre nosotros, reina, la costumbre es no dejar nunca impunes los daños que nuestros conciudadanos sufren, y si á los dioses place, haremos de modo que vos misma procuréis reformar las cos-

(1) Polibio lo afirma, mas por indicios muy vagos. Véase *passim*, las censuras que dirige á Filipo por su conducta en Mesenia y en Argos, y el discurso de Arístenes (Tito Livio, XXXII, 21).

(2) Polibio, XVI, 14.

(3) Véase *Historia de los Romanos*.

(4) *Historia de los Romanos*.

tumbres de los reyes ilirios.» Irritada Teuta, mandó dar muerte al joven audaz y á los que provocaron aquella embajada romana, y dió orden de quemar vivos á los jefes de las naves que la habían conducido. Después de esto, las correrías comenzaron de nuevo con más audacia que antes: Corcira fué tomada, Epidamno y Apolonia, sitiadas y una flota aquea batida.

Aquella era la mejor ocasión para que los romanos se presentaran á los griegos. El Senado vió todo el partido que podía sacar de tales acontecimientos y se adjudicó públicamente la misión de protector de Grecia, misión que debía desempeñar hasta el fin con tan buen éxito. Con el objeto de dar gran idea de su poderío, envió contra aquellos miserables enemigos doscientas naves, veinte mil legionarios y los dos cónsules (229), es decir, mucha más fuerza de la que armó al principio contra Cartago. Corcira fué entregada por un traidor, Demetrio, los ilirios, que sitiaban á Issa, en la isla del mismo nombre (Lissa), fueron ahuyentados, y ninguna de las plazas que quisieron resistir pudo sostenerse. Teuta, atemorizada, concedió todo lo que Roma quiso pedirle: un tributo, la cesión de una parte de Iliria, la promesa de no tener sino dos naves en el mar más allá del Lisso y las cabezas de sus principales consejeros, para apaciguar con su sangre los manes irritados del joven Coruncanio (228). Las ciudades griegas sometidas por los ilirios, Corcira y Apolonia, recobraron su independencia.

Los cónsules se apresuraron á notificar este tratado á los griegos, recordándoles que habían cruzado el mar solamente en defensa suya. Los diputados fueron recibidos en todas las ciudades entre los aplausos de la multitud: en Corinto se les admitió en los juegos ístmicos; en Atenas les concedieron el derecho de ciudadanía, iniciándolos en los misterios de Eleusis, y así se anudaron las primeras relaciones de Roma y Grecia.

Los romanos habían dado á Demetrio la isla de Faros y algunos distritos de la Iliria; pero no creyéndose suficientemente recompensado, unióse con los piratas, é hizo tomar parte en la rebelión al rey Pineo. El Senado envió otra vez un cónsul á Iliria; Demetrio se refugió cerca del rey de Macedonia, á quien debía armar muy pronto contra los romanos, y Pineo se sometió á las condiciones del primer tratado (219). Roma tuvo entonces en el continente griego buenos puertos y una vasta provincia, puesto avanzado que protegió á Italia, amenazando á Macedonia.

## CAPÍTULO XXXVII

### LOS ROMANOS EN GRECIA. — PROCLAMACION DE LA LIBERTAD

HELÉNICA (214-195)

#### I. — PRIMERA GUERRA DE MACEDONIA

En 217, Filipo había ido á Argos para asistir á la celebración de los juegos ne-meos, cuando un correo llegado de Macedonia dióle noticia de que los romanos habían perdido una gran batalla, la de Trasimeno, y de que Anfbal era dueño del país llano. El rey no mostró esta carta sino á Demetrio de Faros, quien le instó para que atacara al punto á los ilirios y pasara después á Italia. Hízole ver que Gre-

cia, sometida ya, seguiría obedeciéndole; que los aqueos tomaban parte de su propia voluntad, en favor de sus intereses; que los etolios, atemorizados por la presente guerra, no dejarían de imitarles; y por último, que si quería hacerse dueño del universo, noble ambición que á nadie convenía mejor que á él, era preciso atravesar el Adriático y agobiar á los romanos, medio batidos ya por Aníbal. Y el historiador añade: «Semejantes palabras seducían á un rey joven, audaz, feliz en sus empresas, y nacido de una raza que se había lisonjeado siempre de obtener el imperio universal.» (Polibio.)

El ilirio quería, pues que el débil heredero del trono de Macedonia continuase los ambiciosos designios en que habían fracasado dos hombres intrépidos, Alejandro el Moloso y Pirro. Ni el príncipe ni su consejero se inquietaban al ver que el mundo vacilaba por el choque de Roma y de Cartago. Engañados por sus quiméricas esperanzas, no veían que en aquel libro de los destinos que la prudencia y el valor escriben, los romanos figuraban como herederos de Alejandro. A fin de tener las manos libres en aquel caso, Filipo concedió la paz solicitada por los etolios vencidos; y si hubiese visto las cosas con sano juicio, habría obrado de igual modo, pero con la idea de defender la independencia griega. Sin embargo, en la asamblea en que se concluyó el tratado de paz, mediante la condición de que cada cual conservara sus posiciones, una voz se elevó para señalar el peligro. «Que se una la Grecia, decía Agelaos de Naupacta; que no olvide esos ejércitos inmensos que se disputan los campos de batalla de Italia; esa lucha acabará muy pronto, y Roma ó Cartago alcanzarán la victoria; pero cualesquiera que sean los vencedores, vendrán á buscarnos á nuestros hogares. ¡Estad alerta, oh griegos, y sobre todo tú, oh rey Filipo! ¡Cesen las discordias y trabajemos todos de común acuerdo para evitar el peligro!»

El orador fué escuchado, pero nadie tomó en cuenta sus palabras; de modo que en los corazones quedaron la ambición, el rencor y la envidia. Etolia y Esparta no perdonaban á la alianza aquea su llamamiento á los extranjeros, ni á Filipo su intervención y sus triunfos. El mismo rey olvidó los sabios consejos de Agelaos en cuanto á respetar la libertad de los griegos y declararse lealmente su defensor. Sus ministros, y particularmente Demetrio de Faros, aconsejábanle someter el Peloponeso á la servidumbre.

Cierto día, hallándose en Mesenia, consiguió que se le permitiera entrar en la ciudadela de Itome con sus guardias para hacer un sacrificio, acompañándole también Demetrio y Arato. Muerta la víctima, enseñóles las entrañas diciendo: «¿No señalan que es preciso guardar este fuerte?» «Si no eres aquí más que un adivino, contestóle Demetrio, sal cuanto antes; pero si eres rey, quédate pues dueño de Itome y del Acrocorinto tendrás cogido al buey por las astas.» Arato permanecía pensativo y silencioso, pero instado para que contestara: «Hazlo, dijo, si puedes hacerlo sin violar ningún juramento.» Filipo se sonrojó, y después de vacilar un momento repuso: «Vamos, es preciso tomar el camino por donde hemos venido.» El ascendiente de Arato prevalecía aún.

Fué el último triunfo de aquel prudente político, que blanco de los más groseros ultrajes de los cortesanos, perdía diariamente su influencia. Mimado por el poder, por ese soberano tan peligroso, Filipo se abandonaba á todos los excesos, é infringió á Arato el joven un sangriento ultraje, llevando la deshonra á su familia. El mismo Arato acabó por parecer importuno, y si hemos de creer un relato, afortunadamente poco verídico, el rey pensó en deshacerse de su consejero. No atreviéndose, según dicen, á descargar el golpe abiertamente sobre aquel respetable anciano, encargó á uno de sus oficiales que le diera un tósigo lento. «Arato comprendió que estaba

envenenado, pero de nada le hubiera servido quejarse, y soportó con paciencia su mal como si hubiese sido una enfermedad ordinaria. Sin embargo, cierto día que uno de sus amigos se extrañaba de verle escupir sangre, le dijo: — Querido Cefalón, ese es el fruto de la amistad de los reyes. » Murió en Egión, siendo estratego por la décima séptima vez (213). Su cuerpo fué conducido á Sicione, al lugar que cuatro siglos más tarde se llamaba aun el *Aratión*, y donde se le tributaba el culto de los héroes con solemnes sacrificios. «Aun hoy, dice Plutarco, subsisten algunos restos de esas ceremonias.»

Antes de morir, Arato había visto la lucha empeñada entre Filipo y Roma. Algún tiempo después de la paz celebrada con los etolios, el rey había mandado equipar cien naves en el Adriático para expulsar á los romanos del continente griego. La batalla de Cannes (216) acrecentó sus esperanzas, y envió á Aníbal diputados para firmar un tratado de alianza, por el cual se comprometía á suministrar doscientas naves y á asolar las costas de Italia. Después de la victoria, Roma, Italia y los despojos pertenecerían á Aníbal y á los cartagineses, quienes pasarían luego á Grecia para hacer la guerra á todos aquellos, reyes ó pueblos, que Filipo les designara, sometiendo las ciudades del continente y cediéndole las islas inmediatas á Macedonia. Filipo ejecutó mal este tratado imprudente, que le imponía todas las cargas del presente en cambio de un porvenir muy inseguro. No equipó las doscientas naves prometidas, dió tiempo á los romanos para armar una flota de ciento veinte galeras, superior á la suya, y al año siguiente, mientras sitiaba á Apolonia, dejóse sorprender y vencer en la desembocadura del Aous por el pretor Levino, quien le obligó á quemar sus naves (214). Una sola legión había bastado para ahuyentar al rey de aquellos parajes.

Después de cerrar para Macedonia la vía del Adriático, Levino se ocupó en crearle dificultades en Grecia. Los etolios aceptaron la alianza del Senado, que les prometió no reservar para Roma sino los despojos y dejarles todas las ciudades, con la Acarnania y la mitad del Epiro, y los eleanos siguieron como siempre el partido de los etolios. Los mesenios y Pleurato, rey de Iliria, aceptaron la protección que se les ofrecía; y por último, Esparta, á causa de su odio contra la liga aquea, y Atenas, envidiosa también de aquellas pequeñas ciudades, que hacían entonces más ruido que ella en el mundo, pasáronse á favor del extranjero (211).

Desde aquel instante hasta el tratado de 205, no se vió ya en Grecia nada grandioso; ni siquiera se desplegó en ella la energía de la guerra de las dos ligas, como si la sombra de Roma se extendiese ya sobre aquel país. Sus armas nan debilitado á Filipo y su política ha dividido los pueblos. Hasta que Roma intervenga de una manera más decisiva, cada cual guerrea contra todos sin resultado, pero con mucha crueldad. Anticira, Dime, Oreos y Egina son horriblemente saqueadas y sus habitantes vendidos. Si Filipo alcanza algunas ventajas sobre los etolios, Atalo, rey de Pérgamo, le arrebató en cambio varias ciudades. En el Peloponeso, Esparta, terminando su evolución revolucionaria, entrégase al tirano Macánidas, que hace la guerra á los aqueos para saquearlos. La liga no lleva de existencia más tiempo que la vida de un hombre, y ya es vieja: el lujo y la mollicie se han introducido en ella, el ejército está desorganizado y el servicio militar se descuida hasta por los caballeros. Un hombre, el megalopolitano Filopémenes, buen ciudadano y capitán hábil, consigue, no obstante, comunicar algún ardimiento á esa asociación, que va perdiendo la vida desde que ya no sabe defenderse á sí propia. Filopémenes reaviva el espíritu militar, reforma el armamento y la disciplina de los soldados, organizando una pequeña falange por el estilo de la de los macedonios. Esta reforma le permite alcanzar, cerca de Mantinea, donde Polibio combatía á su

lado, una victoria sobre Macánidas, á quien él mismo da muerte. ¿Pero de qué sirve esto? Después se aleja para guerrear en Creta, dejando que los acontecimientos de su patria sigan su curso por sí mismos, sin dirección alguna.

Después de estas guerras lánguidas se firmó la paz en 205; antes de esto, Filipo hizo un convenio separado con los etolios para tratar luego con los romanos: el país de los partenios y varios cantones de Iliria fueron anexionados á la Iliria romana.

## II. — SEGUNDA GUERRA CONTRA MACEDONIA (200-197)

Los romanos no veían en aquella paz más que una suspensión de hostilidades que les permitía desembarazarse de todo asunto hasta que se ventilara su gran contienda con Cartago. Filipo no comprendió que aquello no era sino una dilación que se le concedía, y en vez de preparar sus fuerzas, disipólas en una inútil guerra contra Atalo y Rodas. Puso sitio á Pérgamo sin conseguir nada y fué batido en el mar por los rodios; mas se apoderó en las costas de Tracia de varias plazas, y en Misia de sus ciudades marítimas, entre las cuales figuraba Abidos. Bien estaba que se protegiera con la Tracia contra una aliada de Roma, cuya posición era peligrosa para Macedonia; pero que fuera á hacer conquistas en el Asia Menor era cosa inútil é imprudente, pues no convenía extenderse, es decir, hacerse más vulnerable, sino por el contrario concentrarse. Y además, ¿á qué provocar á Roma con un ligero auxilio de cuatro mil hombres enviado á Aníbal cuando huía de Italia? Era ya muy tarde para salvar á Cartago.

Los aliados de Roma en Grecia revelaron al Senado el envío de aquel socorro á los cartagineses, y al mismo tiempo los etolios y los atenienses acusaron á Filipo de haber assolado su territorio, y el rey Atalo y los rodios censuraban sus tentativas en Asia. Filipo era evidentemente ambicioso y poco afecto á Roma, y esto se podía haber comprendido hacía largo tiempo; pero no le convino al Senado echarlo de ver hasta después de Zama.

Se le declaró la guerra á fin de no esperar, según dijeron los cónsules á los romanos, á aquel nuevo enemigo en Italia, como se había esperado á Pirro y Aníbal. Apenas se había repuesto Roma del cansancio de la guerra de Africa y de una lucha sangrienta de diez y seis años; pero aquel pueblo infatigable atendió, á pesar de su deseo de reposo, á las especiosas razones del cónsul Sulpicio. Tenía el envidiable y raro valor de no descansar mientras le quedara algo que hacer.

Filipo se había aliado con Antóco III de Siria y Prusias de Bitinia para despojar de sus posesiones de Tracia y de Asia al rey de Egipto, Ptolomeo Epífanes, á quien defendían Rodas y Atalo de Pérgamo. En Grecia, Esparta, gobernada por Nabis, el odioso sucesor de Macánidas; Atenas, que acababa de cambiar con Rodas el derecho de ciudadanía, y los etolios, que dominaban casi de un mar á otro, ocupando las Termópilas, eran sus enemigos declarados; y á causa de sus excesos, no contaba más que con tibias amistades. Sulpicio Galba, encargado de combatirle, sólo llevó consigo dos legiones; Cartago le dió trigo, Masinisa guerreros nómadas, Rodas y Atalo sus barcos, y los etolios, después de vacilar un poco, su caballería, la mejor de Grecia. Nabis, sin declararse en favor de Roma, estaba en guerra abierta con los aqueos.

Apenas comenzaron las operaciones, Filipo, á pesar de su actividad, hallóse como rodeado de una red de enemigos. Un oficial de Sulpicio, enviado en auxilio de Atenas, incendió Calcis, la principal ciudad de Eubea; los etolios, unidos con los atamanes, saquearon la Tesalia; Pleurato, rey de Iliria, y los dardaneos hicieron una incursión en Macedonia; y por último otro oficial romano practicó un recono-

cimiento hasta la Dasaretia. Por este lado fué por donde Sulpicio atacó, es decir, por Licnido y por el camino que seguirá la futura vía Egnatia, dirigiéndose sobre la plaza fuerte de Heraclea (cerca de Monastir). Filippo llegó á tiempo para cubrir-la y cerró á los romanos el desfiladero por donde hubieran podido penetrar en las fértiles llanuras de la Lincéstida; pero en aquellas montañas la falange macedónica era inútil, y aunque Filippo disponía de veintiséis mil hombres, no pudo impedir al romano flanquear su posición por el Norte y desembocar en la llanura por el camino de la Pelagonia. Sulpicio se halló, pues, al cabo de algunos meses en el corazón de Macedonia; mas el invierno se aproximaba y no teniendo almacenes ni plazas fuertes, no podían invernar en medio del país enemigo, por lo cual regresó á Apolonia.

Durante el verano, la flota combinada había expulsado de las Cícladas á las guarniciones de Filippo, apoderándose de Orea y saqueando las costas de Macedonia (200). Algunos destrozos en Atica, ligeras ventajas sobre los etolios, que se habían arrojado sobre Tesalia, y la toma de Maronea, rica y poderosa ciudad de Tracia, no suprimían para Filippo el peligro de haber dejado al enemigo llegar hasta el corazón de su reino.

El nuevo cónsul Villio encontró el ejército romano amotinado y pasó la campaña ocupándose en restablecer la disciplina (199), lo que sólo consiguió, sin duda, concediendo la licencia á los rebeldes, que habiendo tomado parte en esta guerra con la esperanza de realizar una expedición rápida y obtener un rico botín, no consiguieron una cosa ni otra; por lo menos, el sucesor de Villio debió llevar nueve mil hombres más para sustituir á los ausentes. Estimulado por esta inacción, el rey tomó la ofensiva y fué á ocupar en las dos orillas del Aous, cerca de Antigonía, una posición casi inexpugnable, que cubría la Tesalia y el Epiro, y desde donde podía cortar á los romanos sus comunicaciones con el mar, en el caso de que emprendieran de nuevo la expedición de Sulpicio.

En Roma produjeron irritación estas dilaciones, y fué elevado al consulado T. Q. Flaminino, á pesar de que aún no había ejercido más que la cuestura, pero su reputación había precedido á sus servicios. Buen general, mejor político, sagaz y astuto, más bien griego que romano, Flaminino fué el verdadero fundador de la política maquiavélica que entregó á los romanos la Grecia casi desarmada.

Al principio no se portó mejor que su predecesor. La inútil tentativa de Sulpicio había demostrado que Macedonia era difícilmente abordable por las montañas del Nordeste, y el ataque del Sur por la flota no había conducido más que á saqueos que nada resolvían en definitiva. Faltaba intentar el paso de frente; pero Filippo tenía su posición en un desfiladero angosto que había entre dos montañas, cuyos flancos de pendiente rápida y desnuda descendían hasta el río, que ocupaba casi toda la anchura del paso (1).

Durante seis semanas, Flaminino permaneció frente al campamento inatacable de los macedonios; las escaramuzas se repetían diariamente; «pero cuando los romanos intentaban escalar la montaña, eran recibidos con una lluvia de dardos y de flechas, que los macedonios les arrojaban por los lados. Las escaramuzas eran muy sangrientas para el tiempo que duraban, resultando de una parte y otra varios heridos y muertos; pero no eran bastante decisivas para terminar una guerra (2).» El

(1) Tito Livio, XXXII, 5. Este desfiladero es hoy la garganta de Cleisura, en la confluencia del Destnitza con el Voiusa (Aous). «Esa sierra terrible y sombría está rodeada por los empinados flancos de dos montañas paralelas, que no dejan entre sus bases más que un espacio de 60 toesas á lo sumo, que el río ocupa casi por completo.» Pouqueville, tomo I, pág. 292 y siguientes.

(2) Plutarco, *Flaminino*, 5, traducción de Amyot.

desaliento comenzaba á producirse cuando Carops, jefe epirota, cuyo ejército macedonio extenuaba el país, facilitó al cónsul los medios de renunciar á tan peligrosa inacción, enviándole un pastor que, acostumbrado á llevar su rebaño al desfiladero de Cleisura, conocía todos los senderos de la montaña, y que se ofreció á conducir á los romanos en tres días á un punto donde se hallarían sobre el campamento enemigo. Después de asegurarse de que el pastor venía efectivamente de parte del rey, Flaminino formó un cuerpo escogido de cuatro mil infantes y trescientos caballos, dióle orden de no avanzar sino de noche, pues la luz de la luna en aquella estación bastaba para ver el camino, y encargó que al llegar al sitio designado por el pastor se encendiese una gran hoguera, cuyo humo anunciaría á las legiones el buen éxito de la empresa. El cónsul se había asegurado del guía por dos medios eficaces: promesa de recompensarle generosamente si se mantenía fiel, y orden á los soldados de matarlo si los conducía á una emboscada. Para llamar la atención de los macedonios hacia la parte baja del río, repitieron sin cesar durante dos días ataques que parecían serios; pero llegado el tercero, y á la señal convenida, un grito inmenso se eleva del fondo del valle, confundiendo con otro que al mismo tiempo descende de las alturas que dominan el campamento real. Los macedonios, atacados de frente y amenazados de verse envueltos, se espantan y huyen sin detenerse hasta llegar á Tesalia, detrás de la cordillera del Pindo (1).

Al circular el rumor de esta victoria, que daba el Epiro á Flaminino, los etolios se arrojaron sobre la Tesalia, y Aminander, rey de los athamanes, abrió á los romanos la entrada de aquella provincia por el desfiladero de Gonfi. Filipo, no osando arriesgar un nuevo combate, habíase retirado al valle de Tempé, después de saquear el país llano, incendiar las ciudades abiertas y rechazar sus poblaciones hasta las montañas. Esta conducta ofrecía un peligroso contraste con la de los romanos, á quienes Flaminino tenía sometidos á la más rigurosa disciplina, y que sufrieron hambre antes que robar nada en el Epiro (3). Por eso varias plazas abrieron sus puertas, y Flaminino había llegado ya á las orillas del Peneo cuando la valerosa resistencia de Atrax detuvo su marcha victoriosa. Allí cerca elevábase la importante ciudad de Larisa, que los macedonios ocupaban con fuerzas considerables, y el cónsul retrocedió.

En esta campaña la flota aliada se había apoderado de Carista y Eretria, en Eu-



T. Q. Flaminino (2)

(1) El recuerdo de este acontecimiento subsiste aún en Epiro, pero desfigurado, en una de esas leyendas con que la imaginación popular mezcla los hechos históricos. (Pouqueville, *Viaje por Grecia*, tomo I, pág. 302, nota 2.)

(2) Busto en mármol, conservado en el Gabinete de Francia (n.º 3.293 del *Catálogo*). Véase Bernoulli, *Römische Ikonographie*, tomo I, pág. 60.

(3) Tito Livio, XXXII, 14, 15.

bea (198); «de Eretria se llevó muchas estatuas, cuadros antiguos y obras maestras de toda especie.» Los macedonios que se hallaban en aquellas plazas debieron hacer entrega de sus armas y pagar un rescate de 300 sestercios por hombre.

En vez de perder el invierno, como sus predecesores, en regresar á sus cuarteles alrededor de Apolonia, Flaminino condujo sus legiones á Anticira, sobre el golfo de Corinto, donde las naves de Corcira (Corfú) y su puerto de abastecimiento permitíanle obtener con toda seguridad los viveres que necesitaba; y además, hallábase allí en el centro de Grecia. Mientras sus tropas tomaban las pequeñas ciudades de la Fócida, poniendo sitio á la plaza fuerte de Elatea, de que se apoderaron al fin, sus negociaciones, sus amenazas, los consejos de los amigos de Roma y las nuevas hostilidades de Nabis, obligaban á los aqueos á aceptar su alianza (1). Habíanles prometido devolverles Corinto; pero la guarnición macedónica rechazó todos los ataques y aun se apoderó de Argos, que cedió á Nabis. Este odioso tirano proclamó dos leyes, una para la abolición de las deudas y otra para la repartición de tierras, lo cual demuestra bien el carácter que tomaban en Grecia todas las revoluciones de aquel tiempo. Habiendo ya obtenido de Filipo todo lo que de él podía esperar, Nabis se pasó en seguida al partido romano, como lo había hecho ya el resto del Poloponeso.

Flaminino tenía empeño en terminar por sí mismo aquella guerra con una paz, ó mejor con una victoria, y habiendo Filipo solicitado de él una conferencia, se la concedió, adoptándose por una parte y otra las precauciones recelosas que tanto se usaron en la Edad media. La entrevista se efectuó á orillas del mar, en el golfo Maliaco, adonde se dirigió el rey en una nave de guerra escoltada por cinco barcas; Filipo rehusó saltar á tierra, y parlamentó desde lo alto de la proa de su galera. «Estamos muy mal así, díjole Flaminino; si desembarcarais podríamos entendernos mejor.» Y como el rey se negase á ello, añadió: «¿Qué teméis, pues? — Solo temo á los dioses inmortales, pero no tengo confianza en los que os rodean.» El día se pasó en vanas recriminaciones; al día siguiente el rey consintió en dejar su nave, á condición de que Flaminino alejara á los jefes aliados, y saltó á tierra con dos de sus oficiales, mientras que el cónsul no quiso que le siguiera más que un tribuno. Se convino en una tregua de dos meses, durante la cual el rey y los aliados enviarían una embajada al Senado. Los griegos expusieron sus quejas primero y cuando los macedonios quisieron contestar con un largo discurso, se les intimó á decir solamente si su rey consentía en retirar sus guarniciones de las ciudades griegas, y como respondiesen que no tenían instrucciones sobre este punto, se les despidió. Esto era lo que Flaminino deseaba.

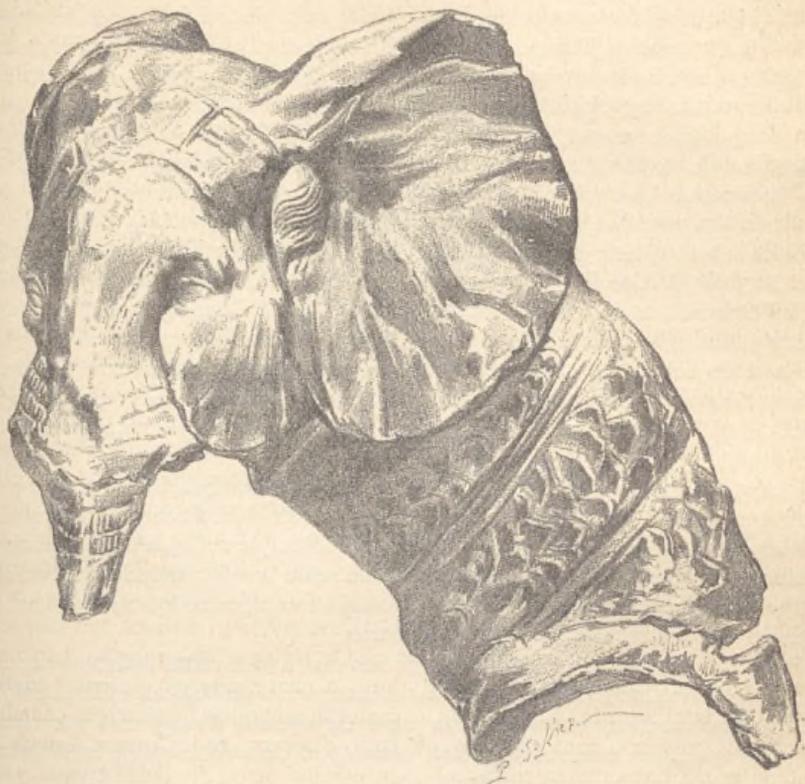
En la Grecia central solamente los beocios vacilaban todavía (2). Flaminino solicita de ellos una conferencia, y cuando el estratego Antífilo sale á su encuentro rodeado de los principales tebanos, el romano avanza casi solo, con el rey de Pérgamo; habla á cada uno de los diputados, los lisonjea y los distrae; sosteniendo la conversación, llega á las puertas de la ciudad y los conduce hasta la plaza pública, adonde todo el pueblo le sigue, ávido de ver á un cónsul y oír á un romano que habla también su lengua. Pero dos mil legionarios le seguían á cierta distancia, y mientras Flaminino seduce á la multitud con su lenguaje, apodéranse de las murallas, quedando Tebas en su poder.

En esta campaña de invierno, de nueva especie, Flaminino había conquistado

(1) Filipo, no obstante, había devuelto á la liga, al comenzar esta campaña, Orcomenes, Hebea y la Trifilia, y á los eleanos Alífera (Tito Livio, XXXII, 5).

(2) Los acarnanios se mantuvieron fieles á Filipo hasta Cinoscéfalos.

la Grecia, reduciendo á Filipo á las únicas fuerzas de su reino, y ahora podía atacarle de frente. Al volver la primavera fué á buscarle hasta Ferres, en Tesalia, á la cabeza de veintiséis mil hombres, entre los cuales contábanse seis mil griegos y quinientos cretenses. Filipo, que hacía veinte años gastaba sus fuerzas en locas empresas, no pudo reunir veinticinco mil soldados más que alistando hasta á los chicos de diez y seis años (1); en estas fuerzas incluíanse diez y seis mil falangistas.



Cabeza de elefante caparazonado (2)

La diplomacia del Senado, más bien que sus armas, había obtenido los honores de la primera guerra de Macedonia. Esta vez la legión, con sus rápidos movimientos y sus armas arrojadizas, los dardos y el terrible *pilum*, deberá habérselas con la falange de Alejandro, que desde hacía cerca de siglo y medio era considerada como la más formidable máquina de guerra que el hombre había conocido.

Los romanos se hallaban en las orillas del golfo Pagasético, cerca de su flota, y Filipo en Larisa, su cuartel general. Los dos ejércitos marcharon al encuentro uno de otro, y durante dos días avanzaron separados solamente por una cordillera, sin que ninguno sospechara aquella peligrosa vecindad.

La batalla se libró en junio de 197 cerca de Escotusa, en una llanura sembrada de colinas conocidas con el nombre de Cabezas de Perro, *Cinoscéfalos*. La caba-

(1) Tito Livio, XXXIII, 1-3.

(2) Bronce de la antigua colección Greau, según el catálogo de venta.

lleva etolia empuñó la acción, y Filipo no tuvo tiempo ni medios de alinear su falange. En aquel terreno accidentado, perdía su fuerza con su unidad; el choque de los elefantes de Masinisa, un ataque hábilmente dirigido sobre su retaguardia y la presión desigual de los legionarios, la rompieron, quedando ocho mil macedonios en el campo de batalla. La destrucción de esta falange, que los griegos creían invencible, infundióles admiración hacia el valor y la táctica de los romanos, y el mismo Polibio participó de ella.

Filipo se refugió con los restos de su ejército en la ciudad de Gonnos, á la entrada de los desfiladeros de Tempé, donde se halla el camino de Tesalia á Macedonia; allí protegía su reino; pero no teniendo ya suficientes fuerzas para continuar la lucha, solicitó entablar negociaciones. Los etolios querían continuar la guerra sin tregua, pero Flaminio se opuso, ensalzando la humanidad de los romanos. «Fieles á su costumbre de perdonar á los vencidos, díjoles, no derribarán un reino que protege la Grecia contra los tracios, los ilirios y los galos;» y cuya existencia, hubiera podido añadir en alta voz si se hubiese atrevido, era necesaria á la política del Senado para reprimir la turbulencia de los etolios. Filipo retiró sus guarniciones de las ciudades y de las islas de Grecia y de Asia que aún ocupaban, dejó libres á los tesalios y dió á Perrhebes, es decir, á los romanos, la ciudad de Gonnos, verdadera puerta de su reino. Entregó su flota, menos cinco barcos de transporte; licenció su ejército, conservando solamente cinco mil hombres; comprometióse á no adiestrar un solo elefante de guerra; pagó quinientos talentos, obligándose á satisfacer cincuenta como tributo anual durante diez años, y juró no hacer guerra alguna sin consentimiento del Senado.

Después de desarmarle, se le humilló como rey, obligándole á recibir y dejar libres é impunes á los macedonios que le habían vendido. Flaminio estipuló hasta la independencia de los orestinos, tribu macedónica que se había sublevado durante la guerra y cuyo país era una de las llaves del reino por la parte de la Iliria romana. Para garantizar estas condiciones, Filipo dió rehenes, entre los cuales los romanos quisieron que figurara su joven hijo Demetrio.

En el momento en que Macedonia se sometía á este tratado desastroso, el rey de Siria, Antíoco, preparaba sus fuerzas á instigación de Aníbal. «Flaminio, dice Plutarco, colocando oportunamente la paz entre aquellas dos guerras y terminando la una antes de que comenzara la otra, desvaneció de un solo golpe la última esperanza de Filipo y la primera de Antíoco.»

Los comisarios que el Senado agregó á Flaminio querían que las guarniciones romanas sustituyeran á las del rey en Corinto, en Calcis y en Demetriadé; pero esto hubiera sido desenmascararse demasiado, haciendo comprender á los griegos muy pronto que, puestas en manos de Roma «las trabas de Grecia,» toda libertad sería ilusoria. La opinión pública, tan variable en semejante país, era temible, y ya los etolios, los más atrevidos de todos, agitábanla con discursos y canciones, asegurando que su caballería había ganado la batalla de Cinoscéfalos, acusando á los romanos de no reconocer sus servicios y burlándose de los griegos, que se creían libres porque se les había puesto en el cuello las cadenas que llevaban en los pies. Flaminio comprendió bien que el mejor medio de acabar con aquellas acusaciones y de vencer de antemano á Antíoco, que amenazaba pasar á Europa, era empleando contra este rey el arma que tan buen resultado produjo contra Filipo, es decir, la libertad de los griegos.

## III. — PROCLAMACIÓN DE LA LIBERTAD DE GRECIA

Durante la celebración de los juegos ístmicos, á los que había acudido toda la Grecia, un heraldo impuso silencio de improviso y promulgó el siguiente decreto: «El Senado romano y T. Quintio, vencedor del rey Filipo, devuelven sus franquicias, sus leyes y la inmunidad de guarniciones y de impuestos á los corintios, á los focidios y á los locrios, á la isla de Eubea y á los pueblos de Tesalia. Todos los griegos de Europa y Asia son libres.» Al oír estas palabras prodújose una alegría inmensa; la asamblea hizo repetir dos veces el decreto, y poco faltó para que Flaminino pereciera sofocado bajo el peso de las flores y las coronas. «¡Había, pues, en la tierra una nación, exclamaban, que combatía por su cuenta y riesgo en favor de la libertad de los pueblos, que cruzaba los mares para ahuyentar toda dominación tiránica, para establecer en todas partes el imperio del derecho, de la justicia y de las leyes!» Al libertador de Grecia se le erigieron, como á un semidiós, varios templos, que Plutarco halló aún en pie tres siglos después, que tenían sus sacerdotes, sus sacrificios y sus cantos. «¡Cantad, doncellas, al gran Júpiter, á Roma y á Tito, nuestro salvador.»

De este modo, aquel pueblo, que no sabía hacer ya grandes cosas por la libertad, amábala aún con pasión y pagaba con una apoteosis la engañosa imagen. Cuando Flaminino se embarcó, los aqueos le llevaron mil doscientos prisioneros romanos de las guerras de Anfibal, que se habían vendido en Grecia y que acababan de rescatar con su propio dinero. Solamente los griegos sabían dar las gracias así.

Roma no tomaba nada de los despojos de Macedonia. La Lócrida y la Fócida volvían á la alianza etolia y Corinto á la de los aqueos. Al rey de Iliria, Pleurato, se le daban Licnidos y el país de los partenios, limítrofe de la Macedonia, y que por lo tanto podía conducir á ella; al jefe de los athamanes, Aminander, todas las plazas que había tomado durante la guerra; á Eumenes de Pérgamo, hijo de Atalo, la isla de Egina; á Atenas, Paros, Delos é Imbros; á Rodas las ciudades de Caria, y Tasos quedaba libre. Si las legiones permanecían en Grecia era porque Antíoco se acercaba, y porque los romanos, según dijeron, querían defenderla después de haberla libertado.

Flaminino tenía además otras miras. A pesar del donativo de Corinto, los aqueos eran incapaces de resistir á Nabis, señor de Githión, de Esparta y Argos. Este Nabis era un tirano abominable, famoso por su crueldad, lo cual no impidió que Roma le admitiera en su alianza; pero expulsóle después, cuando creyó no necesitarle. En una asamblea reunida en Corinto, el procónsul representó á los aliados la antigüedad y la ilustración de Argos, preguntando después «si se debía dejar una de las capitales de Grecia en poder de un tirano. Poco le importaba á Roma, no obstante, que fuera libre ó estuviera sometida. La gloria de haber libertado á Grecia sería indudablemente menos pura; pero si los aliados no temían para sí el contagio de la servidumbre, los romanos no tendrían nada que decir y estarían en favor de la mayoría.» Los aqueos aplaudieron estos hipócritas consejos y armaron hasta once mil hombres; agregáronse otros, y el ejército coligado contó con cincuenta mil hombres, al decir de Tito Livio. Este celo alarmó á Flaminino, quien quería humillar á Nabis, pero no aniquilarle. Sus dilaciones calculadas, así como sus demandas de dinero y víveres, fatigaron á los aliados y dejáronle tratar con el tirano, que entregó la Argólida, Githión y sus ciudades marítimas (195).

De este modo, Nabís quedaba en el Peloponeso contra los aqueos, así como Filipo en el Norte contra la liga etolia. Roma podía volver ahora á llamar sus legiones, pues con aquella palabra engañosa, *la libertad de los pueblos*, había imposibilitado más la unión y hecho más violentos los odios. En cada ciudad tenía, por otra parte, sus partidarios, como en Tebas, donde acababan de asesinar al beotarca Braquilas; y estos hombres, en su ceguera, impelían más á Grecia á la servidumbre; de modo que no era necesario ponerla trabas.

Antes de salir de la Hélade, Flaminino ofreció una corona de oro al dios de Delfos, consagrando en su templo hebillas de plata, en las cuales había mandado grabar versos griegos que celebraban no la victoria de Cinoscéfalos sino la libertad devuelta á las naciones helénicas. Era el santo y seña: los romanos querían parecer libertadores y los griegos se prestaban á esta ilusión. Cuando Flaminino volvió triunfante á Roma, llevó en realidad ese útil protectorado de Grecia que todos los sucesores de Alejandro se habían disputado sin poder conseguirlo (1) (194).

#### IV. — INTERVALO ENTRE LA SEGUNDA Y LA TERCERA GUERRA DE MACEDONIA

(195-172)

Llegamos al fin á la última parte de esta historia. Hemos dejado á Grecia soñando que recobraba su libertad, y con ella la juventud y en efecto, habíase reanimado un instante en su loca alegría; aunque moribunda, regocijóse de la vida y creyó en el porvenir. Por otra parte, como ya hemos dicho, todavía se conservaba fuerza en Etolia, y hasta en la alianza aquea, y la Macedonia estaba intacta; mas ahora abrimos la tumba donde van á sepultarse esas últimas esperanzas. Roma, la ciudad de la espada, arrojará la máscara de falsa dulzura que había tomado con Flaminino, ese romano de Atenas, y se presentará con toda su rudeza bajo las facciones del feroz é ignorante Mummio.

Debemos referir tres peripecias, las tres caídas sucesivas de Etolia, de Macedonia y de la liga aquea: la primera desaparecerá desde luego; las otras dos caerán poco á poco juntas y casi bajo el mismo golpe.

Cuando Flaminino hubo retirado sus legiones, los etolios manifestaron su descontento; habíase proclamado la libertad de todas las ciudades, y esto no les convenía. Creyeron heredar la Macedonia, y no se les daba la Tesalia que codiciaban, ni la Acarnania, ni Leucadia, ni todas las ciudades que el tratado de alianza les prometiera, sino dos pobres países, la Lócrida y la Fócida. Era bien poco por tantos servicios, ó por lo menos así lo decían, jactándose de haber abierto las puertas de Grecia á los romanos, guiando después sus pasos por todas partes. Si se les había de creer, ellos solos vencieron en Cinoscéfalos y ellos solos salvaron el honor y la vida de Flaminino. «Mientras que combatíamos, decía uno con desdén, formando una muralla con nuestros cuerpos, le he visto ocuparse todo el día en auspicios, votos y víctimas, como un sacrificador.» Perjudicados en sus intereses, humillados en su orgullo por la altanería de Flaminino, que no tenía para ellos sino palabras duras, dieron en la idea de castigar tanta ingratitud llevando á Grecia un aliado que no perdiese tan pronto la memoria.

Thoas, el personaje más influyente entre ellos, fué enviado al rey de Siria, Antíoco III, cuyo odio contra los romanos, avivado por Aníbal, era bien conoci-

(1) Tito Livio, XXXIII, 28. Flaminino, sin embargo, no olvidó que el Senado y el pueblo pedían á sus generales que llevasen dinero; y entregó al tesoro 3.713 libras de oro en lingotes, 43.270 de plata y 14.514 filipos de oro (Plutarco, *Flam.*, 14'.

do, é invitóle á trasladar á Grecia el teatro de la guerra, diciendo que los etolios le darían todos los pueblos por aliados. Thoas volvió con un enviado de Antioco, que hizo las más deslumbradoras promesas, ofreciendo las fuerzas del Asia, los elefantes de la India y oro suficiente para comprar la misma Roma. Flaminio avisó primero á los etolios por personas de Atenas, que invitaron al Panetolicón á persistir en su primera alianza.

El consejo no agradó; presentóse el mismo Flaminio, y no obtuvo mejor resultado: Thoas y su partido hicieron decretar, á presencia del general romano, la guerra contra Roma. Y como éste pidiera una copia del decreto, el estratego Damócrito le contestó con loca insolencia: «Muy pronto os daré la contestación desde mi campamento de las orillas del Tíber.» Los etolios no se limitaron á discursos, y dieron principio á las hostilidades con su viveza habitual, emprendiendo en un mismo día, sin declaración de guerra, un triple ataque contra Calcis, Demetriadé y Esparta. Fueron rechazados de Calcis, pero se apoderaron de Demetriadé. Llamados á Esparta por Nabis, presentáronse como aliados y después dieron muerte al tirano, invadieron su palacio, apoderáronse de sus tesoros y saquearon la ciudad. Indignados los lacedemonios, armáronse contra aquellos bandidos, mataron á los unos y expulsaron á los otros. Filopémenes se aprovechó hábilmente de aquella coyuntura; corrió á Esparta con un ejército é indújola á entrar en la alianza. «Agradecidos los lacedemonios, enviáronle ciento veinte talentos, obtenidos de la venta de los bienes de Nabis; pero él les aconsejó que guardaran su dinero para comprar el silencio de las personas que con sus discursos en el consejo llevaban la perturbación y el trastorno á la ciudad.»



Torso de la Victoria, descubierto en Laodicea de Siria (1)

(1) Según los *Archäologisch-epigraphische Mittheilungen aus Oesterreich*, tomo I (1877), tab. II. El torso se conserva hoy en Viena, en la colección del almirante Millosicz. Véase la misma reseña, II (1878), pág. 9, n.º 9 del catálogo. El nombre que se da á la figura justifícase por el enlace de las alas en los hombros. Es un interesante fragmento de escultura decorativa.

Faltaba Antíoco, la esperanza de los etolios, y al fin llegó; pero fué el momento para que unos y otros reconocieran sus mutuas fanfarronadas y su común debilidad. Todos aquellos aliados prometidos por los etolios á Antíoco reducíanse á los magnetes, á los athamanes y varios habitantes de la Elida y de Beocia; y en cuanto al rey, en vez de millones de hombres solamente llevaba diez mil soldados, que no pudo pagar sin tomar á préstamo con crecidos intereses, y cuya manutención solicitó de los etolios. Uniéndose estrechamente con el rey de Macedonia, según el consejo de Aníbal, podía propagar en Grecia un incendio difícil de extinguir; mas lejos de esto, ofendió á Filipo con actos insultantes y proposiciones insensatas; habló de los derechos que tenía de Seleuco, y sostuvo las ridículas pretensiones del hijo de Aminander al trono de Macedonia. En su precipitada fuga, Filipo no había podido tributar los últimos honores á sus soldados caídos en Cinoscéfalos; pero Antíoco recogió sus osamentas en una tumba erigida por su ejército. Esta piadosa solicitud era para el macedonio una amarga censura, y contestó á todas sus provocaciones pidiendo á Roma permiso para combatirle. El rey de Siria, sin embargo, trató de atraer á los aqueos á su favor; y en un *panacaicón* celebrado en Corinto su embajador hizo, con todo el énfasis asiático, la pomposa enumeración de los pueblos que desde el mar Egeo al Indo se armaban por su causa. «Todo eso, contestó Flaminio, se parece al festín de mi patrón de Calcis. En el rigor del verano servíanse en su mesa los más diversos manjares y caza de toda especie; pero eran las mismas viandas disimuladas hábilmente. Mirad bien, y bajo esos nombres amenazadores de medos, de cadusios, etc., no hallaréis nunca más que sirios.» La actividad de Flaminio hizo fracasar una conspiración en Atenas; pero Calcis, á la cual no había tenido tiempo de socorrer, abrió sus puertas y toda la Eubea hizo defección. La Beocia, agitada por algunos hombres acosados de deudas, la Elida y los athamanes, siempre fieles á los etolios, siguieron el ejemplo.

Sin embargo, Aníbal continuaba dando al rey los mismos consejos. «No es preciso ganar, decía, á todos esos pueblos sin fuerza, sino á Filipo de Macedonia; si rehusa, aplastadle entre vuestro ejército y el que Seleuco manda en Lisimaquia. Enviad á buscar á Asia, en fin, vuestras tropas y barcos; que la mitad de la flota se estacione delante de Corcira y la otra en el mar Tirreno, y entonces marchad sobre Italia.» Pero en este vasto plan los etolios y sus intereses desaparecían; hicieron perder la campaña, tomando una después de otra las ciudades de Tesalia, y durante el invierno, Antíoco, á pesar de sus cuarenta y ocho años, olvidó en los placeres de un nuevo himeneo que jugaba su corona contra los romanos. El senado tuvo tiempo de terminar sus preparativos.

En la primavera del año 191, el cónsul Acilio Glabrio franqueó el Adriático y penetró por el Epiro y Tesalia hasta el monte Eta, cuya extremidad forma el desfiladero de las Termópilas. Antíoco, que acababa de sufrir un descalabro en Acarnania contra el más débil de los pueblos griegos, esperó defender el paso con sus diez mil hombres. Catón, jefe consular, sorprendió á dos mil etolios apostados en el Calidromo para defender el sendero de Eñalto; al ver las cohortes romanas bajando del Eta, el rey, que había detenido á Acilices ante sus líneas en el desfiladero, huyó á Elatia, después á Calcis y desde allí á Efeso. La batalla de las Termópilas costó al cónsul ciento cincuenta hombres (julio 191). «¡Que nos pondere ahora Atenas su gloria! exclamaron los romanos; en Antíoco hemos vencido á Jerjes.»

Para estimular el celo de Filipo, el Senado le había cedido de antemano todas las plazas de que pudiera apoderarse; y mientras que Acilio, volviendo sus fuerzas contra los etolios, se obstinaba en los sitios de Heraclea y de Naupacta, Filipo ha-

cía rápidos progresos. Ya había conquistado cuatro provincias, la Aperantia, el país de los dolopes, de los perrhabes y de los athamanes; pero Flaminio le vigilaba. Corre á Naupacta, muestra al cónsul el peligro é indúcele á conceder á los etolios una tregua que desarme al rey de Macedonia. Algún tiempo antes había detenido también una expedición de los aqueos contra Mesena, y dejando entrar esta ciudad en la alianza, había estipulado que podría apelar para todas sus diferencias al Senado ó al tribunal del hábil hombre que seguía siendo su principal agente en Grecia; tribunal parcial dispuesto á escuchar todas las quejas contra los aqueos. Flaminio no guardaba ya consideraciones con este pueblo, que había tomado á los athamanes la isla de Cefalonia. «Así como la tortuga se oculta bajo su concha, les dijo, seréis invulnerables mientras no salgáis del Peloponeso.» Y después de hablarles así, volvió á tomar Cefalonia.

En Efeso, Antíoco se vió seguro otra vez; pero L. Escipión fué á buscarle allí, y por la victoria de Magnesia le rechazó hasta más allá del Tauro (190). Al año siguiente, Manlio Vulso aniquiló con sus victorias sobre los galatas la última resistencia del Asia Menor, ya que perteneció entonces á Roma bajo la servil monarquía de Eumenes de Pérgamo.

Habíase concedido una tregua á los etolios, mas una vez libres los romanos de Antíoco, emprendieron contra ellos la guerra activamente. Al ser vencidos, enviaron al cónsul diputados para pedir la paz, diciendo que consentían en volver á *confiarse* á la fe romana. Estos eran los términos que el Senado exigía; pero cuando el cónsul Manio Acilio les explicó su sentido, manifestando que esto era entregar á Roma á los que fomentaron la guerra, reclamaron al punto, declarando que esto era contrario á la costumbre de los griegos. «Al oírles Manio, levantó la voz, menos por cólera que para hacer comprender á los diputados la situación á que se veían reducidos los etolios é inspirarles gran terror, y les dijo: — Bien os sienta, á la verdad, pequeños griegos, alegar vuestras costumbres y advertirme lo que me conviene hacer, después de haberos confiado á mi fe. ¿Sabéis que de mí depende cargaros de cadenas? — Y acto continuo mandó traer algunas, así como collares de hierro, y ordenó que se las pusieran. Tal fué el espanto de Feneas y los demás diputados, que sus rodillas se doblaban. Pero algunos tribunos que se hallaban presentes rogaron á Manio que tuviera consideraciones, dado el carácter de embajadores de que los griegos iban revestidos, y que no los tratara con rigor. El cónsul se dulcificó y dejó hablar á Feneas.....» (Polibio.)

Los etolios discutieron en vano y hubieron de someterse á las condiciones que el Senado imponía: reconocer la supremacía de Roma, tener los mismos amigos y enemigos que ella, entregar sus armas y sus caballos, pagar una contribución de mil talentos, y por último, entregar á los romanos como garantía cuarenta rehenes que el Senado designaría.

Y he aquí otro nombre borrado de la historia.

Este rudo golpe, descargado tan cerca de los aqueos contra los primeros amigos de Roma, debía ser para ellos una advertencia, pues quedaban á descubierto por todas partes, siendo difícil su situación. En su asamblea, defendíanse diversos sistemas de conducta. «No es posible, deciales Aristenes, que sigáis siendo amigos de los romanos, presentándoles á la vez el caduceo y la lanza; si somos bastante fuertes, marchemos contra ellos, y si no, obedezcamos. Toda política tiene dos objetos, lo bueno y lo útil, y no se puede esperar lo uno sin que al menos obtengamos lo otro. O bien demostramos que somos bastante fuertes para no obedecer, ó si hacemos esto, que sea de buena voluntad y cuanto antes.» Filopémenes rehusaba poner esta buena voluntad en la servidumbre y no se hacía ilusiones hasta el punto

de creer formalmente en la duración de la liga y en su independencia; «cuando los romanos, dice Polibio, exigían una cosa conforme á las leyes y á los tratados, ejecutábanla en el acto y sin discutir; pero cuando sus pretensiones traspasaban estos límites, querían que por de pronto se les diesen á conocer las razones que hubiera para no avenirse y después que se apelara á las súplicas para que se encerraran en los tratados. Si se mantenían inflexibles, era preciso tomar los dioses por testigos de la infracción.... ¿Debemos unirnos con todas nuestras fuerzas á los que mandan, decía después, y obedecer sin oposición las órdenes más duras, ó bien resistirnos cuanto sea posible y retardar nuestra esclavitud?... ¿Tanta prisa te corre, dijo un día á Arístenes, ver el último día de Grecia?» Esas dos políticas, añade Polibio, eran sabias y seguras; pero junto á esos dos partidos, separados solamente por una ligera diferencia, había un tercero, al que muy pronto oiremos expresarse por boca de Calícrates, uno de aquellos cobardes que estaban dispuestos á sufrir todas las humillaciones en cambio de los favores de Roma.

El objeto de Filopémenes era encerrarse en el Peloponeso para vivir allí tan libres como fuera posible y evitar que se introdujeran los romanos. Durante la guerra de Antioco sucedió que Esparta, siempre mal dispuesta para la liga, trató de separarse; mas el pretor aqueo Diofanes marchó contra ella, llamando en su auxilio á Flaminio. «¡Desgraciado, le dijo Filopémenes, guárdate bien de introducir á los romanos entre nosotros!» Y como Diofanes no hiciese aprecio de sus observaciones, encerróse en Esparta y la defendió hasta contra los aqueos. Otra vez, el Senado rogó á éstos que permitieran á los desterrados volver á Esparta; pero Filopémenes se opuso, no porque fuese contrario á la causa de aquellos proscritos, sino á fin de que no contrajesen ninguna obligación con Roma.

Cuando Lacedemonia, que desde sus antiguas instituciones conservaba, hasta en su decadencia, un vivo sentimiento de nacionalidad, pidió al Senado que la librase del yugo de la alianza aquea, Filopémenes procedió contra ella con un rigor que indignó á Plutarco, quien por primera vez tacha á su heroe de injusto y cruel. Filopémenes mandó dar muerte á ochenta espartanos, ó á trescientos cincuenta según otro historiador; había derribado las murallas de la ciudad, suprimiendo sus instituciones; dió una parte de su territorio á los megalopolitanos, transportó á la Acaya una parte de los habitantes y vendió tres mil en pública subasta. Había querido ablandar aquella ciudad refractaria y ahogar la voz que se elevaba en el Peloponeso contra la liga, llamando á los romanos.

Si la elevación de sentimientos de Filopémenes pudiera ser dudosa, nos inclinamos á ver en esa conducta un efecto del odio del megalopolitano contra Esparta; y se atribuiría á un motivo semejante la grave modificación que introdujo en la constitución de la liga. Me refiero á la ley por la cual la asamblea, en vez de reunirse exclusivamente en Egión, sería convocada por turno y sucesivamente en todas las ciudades confederadas. Por este medio Filopémenes quería dar satisfacción á todas aquellas, algunas de las cuales, como Esparta, no se habían acostumbrado aún á la idea de reconocer por su capital y centro una pequeña ciudad perdida en la extremidad del Peloponeso, sin gloria alguna en el pasado. Esta medida era excelente, y si Arato la hubiese adoptado, tal vez se hubiera obtenido la unidad del Peloponeso.

Cierto es que la liga, gracias á Filopémenes, recobró bastante fuerza y brillo para que le enviaran embajadas los reyes de Oriente, Seleuco Filopator, Eumenes y Ptolomeo Epífanes. Se aceptó la alianza de estos monarcas, pero no sus donativos; Eumenes, pérfido aliado, enviaba ciento veinte talentos para colocarlos á interés y obtener una renta anual para pagar los gastos de los individuos del consejo

aqueo; pero Apolónidas de Sicione recordó que la ley prohibía á los aqueos recibir presentes de los reyes.

Roma había visto con malos ojos la energía desplegada por Filopémenes, y algunos lacedemonios fueron á quejarse de la revolución efectuada con tanta violencia en su país, por lo cual el Senado envió embajadores para resolver por sí mismo aquella cuestión. Apio Claudio se presentó en la asamblea general de los aqueos, acompañado de los denunciadores espartanos, á quienes aquella acababa de condenar á muerte; y Licorta, padre de Polibio, estratego entonces, recordó la libertad proclamada en los juegos ístmicos por Flaminino, atreviéndose á decir, con aplauso de todos los diputados, que si Roma en Italia descargaba el hacha contra los senadores campanianos, la liga aquea podría reivindicar en el Peloponeso un derecho semejante contra los traidores. A esto contestó Apio aconsejando enérgicamente á los aqueos que se atrajeron el favor del Senado, mientras eran dueños de sus acciones, si no querían verse reducidos muy pronto á obrar contra su voluntad.

En Mesena, Filopémenes había dispensado su protección al partido democrático, favorable á la alianza; mas apenas supo la oligarquía que el Senado había acogido muy bien á los denunciadores espartanos, apresuróse á enviar á su jefe Dinócrates á Roma. Pronto volvió acompañado de Flaminino, que iba á pedir á Prusias la cabeza de Aníbal.

El romano se detuvo en Mesina solamente el tiempo necesario para producir una revolución; la ciudad rompió con la liga, y envió sus tropas para apoderarse de Coronés. Filopémenes, que contaba ya setenta años y era estratego por octava vez, hallábase entonces atacado de la fiebre en Argos; mas al recibir aquella noticia, marcha á Megalópolis y llega al mismo día, después de recorrer veinte leguas de una tirada. Reune un cuerpo de caballería, avanza contra el enemigo y le rechaza; pero rodeado por fuerzas superiores, le es forzoso retroceder, y él mismo cubre la retirada de los suyos. En el paso de un desfiladero, como su gente huía con demasiada rapidez, queda abandonado en medio de enemigos; su caballo tropieza y arrójale violentamente al suelo, donde queda privado de sentido. Los mesenios se apoderan de él, y cuando vuelve en sí, le agobian con los más indignos ultrajes. Después se le conduce á Mesenia cargado de cadenas, como un criminal, y enciérranle en una prisión subterránea, sin aire y sin luz. Sin embargo, algunos mesenios se interesan por él. «No se debe olvidar, dicen, que nos ha devuelto la libertad expulsando al tirano Nabis.» Algunos, no obstante, deseosos de complacer á Dinócrates, pedían que se le aplicase la tortura; mas esto exigía tiem-



Cabeza de caballo (1)

(1) Fragmento de mármol descubierto en Tarento y conservado en el museo Británico (según el *Diario de estudios helénicos*, lám. XXIV).

po, y Dinócrates, temiendo la vuelta de los aqueos, deseaba concluir cuanto antes. Apenas llegada la noche, y cuando los mesenios se hubieron retirado, hizo abrir la prisión y ordenó al ejecutor que llevara á Filopémenes el tósigo. El cautivo estaba echado en su manto; al ver la luz y aquel hombre en pie delante de él, con una copa en la mano, incorporóse trabajosamente á causa de su debilidad y tomó el veneno, preguntando al ejecutor si sabía algo de aquellos caballeros, sobre todo de Licortas. El hombre le contestó que la mayor parte se habían salvado; dióle gracias Filopémenes con un movimiento de cabeza y mirándole con dulzura le dijo: «¡Qué satisfacción es para mí saber que nuestra desgracia tiene límites!» (Plutarco.)

La noticia de su muerte sembró la consternación entre los aqueos, pero tam-



La Victoria llevando una antorcha en la mano (1)

bién despertó el deseo de venganza. La asamblea reunida en Megalópolis eligió á Licortas por estratego y emprendióse la marcha contra Mesena, recorriendo la campiña á sangre y fuego. Atemorizada la ciudad, abrió sus puertas; Dinócrates, sin esperar al enemigo, se dió muerte, muchos de sus partidarios le imitaron, y los que habían pedido el tormento para el glorioso cautivo, fueron condenados á sufrirlo: Licortas mandó ahorcar á los unos y fustigar á los otros hasta que murieran. «Se quemó el cuerpo de Filopémenes y después de haber recogido las cenizas en una urna, el ejército salió de Mesena sin confusión, desplegando en aquel convoy fúnebre una especie de pompa militar y triunfal. Los aqueos marchaban coronados de flores, pero vertiendo lágrimas, y seguíanles los prisioneros mesenios cargados de cadenas. Polibio, hijo de Licortas, rodeado de los aqueos más notables, llevaba la urna, cubierta de tantas banderetas y coronas que apenas se podía ver. Cerraban la marcha los caballeros, revestidos de sus armas y montando caballos ricamente enjaezados; pero no manifestaban señales de tristeza que correspondieran á tan imponente duelo ni señales de alegría proporcionadas á tan brillante victoria.

» Los habitantes de las ciudades y de los burgos que se hallaban á su paso salieron para saludar los restos del gran hombre, con el mismo apresuramiento que acostumbraban á mostrar cuando volvía de sus expediciones; y después de haber tocado la urna, acompañaron el convoy hasta Megalópolis. Muchos ancianos, mu-

(1) O. Benndorf, *Griechische und Sicilische Vasenhilder*, tab. XIX, n.º 3. — La Victoria (NIKE) se dirige hacia la derecha, llevando una antorcha en la mano.

eres y niños, mezclados en la multitud, proferían gritos penetrantes, que desde el ejército resonaban hasta en la ciudad; y los habitantes contestaban á ellos con gemidos, porque comprendían bien que con aquel gran ciudadano habian perdido su preeminencia entre los aqueos.» (Plutarco.)

¡Poca cosa era aquella mezquina preeminencia! La verdadera pérdida fué la que Grecia sufrió al caer el último sostén de su dignidad. «Así como las madres, según dicen, aman más á los hijos que han tenido en la edad madura, del mismo modo Grecia, habiendo dado á luz á Filopémenes en su vejez, después de todos los grandes hombres que había producido, le amó con singular cariño y llamóle el último de sus hijos.»

Después de él, los hombres que cifraban en Roma la esperanza de su fortuna levantaron la cabeza, y la traición habló en alta voz. Calícrates, á quien se envió á Roma, dijo en pleno Senado: «Padres conscriptos: á vosotros mismos debéis culparos de que los griegos no sean más dóciles á vuestras órdenes. En todas las repúblicas hay dos partidos, uno que aconseja olvidar las leyes, los tratados y todas las demás consideraciones cuando se trata de complaceros, y el otro que pretende que es preciso atenerse á las leyes y á los tratados. El parecer de estos últimos es mucho más agradable al pueblo, y por eso se desprecia á vuestros partidarios y no se les honra; pero si el Senado romano indicase algún deseo sobre este punto, los jefes abrazarían desde luego su partido y el temor obligaría á los demás á seguirle ejemplo.» El Senado contestó «que sería apetecible que los magistrados de cada ciudad se asemejaran á Calícrates.» Cuando aquel hombre volvió á su patria con cartas del Senado, se le eligió estratego (179). Roma podía, pues, sin ningún temor, dejar á la alianza vivir miserablemente algunos días más, mientras que iba á descargar el golpe decisivo contra el poder renaciente de Macedonia.

## CAPITULO XXXVIII

### TERCERA GUERRA DE MACEDONIA (171-168)

#### I. — ULTIMOS DIAS DE FILIPO, PERSEO

La derrota de Antíoco y la ruina de los etolios habían satisfecho el orgullo humillado de Filippo, pero le privaban de los únicos auxiliares que hubieran podido salvarle. Ahora estaba solo ante Roma, y por los ultrajes que ésta le prodigaba, debía comprender que se había resuelto su ruina. En pago de su alianza durante la guerra de Antíoco, el Senado se avino á cederle las conquistas que pudiese hacer; mas apenas alcanzó la victoria de las Termópilas, contuvo sus progresos. Cuando estaba á punto de apoderarse de Lamia, en Tesalia, Acilio le ordenó levantar el sitio; y después de haber conquistado la Athamania, dejó á los etolios tiempo para arrojarle de allí. Como se le vigilaba demasiado en Grecia, Filippo se volvió hacia la Tracia, y con poco ruido pudo hacer conquistas importantes, dejando sus guarniciones en las ciudades marítimas de Enos y de Maronea; mas por este lado, Eumenes vigilaba todos sus movimientos y le denunció á Roma. Apenas se supo que los desterrados de Maronea y de Enos eran bien acogidos, acudieron tesalios, magnetes, athamanes, etc., y el Senado envió tres comisarios, que para demostrar á todos

los griegos su humillación y debilidad, obligaron al rey á comparecer ante ellos como un acusado vulgar. Los tesalios dijeron que les había tomado quinientos jóvenes de las primeras familias; que había destruido el puerto de Tebas, en Patiótida, en beneficio de Demetriade, y tendido lazos á todos los diputados que enviaron á Flaminio. «Como esclavos librados de repente, repuso el rey, esos hombres no saben usar de la libertad sino para insultar á su señor; y por lo demás, añadió con altanería el sol no se ha puesto por última vez.» ¿Se necesitará decir que los comisarios fallaron contra él (185)? Tito Livio y Polibio le acusan de una crueldad que era habitual á todos los reyes, y el primero refiere en prueba de ello una historia en que se ve hasta qué punto era dura la vida de aquel tiempo. Filippo había mandado dar muerte á uno de los principales tesalios y á sus dos yernos. Las viudas tenían cada cual un hijo de corta edad: la una rehusó volver á casarse; la otra se unió con Poris, el más notable ciudadano de Enia, en la Calcidia, y murió después de haberle dado varios hijos. Su hermana, Teoxenes, á fin de velar más de cerca por la educación de sus sobrinos, unió su suerte á la de Poris y fué una verdadera madre para todos aquéllos. Poco después se publicó una orden del rey, previniendo que se le entregaran los



Moneda de Maronea (1)

hijos de los que él había condenado á muerte; y como esto era imponerles la última pena ó la infamia, Teoxenes declaró que los mataría antes de abandonarlos, mientras que Poris trató de huir. Se embarcó de noche con todos los suyos para conducirlos á Atenas; mas como el viento fuese contrario, cuando el día amaneció aún se hallaban á la vista del puerto, y una nave corrió en su persecución. Teoxenes, previendo este peligro y resuelta á librar de él á sus hijos, había tomado armas y veneno. «La muerte, les dijo, es nuestro único recurso; he aquí dos medios para conseguirla.» Los unos tomaron el veneno y los otros el puñal; después los arrojó al mar moribundos y precipitóse ella misma con su esposo en medio de las olas.

Por acostumbrado que uno estuviese á semejantes cosas, aquel fin trágico de toda una familia horrorizó á todos, y el piadoso historiador quiere que desde aquel día los dioses señalaran á Filippo como víctima. Roma iba á encargarse de ejecutar el decreto del Altísimo.

La intervención de los dioses no era necesaria; bastaba la política, y el rey la empleaba contra sí por sus imprudentes medidas, que Roma debió considerar como provocaciones. Bueno era abrir minas, crear nuevos impuestos y favorecer el comercio; pero no buscar el aumento de la población de su reino por procedimientos asiáticos, que despertaron contra él odios sin reportarle muchas ventajas. Las ciudades marítimas le eran poco afectas, y por esta causa transportó los habitantes á la Peonia, sustituyéndolos con bárbaros. Bajo pretexto de auxiliar á los bizantinos, hizo una incursión en el interior de Tracia, batió á varios reyes secundarios y trajo de aquel país una colonia numerosa, en la cual esperaba reclutar soldados. Prusias

(1) Cabeza de Dionisio coronada de yedra, en el anverso. En el reverso: MAPONITON ΔΙΟΝΥΣΕΩΝ ΣΩΤΗΡΟΣ. Dionisio desnudo y de pie, á la izquierda, con la clámide en el brazo, dos bustos y un racimo de uvas. En el campo, dos monogramas de nombres de magistrados. Plata.

estaba en guerra con el rey de Pérgamo; envióle auxiliares, y recordando los planes de Aníbal, excitó á los bárbaros del Danubio, por secretos emisarios, á unirse con él para marchar sobre Italia. Su jefe prometió dar su hermana en casamiento al hijo del rey. A fin de apoyar estas negociaciones, asegurando su influencia en la Tracia, fundó la ciudad de Filipópolis en las orillas del Hebre, no lejos del Hemus. Decíase que desde lo alto de esta montaña se podía abarcar con la mirada el Ponto-Euxino, el Adriático, el Danubio y los Alpes; y Filipo quiso emprender la ascensión para reconocer desde allí el camino más corto á Italia, pues contando poco con Grecia, á la cual conocía bien, soñaba en comenzar de nuevo la expedición de Aníbal. Necesitó tres días para llegar á la cumbre, oculta en una espesa niebla, y erigió allí dos altares á Júpiter y al Sol, pero solamente vió las fértiles llanuras de la Mesia y de la Tracia. Cuando regresó, la noticia de aquella singular expedición y de la impotente amenaza corría ya hacia Roma. Poco tiempo antes, Filipo, á fin de adormecer la vigilancia del Senado, hábale enviado á su hijo Demetrio, quien por su permanencia en Roma como rehén, y por las calculadas atenciones que se le dispensaron, declaróse en favor de los intereses romanos; y con su mortífera habilidad, el Senado, introduciendo la división y el odio hasta en la casa real, contestó que perdonaba al padre por consideración al hijo. Demetrio debía pagar con la vida estas pérdidas consideraciones.

Filipo quiso oír todos los días la lectura de su tratado con los romanos á fin de alimentar su resentimiento. Sus emisarios habían vuelto ya de las orillas del Danubio y dijéronle que un pueblo numeroso, celebrado por su valor, el de los bastarnes, aceptaba sus ofrecimientos. Filipo prometía á estos bárbaros un camino libre para llegar á Tracia, donde había sembrado ya el terror con sus armas, y asegurábales además víveres, la paga de guerra y fértiles tierras en el país de los dardaneos. Aniquilado este último pueblo, pensaba impulsar á los bastarnes contra Italia, mientras que él mismo sublevaría la Grecia, invocando la libertad para todos los reyes.

Pero la siniestra previsión del Senado iba á dar sus frutos. De regreso á Macedonia, Demetrio encontró un partido poderoso que á toda costa quería la paz y que puso á su cabeza al amigo de los romanos. Los partidarios de la guerra tenían por jefe á un hermano mayor de Demetrio, Perseo, que nacido de una mujer de humilde cuna, temía que Filipo dejara su corona á Demetrio; para perder á este rival, representóle al rey como un traidor, impulsado por Flaminio y por su ambición á robarle el poder. El desgraciado padre vacilaba entre aquellos dos hijos; pero cierto día preséntase Perseo, dice que su hermano ha querido darle muerte en un torneo, y á la noche siguiente asalta su morada con varios hombres armados. Demetrio intenta huir á Roma, para volver sin duda con las legiones. Filipo le interroga; el crimen parece probado, y como el joven príncipe había tratado de apelar á la fuga, el rey determina darle muerte en secreto. Invitado por el gobernador de la Peonia, depositario de las órdenes del rey, á un banquete de sacrificio, Demetrio fué á Heraclea, donde se celebraba la fiesta; allí se mezcló veneno con los manjares sagrados, y como el dolor arrancase ruidosos gritos al príncipe, le sofocaron bajo las ropas del lecho (182). Dícese que Filipo reconoció más tarde su inocencia y que el dolor le condujo á la tumba (179).

## II. — PERSEO (177-168)

Los romanos han querido deshonrar á Perseo después de vencerle; sus historiadores han usado contra él del derecho de la guerra, *ex victis*, y los modernos han seguido el ejemplo. Pero ¿no acusa Tito Livio de impericia á Aníbal? Sin embargo,

elogia en Perseo la pureza de las costumbres, la majestad real de su persona, su destreza en los ejercicios y en los trabajos de la paz y de la guerra; pero también le acusa vagamente de haber dado muerte á su esposa y le atribuye el asesinato de Demetrio. Según su mismo relato, no obstante, Perseo debía creerse verdaderamente amenazado: representáale como un avaro que se cuida más de sus tesoros que de la corona, siendo así que, cuando las ciudades de Macedonia fueron espontáneamente á ofrecerle sus subsidios, los rehusó; y cuando Cotis le hubo servido seis meses con dos mil auxiliares, dióle para su caballería cincuenta talentos más de lo que le había prometido. Más adelante veremos si hay algo que justifique su conducta con Gencio y los bastarnes. En su reino, Perseo supo granjearse el afecto y la fidelidad de sus súbditos; y en el exterior, elevó á tanta altura la consideración de Macedonia, que durante diez años las miradas del mundo estuvieron fijas en él. En cuanto á los asesinatos que se le atribuyen, ó bien faltan las pruebas, como para la historia de Ramio de Brindis, ó ya entran en esa política de perfidias y asesinatos adoptada entonces por todos los reyes y por Roma mismo. Los que habían hecho dar muerte á Aníbal, á Filopémenes y á Braquilas, no debían censurarle por el asesinato de Enmenes. Se ha puesto en duda hasta su valor; pero la verdad es que se halló en todos los combates y que condujo todas las expediciones á Tracia, á la Iliria y al Epiro, contra los dardaneos y la Etolia. Herido en Pidna, en la víspera del combate, precipitóse sin coraza en medio de su falange rota. Perseo no era, pues, ni mejor ni peor que los principales personajes de su tiempo.

Dícese que Filipo había querido dejar el trono al sobrino de su antiguo tutor, Antígono. Perseo se apresuró á deshacerse de un rival peligroso, pero guardóse muy bien de romper de frente con el Senado; puso á sus pies la corona, renovó el tratado concluído con su padre, y durante seis años no pareció ocuparse más que de apartar de sí la atención de Roma. Sin embargo, comprendía que la amenaza estaba suspendida siempre sobre su cabeza y que las causas que habían producido la segunda guerra de Macedonia preparaban una tercera. La terminación de la obra comenzada en Grecia por Flaminio exigía la ruina del reino macedonio, y los senadores romanos no eran hombres para preguntarse si esto sería obrar honradamente. Bastaba que pareciese una cosa útil, y han tenido el arte, practicado con frecuencia desde entonces, de convertir á su víctima en agresor. Perseo no concibió nunca la loca idea de hacer las veces de Aníbal ó de sustituir á Antóco, y ni aun disponía de los recursos que su padre poseyó al comenzar los primeros combates contra Roma. En su consecuencia, no podía pensar más que en organizar la defensa de sus Estados en el silencio y la sombra; pero la preparó enérgicamente.

Su padre le había dejado un tesoro de bastante consideración; aumentóle y acumuló riquezas suficientes para mantener á sueldo durante diez años diez mil mercenarios. No tenía flota; el hecho de crearla hubiera sido una declaración de guerra, y por lo tanto fuéle preciso renunciar; pero arruinó á todas sus ciudades marítimas, que no se hallaban en estado de atender á su defensa; mientras que en sus arsenales reunía lo necesario para equipar y alimentar tres ejércitos. Gracias á sus expediciones á Tracia, Filipo había reclutado y aguerrido sus tropas; las ejercitó, agobiando á los dolopes, que intentaban ponerse bajo la protección de Roma, y pudo contar con cuarenta y cinco mil buenos soldados. Por último, á fin de reunir á su alrededor á todos los macedonios, abrió las prisiones, entregó las sumas debidas al fisco y llamó á los desterrados. Varios edictos públicos que se fijaron en Delfos, en Delos y en el templo de Minerva Itoniana, prometieron seguridad para sus personas y la restitución de los bienes.

Filipo no había podido nunca hacer olvidar á los griegos su crueldad. Perseo

envió á todas las ciudades embajadores para pedir el olvido del pasado y una sincera alianza; y granjeándose por sus beneficios su amistad, devolvió á los atenienses y á los aqueos los esclavos á quienes Filipo ofreciera asilo en su reino. Como la Tesalia era incapaz de gobernarse, aprovechóse de sus divisiones, sostuvo á los pobres contra los grandes, á los deudores contra sus acreedores y consiguió que las guarniciones macedonias volvieran á la mayor parte de las ciudades de que fueron expulsadas por los romanos. El Epiro se había declarado á su pesar contra Filipo, y éste supo atraerle secretamente á su alianza. Los beocios habían rechazado la amistad de su padre; pero aceptaron públicamente la suya por un tratado que se publicó en Tebas, en Delos y en Delfos. A no ser por algunos personajes avisados y prudentes, la Acaya hubiera procedido de igual modo; y á él era á quien los etolios se dirigían cuando su país estaba perturbado. Gencios, reyezuelo de Iliria, á quien atemorizaban la vecindad y las amenazas de los romanos, prometió socorros en cambio de algunos subsidios, y Cotis, rey de los tracios-odrisas, se comprometió á compartir todos sus peligros. El rey de Siria le dió por esposa á su hermana, que fué conducida en una flota rodia; y Prusias, su cuñado, no esperaba más que una ocasión para atacar en Asia al protegido del Senado, Eumenes, á quien parecía muy pesada la amistad de Roma y trataba de obtener otra vez la de Antíoco. Rodas, mal recompensada por sus servicios, y que en la sublevación de la Licia contra ella reconocía la mano del Senado, inclinábase en favor de Perseo.



Busto de Perseo (1)

Este príncipe celebró en Samotracia, durante varios días, una entrevista secreta con los diputados de las ciudades de Asia; y en Cartago, el Senado recibió de noche á sus embajadores en el templo de Esculapio. Por último, treinta mil bastarnes se aproximaban, y el rumor de su marchainfun día consternación é inquietud en Italia.

De este modo, lo que Anibal no había hecho, Perseo parecía dispuesto á cumplirlo; y estimulado por el odio universal que la ambición de Roma despertaba, avanzó más atrevidamente. A fin de mostrar á los griegos las insignias macedonias, que no habían visto hacía veinte años, penetró con un ejército, bajo el pretexto de

(1) Mármol conservado en el museo Británico (según el *Diario de estudios helénicos*, lám. IX). El nombre de Perseo no se ha puesto para este busto sin vacilación, pues se le puede comparar con el del museo del Louvre que dimos á conocer en la *Historia de los Romanos*.

ofrecer sacrificios á Apolo, hasta el templo de Delfos. En Tracia, en Iliria, donde Roma tenía aliados, despojó al tracio Abrupolis y mandó dar muerte al jefe ilirio Artetauros. Dos tebanos querían mantener la Beocia en la alianza de Roma; pero cayeron bajo los golpes de asesinos desconocidos. Alarmado Eumenes al ver cómo renacía la fuerza de los macedonios, fué á denunciarlos á Roma. Reveló al Senado los preparativos de Perseo, sus intrigas para atraerse por todas partes el partido popular en perjuicio de los amigos de Roma, y sus crímenes verdaderos ó supuestos. «Al ver, dijo, que dejáis el campo libre en Grecia, y que nada cansa vuestra paciencia, cree seguro entrar en Italia sin haber encontrado un solo combatiente en su camino.» Eumenes terminó este rencoroso discurso con la acostumbrada invoca-



Monedas de Perseo (1)

ción á los dioses. «A vosotros toca, romanos, resolver sobre lo que reclaman vuestra seguridad y honor. En cuanto á mí, réstame solamente rogar á los dioses y á las diosas que os inspiren el deseo de atender á la defensa de nuestros intereses y los vuestros.» Perseo había mandado á sus propios embajadores que siguieran á Eumenes á Italia; pidieron permiso para contestar, é hicieronlo con altanería, casi con amenazas. «El rey, dijeron, se ve muy apurado para justificarse y tiene empeño en que no se vea en sus palabras ni en sus actos nada hostil; pero si se obstinan en buscar un pretexto para la guerra, sabrá defenderse valerosamente. Los favores de Marte son para todo el mundo y el resultado de la lucha es incierto.»

Eumenes, colmado de regalos, entre los cuales se hallaban las insignias consulares, la silla curul y el bastón de marfil, volvió por Grecia á sus Estados; mientras que Perseo, seguro de que iría á Delfos á ofrecer un sacrificio á Apolo, apostó en el camino varios hombres para que le asesinaran. Para llegar á este famoso templo los romanos hubieran construído una ancha vía, pero los griegos no quisieron nunca tomarse esta molestia. Más arriba de Cirra el camino se elevaba rápidamente, y en cierto sitio, cerca de una casucha, reduciase á un sendero, estrechado por desprendimiento de tierras. Cuatro bandidos se ocultan detrás de la casucha y esperan al rey, que llegaba con sus amigos y sus guardias. A medida que subía el séquito real, se estrechaba más; y ya cerca de aquélla, Eumenes se encontró solo frente al jefe etolio Pantaleón. En aquel instante los bandidos hacen rodar grandes piedras, una de las cuales hiere al rey en la cabeza y la otra en el hombro, haciéndole caer desvanecido. Se le cree muerto, y al principio todos huyen, incluso los asesinos, que no creen necesario detenerse para rematar á su víctima. Franquean presurosos las pendientes del Parnaso, y como uno de ellos les seguía con dificultad, dánle muerte

(1) 1. Cabeza de Perseo con diadema, en el anverso. En el reverso: ΒΑΣΙΛΕΥΣ ΠΕΡΣΕΥΣ; el harpa del héroe Perseo; el todo en una corona de encina (plata). — 2. Cabeza del héroe Perseo con el casco alado, que ostenta una cabeza de grifo; lleva el harpa al hombro. En el reverso las letras ΠΕΡ en monograma; águila de pie sobre un arado, en el campo dos letras de taller (bronce).

á fin de que no caiga vivo en manos de los guardias, que reconociendo su reducido número, iban en su persecución.

Sin embargo, el etolio había permanecido cerca del rey protegiéndole con su cuerpo; los amigos y los servidores vuelven; conducen á Eumenes, siempre desvanecido, á su nave; después le llevan á Corinto, y de aquí á Egina, haciendo pasar el barco sobre el istmo. Detuviéronse en la isla, y se guardó el más profundo silencio sobre el hecho; pero los pergaminos, que comprendieron muy bien de dónde partía el golpe, hallábanse demasiado cerca de Macedonia para ocultar el progreso del mal ó de la curación. La noticia de la muerte del rey circuló por Pérgamo, y ya Atalo, su hermano, reclamaba la mano de la reina y la corona.

Hallábase entonces en Grecia un comisario romano, Valerio, que al punto fué á dar cuenta á los senadores de aquel nuevo atentado, haciéndose acompañar por dos testigos para declarar contra el rey de Macedonia. El primero era una mujer, la patrona de Perseo en Delfos, que habiendo recibido carta de él, puso á la disposición de sus servidores la casa en cuya intermediación se cometió el crimen. El segundo testigo, Ramio de Brindis, en cuya morada se alojaban los romanos de distinción que iban á Grecia y los diputados de las naciones extranjeras, declaró que, invitado por Perseo para ir á verle, habíale hecho magníficas promesas si consentía en dar un veneno á los romanos que se alojaban en su casa, que el rey designaría.

Perseo, muy maltratado por Tito Livio, ha tenido naturalmente defensores á porfía. Yo no puedo concederle que el asesinato de Eumenes haya sido un invento de los romanos ó una especulación de oscuros bandidos. Suprimir el rey de Pérgamo era un golpe muy útil, que proporcionaba además á Perseo el placer de la venganza; dos motivos que en aquella época eran muy suficientes. Creo, por lo tanto, que es el responsable de la aventura fraguada en Delfos, como no se admita que Ramio, á quien se halló en Grecia de regreso de un viaje á Macedonia, imaginase una fábula que explicara su presencia en Pella, siendo además útil á los proyectos de Roma y á su propia fortuna, pues según las costumbres romanas, esta *delación* debía reportarle muchos beneficios.

¿Debía Perseo tomar atrevidamente la ofensiva y, con la esperanza de sublevar la Grecia, salir de sus montañas macedonias, que parecían inexpugnables baluartes? Sin duda que la audacia hubiera tenido buen éxito algún tiempo y su ejército se habría aumentado con algunos voluntarios; pero esos reyes y esos pueblos que tantos votos hacían por él no hubieran osado darle un solo hombre. Antíoco, cuyo hermano se hallaba en calidad de rehenes en Roma, olvidábase para disputar á Filometo la Celesiria; y Masinisa, que acababa de tomar á Cartago (174) una cuarta provincia con setenta ciudades, compraba el silencio complaciente de Roma á cambio de importantes auxilios. Eumenes había atraído á su causa á Ariarate; Rodas no osaba rehusar al Senado naves y Ptolomeo las ofrecía. Todo le faltaba á Perseo: si Cotis, rey de los odrises, estaba en su favor, otros jefes tracios estaban por Roma;



Esculapio (1)

(1) Busto de mármol del Gabinete de Francia (n.º 3.278). El tipo del dios médico nos es conocido por un gran número de monumentos que justifican el nombre dado á este busto.

Gencio, príncipe cruel y libertino, quería que se pagase á peso de oro un auxilio irrisorio; y los bastarnes pedían para la infantería cinco monedas de oro por hombre, diez por cada jinete y mil para los jefes. Estos auxiliares recordaban por sus exigencias á los galatas del Asia Menor, que tanto habían hecho sufrir á los reyes de Oriente; y Perseo, desconfiando mucho, prosiguió la negociación lentamente; de modo que en el momento de la lucha se hallaba solo.

### III. — BATALLA DE PIDNA

El Senado no envió por lo pronto más que un pretor con cinco mil hombres; pero siete comisarios precedían al ejército y recorrieron la Grecia, donde su sola presencia bastó para destruir el efecto de seis años de prudencia y de concesiones, prueba evidente de la fragilidad del apoyo á que se quería que Perseo hubiese confiado su fortuna. En Tesalia todas las ciudades no ocupadas por los macedonios dieron rehenes, que los romanos encerraron en Larisa. En Etolia, donde sangrientas disensiones gastaban la poca fuerza que al pueblo le quedaba, hicieron nombrar estratego á uno de sus partidarios, y deportaron á Italia á todos aquellos á quienes se designó como enemigos de Roma. En Beocia rompieron la liga, atrayendo todas las ciudades á su alianza; en el Peloponeso, los aqueos, vacilantes algún tiempo, prometieron enviar mil hombres á Calcis para defenderla; y por último, la Acarnania y hasta el Epiro mostraban un apresuramiento de buen augurio. Desde lo alto de sus montañas, Perseo contemplaba las excursiones y movimientos de los embajadores romanos, y dejábase arrebatar la Grecia sin arriesgar por ella un combate, como si no valiese siquiera el honor de una batalla. En vez de obrar, negociaba, y después de haber provocado á su implacable enemigo, deteníase, perdiendo voluntariamente la única probabilidad que le quedaba, no de triunfar, sino de caer con gloria, después de agitar tal vez el mundo algún tiempo.

Mientras que el pretor tomaba posición con su escaso ejército en la Dasaretia, Perseo enviaba dos embajadas á Italia para solicitar una tregua, que Marcio, jefe de la diputación romana, se apresuró á concederle, á fin de que el Senado tuviera tiempo para terminar sus preparativos. En Roma se hizo esperar á sus diputados cinco meses para contestarles; mas apenas la primavera permitió emprender la campaña, recibieron orden de salir de Italia. Detrás de ellos, el cónsul Licinio desembarcó cerca de Apolonia, atravesando después sin obstáculo el Epiro, la Athamania y los desfiladeros de Gomfi; Perseo le espera al pie del monte Osa, á la entrada del valle de Tempé, único camino para pasar desde Tesalia á Macedonia. Este desfiladero, largo y angosto, donde el Peneo se abre con violencia un paso que le disputan las últimas rocas del Osa y del Olimpo, era en la antigüedad el sitio más famoso por sus bellezas pintorescas y su salvaje grandiosidad. En las cercanías de este lugar poético, en Securión, fué donde se encontraron por primera vez los soldados de Perseo y los de Roma. La ventaja no fué para estos últimos, y Licinio llevó la peor parte en una escaramuza que hubiera podido convertirse en batalla general si Perseo hubiese hecho intervenir á su falange. Al cruzar otra vez el Peneo durante la noche, el romano dejó en la otra orilla más de dos mil cuatrocientos de los suyos muertos ó prisioneros.

Grecia, atenta á lo que pasaba, aplaudió esta primera victoria; mas Perseo se detuvo y pidió la paz, ofreciendo el tributo y la renuncia á sus conquistas. El cónsul vencido exigió que se pusieran él y su reino á disposición del Senado; pero no supo justificar este altivo lenguaje: sufrió un segundo descalabro cerca de Falana, y fué á invernar en Beocia después de tomar algunas ciudades de Tesalia. Una vic-

toria naval alcanzada á la altura de Orea y varios triunfos en Tracia, obtenidos por un oficial de Eumenes, determinaron aquella campaña en favor de Perseo. La odiosa conducta del cónsul y del pretor Lucrecio, que saqueaban sin vergüenza á los aliados, acrecentó el descontento; varios cantones del Epiro se declararon abiertamente en favor de Perseo, y la Etolia y la Acarnania se agitaron.

Pronto llegó un nuevo cónsul, tan implacable como el anterior, A. Hostilio. Al atravesar el Epiro, faltóle poco para caer en manos de un partido contrario; y la campaña correspondió á este primer percance. Hostilio comenzó por sufrir una derrota y perdió el año buscando un paso para penetrar en Macedonia; pero en todas partes Perseo le hacía frente en sus inexpugnables posiciones. Los dos jefes que atacaban por mar y por el lado de Iliria, no fueron más felices; uno de ellos señalóse únicamente por el saqueo de Abdera; y el otro, Casio, apostado en Lignidus, perdió seis mil hombres en una empresa mal conducida contra Uscana. Apenas supo Perseo que los romanos se habían retirado prematuramente á sus cuarteles, corrió á castigar á los dardaneos, á quienes mató diez mil hombres, y pasó el invierno ocupado en tomar algunas plazas de Iliria, donde hizo seis mil prisioneros romanos. Quería cerrar por esta parte las cercanías de Macedonia y provocar tal vez la defección de Gencio. El rey bárbaro pedía ante todo dinero, mas Perseo lo rehusaba. El Epiro parecía sublevado; y con la esperanza de atraerse la Etolia, penetró hasta Stratos con diez mil hombres, pero los romanos habían entrado en la plaza.

Esta actividad y estos triunfos invitaban á los pueblos vacilantes á valerse de la ocasión para salvarse con él; mas fué el momento en que los embajadores afluyeron á Roma: Atenas, Mileto, Alabanda y Creta renovaban sus promesas de prestar servicios ú ofrecían presentes; Lampsaca solicitó el título de aliada; los cartagineses habían ofrecido un millón quinientos mil fanegas de trigo; Masinisa prometió otro tanto, y además mil doscientas númidos y doce elefantes, habiendo enviado ya veintidós con dos mil auxiliares. Perseo volvía á quedar solo.

Sin embargo, gracias á la impericia de los jefes, aquella guerra comenzaba á ser seria; en Roma se produjo inquietud, prohibióse á los senadores alejarse de la ciudad en más de una milla, hízose en Italia una leva de sesenta mil hombres, y el nuevo cónsul Marcio llevó numerosos refuerzos á fin de llenar las bajas producidas en el ejército por las licencias, que los cónsules y pretores habían vendido. Para desvanecer el efecto de las exacciones de que los griegos habían sido víctimas, dispuso que le precediera un *senatus consultus* por el cual se prohibía suministrar á los generales más de lo que el Senado prefijara.

Los montes Cambunianos y el Olimpo cierran por el Sur la Macedonia, adonde Marcio estaba resuelto á llevar la guerra: era una barrera formidable, y antes de abordarla interrogó á la gente del país sobre los caminos, ó más bien los senderos que allí se encuentran; buscó guías perrhebes y celebró consejo de guerra. Los unos propusieron pasar por Pitión, entre el Olimpo y los montes Cambunianos; los otros, flanquear estas montañas, donde Perseo había acumulado los medios defensivos, y penetrar en el reino por la Elimea y el paso de los Cuarenta-Vados (Sardanaporos), que guardaba la *Vigla ó Centinela*. El camino de Pitión conducía al desfiladero de Petra, cerrado por una fortaleza situada en un pico de roca, sobre la cual se elevan las cimas del Olimpo á 3.000 metros de altura. Hubiera sido una imprudencia aventurarse con todo el ejército en desfiladeros de tan fácil defensa y que se prolongaban mucho más allá de los almacenes formados en Tesalia. Partiendo de Olossona, llegábase antes á Pieria por los *kanalia*; pero era un paso difícil de alcanzar por un ejército y del que le sería á éste más difícil aún descender, porque debería costear cuatro torrentes que en la vertiente oriental habían abierto barran-

cos impracticables. Vistos desde abajo, estos desfiladeros parecen entreabrir la inmensa montaña desde la base á la cima. En cuanto al desfiladero de Tempé, un viajero podía pasar muy bien, pero no una legión mientras lo defendiese una escasa tropa: en el trayecto de cinco millas, una bestia de carga encontraría apenas el espacio suficiente para pasar con su bagaje.

Estas defensas naturales, acumuladas en el camino por donde venían los romanos, debían impedirles, al parecer, la entrada en Macedonia; y además, todos los senderos estaban guardados. Perseo, dando pruebas de una habilidad que se ha desconocido, había apostado diez mil hombres sobre el Volustana para defender los dos desfiladeros de Sarandaporos y de Petra, y situó otros doce mil, al mando de Hippias, sobre el pantano Ascuris, probablemente en el monte Sipoto, á fin de interceptar por este lado los senderos de la montaña. También había apostado tropas en el valle de Tempé, tomando él mismo sus posiciones en Dion, detrás de aquellas defensas, para sostenerlas dondequiera que flaquearan. Temeroso de ser sorprendido de flanco por las tripulaciones de la flota romana, cubrió el litoral con su caballería ligera.

Marcio vaciló algún tiempo en la elección del punto por donde se debiera cortar aquella línea formidable, y al fin resolvió acometer una atrevida empresa, que por su audacia mismá debía producir los mejores resultados en el caso de tener buen éxito. Decidióse á flanquear con su caballería, sus elefantes, sus bagajes y víveres para un mes, la vasta laguna Ascuris, y franquear la meseta de Octolofo, ó de las ocho cimas, una de las cuales, llamada hoy monte de la Transfiguración, alcanza una altura de 1.481 metros. «Desde allí, dice el historiador, se ve todo el país desde Tila hasta Dion, y toda la costa de Pieria.» Mientras que el cónsul atravesaba las montañas, el pretor debía amenazar con su escuadra la costa y hacer desembarcos. Marcio tenía treinta y siete mil hombres, y llevó rápidamente una parte contra la división de Hippias, á fin de agobiarla ó contenerla, en tanto que un cuerpo escogido, al que dió orden de flanquear la laguna de Ascuris, le abría por el Sur el camino hacia Rapsani, defendido por la fortaleza de Lapatonte, y otro cuerpo atacó por el Oeste á los macedonios en las alturas. Durante dos días las tropas se batieron, sin que el rey osara abandonar la costa para aprovecharse de la peligrosa posición en que los romanos se habían colocado, y de la cual salieron á fuerza de audacia. Mientras que Hippias, apurado por aquel rudo ataque, concentraba sus fuerzas á fin de oponer una resistencia desesperada, Marcio, ocultando sus movimientos por un cordón de tropas, lanzóse á través de rocas y bosques sobre la vertiente oriental del Olimpo, desde donde bajó, á pesar de los peligros y extremadas fatigas, á las llanuras de Pieria. Sus comunicaciones se hallaban cortadas, pero había forzado el paso y vencido la naturaleza.

Verdaderamente acababa de triunfar de ella. «Los romanos, dice el sabio viajero que siguió paso á paso las huellas del ejército de Marcio en aquellas montañas, bajaron á Macedonia flanqueando precipicios. Jamás he visto nada tan salvaje y magnífico como las pendientes del Olimpo inferior, en las cuales se aventuraron: era un bosque inmenso, que cubría con sus sombras toda una región de escarpaduras y de barrancos. En desfiladeros llenos de espesura hasta el fondo deslízanse con estrépito aguas claras y rápidas; el vigor y la variedad de la vegetación son increíbles; los árboles del llano, que admira encontrar á semejante altura, las verdes encinas y sobre todo los enormes plátanos crecen á lo largo de los torrentes, llegando hasta el centro de los castañares y casi á los pinabetes. Compréndese que al atravesar aquellas impenetrables soledades todo un ejército burlara la vigilancia del enemigo, creyendo éste que habría retrocedido...» Aquellos bosques son los restos

de la selva Callipeucé de Tito Livio.... Desde Skotina hasta el pie de la montaña traté de representarme la considerable brecha abierta con el hacha, y todo el desorden de aquel ejército, que se desarrollaba, según dice Tito Livio, más bien que bajaba. La caballería, los bagajes y las bestias de carga, que eran el mayor entorpecimiento, avanzaban en primer término con los elefantes, á los que se obligaba á deslizarse con gran trabajo por las pendientes, y detrás iban las legiones. Desde Skotina empleáronse al menos cuatro horas para llegar al pie de las últimas pendientes. Allí, á orillas de la llanura, elévanse algunos montecillos con olivares y se ven las ruinas de un pequeño monasterio de la Panaghia. Aquellas son las colinas donde el cónsul romano estableció al fin su campamento después de emplear tres días en la bajada; la infantería las ocupó desde luego y la caballería se situó más adelante junto á la llanura.

Una considerable retaguardia que se dejó en las alturas había ocultado á las fuerzas de Hippias aquella atrevida maniobra; y así, diez días después de haber recibido el ejército de manos de su predecesor, Marcio tenía trazados sus planes y reunidos sus víveres y libraba dos combates en el Olimpo, forzando la entrada de Macedonia: era una hermosa página de la historia militar.

Durante estas operaciones, Perseo estaba en Dion con la mitad de sus tropas; atemorizado al ver las legiones, abandonó la fuerte posición que ocupaba y replegóse hacia Pidna, cometiendo la imperdonable falta de llamar á sí á los cuerpos que guardaban los desfiladeros. Marcio se aprovechó al punto: estaba salvado. Tranquilo ya respecto á sus comunicaciones, el cónsul avanzó hasta Dion, pero la falta de víveres y la proximidad del invierno obligáronle á detenerse; entonces suspendió las hostilidades y estableció atrevidamente sus cuarteles en la Pieria. Al fin se había invadido la Macedonia. Para no ser molestado en la posición que acababa de tomar, asegurando al mismo tiempo sus comunicaciones con Tesalia, de donde esperaba sus convoyes, Marcio mandó á sus oficiales apoderarse de varias plazas pequeñas que guardaban el valle de Tempé, entre otras Fila, donde Perseo había reunido considerables provisiones de trigo. Sin embargo, hallándose demasiado descubierto en Dion, donde la llanura de Pieria comienza á ensancharse, el jefe romano se concentró detrás del Enipes, que le ofrecía para el invierno una buena línea defensiva. «Este torrente, dice Tito Livio, baja de un desfiladero del monte Olimpo; de escaso caudal en verano, las lluvias del invierno conviértente en impetuoso torrente, cuyas aguas se agitan al pie de rocas inmensas; y en el barranco donde se precipita con las tierras que arrastra, socavando profundamente su lecho, ha convertido sus dos orillas en precipicios.» Los habitantes le llaman *el Abismo* (Vythos), y á la verdad merece este nombre.

El rumor de estos triunfos llegaba á Roma cuando los diputados rodios, presentándose al Senado, declararon que, arruinados por aquella guerra, querían poner término á la misma, y que si Roma ó Perseo rehusaban concluirla, adoptarían las medidas convenientes respecto á cualquiera de los dos adversarios que se opusiera á la paz. Por toda contestación, se les leyó un *senatus consultus* por el cual se declaraba libres á los carios y á los licios, sus súbditos. Eumenes, también resentido en su orgullo, acababa de abandonar el campamento romano, y Prusias se interponía como mediador. Ya era tiempo de acabar con Macedonia. Los comicios elevaron al consulado á Paulo Emilio, hombre de acrisolada virtud, aunque letrado, como lo eran ya todos los nobles de Roma, y amigo de la civilización y de las artes de Grecia. A pesar de sus sesenta años, desplegó la actividad de un joven y prudente capitán, enviando á inspeccionar la flota, el ejército, la posición del enemigo y de las legiones, el estado de los almacenes y la disposición de los aliados. Gentios,

seducido por la promesa de dársele trescientos talentos, habíase declarado al fin contra Roma; Eumenes acababa de entablar tenebrosas negociaciones con Perseo; los rodios se habían declarado casi abiertamente en su favor, y la flota macedonia dominaba en el mar Egeo y las Cícladas. Pero Perseo acababa de privarse del apoyo de veinte mil galos, que envió á buscar á las orillas del Danubio, y rehusábales la paga prometida en el momento en que hubiera debido doblarla para obtener su auxilio, por más que este último pudiera llegar á ser peligroso después de la victoria común.

Con estos datos á la vista, Paulo Emilio concertó su plan. A la cabeza del ejército de Marcio, debía atacar de frente la Macedonia, obligando al rey á retroceder; Octavio formaría el ala derecha con la flota, y después de haber despejado el mar de Egea, amenazaría las costas, hostigando á Perseo por su retaguardia. Anicio, con dos legiones en Iliria, formaría el ala izquierda para agobiar á Gentios y replegarse después por la Daseretia hacia Macedonia. Ochenta mil hombres por lo menos iban á combatir; y el otro cónsul, Licinio, tenía un ejército preparado en las costas del Adriático para volar en socorro de su colega en caso de necesidad.

En el campamento, Paulo Emilio se ocupó en comunicar á la disciplina romana su antiguo vigor. Sustituyó con trabajos las horas de ocio de los soldados é hizo meritorios los ejercicios militares. También prohibió á los centinelas el uso del escudo, á fin de que redoblasen su vigilancia. El santo y seña se daba en alta voz, sin temor de que lo oyese el enemigo, y solamente los centuriones debían comunicársele en voz baja. Como los guardias avanzados se fatigaban permaneciendo todo el día sobre las armas, dispuso que se relevaran por la mañana y al mediodía, para que el enemigo encontrara siempre tropas de refresco en las avanzadas.

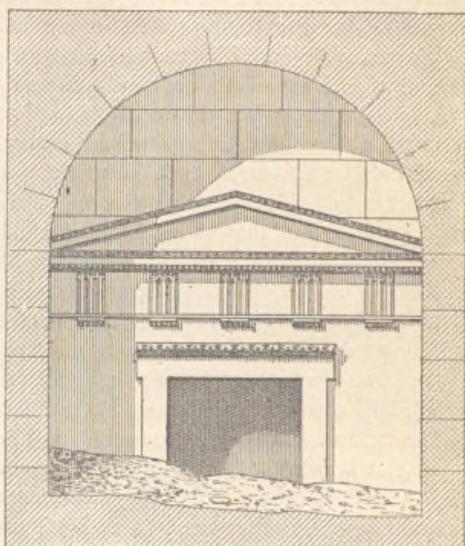
Perseo acampaba detrás del Enipeo, en la fuerte posición que hemos descrito. El cónsul trató de retenerle por medio de un ataque falso que duró dos días; mientras que Escipión Nasica entraba de nuevo en el valle de Tempé con un cuerpo de once mil hombres escogidos, y dando la vuelta á toda la mole del Olimpo llegaba por el camino de Pitió al desfiladero de Petra. El rey había sospechado esta marcha, y doce mil macedonios cerraban el paso; pero eran malas tropas, pues las mejores habían quedado en la falange, frente á Paulo Emilio, y ni siquiera supieron tomar buenas posiciones; de modo que Nasica las derrotó sin dificultad. Acosó vivamente á los fugitivos, apoderóse del fuerte de Petra, cuya defensa no intentaron los macedonios, y bajó á la llanura de Katerini. Perseo iba á verse cogido entre dos ataques, y comprendiéndolo así, trasladó su campamento del Enipeo á Pidna, al Norte de Katerini.

Delante de la ciudad extendíase una llanura que era la más propia para la falange; y no pudiendo ya Perseo retroceder sin cubrirse de oprobio y sufrir perjuicio, resolvió librar allí la batalla. En la noche que precedió á la acción, un eclipse de luna alarmó á los macedonios; mientras que Paulo Emilio ordenó al tribuno Sulpicio Galo que explicara á los legionarios la causa física de aquel fenómeno (22 junio 68). Pocos días antes, el ejército padecía sed; y el cónsul, guiándose por la dirección de las montañas, hizo socavar en la arena, y encontróse abundante agua. Entonces las tropas, creyendo á su jefe inspirado de los dioses, pidieron á gritos el combate; pero encerrado entre el mar y montañas impracticables para él y sus cuarenta y tres mil hombres, Paulo Emilio no quiso confiar nada á la casualidad, y solamente cuando hubo convertido su campamento en una fortaleza resolvió arriesgar una batalla decisiva. Los macedonios atacaron con furor; en la llanura deslumbraba el brillo de las armas, y hasta el consul no pudo ver sin cierto temor aquellas filas apretadas é impenetrables, aquella muralla erizada de picas. Sin embargo, disimuló

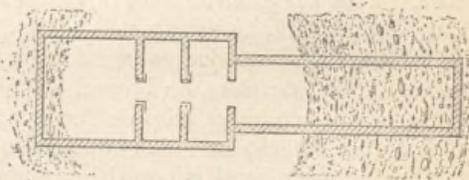
su inquietud, y á fin de inspirar confianza á las tropas, afectó no ponerse el casco ni la coraza. En un principio, la falange derribó todo cuanto se oponía á su paso; pero el triunfo la llevó lejos del terreno que Perseo había elegido; por sus desigualdades y el movimiento de la marcha abriéronse huecos, y por ellos lanzó Paulo Emilio sus soldados. Desde aquel instante sucedió lo que en Cinoscéfalos; la falange, desunida, perdió su fuerza, y en vez de una lucha general hubo numerosos combates parciales, hasta que al fin toda aquélla, compuesta de veinte mil hombres, quedó en el campo de batalla: las aguas del riachuelo que por allí atravesaba estaban aún ensangrentadas al día siguiente. Los romanos no reconocieron más que una pérdida de cien hombres, lo cual es inverosímil, é hicieron once mil prisioneros. Pidna fué entregada al saqueo y al pillaje; hasta sus ruinas han desaparecido; pero como convenía á semejante punto, varias tumbas indican el sitio donde se elevaba la floreciente ciudad, y el recuerdo de la jornada en que Macedonia sucumbió vive aún confusamente en una leyenda que tiene algo de gracioso y de terrible á la vez, y que se refiere en Palæo-Kitros. En el lugar que fué seguramente el teatro de la acción principal, algunas liliáceas de una especie particular alfombran el suelo; la gente del país le llama «vallecito de las flores,» *Louloudia*, y dice que aquéllas

nacieron de la sangre humana derramada allí en un gran combate.

Desde el campo de batalla, Perseo huyó á Pella, capital que, situada en una altura cuyas inmediaciones están ocupadas por lagunas impracticables tanto en verano como en invierno, era de fácil defensa; pero ya no tenía ejército y los habitantes cedían al desaliento general. Se le aconsejó retirarse á las provincias montañosas que tocan en la Tracia para intentar allí una guerra de partidarios; y con este objeto sondeó las posiciones de los Bisaltes, invitando á los habitantes de Anápolis á defender su ciudad, á fin de conservar para sí una salida hacia el mar. Por todas partes se le dieron negativas y palabras duras, y después supo que todas las plazas abrían sus puertas antes de ser atacadas. Abandonado y sin recursos, pidió la paz al cónsul, y mientras llegaba la consternación, refugióse con su familia y sus tesoros en el templo sagrado de Samotracia.



d'après Heuzey



Tumba macedonia de Pidna (restauración y plano) (1)

(1) Según L. Heuzey y Daumet, *Mision arqueológica de Macedonia*, lám. 18. Esta tumba está oculta bajo un túmulo.

En su carta, Perseo tomaba aún el título de rey, y Paulo Emilio la devolvió sin leerla; la segunda, en la cual se suprimió este título, obtuvo por toda contestación que debía entregar su persona y sus tesoros. El rey trató de huir para reunirse con Cotis en Tracia; pero la flota del pretor Octavio cercaba la isla, y un cretense que le prometió trasladarle á su nave, desapareció con el dinero que se había llevado de antemano á bordo. Por último, un traidor entregó al jefe romano los hijos del rey, y el mismo Perseo se presentó entonces con su primogénito. Paulo Emilio, conmovido con semejante infortunio, le acogió bien, hízole sentar á su mesa y aconsejóle que tuviera esperanza en la clemencia del pueblo romano (168).

Aun antes de la batalla de Pidna, Anicio había sitiado á Gencios en Scodra, su capital, obligando á este príncipe á entregarse; treinta días habían bastado para aquella conquista, que no costó ni una sola batalla.

Esperando la llegada de los comisarios del Senado, Paulo Emilio recorrió la Grecia para ver sus maravillas. Subió á Delfos, donde dispuso que se erigiera una estatua sobre el pedestal destinado á la de Perseo; vió el antro de Trofonios, Calcis y el Euripe, con sus extraños fenómenos de marea; Aulis, punto de reunión de las mil naves de Agamenón; Atenas, donde ofreció un sacrificio á Minerva, así como en Delfos á Apolo; Corinto, rica aún con todos sus tesoros; Sicione, Argos, Epidauró (1) con su templo de Esculapio; Megalópolis, la ciudad de Epaminondas, Esparta y Olimpia. En todas partes evocó los gloriosos recuerdos, tributando homenaje por su admiración á esa Grecia tan rebajada ahora. En Olimpia creyó ver á Júpiter al contemplar la estatua de Fidias y sacrificó con la misma pompa que en el Capitolio. Quiso vencer también á los griegos en magnificencia. «Aquel que sabe ganar batallas, decía, debe saber también ordenar un festín y una fiesta.» Mandó preparar en Anfípolis juegos griegos y romanos, anunciándolos á las repúblicas y á los reyes de Asia, y á los cuales invitó á los principales jefes de Grecia. De todas las partes del mundo acudieron los actores más hábiles, los atletas y los caballos famosos. Al rededor del recinto de los juegos expusieron las estatuas, los cuadros, las tapicerías, los vasos de oro, de plata, de bronce, de marfil, y todas las curiosidades y obras maestras halladas en los palacios de Perseo. Las armas de los macedonios se habían reunido en un inmenso montón al que Paulo Emilio prendió fuego, y la fiesta terminó á los siniestros resplandores del incendio. Este holocausto anunciaba á Grecia y al mundo el fin de la dominación macedónica, así como el incendio del palacio de Persépolis por Alejandro anunció siglo y medio antes al Asia la destrucción del imperio de Ciro.

No obstante, los comisionados del Senado acababan de llegar; Paulo Emilio resolvió con ellos sobre la suerte de Macedonia, y habiendo reunido en Anfípolis ante su tribunal, rodeado de una inmensa multitud, á diez de los principales habitantes de cada ciudad, dióles á conocer la voluntad del pueblo romano. Expresóse en latín, pues el vencedor debía hablar su lengua á los vencidos, mas el pretor Octavio repetía en griego sus palabras. Los macedonios eran libres y conservarían sus ciudades con magistrados anuales, sus territorios, sus leyes, y no pagarían al pueblo romano sino la mitad de los antiguos tributos; pero la Macedonia, reducida á provincia ro-

(1) Publicamos en la página siguiente la reproducción de una estatua de mármol descubierta en 1886 en Epidauró y conservada en el museo nacional arqueológico de Atenas (n.º 121 del catálogo de M. Kawadías), según los *Monumentos de la escultura griega y romana, dispuestos en el orden histórico y publicados bajo la dirección de H. Brunn por F. Bruckmann*, Munich, 1888. Es una reproducción notable de un original perdido hoy, y el tipo recuerda el de la Venus llamada *Genitrix*. Véase Frohner, *Informe sobre la escultura antigua del museo nacional del Louvre*, n.º 135.



Afrodita de Epidauro (véase pág. 346, nota 1)

mana y gobernada por un procónsul, se dividiría en cuatro distritos, prohibiéndose á los habitantes contraer matrimonio, vender ó comprar fuera de su territorio. Unicamente los cantones situados cerca de los bárbaros podrían armar algunas tropas. Los del tercer distrito abastecerían de sal á los dardaneos á un precio convenido de antemano. Los amigos y cortesanos del rey, sus generales, los jefes de su flota, los gobernadores de plazas y todos aquellos que hubiesen ejercido algún empleo seguirán al cónsul á Italia con sus hijos: designó á todos por sus nombres. Después dió á los macedonios un código apropiado á su nueva situación, y en cada distrito la administración local se confió á un Senado, es decir, á un reducido número de hombres elegidos entre los partidarios de Roma, «por temor de que el pueblo no hiciese degenerar en licencia la libertad regulada que debía á los romanos.» Paulo Emilio marchó después á Epiro. Anicio aplicó las mismas disposiciones que á Iliria, dividiéndola en tres cantones.

La Macedonia era demasiado rica para abandonarla al pillaje de los soldados, á quienes se dejaron solamente algunas ciudades que, después de Pidna, habían vacilado en abrir sus puertas. El cónsul, por otra parte, se había propuesto separar la causa del rey de la del pueblo; era necesario aparentar que no se había combatido más que á Perseo y que tan sólo se querían sus despojos, para hacer vacilar de antemano, por esta política, todos los tronos que aún quedaban en pie: Macedonia é Iliria, por lo tanto, fueron respetadas; pero como los soldados murmurasen, se les entregó el Epiro. La política de las asambleas numerosas es á menudo desapiadada, porque de todos aquellos que concurren á sus actos, nadie es personalmente responsable.

Los epirotas habían desertado; y Roma, á fin de atemorizar para siempre á sus aliados, quiso tratarlos como lo hacía con los tránsfugas, á quienes siempre se hería con el hacha; pero se contentó con venderlos como esclavos. No obstante, ¡qué ejecución la de todo un pueblo! Dícese que Paulo Emilio vertió lágrimas al leer el decreto. Varias cohortes enviadas á las setenta ciudades del Epiro recibieron orden el mismo día y á la misma hora de entrar á saco y derribar las murallas. El botín fué tan considerable, que cada soldado, después de separar la parte para el Tesoro, recibió doscientos dineros y cada jinete cuatrocientos. Se vendieron ciento cincuenta mil epirotas.

Paulo Emilio entró en Roma remontando el Tíber en la galera del rey, adornada con los escudos de bronce de la falange; y tan inmenso era el botín, que la solemnidad del triunfo duró tres días. En primer término pasaron las estatuas y los cuadros en doscientos cincuenta carros; seguía una larga fila de vehículos cargados de armas y tres mil hombres que llevaban setecientos cincuenta vasos, cada uno de los cuales contenía tres talentos en plata acuñada, y otros con cráteres y copas de plata, notables por sus dimensiones y su cinceladura. El tercer día pasaron soldados que llevaban el oro acuñado en setenta y siete grandes vasos con tres talentos en cada uno; cuatrocientas coronas de oro, regaladas por las ciudades de Grecia y de Asia; una copa que pesaba diez talentos de oro, con incrustaciones de pedrería; las antigónidas, las élúcidas, las terídeas y las demás copas de oro que adornaban la mesa de los reyes de Macedonia y el carro del rey con sus armas y su diadema. Seguía la multitud de cautivos, entre los cuales iban los hijos de Cotis y los de Perseo, á quienes sus preceptores enseñaban á tender hacia la multitud sus manos suplicantes. Detrás iba Perseo, vestido de luto y con el aire extraviado, como si el exceso de sus males le hubiera hecho perder todo sentimiento. Inútilmente había solicitado de Paulo Emilio que le sustrajera de aquella ignominia. «Es cosa que siempre ha estado y aún está en nuestro poder,» había contestado con dureza

el romano. Encerrado en un calabozo de la ciudad de Alba, comprendió entonces lo que era la clemencia de Roma, que Paulo Emilio le había ensalzado, y en el año siguiente al triunfo se dejó morir de hambre, ó pereció por las lentas torturas de sus carceleros, sucumbiendo con él su hijo mayor Filippo; el otro aprendió el oficio de tornero para ganar su vida, y más tarde, aquel heredero de Alejandro desempeñó el cargo de secretario.

En cuanto á Gencio, después de figurar en el triunfo del pretor Anicio, quedó encarcelado en Iguvium, en medio de las montañas de Umbría.

Más triste fué el fin de aquel glorioso pueblo que había conquistado la Grecia y el Asia. Jamás se elevó ya Macedonia á la categoría de nación, y hasta nuestros días, durante veinte siglos, la historia no ha vuelto á publicar su nombre.

#### IV. — FIN DE LA LIGA AQUEA. — REDUCCIÓN DE MACEDONIA Y DE GRECIA Á PROVINCIAS ROMANAS

El pueblo romano no había tomado esta vez nada más que los cuarenta y cinco millones entregados por Paulo Emilio al Tesoro, y los tributos impuestos á Macedonia, que permitieron al Senado no pedir otro impuesto á los ciudadanos; pero no necesitaba agregar nuevos territorios á su imperio para extender su dominación. Macedonia había parecido el último baluarte de la libertad del mundo; mas una vez derribado, todos corrían al encuentro de la servidumbre, con los reyes á la cabeza.

Los rodios, que habían querido imponer su mediación, temían la guerra, por más que hubiesen dado muerte á los partidarios reconocidos de Perseo, llevando á Roma ricos presentes. El Senado no envió ejército contra ellos, pero les tomó definitivamente la Licia y la Caria, imponiéndoles el título de aliados, que tan rápidamente les haría degenerar á la condición de súbditos. No por eso dejaron de erigir en su primer templo la estatua colosal del Pueblo romano, y más tarde Esmirna levantó un templo á la ciudad de Roma. En la isla de Lesbos, Antisa fué arrasada por haber suministrado algunos víveres á la flota de Perseo, y en Asia todas las ciudades se apresuraron á desterrar ó á dar muerte á los antiguos partidarios del rey.

En Grecia no quedaba más Estado libre que la liga Aquea, destinada también á sucumbir, y en cuya duración no habría creído nunca Filopemeno seriamente. Cuando los romanos, dice Polibio, pedían cosas conformes con las leyes y los tratados, ejecutaba al punto sus órdenes, y si sus exigencias eran injustas, quería que se hiciesen observaciones y después súplicas, y que si se mantenían inflexibles se tomase á los dioses por testigos de la infracción de los tratados, obedeciendo después. «Yo sé, añadía, que llegará un tiempo en que todos estaremos sometidos á Roma, pero quiero retardar ese tiempo. Aristenes, por el contrario, le llama, porque vé la inevitable necesidad, y prefiere sufrirla hoy más bien que mañana.» Esta política de Aristenes, que Polibio osa llamar sabia, fué seguida por Calicrates, pero por el único interés de su ambición y con hediondo cinismo servil. «La falta es de vosotros, padres conscritos, osó decir en el Senado, si los griegos no son dóciles á vuestras voluntades. En todas las repúblicas hay dos partidos; uno de ellos pretende que es preciso atenerse á las leyes y á los tratados; el otro quiere que toda consideración ceda al deseo de complaceros. El parecer de los primeros es agradable á la multitud, y por eso vuestros partidarios son despreciados; pero atended á sus intereses, y muy pronto todos los jefes de las repúblicas, y con ellos el pueblo, estarán por vosotros.» El Senado contestó que sería apetecible que los magistrados de todas

as ciudades se asemejaran á Calicrates, y como para justificar sus palabras, los aqueos le erigieron estratego cuando regresó de Roma.

Esto sucedía algunos años antes de la guerra de Perseo. Este príncipe hizo renacer la esperanza entre los partidarios de la independencia helénica, y por eso los aqueos quisieron al principio mantenerse en una estricta neutralidad; pero cuando Marcio hubo forzado el paso por los desfiladeros del Olimpo, Polibio acudió para ofrecerle el socorro de un ejército aqueo, pero ya era demasiado tarde. Los romanos querían vencer solos, para no contraer ninguna deuda de agradecimiento. El mismo Polibio fué uno de los mil aqueos detenidos en Italia, y hubiera tenido por prisión alguna obscura ciudad si los dos hijos de Paulo Emilio no hubiesen respondido de él al pretor.

Durante los diez y siete años que duró aquel destierro, sobre el cual no quiso nunca explicarse el Senado, Calicrates permaneció á la cabeza del gobierno de su país, y trabajaba en favor de los asuntos de Roma mejor que si el Senado hubiese puesto en su lugar á un procónsul. Dejar en los países vencidos á la influencia romana á sus jefes nacionales y gobernar por los indígenas, como los ingleses lo hacen en la India, fué una de las máximas más felices de la política romana. Contentos con aquella aparente independencia, con aquellas *libertades municipales* que tan bien convenían con el despotismo político, los pueblos iban decayendo sin ruido y sin aparato á la condición de súbditos, y el Senado los hallaba bien dispuestos ya á sufrir el yugo cuando quería estrechar el freno y picar con la espuela. Por eso Grecia iba á ser, sin apercibirse de ello, como tantas ciudades italianas, una posesión de Roma, cuando al morir Calicrates, Polibio, apoyado por Escipión Emiliano, solicitó que se hiciera volver á su patria á los desterrados de Acaya. No eran más que trescientos, pero el Senado vacilaba; Catón se indignó de que se deliberase tanto por semejante miseria, y el desprecio le hizo humano. «No se trata más que de resolver, dijo, si algunos griegos decrepitos serán enterrados por nuestros sepultureros ó por los de su país.» Al fin se les dejó marchar (150). Catón tenía razón: á la tumba era adonde Grecia iba á bajar después de un último combate, y también por un espacio de veinte siglos.

En algunos de aquellos proscritos la edad no había helado aún el ardor belicoso ni calmado el resentimiento. Diceos, Critolaos y Damócritos volvieron á su patria con el corazón ulcerado, y por su imprudente audacia precipitaron su ruina.

Cierto que las circunstancias les parecieron favorables. Un aventurero llamado Andriscos, dándose por hijo natural de Perseo, acababa de reclamar la herencia paterna (152). Rechazado por los macedonios en su primera tentativa, refugióse cerca de Demetrio, rey de Siria, que le entregó á los romanos. Contra su costumbre, estos últimos le custodiaron mal; escapóse, reclutó un ejército en Tracia, y haciéndose pasar esta vez por Filipo, aquel hijo de Perseo que murió entre los Marsas, sublevó la Macedonia y ocupó una parte de Tesalia. Escipión Nasica le expulsó de esta provincia (149); pero volvió, batió al pretor Juvencio, dándole muerte, é hizo alianza con los cartagineses, que comenzaban entonces su tercera guerra Púnica. El asunto comenzó á ser serio: Roma combatía entonces en España y Africa; y podía temerse que el movimiento se propagara comunicándose á toda la Grecia y al Asia. En su consecuencia, dióse un ejército consular al pretor Metelo, que alcanzó una nueva victoria de Pidna y condujo á Roma á Andriscos cargado de cadenas (148).

Un año había bastado para terminar esta guerra, poco temible en el fondo, que un segundo impostor intentó inútilmente renovar algunos años después (142). El Senado, creyendo al fin bien dispuestos para la servidumbre á los Estados que

hacía medio siglo había vencido y enredado en sus intrigas, redujo á la Macedonia á provincia (146).

La nueva provincia se extendió desde Tracia al Adriático, donde las dos florecientes ciudades de Apolonia y de Dirraquio le sirvieron de puertos y como de puntos de enlace con Italia. Su impuesto se fijó en cien talentos, la mitad de lo que Macedonia pagaba á sus reyes y que ella misma señaló; las ciudades conservaron su libertad municipal; y en vez de las guerras civiles y extranjeras que durante tan largo tiempo la desolaran, iba á disfrutar por espacio de cuatro siglos de una paz y prosperidad solamente interrumpida de tarde en tarde por las exacciones de algún procónsul republicano.

Aún se hallaba acantonado en medio de su conquista el ejército de Metelo el *Macedónico*, cuando uno de los proscritos aqueos, Dieos, de vuelta al Peloponeso, fué elegido estratego. Durante su magistratura, la eterna contienda entre Esparta y la alianza, adormecida algún tiempo, se renovó por las secretas intrigas de Roma, y Esparta quiso otra vez salir de la liga común. Armáronse al punto los aqueos, pero los comisarios romanos llegaron, llevando un *senatus consultus* que separaba de la liga á Esparta, Argos y Orcomenes; las dos primeras, por estar pobladas de dorios; la otra, por ser de origen troyano, y de consiguiente todas tres extrañas por la sangre á los demás individuos de la confederación. Al oír la lectura de este decreto, Dieos sublevó al pueblo de Corinco; los lacedemonios á quienes se encontró en la ciudad fueron muertos, y los diputados romanos hubieron de apelar á una precipitada fuga para no sufrir la misma suerte. Aquel pueblo, que hacía cuarenta años temblaba ante Roma, halló al fin algún valor en el exceso de la humillación; comunicó su resentimiento á Calcis y á los Beocios; y cuando Metelo bajó de la Macedonia con sus legiones, los confederados marcharon á su encuentro hasta Escarfea, en la Lócrida (146). Este ejército fué destrozado; pero armando hasta los esclavos, tomando el dinero de los ricos y las alhajas de las mujeres, Dieos pudo reunir aún catorce mil hombres, terminando sus preparativos de defensa; y apostado en Leucopetra, á la entrada del istmo de Corinto, esperó al nuevo cónsul Mumio. Las mujeres y los niños habían ocupado las alturas vecinas para ver á sus esposos y padres vencer ó morir: en aquel postrer combate sucumbieron. Corinto, abandonada de los aqueos, fué tomada sin lucha, y para espantar á Grecia por una ejecución feroz, el cónsul mandó pasar á cuchillo los hombres y vender los niños y las mujeres, hecho lo cual entregó la ciudad al pillaje y al incendio. Tebas Calcis y el territorio de las tres ciudades fueron agregados al dominio público del pueblo romano. Las alianzas aquea y beocia se disolvieron; y todas las ciudades que habían tomado parte en la lucha quedaron desmanteladas, desarmadas, sometidas al tributo y á un gobierno oligárgico que el Senado podía tener bajo su dependencia mejor que las asambleas populares. Los territorios sagrados, Delfos y Olimpia, en la Elida, conservaron sus privilegios; pero la reputación de estos dioses, que no sabían ya salvar á sus pueblos, se maleaba, y la hierba iba á crecer alrededor de sus altares.

¡Otro pueblo borrado de la lista de las naciones! Por mano de Roma, los griegos habían llegado al fin de su existencia política, y ni aun tenían derecho de acusar á la fortuna. Cuesta decirlo, sobre todo á nosotros; pero los que yerran, sin que los vencedores tengan siempre razón, son con más frecuencia los vencidos. Véase el cuadro que hemos trazado de Grecia, antes de que los romanos sentaran allí el pie, y se reconocerá que aquel pueblo había socavado su tumba con sus propias manos. Quien no puede gobernarse, obedecerá; quien no tiene previsión se verá expuesto á todos los azares: es la ley universal. La anarquía convierte justamente en esclavos

á los que en tiempos mejores se hicieron gloriosos y fuertes por el patriotismo y la disciplina.

A decir verdad, esa raza degenerada no merecía que Roma emplease tanta prudencia para someterla insensiblemente á su imperio. Como si el Senado hubiera tenido siempre presentes las hazañas llevadas á cabo en otro tiempo por Grecia, y cual si hubiera temido que si se precipitaban las cosas se renovase por alguna abnegación heroica con laureles de Maratón y de Platea, había dejado transcurrir medio siglo antes de hablar y obrar como amo. Terminada la guerra contra los ilirios, anunció á los griegos que las legiones habían atravesado el Adriático para librarlos de algunos piratas, y en la lucha con Macedonia, pretendió combatir por su independencia. Después de Cinoscéfalos, Flaminio transformó suavemente aquella amistad de los primeros días en protectorado; y solamente después de aniquilar toda fuerza en Macedonia, en Asia y en Africa, Mummio convirtió aquél en dominación. Aun entonces, Grecia no fué reducida formalmente á provincia porque este gran nombre imponía á todos. Por otra parte, las ciudades más gloriosas, Atenas, Esparta y algunas más, habíanse mantenido extrañas á la lucha empeñada por los aqueos, y muchos de éstos habíanla sostenido débilmente. «Si no nos hubiésemos perdido tan pronto, decían, no habríamos podido salvarnos.» Por esto entendían que una resistencia tenaz hubiera hecho implacables á los romanos, mientras que una fácil victoria podía desarmar su cólera. En efecto, una vez realizadas las ejecuciones de los primeros días, y castigados los autores y cómplices de la guerra de modo que no les quedaran deseos de volver á comenzar, los griegos fueron tratados como vencidos, cuya amistad quería Roma granjearse. Perdieron su libertad, pero conservaban la apariencia de ella manteniendo sus leyes, sus magistrados, sus elecciones y hasta sus alianzas, que al cabo de pocos años el Senado les permitió reanudar. No había guarnición romana en sus ciudades ni procónsul en su país; pero en el fondo de la Macedonia el gobernador escuchaba todos los rumores, vigilaba todos los movimientos, dispuesto á marchar contra la Hélade con sus cohortes y á renovar por alguna medida rigurosa el espanto que había dejado en las almas la destrucción de Corinto. En realidad, Roma no privaba á los griegos más que del derecho de asolar su país por la continuidad de las guerras intestinas.

Metelo se había apoderado en Pella de veinticinco estatuas de bronce que Alejandro encargara á Lisipo para consagrar la memoria de sus soldados muertos en las orillas del Gránico; y las colocó frente á los dos templos erigidos por su orden á Júpiter y á Juno, y que fueron los primeros edificios de mármol que Roma poseyó. Después de estas construcciones, quedóle de su parte de botín suficiente dinero para levantar otro magnífico pórtico.

Mummio era un romano de antigua raza; había conservado toda la rusticidad antigua y no comprendía nada de las elegancias de Grecia. Para obedecer á la costumbre, más bien que por afición á las obras maestras del arte, se llevó de Corinto, antes del incendio y el pillaje, las estatuas, los vasos, los cuadros, las cince-laduras; y todo cuanto no pudo vender al rey de Pérgamo hizolo transportar á Roma, y este botín de guerra sirvió para decorar los templos y los sitios públicos. No guardó nada para sí, y quedó pobre; de modo que la república debió dotar á sus hijas. Jamás pudo imaginar que había cometido un crimen al destruir la más hermosa ciudad de Grecia, después de un combate sin peligro y de consiguiente sin gloria. Siempre creyó haber llevado á cabo una hazaña memorable, y en su inscripcíon consular, descubierta después, se leen estas palabras, en las cuales cifraba el honor de su consulado: *deleta Corintho*. Este bárbaro tuvo mucha razón al consagrar, después de su triunfo, un templo al dios de la fuerza, á Hércules vencedor.

En cuanto á los autores de la guerra de Acaya, uno de ellos, Critolaos, había desaparecido en Escarfa; el otro, Dieos, no habiendo podido hallar la muerte en el campo de batalla, se la dió á sí mismo. Desde Leucopetra huyó á Megalópolis, inmoló á su mujer y á sus hijos, prendió fuego á la casa y se envenenó. Al provocar una lucha insensata, aquellos hombres habían atraído muchos males á su país; mas cayeron con su patria y por ella. La abnegación absuelve de la imprudencia, y preferimos que Grecia haya acabado así en un campo de batalla y no en el sueño letárgico en que tantas otras víctimas de Roma se extinguieron. Es preciso que así las naciones como los individuos sepan morir. Los aqueos, únicos que habían quedado en pie en medio de los pueblos caídos, debían este último sacrificio á la antigua gloria de la Hélade.

La Grecia ha muerto políticamente: en la Agora no hay ya discusiones tempestuosas ni sentencias de destierro contra la facción vencida; del Pireo han desaparecido para siempre las galeras cargadas de soldados; en el Partenón no se oyen más que los cantos de triunfo, y en el Cerámico se acabaron los elogios fúnebres: Roma impone la paz. Y sin embargo, aún subsisten algunos restos del genio griego; si ha disminuído el impulso comunicado por los grandes hombres de los siglos anteriores hasta el punto de parecer que ha cesado, por todas partes disertan los retóricos, los gramáticos sutilizan, los filósofos discuten, y á la ciudad de Atenas van los romanos más distinguidos para terminar su educación ó rehacerla de nuevo: uno de ellos, amigo de Cicerón, toma el nombre de Atico. Pérgamo funda una nueva escuela de escultura; Rodas cree enseñar los secretos de la elocuencia; Alejandría es una fábrica de poesía, y las ciudades de la costa asiática se llenan de prácticos que por dinero contante y sonante copian las obras maestras consagradas, para adornar las quintas de los procónsules. Por la ciencia, el arte y la filosofía de los antiguos maestros, Grecia conquistará el Occidente, que su genio no había invadido en los días de gloria, y allí sigue reinando.

*Græcia capta ferum victorem cepit.*

Pero esta segunda vida de Grecia, esta acción ejercida por ella sobre Roma, pertenecen á la historia de la nueva capital del mundo; ya la he referido y se puede consultar.

## CAPITULO XXXIX

### RUINA DE LA GRECIA EXTERIOR

#### I. — FIN DE LA INDEPENDENCIA DE LOS GRIEGOS ITALIOTAS; DIONISIO EL ANCIANO

El helenismo, importado por Alejandro en Babilonia, por los Seléucidas en Siria y por los Ptolomeos en su antigua capital, sofocó la antigua civilización de los valles del Eufrates y del Nilo. Gracias á él, sin embargo, el Asia anterior y el Egipto se llenaron de nuevas ciudades, ó de antiguas exhumadas de sus ruinas, y algunas de ellas ocuparon un lugar entre las más célebres del mundo, tales como Esmirna, Efeso, Mileto, Seleucia, Antioquía, Pérgamo y la Alejandría egipcia. Los griegos

continuaron para el arte y la ciencia, como discípulos de los antiguos maestros, la obra de la madre patria, sin crear una segunda Hélade. El comercio, la industria, el lujo, y sobre todo la molicie y el placer, reinaron en aquellas ciudades; pero durante dos ó tres siglos no salió de ellas nada potente ó glorioso, como no fuera para la geografía, las matemáticas y la astronomía (1); y toda aquella prosperidad que Roma heredó, no valió para el mundo tanto como algunos días de la vida de Atenas en tiempo de Pericles.

No tenemos que hablar tampoco de los griegos de Cirena, de Marsella, del litoral pónico ó del Bósforo, cuya vida se ha deslizado fuera de la gran corriente helénica, aunque en Cirena se pueden ver aún restos de la arquitectura helénica, y por más que los objetos preciosos, vasos ó alhajas, descubiertos en el antiguo reino del Bósforo, demuestran que en aquellos apartados lugares la vida griega brilló con los más vivos fulgores.

Los griegos de Italia no nos ocuparán más, aunque hemos conducido á ese país muchos colonos procedentes de Calcis, de Megara y hasta de Lacedemonia; pero su oscura historia se mezcla íntimamente con la de los indígenas, y su caída, bajo la mano de Roma, confúndese con la de las poblaciones italiotas. La expedición de Alejandro el Moloso al país de los lucanios (326) y la de Pirro, que estuvo á punto de ganar en Italia su batalla de Arbelas, se han recordado ya brevemente. Apenas el vencido de Benevento hubo salido de Tarento, los romanos entraron allí (272); Brindis fué ocupada; Cumas lo estaba ya hacia largo tiempo y Regio había recibido una guarnición legionaria. Toda la Gran Grecia quedó entonces con la Italia peninsular á los pies del Senado. Desde Brindis, los romanos vigilaban la Grecia, donde muy pronto las piraterías de los ilirios llamarán á sus cónsules; y desde Regio veían, hasta más allá del estrecho de Mesina, la isla fecunda cuya posesión les daría el imperio del Mediterráneo.

Pero allí estaba Siracusa, que fué una ciudad poderosa, y no debemos dejar en la sombra la grandiosidad feroz y las siniestras figuras de los Dionisios y Agatocles, que mostraron aún la energía de la raza helénica, aunque es verdad que esta vez fué para el mal. Solamente haremos, sin embargo, una breve reseña de esa historia, que no se relaciona, en rigor, con la de la Grecia continental.

El desastroso éxito de la expedición de los atenienses á Sicilia había puesto el sello al poderío de Siracusa, y aquella victoria tuvo otro efecto: así como en Atenas después de Salamina, el pueblo quiso una constitución más democrática. Fué redactada por Diocles, pero no se conoce bien. El solo hecho de haber sustituido la designación de los magistrados por suerte por el sistema de elección, demuestra su carácter popular. Según Diodoro, Diocles se ocupó mucho de las leyes civiles y supo graduar hábilmente las penas según los delitos. Su muerte solamente bastaría para su eterno honor. A fin de que en las deliberaciones del pueblo no se cometiese ninguna violencia militar, había prohibido á los ciudadanos, bajo pena de muerte, presentarse con armas en la plaza pública. Cierta día, al volver de una expedición, oyó el rumor de un motín en la plaza, y queriendo calmarle corrió al sitio, sin pensar que iba armado. «¡Diocles, gritáronle al punto sus enemigos, mira como tú mismo violas la ley! — No, contestó, la confirmo;» y al pronunciar estas palabras se atravesó el pecho. Los siracusanos levantaron un templo en su memoria y la mayor parte de

(1) Estrabón y su gran monumento geográfico; Arquímedes, Apolonio de Perga y Euclides, cuyos *Elementos* sirven aún de libro de enseñanza para la geometría; Eratóstenes, que dió la medida de la tierra; Aristarco, que la representó girando alrededor del sol; Hiparco, el más grande astrónomo de la antigüedad, etc.

las ciudades de Sicilia adoptaron sus leyes. Sin embargo, en otro lugar, Diodoro atribuye este rasgo á Carondas, lo cual permitiría suponer que no pertenece á nadie.

El triunfo del partido popular fué completo en 407, cuando el jefe del partido opuesto, Hermocrates, desterrado á causa del desastre de la flota siracusana en Ciccio, pereció en una de las tentativas que hizo para volver á su patria; pero de la demagogia iba á resultar la consecuencia acostumbrada, la tiranía, á favor de los peligros en que una nueva y espantosa guerra arrojó á Siracusa.

Sicilia era como un navío cargado igualmente por la popa y la proa: en la ribera oriental, Siracusa hacía fuerza con todo su peso, y Cartago había sentado el pie en la costa opuesta. El comercio hacía participar á estas dos ciudades los mismos intereses, y cuando su dominación se extendió al interior de la isla, encontráronse y chocaron. Ya se recordará que lo mismo había sucedido con Himera en 480, cuando Cartago quiso hacer en Sicilia lo que Jerjes esperaba efectuar en Grecia. Más prudentes, después de Salamina, por la fuerza naval de Atenas, los cartagineses habían renunciado hacia setenta años á conquistar nuevas posesiones en Sicilia; pero el desastre de Nicias les devolvió la confianza y en 410 contestaron al llamamiento de los egestinos. El auxilio de los atenienses no había sido útil para aquel pueblo; pero no temía menos las venganzas de Siracusa y las de Selinonte, poderosa ciudad griega de la costa meridional, cuyo territorio remontaba hacia el Norte hasta el de Egesto. Aníbal, nieto de Amílcar, que fué vencido y muerto por Gelón en Himera, había desembarcado en la isla con algunos mercenarios, y ofreció por lo pronto á los siracusanos, á fin de eludir todo pretexto de una repentina explosión de cólera, ser árbitro entre Egesto y Selinonte; pero al mismo tiempo tomaba posesión de la primera de estas ciudades y al año siguiente rodeó á Selinonte con un ejército que se hace subir á mil hombres, y hasta el doble. A pesar de una encarnizada resistencia, las máquinas de los sitiadores derribaron las murallas y una tropa de soldados iberos penetró en la plaza, donde todos los habitantes fueron pasados á cuchillo, mujeres, niños y ancianos, disponiendo después Aníbal que se arrasase la ciudad. De este modo la guerra tomó desde un principio el carácter atroz que debía conservar hasta el fin. Descargado este golpe en el Sur, Aníbal dirigió otro al Norte, á fin de que progresase la dominación de Cartago paralelamente en ambas riberas. Puso sitio á Himera y apoderóse de la plaza, á pesar de la valerosa resistencia de sus defensores, los más de los cuales pudieron escapar antes del último asalto. No obstante, encontró tres mil hombres, los cuales arrancó de manos de sus soldados; mas fué para conducirlos al lugar donde se dió muerte á su abuelo, y allí los inmoló después de hacerles sufrir horribles torturas. En la ciudad no dejó piedra sobre piedra, y aún se ven las ruinas que allí quedaron (409).

Estimulada por estos triunfos, Cartago resolvió continuar la lucha en mayores proporciones; pero no pudo reunir un numeroso ejército hasta después de hacer una leva de mercenarios en España, en las Baleares, en Libia, entre los príncipes aliados de Mauritania y de Numidia, entre los campanianos de Italia, y en fin, allí donde se vendía el valor. Aníbal é Himilcón se pusieron á la cabeza del ejército. Siracusa, por su parte, solicitó el auxilio de los griegos de Italia y del Peloponeso, procurando reunir á su alrededor á todos los sicilianos.

La toma de Selinonte había dejado en descubierto á Agrigento, y los cartagineses avanzaron con ciento veinte mil hombres hasta esta ciudad, que era una de las más ricas del mundo griego, pero también la más afeminada. Por sus plantíos de vides y de olivos hacía un comercio considerable; sus fábricas de vasos rivalizaban con las de Atenas; y sus doscientos mil habitantes, sus monumentos, su

templo de Zeo olímpico, el mayor de Sicilia, su lago de siete estadios, abierto por la mano del hombre, donde nadaban numerosos cisnes, y los trajes de oro y plata de los principales ciudadanos, revelaban su riqueza. Pero en la antigüedad, la molicie seguía de cerca á la fortuna; en Agrigento habíanse perdido las costumbres militares, única defensa de aquellas ciudades amenazadas continuamente, y llegó á ser necesario prohibir á los habitantes, cuando vigilaban las puertas ó las murallas, tener más de un colchón, una colcha y dos almohadas. La ciudad, pues, buscó numerosos mercenarios, y á su servicio pasaron el lacedemonio Dejipos y los campañanos que habían servido á Cartago en la guerra anterior.

En el sitio hubo muchas vicisitudes. Aníbal había mandado demoler las tumbas á fin de reunir materiales propios para la construcción de un terraplén; pero la peste que se declaró en el ejército y que le mató á él mismo, pareció una venganza de los dioses. Himilcón, su inmediato sucesor, inmoló en sacrificio expiatorio un niño en Cronos y arrojó al mar varios animales como ofrenda á Neptuno; mas no por eso dejó de sufrir completa derrota un cuerpo de cuarenta mil iberos y campañanos, que fueron batidos por el siracusano Dafneos. Los agrigentinos esperaban ya un feliz resultado de la lucha, y aunque comenzaban á padecer hambre, contaban con un gran convoy de trigo que debía llegar de un momento á otro; pero este convoy fué interceptado, y al mismo tiempo Himilcón lanzó sus mercenarios. No les quedaba á los defensores más remedio que esperar la muerte en su ciudad ó huir, como habían hecho los de Himera, y de consiguiente pusieron en salvo, marchando á Gela durante la noche. Agrigento fué saqueada, y de tanta opulencia no quedaron más que ruinas (406).

Este acontecimiento sembró la consternación en Siracusa y al punto convocóse una asamblea, pero nadie osaba emitir parecer. Entonces fué cuando se presentó Dionisio, hombre de origen oscuro, hijo de un burrero, según dicen, que se había lanzado en el partido de Hermócrates y que, desterrado de Siracusa, intentó varias veces volver con las armas en la mano. Había llamado la atención por numerosos rasgos de valor, y tanto por su carácter resuelto como por su audacia, alcanzó influencia. Cuando se levantó para acusar de traición á los jefes enviados en auxilio de Agrigento, sus palabras produjeron tal emoción que los magistrados le castigaron con una multa por haber turbado el orden. El rico Filistos, su amigo, la pagó en el acto, declarando que si le imponían otras, también las pagaría. Dionisio continuó, y el pueblo, procediendo inmediatamente á nueva elección, comprendióle en el número de los generales.

Entonces acusó á sus colegas de venderse á los cartagineses. Enviado en auxilio de Gela, encuentra á los ricos en desacuerdo con el pueblo, acúsalos en la asamblea, los hace condenar y despojar de sus bienes, y distribuye éstos entre sus soldados. Alcanzada así su popularidad en el ejército, vuelve á Siracusa en ocasión de salir el pueblo del teatro. «Vuestros enemigos más peligrosos, exclama, no son los cartagineses sino los magistrados, que os distraen con fiestas costosas, mientras que el soldado carece de todo.» Y volviendo á tratar de la venalidad de sus colegas, añade: «Retíradme el mando que me confiasteis, porque es inútil ir á exponerse ante el enemigo cuando otros venden la ciudad, incurriéndose además en el riesgo de pasar por cómplice de su traición.» Al oír estas palabras el pueblo se agita, reúne-se en asamblea y Dionisio es nombrado general con plenos poderes. Poco tiempo después imita el estratagema de Pisístrato, fingiendo que se quería atentar contra su vida, y pide para su persona una guardia de seiscientos hombres, que después se hacen ascender á mil, elegidos entre los más pobres y resueltos, y á los cuales viste con magníficos trajes, infundiendo á sus hombres muchas esperanzas. Esto sucedía

en Leonción, lugar de refugio de los desterrados, adonde había conducido su ejército. Después vuelve á Siracusa y ocupa la isla Ortigia, donde estaban los arsenales y que dominaba el gran puerto. La multitud ciega se había entregado al tirano;



Sarcófago de Agrigento: Fedra é Hipólito (1)

pero era la de los pobres, que se cuidan poco de las libertades públicas y no ven las funestas consecuencias de la tiranía que se establece.

Sin embargo, Gela, sitiada, pedía su auxilio: era una nueva etapa de los cartagineses á lo largo de la costa meridional; y Dionisio corre hacia allí, no sin desem-

(1) Según fotografías. Sarcófago conservado en el museo de Girgenti.

En la porción grande se representa á Hipólito rodeado de sus compañeros y de sus perros de caza, mostrándose insensible á los mensajes de Fedra.

En la porción inferior, á la derecha, figúrase á Fedra sentada en medio de sus doncellas y muriendo de amor.

Muerte de Hipólito.

barazarse antes de Dafneos y Demarcos, los dos jefes de la aristocracia. Desgraciado en un combate, renuncia á defender la ciudad y abandónala á los cartagineses, después de haber retirado toda la población. Camarina sucumbe á su vez, y el enemigo no está ya más que á ochenta kilómetros de Siracusa, donde los pueblos fugitivos siembran el espanto y también la cólera contra Dionisio. Los caballeros se adelantan á él en la ciudad, saquean su morada y ocasionan la muerte de su esposa con sus malos tratamientos; pero Dionisio llega con sus mercenarios y véngase por la matanza general de sus enemigos.

Sin embargo, como la peste había diezmando el ejército de los cartagineses, éstos prestaron el oído á las proposiciones de paz. Un tratado les confirmó en la posesión del país de Selinonte, de Agrigento y de Himera; autorizábase á los habitantes de Gela y de Camarina para volver á sus ciudades dismanteladas, mediante la condición de pagar tributo á los cartagineses; y Dionisio, que desde que comenzó el sitio de Gela se entendía probablemente con ellos, fué reconocido como tirano de Siracusa (405). Al mismo tiempo, Lisandro se apoderaba de la flota ateniense en Egopotamos y establecía en todas las ciudades harmostes lacedemonios; Atenas iba á caer también en su poder; y en aquella triste fecha, ya no hubo libertad en el mundo helénico.

Para afianzar su poder, aumentando el número de sus partidarios, Dionisio hizo una nueva repartición de las tierras; las mejores fueron para sus amigos y sus oficiales, y dió otras muchas á extranjeros y esclavos libertados, á quienes elevó á la categoría de ciudadanos, dándoles el nombre de neopolitas. Después fortificó la isla de Ortigia, enlazándola por un muelle con la ciudad, pero separóla por un muro; ésta fué su ciudadela, é hizo salir de allí á todos los antiguos habitantes, poniendo en su lugar á los mercenarios. La precaución era buena, aunque de este modo se renovaba hasta cierto punto la población de Siracusa. La cólera fermentaba sordamente en muchos ánimos, acrecentándose por las ejecuciones y los destierros; y para los que vivían en la ciudad, por el peso insoportable de los impuestos, que cada año daban un veinte por ciento de todos los bienes. He aquí por qué durante una expedición que Dionisio emprendió contra los sículos del interior estalló una insurrección que no le dejó tiempo de acudir á su refugio de Ortigia, cuyas fortificaciones, vivamente atacadas, parecieron un momento insuficientes para salvarle. Temiendo que se le cercase, discutía ya con sus amigos sobre si debería darse muerte ó emprender la fuga. «Es preciso vencer ó morir aquí, dijo uno de ellos; tu manto de rey debe ser tu sudario.» Entabló ligeras negociaciones con los sitiadores, y cuando se hubo alejado con cinco naves, aquéllos se dispersaron, como todo ejército popular que cree haber terminado su obra; pero Dionisio había ido en busca de mil doscientos campanianos, que los cartagineses dejaron en sus nuevos dominios; y estos mercenarios, con otros reclutas, cayeron sobre Siracusa, sumida en aquel momento en la más completa oscuridad. Una salida de la guarnición de Ortigia acabó de dispersar á los revoltosos, de los cuales siete mil huyeron á Etna, y Dionisio quedó dueño de la ciudad (403). La alianza de Esparta, que le envió á Lisandro como consejero, fortificó su poder, y esta vez tuvo el buen juicio de no mancharle con actos de venganza, si bien á los pocos días, cuando los habitantes se hallaban diseminados en el campo, ocupándose en la recolección, mandó visitar las casas y apoderarse de todas las armas. Una segunda muralla hizo inexpugnable la isla de Ortigia, y numerosos mercenarios, enviados á buscar á todas partes, aumentaron á la vez la fuerza de Siracusa contra sus enemigos y la de Dionisio contra los siracusanos. Por último, minuciosas precauciones le preservaron de los asesinos, pero no del temor, de la sospecha y de los terrores.

Para tantos gastos necesitábase oro, y Dionisio lo buscó en la guerra. Apoderóse de Etna, refugio de los proscritos siracusanos; atrajo á su partido á los habitantes, en el centro de la isla; compró á unos traidores Catana y Naxos, y las destruyó después de vender toda la población. Dió las tierras de Naxos á los sículos de las inmediaciones, las de Catana á sus mercenarios campanianos, y obligó á los leonti-



Ruinas del templo de Artemis en la isla de Ortigia (1)

nos á emigrar á Siracusa (400). Los habitantes de Regio, alarmados al ver á Dionisio acercarse tanto á su estrecho, enviaron soldados á Mesina á fin de impedirle el paso; pero la discordia que estalló entre esta tropa hizo fracasar la empresa, y Dionisio tuvo un pretexto para llevar más tarde sus armas á la Gran Grecia.

Dionisio era tirano, pero tirano activo; su pensamiento dominante después de alcanzar el poder fué rebajar á Cartago, acrecentando la grandeza de Siracusa, y todos sus actos tendían á este objeto. Después de consolidar su dominación en la costa oriental, resolvió extenderla al Oeste, obligando á la invasión púnica á retro-

(1) Según fotografía. La iglesia de Santa María de las Columnas se construyó sobre las ruinas de un templo viejo, y aún se ven en su sitio, de lado, las columnas dóricas con su capitel.

ceder, pues en cuatro años había avanzado desde la extremidad occidental de la isla hasta dar vista al territorio siracusano. Para esta lucha decisiva era preciso poner á Siracusa al abrigo de los azares de una batalla perdida; y por lo tanto reforzó sus muros, cercando con una muralla las alturas del Epípolo, que dominan toda la ciudad, á fin de poder encerrarle, como había estado á punto de hacerlo la expedición ateniense. Sesenta mil obreros, buscados en la población libre de la campiña, se repartieron el terreno; de estadio en estadio, un arquitecto dirigía los trabajos, y seis mil pares de bueyes transportaban los materiales. El mismo Dionisio vigilaba á los operarios, compartía sus fatigas y excitaba su emulación con recompensas. Tanto fué el celo, que al cabo de veinte días se terminó la construcción de aquel muro de treinta estadios de extensión y de piedras cuadradas, flanqueado de fuertes



Monedas de Catania (1)

torres, y cuya altura le preservaba de los asaltos (2). Después mandó fabricar un número prodigioso de armas y máquinas de guerra, entre las cuales figuraba una de nueva especie, la catapulta, propia para arrojar piedras y dardos. Para la marina envió á buscar maderas de construcción del Etna, reparó las antiguas naves é hizo construir una más fuerte que las que se habían usado hasta entonces. Atenas no empleaba más que trirremes, porque toda la fuerza de sus galeras estaba en la rapidez de sus movimientos y en los golpes repetidos de su espolón para romper las naves enemigas. Dionisio tuvo naves de cuatro y cinco bancos de remeros, más pesadas, pero más resistentes, y su flota excedió de trescientos barcos de guerra, para los cuales mandó formar ciento sesenta dársenas, cada una de las cuales podía contener dos naves. Esparta, amante de toda tiranía que se elevase, le permitió alistar en el Peloponeso, y hasta en la Laconia, tantos mercenarios como quisiera

Terminados sus preparativos, Dionisio propuso en la asamblea del pueblo declarar la guerra á Cartago; y algún tiempo después, poniéndose á la cabeza de ochenta mil hombres, recobró Gela, Camarina, Agrigento, Selinonte, Himera; marchaba para atacar la principal fortaleza de los cartagineses, en la isla Motia, en la punta occidental (396). Aquel fué un sitio memorable, pues los cartagineses se defendieron con la tenacidad de la raza púnica; pero las nuevas armas empleadas por Dionisio dieron al fin cuenta de su valor. Sin embargo, Himilcón llegaba con cien mil hombres y una flota considerable (395); sin dificultad recobró Motia, y

(1) 1. KATANAION. Cabeza laureada de Apolo, en el anverso. En el reverso, mujer conduciendo un carro al paso (plata). — 2. ΑΠΟΛΛΩΝ. Cabeza de Apolo de frente, laureada; en el campo una lira, un arco y el plectro. En el reverso: KATANAION. Mujer conduciendo una cuadriga al galope; los caballos están á punto de dar la vuelta á la meta, y una Victoria que vuela sobre ellos presenta una corona á la diosa. En el exergo una langosta (plata).

(2) 30 estadios = 5 kilóm. 50. — Aún se pueden ver los restos del fuerte levantado sobre el Eurialos, en la cima del Epípolo. Véase Saverio Cavallari, *Zur topographie von Syrakus*, pág. 21 (Göttinga, 1845).

trasladando hábilmente el teatro de la guerra á la costa oriental, destruyó la ciudad de Mesina y obtuvo la victoria en un combate naval, permitiéndole esto llegar hasta el puerto de Siracusa. Una vez allí, plantó su tienda en el templo de Júpiter olímpico, fortificando después su campamento con las piedras de las tumbas. Los griegos atribuyeron á estos sacrilegios las fiebres palúdicas que en el otoño se declararon, producidas por las tierras pantanosas que rodean á Siracusa por el Oeste. Tal fué el número de víctimas en las tropas, que el ejército olvidó, en medio de su espanto, la disciplina y la vigilancia; Dionisio lo aprovechó para dirigir un doble ataque por mar y tierra, durante una noche sin luna. Una parte de la flota enemiga



Monedas cartaginesas de Panormo (1)

fué incendiada, y los pocos soldados que los cartagineses pudieron armar sufrieron una derrota que les obligó á volver á su campamento, donde la muerte les aguardaba con tanta seguridad como la espada de los siracusanos. Himilcón pidió secretamente que se le permitiera escapar con algunos ciudadanos, y pagó por este baldón trescientos talentos, pero bórrole después con su muerte: se acusó á sí mismo del desastre, fué á orar en todos los templos de Cartago, y después, tapiando las puertas de su casa, se dejó morir de hambre (394).

Mientras que Himilcón huía, el ejército, vendido por su general, fué cercado y los que no perecieron quedaron prisioneros; pero en vez de activar vivamente la victoria obtenida á consecuencia de la epidemia, y de expulsar á los cartagineses de toda la isla, Dionisio hizo la paz con ellos después de dos años de hostilidades languidecientes. Solamente ganó el territorio de los sículos con la plaza fuerte de

(1) 1. עיי (Sis, tal vez el nombre púnico de la ciudad). Cabeza de ninfa en el anverso, con el cabello anudado sobre la nuca, y en el campo tres delfines. En el reverso un perro, y en el campo la cabeza de la ninfa (plata). - 2. ΠΑΝΟΡΜΟΣ. El Genio de la ciudad, desnudo, sentado sobre el río, que se representa bajo la forma del toro con cabeza humana, que salta. En el reverso: עיי (Sis) Poseidón sentado á la derecha, con su tridente, y en el campo un delfín (plata). - 3. ΠΑΝΟΡΜΙΤΙΚΟΝ, en inscripción invertida. Cabeza de ninfa con el cabello en una *esfendoné*; detrás, la triquetra, emblema de Sicilia. En el reverso un perro que vuelve la cabeza, y en el campo una concha de la especie *Murex*. (plata). - 4. עיי (Sis). Gallo en el anverso; en el reverso seis glóbulos, marca del hemilitrón (bronce). - 5. Cabeza de Perséfone con diadema, rodeada de delfines; en el reverso un personaje en pie en una cuádriga al galope, coronado por la Victoria, que vuela sobre los caballos. En el exergo un hipocampo y la palabra עיי (Sis); plata.

Tauromenión. Ya ocupaba Catania, al pie del Etna, y Mesina, que le hacía dueño del estrecho, dejando abierto el camino hacia los griegos italiotas, cuya decadencia comenzaba bajo los repetidos golpes de los pueblos indígenas, samnitas y lucanos. Hacia el año 397 había buscado en aquel país aliados, encargando á los habitantes de Regio que le eligieran entre las jóvenes de la ciudad una esposa. «Es preciso enviarle, dijo un ciudadano en la asamblea pública, la hija del verdugo, para que el matrimonio sea proporcionado.» Esta sangrienta alusión á las ejecuciones de que el tirano se había hecho culpable, quedó grabada en su memoria, y Regio, que por otra parte era lugar de refugio de los desterrados de Siracusa, fué la primera ciudad atacada, pero no la primera destruída.

Caulonia, Hiponión y Scilación sucumbieron antes, y su territorio se dió á los locrios, que desde hacía largo tiempo habían aceptado la alianza de Dionisio. Después de un sitio de once meses, Regio abrió sus puertas, y el tirano fué horriblemente cruel para Pitón, que había dirigido la resistencia: mandó matar á su hijo,



1



2



3

Monedas de Regio (1)

y sometióle á tales tormentos, que sus mismos soldados murmuraron (387). Intútil es decir que todos los habitantes fueron vendidos y la ciudad destruída. Crotona, la ciudad más poderosa de la Gran Grecia, cayó igualmente en su poder, y los desterrados siracusanos hubieron de refugiarse en el golfo Adriático para estar al abrigo de sus ataques, estableciéndose en el único puerto que hay en aquel litoral, en Ancona.

En el mismo año 387, en el que Dionisio tenía en su poder á la mayor parte de los griegos de Sicilia y de Italia, Artajerjes imponía á su metrópoli la paz de Antálcidas, que le sometía las ciudades helénicas de la costa de Asia: así en el Oriente como en el Occidente, la Hélade iba de baja.

En estas salvajes expediciones, Dionisio no tenía más objeto que afianzar su poder, ocupando á sus mercenarios, y haciendo su nombre temible: era la guerra bárbara, organizada para el pillaje y la destrucción. Por eso siguió adelante, sin plan determinado al parecer, pero sí para tener siempre sus fuerzas preparadas. De este

(1) 1. Cabeza laureada de Júpiter en el anverso. En el reverso: PHINON. Júpiter sentado, á la izquierda, en un trono; con la mano izquierda se apoya en su cetro, y en la derecha tiene una pátera, con la cual se dispone ha hacer una libación en un altar (plata). — 2. Bustos de los Dióscuros, cubierta la cabeza con sus sombreros cónicos sobrepuestos de estrellas. En el reverso: PHINON. Hermes de pie á la izquierda, con la clámide en el brazo izquierdo; cubre su cabeza el *petasus*; en una mano tiene el caduceo y en la otra una pátera. En el campo, á la izquierda, la letra Π (bronce). — 3. PHINON. Cabeza laureada de Apolo. En el reverso, cabeza de león, de frente (plata).

modo, su flota atravesó el mar Jónico, fundó en Iliria la ciudad de Lissos, y en otra ocasión restableció en Epiro un príncipe proscrito. Por este lado acercábase á Delfos y sus tesoros; protegidos en los siglos anteriores por la piedad de los fieles, aquellas riquezas excitaban ahora la codicia de los poderosos. Dionisio hubiera querido apoderarse de ellas; Jasón pensó en lo mismo, y los focidios lo habían hecho ya; pero esta vez Esparta impidió aquella empresa de bandidos, enviando tropas. Dionisio buscó la compensación en otra parte, pero siguió dispersando sus fuerzas; y si bien hacía la fortuna de un pirata, no por eso conseguía afianzar su poder como dueño de Siracusa. Mal tiempo era aquél para Italia, porque los galos la devastaban por el Norte y Dionisio corría á buscar su parte de botín por el Sur, donde saqueó las ciudades del Lacio y de la Etruria. Solamente del templo de Agylla se llevó mil quinientos talentos. Al volver, en condiciones favorables, de aquella expoliación sacrilega, decía á sus cortesanos: «Ved cómo



1



2

3

4

Monedas cartaginesas de Solus (1)

los dioses protegen á los imperios.» En Siracusa había robado ya á Júpiter su manto de oro macizo, el cual sustituyó con otro de lana, diciendo «que aquél era demasiado frío en invierno y en demasía pesado para verano.» Esculapio se quedó también sin su barba de oro, «porque no teniéndola Apolo, no era conveniente que su hijo la usase;» y Juno laciniana perdió su vestido, de tan maravilloso trabajo que los cartagineses, según se asegura, lo compraron en ciento treinta talentos para adornar una de sus divinidades con el despojo de un templo griego.

En 383 Dionisio emprendió de nuevo la guerra contra Cartago; alcanzó sobre Magón la gran victoria de Cabala, donde hizo cinco mil prisioneros y mató doble número; pero sufrió tales pérdidas en la batalla de Kronión, que le fué forzoso reconocer á los cartagineses la posesión de Sicilia, al Oeste del río Halycos, y pagar una indemnización de mil talentos.

Nada más sabemos respecto á Dionisio hasta el año 368, en el que comenzó una tercera y última guerra contra Cartago. Apoderóse de Selinonte, Entella y Erix; pero su flota fué destruída en el puerto de Lilibea, y la muerte de Dionisio puso término á las hostilidades. Los unos dicen que fué envenenado por su hijo, y los otros que murió de indigestión, después de un festín celebrado con motivo de su dramático triunfo en Atenas. Dionisio, en efecto, buscó también esta gloria, como lo hizo después Nerón, y poco más ó menos de igual manera, es decir, como tira-

(1) 1. Hermes sentado, con la clámide echada sobre el hombro y atándose la sandalia; en el campo el petaso y el caduceo. En el reverso: כפרא (tal vez Kafara, nombre púnico de Solus); arco y carcaj (plata).—2. Cabeza de Palas, de frente. En el reverso: כפרא (Kafara). Héroe desnudo, arrodillado, á la derecha, y tirando del arco (bronce).—3. COAONTINON. Cara barbuda de Heracles, con la cabeza cubierta de la piel de león. En el reverso: כפרא (Kafara?); langosta á la izquierda y en el campo seis puntos, marca de valor del hemilitrón (bronce).—4. Cabeza de Perséfone, coronada de espigas. En el reverso: כפרא (Kafara?); toro que va por la izquierda (bronce).

no. Envió á las canteras á Filoxenos por haberle parecido sus versos muy medianos, y cuando Platón fué á su corte, hacia el año 389, el filósofo fué despedido muy pronto, por ser su lenguaje demasiado libre. Los primeros pasos de Dionisio en el estadio y en el teatro fueron desgraciados: en Olimpia sus carros se rompieron, y en Atenas se le silbó; pero al fin alcanzó el triunfo que produjo su muerte. Habiendo sido coronada una de sus tragedias en el concurso de las fiestas leneanas, quiso dar un gran banquete para celebrar esta victoria; pero en él perdió la razón y acometióle un acceso de fiebre que le condujo á la tumba. El cambio sobrevenido en el gusto literario de los atenienses se atribuyó á la importancia política que Dionisio había alcanzado en Grecia. Mediador entre Esparta y Atenas en el año 369, había reconciliado á las dos ciudades, que trataban entonces de unirse contra Tebas, y enviélos mercenarios galos.

Dionisio reinó treinta y ocho años: merecía el poder por su inteligencia superior y su actividad infatigable, pero adquirióle y le conservó por malos medios, y su usurpación no tuvo ni siquiera la peligrosa excusa de algún beneficio en favor de su país. Su dominación fué para Siracusa tan estéril como despiadada. ¿Y qué fué para él mismo? Valeroso ante el peligro, en su vida íntima acosado de continuos terrores, no se atrevía á confiar su cabeza á las manos de un barbero y hacía que sus hijas le quemasen el pelo de la barba con cáscaras de nuez ardientes. Siempre llevaba coraza bajo las ropas y mandaba registrar á las personas á quienes recibía, incluso su hermano, á quien desterró al fin, y hasta su propio hijo. Su habitación estaba circuída de un ancho foso, que se debía franquear por un puente levadizo, y cuando arengaba al pueblo, según dicen, hacía lo desde lo alto de una torre. Cierta día preguntó á Antifón cuál era la mejor especie de bronce. «Aquella con que se construyeron las estatuas de Harmodios y de Aristogitón,» contestó el otro. La respuesta le costó la vida, y fué á formar número con las diez mil víctimas del tirano. Ha quedado una viva imagen de los terrores de Dionisio: la historia, si es verdadera, de una espada suspendida de un hilo sobre la cabeza de Damocles, imprudente cortesano que ensalzó la felicidad de los príncipes y reinó durante una hora.

Victoriosa de Atenas, Siracusa parecía llamada á extender por toda la isla su influencia, particularmente para libertar á Sicilia de una raza enemiga y rival, la de los fenicios de Cartago; pero los treinta y ocho años del reinado de Dionisio no tuvieron más efecto que disminuir las posesiones de los cartagineses en el limitado espacio comprendido entre los ríos Halycos é Himera. Poco valía esto, pues apenas era la extensión del territorio de Agrigento. He aquí para qué se devastaron tantas campiñas y se destruyeron tantas ciudades y se inmolaron tantos hombres. Razón tenían los griegos para desconfiar de los tiranos, de sus mercenarios y de la multitud hambrienta en que se apoyaban, de aquellos pobres que esperaban de su señor la repartición de tierras y fortunas, que entre sus manos era riqueza de un día muy pronto disipada.

## II. — DIONISIO EL JOVEN; DION; TIMOLEÓN

Dionisio el Viejo tenía por lo menos costumbres austeras. Habiendo seducido su hijo á una mujer casada, reprendióle severamente. «¿Cuándo me has visto, di-jole, hacer semejantes cosas? — Es porque vos no erais hijo de rey, contestó el joven. — Mucho temo, repuso el padre, que si continúas así tus hijos no lo serán tampoco.» Y así sucedió. Dionisio el Joven, de carácter débil y violento, fué á la vez una mezcla de buenos propósitos y de pasiones desenfrenadas: el vicio y la virtud

se disputaban en él la primacía. Arrastrado por sus compañeros de libertinaje, entregábase á orgías que duraban meses enteros; y sin embargo, dejése dominar por dos hombres que tuvieron sobre él bastante ascendiente para conducirle varias veces por la senda del bien. El virtuoso Dion, hermano de una de las mujeres de Dionisio el Viejo, ejerció su benéfica influencia en los primeros días del nuevo reinado. Discípulo de Platón, inspiró al joven tirano el deseo de ver al maestro, á quien se envió á buscar á Siracusa. Dos veces Platón se presentó, correspondiendo á las buenas intenciones del príncipe, á quien dominaba con su palabra algún tiempo; pero que cansado muy pronto de la disciplina filosófica, acababa por ceder á la seducción de los placeres y á funestos consejos. El mismo Dion perdió su ascendiente y Dionisio le obligó á huir al Peloponeso.

Transcurrieron algunos años sin que Dion manifestara resentimiento; pero el tirano confiscó sus bienes, obligó á su esposa á tomar otro marido y ultrajó á su hijo. El desterrado resolvió entonces vengar á la vez sus injurias y las de la patria; reunió mercenarios, embarcó ochocientos en dos naves y fué á tomar tierra en el puerto cartaginés de Minoa, en la costa meridional de Sicilia. Los proscritos descontentos acudieron para ponerse á sus órdenes; y Agrigento, Gela, Camarina, y hasta Siracusa, de la cual estaba lejos entonces el tirano, abrieron sus puertas (357). Solamente se conservó la ciudadela por los oficiales de Dionisio, que opusieron una larga y hábil resistencia, aunque al fin debieron ceder. Dionisio se retiró á Locres con sus tesoros; pero había sembrado tras sí la discordia, suscitando contra los vencedores al demagogo heráclida. Dion desagradaba al pueblo por su austeridad y además porque hubiera querido constituir en Siracusa una aristocracia que sujetase al populacho ó acaso una monarquía como la de Esparta. Expulsado por haberse opuesto á una ley agraria, llamósele de nuevo poco tiempo después y pereció en 353, asesinado por un aventurero ateniense, Calipos, que fué sustituido á su vez al año siguiente por Hiparinos, hermano de Dionisio. Este último se aprovechó de aquellas miserables y confusas revoluciones para entrar de nuevo en la ciudad en el año 346; pero agriado su carácter por la desgracia, mostróse tan cruel que los siracusanos llamaron á Hicetas, tirano de Leonción, quien le obligó á encerrarse en la ciudadela é hizo entrar en el puerto naves de Cartago.

Confiaba en trabajar por su cuenta y beneficio propio; pero un nuevo libertador se armaba en la metrópoli de Siracusa, en Corinto: era Timoleón, designado por los habitantes de esta ciudad para acometer tal empresa; hombre honrado y enérgico, habíase mantenido fiel á la libertad y por ella llegó á inmolar á su propio hermano. Con diez naves pasó á Sicilia: en el deplorable estado en que se hallaba Siracusa, con la ciudadela ocupada por el tirano y la ciudad y el puerto por los enemigos, parecía que debiera perderse; mas por fortuna, Dionisio, exhausto de recursos y de valor, ofreció á Timoleón entregarle su fortaleza, á condición de que se le transportara con sus tesoros á Corinto, donde viviría como simple particular (343).

Al punto se despertó la sospecha entre Hicetas y los cartagineses; estos últimos, temiendo una traición, en medio de aquella gran ciudad que tantas veces habían amenazado destruir, apresuráronse á volver á sus naves, é Hicetas, viéndose solo, debió huir forzosamente. Timoleón derribó el fuerte levantado por la tiranía, y en el lugar que ocupaba construyéronse pórticos y se establecieron tribunales. La ciudad estaba libre, mas era preciso poblarla de nuevo, pues las continuas revoluciones hacía algunos años habían obligado á emigrar á muchos habitantes; la yerba crecía en las calles desiertas y las fieras llegaban hasta las puertas y los campos sin cultivo. Timoleón escribió á Corinto para invitar á todos los griegos de Sicilia á volver á su patria é invitó á nuevos colonos á establecerse en ella. A consecuencia de esta

proclama diez mil griegos se reunieron en el Peloponeso para ser transportados á Siracusa, y también llegaron muchos de Italia, calculándose en sesenta mil el número de los emigrantes. Timoleón les distribuyó tierras, y para rehacer la hacienda dispuso que se vendieran por cuenta del Estado las casas abandonadas, dejando no obstante á los antiguos propietarios que se presentaran el derecho de recobrar sus bienes. También vendió considerable número de estatuas erigidas en diversas épocas, después de someterlas á una especie de juicio público: solamente se conservó la de Gelón. Instituyó de nuevo el gobierno democrático puro, perfeccionó la legislación civil y estableció la magistratura anual de los *amfipolos* de Júpiter olímpico, cuyo nombre debía servir para designar el año, como en Atenas el del arconte epónimo.

Después de haber establecido el orden en Siracusa, Timoleón trató de hacer lo mismo en Sicilia. Hicetas se vió reducido á vivir como simple particular en Leonción; Leptines, tirano de Apolonia, prefirió ir á reunirse con Dionisio en Corinto; y las otras ciudades griegas, con la mayor parte de los sículos, entraron en su alianza.

Cartago se alarmó ante aquella potencia que se elevaba por la sabiduría y el interés, y muy pronto sesenta mil africanos desembarcaron en Lilibea. Con diez mil hombres nada más, Timoleón osó salir al encuentro de ese inmenso ejército; la batalla se libró en las orillas del Crimisos, y Timoleón debió en parte el buen éxito de su temeraria empresa á su valor y á la abnegación de los suyos; pero también á una furiosa tempestad que introdujo el desorden en el ejército contrario, y que, produciendo una crecida en el río, impidió el paso á una parte de los cartagineses. Más de tres mil ciudadanos de Cartago fueron muertos en aquella ocasión, desastre casi sin ejemplo para una ciudad acostumbrada á hacer la guerra con mercenarios (340); y por lo mismo consintió en tratar.

Para obtener una paz más segura, Timoleón no impuso condiciones onerosas: el límite del territorio de los dos pueblos se fijó en el río Halicos; pero los griegos establecidos en las tierras de Cartago tuvieron permiso para emigrar á las de Siracusa; se declaró libres á las ciudades griegas de la isla y prohibióse á Cartago toda alianza con los tiranos (338).

Timoleón emprendió de nuevo la lucha contra ellos: los de Catana y de Mesina, vencidos, fueron condenados á muerte, como ladrones públicos, por los pueblos á quienes habían apremiado, y otros cayeron del poder. Los campanianos, antiguos mercenarios de Dionisio, habían convertido el Etna en guarida de bandidos, que infestaban los alrededores del país; pero Timoleón los arrojó de allí.

Después de haber conseguido en menos de cuatro años imponer la paz á Cartago, derribar á los tiranos, restablecer el orden en Siracusa y la prosperidad de la Sicilia griega, Timoleón dimitió sus poderes. Si los hubiera conservado, su nombre se habría confundido en la multitud de todos los jefes de Estado, legítimos ó usurpadores; pero su abdicación le valió un lugar aparte, honroso y muy elevado. Pasó los últimos años de su vida en el retiro, respetado de todos los habitantes de la isla, que iban á consultarle sobre los tratados, la repartición de tierras y las leyes. Cierta día dos oradores osaron acusarle de malversación de fondos: el pueblo, indignado, se sublevó contra ellos; pero Timoleón le contuvo. «Si he arrojado tantos peligros, dijo, fué para que el último de los ciudadanos pudiera defender las leyes y emitir libremente su pensamiento.» Los siracusanos honraron á su libertador hasta su hora postrera, solicitando siempre sus consejos y presentándole á los extranjeros que pasaban por la ciudad, como si no tuviesen nada más que enseñarles después de haberles mostrado una de las glorias más raras en Grecia, y hasta en

todas partes, el héroe de la probidad y del desinterés políticos. En los últimos años de su vida Timoleón quedó ciego, lo cual no impidió que los siracusanos siguieran consultándole en todos los asuntos de importancia. Varios diputados le conducían en un carro hasta el centro de la plaza pública, y abiertos los debates, Timoleón emitía su parecer, que la multitud atenta escuchaba silenciosa con el mayor respeto y seguía siempre. Así murió lleno de gloria y de años, dejando á su patria adoptiva feliz, grande y libre, y un recuerdo sin tacha, á pesar de la ruda virtud que demostró algún día. Sus funerales se efectuaron en medio de un inmenso concurso y con el aparato de las más grandes solemnidades. Cuando el cuerpo estuvo colocado en la pira, un heraldo se adelantó y dijo: «El pueblo de Siracusa consagra doscientas minas para honrar con una pompa fúnebre á Timoleón el corintio, y ha decretado además que en el día aniversario de su muerte se celebren perpetuamente certámenes musicales, luchas gímnicas y carreras de caballos, porque derribó á los tiranos, venció á los bárbaros, pobló de nuevo grandes ciudades y devolvió á los griegos de Sicilia sus leyes y sus instituciones.»

### III. — AGATOCLES Y HIERÓN

Desde 337, año de la muerte de Timoleón, hasta 316, faltan los documentos para la historia de Siracusa. Solamente se entrevé que esa ciudad vuelve á caer en el trastorno y la anarquía de que Timoleón la sacó y á que debían conducirla sin remedio las malas costumbres políticas y privadas. De la anarquía era de lo que las repúblicas debían guardarse más; Siracusa se inclinaba hacia ella poco á poco é iba á ser castigada otra vez por la tiranía. Por lo pronto, dominaron Heráclides y Sosístratos, que, al decir de Diodoro, «llenaron su vida de perfidias, de asesinatos y de las más escandalosas impiedades.» Después vino Agatocles, hombre de genio, mimado por las circunstancias, y cuya vida fué maravillosa desde la cuna. Su padre, Carcinos de Regio, retirado entre los cartagineses, le abandonó como expósito, porque un oráculo había predicho que sería para este pueblo causa de grandes desgracias; pero su madre le salvó, y siete años después, Carcinos, felicitándose de haber encontrado á su hijo, cuya muerte se atribuía, condújole á Siracusa para sus traerle al odio de los cartagineses, que se acordaban del oráculo.

El joven Agatocles se dedicó al oficio de alfarero; mas por su extremada belleza granjeóse el cariño de uno de los más ricos ciudadanos de Siracusa, quien le condujo al ejército y consiguió que le dieran el grado de quiliarca. Desde aquel día él mismo hizo su carrera; su brillante valor y su elocuencia popular diéronle nombradía, y á esto se agregó la riqueza cuando al morir su protector se casó con la viuda. Desde entonces tomó parte en los negocios y sostuvo al partido democrático. Desterrado por Sosístratos, refugióse en Crotona y después en Tarento; distinguióse al servicio de estas ciudades por su extremado valor y su habilidad; mas al fin se le expulsó por sus miras ambiciosas. Cuando Sosístratos y Heráclides hubieron caído, volvió á Siracusa y obtuvo el mando del ejército. Sospechas demasiado legítimas indujeron á los siracusanos á retirar este nombramiento; se le depone y apóstanse asesinos para darle muerte; pero éstos inmolan á un esclavo á quien había mandado vestir su traje. Para vengarse de este atentado marcha sobre la ciudad con el ejército fiel á su persona, compuesto de los más pobres ciudadanos, que debían esperar todo de su jefe y de una revolución; acusa al consejo de los seiscientos de haber querido asesinarle, ordena la muerte de la mayoría, con cuatro mil de los principales ciudadanos, y entrega al pillaje las moradas de los ricos. Después convoca una asamblea del pueblo, en la cual declara que se da por contento con librar

al Estado de los oligarcas y que depone los poderes de que está revestido; pero en su discurso había deslizado hábilmente las palabras abolición de las deudas y repartición de tierras, que habían excitado los apetitos. Se le insta á encargarse otra vez del mando; resístese, y no cede al fin sino á condición de que no había de compartir la responsabilidad con colegas que tal vez harían traición al Estado. El pueblo consiente en reconocerle como su señor (316).

Así como Dionisio el Viejo, Agatocles hizo la guerra á Cartago, pero con una superioridad de genio que la comunicó un carácter notable. Comenzó por deshacer dos alianzas contra Siracusa, teniendo la una su centro en Mesina y la otra en Agrigento, y formadas ambas á instigación de los desterrados siracusanos, siendo las dos aliadas de Cartago. Mesina, Tauromeniön y Gela cayeron en poder de Agatocles, que las castigó con la mayor crueldad. Agrigento, en vano socorrida por Acrotatos, hijo de uno de los reyes de Esparta, pidió la paz; pero vencido en una gran batalla en el monte Ecnomo por tropas superiores en número, al mando de Amílcar, Agatocles fué sitiado en Siracusa. Sin embargo, había sabido dar tiempo á la ciudad para ponerse en estado de sostener un largo sitio, y además meditaba un proyecto, el más atrevido que un capitán pudiera concebir, cual era sitiar á Cartago y trasladar bajo sus muros el teatro de la guerra. Sin confiar á nadie su designio, equipa una flota montada por catorce mil hombres, sale del puerto, engañando á la escuadra enemiga á favor de un eclipse, y llega al Africa. Una vez en ella, coge una antorcha, declara á sus soldados que durante la travesía ha hecho voto á Demeter y á Corea de sacrificarla sus naves, y prende fuego á la suya; sus oficiales le imitan; los soldados, poseídos de entusiasmo, juran no salir de Africa sino dueños de Cartago, y marchan al punto contra la ciudad (310).

Sin embargo, Amílcar había seguido á la flota; la vista de aquel incendio le inspira la idea de un hábil ardid: recoge las proas de las naves griegas, las lleva á Siracusa, anuncia á los habitantes que Agatocles ha sufrido un descalabro é intima á la ciudad á que abra sus puertas. Los restos de las naves parecían atestiguar la veracidad de estas palabras, y al punto suscitáronse violentas discusiones entre los habitantes. Los más quieren rendirse; y Antander, hermano de Agatocles, en cuyo nombre gobierna, se inclina á ceder, cuando desde los muros se ve una galera ricamente empavesada, en la cual resuena un canto de victoria; esta nave evita diestramente el encuentro con la flota cartaginesa, penetra en el puerto, y los siracusanos toman conocimiento á la vez de la audacia y del triunfo de Agatocles. En el mismo instante todas las disposiciones cambian y Amílcar se aleja.

No hemos de referir aquí las victorias de Agatocles en Africa, porque pertenecen á una historia diferente de la que acabamos de referir. A pesar del sacrificio de quinientos hijos de las mejores familias de Cartago, arrojados vivos en el horno encendido por el Moloch de Africa, doscientas ciudades, según dicen, son tomadas por el siracusano ó se adhieren á su alianza. Los númidas le facilitan tropas; Ofelas, gobernador de Cirene, le lleva veinte mil hombres; el tratado concluído entre ellos concede al uno el Africa y al otro la Sicilia y el Occidente; y de este modo, los grandes proyectos de Alejandro se realizan al fin y la raza griega lo habrá invadido todo.

Pero Agatocles cometió un crimen que fué, como lo es siempre, una gran falta. Por envidia tal vez ó por haberse arrepentido de las promesas que hiciera, suscitó un tumulto durante el cual se asesinó á Ofelas. Por esta muerte separóse de Agatocles una parte de sus nuevas tropas, viéndose en la precisión de alejar á otra, y sembró la desconfianza en el campamento; pero aún fué vencedor. No obstante, los asuntos de Sicilia, favorables al principio, se habían maleado, y los generales siracusanos

llamaban á Agatocles; éste volvió á la isla, restableció en Siracusa el orden y sometió á Agrigento, que había vuelto á tomar las armas. Por desgracia, dos divisiones de su ejército habían sido aniquiladas en Africa durante su ausencia, y los cartagineses, gracias á supremos esfuerzos, tenían á la tercera sitiada. Agatocles volvió, pero ya no encontró más que diez ó doce mil hombres exhaustos por los combates y divididos por las sediciones. Una derrota que sufrió introdujo mayor desorden, y hasta sus hijos, que desempeñaban principales mandos, atreviéronse á reducirle á prisión. Sin embargo, consiguió escapar en un trirreme que le condujo á Siracusa (307), mientras que Cartago daba gracias á sus dioses sanguinarios sacrificándoles el más bello de los prisioneros siracusanos.

Agatocles había sido antes muy cruel, pero después del desastre de Africa fué atroz. Habiendo sido asesinados sus hijos por el ejército, inundó de sangre la ciudad de Siracusa, y todos los parientes de los soldados fueron muertos. Al cabo de un año hizo la paz con Cartago, que conservó todas las ciudades que antes poseía, recibiendo además trescientos talentos con doscientos mil medimnos de trigo. Sin embargo, no convenía el reposo á aquel hombre turbulento, y acometió casi al punto nuevas empresas, sometiendo el país de los brucios, Crotona y hasta Corcira, que le había llamado contra los macedonios. Pero Cartago ocupaba siempre su pensamiento; á la edad de más de setenta años comenzaba á hacer inmensos preparativos y reunía una flota de doscientas naves. La muerte puso fin á ellos.

Hubiera querido asegurar el trono para su primogénito Agatocles; pero otro de sus hijos, Arcagatos, uno de aquellos que perecieron en Africa, había dejado un niño del mismo nombre, que más tarde atrajo á su tío á un banquete y le asesinó. Para desembarazarse también de su abuelo, dióle, según dicen, un mondadientes envenenado, pero no le mató en seguida. El anciano rey, no pudiendo castigar al asesino de su hijo, quiso por lo menos privarle de aquel poder que había tratado de conquistar por maldades, y devolvió la libertad á los siracusanos. Pocos días después murió en medio de horribles sufrimientos, y según algunos, se le colocó en la hoguera antes de haber exhalado el postrer aliento (289).

Después de esta trágica historia de los tiranos, manifiéstanse los frutos de la tiranía, las revoluciones y el bandolerismo, recayendo Sicilia en la más espantosa confusión. Los mercenarios de Agatocles la devastaron; después fueron á establecerse en Mesina é hicieron temibles en ambos lados del estrecho bajo el nombre de mamertinos. Cartago se alió con ellos y sus tropas marcharon á sitiar á Siracusa, que pidió socorro á Pirro. Éste rechazó á los cartagineses; pero el descalabro que sufrió delante de Lilíbea, la insubordinación de los sicilianos y la tiranía que ejerció en ellos, impidieronle completar la liberación de la isla, por lo cual se retiró como había venido, es decir, como aventurero, saqueando los templos á su paso.

«¡Qué hermoso campo de batalla dejamos para los romanos y los cartagineses!» dijo al salir de Sicilia. Siracusa no tenía ya fuerzas para luchar contra Cartago, dueña incontestable de Africa y del mar; comprendiéndolo así, renunció á su antigua política, y bajo el gobierno de Hierón, que la administró sabiamente desde 275 á 215, resignóse por lo pronto á ser aliada de los cartagineses contra Roma, de donde podía llegar en lo futuro el mayor peligro. Vencido con Cartago, Hierón obtuvo del Senado romano cincuenta años de paz y la posesión de varias ciudades sicilianas; este período nos conduce hasta el año 212, época en que Siracusa, después de haber desafiado todas las fuerzas de Atenas y tantas veces las de Cartago, sucumbió valerosamente bajo la espada de Roma. Por lo menos, la última página de su historia contiene un gran nombre el de Arquímedes.

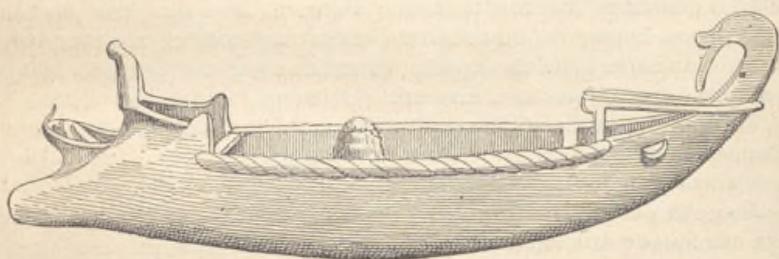
Encontramos á Roma por todas partes, al morir los pueblos griegos, como para

recoger su herencia. «Del mismo modo que el mar recibe todos los ríos, dice el retórico Aristides, así el imperio romano recibe y guarda todas las naciones.»

De esa ruina de Grecia, y más tarde de la del imperio romano, se ha deducido el axioma, amado de los poetas, de que los pueblos, así como los individuos, pasan sucesivamente por una juventud brillante y una madurez á veces fecunda, á la que sigue muy pronto una decadencia mortal. Pero hay naciones que arrostran el tiempo á pesar de los golpes más fatales, y para otras hay renacimientos á que deben una nueva existencia, gracias á las lecciones que desde el seno de la muerte les dan aquéllas que les preceden en la vida. De este modo Grecia, caída á los pies de Macedonia y después á los de Roma, siguió viviendo por el espíritu y el arte. Esto es lo que nos falta demostrar en una breve reseña de su historia.

---

(1) Hallada en 1862 entre las ruinas del Acrópolis de Atenas; mide treinta centímetros de largo por cincuenta y cinco milímetros de ancho.



Lámpara de bronce en forma de lancha (1).

## CAPÍTULO XL

### RESUMEN GENERAL

1

Roma comenzó por la prosa, y durante siglos no conoció otra expresión del pensamiento; Grecia comenzó por la poesía, y hasta entre sus legisladores y filósofos tuvo poetas, y así es que de su primera edad no sabemos nada sino por conducto de aquellos que cantaron los héroes y los dioses de los antiguos días. Lo mismo ha sido, poco más ó menos, en todas partes. ¿No son los *Sagas* y el *Edda* como la *Ilíada* de los escandinavos, los *Nibelungen* la de los germanos, y el *Chah-Nameh* de Ferdousi la de los persas? Esas historias legendarias encubren ciertamente un fondo histórico; pero ¿cómo encontrar la realidad en medio de esas fábulas? Por fortuna, tenemos otros testimonios además de la leyenda sobre aquellos pueblos: para Persia, Herodoto y las inscripciones de los Aqueménides, que hoy se saben leer; para los germanos, Tácito, Jordanes y Gregorio de Tours; para los sajones y los escandinavos, Beda y Alfredo el Grande; y estos escritores nos permiten poner junto á las tradiciones populares relatos que las confrontan y explican; mas para la Grecia antigua, ¿quién refutará á Homero? ¿Deberemos, como Evhemere y sus sucesores, hacer de todos esos dioses hombres, y reducir la leyenda á términos que la razón pueda aceptar, ó habremos de ver, como los discípulos tardíos del Pórtico y de la Academia, nobles enseñanzas hasta en frívolos relatos? ¿Qué hilo de Ariadna nos conducirá por ese laberinto, y qué puede quedar cuando un soplo de la crítica haya marchitado esas ligeras y brillantes flores?

Creer que la mitología no es ficción sino en la superficie y verdad en el fondo; que es un telón decorativo y que hasta levantarle para ver una acción verdadera, sería desconocer singularmente la fuerza creadora de la imaginación popular. Dos fuerzas que obran á menudo en sentido contrario, el sentimiento y la razón, conducen la vida de los hombres y de los pueblos: el uno, que tiene la facultad del instinto, reina largo tiempo solo, y siempre disputa la preponderancia al otro, cuya autoridad no se establece sino con extremada lentitud en puntos sucesiva y laboriosamente conquistados. En la vida de las naciones hay, pues, una edad en que todo es sentimiento é imagen, en que todo se anima y personifica, así como viene otra en que todo es reflexión y examen, y en que todo se analiza y se descompone. El primero es el tiempo de la fe en los fenómenos, la época de las leyendas que con tantas divinidades pueblan el Olimpo y el Walhalla, que con tantas aventuras abultan la historia de los héroes, la de Aquiles ó de Rolando, la de Arturo ó de Teseo. El segundo es el tiempo de la duda para lo que parece salirse de las leyes naturales, la época en que la investigación científica de las causas y de los efectos reduce la importancia de los dioses y de los héroes, mostrando detrás de éstos la sociedad que constituye la mitad de su fuerza, y detrás de aquéllos la fe que los creó y que los domina, aunque parece obedecerlos.

De esas dos edades, la primera llega, aun para los más eminentes genios de la

Hélide, hasta el siglo vi antes de nuestra era, y la segunda comienza con Anaxágoras y Tucídides. Herodoto se halla todavía bajo el yugo de la antigua fe; tiene la curiosidad infantil del viajero á quien todo admira, y salvo algunas tímidas interpretaciones, admite los relatos de la musa. Desde Herodoto á Tucídides, Grecia se hace hombre: el hijo de Oloros, animado de un espíritu más libre, separa los velos brillantes que cubren la cuna de su pueblo, y lleva audazmente su razón al centro de los hombres y de las cosas del tiempo pasado; pero guárdase de confiarla con todas las imposibilidades mitológicas. No se fija sino en los grandes hechos, separa lo maravilloso, pone la política en su lugar, y entonces no tiene ya que presentar, de aquellos tiempos tan llenos de tinieblas para la crítica y de luz para la fe, sino un cuadro sobrio, probablemente muy verdadero en sus líneas generales. «Los acontecimientos de los antiguos días, dice en su introducción, se nos escapan por el alejamiento de la certidumbre.»

En otro libro rehusé penetrar en el dédalo de los orígenes romanos, y con mucha más razón me he guardado de hacer esfuerzo alguno para deducir una historia seguida de esos poéticos restos que encubren y ocultan, bajo graciosas ó terribles ficciones, los principios de Grecia, así como tampoco pediré una historia de la Edad media á la *Leyenda dorada*, á las *Crónicas* del arzobispo Turpín ó á nuestros *romances* de caballería. He hecho, pues, para Grecia lo mismo que hice para Roma; he referido rápidamente las leyendas que es preciso conocer, porque nuestra literatura está llena y nuestras artes se inspiran en ellas aún; pero después de buscar las probabilidades que la historia general y la comparación de los hechos deja entrever, he apresurado mi marcha hacia tiempos mejor conocidos.

Sin embargo, en la Grecia de los poetas la ciencia moderna ha descubierto una Grecia prehistórica; ha estudiado los restos de una sociedad más antigua que Homero, acaso en diez siglos, y ha pedido á esa tierra llena de montañas, de penínsulas y de islas, así como á los mares que la bañan y al cielo que la cubre, qué influencias han obrado sobre esos primeros habitantes.

¿De dónde venían éstos? Del Asia, cuna de la raza ariana, la cual, en su largo viaje hasta las extremidades del Occidente, dejó en la orilla oriental del mar Egeo, en Tracia y en Grecia, pueblos cuya lengua y religión tenían un fondo común; de modo que alrededor del gran lago helénico eleváronse ciudades que pudieron entenderse y contestarse.

Si en el período legendario la historia política tiene pocos acontecimientos seguros que recoger, la historia social puede tomar en cambio muchos en las costumbres que han perseverado. Entonces es cuando se forma la familia, cuando el culto se establece, cuando las ciudades se elevan, y éstas son bases antiguas que llevan en sí el hogar doméstico, el pritaneo público y la Agora, donde se sientan por lo pronto, alrededor del rey, los jefes y su consejo, y donde el pueblo irá después á deliberar y votar.

No hay en Homero más que el estrépito de las armas, y en Hesiodo no se encuentran sino el nacimiento de los dioses y los trabajos campestres. En esos antiguos poemas y en las leyendas de que salieron, los hechos son más imaginarios que reales; pero hállanse ideas, costumbres y creencias que han vivido largo tiempo. Aquiles canta la gloria de los bravos; Héctor cuenta con sus hazañas para obtener en la memoria de los hombres la inmortalidad, y han legado á los héroes de la edad histórica el sentimiento del honor. Las mujeres son: la noble Andrómaca, Areté ó *la virtud*, tan digna de su nombre, su hija Nausica, de virginal sencillez, Alceste, que muere por su esposo, Antígona, por su hermano, y todos esos tipos de heroínas que atraviesan castamente el teatro de Sófocles. La religión conserva los restos de

un tosco naturalismo que se mezcla con el culto de los gloriosos olímpicos, y junto á demonios benéficos supone la existencia de las divinidades á quienes la felicidad de los hombres irrita. Pero poco á poco el cielo sombrío se aclara; el destino deja de ser ciego, y Nemesis no es ya envidiosa; Apolo, el dios de la luz, da sabios consejos, y Minerva dulcifica las costumbres de su pueblo. La muerte se relaciona con la vida por los honores fúnebres, que proporcionan á los abuelos una nueva existencia de ultratumba, convirtiéndolos en protectores de aquellos á quienes abandonaron; el culto de los muertos, lazo de las generaciones, consagra las familias aristocráticas, y alrededor de las tumbas, así como en torno de los templos, es donde el patriotismo, la gran virtud de aquellas antiguas sociedades, adquiere la fuerza que le permitió realizar tantos milagros.

## II

La vuelta de los heráclidas y los grandes movimientos de pueblos que con ella se siguieron cierran el período legendario. Después de esto, las tradiciones cesan de pronto; la musa enmudece; el brillo luminoso que Homero ha proyectado sobre la edad heroica se extingue, y entramos en cuatro siglos de oscuridad. Esa noche que se produce en Grecia es el paso de la leyenda á la historia, del mundo de la ficción al mundo de la realidad. En 776, cuando se estableció la costumbre de contar los años por la celebración de las festividades de Olimpia, que se repetían, se tuvo también un medio de fijar la cronología; pero ¡cuántos blancos quedaban antes de la época de Herodoto! ¡Y cuántas veces la poesía toma el lugar de la historia, como en las guerras de Mesenia!

Por eso no tenemos nada que poner entre la invasión de los dorios, esa raza que la *Iliada* no conocía, y la era de las olimpiadas. Para Esparta, antes de Licurgo, y para Atenas, antes de Solón, apenas se pueden recoger algunas palabras, y casi nada para el resto de Grecia, aunque desde esta época se haya constituido el país y haya comenzado su vida histórica. Cada nación tiene el pueblo que conservará hasta el último día, y cada uno de esos pueblos toma ya, bajo la doble influencia de su establecimiento, el carácter que determinará en Grecia las oposiciones de razas, de ideas y de intereses.

Desde el siglo XI al XVII prodújose un hecho notable, la difusión de la raza helénica en casi todas las riberas del Mediterráneo.

Los griegos, que se complacían en ocultar un pensamiento profundo bajo las más graciosas imágenes, cuentan que un pastor, hallándose apacentando sus rebaños á orillas del mar, vió cierto día á una hermosa joven salir del seno de las aguas, sonreírle y llamarle. Al pronto vaciló, pero cediendo después al encanto, arrojóse en las olas. ¡Cuántas sirenas seductoras jugaban así alrededor de aquellas riberas, llamando á los habitantes á las azuladas ondas! Los griegos cedieron, como el pastor, al atractivo irresistible, y corrieron de isla en isla, entre los tres continentes que se aproximan entre sí, para salir en muchos puntos al encuentro de pueblos que con ellos tenían el mismo origen ó antiguas relaciones comerciales.

La naturaleza les imponía de dos maneras la obligación «de navegar continuamente en el gran abismo,» por la situación de su país, desde el cual se ve casi por todas partes el mar, y más aún por los productos que reporta. El suelo griego, poco propio para los cereales, á pesar de la protección de Demeter, la diosa venerable (1),

(1) Publicamos á continuación, según fotografía, una estatua de mármol que representa á Demeter, descubierta en Cnide y conservada en el museo Británico. La diosa está sentada, y el velo

lo es mucho para la vid y el olivo, cultivos comerciales é industriales. El pueblo que tiene trigo y ganado puede prescindir de los demás y no pedir ya nada á la tierra que le alimenta, y de aquí el lento desarrollo de los pueblos agricultores; pero el que solamente tiene vino y aceite se moriría de hambre si no cambiase sus productos. En su consecuencia, está obligado á mantener continuas relaciones con sus vecinos, recorrer el mundo y adquirir, con las mercancías, conocimientos é ideas. ¿Podemos extrañar, sabido esto, que el pueblo griego haya sido y sea aún el pueblo comerciante por excelencia, que haya visitado las tierras á que su vista alcanzaba y dejado una colonia en todas sus orillas?

El comercio vive de libertad: las colonias griegas fueron libres; las de Roma han sido dependientes, porque eran un instrumento de conquista y porque la dominación quiere la obediencia.

Mientras que los griegos salían por las mil puertas que la naturaleza había abierto ante ellos, una revolución interior sustituía lentamente á los reyes de la edad heroica, hijos de los dioses, á los nobles, que pretendían aún una descendencia divina. Cuando esos nobles no tuvieron ya superiores á ellos, quisieron que todos los inferiores fueran súbditos; mientras que estos últimos, adquiriendo á su vez más bienestar é inteligencia, creyéronse capaces de dirigir por sí mismos sus asuntos, y efectuaron contra la oligarquía lo que ésta hiciera contra los reyes. Mas para esta lucha habían tomado jefes que se apoderaron del gobierno; aquí por fuerza ó sorpresa, y allá por consentimiento del pueblo, que les otorgaba el poder para que establecieran el orden y la igualdad.

También pasaron aquellos tiranos; y los abusos y violencias produjeron una nueva revolución, que esta vez fué democrática. Tal es la vida interior de Grecia hasta la guerra meda; los reyes primero, luego la aristocracia, después los tiranos, que se apoyan en la clase oprimida, y por último la ciudad gobernándose á sí misma; ésta concediendo más al pueblo que vive de la industria y del comercio, y aquélla dando más á los ricos que poseían el suelo. Esta forma prevalecía en Grecia cuando los persas la invadieron, y como dice Herodoto, sus libres instituciones fueron las que le salvaron.

Durante aquel largo y penoso trabajo de transformación interior, la vida intelectual está como suspendida en la metrópoli; pero en las colonias asiáticas, en la inmediación de las grandes civilizaciones orientales, el genio se desarrolla. El arte y la ciencia nacen; la poesía aumenta la herencia de Homero, y Grecia se ilumina en su circunferencia con el más vivo resplandor. A fines del siglo décimosexto una dominación enemiga se extiende sobre aquellas inteligentes ciudades; la mano del extranjero hiela las fuentes de la vida, y la civilización se halla á punto de sucumbir, sofocada en su germen; pero la salvaron Maratón y Salamina, nombres gloriosos que la humanidad repetirá siempre con agradecimiento.

### III

Con sus golfos por fosos y sus montañas por bastiones, Grecia parece una gran fortaleza elevada entre Europa y Asia. Los millones de hombres de Jerjes la asaltaron inútilmente, y el inmenso imperio oriental se estrelló allí: estas victorias fue-

---

que la cubre su cabeza acentúa más la expresión melancólica de su rostro. Es el tipo de la Demeter afligida, que se ha cansado inútilmente buscando á su hija. Véanse los versos del himno homérico (tomo IV, pág. 197 y siguientes, de la edición A. Gemoll, 1886) y la noticia de O. Rayet en los *Monumentos del Arte antiguo*.



Demeter de Chnide (véase pág. 373, nota 1)

ron ganadas principalmente por Atenas y decidieron de sus destinos. La invasión se había rechazado, y era preciso evitar que se repitiese; solamente Atenas pensó en ello y supo prevenirlo, y en esto se halla el origen y la legitimidad de su imperio. Esa dominación que asegura el dominio de los mares, que excita la industria y el comercio, que siembra el bienestar y desarrolla la inteligencia, es el momento más feliz de Grecia y el más brillante de la vida de la humanidad.

Ciertamente que Atenas no es única en la Hélade; todos trabajan y piensan; pero todo afluye hacia ella, así el genio como la fortuna y el poder; es el foco que recibe y concentra los rayos esparcidos, para enviarlos al mundo como brillante luz; y aun antes de haber mostrado todos sus esplendores, un extranjero, casi un enemigo por su nacimiento, Píndaro celebra «la ciudad del genio,» la «ciudad esplendorosa, inmortal, coronada de violetas como las Gracias y las Musas.»

Sobre los hombres superiores que se agrupan en sus muros, descuella la noble figura de Pericles; sus enemigos le llamaban el Olímpico, y tenían razón, porque dirigía y sujetaba con soberano saber á aquel pueblo inteligente, apasionado, inquieto, que en caso de necesidad supo tener la constancia romana; que cometió faltas, pero que las remedió por todo cuanto nos ha dejado de obras maestras y de grandes ejemplos. Multitud elegante é ingeniosa, aficionada al arte, á la ciencia y á la poesía, y entre la cual la fortuna apenas indicaba categorías, sin que las estableciese la educación, que era la misma para todos; elevada á este punto de grandeza por su propio genio, resultado de su posición geográfica y de su historia, y por las instituciones más humanas y liberales que la antigüedad haya conocido. Si suprimís en la historia Atenas y sus grandes hombres, ¿qué nos quedaría de Grecia?

Confieso mi simpática afección por esa gloriosa república, que tuvo partidos y revoluciones, pero no guerras civiles ni motines de esclavos; por esa ciudad á la que no pudieron aborrecer sus dos grandes enemigos Filipo y Alejandro; por ese pueblo cuya historia comienza en Maratón con un triunfo brillante y se cierra en Queronea con ese grito elocuente de Demóstenes: «¡No, no habéis faltado, atenienses, al defender hasta la muerte la libertad de Grecia!» No se olvide que ese pueblo tan acusado trataba con dulzura á sus esclavos; que acogía á los extranjeros, y que en ciertas solemnidades retiraba las cadenas de los cautivos á fin de que pudieran asistir á las alegres fiestas de Dionisos. Daba muerte al culpable, mas no le martirizaba, consentía en que el proscrito conservara sus bienes, y daba tiempo á ciertos asesinos para que huyeran antes de la condena. Aseguraba la subsistencia á los ancianos á los inválidos y al militar mutilado, y daba la patria por madre á los hijos que la guerra dejó huérfanos. «Que el arconte Epónimo, decía una ley citada por Demóstenes, se ocupe de cuidar á los huérfanos, á los herederos y á las viudas.» Más aún: en medio de la plaza pública, dice Pausanias, los atenienses, únicos entre todos los pueblos, habían erigido el altar de la Piedad para que los suplicantes fueran á suspender allí sus banderetas.

Aquel era verdaderamente el pueblo favorito de la diosa «de los numerosos pensamientos,» que desde lo alto del Acrópolis velaba sobre la ciudad fiel ó la inspiraba; que se mezclaba con los combatientes, mas sólo para moderar su fogosidad; que tenía la lanza, aunque sólo para hacer triunfar el derecho; que era la *Sofía* divina, nacida del cerebro de Júpiter, y la ciencia humana revelando á los sabios las leyes del mundo; pero también la divina obrera que inventó las artes útiles, creó el olivo y enseñó á la esposa las virtudes domésticas.

A tal dios, tal pueblo, ó lo que sería más exacto, á tal pueblo, tal divinidad. La más inteligente y la mejor de las ciudades griegas debía tener por diosa Poliade y Epónima á la más respetable divinidad del Olimpo helénico.

El día en que el joven ateniense, llegado á los diez y ocho años, recibía las armas que debía llevar para la defensa de su patria, prestaba el juramento siguiente:

«No deshonraré estas armas sagradas ni abandonaré tampoco á mi compañero de fila. Combatiré por todo cuanto sea santo y sagrado, solo ó con muchos, y no dejaré á los que nos sucedan mi patria más reducida que el día en que la recibí, sino más grande y más fuerte. Obedeceré á los magistrados y á las leyes, y si alguno anula éstas ó no las obedece, las vengaré, solo ó con mis conciudadanos. Honraré también la religión de mis padres, y tomo á los dioses por testigos de mis palabras.» Este juramento se cumplió; y gracias á su sistema de educación y de estímulo militar, los griegos fueron antes de la falange de Alejandro y de la legión romana, los primeros soldados del mundo.

Después de esto, no debe extrañarse que ese pueblo se haya divinizado por sí mismo, ó más bien, que haya divinizado sus instituciones, que durante el quinto siglo por lo menos le hicieron tan grande. Se consagró un santuario al Demos y á las Charites, las diosas que personificaban el agradecimiento.

## IV

Amamos la Grecia por sus poetas, sus filósofos y sus artistas; pero también porque fué la primera que en el mundo antiguo tuvo por ideal la libertad política asegurada por el desarrollo más completo del ciudadano. El Oriente no conocía más que la tranquila y estéril unidad de las grandes monarquías sometidas á una sola voluntad, casi siempre la misma, á pesar de la diferencia de aquellos que mandaban como soberanos. Grecia comprendió tantos Estados independientes como valles y promontorios le dió la naturaleza bien dispuestos para defenderse; y en casi todas aquellas ciudades los habitantes aceptaron las servidumbres de la religión y de la ley constitucional, á cambio de una sola libertad, la de poder decretar por sí mismos la ley que los esclavizaba.

En la vida política de los griegos de la época histórica imperaban dos ideas: la independencia de las ciudades y la igualdad de los ciudadanos; cada cual quería gobernarse con arreglo á las leyes impuestas por ella misma, es decir, la *autonomía*, y que todos los ciudadanos tuviesen iguales derechos, ó sea la *isonomía*. Con esta doble preocupación, el hombre desapareció primeramente tras el ciudadano. Para que éste fuera más grande se disminuyó la importancia de aquél, y aún se hubiera reducido más si se hubiese escuchado á los filósofos, incluso los más ilustres, Platón y Aristóteles.

La importancia social que se dió al ciudadano fortaleció en éste el sentimiento de la dignidad personal, que le puso muy por encima de las serviles poblaciones del Oriente. Era el primer paso hacia el gran principio que el cristianismo debía establecer más tarde, el de la igualdad moral y la fraternidad humana; el segundo se daría por Roma, al otorgar á todos los habitantes de su imperio el derecho de ciudadanía, y cuando sus jurisconsultos dijeron, según los estoicos: *Societas jus quodammodo fraternitatis in se habet*; pero el progreso se produce con tal lentitud, que este último sentimiento se mantiene aún hoy en el estado de fórmula, que no impide las guerras de clases ni las de naciones.

La ciudad helénica en que comenzaba esta gran revolución contaba con muy pocos habitantes y no tenía empeño en aumentar su número. La asamblea soberana de Atenas rara vez comprendía cinco mil ciudadanos, y de una frase de Demóstenes tendríamos derecho para deducir que á menudo bastaba un reducido número de votos para zanjar una cuestión importante. «El día de la elección de los pilágo-

ros, dice, tres ó cuatro manos se levantaron en favor de Esquines y se le revistió de la autoridad de Atenas.» Algunos hombres, oradores elocuentes, podían ejercer, pues, una peligrosa influencia sobre aquellas asambleas soberanas, reunidas á veces al acaso de las circunstancias, y que legislaban, juzgaban y administraban por medio de una votación, aunque hubiese sido arrancada por sorpresa ó se hubiese pedido á la pasión del momento.

Otro peligro: con una población tan reducida, aquellas ciudades no podían ser una base sólida para el imperio. Viviendo aisladas en los límites que la naturaleza del suelo les diera, tuvieron más lejos aliados ó súbditos y contrajeron lazos de hospitalidad; pero celosas de su derecho de ciudadanía, que habría abierto la Agora y los templos al extranjero, no querían entregar sus divinidades poliades á los adoradores de otros dioses ni sus instituciones á hombres que obedecían á otras leyes. Atenas y Esparta hubieran destruído de buena gana la una Megara y la otra Argos, y jamás les hubiesen otorgado la isonomía. Esta enemistad entre ciudades vecinas fué causa de continuas guerras; pero nadie tiene derecho para censurar á los griegos por su carácter belicoso, pues en todas partes y siempre los humanos obedecieron á ese resto de animalidad de que no se desprenden nunca y por el cual se afician á la destrucción. El régimen municipal parece, en teoría, el mejor de los gobiernos, porque supone más libertad para el individuo; en la Hélade no hizo necesario para los griegos vivir tranquilos alrededor de sus templos y de sus lugares de asamblea.

Nosotros, sus herederos, nos lamentamos de esas violencias y estamos á punto de considerarlas como un crimen contra nosotros mismos, porque han desviado, para la obra sangrienta de la guerra, fuerzas que habrían sido útiles en los trabajos benéficos de la paz; pero si la civilización no es ni la flor de las ruinas ni la de las tempestades, tampoco se marchita siempre en la calma y el silencio. La lucha de los intereses y de las pasiones desarrolla los caracteres; la vida es más enérgica; las facultades adquieren mayor actividad y son más ricas. De esas pequeñas ciudades atormentadas y tumultuosas salió con frecuencia una maravilla del arte y del pensamiento.

Aristóteles ha dicho: «Grecia posee la inteligencia y el valor; si se uniera sería capaz de conquistar el universo.» Tenía razón: dos veces se unieron los helenos, cuando en Salamina ochenta mil de ellos y en Platea ciento diez mil vencieron á las flotas y á los ejércitos de Jerjes, ó cuando con los macedonios conquistaron el Asia; pero en el curso ordinario de su vida histórica no comprendieron sino el régimen municipal y jamás amaron otra cosa, salvo el momento en que su fin se aproximaba; de modo que ya no hubo Grecia cuando con Alejandro esta nación pareció convertirse en imperio. Por la multitud y la independencia de sus ciudades hallábase destinada, en la época en que se manifestó su genio, á producir la más brillante civilización; mas no era propia para establecer una dominación duradera, y su independencia se perdió apenas se elevaron alrededor potencias organizadas para la conquista ó la asimilación. Fiel á sus más antiguas tradiciones, embriagóse de loca alegría cuando los romanos proclamaron que toda alianza quedaba rota y que cada ciudad sería libre; entonces creyó serlo, precisamente cuando comenzaba para ella una servidumbre de veinte siglos.

Para esas pequeñas ciudades el enemigo estaba á menudo á las puertas, y con él las heridas, la esclavitud y la muerte; y por eso aquella que tras sus murallas guardaba la familia, los dioses y la libertad, era amada con ardiente pasión, y así en una plaza á la que se había puesto sitio, sacrificábase todo para salvarla, no solamente la vida, sino también la fortuna, lo cual es á menudo más difícil. Una ins-

cripción habla de suscripciones voluntarias, sin ningún interés tomado al capital, y los donativos patrióticos eran frecuentes. Demóstenes hace mención del estratego Nausicles, que abonó su sueldo á dos mil hoplitas á quienes la república no pagaba; dos generales dieron ochocientos escudos á sus soldados, que carecían de ellos; y otros emplearon una parte de sus bienes en reparar las murallas de la ciudad. Para semejante obra, Demóstenes, que no era rico, contribuyó voluntariamente con tres talentos, y para el teatro con cien minas. ¿Cuál era su recompensa? Una corona que, por decreto del pueblo, recibían en el teatro de Dionisos el día de las grandes panateneas.

Estas liberalidades no deben extrañar, pues partían del sentimiento más vivo de aquellos pueblos, el patriotismo; pero veremos otra que de ordinario no se busca, y es la caridad. La obra de las grandes instituciones caritativas, que el cristianismo y la filosofía multiplicaron, no había llegado aún, porque el estado social no las reclamaba. Demóstenes no fué el único en rescatar cautivos, dotar hijas pobres, y no solamente él pudo decir, como en el discurso *sobre la Corona*: «Ya sabéis, atenienses, que siempre he sido afable, humano, atento á todo infortunio;» y en otra parte glorificase de no haber faltado jamás á los deberes de la filantropía, palabra que se cree muy moderna y que era de uso corriente en Atenas hace más de veintidós siglos. Lisias hace mención de un ciudadano que también dotaba en secreto á las hijas, libertaba á los prisioneros, y enterraba á muertos olvidados en los caminos, sin pedir á nadie su recompensa. ¡Cuántos otros han hecho como él! Si el abono otorgado á los que asistían á la asamblea pública y á las fiestas religiosas tenía inconvenientes políticos, en cambio fué al principio un socorro concedido á los que le necesitaban, y lo mismo sucedía respecto á las distribuciones de trigo hechas al pueblo de vez en cuando, y á las comidas que se celebraban después de los grandes sacrificios de víctimas, cuando los dioses se contentaban con el humo del altar. Los gimnasios sostenidos por el Estado representaban nuestras escuelas gratuitas; Hipócrates recomendaba á los médicos que no reclamasen honorario alguno de aquellos á quienes costase trabajo pagar, y muchas ciudades dispensaban la asistencia médica á sus pobres; y por último, Platón ha escrito: «No se ha de hacer mal á nadie, ni aun al malo.»

Estos sentimientos son el lado bueno de las costumbres municipales de Grecia, y debemos añadir que en aquella sociedad, la hacienda y la familia reposaban en bases mejores que en Oriente; pero las constituciones, hechas tan sólo en favor del Estado, no garantizaban sino imperfectamente la seguridad de los bienes y la libertad de las personas. El ciudadano pertenecía á la comunidad, que disponía de él á su entender; de modo que, como los intereses de cada cual se hallaban subordinados á los del gobierno, lo que parecía útil á uno considerábase como justicia, por más que ésta fuese para el otro una iniquidad. La ley hacía de éste un soldado, sin tener en cuenta su edad; de aquél, un comandante de la galera que hubo de armar á su costa, y de tal otro un desterrado, aunque no hubiese cometido delito alguno. Nadie escapaba de la mano del Estado, no solamente para el impuesto de la sangre y los cargos fiscales, sino para el complemento de la educación: la ciudad quería tener el cuerpo y el alma de sus hijos, y con mayor razón sus bienes.

En los tiempos aristocráticos, como solamente se contaban los eupátridas, únicamente ellos tenían también obligaciones, así como en las epopeyas homéricas los héroes atraían á sí lo más recio de la pelea. Herederas de aquella antigua costumbre, las más de las ciudades griegas tuvieron por principio de su organización financiera que una parte de los gastos públicos fuera de cuenta de los ricos. Solón, por ejemplo, sin cambiar mucho el antiguo estado de cosas, impuso á los individuos de las

primeras clases pesados impuestos; pero en cambio aseguróles privilegios políticos, y con el tiempo, las cargas aumentaron y los privilegios desaparecieron. Todo ciudadano, hasta el más pobre, pudo llegar por suerte á desempeñar funciones públicas, y á causa de la frecuencia de las guerras y del esplendor creciente de las fiestas, las liturgias y las coregias, reservadas á los ricos, impusieron gastos cada vez más pesados. Si se acordaba un armamento, recibíanse al punto en la asamblea pública varias peticiones solicitando la exención de un gravamen; al templo de Diana llegaban supuestos ricos que rehuían los cargos de la trierarquía, y á las prisiones los infelices condenados por el inspector de marina porque no habían llevado velas nuevas para su galera.

Sófocles y Sócrates han hablado ciertamente «de las leyes no escritas» que la naturaleza puso en la conciencia humana; y las constituciones, aun las mejores, solamente habían sabido hacer de la ciudad el árbitro supremo del bien y del mal; de modo que en las ciudades griegas la justicia faltaba á menudo, como sucedió siempre con la libertad verdadera. Aristóteles pinta á la democracia como ocupada en todas partes en nivelar las fortunas por medio de multas ruinosas y confiscaciones; y en efecto, para muchos revolucionarios, para muchos enredadores como Polibio los llama; el fin de la política consistía en poner debajo lo que estaba encima. Por eso Mesena reparte entre el pueblo los bienes de los ricos; Cleomenes en Esparta y Nicoclés en Sicione hacen lo mismo. Como solamente los muertos no vuelven, un demagogo de Cios manda matar á todos aquellos á quienes despoja, y Nabis no obra de otro modo allí donde es amo. Los etolios y los tesalios decretan la abolición de las deudas; los chiotas tienen otra economía social: cuando el gobierno necesita dinero, decreta que todas las deudas particulares se satisfagan al Estado, en otras partes se despoja á las mujeres de sus alhajas y á los dueños del terreno de sus cosechas; y hasta en Atenas varios piensan que una confiscación ilegal no es un recurso despreciable.

La consecuencia de esta servidumbre financiera de los ricos y de los peligros que amenazaban la propiedad fué que los detentadores del suelo ó de los capitales llegaron á ser demasiado á menudo, en un pueblo que era ya comercial é industrial, enemigos naturales de las antiguas costumbres y de las constituciones que las consagraban. De aquí los complots, los motines, las sentencias de destierro ó de confiscación y los proscritos rondando fuera de las ciudades para forzar sus puertas. Los habitantes decían, sin embargo, en su juramento oficial en Atenas: «Juro no tolerar jamás la abolición de las deudas ni la repartición de las tierras y de las casas.» Y en efecto, estas medidas revolucionarias no se decretaron en la ciudad de Minerva, cuya prosperidad comercial dependía de la fiel ejecución de los contratos; pero ¡cuántas veces los sicofantes de aquella ciudad arruinaron antiguas y legítimas fortunas por las más fútiles acusaciones! Cuando esos trastornos se hubieron multiplicado, las antiguas ideas de abnegación de la ciudad se perdieron; contrajéronse alianzas contrarias al espíritu y á los intereses del pueblo; y como estas innovaciones persistieron en una época en que todo estaba revuelto, la religión, el patriotismo, las virtudes cívicas y la ciudad, no reposando ya en sus antiguas bases, se hundieron.

Los griegos tenían, como nosotros, otras dos especies de propiedades: el dominio público, que variaba de una ciudad á otra, y los bienes eclesiásticos, á menudo muy considerables, pero que no se respetaban siempre. Los tesoros de Delfos fueron saqueados por los focidios, los de Olimpia por los arcadios, y más de una vez secularizáronse ciertas partes de las posesiones sagradas. En caso de necesidad, el Estado tomaba del santuario, y una vez deudor de los dioses, pagábales el interés de las sumas prestadas; pero en algunas ocasiones olvidaba la devolución de lo

que había recibido. Por efecto de la prepotencia del Estado, aquellos bienes estaban sometidos á las vicisitudes de aquellos tiempos, y la política lo reglamentaba todo, lo mismo en el templo que en la Agora. Cuanto á la organización de la familia, los griegos no tienen tampoco nada que ofrecernos. Demasiado vecinos del Asia, no reconocieron á la mujer, en la edad histórica, una condición muy superior á la que merecía en Nínive y en Babilonia. Su deber era dar á su esposo hijos legítimos que continuaran la familia y los sacrificios domésticos; no se le pedía otra cosa, y las nobles mujeres de los tiempos homéricos, Alcestes, Andrómaca y Penélope, estaban bien olvidadas. Seguramente no se hubieran hecho todas compañeras de la Lisistrata de Aristófano; pero ninguna se granjeó el respeto de la ciudad entera como la madre de los Gracos; y aunque el gineceo estuviere muy lejos del harem, la mujer griega no ha sido la matrona romana, y menos aún la mujer fuerte de la Escritura.

A pesar de nuestra admiración por la antigua Grecia, no tenemos que pedirle, pues, lecciones en política, como no sea á fin de evitar las faltas en que incurrió; entre ella y nuestras sociedades modernas la diferencia es demasiado considerable.

## V

A las causas políticas que contribuyeron á que Grecia se hundiese, agregáronse las causas morales que destruyeron su antiguo ideal sin darle otro.

Forzoso es decirlo: la agitación producida en las inteligencias por el siglo de Pericles, esa edad de oro del espíritu humano, abrió la entrada de regiones desconocidas, donde la antigua Hélade se perdió. Pudo encontrar para el arte y el pensamiento bellas inspiraciones; pero entonces se manifestó, con una fuerza que jamás tuvo, la filosofía, hija rebelde del politeísmo, que quiso darse cuenta del hombre y del mundo, pues los antiguos mitos no los explicaban. Nacida en la inmediatez de los templos, que algún día iba á derribar, porque semejantes hijos matan á su madre, como esas plantas que crecen en las junturas de los antiguos muros, acabando por derrumbarlos, la filosofía entró muy pronto en lucha con la religión positiva.

Esta última, por otra parte, no era propia para erigirse en regla monástica. En la naturaleza no hay bien ni mal, sino solamente el juego de las fuerzas físicas y químicas. Los antiguos pueblos, demasiado inmediatos á ella para no sentir su influencia, tuvieron religiones que, por un barbarismo expresivo, se llamaron culto de la naturaleza, *naturante* ó de las fuerzas materiales, y culto de la naturaleza *naturada* ó de los aspectos bajo los cuales se manifiestan esas fuerzas. De aquí las monstruosas concepciones de Egipto y de Asia, las prostituciones sagradas de Babilonia y de Corinto, y hasta los símbolos extraños con que Atenas adornaba las calles y que sus jóvenes hijas ostentaban en las fiestas. Por eso aquellos pueblos no vacilaban en atribuir á sus dioses las más vergonzosas pasiones, el robo, el incesto, el adulterio, el odio y la venganza; de modo que el politeísmo oscurecía la noción de lo justo, legitimando el mal por el ejemplo de aquellos que eran algunas veces y que hubieran debido ser siempre la representación del bien. Entonces, por el desarrollo paralelo, aunque en sentido contrario, de las leyendas divinas y de la razón humana, sucedió que el politeísmo griego se halló en el caso, mortal para un culto, de que la religión estuviera en un lado y la moral en otro. Esta última atacó á la otra y dió cuenta de ella; los dioses cayeron del Olimpo y la hierba creció en el suelo de los templos. Bueno hubiera sido si las leyendas de aquellas divinidades destronadas se hubiesen reemplazado por viriles doctrinas, capaces de iluminar y

purificar la razón humana; esta enseñanza se encontraba acá y allá, en las palabras de los poetas y de los filósofos; pero la multitud no las escuchaba, porque se había entregado á las supersticiones vergonzosas por donde acaban para los débiles las grandes creencias.

Al expulsar á los dioses del Olimpo, la filosofía salía del círculo de las creencias vulgares; y también salió, por sus lecciones, del estrecho recinto de la ciudad. Sobre el hombre vió la humanidad entera, y sobre el Estado, el mundo. Y mucho temo que haya contribuído á la pérdida del patriotismo, como á la de los dioses, precisamente porque se elevaba á ideas más puras sobre la divinidad y respecto á la virtud verdadera. La hermosa frase que se lee en Marco Aurelio: «Soy ciudadano del mundo,» es de Sócrates ó de sus discípulos; y otra escuela osará ridiculizar los patrióticos sentimientos de los abuelos. «No nos cansemos para salvar á Grecia, dirá el epicúreo Metrodoro, ni tampoco para ganar coronas cívicas, pues la única envidiable es la de la sabiduría.» Sí, esto es verdad para el individuo, pero no para el ciudadano, que debe tener además hasta la locura del sacrificio.

La poesía, á su vez, popularizó las deducciones escépticas de los filósofos. Epicarmo y Aristófanes hicieron oír con sus sarcasmos el grito recogido en Roma por Lucrecio: «¡Los dioses morirán!» Por eso en el espanto que ocasiona á los pueblos el silencio de los cielos y las tinieblas que los sofistas acumulan sobre cuestiones sencillas en otra época, hieren á todos, incluso á los que tenían la antorcha del porvenir. Atenas expulsa á Anaxágoras y obliga á Sócrates á beber la cicuta. ¡Cruel y estéril victoria de la intolerancia! Es cosa hecha: los dioses se van, y por desgracia, el nuevo Dios no ha llegado aún; pero un gran espíritu parece entreverlo: Platón anuncia alguna de las verdades de la fe del porvenir. Sin embargo, solamente unos pocos le comprenden; los otros no escuchan ni oyen sino á los que les aconsejan dudar de todo, del cielo, de la patria y de la virtud, no creyendo más que en la fortuna y el placer. Entonces el patriotismo cae, la moralidad se pierde, las ciudades se doblegan bajo el peso de la corrupción; y Grecia, exhausta, moribunda al cabo de ciento cincuenta años de guerras civiles, se extingue sin ruido bajo la dominación extranjera, «por falta de hombres,» dice enérgicamente Polibio.

## VI

El brillo y esplendor de la vida helénica no ha durado más de siglo y medio, desde las victorias de la guerra de la independencia hasta las batallas de Queronea, donde la libertad griega halló su tumba. En este intervalo vemos el duelo de Esparta y de Atenas, del que Tebas participó al fin, por combates renovados sin cesar y por un considerable exterminio de hombres y de ciudades. Sin embargo, aquel breve tiempo ha sido suficiente para hacer de Grecia la tierra santa de la civilización: el pensamiento humano nació allí.

Pero ¿por qué no se ha conservado más tiempo esa grandeza? Acabamos de señalar las principales causas de esa rápida decadencia, y fáltanos decir cuáles fueron los instrumentos: dos pueblos griegos, los espartanos y los macedonios, y una nación extranjera, los romanos. En cuanto á éstos, cuando se presentaron en la costa oriental del Adriático no encontraron en la Grecia propiamente dicha sino ciudades incapaces de atender á su defensa: contra Aníbal habían armado veintitrés legiones; cuatro les bastaron para vencer las dificultades que les oponían las montañas macedonias y los restos de virtud guerrera que aún conservaban los soldados de Perseo.

El siglo XVIII no ha tenido admiración más que para Lacedemonia, inducido

por la paradoja de Rousseau sobre la superioridad del hombre de la naturaleza, y sobre la prepotencia necesaria del Estado; pero los espartanos, que por la genealogía fabulosa de Hellen se titulaban primogénitos del país, fueron siempre una excepción en medio de él. Nada de lo que constituía el fondo de un griego les interesaba: ni el amor á las artes, ni los discursos en la Agora, ni las discusiones filosóficas en la escuela; con su propiedad limitada, no tuvieron más que una libertad restringida, si es que alguna vez fueron hombres libres tal como lo entendemos hoy. Los antiguos admiraban, y nuestros utopistas admiraron después, las grandes cosas que se encuentran en la ciudad sin muros de las orillas del Eurotas: la sobriedad, la disciplina, el desprecio á las pasiones, al dolor y á la muerte. Los espartanos sabían obedecer y morir. Si un pueblo no tiene más deber que vivir al día, sin cuidarse del siguiente ni del mundo, en la adoración de sí mismo y la práctica de ciertas cualidades morales, Esparta ha cumplido con su misión; pero si todo pueblo ha de dar cuenta ante la historia de los esfuerzos hechos para llevar su piedra al edificio que la humanidad construye, Esparta, simple máquina de guerra, instrumento destructor, que acabó por aniquilarse á sí misma, ¿qué puede responder cuando se le pregunte cuál ha sido su parte en el trabajo común y qué obra legó al mundo? Se citan los músicos y los poetas que pasaron por Lacedemonia: el cretense Taletas, Alcman de Sardes, Terpandro de Lesbos, Polimesios de Colofón, Sacadas de Argos, y hasta el ateniense Tirteo; pero otros llegaban de otras ciudades, y ninguno hizo escuela en medio de aquella población donde solamente se honraba la virtud guerrera. ¿Y qué hizo de sus ciudadanos? Siervos del Estado, que solamente tuvieron el derecho engañoso de elegir sus señores, como se tendrá en instituciones de otra época, en que la mayor preocupación debe ser la actividad de la vida social.

La mitad de Grecia florecía, tranquila y próspera, bajo una dominación que ninguna violencia había manchado aún, cuando Lacedemonia comenzó la guerra fatal del Peloponeso. Victoriosa, gracias á la loca expedición de Sicilia, al oro de los medos y á la casualidad de un día, arruinó la ciudad que durante un siglo había sido el honor y la gloria de la Hélade, su espada y su escudo. Y entonces ¡qué mal uso hace de la fortuna! ¡Cuántas violencias, cuánta sangre derramada, cuánto baldón al fin por ese tratado de Antálcidas, que presenta á los descendientes de Leónidas recibiendo de rodillas las órdenes del heredero de los aqueménides!

Pero no es Atenas solamente la que cae al fin de aquella lucha; toda la Grecia vacila, y hasta la misma Esparta está próxima á hundirse, pues muy pronto Epaminondas le clava en el costado la espada de Lesetres y de Mantinea. Inútiles victorias también. Así como la abeja, según dicen, deja su aguijón en la herida y muere, del mismo modo Tebas no sobrevivió á su triunfo. Entonces todo se consume: de aquel mismo campo de carnicería, donde hace tres cuartos de siglo la muerte recoge abundante cosecha, elévanse miasmas pútridos á que dará nombre de *condotierismo*; los mercenarios lo invaden y lo corrompen todo, de ellos depende el éxito de una guerra; la suerte de un Estado, de un óbolo más ó menos de paga; y como última miseria, apadrinan á los tiranos. Grecia es entonces como el palacio de Ulises, los pretendientes no salen ya; devoran las rentas de sus dominios é insultan el dolor del hijo y de los servidores fieles. Penélope yace en el abandono y el duelo, y espera á Ulises, pero éste no volverá. El arco sonoro no debe tenderse bajo su mano poderosa para expulsar á los perseguidores, y ellos son los que triunfan.

La asamblea de Corinto renovó el cuento, tan á menudo verídico, del caballo

que quiere vengarse del ciervo. Para aplacar su odio dos veces secular contra el gran imperio de Oriente, Grecia se arrojó en brazos de Macedonia; pero entonces prodújose un fenómeno raro en la historia y fecundo en graves consecuencias: dos hombres superiores se suceden en el mismo trono, Filipo, que organizó la Macedonia y desorganizó la Grecia, y Alejandro, que arruinó las dos, creyendo que fundaba en Oriente una nueva Hélade.

Dueños de las inmensas riquezas que los grandes reyes guardaban en el fondo de sus palacios, sus sucesores compraron todo en Grecia. Todo aquel que se reconocía valor, talento ó ambición, desertó de su antigua ciudad para hacerse soldado de fortuna, cortesano de príncipe ó ministro de libertinaje real. Atenas había sido tan brillante en sus buenos días porque allí iban todos á pedirle la inspiración ó la consagración de la gloria. En los países *helenizados* de Africa y de Asia es donde se halla ahora la vida griega, allí están la fortuna y el placer. Un poeta de esta triste época lo ha dicho: «La patria está donde se vive bien.»

## VII

¿Cuál es, sin embargo, el lugar de Grecia en la historia general de la humanidad?

En las vastas llanuras que el sol de los trópicos fertiliza y que los grandes ríos bañan, el hombre halla sin esfuerzo un alimento abundante; pero ese sol quema y enerva, los ríos arrastran en sus avenidas bosques y ciudades, y esa complaciente naturaleza agítase á veces en terribles convulsiones. Todo es extremado allí, lo mismo el bien que el mal; y el hombre, atemorizado y seducido sucesivamente, entrégase á los encantos ó á los terrores que le rodean, y déjase agobiar sin resistencia. Dominado por esa fatalidad física, incapaz de combatir victoriosamente contra aquel mundo exterior que sobre él ejerce tan poderosa influencia, reconoce su debilidad, la confiesa, y esas fuerzas temibles de la naturaleza conviértense para él en imperiosas divinidades, que en los sacerdotes y en los reyes tienen sus representantes inmutables.

Grecia no posee esa naturaleza tan terrible en sus favores como en su cólera. El aire es picante, el invierno riguroso á veces; el sol ilumina un suelo árido más bien que fértil; en vez de esas llanuras sin límites, cuya extensión no alcanza la vista, donde el hombre se extravía y donde las plantas, así como los animales, adquieren proporciones gigantescas, Grecia no tiene más que montañas y valles; por doquiera el mar, los golfos y los puertos, por doquiera las penínsulas, los promontorios y las islas. En ninguna parte se verifica más felizmente la unión fecunda de la tierra con el Océano; aquí todo se limita en armoniosas proporciones, y mil diversas influencias obran en vez de una sola, imperiosa é inmutable, como para dejar al hombre en completa libertad de acción. Por eso lucha con energía á fin de disputar á las fieras un alimento precario, en el tiempo de los héroes primero, después á las tribus vecinas, y más tarde para pedir á la tierra sus frutos y al mar sus riquezas; pero obligado á valerse de continuo de su fuerza y de su inteligencia, las desarrolla y se enorgullece de todo cuanto hace por ellas. Lejos de identificarse con la naturaleza; lejos de creerse, como el indio, un accidente, una manifestación efímera del dios mundo, que muy pronto irá á perderse en el foco de vida de donde salió un instante, se pone frente á la creación, y si consiente en respetar las fuerzas naturales, no lo hace sino con tal que pasen por algunas de las condiciones de la humanidad, y que en caso necesario pueda combatir las. En Homero, Diomedes hiere á Venus y Ajax osa luchar contra Marte.

En el pueblo que cantaba, con el poeta, esa audacia de los héroes, el sentimiento

religioso perdía mucho de su fuerza, pero en beneficio de otro sentimiento que el Oriente no ha conocido y que la filosofía desarrolló, el de la libertad moral y de la dignidad humana. En las teogonías indias, no perteneciéndose el hombre á sí mismo, todas las acciones son diferentes; el bien es la sumisión, y el mal, la desobediencia á ciertas prescripciones arbitrarias. Al declararse libre, el hombre se hace responsable y moral: he aquí el paso inmenso que el espíritu griego consiguió que el mundo diera. Veinticinco siglos no han bastado para agotar todas las consecuencias de esos dos principios, la moral privada y la libertad individual. Por esto no hay más que dos civilizaciones bajo la aparente diversidad de las formas: la de Oriente, donde reinan la fatalidad en las doctrinas y el despotismo en la sociedad, es decir, que es inmutable á pesar de tantos imperios que se elevan y caen; y la de la Europa griega y moderna, que es el movimiento mismo, porque proviene de la libertad.

Y no se crea que Grecia goza de una reputación inmortal porque haya producido grandes y hábiles escritores, como lo decía no sé qué romano envidioso. Ese pequeño país hizo que cambiaran, en el orden moral, los polos del mundo; el Oriente había sido cuna de algunos sabios; mas aun con ellos, los pueblos constituían solamente rebaños dóciles á la voz del amo. En Grecia fué donde la humanidad tuvo por primera vez conciencia de sí misma; allí el hombre tomó plenamente posesión de las facultades con que la naturaleza le dotó; allí, en fin, encendiósese la antorcha que aún ilumina á Europa y que ésta lleva á su vez al nuevo y al antiguo mundo, ese viejo Oriente que parece haber encontrado.

El creador de la comedia siracusana, Epicarmo, decía veinticuatro siglos hace: «Los dioses nos venden todos los bienes en cambio del trabajo.» Lo que el poeta decía, Grecia lo hizo, y en cambio recibió todos los dones del cielo, con la facultad de someter todas las cosas del arte y del pensamiento á la medida, el orden y la armonía. Apolo les había dado el consejo, haciendo escribir sobre su templo la famosa fórmula: «Conócete á ti mismo,» que encierra toda la filosofía; y esta otra: «Nada de más,» que es uno de los grandes preceptos de la composición en las letras y en las artes.

Pero precisemos más.

En *religión*, Grecia es á la vez estéril y fecunda. Heredera, no del genio sobrio y severo que una parte de la raza semítica encontró en sus desiertos, sino de ese amor á lo maravilloso que en la India reviste la idea religiosa de los mil bordados de una imaginación infatigable, el griego vió en cada fenómeno una fuerza sobrenatural, y vivió primero, amedrentado y tímido, en medio de una naturaleza que le pareció impregnada de divinidad. Más tarde osó hacer de esas fuerzas seres divinos, á los cuales animó de sus pasiones, mezclándolos en su historia, y de ellos se apoderó la poesía para constituir ese politeísmo en que la fama ocupa el lugar de la idea; esta última, pobre y confusa; la otra, elegante y graciosa. ¿Qué veríamos en esa mitología si la despojáramos de su espléndido ropaje? Belleza exterior, cenizas por dentro. Solamente el arte, en todas sus manifestaciones, había ganado con ese sistema que hablaba á los ojos sin obrar poderosamente en las almas y que poco á poco retrocedió ante la ciencia y la filosofía. Estas últimas disiparon los terrores y disminuyeron las adoraciones: la una, mostrando bajo los fenómenos leyes; la otra, introduciendo la duda ó la razón en medio de todos esos sueños.

Siempre hay en el mundo cierta suma de locura, cuyas especies varían según los tiempos, así como las enfermedades cambian según los climas. El delirio de la ambición es frecuente en nosotros; en la Edad media era considerable el número de los poseídos del diablo, y los males de lo sobrenatural predominaron siempre en

el Oriente, con su cortejo de profetas iluminados y de piadosos charlatanes que se engañaban á sí mismos. A la par que conservando su fondo de espíritu racionalista, Grecia creyó en la presencia verdadera de sus divinidades poliades en las estatuas que se les consagraban, de modo que el patriotismo tuvo la fuerza de una religión, siendo para ella los oráculos una revelación permanente de la voluntad divina. Por fortuna, la sabiduría política interpretaba las contestaciones de los dioses, y de ello no se resentían ni los intereses del Estado ni las costumbres públicas, excepto cuando la intolerancia, que es de todas las religiones, hacia víctimas.

No sucedió lo mismo cuando la autoridad del antiguo culto disminuyó, cuando Alcibiades y sus amigos escarnecieron los misterios y los poetas despojaron á los dioses del gobierno del mundo. Para los antiguos, la transmisión hereditaria de la falta y de la expiación había sido un acto de fe, y esta creencia constituyó sólidamente la familia y el Estado por la solidaridad de los parientes y los individuos de la comunidad. Cuando las Furias desaparecieron con sus serpientes y sus venganzas; cuando el rayo de Júpiter se extinguió y las flechas de Apolo se rompieron, faltando en la vida toda sanción moral, no quedó más que el placer y el abandono de sí mismo á todos los caprichos de la fortuna. Bajo su cielo vacío, ó poblado de entidades metafísicas, los griegos dejaron de ser ciudadanos y hasta hombres; mas para el arte, el politeísmo tuvo una fecundidad que aún no está agotada.

Con la religión se relacionaban los juegos públicos, á los que todo heleno tenía derecho de asistir como espectador ó concurrente. Se celebraban á la vista de Apolo en Delfos, de Júpiter en Olimpia, de Poseidón en Corinto, y la seguridad para el viaje, á la ida y á la vuelta, se garantizaban por una *tregua de Dios* que suspendía las hostilidades. Así lo hacía la Iglesia en la Edad media, pero los griegos lo hicieron antes.

Notemos además, puesto que se evoca un recuerdo de la Edad media en esta antigua historia, que en Grecia se observan á veces sentimientos caballerescos, como el día en que la gente de Eretria y de Calcis convino en no usar en los combates ninguna arma arrojadiza, que era para ellos arma de cobardes porque hería desde lejos.

En *política*, Grecia lo probó todo, excepto el sistema de la Europa moderna, el gobierno representativo, incompatible con la idea griega y romana de la soberanía ejercida siempre directamente, sin delegación. Monarquía despótica ó moderada, tiranía violenta ó popular, aristocracia libre ó limitada, democracia sabiamente contenida ó desenfrenada demagogia, todo lo ha visto Grecia y todo lo practicó. Acababa, para algunos de sus pueblos, con una democracia moderada que satisfacía sus instintos inveterados de independencia local, y por un gobierno casi representativo, que hacía posible la unión. Esta vez, en efecto, no se preparaba la unión ya bajo el mando imperioso de uno solo, rey ó pueblo, como en los tiempos de Atenas, de Esparta, de Tebas y de Filipo, sino por las condiciones iguales ofrecidas á todos. Desgraciadamente, el carácter revolucionario que Esparta tomó entonces obligó á los aqueos á recurrir á Macedonia, y la intervención de ésta sirvió de pretexto á la de los romanos.

*Legislación.* — Grecia y Roma son las dos fases del mundo clásico: la una severa y dura, la otra joven y risueña. Así como se ha reconocido un próximo parentesco entre las lenguas, del mismo modo se halla otro entre las leyes y las costumbres. Por muchos conceptos, las constituciones de Solón y de Servio son hermanas; en el Foro, como en la Agora, el pueblo pronuncia sentencias de muerte, y el presidente de la asamblea es quien propone los nombres de los candidatos que se han de elegir. El colono romano hace pensar en el *clerique* de Atenas; los Once en los triun-

viros; la *isotelia*, obtenida por un meteco, en el *jus civitatis sine suffragio*; y los guardianes de la propiedad, en los dioses Termas del Lacio. En ambos países, los manes son los muertos purificados por las ceremonias fúnebres; la adopción en caso de faltar hijo legítimo es casi una obligación legal, y el envío á Delfos por los magnetes y los cretenses de las primicias de todas las cosas nacidas durante el tiempo consagrado recuerda el *ver sacrum* de los sabelianos. Grecia no conoció más que Roma el ministerio público, y las dos tuvieron en cambio el *delator*, que prestó algunos servicios, pero mereciendo demasiado á menudo su triste reputación. ¡Cuántas otras semejanzas se hallarían si insistiésemos! El *επιμηνα* de Atenas recuerda, como base fiscal, el *caput* de los romanos. El código ha conservado en el texto griego prescripciones dictadas por la legislación ateniense, y una gran parte del derecho ático ha pasado al edicto del pretor, porque menos esclava que la ley de las Doce Tablas de las antiguas formas jurídicas, tendía más á la equidad, el *æquum* y *bonum*. Hasta diríase que Aristóteles ha definido para nosotros la sociedad al titularla «comunidad de hermanos y de iguales:» este es al menos nuestro ideal, aunque no aún nuestro espíritu ni nuestras costumbres.

*Filosofía.* — Como Grecia no tenía libros santos ni cuerpos de doctrinas fijas, ni casta sacerdotal que guardase para ella sola el dogma y la ciencia, ni una aristocracia, en fin, que limitase el campo del pensamiento, dejó al espíritu de sus hijos el más libre desarrollo. Por eso los griegos constituyeron la filosofía en su independencia, separándola de la religión, y crearon la moral humana, haciéndola salir de la conciencia, abriendo así ancho horizonte á la inteligencia humana. Lo que el sentimiento solo y la dialéctica alcanzaban vagamente, la razón fué á tomarlo. ¡Y con qué fuerza lo hizo! ¿Con qué se han aumentado en veinte siglos los descubrimientos filosóficos de los helenos? Si se representara la civilización como una ancha vía rodeada de peligrosos abismos, hacia los cuales avanza la humanidad algunas veces sin detenerse, perdiéndose más á menudo en el fondo, se debería colocar á la entrada las estatuas de Sócrates, de Platón y de Aristóteles. Todo el movimiento filosófico del mundo parte de ellos, y nos agitamos aún alrededor de las grandes cuestiones que han suscitado, el uno buscando lo que hay de esencial en el hombre, el otro atrayéndonos á lo ideal y el tercero á la ciencia.

Todo tiene su ley: así el insecto que se arrastra invisible sobre un grano de arena como los soles que giran impetuosamente en el infinito; y la vida se mide para el hisopo y el cedro lo mismo que para la estrella que se extinguirá algún día. También el hombre tiene su ley por la constitución física que la naturaleza le ha señalado, y una segunda por la constitución moral, que el tiempo, las religiones y la filosofía le hicieron, desprendiéndola de su naturaleza superior. De esta última, Sócrates y Aristóteles dieron la fórmula más necesaria para el Estado: lo útil buscado en el bien indispensable á la ciudad; Platón, la fórmula más alta para el individuo, *ομοιωσις τω θεῷ*; y Espinosa la repite al cabo de veinte siglos: «Es preciso gobernar la vida bajo la idea del Ser perfecto,» lo cual quiere decir, para aquellos que no pueden elevarse á la concepción de la pura esencia divina, que es preciso concebir un ideal de perfección humana y procurar sin descanso acercarse á él. El objeto que el platonismo se proponía se prosiguió por una escuela varonil nacida en medio de las ruinas de la sociedad griega y cuyo espíritu se resume en estas palabras heroicas: «Cumplid con vuestro deber y dejad obrar á los dioses.» En su segunda edad, el estoicismo formó grandes hombres por su moral práctica: combinado con el espíritu cristiano y modificado por éste, aún podría producir más.

No por eso subsistió menos una diferencia profunda entre la concepción helénica del mundo y la de los cristianos. Estos han visto principalmente el cielo; los demás

han mirado sobre todo la tierra, y cuando sus heroínas iban á morir no se lamentaban más que de abandonar la dulce luz del día. Eran dos espíritus completamente contrarios, y de aquí los odios violentos que al cristianismo inspiró el antiguo Olimpo, aunque los herederos de Platón hubiesen preparado el tránsito de sus demiurgos al hijo de Jeovah. Sin abandonar la nueva Jerusalén, que quiso sustituir á la religión de lo bello la del bien, y á la moral aristocrática de los griegos la moral popular del Evangelio, volvemos á Grecia, esforzándonos para que nuestra vida terrestre sea más feliz por la justicia, como lo quería Aristóteles, y procurando, como él también, penetrar los secretos de la creación.

*Ciencias.* — El último Padre de la Iglesia, Bossuet, llamó á las verdades que la ciencia descubre *cristianismo de la Naturaleza*, y Aristóteles dice que su misión es hacernos disfrutar de la armonía del Cosmos. Ahora bien: los griegos comenzaron á medir la tierra y á contar las estrellas, creando la astronomía, las matemáticas puras, la geometría y la mecánica, que el Egipto y la Caldea no habían hecho más que bosquejar, así como la historia natural, la medicina y la higiene. Sin duda el Oriente les había precedido en algunas de estas investigaciones, pero sin sistematizar nada; y á los griegos es á quienes debemos los principios y los métodos, es decir, los verdaderos comienzos y los progresos formales de las ciencias. Si no han marchado siempre con paso seguro por la vía que Hipócrates les abrió y á que Aristóteles quiso traerles de nuevo, la de la observación y el estudio filosófico de la naturaleza, por lo menos mostraron el camino único que podía conducirles á una concepción racional del mundo y del orden general de las cosas. La ciencia, que también tiene poesía, destruyó la de los antiguos poetas, matando á las ninfas, las oceánidas y todos los dioses del aire, de la tierra y de las aguas. Sin embargo, aún viven, pero llámanse prosaicamente influencia local, y bajo este título conservan sobre los hombres y los pueblos un poder más grande que el que jamás tuvieron los radiantes olímpicos.

¡Qué brillo en las *letras*! ¡Cuántos géneros creados que se elevaron á la perfección! La epopeya, la elegía, la oda, la tragedia, la comedia, la historia, la elocuencia de la tribuna y la del foro, cuando no hacían uso de ella sofistas como aquel Carneade, que un día elogiaba la justicia y al siguiente la iniquidad. ¡Y qué imperio tan duradero! Desde que Europa volvió á comenzar su vida intelectual, toma toda su savia del fondo griego. Las literaturas germánicas son de ayer, excepto Shakespeare y Milton, que no son muy viejos; salvo Goethe, á veces tan griego, y Schiller, que no es siempre alemán. Las literaturas eslavas nacen apenas; las del Norte no merecen un lugar separado; pero las del Mediodía, hasta ahora las más brillantes, tienen por maestros á los escritores que se llamaron clásicos, y éstos hablan en su mayor parte la lengua de Homero, pues los más ilustres romanos han sido sus discípulos. Las musas latinas son hijas también del Zeo helénico y hermanas del Apolo délfico.

De este modo, casi toda la literatura laica sale de Grecia, así como la sagrada viene de Palestina. De los dos países descienden los dos grandes ríos que fertilizan la Europa bárbara.

En cuanto á las *artes*, los griegos han hecho más aún. Raza enamorada de la forma, del color y de todo lo que es la alegría de los ojos, supieron sorprender el momento fugitivo de la belleza é hicieronla eterna, fijándola en el mármol y el bronce. Egipto, Asiria é India no conocieron jamás la flor de la elegancia, nacida en las orillas del Ilisis, donde tanto tiempo duró. Las producciones, que asombran sin seducir por la enorme acumulación de los materiales, ó que deslumbran el espíritu ó le fatigan por la infinita variedad ó el monstruoso apareamiento de las formas más diversas, fueron reducidas en Grecia á las justas y armoniosas proporcio-

nes de la belleza humana, que parece radiante de juventud y de vida en las obras de Fidias y de Praxiteles, así como en las de Homero, de Sófocles y de Platón. Para el estatuario y el pintor, la religión y la poesía fueron la mira más preciosa, y las costumbres públicas, así como las instituciones eran para ellos los más enérgicos estímulos. «La época de la libertad republicana, dice Winckelmann, fué la edad de oro de las bellas artes.»

La belleza arquitectónica no depende tan sólo de las proporciones y de las líneas, sino también y principalmente de la perspectiva aérea y de la armonía con la naturaleza inmediata. Ahora bien: ésta ofrecía en Grecia los sitios más propios para ser decorados con el mármol, el bronce y la gran escultura. Por eso Chateaubriand pudo escribir con la exageración del poeta: «Si después de haber visto los monumentos de Roma me parecieron toscos los de Francia, consideré aquéllos como bárbaros desde que vi los de Grecia.» El suelo de este país era rico en los mejores materiales; el clima los conservaba, y en vez de revestirlos de la negra capa con que las brumas del Norte cubren nuestros edificios y estatuas, dorábalos con los más preciosos tintes. Añádase á esto que el pintor y el escultor tenían á la vista la raza más hermosa, y hallaban en el ambicioso deseo que cada pueblo tenía de adornar su ciudad mejor que sus rivales los estímulos tan necesarios para el talento mismo. Hasta el tiempo de Alejandro los artistas trabajaron para el Estado ó para los vencedores en los juegos públicos, rara vez para los particulares.

He aquí por qué, en cuanto á la belleza plástica, nos hemos conservado paganos y adoradores de esos dioses muertos bajo los golpes de la razón, pero á quienes el arte hizo inmortales. ¿Tenemos escultores que no sean discípulos de los grandes estatuarios de Atenas, de Sicione y de Pérgamo? Y desde Londres á Viena, desde San Petersburgo á Madrid, ¿cuál es la arquitectura que hasta nuestra época no proceda de Olimpia ó del Partenón? ¿Qué arte nuevo ha creado el mundo desde hace dos mil años? La Edad media tuvo la cúpula bizantina, que el Oriente edificó y que conserva á causa de su clima, y la arquitectura de ojiva, expresión monumental de una sociedad que ya no existe y de consiguiente arte efímero. Los tiempos modernos tienen la música, una de las artes más jóvenes, cualesquiera que sea su complicación actual, y la pintura, que hubiera encontrado en la antigüedad modelos si no hubiesen perecido las obras de Zeuxis y de Apeles. Por último, la gran doctrina platónica, según la cual lo bello, lo verdadero y lo bueno deben unirse y confundirse en el sentimiento de la armonía universal, también es aún la nuestra á pesar de los esfuerzos contrarios de ciertas escuelas que no subsistirán.

Ese culto de lo bello, que fué la segunda religión de Grecia, aprovechó á su industria, sometida en una parte de su dominio á la simetría de las formas y á la armonía de los colores. Mientras que los fenicios y los cartagineses transportaban á las ciudades marítimas del Mediterráneo occidental productos simplemente útiles y pañuelos fabricados por obreros sin inspiración, los griegos vendían por todas partes tantos objetos artísticos como artículos de comercio. Su alfarería, sus bronceos y hasta sus monedas llevaban el gusto de un sello superior, que sobrevivió en ellos á la pérdida de la libertad. Atenas no era ya más que una escuela disputadora y Corinto un montón de ruinas; pero los griegos, convertidos en proveedores de arte del mundo romano, salvaban con sus imitaciones la gloria de los antiguos maestros; como no han tenido imperio, no conocieron las vías militares y los arcos de triunfo, necesidad y orgullo de las naciones conquistadoras; ni el mosaico, lujo de las clases opulentas, ni los acueductos de aspecto monumental, necesidad de las ciudades populosas; los anfiteatros cuyas ruinas admiramos, olvidando cuánta sangre absorbió su suelo, son todos romanos.

## VIII

Sin duda se pueden hacer numerosas observaciones en los elogios dedicados á la civilización griega: una religión poética, pero sin la menor influencia moral; la familia imperfectamente constituida; la propiedad mal garantizada; á pesar de una inteligencia siempre brillante, la moralidad con frecuencia dudosa, al contrario de Roma, donde lo grande en general no fué el espíritu, sino el carácter; en los más hermosos días, la falta de seguridad, las perfidias, las guerras civiles con sus consecuencias ordinarias: el destierro, la confiscación, la sangre corriendo á torrentes; en los malos tiempos, una depravación repugnante, que nuestra lengua, por fortuna, no alcanza á describir; y siempre y por todas partes la llaga ensangrentada de la esclavitud con todas las miserias que produce. He aquí los males que afligieron á los griegos y que la historia encuentra; pero á medida que uno se aleja y eleva, esas sombras se pierden en la luz: Démade desaparece; Demóstenes sigue en su puesto; Pericles eclipsa á Alcibades; la Atenas de Sófocles oculta la de Alexis; la ciudad de Leónidas, la de Nabis, y al vicio griego opónense heroicas y castas amistades. Ya no se cuentan los males con que Grecia pagó tan cara su laboriosa existencia y se ve lo que ha legado al mundo. «Recuerda, escribía Cicerón á su hermano, recuerda que mandas á griegos que han civilizado todos los pueblos, enseñándoles la dulzura y la humanidad, y que Roma les debe las luces que la iluminan.»

Montesquieu tenía razón al escribir: «Esa antigüedad me encanta, y estoy siempre dispuesto á decir con Plinio: Si vais á Atenas, respetad á los dioses.»

Cierto día Rafael quiso pintar la Grecia, y compuso la página inmortal de la *Escuela de Atenas*. Bajo aquellos pórticos que la mano de Ictinos ó de Fidias erigieran, vése á Sócrates, que funda dogmáticamente la moral humana; á Platón y Aristóteles, que abren á la filosofía sus dos grandes vías; á Pitágoras, que revela las propiedades de los números; á Arquímedes, que los aplica; y á esa multitud ilustre que rodea á los maestros para escuchar sus palabras y transmitirnoslas. Dad vida á esa obra maestra del más grande pintor del mundo, y así como la historia, contemplaréis con amor esos héroes del pensamiento, escucharéis con placer sus voces armoniosas ó austeras, y diréis de los antiguos griegos que, á pesar de sus faltas y de sus desgracias, hicieron recorrer á la humanidad su más gloriosa etapa.

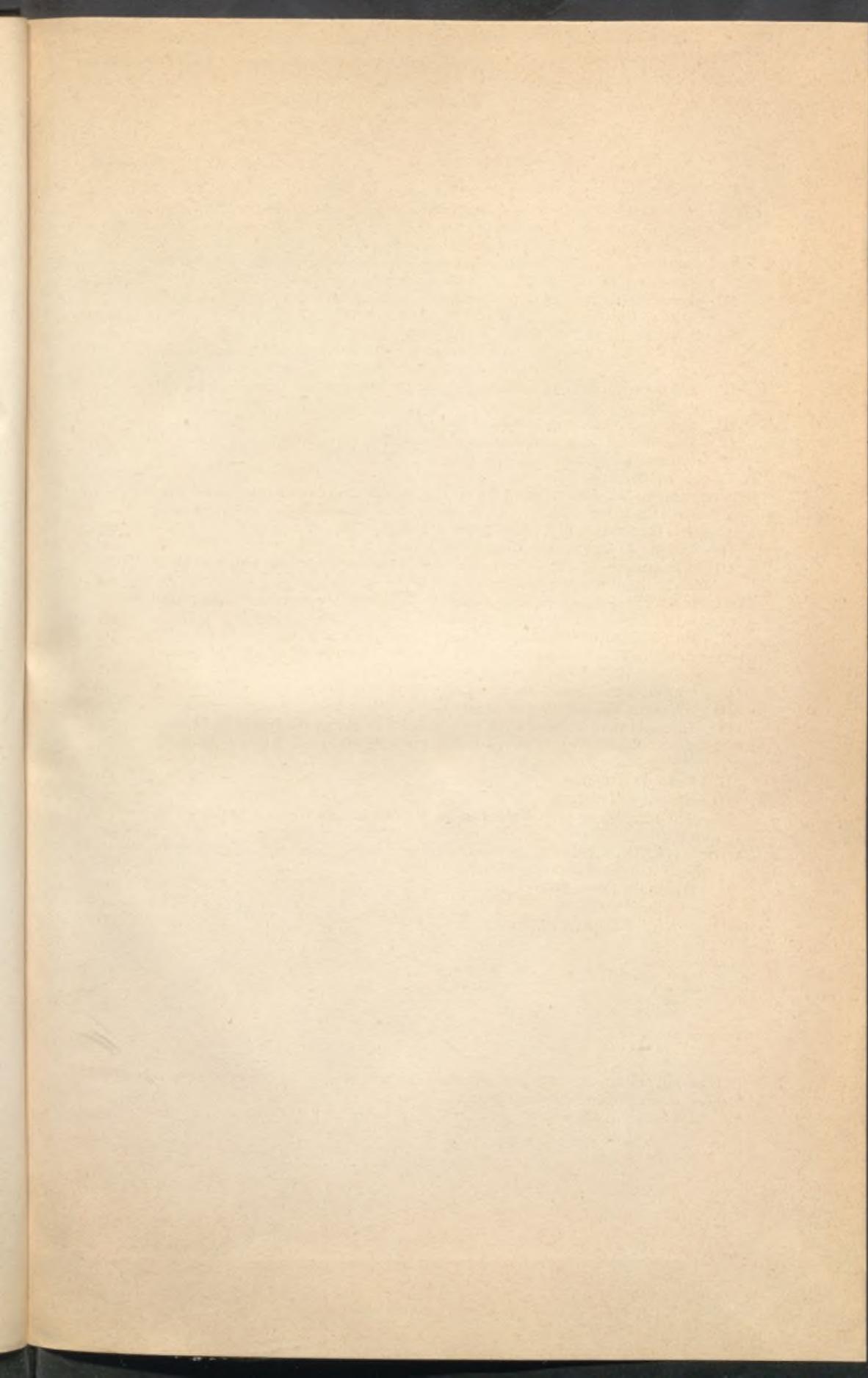
## ÍNDICE DEL TOMO TERCERO

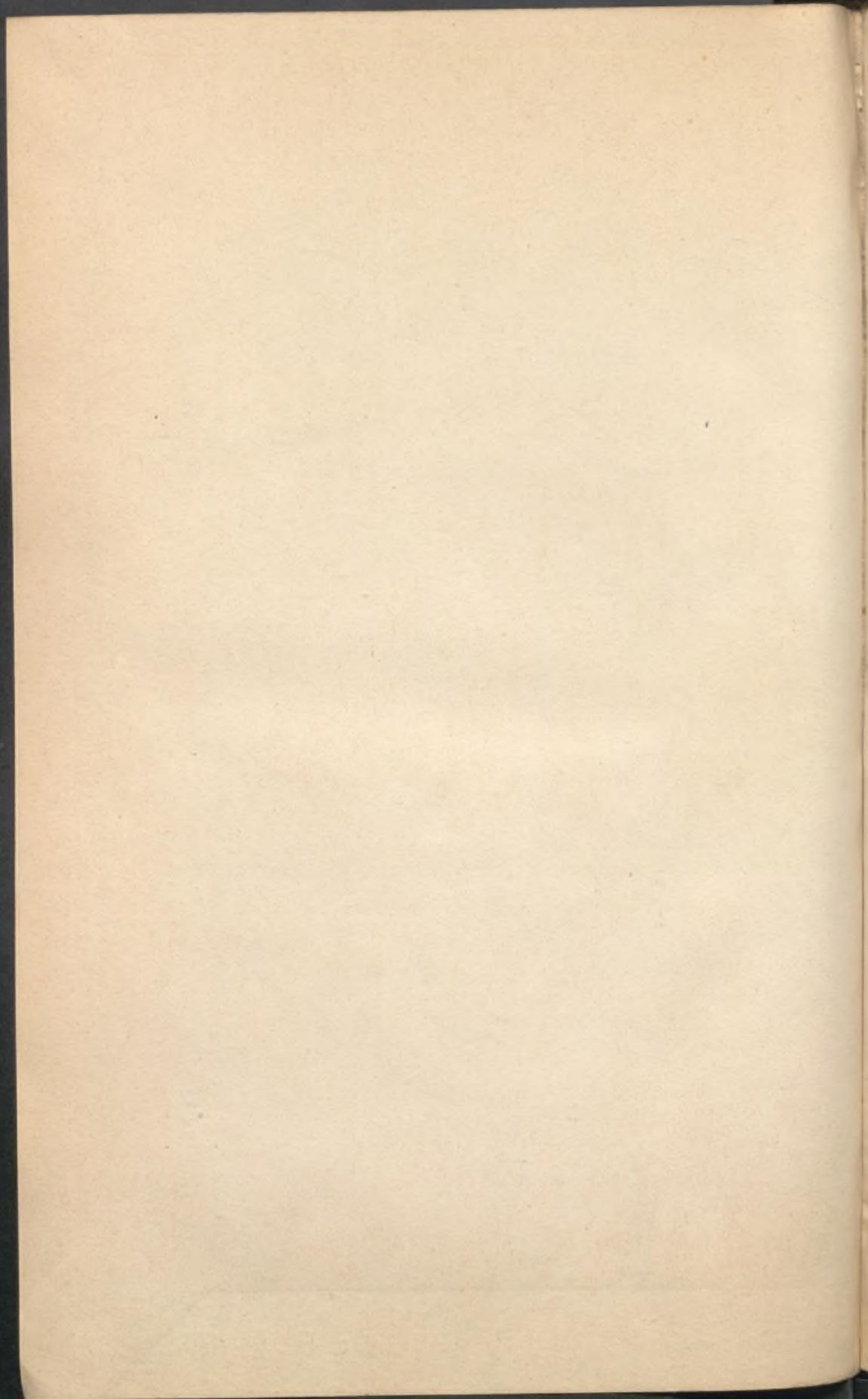
PÁGINAS

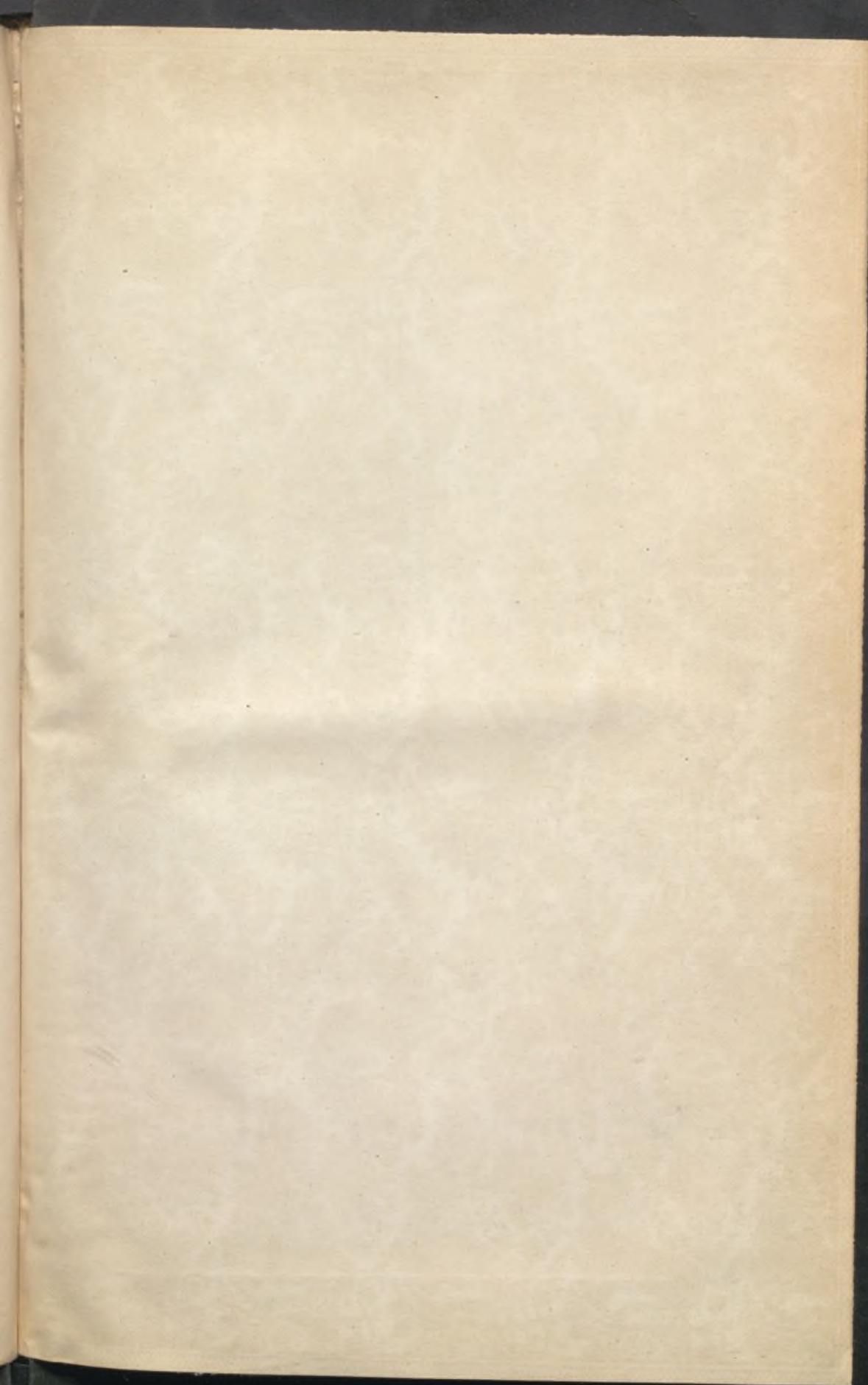
QUINTO PERÍODO. — <i>Lucha de Esparta y de Atenas (431-404) (continuación)</i> . — CAPÍTULO XXVII. — <i>Los treinta, los sofistas y Sócrates (404-399)</i> . — I. Los treinta (404-403). . . . .	5
II. — Lucha entre la religión y el espíritu filosófico. . . . .	11
III. — Los retóricos y los sofistas. . . . .	15
IV. — Sócrates. . . . .	24
SEXO PERÍODO. — <i>Supremacía de Esparta y después de Tebas (404-359)</i> . — Decadencia de Grecia. — CAPÍTULO XXVIII. — <i>Desde la toma de Atenas hasta el tratado de Antálcidas (404-387)</i> . — I. Los diez mil (402-400). . . . .	48
II. — Dureza de la hegemonía espartana. . . . .	50
III. — Expedición de Agesilao. — Guerra de Corinto. — Tratado de Antálcidas (387). . . . .	59
CAPÍTULO XXIX. — <i>Decadencia de Esparta. — Grandeza efímera de Tebas (387-361)</i> . — I. — Violencias de Esparta. — Sorpresa de la Cadmea. . . . .	67
II. — Epaminondas y Pelópidas. — Tratados de 374 y de 371. . . . .	74
III. — Leuctres (371); Mantinea, Megalópolis y Mesenia; Epaminondas en Lacedemonia (370-369). . . . .	82
IV. — Intervención de Tebas en Tesalia. — Batalla de Mantinea. . . . .	90
CAPÍTULO XXX. — <i>Estado de Grecia antes de la dominación macedónica</i> . — I. Esplendor persistente de las artes. . . . .	98
II. — Platón. . . . .	106
III. — Aristóteles. . . . .	116
IV. — Jenofonte. . . . .	125
V. — Decadencia de la poesía y de las virtudes cívicas. El condottierismo. . . . .	127
SÉPTIMO PERÍODO. — <i>Supremacía de Macedonia (359-272)</i> . — Primera sumisión de Grecia. — CAPÍTULO XXXI. — Filipo (359-336). — I. Macedonia antes de Filipo. . . . .	137
II. — Advenimiento de Filipo (359). — Sus reformas. — Conquista de Anfipolis. . . . .	145
III. — Situación de Atenas — Guerra social (357-356); Isócrates y Demóstenes. . . . .	152
IV. — Contemporización de Filipo. — Segunda guerra sagrada (355). — Tentativa de Filipo contra las Termópilas. — Primera filípica (346). . . . .	164
V. — Las olintianas (349-348). — Sorpresa de las Termópilas. Fin de la guerra sagrada (346). — Atenas frustra los proyectos de Filipo sobre el Peloponeso y la Acarnania (346-343). . . . .	171
VI. — Operaciones de Filipo en Tracia (341-339). — Batalla de Queronea (338). — Muerte de Filipo (336). . . . .	182
CAPÍTULO XXXII. — <i>Alejandro (336-323)</i> . — I. Alejandro y Aristóteles. — Destrucción de Tebas (333). . . . .	197
II. — Situación del imperio persa; batalla del Gránico (334); conquista del Asia Menor (333). . . . .	202
III. — Batalla de Issos (29 noviembre de 333); conquista de Siria; toma de Tiro (agosto 332); ocupación del Egipto. — Batalla de Arbela (2 octubre de 331). . . . .	210
IV. — Ocupación de las capitales persas. — Muerte de Darío. — Derrota de los lacedemonios (330). — Sumisión de las provincias orientales (329). . . . .	218
V. — Regreso de Alejandro (326); su llegada a Babilonia (324); su muerte. . . . .	229

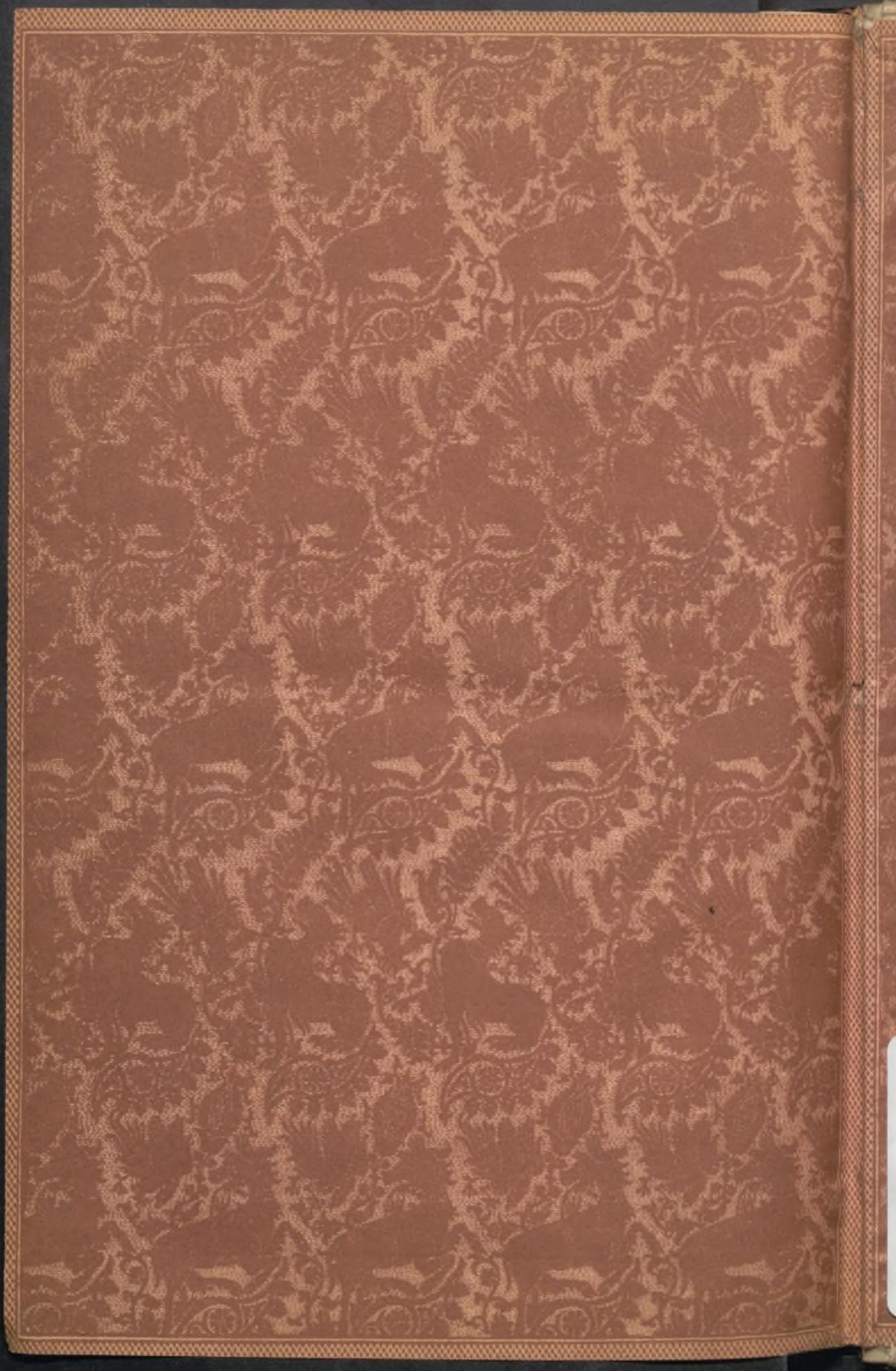
CAPÍTULO XXXIII. — <i>El imperio macedónico desde la muerte de Alejandro hasta la de Eumenes y de Olimpias ó ruina de la causa real (323-316).</i> — I. Repartición de las satrapías de Occidente entre los generales. . . . .	241
II. — Rebeliones contra la dominación macedónica; muerte de Demóstenes (10 de noviembre de 322). . . . .	244
III. — Esfuerzos de los regentes para mantener la unidad del imperio; caída de la oligarquía en Grecia. . . . .	256
IV. — Ruina del partido real y de la familia de Alejandro. . . . .	262
CAPÍTULO XXXIV. — <i>Formación de tres reinos macedónicos; la Grecia otra vez independiente (315-272).</i> — I. Guerra entre los pretendientes (315-312); paz de 311. . . . .	267
II. — Paz de cuatro años (311-308); exterminio de la familia de Alejandro. — Los reyes (306). . . . .	269
III. — Sitio de Rodas (304); batalla de Ipsos (301). . . . .	276
IV. — Demetrio rey de Macedonia y después prisionero (286); muerte de Lisímaco, de Seleuco y de Ptolomeo. . . . .	281
V. — La invasión gala. . . . .	285
OCTAVO PERÍODO. — <i>La liga aquea (272-146). Esfuerzos impotentes para unirse y salvarse.</i> — CAPÍTULO XXXV. — <i>De la muerte de Pirro á la llegada de los romanos á Grecia (272-214).</i> — I. La liga aquea y la liga etolia. . . . .	289
II. — Triunfos de los aqueos. — Agis, rey de Esparta. . . . .	296
III. — Cleomenes. — Triunfo de los etolios; alianza de los aqueos con Filipo de Macedonia. — Batalla de Selasia (222). . . . .	300
CAPÍTULO XXXVI. — <i>Estado de Grecia antes de la dominación romana.</i> — I. Debilidad general. . . . .	307
II. — Macedonia; dispersión de sus fuerzas. — Los romanos en Iliria. . . . .	314
CAPÍTULO XXXVII. — <i>Los romanos en Grecia. — Proclamación de la libertad helénica (214-195).</i> — I. Primera guerra de Macedonia. . . . .	316
II. — Segunda guerra contra Macedonia (200-197). . . . .	319
III. — Proclamación de la libertad de Grecia. . . . .	325
IV. — Intervalo entre la segunda y la tercera guerra de Macedonia (195-172). . . . .	326
CAPÍTULO XXXVIII. — <i>Tercera guerra de Macedonia (171-168).</i> — I. Últimos días de Filipo; Perseo. . . . .	333
II. — Perseo (177-168). . . . .	335
III. — Batalla de Pidna. . . . .	340
IV. — Fin de la liga aquea. — Reducción de Macedonia y de Grecia á provincias romanas. . . . .	349
CAPÍTULO XXXIX. — <i>Ruina de la Grecia exterior.</i> — I. Fin de la independencia de los griegos italotas; Dionisio el Anciano. . . . .	353
II. — Dionisio el Joven; Dion; Timoleón. . . . .	364
III. — Agatocles y Hierón. . . . .	367
CAPÍTULO XL. — RESUMEN GENERAL. . . . .	371

ADVERTENCIA. — La lámina cromolitografiada que lleva el título de MONEDAS GRIEGAS DE ORO, se deberá colocar enfrente de la portada.









MUSEO NACIONAL  
DEL PRADO

Historia de los  
griegos : desde  
Mad/42



1072131

